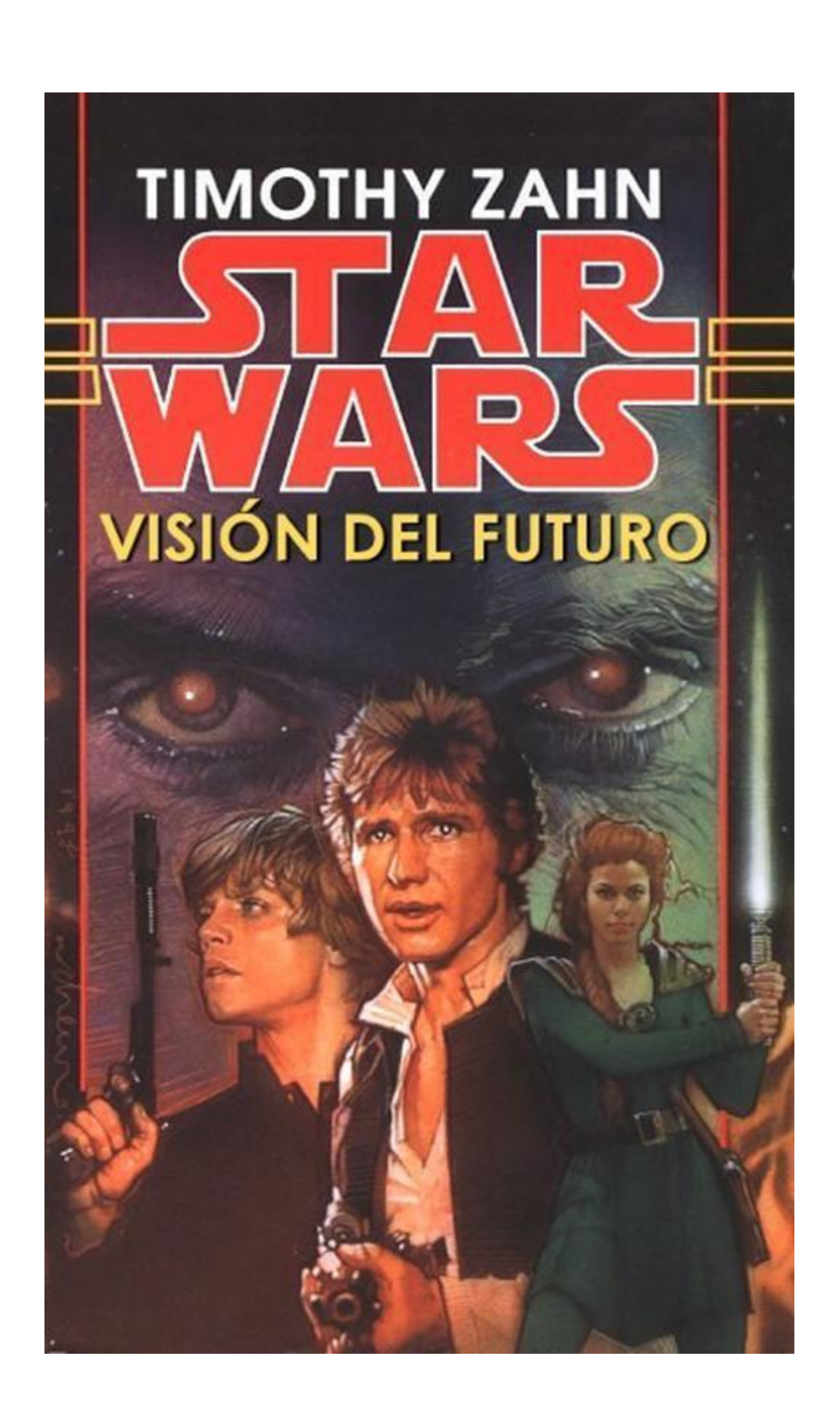

TIMOTHY ZAHN
STAR WARS
VISIÓN DEL FUTURO

El plan maestro del Imperio está en marcha. La Nueva República está al borde de la guerra civil y el rumor de que el legendario Almirante Thrawn ha regresado de entre los muertos está reunificando las fuerzas imperiales. Ahora, Luke Skywalker, Han Solo, la Princesa Leia, y sus aliados se enfrentan al reto de sus vidas. Deben infiltrarse en una fortaleza oculta llena de fanáticos imperiales, reunirse con un traicionero comandante imperial, y viajar al territorio enemigo para descubrir la identidad de los responsables de un impensable acto de genocidio. Pero lo más importante de todo es la verdad acerca de Thrawn. En sus manos, vivas o muertas, yace el destino de la Nueva República.



Duología de la Mano de Thrawn 2

Visión del Futuro

Timothy Zahn

Versión 1.0

26.10.12



Serie original: *The Hand of Thrawn Duology 2*
Título original: *Vision of the Future*
Cronología: 19 años D.B.Y (Después de la Batalla de Yavin)
Autor: Timothy Zahn
Arte de portada: Drew Struzan
Publicación del original: septiembre 1998

Traducción: Bodo-Baas
Revisión: Bodo-Baas
Edición: Bodo-Baas
Base LSW v1.1

Declaración

A las damas estelares, los Salvajes Karrdes, los Club Jaders, y mis espías bothans. Y especialmente a Tish Pahl, ministra de formación: todos ellos dentro —y fuera—

CAPÍTULO 1

El Destructor Estelar Imperial *Quimera* se deslizaba a través de la negrura del espacio, su único compañero, lejos por debajo, era el silencioso mundo gigante gaseoso de Pesitiin.

El Almirante Pellaeon estaba de pie frente al ventanal delantero, mirando fijamente al planeta muerto, cuando el Capitán Ardiff llegó al puente.

—El reporte del Mayor Harch, Almirante —dijo enérgicamente—. Todos los daños de ese ataque pirata han sido reparados. Su nave está de nuevo completamente dispuesta para la lucha.

—Gracias, Capitán —dijo Pellaeon, escondiendo cuidadosamente una sonrisa. En las treinta horas desde el fallido ataque al *Quimera*, Ardiff había pasado de creer que era una incursión del General Garm Bel Iblis de la Nueva República, a sospechar que había sido maquinado por elementos disidentes imperiales, a sospechas similares que involucraban a Rebeldes igualmente disidentes, y ahora estaba aparentemente convencido de que una banda pirata era la responsable.

Por supuesto, para ser completamente justo, Ardiff *había tenido* las últimas treinta horas para pensar en sus teorías. El reporte preliminar de los técnicos en los restos del crucero de batalla Kaloth destruido ciertamente también había influido en su pensamiento.

—¿Alguna noticia de las patrullas? —preguntó Pellaeon.

—Sólo más negativas, señor —dijo Ardiff—. Todavía ninguna indicación de actividad en ninguna parte del sistema. Oh, y la lanzadera de asalto con encubrimiento de sensores que envió en el vector de escape de los atacantes también acaba de registrarse. Todavía no hay ningún rastro.

Pellaeon asintió. Como esperaba, en realidad, cualquiera que pudiera darse el lujo de comprar y volar un crucero de batalla usualmente sabía algunos trucos para esconderlo.

—Valía la pena un intento —le dijo a Ardiff—. Haga que intenten un sistema más; podemos transmitir tan lejos sin retransmisores. Si no han encontrado el rastro para entonces, ordéneles que vuelvan.

—Sí señor —murmuró Ardiff.

Incluso sin mirar, Pellaeon pudo darse cuenta de la vacilación de Ardiff.

—¿Tiene alguna pregunta, Capitán? —preguntó.

—Es este silencio de comunicaciones, señor —dijo Ardiff—. No me gusta estar así tan completamente fuera de contacto. Es como estar ciego y sordo; y francamente, me pone nervioso.

—Tampoco me gusta mucho a mí —concedió Pellaeon—. Pero las únicas formas de hacer contacto con el universo exterior son o transmitir a una estación retransmisora imperial o conectarnos a la HoloRed; y en el mismo minuto en que hagamos cualquiera de las dos cosas, todos desde Coruscant hasta Bastión sabrán que estamos aquí. Si eso

pasa, tendremos más que a la banda pirata ocasional haciendo fila para jugar al tiro al blanco con nosotros.

Y, agregó silenciosamente, sería el fin de cualquier oportunidad de una reunión reservada entre él y Bel Iblis. Asumiendo que el general estuviera de hecho dispuesto a hablar.

—Entiendo todo eso, Almirante —dijo Ardiff—. ¿Pero se le ha ocurrido que el ataque de ayer podría no haber sido un incidente aislado contra una nave imperial aislada?

Pellaeon alzó una ceja.

—¿Está sugiriendo que podría haber sido parte de un ataque coordinado contra el Imperio?

—¿Por qué no? —dijo Ardiff—. A estas alturas estoy dispuesto a conceder que probablemente no fue la Nueva República la que los contrató. ¿Pero por qué no pudieron los piratas haberlo organizado por sí mismos? El Imperio siempre ha atacado severamente a las bandas pirata. Quizá un grupo de ellos se alió y decidió que era el momento apropiado para la venganza.

Pellaeon se acarició pensativamente el labio. En la superficie, era una sugerencia ridícula, incluso en su lecho de muerte el Imperio era demasiado fuerte para que cualquier posible agregado de bandas pirata pudiera esperar derrotarlo. Pero eso no significaba que no serían lo suficientemente estúpidos como para intentarlo.

—Eso aún nos deja la pregunta de cómo supieron que estábamos aquí —señaló.

—Todavía no sabemos lo que pasó con el Coronel Vermel —le recordó Ardiff—. Quizá fue esta unión de piratas la que lo atrapó. Él podría haberles contado acerca de Pesitiin.

—No de buena gana —dijo oscuramente Pellaeon—. Si le hicieron lo que haría falta para hacerlo hablar, decoraré la luna de Bastión con sus pellejos.

—Sí señor —dijo Ardiff—. Pero eso nos devuelve a la pregunta de cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí.

Pellaeon miró por el ventanal a las estrellas. Sí, ésa era de hecho la pregunta. ¿Cuánto tiempo debían esperar aquí en el medio de ninguna parte con la esperanza de que este lento desgaste del Imperio pudiera ser detenido? ¿De que pudieran terminar esta guerra con la Nueva República con una franja de territorio y de dignidad todavía intacta?

¿De que finalmente pudieran tener paz?

—Dos semanas —dijo—. Le daremos a Bel Iblis otras dos semanas para responder a nuestra oferta.

—¿Aunque el mensaje pueda no haberle llegado?

—El mensaje le llegó —dijo firmemente Pellaeon—. Vermel es un oficial con muchos recursos y muy competente. Sin importar lo que le haya pasado, no tengo ninguna duda de que primero completó su misión.

—Sí señor —dijo Ardiff, con tono que dejaba claro que no compartía la confianza de Pellaeon—. ¿Y si Bel Iblis no viene dentro de ese espacio de tiempo?

Pellaeon frunció los labios.

—Lo decidiremos entonces.

Ardiff titubeó, entonces dio medio paso más cerca a su superior.

—Realmente cree que ésta es nuestra mejor esperanza, ¿verdad, señor? —dijo en voz baja.

Pellaeon agitó la cabeza.

—No, Capitán —murmuró—. Creo que es nuestra *única* esperanza.

• • •

La cuña de naves patrulla Sienar IPV/4 que se aproximaba se dividió en perfecta formación a ambos lados, y el Destructor Estelar Imperial *Implacable* planeó fácilmente entre los racimos re-formándose hacia su posición orbital designada.

—Muy impresionante —gruñó el Moff Disra al hombre delgado junto a él, oyendo su corazón golpeándole en los oídos mientras miraba fijamente a través del puente al mundo verde-azul encuadrado en el ventanal delantero—. Espero que no me haya arrastrado todo el camino hasta aquí afuera sólo para mirar las maniobras de la fuerza de defensa natal kroctariana.

—Paciencia, Su Excelencia —dijo en voz baja el Mayor Grodin Tierce a su lado—. Le dije que teníamos una sorpresa para usted.

Disra sintió su labio retorcerse. Sí, eso fue lo que Tierce había dicho. Y eso fue *todo* lo que Tierce había dicho. Y en cuanto a Flim…

Disra desvió la mirada a la silla del Almirante, sintiendo su labio retorcerse un poco más. Su timador domado estaba sentado allí, descaradamente osado en su maquillaje de piel azul e injertos oculares de superficie rojos brillantes y su uniforme blanco de Gran Almirante. La imagen de absoluta precisión láser del Gran Almirante Thrawn, una mascarada sólidamente creída por cada imperial a bordo del *Implacable* desde el Capitán Dorja hacia abajo.

El problema era que no había ningún imperial en el planeta debajo de ellos. Al contrario. Kroctar, centro mercantil y capital del sector Shataum, estaba profundo en el territorio de la Nueva República, con tanto poder de fuego militar como uno podría esperar que semejante mundo tuviera. No había ninguna garantía de que ninguno de ellos sería impresionado por los ojos y uniforme y habilidad actoral de Flim.

Y si no lo eran, este pequeño y cómodo triunvirato que Disra había formado estaba a punto de explotarles en las caras. Flim podría parecerse a Thrawn, pero tenía todo el genio táctico de un parásito de compactador de basura. Tierce, un ex-soldado de asalto y ex-Guardia Real bajo el Emperador Palpatine, era el cerebro militar de su pequeño grupo; y si el Capitán Dorja veía a un supuestamente humilde mayor apresurarse hacia el supuestamente brillante Gran Almirante para darle un consejo, toda esta ilusión

explotaría como una burbuja de jabón. Cualquier fanfarronada que Tierce estuviera haciendo aquí, sería mejor que funcionara.

—Transmisión de la superficie, Almirante —llamó el oficial de comunicaciones desde la trinchera de tripulación de babor—. Es el Lord Superior Bosmihi, líder de las Facciones Unificadas.

—En el altavoz, Teniente —dijo Thrawn—. Lord Superior Bosmihi, aquí el Gran Almirante Thrawn. Recibí su mensaje. ¿Qué puedo hacer por usted?

Disra le frunció el ceño a Tierce.

—¿*Ellos* nos llamaron? —murmuró.

Tierce asintió, con una pequeña pero satisfecha sonrisa jugando en sus labios.

—Shh —dijo—. Escuche.

—Le ofrecemos un saludo, Gran Almirante Thrawn —una voz nasalmente alienígena vociferó por el comunicador—, y lo felicitamos sinceramente por su regreso triunfal.

—Gracias —dijo fácilmente Thrawn—. Según recuerdo, no estaban tan entusiásticos en nuestro último encuentro.

Disra le arrojó a Tierce una mirada cortante.

—Durante su barrido a través de este sector hace diez años —murmuró Tierce—. No se preocupe, él sabe todo acerca de eso.

El alienígena soltó una risa sollozante.

—Ah, sí… recuerda muy claramente —admitió alegremente—. En ese momento el miedo al poder imperial y la tentación de libertades prometidas todavía influía en nosotros.

—Tales mentiras han influenciado a muchos —convino Thrawn—. ¿Implica su elección de palabras que los kroctari han llegado a una nueva comprensión?

Hubo un desagradable ruido que sonó jadeante en el comunicador.

—Hemos visto a la promesa desmoronarse —dijo pesarosamente el Lord Superior—. Ya no hay ningún orden emanando de Coruscant; ninguna meta enfocada, ninguna estructura clara, ninguna disciplina. Mil especies alienígenas diferentes arrastran la galaxia en mil direcciones diferentes.

—Inevitablemente —dijo Thrawn—. Fue por eso que el Emperador Palpatine inauguró el *Nuevo Orden* en primer lugar. Fue un esfuerzo por invertir el derrumbamiento que ahora ve acercándose.

—Sin embargo también fuimos advertidos de no confiar en promesas imperiales —evitó comprometerse Bosmihi—. La historia del Imperio es una de brutal subyugación de las especies nohumanas.

—Usted habla del régimen de Palpatine —dijo Thrawn—. El Imperio se ha liberado de su autodestructivo prejuicio anti-alienígena.

—Su presencia en un lugar de comando es una evidencia de eso —dijo cautelosamente Bosmihi—. Sin embargo, otros todavía dicen que el prejuicio existe.

—Otros todavía mienten acerca del Imperio de muchas formas —contrapuso Thrawn—. Pero no hay necesidad de que sólo confíe en mi palabra en esto. Hable con

cualquiera de las quince especies alienígenas que actualmente viven bajo el régimen imperial, seres que aprecian la protección y estabilidad que nosotros brindamos.

—Sí, protección —El Lord Superior pareció echarse encima de la palabra—. Se dice que el Imperio es débil; sin embargo percibo que todavía tienen gran fuerza. ¿Qué garantía de seguridad ofrecen a sus sistemas miembros?

—La mejor garantía en la galaxia —dijo Thrawn; e incluso Disra sintió que un escalofrío lo atravesaba por el poder y amenaza velada que de repente estaban en la voz del timador—. Mi promesa personal de venganza si alguien se atreve a atacarlos.

Hubo un ruido que sonó a mitad de camino entre un trago y un eructo.

—Ya veo —dijo sobriamente Bosmihi—. Entiendo que esto es bastante súbito, y por esto me disculpo; pero en nombre de las Facciones Unificadas del pueblo Kroctari, me gustaría solicitarle la re-admisión al Imperio.

Disra miró a Tierce, sintiendo su mandíbula caer unos milímetros.

—*¿Re-admisión?* —siseó.

Tierce le devolvió la sonrisa.

—Sorpresa, Su Excelencia.

—En el nombre del Imperio, acepto su petición —dijo Thrawn—. ¿Sin duda tiene una delegación lista para discutir los detalles?

—Entiende bien a mi gente, Gran Almirante Thrawn —dijo irónicamente el Lord Superior—. Sí, mi delegación de hecho espera a su conveniencia.

—Entonces puede decirles que se aproximen —le dijo Thrawn—. Sucede que, el Moff Imperial Disra está actualmente a bordo del *Implacable*. Como es un especialista en asuntos políticos, él se ocupará de las negociaciones.

—Estaremos honrados de reunirnos con él —dijo Bosmihi—. Aunque dudo que su presencia allí sea de ninguna forma la coincidencia que usted implica. Gracias, Gran Almirante Thrawn; y hasta la reunión.

—Hasta la reunión, Lord Superior Bosmihi —dijo Thrawn.

Hizo señas a la trinchera de tripulación.

—Transmisión terminada, Almirante —confirmó el oficial de comunicaciones.

—Gracias —dijo Thrawn, alzándose casi sosegadamente de su silla de comando—. Avisen a los interceptores TIE que se preparen para tareas de escolta. Deben encontrarse con la lanzadera del Lord Superior en cuanto salga de la atmósfera, volando en completa formación de honor. Capitán Dorja, me gustaría que usted se encuentre personalmente con la lanzadera y escolte a la delegación a la Sala de Conferencias 68. El Moff Disra lo esperará allí.

—Entendido, Almirante —dijo Dorja. Salió andando del puente, arrojándole una sonrisa firmemente satisfecha a Disra cuando pasó, y se metió en un turboascensor que esperaba en el puente de popa.

—Podría haberme dicho algo —Disra le murmuró a Tierce cuando la puerta del turboascensor se cerró detrás del capitán.

El Guardia se encogió microscópicamente de hombros.

—No estaba absolutamente seguro de que esto era lo que querían cuando llamaron —dijo, haciendo señas a Disra a las puertas a popa hacia otro turboascensor—. Pero pareció como una buena suposición. Kroctar tiene varios vecinos potencialmente peligrosos, e Inteligencia reporta que las Facciones Unificadas han estado sumamente desilusionadas por la incapacidad de Coruscant de decidir que tan ajustado quieren que esté el tornillo de contención en las luchas intersistemas.

Alcanzaron el turboascensor y entraron en una cabina que esperaba.

—Kroctar es el primero —continuó Tierce cuando las puertas se cerraron y empezaron a moverse—. Pero no será el último. Ya tenemos transmisiones de otros veinte sistemas a cuyos gobiernos les gustaría que el Gran Almirante Thrawn se dejara caer para una charla.

Disra resopló.

—Todo lo que están intentando hacer es sacudirse a sus enemigos.

—Probablemente —convino Tierce—. ¿Pero qué nos importa a nosotros por qué quieren reunirse? La cuestión es que lo hacen, y esto va a enviar ondas de choque desde aquí hasta Coruscant.

—Hasta que Coruscant decida pasar a la acción.

—¿Cómo pueden pasar a la acción? —contrapuso Tierce—. Su propia carta constitucional específicamente permite a los sistemas miembros retirarse en cualquier momento que quieran.

Hubo un pitido en el comunicador del turboascensor.

—¿Moff Disra?

—¿Sí?

—Hay una transmisión entrante para usted, Su Excelencia, bajo una encriptación privada designada Usk-51.

Disra sintió que su estómago intentaba dar calambres. De todos los estúpidos sin cerebro…

—Gracias —dijo tan serenamente como pudo—. Haga que sea transferida a la Sala de Conferencias 68, y asegúrese de que no sea monitoreada.

—Sí, Su Excelencia.

Tierce le estaba frunciendo el ceño.

—¿Ese no es?…

—Ciertamente que sí —dijo entre dientes Disra. Las puertas del turboascensor se abrieron—… Vamos. Y quédese fuera de vista.

Dos minutos más tarde estaban en la sala de conferencias con la puerta sellada por privacidad detrás de ellos. Activando la pantalla del comunicador que estaba en el centro de la mesa, Disra sacó la datacard de encriptación apropiada de su colección y la deslizó en la ranura. Tecleó para la recepción…

—Ya era hora —riñó el Capitán Zothip, con los ojos destellando, la espesa barba rubia erizada de enojo—. ¿No cree que tengo mejores cosas que hacer que?…

—¡¿Qué…! —ladró Disra. La cabeza de Zothip se agitó hacia atrás, su propia perorata interrumpida a mitad de camino en súbita confusión—… cree… que… está… haciendo? —continuó Disra en el silencio, escupiendo entre dientes cada palabra como el golpe de una vara podrida—. ¿Cómo se atreve a tomar semejante riesgo demente?

—No me importa su preciosa imagen —gruñó Zothip, con algo de su insolencia empezando a regresar—. Si juntarse con piratas es de repente una vergüenza para usted…

—La vergüenza no es el problema aquí —dijo fríamente Disra—. Estoy pensando en nuestros dos cuellos, y en si vamos a poder conservarlos. ¿O no había notado cuántos retransmisores hay en esta transmisión?

—¿No me diga? —dijo Zothip con un resoplido—. Y yo que pensaba que era sólo su maravilloso equipo comunicador imperial vomitando iones de nuevo. ¿Entonces, dónde está, en su casa de vacaciones contando su dinero?

—Ni de lejos —dijo Disra—. Estoy a bordo de un Destructor Estelar Imperial.

La cara de Zothip pareció oscurecerse.

—Si se supone que eso debe impresionarme, mejor inténtelo de nuevo. Ya he tenido suficiente con sus preciosos Destructores Estelares.

—¿En serio? —sonrió fríamente Disra—. Déjeme adivinarlo. Se sobreconfió, arremetió a toda marcha, y el Almirante Pellaeon le arrancó las plumas de la cola.

—No se burle de mí, Disra —advirtió Zothip—. Nunca se burle de mí. Perdí un crucero de batalla Kaloth y ochocientos buenos hombres contra ese katchni arrancado de Vader. Y el pago va venir del pellejo de alguien. Del de Pellaeon, o del suyo.

—No sea absurdo —dijo Disra con desdén—. Y no intente culparme a mí. Le advertí que no enfrentara realmente al *Quimera*. Todo lo que se suponía que usted debía hacer era hacerlo pensar que Bel Iblis estaba atacándolo.

—¿Y cómo esperaba que se suponía que yo hiciera eso? —respondió el fuego Zothip—. ¿Insultando a su familia? ¿Transmitiendo listas de antiguas maldiciones corellianas?

—Empujó a un imperial demasiado fuerte y él lo empujó de vuelta —dijo Disra—. Considérelo una útil lección dolorosamente aprendida. Y espere que no sea necesario aprenderla de nuevo.

Zothip lo miró con fiereza.

—¿Es eso una amenaza? —demandó.

—Es una advertencia —exclamó Disra—. Nuestra sociedad ha sido sumamente provechosa para los dos. Yo he tenido la oportunidad de causar estragos en los embarques de la Nueva República; usted ha tenido la oportunidad de recolectar la mercancía de esas naves.

—Y he corrido todos los riesgos —agregó Zothip.

Disra se encogió de hombros.

—A pesar de eso, odiaría ver una relación tan valiosa disolverse por algo tan trivial.

—Créame, Disra —dijo suavemente Zothip—. Cuando nuestra relación se disuelva encontrará mucho más que eso para odiar.

—Empezaré a hacer una lista —dijo Disra—. Ahora vaya a coserse sus heridas; y la próxima vez que quiera hablar conmigo pase por los canales apropiados. Esta encriptación es una de las mejores jamás creadas, pero nada es totalmente a prueba de interferencias.

—La encriptación es buena, ¿eh? —dijo sardónicamente Zothip—. Tendré que recordar eso. Debe tener un buen precio en el mercado abierto si alguna vez necesito dinero rápido. Estaré en contacto.

Ondeó una mano fuera de la pantalla, y esta se apagó.

—Idiota —gruñó Disra hacia la pantalla vacía—. Idiota baboso, cerebro podrido.

Del otro lado de la mesa, Tierce se revolvió.

—Confío en que está planeando ser un poco más político que eso con los Kroctari —dijo.

Disra cambió su mirada de la pantalla al Guardia.

—¿Qué, cree que debí haberlo dejado llorar en mi hombro? ¿O decirle «Ya pasó» y prometer comprarle un crucero de batalla nuevo?

—Los Piratas Cavrilhu serían un enemigo peligroso —advirtió Tierce—. No militarmente, por supuesto, pero sí debido a lo que saben acerca de usted.

—Zothip es el único que realmente sabe algo —murmuró Disra. Tierce tenía razón: probablemente debía haber jugado un poco más serenamente. Pero Zothip de todas formas no lo debía haber contactado directamente así, especialmente no cuando estaba lejos de la seguridad de su oficina.

De todos modos, no iba a admitir un error de juicio en presencia de Tierce.

—No se preocupe, está sacando demasiado de este arreglo para echarlo todo por un solo crucero de batalla.

—Me pregunto —dijo pensativamente Tierce—. Nunca debería subestimar lo que la gente puede hacer por orgullo.

—No —dijo significativamente Disra—. Ni tampoco por arrogancia.

Los ojos de Tierce se estrecharon parcialmente.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que usted ha empujado las cosas demasiado lejos —dijo rotundamente Disra—. Peligrosamente lejos. En caso de que se haya olvidado, el trabajo de Flim era inspirar a los militares del Imperio y ponerlos sólidamente en línea detrás de nosotros. Nunca fue parte del plan el provocar así abiertamente a la Nueva República.

—Ya le he explicado que Coruscant no tiene ninguna base legal para actuar…

—¿Y cree que eso los detendrá? —respondió el fuego Disra—. ¿Realmente piensa que los puntos finos de la ley representarán alguna diferencia para alienígenas aterrados que creen que el Gran Almirante Thrawn está respirándoles en la nuca? Es bastante malo que me convenciera de permitir a Flim mostrarse al Senador diamalano. ¿Pero ahora esto? —Ondeó una mano en dirección al planeta.

—El incidente diamalano logró exactamente lo que pretendíamos —dijo fríamente Tierce—. Creó duda y consternación, avivó un poco más viejas animosidades, y silenció algunas de las últimas voces tranquilizadoras que le quedan a la Rebelión.

—Maravilloso, excepto que ahora este pequeño truco ha negado completamente a ese —contrapuso Disra—. ¿Cómo puede alguien preguntarse si los diamalas están mintiendo cuando todo un planeta entero ha visto a Thrawn?

Tierce sonrió.

—Ah, pero esa es la cuestión: no lo ha visto todo el planeta. Sólo la delegación elegida a mano por el Lord Superior lo habrá visto; el resto sólo tiene su palabra de que Thrawn ha regresado. Y ya que parte de su mensaje a los sistemas vecinos será que Kroctar está bajo la protección de Thrawn, su avistamiento será tan sospechoso como el del diamala.

—Siempre lo hace sonar tan razonable —dijo entre dientes Disra—. Pero hay más aquí de lo que está dejando ver. Quiero saber qué.

Tierce alzó las cejas.

—Eso sonó como una amenaza.

—Era media amenaza —lo corrigió fríamente Disra—. Aquí está la otra mitad —Metiendo la mano en su túnica, sacó el diminuto bláster oculto allí.

Nunca tuvo ni siquiera una oportunidad para apuntarlo. Antes de que el arma estuviera siquiera libre, Tierce se había arrojado hacia la mesa de conferencias, el impulso de su salto lo llevó resbalando de cabeza sobre su codo y cadera hacia Disra por el pulido laminado. Por reflejo, Disra brincó hacia la derecha, intentando salir del alcance de las manos que se aproximaban; pero incluso mientras levantaba el bláster, Tierce rodó en parte y se agarró a la pantalla central del comunicador, usándola como un punto de pivote para ambos cambiar de dirección y también rodar sobre su espalda, haciendo girar los pies por delante, y entonces se empujó de ella para incrementar su velocidad.

La maniobra atrapó a Disra con los pies planos. Antes de que pudiera moverse de nuevo para corregir su puntería, uno de los pies de Tierce le dio de lleno al bláster en el costado del cañón, enviándolo girando a través de la habitación.

Disra dio un tambaleante paso atrás, con el amargo sabor de la derrota estrangulando su garganta, las manos alzadas en un fútil gesto de defensa mientras Tierce bajaba de un brinco de la mesa. Había tenido una oportunidad para arrebatarle el control de esta gran conspiración al Guardia, y la había estropeado.

Y ahora Tierce lo mataría.

Pero una vez más, Tierce lo sorprendió.

—Eso fue extremadamente estúpido, Su Excelencia —dijo serenamente el otro, cruzando la habitación y recuperando el bláster—. El sonido de un tiro habría hecho venir una escuadra de tropas de asalto sobre usted en muy poco tiempo.

Disra respiró una vez cuidadosamente, bajando las manos.

—Eso funciona en ambas direcciones —se las arregló para decir, sabiendo incluso mientras que lo decía que el Guardia no necesitaría molestarse con algo tan tosco y ruidoso como un bláster si quisiera matarlo.

Pero Tierce meramente agitó la cabeza.

—Usted insiste en malinterpretar —dijo.

—Y usted insiste en trabajar detrás de mi espalda —contrapuso Disra—. Ganar uno o dos sistemas no merece el riesgo de asustar a Coruscant para que pase a la acción. ¿Qué está sucediendo que no me está contando?

Tierce pareció medirlo con la mirada.

—Está bien —dijo—. ¿Alguna vez ha oído la frase «la Mano de Thrawn»?

Disra agitó la cabeza.

—No.

—Contestó bastante rápidamente.

—Estuve trabajando en este plan mucho antes de que usted viniera a escena —le recordó ásperamente Disra—. Encontré y leí todo en los archivos imperiales que se refiriera incluso remotamente a Thrawn.

—¿Incluyendo todo en los archivos secretos del Emperador?

—Sí, una vez que pude abrirme camino hasta ellos —Disra frunció el ceño cuando una súbita idea lo golpeó—. ¿Es esto de lo que realmente se trataba su pequeño viaje del mes pasado a Yaga Menor?

Tierce se encogió de hombros.

—El propósito primario fue exactamente el que discutimos: alterar su copia del Documento de Caamas para corresponder con los cambios que ya hice en la copia de Bastión. Pero ya que había irrumpido de cualquier forma en el sistema, pasé algún tiempo buscando referencias.

—Por supuesto —dijo Disra. Nada tan tosco como una mentira directa, simplemente un detalle de la verdad convenientemente negado—. ¿Y?

Tierce agitó la cabeza.

—Nada. Por lo que concierne a cualquier registro imperial existente, el término podría ni siquiera existir.

—¿Qué le hace pensar que alguna vez lo hizo?

Tierce lo miró directamente a los ojos.

—Porque oí que Thrawn lo mencionó una vez a bordo del *Quimera*. En el contexto de la completa y total victoria del Imperio.

De repente la habitación se sintió muy fría.

—¿Quiere decir como una superarma? —preguntó cuidadosamente Disra—. ¿Otra Estrella de la Muerte o Triturador de Soles?

—No lo sé —dijo Tierce—. No lo creo. Las superarmas eran más el estilo del Emperador o de la Almirante Daala, no de Thrawn.

—Y lo hizo muy bien sin ellas —concedió Disra—. Cuando uno piensa en eso, él siempre parecía más interesado en la conquista que en la matanza al por mayor. Además,

si hubiera otra superarma por ahí, los Rebeldes casi seguramente ya la habrían encontrado.

—Probablemente —dijo Tierce—. Desafortunadamente, no podemos realmente estar tan seguros. ¿Encontró su extensa investigación en la historia de Thrawn los nombres Parck y Niriz?

—Parck fue el capitán imperial que encontró a Thrawn en un planeta abandonado al borde del Espacio Desconocido y se lo trajo al Emperador —dijo Disra—. Niriz era el capitán del Destructor Estelar Imperial *Admonitor* que Thrawn llevó más tarde a las Regiones Desconocidas en su supuesta expedición de cartografía unos años más tarde.

—¿«Supuesta»?

Disra resopló.

—No hace falta leer mucho entre líneas para ver que Thrawn intentó meter la mano en la política de la Corte Imperial y se quemó los dedos. No importa cómo lo llamaron, su asignación a las Regiones Desconocidas fue una forma de destierro. Puro y simple.

—Sí, ésa también era la opinión general entre la Guardia Real en el momento —dijo pensativamente Tierce—. Ahora me pregunto si podría haber habido más que eso. De todos modos, la cuestión es que ni Parck ni Niriz, ni el *Admonitor*, dicho sea de paso, volvieron nunca a sus tareas oficiales con el Imperio. Ni siquiera cuando el mismo Thrawn regresó.

Disra se encogió de hombros.

—¿Muertos en acción?

—O si no, regresaron pero están escondidos en alguna parte —dijo Tierce—. Quizás protegiendo a esta *Mano de Thrawn*.

—¿Haciendo qué? —demandó Disra—. Usted dice que no es una superarma. ¿Entonces qué es?

—No dije que no fuera una superarma —contrapuso Tierce—. Yo sólo dije que las superarmas no eran el estilo de Thrawn. Personalmente, veo sólo dos posibilidades probables. ¿Oyó hablar alguna vez de una mujer llamada Mara Jade?

Disra buscó en su memoria.

—No lo creo.

—Actualmente trabaja para el jefe contrabandista Talon Karrde —dijo Tierce—. Pero en el apogeo del Imperio, ella fue una de las mejores agentes secretos de Palpatine, con el título de la Mano del Emperador.

La Mano del Emperador. La Mano de Thrawn.

—Una posibilidad interesante —dijo pensativamente Disra—. ¿Pero si la Mano es una persona, adónde ha estado todos estos años?

—También se ha enterrado, quizás —dijo Tierce—. La segunda posibilidad es aún más intrigante. Recuerde que sobre todo lo demás Thrawn era un maestro estratega. ¿Qué podría ser más su estilo que dejar atrás un plan maestro para la victoria?

Disra resopló.

—Que después de diez años de reveses imperiales sería totalmente inútil.

—Yo no lo desestimaría tan rápidamente —advirtió Tierce—. Un estratega como Thrawn no veía los planes de batalla solamente en términos de números de naves de guerra y ubicaciones de líneas de guardia. Él también consideraba los balances geopolíticos, los puntos ciegos culturales y psicológicos, las animosidades y rivalidades históricas… cualquier número de factores. Factores que es muy probable todavía puedan ser explotados.

Ausentemente, Disra se frotó la mano adonde la patada de Tierce le había clavado dolorosamente el bláster contra la piel. A primera vista, era absurdo.

Y sin embargo, había leído la historia de los logros de Thrawn. Había visto el registro del genio del hombre. ¿Podría él realmente haber creado un plan de batalla que todavía pudiera usarse diez años y mil derrotas más tarde?

—¿Qué hay acerca de esa campaña de cinco años que encontré en sus archivos? — preguntó—. ¿Había algo allí que no vi?

—No —Tierce agitó la cabeza—. Ya lo he revisado. Todo lo que había allí era un borrador de lo que él estaba planeando hacer después de la confrontación de Bilbringi. Si la Mano de Thrawn es una estrategia maestra, la escondió en alguna otra parte.

—Con el Capitán Niriz y el *Admonitor*, ¿cree usted? —sugirió Disra.

—Quizás —dijo Tierce—. O si no la victoria final reside en una persona llamada la Mano. De cualquier forma, hay alguien allí afuera que tiene algo que nosotros queremos.

Disra esbozó una estrecha sonrisa. De repente, estaba claro como el transpariacero pulido.

—Y entonces, para atraer a ese alguien a la luz, ha decidido exhibir un poco nuestro señuelo.

Tierce inclinó la cabeza ligeramente.

—Bajo las circunstancias, creo que los riesgos valen la pena.

—Quizás —murmuró Disra—. Asume, por supuesto, que no fue todo sólo un montón de charla grandilocuente.

La esquina del labio de Tierce se agitó bruscamente.

—Yo estuve varios meses a bordo del *Quimera* con el Gran Almirante, Disra. Antes que eso, lo miré desde el lado del Emperador durante casi dos años. Nunca en todo ese tiempo lo oí hacer una promesa que no pudiera llevar a cabo. Si él dijo que la Mano de Thrawn era la clave para la victoria total, entonces lo era. Puede contar con eso.

—Sólo esperemos que quienquiera que tenga la clave salga de su escondite antes de que Coruscant se ponga lo suficientemente nervioso para pasar a la acción —dijo Disra— . ¿Qué hacemos primero?

—Lo que usted hace primero es prepararse para dar la bienvenida de vuelta al Imperio a los kroctari —dijo Tierce. Apoyando el bláster de Disra en la mesa, sacó una datacard de su túnica y la puso al lado del arma—. Aquí hay un breve informe de la especie en general y del Lord Superior Bosmihi en particular —continuó, encaminándose hacia la puerta—. Me temo que son todos los datos que teníamos a bordo.

—Será suficiente —dijo Disra, caminando hasta la mesa y recogiendo la tarjeta—. ¿Adónde va?

—Pensé que yo podría unirme al Capitán Dorja para escoltar a la delegación desde la bahía hangar —dijo Tierce—. Espero ansiosamente poder ver sus habilidades de negociación en acción.

Sin esperar una respuesta, se fue caminando a través de la puerta.

—¿Y poder ver si el Guardia Real y el timador todavía necesitan al Moff o no? —murmuró Disra en voz alta tras él.

Probablemente. Pero estaría bien. Lo dejaría mirar, también lo dejaría mirar a Flim, si quería. Les mostraría. Para cuando la delegación kroctariana se fuera a casa, los dos de ellos estarían absolutamente convencidos de que Disra no era sólo algún viejo político cansado cuya brillante conspiración de algún modo se le había escapado de las manos. Él era una parte vital de este triunvirato, una parte que no iba simplemente a desvanecerse en el fondo. Especialmente no con una garantía de la victoria total casi al alcance de la mano.

Él había comenzado esto; y por la sangre del Emperador, estaría con esto hasta el final.

Deslizando la datacard en su datapad, enfundó su bláster en su pistolera oculta y empezó a leer.

• • •

No había ningún planeta visible desde el puente del Destructor Estelar Imperial *Tiránico*. Ningún planeta, ningún asteroide, ninguna nave, ninguna estrella. Nada más que negrura completa y uniforme.

Excepto en un punto. A estribor, escasamente visible desde la perspectiva del Capitán Nalgol, había un pequeño disco de blanco sucio. Una diminuta astilla de la cabeza del cometa al lado del que el *Tiránico* estaba remontándose, asomándose a través del escudo de invisibilidad de la nave.

Ya habían estado volando así durante un mes, completamente ciegos y sordos al resto del universo exterior en su existencia insular.

Para Nalgol, no era realmente un problema. Había cumplido su servicio en uno de los puestos de escucha más distantes del Imperio cuando era un cadete, y el mero hecho de que no había nada afuera que mirar no le molestaba. Pero no toda la tripulación era tan dura como él. Las salas de vids y de práctica de combate funcionaban el triple en estos días, y había oído rumores de que algunos de los pilotos de naves sonda estaban recibiendo grandes ofertas de sobornos para llevar a uno o dos pasajeros en sus viajes afuera de la oscuridad.

En el apogeo del poder del Imperio, las tripulaciones de los Destructores Estelares habían sido la élite de la galaxia. Pero esa gloria estaba lejana detrás de ellos; y si no pasaba algo pronto, Nalgol iba a tener un serio problema de personal en las manos.

Afuera, hubo una brillante llamarada desde el cuadrante de babor superior. Relativamente brillante, por lo menos: el brillo de motor de una de sus naves sonda, cuidadosamente camuflada para parecerse a un viejo remolcador de minería golpeado. Nalgol miró cuando dio la vuelta para desvanecerse por debajo del casco en forma de punta de flecha hacia la bahía hangar.

No, la negrura incesante no lo molestaba. Sin embargo, tuvo que admitir que el estirar los ojos allí por un momento se había sentido bien.

Hubo un paso en la pasarela de comando a su lado.

—Reporte preliminar de la Sonda Dos, señor —dijo el Jefe de Inteligencia Oissan en ese tono de voz que siempre le sonaba a Nalgol como alguien chasqueando los labios—. La cuenta de naves de guerra alrededor de Bothawui ha subido a cincuenta y seis.

—Cincuenta y seis… —repitió Nalgol, tomando el datapad del otro y dando una rápida mirada a los números. Si recordaba la lista de la corrida de sonda de ayer—… ¿Cuatro nuevas naves diamalanas?

—Tres diamalanas, una mon calamari —dijo Oissan—. Probablemente allí para contrarrestar a las seis naves opquis que llegaron hace dos días.

Nalgol agitó la cabeza en asombro estupefacto. Desde el principio había tenido calladas pero serias dudas acerca de esta misión: la idea de que el planeta natal bothan se volviera un punto focal para cualquier actividad militar, mucho menos una confrontación de esta magnitud, le había parecido absurda a primera vista. Pero el mismo Gran Almirante Thrawn había aparentemente propuesto esta maquinación; y plagado si el viejo ojos-rojos no había tenido razón.

—Muy bien —le dijo a Oissan—. Quiero el reporte completo de la Sonda Dos dentro de las próximas dos horas.

—Entendido, Capitán —Oissan pareció titubear—. No quiero entrometerme en asuntos de alto nivel, señor, pero en algún punto voy a necesitar saber qué está pasando allá afuera, si quiere que haga mi trabajo de forma apropiada.

—Desearía poder ayudarlo, Coronel —dijo cándidamente Nalgol—. Pero yo mismo sé realmente muy poco.

—Pero recibió una sesión de información especial del Gran Almirante Thrawn en el palacio del Moff Disra, ¿no? —persistió el otro.

—Difícilmente calificó como una sesión de información —dijo Nalgol—. Él básicamente se limitó a darnos nuestras asignaciones y nos dijo que confiáramos en él —señaló con la cabeza en dirección al cometa y los otros dos Destructores Estelares remontándose invisibles junto a él—. Nuestra parte es simple: esperamos hasta que todas esas naves allí afuera se hayan destrozado entre sí y al planeta en tanta chatarra como vayan a hacerlo, entonces salimos del escudo y las rematamos.

—Rematar a Bothawui será un buen truco —comentó secamente Oissan—. Dudo que los bothans hayan escatimado en su sistema de escudo planetario. ¿Le ha dado Thrawn alguna idea de cómo va a manejar eso?

—No a mí —dijo Nalgol—. Bajo las circunstancias, sin embargo, estoy inclinado a asumir que sabe lo que está haciendo.

—Eso creo —murmuró Oissan—. Me pregunto cómo consiguió que todas esas naves se enfrentaran así…

—La mejor suposición es ese rumor que usted captó de sus contactos en el bajo mundo justo antes de que nos volviéramos invisibles —dijo Nalgol—. Eso sobre que un grupo de bothans había estado involucrado en la destrucción de Caamas.

—Difícilmente parece algo por lo que se haga tanto alboroto —resopló Oissan—. Especialmente no después de todo este tiempo.

—Los alienígenas se alborotan por las cosas más extrañas —le recordó Nalgol, sintiendo su labio retorcerse de desprecio—. Y por la evidencia de allí afuera, yo diría que Thrawn encontró el punto exacto adonde golpearlos.

—Así parece —concedió Oissan—. ¿Cómo se supone que sabremos cuándo volvernos visibles y atacar?

—Creo que una batalla total allí afuera será bastante obvia —dijo secamente Nalgol—. Sin embargo, el último mensaje de Thrawn antes de que nos volviéramos invisibles dijo que pronto habría un equipo de asalto imperial en Bothawui, y que estaría mandándonos datos periódicos a través de transmisiones de pulsos.

—Eso será útil —dijo pensativamente Oissan—. Por supuesto, conociendo a Thrawn, probablemente tendrá la batalla sincronizada con el acercamiento más cercano del cometa a Bothawui, para darnos el máximo beneficio de la sorpresa. Eso será en aproximadamente un mes.

—Eso tiene sentido —convino Nalgol—. Aunque de cómo va a conseguir que ellos sigan ese itinerario tan ajustado no tengo ningún indicio.

—Yo tampoco —Oissan esbozó una estrecha sonrisa—. Eso es probablemente por lo que él es un Gran Almirante y nosotros no.

Nalgol le devolvió la sonrisa.

—Es cierto —dijo; y con esa admisión, una capa más de sus dudas privadas parecieron fundirse. Sí, Thrawn había cumplido en el pasado. Muchas, muchas veces. De cualquier forma que esta magia de él funcionara, aparentemente todavía estaba funcionando.

Y bajo el hechizo del genio de Thrawn, el Imperio estaba a punto de recuperar algo de lo suyo. Y eso era realmente todo lo que a Nalgol le importaba.

—Gracias, Coronel —dijo, devolviéndole la datapad al otro—. Puede volver a sus deberes. Antes de que lo haga, sin embargo, quiero que averigüe con Control de Sondas si podemos incrementar nuestros vuelos de sonda a dos veces al día sin atraer atención no deseada.

—Sí señor —dijo Oissan con otra sonrisa estrecha—. Después de todo, no querríamos perdernos nuestra gran entrada.

Nalgol se volvió para mirar de nuevo a la negrura de afuera.

—No nos la perderemos —prometió suavemente—. Desde luego que no.

CAPÍTULO 2

De alguna parte en los profundos recovecos de su mente vino un trino insistente; y con un sobresalto, Luke Skywalker despertó de su trance de hibernación Jedi.

—Está bien, Erredós —le dijo al droide mientras rodaba en su litera, y se tomaba un momento para reorientarse. Correcto; estaba a bordo de la nave de Mara Jade, el *Fuego de Jade*, dirigiéndose hacia el sistema Nirauan. El sistema donde la misma Mara había desaparecido hacía casi dos semanas—. Está bien, estoy despierto —agregó, flexionando los dedos de las manos y de los pies y rehumedeciéndose la boca—. ¿Ya casi llegamos?

El droide gorjeó una afirmación mientras Luke se ataba las botas, un gorjeo que fue contestado desde la dirección de la cabina del piloto. La repetición era el droide piloto Veúno de Mara, quien había estado pilotando el *Fuego* desde que Luke y Erredós habían subido a bordo en su punto de cita en Duroon, y quien hasta ahora se había negado a dejar a cualquiera de ellos acercarse a los controles de la nave.

Una sobreprotección que estaba a punto de acabarse.

—Erredós, vuelve al puerto de atraque y asegúrate de que el Ala-X está listo para volar —instruyó al pequeño droide mientras se dirigía hacia la cabina del piloto—. Vamos a entrar.

Un minuto más tarde estaba sentado en el asiento del piloto del *Fuego*, repasando el esquema de los controles y diales una última vez. El droide Veúno, quizás reconociendo la expresión de Luke como una que había visto bastante a menudo en la cara de Mara, había decidido no discutirle.

—Prepárate —le dijo Luke al droide, apoyando las manos en los controles. El contador bajó a cero, y Luke empujó adelante la palanca del hiperimpulsor. Las líneas estelares resplandecieron y se encogieron de vuelta a estrellas, y estaban allí.

El Veúno silbó suavemente.

—Éste es el lugar —confirmó Luke, mirando al distante sol, su diminuto disco rojo parecía frío y apartado. El mismo planeta Nirauan no estaba a la vista—. Estamos buscando el segundo planeta —le dijo al droide—. ¿Puedes darme una lectura de él?

El Veúno gorjeó una afirmación, y las pantallas de navegación cobraron vida.

—Ya lo veo —asintió Luke, mirando la lectura. Estaba a una buena distancia.

Lo que era a propósito, por supuesto. El *Fuego* tenía escudos y armamento impresionantes, pero ir a la carga al rescate con láseres quad ardiendo sería improbable que ayudara en algo a Mara, sin importar en qué situación estuviera ella. El disimulo y el secreto eran el plan, y eso significaba dejar al *Fuego* escondido aquí afuera mientras él y Erredós entraban furtivamente en su Ala-X.

Tecleó la unidad de comunicador a la bahía de atraque.

—¿Erredós? ¿Está todo listo?

Hubo un trino de confirmación.

—Qué bien —dijo Luke, mirando de nuevo a la pantalla de navegación. Estaba, estimó, a unas buenas siete horas de distancia del planeta usando los motores sublumínicos del Ala-X. Un largo tiempo para sentarse en una cabina de piloto apretada preocupándose por Mara, además de dar a quienquiera que estuviera allí abajo un vector directo al *Fuego*.

Afortunadamente, había otro camino.

—Comienza a calcular nuestros dos saltos —instruyó a Erredós, encendiendo los sistemas automáticos de armas del *Fuego*—. No más de cinco minutos a cada lado, no queremos demorar más tiempo que lo que hace falta con esto.

Erredós gorjeó un reconocimiento, y se puso a trabajar.

—Ahora, ¿está claro lo que se supone que tienes que hacer? —Luke le preguntó al Veúno cuando tecleó el motor a baja potencia y empezó a mover al *Fuego*. Había un conveniente grupo de pequeños asteroides flotando en la oscuridad justo adelante; ese sería un escondite perfecto—. Voy a poner a la nave en esas rocas; y entonces tú vas a quedarte allí y tratar de parecerte a una de ellas. ¿De acuerdo?

El droide borbotó un renuente acuerdo.

—Está bien —dijo Luke, metiendo la nave en los asteroides. Uno de ellos, más o menos del tamaño de una pelota de shockball, rebotó suavemente contra el casco, y él reaccionó con una mueca de dolor. El *Fuego* era la posesión más preciada de Mara, y ella era incluso más protectora con él que el Veúno. Si le abollaba el casco, o incluso si sólo le arañaba la pintura, ella nunca dejaría de recordárselo.

Terminó sus maniobras con cuidado exagerado, y se las arregló para ponerlo en posición sin ninguna colisión más.

—Está bien, eso es —dijo, desabrochándose el cinturón y tecleando para devolverle el control al Veúno—. ¿Tienes el código que te di? Te transmitiremos eso en nuestro camino de regreso para que sepas que somos nosotros. Si es alguien más… bueno, no dejes que la nave dispare a menos que les disparen primero. No hasta que tengamos alguna idea de lo que está pasando allí abajo.

Dos minutos más tarde, manteniendo un ojo cauto en el montón de rocas flotantes de afuera, sacó al Ala-X de la bahía de atraque del *Fuego* y se dirigió al espacio profundo. Erredós ya tenía el curso trazado, y partieron con un estallido de líneas estelares.

Luke le había dicho que lo mantuviera por debajo de los cinco minutos, y el droide le había tomado la palabra. Dos minutos después de salir, siguiendo las instrucciones de Erredós, sacó al Ala-X del hiperespacio, dio la vuelta, y volvió a entrar. Dos minutos después de eso, estaban allí.

Erredós silbó suavemente.

—Está bien, ése es el lugar —confirmó Luke, mirando fijamente al planeta oscuro colgando en el espacio delante de ellos—. Exactamente como las imágenes que el *Hielo Estrellado* nos trajo de vuelta.

Y Mara estaba allí abajo en alguna parte. Abandonada, quizás herida, quizás prisionera.

O quizás muerta.

Apartándose firmemente de la mente ese pensamiento, Luke se estiró a la Fuerza. *Mara… Mara, ¿puedes oírme?*

Pero no había nada.

Erredós dio un trino interrogativo.

—No puedo sentirla —admitió Luke—. Pero eso no significa necesariamente nada. Todavía estamos bastante lejos, y ella puede no ser lo suficientemente fuerte para alcanzar tan lejos. También podría estar dormida, eso limitaría su rango.

El droide no respondió. Pero no era difícil adivinar que sus pensamientos iban en paralelo a los de Luke.

Y estaba también la visión que Luke había tenido hace tres semanas y media en el establecimiento médico de Tierfon. Esa imagen de Mara flotando inanimada en el agua…

—De cualquier modo, no tiene sentido preocuparse por eso ahora —dijo Luke, empujando esa visión al fondo de su mente lo mejor que pudo—. Haz un escaneo de sensores pasivo, nada que accione sus detectores. O por lo menos, nada que los accione si funcionan como los nuestros.

Hubo un reconocimiento, y otra pregunta desfiló por la pantalla de la computadora del Ala-X.

—Tomaremos la misma ruta de entrada que ella —contestó Luke—. Por el cañón hasta la cueva donde desapareció. Una vez que lleguemos allí, meteremos adentro al Ala-X y veremos lo que pasa.

Erredós gorjeó un reconocimiento que sonó intranquilo. Mirando al registro de curso que le había dado Talon Karrde, Luke deslizó el Ala-X hacia el planeta, deseando por un momento que Leia estuviera aquí con él. Si esas criaturas con las que Mara se había encontrado eran inteligentes, podría no sólo necesitar habilidad Jedi sino también sutileza diplomática para tratar con ellas. Sutileza que Leia poseía, y él no.

Hizo una mueca. Por otro lado, probablemente no estaban muy contentos en casa de que él se hubiera ido así sin avisar, pero lo estarían mucho menos si hubiera intentado traer a Leia con él. No, las habilidades diplomáticas de Leia se necesitaban más allá en la Nueva República.

Averiguaría lo suficientemente pronto qué habilidades iba a necesitar aquí.

Todavía estaban bastante fuera de la atmósfera del planeta cuando los sensores del Ala-X captaron las dos naves espaciales alienígenas subiendo de la superficie hacia ellos.

—Hasta aquí llegó el disimulo y el secreto —murmuró Luke, estudiando los perfiles del sensor. Definitivamente se parecían a la nave que él y Erredós habían detectado en su camino de salida del nido de los Piratas Cavrilhu en el campo de asteroides Kauron.

Esa nave, sin embargo, se había apartado y corrido antes de que pudiera verla de cerca. Ahora, mientras este par subía rápidamente hacia él, pudo ver que su primera impresión de la nave había sido de hecho correcta. De aproximadamente tres veces el tamaño del Ala-X, eran una rara pero extrañamente artística combinación de manufactura alienígena amoldada con el demasiado familiar diseño del caza TIE. En la proa de cada

nave había una carlinga ligeramente oscurecida a través de las cuales apenas podía distinguir un par de cascos de vuelo de estilo imperial.

Erredós silbó pensativamente.

—Mantén el curso, Erredós —advirtió Luke—. No significa necesariamente que sean aliados del Imperio. Podrían haber encontrado un caza TIE en alguna parte y podrían haberlo copiado.

El gruñido de Erredós mostró su opinión al respecto.

—Está bien, bueno, probablemente no —dijo Luke, mirando a las naves entrantes. Un minuto más tarde estaban sobre él, alzándose ligeramente sobre el Ala-X y alterando el curso mientras giraban a posiciones de flanqueo a ambos lados—. ¿Tienes lecturas de armas?

El droide silbó, y un tosco esquemático apareció en la pantalla de la computadora. Las naves tenían armamento bastante pesado.

—Genial —murmuró Luke, estirándose con la Fuerza para intentar captar una percepción de la situación. Pero todo lo que pudo detectar fueron los perfiles emocionales básicos de tres seres a bordo de cada nave. Mentes alienígenas pensando pensamientos alienígenas, sin ningún punto de referencia al que aferrarse.

Por otro lado, sus posiciones de flanqueo eran mejores para escoltar que para atacar. Más importante, los sentidos Jedi de Luke no indicaban ningún peligro inmediato. Por el momento, por lo menos, probablemente estaban relativamente a salvo.

Y era hora de empezar a actuar amistosamente.

—Veamos si podemos hablar con ellos —sugirió, alcanzando el interruptor del comunicador.

Los alienígenas se le adelantaron.

—Ka sba'ma'ti orf k'ralan —dijo una voz sorprendentemente melodiosa en la oreja de Luke—. Kra'miral sumt tara'kliso mor Mitth'raw'nuruodo sur pra'cin'zisk mor'kor'lae.

Luke sintió un nudo en el estómago.

—¿Erredós? —preguntó.

El droide trinó una confirmación que sonó preocupada: era de hecho la misma transmisión que Karrde y Mara habían recogido de la nave alienígena que había zumbado al *Ventura Errante* de Booster Terrik. La transmisión que según Mara incluía el poco conocido nombre completo de Thrawn.

Haciendo una mueca, Luke tecleó en su comunicador.

—Éste es el Ala-X AA-589 de la Nueva República —dijo. Si los alienígenas no hablaban básico, por supuesto, esto no iba servir de nada. Sin embargo, no bastaría simplemente con quedarse aquí e ignorarlos—. Estoy buscando a una amiga que puede haber chocado en su mundo.

Hubo una corta pausa. Mirando fuera de la carlinga, Luke tuvo la extraña impresión de que las dos naves alienígenas se habían acercado un pelo más a él.

—Ala-X de la Nueva República —volvió la voz, esta vez en básico bastante pasable—. Nos seguirá a la superficie. No se desviará de nuestra guía. Si lo hace, será destruido.

—Entiendo —dijo Luke. Hubo un clic en el comunicador; y de repente las dos naves alienígenas se dejaron caer hacia la superficie. Luke estaba listo, siguiéndolos y deslizándose rápidamente de vuelta a su lugar en la formación—. Exhibicionistas —murmuró por lo bajo.

Había hablado demasiado pronto. Un segundo más tarde las dos naves se retorcieron de nuevo, esta vez girándose ligeramente hacia arriba y entonces abruptamente a estribor. Erredós chilló cuando la nave de babor pasó disparada incómodamente cerca sobre su cabeza, el tono de su disgusto subiendo rápidamente cuando Luke giró de nuevo al Ala-X abruptamente para corresponder a la maniobra. Apenas se había vuelto a poner en su lugar en el centro cuando lo hicieron de nuevo, esta vez virando a babor.

Erredós gruñó.

—No sé —le dijo Luke cuando alcanzó a su escolta de nuevo—. Quizá tienen algún tipo de sistema de defensa preparado que requiere un acercamiento específico o si no eres destruido. Como el que tenían los piratas en su base del asteroide, ¿recuerdas?

El problema obvio desfiló por la pantalla de la computadora: según el registro del *Hielo Estrellado*, Mara no había seguido ningún acercamiento tan complicado.

—Quizá lo prepararon en respuesta a su entrada furtiva —sugirió Luke—. O podríamos estar viniendo a una parte diferente del planeta… todavía no hemos podido lograr una comparación geográfica.

Erredós gruñó.

—O podrían estar intentando crear una excusa para abrir fuego —convino severamente Luke—. Aunque no sé por qué deberían pensar que necesitan una.

Las naves alienígenas realizaron tres juegos de maniobras más en el descenso, ninguno que a Luke le resultara particularmente difícil de corresponder. Pero cuando alcanzaron la atmósfera superior parecieron cansarse del juego, estabilizándose en un rápido rumbo recto hacia el horizonte occidental. Luke se quedó en formación, dividiendo su atención entre las naves y el suelo de abajo, y estirándose a la Fuerza en busca de cualquier señal de problemas.

Estaban a veinte minutos de viaje, y Erredós finalmente había logrado una comparación entre la topografía de abajo y los archivos del *Hielo Estrellado*, cuando el hormigueo familiar comenzó.

—Tenemos problemas, Erredós —le dijo Luke al droide—. Todavía no estoy seguro de qué tipo, pero son definitivamente problemas. Dame un rápido informe de estado.

Le dio una mirada a la pantalla cuando el reporte de estado apareció. No había nada más que aire, o naves espaciales registradas en los sensores del Ala-X, nada en el uso de energía o sistemas de armas de su escolta que indicara la preparación para el ataque, y los sistemas de su propio Ala-X estaban mostrándolo totalmente operativo.

—¿A qué distancia estamos de la fortaleza que encontró Mara? —preguntó.

Erredós pitó: menos de quince minutos a su velocidad actual.

—En algún momento de los próximos diez minutos, supongo —le contó Luke—. Prepárate —Respirando profundo, poniendo las manos en los controles, conscientemente relajó sus músculos y se sumergió en la Fuerza.

Estaban registrando seis minutos a la fortaleza, y el cañón por el que Mara había volado acababa de aparecer en paralelo a ellos en el horizonte distante, cuando finalmente pasó. En perfecto unísono las dos naves de escolta arrojaron un rápido borbotón de energía por sus propulsores delanteros, pasando de posiciones de flanqueo a seguir por detrás al Ala-X cuando sus velocidades cayeron.

Y desde unas boquillas ubicadas medio-ocultas debajo de las cabinas de sus pilotos, escupieron una salva mortal de fuego azul.

Pero su blanco ya no estaba allí. Un instante antes de que los propulsores de los alienígenas se dispararan, Luke había captado la sutil perturbación en la Fuerza; y para cuando sus armas destellaron había arrojado al Ala-X en una subida abrupta, girando hacia arriba y alrededor en un giro cerrado que lo haría dar la vuelta por detrás de sus atacantes a una posición de ataque.

O por lo menos, ése era el final normal de la maniobra. Esta vez, sin embargo, Luke tenía otros planes. En lugar de salir de su giro detrás de los alienígenas, mantuvo la nariz del Ala-X apuntada hacia el suelo por un par adicional de latidos del corazón. Entonces, en lo que pareció como el último segundo, retorció al caza estelar en un giro retuerce-estómagos de doble rotación. Un instante más tarde estaban corriendo a escasos metros sobre el suelo en un vector perpendicular a su curso original.

—¿Qué están haciendo? —llamó Luke, sin atreverse a alzar los ojos del terreno lo suficiente para ver por sí mismo.

El chillido de advertencia del droide y un súbito hormigueo en la Fuerza fueron su respuesta. Desde atrás vino otra descarga de fuego azul, la mayoría lejos pero unos pocos tiros salpicaron su escudo deflector trasero.

—¿Se les ha unido algún nuevo amigo? —preguntó.

Erredós trinó una negativa. Eso era algo bueno, al menos. Sin embargo, esas naves eran buenas y sus tripulaciones claramente sabían lo que estaban haciendo. Con una ventaja de dos a uno, Luke iba a tener las manos llenas. Especialmente porque…

Erredós gorjeó una pregunta urgente.

—No, deja las alas-S como están —le dijo Luke—. No vamos a responder el fuego.

La siguiente pregunta del droide fue un silbido incrédulo.

—Porque no sabemos quiénes son o por qué están aquí —le contó Luke, midiendo con la mirada el suelo delante de él. Justo más allá del cañón de Mara el terreno se volvía abruptamente de aspecto resquebrajado, lleno de riscos de paredes de granito y profundas hendiduras de bordes afilados—. No quiero matar a ninguno hasta que sepa qué y quiénes son.

La respuesta de Erredós se volvió otro chillido cuando la última salva enemiga voló una delgada capa de metal de la parte de arriba del ala-S de estribor.

—No te preocupes, ya casi estamos allí —Luke lo tranquilizó, arriesgándose a una rápida mirada a sus pantallas de estado. Todavía no había ningún daño serio, pero eso no duraría mucho una vez que los atacantes se acercaran un poco.

Lo que significaba que su mejor esperanza era impedir que eso pasara.

Detrás de él, Erredós silbó sospechoso.

—Ahí es exactamente adonde vamos —confirmó Luke. Ahora casi estaban en el terreno escarpado; y a babor descubrió una garganta de aspecto prometedor—. Oh, relájate, no es peor que algunas de las otras cosas de las que hemos salido —agregó, retorciendo la nariz del Ala-X hacia la garganta—. De todos modos, no tenemos ninguna opción. Agárrate, aquí vamos.

El Cañón del Mendigo en Tatooine había sido una carrera de obstáculos complicada pero familiar de giros y esquinas y zigzags. La trinchera de la Estrella de la Muerte había sido mucho más recta, pero con la adición del fuego turboláser y los cazas TIE atacantes para mantenerla interesante. Ahora, los acantilados de Nirauan se volvían un desafío mucho mayor agregando curvas y puntos de quiebre imprevisibles, con anchuras y profundidades variantes, rocas salientes, y enredaderas arbóreas colgantes.

El recluta Rebelde que acababa de firmar en Yavin habría reconocido los riesgos involucrados. Incluso el arrogante adolescente de Tatooine habría titubeado ante la estupidez de meterse en tal laberinto desconocido a semejantes velocidades. El experimentado Jedi que Luke se había vuelto, sin embargo, sabía que no tendría ningún problema.

Estaba principalmente en lo cierto. La nave se abrió paso a través de la primera serie de torceduras con facilidad, La habilidad de piloto y presciencia en la Fuerza de Luke se combinaban con la maniobrabilidad innata del Ala-X para dejar muy atrás a las naves alienígenas. Se disparó a través de un valle abierto, cambió de dirección hacia un nuevo cañón…

Y casi perdió el control cuando un estallido de fuego azul rastrilló el fuselaje de babor.

—Está bien —le respondió a Erredós, sintiendo una llamarada de molestia con sigo mismo mientras el Ala-X se zambullía de nuevo a la relativa seguridad de su hondonada escogida.

Ya le había pasado antes: enfocar toda su atención —y toda la Fuerza— demasiado estrechamente en una dirección tenía una tendencia a cegarlo de cualquier cosa que pasara fuera de ese cono. Claramente, por lo menos uno de los pilotos alienígenas había sido lo suficientemente inteligente para abandonar la persecución y volar por encima del laberinto a esperar a que el blanco se mostrara.

Pero el gambito le había fallado; y si el terreno cooperaba, no tendría otra oportunidad. El Ala-X emergió en un segundo valle, este más pequeño que el primero, y viró hacia otra hondonada. Dejando que la Fuerza guiara sus manos, Luke miró a los acantilados a su alrededor, buscando el lugar apropiado…

Y entonces, de repente, allí estaba. A ambos lados del Ala-X los empinados acantilados subían hacia arriba, uno de ellos inclinándose abruptamente hacia el otro hasta que sólo una diminuta cinta de luz de día se mostraba arriba entre ellos. Líneas y racimos de arbustos parduscos y ásperos se aferraban a varias partes de la roca escarpada, con una espesa estera de arbustos castaños y árboles achaparrados cubriendo abajo el suelo del cañón. Delante y detrás, el cañón doblaba abruptamente para cada lado, dejando esta parte central como una burbuja aislada rodeada de roca.

Era el lugar perfecto para bajar a tierra.

Erredós no chilló ni pitó mientras Luke giraba al caza estelar en un giro de ciento ochenta grados en una clásica reversa contrabandista. Probablemente, decidió Luke cuando le daba energía a los propulsores, porque el pequeño droide estaba demasiado ocupado agarrándose por su vida. Por un manojo de segundos el Ala-X se resistió debajo de él, y tuvo que esforzarse para estabilizarlo cuando intentó saltar fuera de control. Afuera, las paredes del cañón que pasaban disparadas empezaron a bajar de velocidad, y cuando lo hicieron él bajó la energía del motor y encendió los repulsores. La presión de desaceleración que lo aplastaba contra los cojines del asiento se fue desvaneciendo; girando al Ala-X para mirar hacia adelante de nuevo, arrojó una rápida mirada alrededor. Directamente al frente, un par de árboles achaparrados se alzaba del suelo del cañón, plantados en lo que parecía ser el lecho de un riacho seco, sus troncos separados la distancia justa. Aplacando lo último de la velocidad hacia adelante del Ala-X, dejó caer su nariz para deslizarse pulcramente entre los troncos de los árboles.

—Ya está —dijo, pasando por los últimos pasos del ciclo de aterrizaje y apagando los repulsores—. No fue tan difícil, ¿no?

Hubo un silbido débil y ligeramente inseguro desde atrás de él. Aparentemente, Erredós todavía no había recobrado la voz.

Esbozando una estrecha sonrisa, Luke abrió la carlinga, haciendo una mueca de dolor por el sonido agudo del rasguño de docenas de hojas de bordes espinosos afilados contra el transpariacero, y se sacó el casco y los guantes.

El aire que entraba desde afuera era fresco y olía vagamente musgoso. Por un largo minuto se quedó escuchando, estirándose con sentidos incrementados por la Fuerza en busca de sonidos de persecución. Pero no había nada excepto los sonidos normales del viento susurrando a través de las hojas y los gorjeos distantes de aves o insectos.

—Creo que los perdimos —le dijo a Erredós—. Por lo menos por ahora. ¿Pudiste ver adónde estamos?

Erredós pitó, todavía sonando un poco atontado, y un mapa apareció en la pantalla de la computadora.

Luke lo estudió. No estaba demasiado mal, pero tampoco demasiado bien. No estaban a más de diez kilómetros de la cueva de Mara, pero la mayoría del territorio entre aquí y allá consistía en el mismo tipo de gargantas angostas y precipicios rocosos que los que acababan de atravesar volando. Por lo menos a todo un día de viaje, probablemente dos, posiblemente tres.

Por otro lado, la misma aspereza del terreno les daría una mejor cobertura que la que podrían razonablemente haber esperado. A pesar de todo, un intercambio bastante bueno.

Pero no sería un gran intercambio si los alienígenas los encontraban antes de que siquiera empezaran.

—Vamos —dijo, deslizándose fuera de la cabina y rodando al suelo. Su esfuerzo por evitar las espinas en las hojas fue sólo parcialmente exitoso, pero sólo un par realmente sangraban—. Preparemos la mochila y salgamos de aquí.

Sólo le tomó unos minutos desdoblar la camu-red que Karrde había enviado con el equipo y desplegarla fácilmente encima del Ala-X. Entonces, como una precaución adicional, cortó algunos de los arbustos más pequeños y ramas de árbol con su sable de luz y las esparció encima de la red. No era perfecto, especialmente de cerca, pero era lo mejor que podía hacer en el tiempo disponible.

La gente de Karrde también le había preparado su mochila de supervivencia, reuniendo los suministros y cargándolos a bordo del Ala-X mientras Luke se apresuraba con el trabajo de datos necesario para salir de Cejansij. Y como a lo largo de los años Luke había llegado a esperar de la organización del contrabandista, había hecho un trabajo de primera clase. Separados en dos mochilas portables, los suministros incluían barras de raciones, filtro/cantimploras de agua, medpacs, barras luminosas, una buena longitud de sintesoga, un bláster de repuesto, una tienda de supervivencia con una cama enrollable, e incluso una pequeña selección de granadas de baja potencia.

—Me sorprende que no intentaron meter un deslizador terrestre adentro —gruñó Luke cuando izaba experimentalmente una de las mochilas sobre sus hombros. Era bastante pesada, pero el peso había sido bien distribuido y sería razonablemente fácil de llevar—. Supongo que tendremos que dejar la otra mochila aquí. ¿Estás listo para escalar un poco?

Erredós trinó interrogativamente, su domo girando para atisbar por el cañón primero en una dirección y entonces en la otra.

—No, por ahí es por donde esperarán que salgamos —le contó Luke. Señaló arriba hacia uno de los acantilados que se alzaban encima de ellos—. Ésa es nuestra ruta, allí arriba.

El droide giró su domo de nuevo, silbando asustado cuando se inclinó muy atrás para mirar arriba.

—Relájate, no tendremos que ir todo el camino hasta la cima —lo calmó Luke—. ¿Ves ese hueco a unos dos-tercios del camino hasta arriba? Si leí bien las imágenes aéreas, ese debería llevar a un corte que nos llevará el resto del camino a la cima.

Erredós trinó tristemente, mirando de un lado a otro de nuevo a lo largo del cañón.

—No, Erredós, no podemos ir por ahí —le dijo firmemente Luke—. Y no tenemos tiempo para discutirlo. Incluso si esas naves no pueden entrar por allí, pueden tener algunas más pequeñas de vuelta en la fortaleza. Y si no también siempre pueden venir a pie. ¿Quieres quedarte esperando hasta que lleguen aquí?

El droide pitó enfáticamente. Dándose la vuelta, empezó a traquetear determinadamente a lo largo del lecho del riachuelo seco hacia la base del precipicio debajo del hueco que Luke había señalado.

Sonriendo, Luke terminó de asentarse la mochila en los hombros. Entonces, estirándose con la Fuerza, levantó a Erredós lo suficiente para pasar por encima de la maleza y se dirigió hacia el precipicio.

• • •

El ascenso resultó realmente menos desalentador de lo que había parecido. Aunque bastante empinada, la pared no era ni de cerca la cuesta imposiblemente vertical que había parecido desde el suelo del cañón. Los apoyos para manos y pies eran abundantes; toda la cara del acantilado parecía estar punteada de angostos salientes y pequeñas cuevas, y los arbustos y enredaderas también proveían de firmes asideros.

La única parte problemática era Erredós, pero incluso eso se volvió una rutina más o menos cómoda rápidamente. Encontrando un lugar seguro adonde pararse, Luke usaría la Fuerza para alzar al droide y pasarlo entre un par de salientes angostos o cuevas convenientemente ubicadas, sostenerlo en el lugar mientras usaba la sintesoga para amarrarlo a los arbustos más cercanos, entonces subir sobrepasándolo hasta el próximo punto conveniente de descanso y repetirlo.

Erredós, por supuesto, no quiso saber nada con ninguna parte del procedimiento. Sin embargo, a mitad de camino subiendo el acantilado, por lo menos dejó de quejarse.

Ya estaban casi en el hueco, y Luke estaba una vez más alcanzando el punto adonde había fijado a Erredós, cuando oyó la débil voz.

Se detuvo, con una mano agarrada a una enredadera aterronada, y escuchó. Pero no había nada más que los distantes chirridos de los insectos que había estado oyendo desde que aterrizaron. Usando sus técnicas Jedi de incremento sensorial, estiró su audición; pero aunque los chirridos se volvieron más altos y variados, la voz que creyó que había oído no estaba allí.

Hubo un fuerte chillido desde arriba: Erredós, silbando suavemente en su oído aumentado.

—Creí que oí algo —murmuró en respuesta, con palabras que retumbaron en su cabeza. Apresuradamente, bajó su oído de vuelta a lo normal—. Fue como una voz…

Se interrumpió por el gorjeo sobresaltado de Erredós.

—¿Qué fue eso? —preguntó, mirando arriba. El droide estaba mirando hacia abajo a lo largo del precipicio; volviendo la cabeza, Luke siguió su mirada…

Y se congeló. Emperchada en un arbusto de hojas espinosas a no más de tres metros había una pequeña criatura pardo-grisácea de alas flojas.

Mirándolo.

—Tómalo con calma —Luke tranquilizó a Erredós, tomándose un momento para estudiar a la criatura. De aproximadamente treinta centímetros desde la cabeza a las garras, estaba cubierta de piel de aspecto suave. Sus alas plegadas eran más de lo mismo, aunque era difícil adivinar su tamaño, y se arqueaban ligeramente de cierto modo que le recordó a Luke unos hombros inclinados. La cabeza era proporcionalmente pequeña y aerodinámica, con un par de ojos oscuros anidados debajo de pliegues carnosos y dos tajos horizontales debajo de ellos. El tajo superior estaba ondulando con el ritmo constante de la respiración, mientras que el más bajo se apretaba en una ranura estrecha. Un par de pies segmentados, de garras anchas se agarraban del arbusto en el que estaba emperchada, aparentemente sin ser molestados en lo más mínimo por las afiladas espinas. El efecto general era como algo a medio camino entre un mynock y un makthier de presa, y se preguntó si estaba emparentada con cualquiera de esas especies.

Erredós dio otro trino, esta vez uno cauteloso.

—No creo que vaya a hacernos ningún daño —le aseguró Luke, todavía mirando a la criatura—. No siento ningún peligro de él. Y somos un poco grandes para ser bocadillos de algo de ese tamaño.

A menos que, por supuesto, cazaran en bandadas. Todavía mirando a la criatura, se estiró con la Fuerza, buscando otras de la especie. Había definitivamente más de ellas en el cañón, pero la mayoría parecía estar bastante distante…

La abertura más baja en la cara de la criatura se abrió, revelando filas gemelas de diminutos dientes afilados, y emitió un fuerte gorjeo.

¿Quién eres?

Luke parpadeó de sorpresa. Ahí estaba la voz que creyó haber oído, sólo que esta vez era lo suficientemente clara para entenderla. Pero había venido de…

—¿Qué? —preguntó.

La criatura chirrió de nuevo.

¿Quién eres?

Tenía razón: era la criatura la que había hablado.

Sólo que no había *hablado*. No realmente. ¿Pero entonces cómo lo había entendido Luke…?

Y entonces, abruptamente, comprendió.

—Soy Luke Skywalker —dijo, estirándose hacia la criatura con la Fuerza—. Caballero Jedi de la Nueva República. ¿Quién eres tú?

La criatura emitió una corta serie de gorjeos.

¿Qué haces aquí, Caballero Jedi Caminante del Cielo[1]*?*

—Estoy buscando a una amiga —dijo Luke. Su suposición había sido correcta: mientras que él no podía entender el idioma real de chirridos de la criatura, estaba captando la esencia de la comunicación de su mente a través de la Fuerza. Un evento

[1] **N. del T.:** Aquí la criatura separa el apellido Skywalker en dos palabras, enfatizando su significado que como veremos más adelante se parece a los nombres de su especie, por lo que me pareció que lo indicado era traducirlo.

sumamente inusual, en su experiencia, y que probablemente implicaba que las criaturas eran por lo menos marginalmente sensibles a la Fuerza—. Ella aterrizó por aquí cerca, hace casi dos semanas y entonces desapareció. ¿Sabes adónde está?

La criatura pareció apartarse un poco hacia atrás. Esponjó las alas abriéndolas parcialmente y las volvió a poner en su espalda. Chirrió de nuevo…

¿Quién es esta amiga?

—Su nombre es Mara Jade —dijo Luke.

¿Es otra Caballero Jedi?

—Algo así —dijo Luke sin comprometerse. Mara se había dejado caer ocasionalmente por su academia Jedi durante los últimos ocho años, pero nunca se había quedado lo suficiente para completar su entrenamiento. En realidad, había veces que Luke se preguntaba si ella había de verdad empezado alguna vez—. ¿Sabes adónde está?

Las alas se esponjaron de nuevo mientras la criatura chirrió.

No sé nada.

—¿En serio? —dijo Luke, dejando que su tono se hiciera sólo un poquito más frío. Ni siquiera necesitaba la Fuerza para esto; había visto a Jacen, Jaina, y Anakin hacer este truco suficientes veces para reconocer el conocimiento culpable cuando lo veía—. ¿Qué tal si te contara que un Jedi siempre sabe cuando alguien está mintiendo?

Desde detrás de él vino un gorjeo fuerte y autoritario.

Deja tranquilo al joven.

Luke volvió la cabeza. Emperchadas en los arbustos y rocas escarpadas al otro lado de la cara del desfiladero había tres más de las criaturas. Cada una era dos veces más grande que la primera; pero incluso sin la diferencia de tamaño las sutiles diferencias entre el adulto y joven eran inmediatamente visibles.

—Discúlpenme —les dijo—. No era mi intención intimidarlo. Quizás ustedes puedan ayudarme en mi búsqueda por mi amiga.

Una de las criaturas extendió las alas y dio un corto salto a un arbusto más cercano a Luke, torciendo su cabeza a un lado y entonces al otro como si estuviera estudiando al intruso con cada ojo individualmente.

No eres uno de los demás. ¿Quién eres?

—Creo que ya lo sabes —dijo Luke, con una sensación silenciosa incitándolo a seguir una corazonada—. ¿Por qué no me dices en cambio quién eres tú?

La criatura pareció considerarlo.

Yo soy Cazador De Los Vientos. Regateo en nombre de esta nidada de los Qom Qae.

—En nombre de la Nueva República te saludo, Cazador De Los Vientos —dijo consecuentemente Luke—. ¿Presumo que conoces a la Nueva República?

El qom qae mayor esponjó las alas exactamente igual que el joven.

He oído. ¿Qué es la Nueva República para nosotros?

—Supongo que eso depende de lo que quieran que sea —dijo Luke—. Pero ésa es una cuestión para que discutan los diplomáticos y regateadores. Yo estoy aquí para ayudar a una amiga.

Cazador De Los Vientos chirrió decididamente.

Nosotros no tenemos ningún conocimiento de ninguna extraña.

Pero lo tenemos, chirrió el joven qom qae desde atrás de Luke. *Los qom jha hablaron de…*

Cazador De Los Vientos lo interrumpió con un graznido.

¿Es tu nombre Buscador De La Estupidez?, demandó significativamente. *Quédate callado.*

—Quizás sólo te has olvidado —sugirió diplomáticamente Luke—. Después de todo un regateador de una nidada debe tener muchos otros asuntos en los que pensar.

Cazador De Los Vientos esponjó las alas.

Lo que pasa afuera de esta nidada no nos concierne. Ve a otra nidada de qom qae, o a los qom jha si te atreves. Quizás ellos te ayuden.

—Está bien —dijo Luke—. ¿Me guiarás a ellos?

Están fuera de esta nidada, chirrió Cazador De Los Vientos. *No nos conciernen.*

—Ya veo —dijo Luke—. ¿Dime, Cazador De Los Vientos, alguna vez has tenido a un amigo en peligro?

El qom qae extendió las alas, sus dos compañeros lo imitaron.

Esta conversación ha terminado. Joven: ven.

Saltó del arbusto, alejándose planeando hacia el suelo del cañón bajo sus alas extendidas, sus dos compañeros lo siguieron. Dándose la vuelta, Luke vio al qom qae joven seguirlos.

Erredós gruñó desdeñosamente.

—No los culpes demasiado —le dijo Luke con un suspiro—. Puede haber enredos culturales o políticos aquí sobre los que no sabemos.

Reasumió su ascensión.

—O simplemente pueden ser cautelosos al involucrarse en la lucha de alguien más —agregó—. Ciertamente hemos visto suficiente de eso durante los años.

Cinco minutos después habían alcanzado el hueco. Luke había tenido razón: el corte continuaba hacia arriba hacia la cima del precipicio en un ángulo mucho más sosegado mientras todavía los mantenía debajo de la cobertura de los árboles todo el camino.

—Perfecto —dijo Luke, mirando hacia arriba a lo largo de él—. Vayamos hasta la cima y veamos adónde podemos ir desde allí —Recogiendo la sintesoga, empezó a enrollarla…

Y de repente Erredós emitió un graznido sobresaltado.

—¿Qué sucede? —demandó Luke, agarrando por reflejo su sable de luz cuando se dio la vuelta. No había ningún peligro a su alrededor que pudiera ver o sentir—. ¿Erredós, qué sucede? —preguntó de nuevo, volviendo su atención al droide.

Erredós estaba mirando abajo al valle por el camino que habían venido, gimiendo fúnebremente. Frunciendo el ceño, Luke siguió la línea de la mirada del droide…

Y sintió que su aliento se quedaba atrapado en su garganta. Abajo en el suelo del valle, su Ala-X se había desvanecido.

—No —jadeó Luke, mirando fijamente a los castaños y grises de allí abajo. Su primer pensamiento esperanzado fue que su trabajo de camuflaje simplemente había sido mejor que lo que esperaba y que el caza estelar todavía estaba justo adonde lo había dejado. Pero un momento de búsqueda cuidadosa con sentidos aumentados Jedi puso a descansar en silencio esa esperanza.

El Ala-X realmente se había ido.

Erredós trinó ansiosamente.

—Está bien —lo tranquilizó Luke—. Está bien.

Y para su propia moderada sorpresa, descubrió que realmente estaba seguro de eso. El acto de desaparición del Ala-X era frustrante y molesto; pero bastante extrañamente, no había ninguna sensación de peligro o miedo acompañándolo. Ni siquiera ninguna seria preocupación, a pesar del hecho de que la pérdida de su nave significaba que no había ninguna oportunidad de un escape rápido si la situación llegaba a requerirlo.

¿Un mensaje de la Fuerza? ¿Una sensación, quizás, de que el Ala-X estaba meramente extraviado y no realmente perdido?

Desafortunadamente, comprendió tristemente, que igual de fácilmente podía ser un mensaje en la dirección opuesta. Que la pérdida de la nave no importaba porque él no iba a dejar este mundo vivo de cualquier forma.

Sin invitación, una imagen de Yoda se alzó de su memoria: el viejo Maestro Jedi suspirando de cansancio cuando se acostó en su cama por última vez. Luke podía recordar el miedo que le batía las tripas por la fragilidad de Yoda; podía revocar el tono exacto de su propia voz cuando le protestó a Yoda que él no podía morir.

Entrenado bien y pleno de Fuerza estoy, había reprobado suavemente Yoda a su estudiante. *¡Pero no tan fuerte como para eso! El crepúsculo pende sobre mí y pronto la noche caerá. Así son las cosas…, así es la Fuerza.*

Luke respiró profundo. Obi-Wan había muerto, Yoda había muerto, y algún día sería su turno de enfrentar ese mismo viaje. Y si éste era el lugar donde empezaría ese viaje, así sería. Él era un Jedi, y lo enfrentaría como uno.

Entretanto, la razón por la que había venido aquí no había cambiado.

—No hay nada que podamos hacer al respecto ahora —le contó a Erredós, apartándose del valle y volviendo a la tarea de enrollar la sintesoga—. Vayamos a la cima y veamos adonde vamos desde allí.

Desde directamente arriba vino un suave gorjeo.

Hay mejores caminos para pasar.

Luke alzó la vista. El joven qom qae había regresado, flotando en alguna corriente ascendente que había encontrado y mirándolos hacia abajo.

—¿Te estás ofreciendo a ayudarnos? —preguntó.

El qom qae dobló ligeramente una de sus alas, el cambio en la presión del aire lo hizo deslizarse hasta la cara del precipicio al lado de Luke. Agarró uno de los arbustos en sus garras cuando lo alcanzó, plegando sus alas detrás de él.

Te ayudaré, chirrió. *Los qom jha han dicho que otra ha llegado y ha estado con ellos. Te llevaré allí.*

—Gracias —dijo Luke, preguntándose si debía preguntar por su Ala-X perdido. Pero después de lo espantadizo que había sido el joven qom qae antes, probablemente sería mejor dejar cualquier interrogación para más tarde—. ¿Puedo preguntar por qué estás dispuesto a correr el riesgo?

Soy conocido de algunos de los más jóvenes qom jha, chirrió. *No les tengo miedo.*

—No estoy hablando necesariamente acerca de los qom jha —dijo Luke, queriendo asegurarse de que el joven alienígena auténticamente comprendiera los riesgos—. Los demás de los que habló Cazador De Los Vientos también pueden intentar detenernos.

Entiendo eso. El alienígena esponjó las alas. *Pero le preguntaste a Cazador De Los Vientos si él alguna vez había tenido a un amigo en peligro. Yo lo tengo.*

Luke sonrió.

—Lo entiendo —dijo—. Y me siento honrado de contar con tu ayuda. Yo soy Luke Skywalker, como ya te dije, y éste es mi droide, Erredós. ¿Cuál es tu nombre?

El qom qae extendió las alas e hizo un corto salto a un arbusto delante de ellos.

Todavía soy demasiado joven para tener un nombre propio. Me llaman meramente Niño De Los Vientos.

—Niño De Los Vientos —repitió Luke, mirándolo pensativamente—. ¿No estarás por casualidad emparentado con Cazador De Los Vientos, no?

Él es mi progenitor, chirrió Niño De Los Vientos. *Se ve que la sabiduría de los Caballeros Jedi es cierta.*

Luke reprimió una sonrisa.

—A veces —dijo—. Pero ahora debemos ponernos en movimiento. Por el camino, quizás puedas contarme más acerca de tu gente.

Me sentiría honrado, dijo Niño De Los Vientos, extendiendo ansiosamente las alas. *Ven, te mostraré el camino.*

CAPÍTULO 3

La ampolla de comunicaciones en el Acorazado de la Nueva República *Peregrino* era una especie de anacronismo entre las naves de guerra modernas, un retroceso a la filosofía de diseño pre-Guerras Clónicas que había prevalecido en el momento en que el *Peregrino* y sus naves hermanas de la flota Katana habían sido construidas. No sólo toda la serie primaria de antenas de la nave estaba localizada en la ampolla, sino que también lo estaban las complejas y delicadas computadoras de encriptación/desencriptación.

El puñado de otros Acorazados de la flota Katana que todavía estaba al servicio de la Nueva República había sido sometido a extensivas renovaciones en sus ampollas, con el equipo de encriptación/desencriptación trasladado al interior, a un área más protegida entre el puente y operaciones de Inteligencia. Pero de algún modo, sin importar qué tan a menudo se hablaba del procedimiento de renovación, el *Peregrino* siempre parecía haberse resbalado entre las grietas del programa de trabajo.

Wedge Antilles se había preguntado acerca de eso en ocasiones. Todavía había, sabía él, alguna aversión entre el General Garm Bel Iblis y algunos miembros del escalafón superior de la Nueva República, que venía de los años en que Bel Iblis había mantenido su propia guerra privada contra el Imperio después de su distanciamiento con Mon Mothma. Wedge siempre había sospechado que la falta de renovación en esta, la nave insignia del general, estaba vinculada a esa animosidad.

No fue hasta que Wedge y el Escuadrón Pícaro fueron asignados permanentemente a Bel Iblis que se había enterado de la verdad. Las secciones de inteligencia, le había explicado Bel Iblis, eran lugares atestados y públicos, y tener una señal desencriptada conectada al puente o a la sala de comando le daba abundantes oportunidades a cualquiera con una pizca de habilidad y un sobrante de curiosidad de interceptar la conversación. Una ampolla de comunicaciones, en contraste, era un lugar tan aislado como uno podía encontrar a bordo de una nave de guerra; y tener a la computadora de encriptación/desencriptación al alcance de la mano significaba que el mensaje empezaba y terminaba justo allí. Siempre que había cualquier transmisión realmente privada, era adonde se podía encontrar a Bel Iblis.

Ahora él y Wedge estaban allí. A pedido personal del Almirante Ackbar.

—Entiendo sus preocupaciones, General Bel Iblis —dijo Ackbar, su cara llenaba la pantalla del comunicador, sus grandes ojos giraban para abarcar también a Wedge—. Y no discrepo con su evaluación. Pero no obstante debo rechazar su pedido.

—Lo insto enérgicamente a reconsiderarlo, Almirante —dijo tiesamente Bel Iblis—. Aprecio la situación política en Coruscant, pero no podemos dejar que eso nos ciegue a las consideraciones completamente militares aquí.

Los apéndices labiales del mon cal parecieron endurecerse.

—Desafortunadamente, ya no hay ninguna consideración puramente militar involucrando al asunto de Caamas —vociferó—. Las preguntas políticas y éticas lo han saturado todo.

—Una combinación inusual —murmuró Wedge por lo bajo.

Uno de los ojos de Ackbar se giró brevemente hacia él antes de volver a Bel Iblis.

—En resumen la situación es que cualquier presencia seria de la Nueva República sobre Bothawui se traduciría a estas alturas como apoyo a los bothans contra sus críticos.

—No sería nada por el estilo —objetó Bel Iblis—. Sería una voz de calma y razón en el medio de un muy peligroso punto de ignición. Aquí ya hay sesenta y ocho naves de guerra, todas ellas enzarzadas en un concurso de miradas de doce lados entre sí, todas ellas listas para saltar si cualquiera de las otras hace tanto como estornudar. Tiene que haber alguien aquí que pueda mediar en cualquier problema antes de que desaten una guerra sin cuartel.

Ackbar suspiró, un sonido oscuramente raspante.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, General. Pero el Alto Consejo y el Senado son la máxima autoridad aquí, y ellos han llegado a una conclusión diferente.

Bel Iblis le lanzó una mirada malsana a Wedge.

—Confío en que continuará intentando hacerlos cambiar de opinión.

—Claro que sí —dijo Ackbar—. Pero tenga éxito o no, no será usted el escogido para el dudoso honor de mediador. El Presidente Gavrisom ya ha seleccionado otra tarea para usted.

—¿Más importante que mantener la paz en Bothawui?

—Más importante —le aseguró Ackbar—. Si Bothawui es el punto de ignición, entonces el Documento de Caamas es la chispa.

Wedge sintió que una súbita premonición lo golpeaba. ¿Podría estar Gavrisom realmente considerando…?

Lo estaba.

—El Presidente Gavrisom ha concluido por consiguiente que la mejor oportunidad de la Nueva República para aplacar la controversia es obtener una copia intacta del documento —continuó Ackbar—. Con este fin, ha de proceder inmediatamente a Ord Trasi, adonde empezará a congregar una fuerza para una incursión por información en la base imperial del Ubictorado en Yaga Menor.

Wedge le robó una mirada furtiva a Bel Iblis. La expresión del general no había cambiado, pero había suficiente firmeza en su mandíbula para mostrar que él estaba siguiendo las mismas líneas de pensamiento que Wedge.

—Con todo el debido respeto, Almirante —dijo Bel Iblis—, el Presidente Gavrisom debe estar bromeando. Yaga Menor posiblemente es el sistema más pesadamente defendido en el espacio imperial o de la Nueva República. Y eso es simplemente considerando un ataque en línea recta, donde no importa qué posiciones enemigas quedan bajo fuego. Tener que mantener intacto el sistema de datos enemigo le agrega cinco capas adicionales de dificultad a toda la operación.

—El Presidente es bien consciente de los desafíos involucrados —dijo Ackbar, con voz aún más ronca que lo usual—. Le seré honesto: No me gusta esto mucho más que a usted. Pero tiene que ser intentado. Si se desata la guerra por este asunto, nosotros no tenemos suficientes naves o tropas para forzar o mantener una paz. Toda la Nueva República podría plausiblemente derrumbarse en una guerra civil sin cuartel.

Bel Iblis miró a Wedge y se giró de vuelta a la pantalla.

—Sí señor —dijo—. Desafortunadamente, estoy forzado a convenir con su evaluación.

—Y también debo decir —agregó Ackbar—, que si hay alguna forma en que esto pueda hacerse, usted es el que puede hacerlo.

Bel Iblis esbozó una sonrisa irónica.

—Gracias por su confianza, Almirante. Haré mi mejor esfuerzo.

—Bien —dijo Ackbar—. Usted y su fuerza de operaciones han de dejar Bothawui inmediatamente hacia Ord Trasi. Le estaré enviando en silencio el resto de sus naves durante las próximas dos semanas, para cuando espero que usted tenga un plan de batalla formulado y listo para usar.

—Entendido —dijo Bel Iblis—. ¿Qué hay de equipos o unidades especiales?

—Cualquier cosa que la Nueva República pueda proporcionarle es suya —le aseguró Ackbar—. Dígame lo que necesite, y haré que se lo envíen.

Bel Iblis asintió.

—Necesitaremos por supuesto un secreto total en esto —advirtió—. Si siquiera un indicio se filtra al Imperio, cualquier pequeña oportunidad que tengamos se habrá perdido.

—El secreto será completo —prometió Ackbar—. Ya he puesto en movimiento una historia de cobertura que debería convencer a cualquier espía imperial de que las naves están congregándose en secreto en las regiones exteriores del sistema Kothlis para la defensa de Bothawui, en caso de que eso se vuelva necesario.

—Eso debería funcionar —dijo Bel Iblis—. Con tal de que no se dirijan a Kothlis y echen una mirada por sí mismos.

—Dos Dársenas Espaciales Rendili ya han sido movidas al sistema Kothlis —dijo Ackbar—. Estarán equipadas con naves falsas llevando los IDs y marcas apropiadas para que las vea cualquier imperial que pase.

—Interesante —Bel Iblis alzó una ceja—. Así que esto no es sólo una idea del momento que Gavrisom propuso anoche. Esto ya ha sido planeado durante algún tiempo.

El mon cal asintió con su enorme cabeza.

—Las preparaciones comenzaron el día después del alboroto en el Edificio de los Clanes Combinados en Bothawui —dijo—. Con la implicación del General Solo en ese incidente, el Presidente sabía que ya no sería posible para el gobierno de la Nueva República hacer ningún movimiento político abierto sin que nuestros motivos estuvieran bajo fuego.

—Entiendo el razonamiento involucrado —dijo pesadamente Bel Iblis—. Entonces será Ord Trasi.

—Un equipo de enlace de mi oficina estará esperándolo allí cuando llegue —dijo Ackbar—. Buena suerte, General.

—Gracias, Almirante. Bel Iblis fuera.

El general tocó una tecla, y la transmisión terminó.

—Lo que no significa que esté completamente de acuerdo con él —comentó por lo bajo hacia la pantalla en blanco cuando se volvió hacia Wedge—. Bueno, General. ¿Comentarios?

Wedge agitó la cabeza.

—Estuve en una incursión por información una vez, cuando estábamos intentando obtener datos acerca del Gran Almirante Makati de la biblioteca de Boudolayz —dijo—. Creo que los clasificadores de bits estimaron después que tuvimos aproximadamente un ochenta por ciento de éxito. Y eso era Boudolayz, no Yaga Menor.

—Sí, he leído los reportes de esa incursión —dijo Bel Iblis, acariciándose pensativamente el bigote—. Esto definitivamente no va a ser fácil.

Wedge hizo una mueca.

—Entretanto, Bothawui sigue acumulando naves de guerra como un reflector acumula insectos nocturnos. Eventualmente, señor, alguien va a intentar aprovecharse de eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Bel Iblis—. Es por eso que le pedí que subiera aquí conmigo esta tarde.

—¿Oh? —dijo Wedge, mirándolo cuidadosamente—. ¿Entonces sabía que esto iba a venir?

—No específicamente la incursión a Yaga Menor —dijo Bel Iblis—. Pero tenía un presentimiento de que Coruscant rechazaría mi petición de quedarme aquí y mantener el orden. También se me ocurrió que si se le ordenaba partir a mi fuerza de operaciones, *como ha sucedido ahora*, que el Escuadrón Pícaro no es técnicamente parte de esa fuerza de operaciones.

Wedge frunció el ceño.

—Creo que me he perdido, General. Creí que habíamos sido asignados permanentemente a usted.

—Sí, a *mí* —convino Bel Iblis—. Pero no a mi fuerza de operaciones. Es una distinción técnica fina pero muy importante.

—Le tomo la palabra —dijo Wedge, intentando en vano buscar la confirmación de ese punto de las regulaciones del ejército de la Nueva República en su propia memoria—. ¿Entonces qué significa eso?

Bel Iblis giró la silla de la estación de encriptación y se sentó.

—Significa que estoy de acuerdo con usted en que es probable que alguien se aproveche de este enredo —dijo, cruzando las manos en su regazo—. Posiblemente esta

oscura organización Venganza que sigue creando alborotos y demandando que los bothans paguen su parte por la destrucción de Caamas.

—Sí —dijo despacio Wedge cuando un súbito pensamiento lo golpeó—. ¿Y ya que la contribución bothan en ese ataque fue sabotear los escudos planetarios de Caamas…?

Bel Iblis asintió.

—Muy bien. Sí, mi suposición es que alguien va a intentar desactivar los escudos de Bothawui.

Wedge silbó suavemente.

—¿Cree que eso es siquiera posible? Se supone que los bothans tienen uno de los mejores sistemas de escudos de la galaxia.

—Lo tuvieron alguna vez, durante el apogeo del Imperio —dijo Bel Iblis—. Si lo han mantenido no lo sé. Pero por supuesto que un enemigo no tendría que desactivar toda la rejilla para hacer un daño serio. Bajar el escudo sólo sobre Drev'starn abriría un agujero por donde se podría verter mucho daño turboláser.

—Sí —murmuró Wedge—. El problema es, que no serían sólo los bothans los que serían golpeados.

—Ése es de hecho el problema —convino sobriamente Bel Iblis—. En la última cuenta, había más de trescientas megacorporaciones con su casa central en Bothawui, más miles de compañías más pequeñas y por lo menos cincuenta casas de cambio de finanzas y bienes.

Wedge asintió. No significaría exactamente un caos económico universal si eran golpeadas, pero agregaría un grado considerable de enojo y resentimiento adicional al estofado que ya se estaba calentando allí afuera.

Y con todas esas naves de guerra intentando derribarse entre sí con la mirada, podría hacer considerablemente más que sólo calentar el estofado.

—¿Qué quiere que yo haga?

Bel Iblis parecía estar estudiándole la cara.

—Quiero que baje a la superficie y se asegure que eso no pase.

Wedge había tenido una sospecha furtiva de que ésa era la dirección hacia la que iba esta conversación. De todos modos lo impresionó.

—¿Yo solo? —preguntó—. ¿O cree que también podría necesitar al resto del Escuadrón Pícaro?

Bel Iblis sonrió.

—Relájese, Wedge, no es tan malo como suena —dijo—. No estoy esperando que se pare delante del domo del generador de Drev'starn, con un bláster en cada mano, y que detenga a la Tercera Brigada Blindada Pesada Imperial. Hasta ahora Venganza ha mostrado más engaño y subterfugio que fuerza bruta; y el engaño y el subterfugio son cosas que un par de inteligentes pilotos de Ala-X han de tener una buena oportunidad de descubrir.

Así que ahora la partida de exploración propuesta era de dos, notó Wedge, doblando por lo tanto sus oportunidades de encontrar esta teórica aguja en un pajar.

—¿Tenía usted a alguien en particular en mente como el segundo inteligente piloto de Ala-X?

—Por supuesto —dijo Bel Iblis—. El Comandante Horn.

—Ya veo —dijo Wedge entre labios repentinamente tiesos. Una búsqueda por un saboteador oculto… y Bel Iblis había propuesto inmediatamente a Corran Horn. ¿Podría él haber deducido de algún modo las habilidades Jedi cuidadosamente ocultas de Corran?— ¿Por qué a él?

Las cejas de Bel Iblis se alzaron ligeramente.

—Porque su suegro es un contrabandista —dijo—. Él tiene que tener una red de contactos a los que Horn podrá acceder.

—Ah —dijo Wedge, relajándose un poco—. No había pensado en eso.

—Es por eso que yo soy un general de alto rango —dijo secamente Bel Iblis—. Mejor que baje y le dé las buenas noticias a Horn. Ya oyó a Ackbar… sólo tengo un par de semanas para preparar todo esto, y lo voy a necesitar de vuelta con el escuadrón cuando ataquemos Yaga Menor.

—Haremos lo que podamos —prometió Wedge—. ¿Quiere que tomemos una de las lanzaderas sin marcas del *Peregrino*?

Bel Iblis asintió.

—Los Ala-X serían un poco conspicuos. Dejen también sus uniformes, pero lleven sus IDs militares en caso de que tengan que usar su rango con algún burócrata. Le haré saber cuando lo necesite en Ord Trasi.

—Entendido —dijo Wedge.

—Qué bien —dijo Bel Iblis—. Voy a quedarme aquí durante algunos minutos, puedo transmitirles a los demás comandantes desde aquí así como puedo hacerlo desde el puente o mi oficina. Sin embargo Ackbar dijo inmediatamente, así que tan pronto como las otras naves estén listas, nos iremos. Necesitará haber dejado el *Peregrino* antes de eso.

—Lo haremos, señor —dijo Wedge, acercándose a la puerta—. Buena suerte con su plan de batalla, General.

Bel Iblis sonrió ligeramente.

—Buena suerte con el suyo.

• • •

Sólo estaban llegando a la atmósfera de Bothawui cuando Corran, que había estado apoyándose contra el ventanal lateral mirando atrás hacia la popa de la lanzadera, se dio la vuelta y se sentó de nuevo en su asiento.

—Se han ido —anunció.

Wedge miró sus pantallas. De hecho ya no se estaban registrando las naves de la fuerza de operaciones del *Peregrino*.

—Así es —convino—. Ahora estamos solos.

Corran agitó la cabeza.

—Esto es una locura, Wedge. ¿Y dices que él te dijo específicamente que me lleves a mí?

—Sí, pero no tuvo nada que ver con tus talentos ocultos —le aseguró Wedge—. Él cree que podrás acceder a la red de contrabando de Booster.

Corran resopló.

—Eso podría funcionar, si Booster me hablara en estos días.

Wedge lo miró de costado.

—¿Qué, no sigue enfadado acerca de ese truco que hicimos con el *Diablura del Bribón* en Sif'kric, no? Creí que decidimos que no estaban llevando ningún contrabando y los dejamos ir.

—No, no lo estaban; y sí, lo está —dijo Corran—. Limpia o no, los sif'kries decidieron que no querían que los contrabandistas les llevaran sus cargamentos y le prohibieron inmediatamente al *Diablura del Bribón* participar en embarques futuros de pommwomm.

Wedge hizo una mueca de dolor.

—Ay.

—Eso no significa que no entrarán de todos modos —continuó Corran con un encogimiento de hombros—. Sólo significa que tendrán que usar naves diferentes o nuevos camuflajes de ID o algo así. Pero es una molestia, y Booster odia las molestias. Especialmente las molestias oficiales.

—Mm —dijo Wedge—. Lamento eso. Quizá Mirax podrá tranquilizarlo.

—Oh, estoy seguro de que lo hará —dijo Corran—. Sin embargo ahora que lo pienso, ni siquiera estoy seguro de que Booster tenga algún interés en Bothawui. El planeta tiene tantos otros grupos de contrabando arrastrándose por todos lados que él puede haber decidido dejarlo en paz.

—Oh, eso es práctico —refunfuñó Wedge.

—Eh, tú eras el que quería volver a la vida excitante de un piloto de Ala-X, recuerdas —le recordó Corran—. Podrías estar volando seguramente una computadora en alguna parte de Coruscant si hubieras querido.

Wedge hizo una cara.

—No, gracias. Lo intenté, no me gustó. ¿Así que no esperas que encontremos ninguna ayuda en absoluto allí abajo?

Hubo un breve silencio.

—Ésa es una pregunta interesante —murmuró por fin Corran, con la voz sonando raro—. En realidad… creo que sí.

Wedge le arrojó un ceño.

—¿Crees qué? ¿Esperas encontrar ayuda?

—Sí, eso creo —dijo Corran, en ese mismo extraño tono de voz—. No me preguntes cómo o dónde. Yo sólo… lo creo.

—Déjame adivinar —dijo Wedge—. ¿Corazonada Jedi?

Corran asintió.

—Corazonada Jedi.

Wedge sonrió.

—Qué bien —dijo, ya sintiéndose mejor acerca de toda esta misión—. En ese caso, no tenemos nada de qué preocuparnos.

—Bueno, no —dijo despacio Corran—. No creo que deberíamos ir tan lejos como para decir eso.

CAPÍTULO 4

[Cuidado a estribor], llamó la togoriana desde la estación de sensores del *Salvaje Karrde*, su habla maullante normalmente fluida ahora entrecortada y áspera. [En ángulo de dos-cinco por catorce.]

—Lo tengo —vino otra voz estrecha por la unidad comunicadora del puente. Los bordes de cien asteroides que rodaban sosegadamente más allá del ventanal resplandecieron con la luz reflejada de uno de los turboláseres del *Salvaje Karrde*, y entonces refulgieron aún más brillantes cuando el asteroide blanco se fragmentó en polvo y fuego.

Sentada al fondo del puente fuera del camino, Shada D'ukal agitó mentalmente la cabeza. Pasar por un campo de asteroides nunca era una tarea fácil, pero le parecía a ella que la togoriana y por lo menos uno de los artilleros de turboláser estaban entusiasmándose demasiado por toda la operación. O eran naturalmente excitables, o si no jóvenes e inexpertos. Ninguna de las posibilidades la llenaba exactamente de confianza; las dos le hacían cuestionarse la sabiduría de su capitán en traerlos a ambos en primer lugar.

Quizás el capitán se estaba sintiendo del mismo modo.

—Tranquilízate, H'sishi —advirtió Talon Karrde a la togoriana desde su asiento detrás del timón y las estaciones de copilotos—. Tú también, Chal. Sólo porque este campo de asteroides es más grande que otros que se han encontrado no significa que tenga que ser tratado de cualquier forma diferente. Un toque ligero, destruyan sólo las rocas que son un peligro inmediato para nosotros, y dejen que Dankin maniobre la nave alrededor de las otras.

Las orejas de la togoriana se agitaron.

[Obedezco, Jefe], dijo ella.

—Sí señor —agregó la voz del artillero.

No pareció que la advertencia hubiera hecho ninguna diferencia apreciable, por lo menos no que Shada pudiera ver. H'sishi todavía continuaba marcando un blanco tras otro, y Chal todavía disparaba rayos turboláser de plena potencia tanto si el blanco necesitaba tanta fuerza para ser destruido o no.

Pero claro, quizá no eran sólo ellos. Quizá estaban meramente sintiendo y reaccionando al nerviosismo que el mismo Karrde estaba sintiendo.

Shada volvió su mirada para enfocarlo de perfil. Estaba escondiéndolo bien, en realidad, con sólo los músculos de su mejilla y mandíbula traicionando la tensión de allí. Pero el entrenamiento Mistryl incluía la lectura de caras e idioma corporal, y a sus ojos la aprehensión continuamente creciente de Karrde era tan obvia como una baliza de navegación.

Y la próxima escala en Pembric 2 era sólo la primera parte de su viaje. ¿Cómo estaría él, se preguntó inquietamente, cuando realmente llegaran a Exocron?

Hubo una llamarada particularmente brillante afuera cuando un asteroide particularmente grande fue volado a polvo.

—Oh, cielos —una oscura voz metálica murmuró a la derecha de Shada.

Ella se volvió para mirar al droide de protocolo C-3PO amarrado al asiento al lado de ella. Estaba mirando fijo al ventanal, haciendo un gesto de dolor con cada tiro turboláser.

—¿Problemas? —preguntó ella.

—Lo siento, Ama Shada —dijo, arreglándoselas para sonar remilgado y miserable al mismo tiempo—. Nunca he disfrutado realmente de los viajes espaciales. Y este en particular me recuerda un incidente bastante desagradable en el pasado.

—Terminará pronto —lo tranquilizó ella—. Sólo intenta relajarte.

La guardia de las sombras Mistryl nunca había usado muchos droides, pero uno de los tíos de Shada había tenido uno cuando ella crecía y siempre había tenido una cierta debilidad hacia ellos.

Y en el caso de Trespeó, sentía una simpatía particularmente personal hacia su posición. El droide traductor personal de Leia Organa Solo, había sido de repente y sumariamente ofrecido a Karrde para este viaje: sin aviso, sin preguntas, sin disculpas. De muchas formas, hacía ecos del largo e incondicional servicio de la misma Shada a las Mistryl.

Un servicio que había acabado hacía un mes en el techo azotado por el viento del Complejo de Entretenimiento Resinem, donde Shada se había atrevido a poner su honor personal por encima de las órdenes directas de las Once, las gobernantes de su mundo destrozado de Emberlene.

¿Estaría ahora el resto de las Mistryl cazándola? Su vieja amiga Karoly D'ulin había indicado que ese sería el caso. Pero seguramente con la Nueva República a punto de estallar en la autodestrucción, en una agitación de pequeñas guerras y reavivados rencores, las Mistryl tenían cosas más importantes que hacer que cazar incluso a una que percibían como traidora.

Por otro lado, si Karoly hubiera reportado las razones de Shada para su desafío —si había repetido las palabras de desdén hacia las líderes que ahora se habían olvidado de la orgullosa y honorable tradición que las Mistryl habían tenido alguna vez— entonces las Once podrían considerar que valía la pena el esfuerzo de rastrearla. De todas las motivaciones para la acción, había aprendido hace mucho que el orgullo herido era una de las más poderosas.

Y también una de las más destructivas. Tanto para la víctima como para la cazadora.

Un movimiento atrapó su mirada: Karrde girándose a medias en su asiento para mirarla.

—¿Disfrutando del paseo? —preguntó él.

—Oh, es muy divertido —le contó ella—. No hay nada que me guste más que hacer maniobras ajustadas con una tripulación fría.

El pelaje de la togoriana se expandió, sólo un poquito. Pero no hizo ningún comentario, y mantuvo los ojos en sus pantallas.

—Las nuevas experiencias son lo que le dan entusiasmo a la vida —dijo ligeramente Karrde.

—En mi línea de trabajo, las nuevas experiencias usualmente significan problemas —contrapuso Shada—. A propósito, espero que no hayas estado planeando entrar furtivamente. Por la forma en que tu gente está iluminando el campo, todo Pembric 2 ya sabe que estamos viniendo.

Como para subrayar sus palabras, los asteroides de afuera refulgieron con una múltiple rociada de fuego turboláser.

—En realidad, según Mara, la mayoría de las naves tienen que hacer un poco de destrucción en el camino de entrada —dijo Karrde. Sus dedos, notó Shada, estaban golpeando suavemente pero con inquietud su apoyabrazos—. Incluso los nativos que supuestamente conocen las rutas de entrada y salida.

[Hemos pasado el campo de asteroides, Jefe Karrde], maulló la togoriana.

Shada miró de nuevo al ventanal. Todavía había algunos asteroides que pasaban flotando, pero en la mayor parte el cielo estaba ciertamente despejado.

[Las balizas de aterrizaje planetarias están a la vista], agregó H'sishi, volviendo la cabeza y fijando sus ojos amarillos en Shada. [Tu haragana junior de la tripulación puede cesar ahora su nerviosismo.]

Shada le sostuvo esa mirada por otros dos latidos de corazón. Entonces deliberadamente, apartó la vista. La mayoría de la tripulación del *Salvaje Karrde* la había estado provocando verbalmente, de una forma u otra, todo el tiempo desde su partida de Coruscant. La gente de Mazzic le había hecho lo mismo cuando ella se unió a su grupo contrabandista por primera vez… la reacción usual, se había dado cuenta hace mucho, de una tripulación estrechamente unida que acababa de tener a una extraña metida en el medio.

Uno de los técnicos de Mazzic había cruzado imprudentemente la línea de lo verbal a las provocaciones físicas, y como resultado había pasado un mes en un establecimiento de reconstrucción neural. Aquí afuera, al borde de la civilización, ella esperaba que la tripulación del *Salvaje Karrde* no tuviera que aprender la lección de la misma manera.

El piloto se giró a medias.

—¿Ahora qué, Jefe?

—Llévanos a órbita —le dijo Karrde—. Hay un sólo lugar en el planeta que pueda manejar a una nave de este tamaño, el Espaciopuerto Erwithat. Ahora deberían llamarnos con instrucciones de aterrizaje en cualquier momento.

Como si lo hubiera llamado, el comunicador se encendió con un crujido.

—Bss'dum'shun —exclamó una voz cortante—. Sg'hur hur Erwithat roz'bd bun's'unk. Rs'zud huc'dms'hus u burfu.

Shada frunció el ceño.

—Pensé que dijiste que hablaban en básico aquí —dijo.

—Lo hacen —dijo Karrde—. Deben estar intentando confundirnos —Le alzó una ceja al droide al costado de Shada—. ¿Trespeó? ¿Lo reconoces?

—Oh, sí, Capitán Karrde —dijo el droide con la primera señal de entusiasmo que Shada había visto en él desde que el viaje había empezado—. Domino con fluidez más de seis millones de formas de comunicación. Este es el dialecto jarelliano dominante, un idioma cuyos antecedentes se remontan a…

—¿Qué dijo? —lo interrumpió suavemente Shada. Los droides de protocolo, en su limitada experiencia, darían rodeos por senderos laterales todo el día si los dejabas, y Karrde no parecía estar de humor para una lección de lingüística.

Trespeó se giró para enfrentarla.

—Se ha identificado como el Control Espacial de Erwithat, Ama Shada, y ha preguntado por nuestra identidad y carga.

—Dile que somos el carguero *Tuerce Hábitos* —dijo Karrde—. Y que estamos aquí para comprar algunos suministros y energía.

Trespeó volvió a girarse hacia él, su postura indicaba incertidumbre.

—Pero, señor, esta nave se llama *Salvaje Karrde* —objetó—. Su código de identificación del motor…

—Ha sido cuidadosamente alterado —interrumpió abruptamente el piloto—. Vamos, están esperando.

—Paciencia, Dankin —dijo Karrde—. No estamos particularmente apurados, y dudo que el Control de Erwithat tenga algo mejor que hacer ahora mismo. Sólo entrega el mensaje como lo dije, Trespeó. No, espera —se interrumpió, con una sonrisa furtiva torciendo las esquinas de su boca—. Dijiste que éste era el dialecto jarelliano dominante. ¿Hay algún otro?

—Varios, señor —dijo Trespeó—. Desafortunadamente, yo sólo estoy versado en dos.

—Será suficiente —dijo Karrde—. Entrega nuestra respuesta en uno de ellos —Se reclinó en su silla—. Veamos hasta dónde están dispuestos a llegar con este juego.

Trespeó entregó el mensaje, y por un largo momento el comunicador se quedó callado.

—Atención, carguero no identificado —gruñó renuentemente una voz en básico—. Éste es el Control Espacial de Erwithat. Declare su identidad y carga.

Karrde sonrió.

—Aparentemente, no muy lejos —comentó, oprimiendo su tecla de transmitir—. Control de Erwithat, éste es el carguero *Tuerce Hábitos* —dijo él—. No tenemos ninguna carga; sólo estamos de paso y esperábamos poder comprar algunos suministros y energía.

—¿Sí? —dijo el controlador—. ¿Qué clase de suministros?

—¿Usted se encarga de tareas de mercadeo además del control espacial? —respondió Karrde.

—No, sólo del tráfico —gruñó el otro, sonando más molesto que nunca—. Oigamos su oferta por derechos de aterrizaje.

Shada parpadeó.

—¿Derechos de aterrizaje? —murmuró.

El controlador tenía oído agudo.

—Sí, derechos de aterrizaje —exclamó—. Y ese pequeño exabrupto va a costarte unos trescientos extra.

Shada sintió su boca caer abierta. ¿Exabrupto? ¿Qué exabrupto? Llenó sus pulmones para su propia réplica mordaz y sucia…

—Ofreceremos mil —dijo Karrde, lanzándole una mirada de advertencia.

El director resopló audiblemente.

—¿Para un carguero de ese tamaño? O está bromeando o es un necio.

H'sishi siseó algo por lo bajo.

—O quizás sólo un comerciante independiente pobre —sugirió Karrde—. ¿Qué tal mil cien?

—¿Qué tal mil quinientos? —contrapuso el director—. Eso es también en dinero de la Nueva República.

—Por supuesto —dijo Karrde—. Mil quinientos; de acuerdo.

—Plataforma de Aterrizaje 28 —dijo el controlador, su mala disposición reemplazada ahora por un abierto gozo. Brevemente, Shada se preguntó cuánto de esos mil quinientos iría directamente a su bolsillo—. La baliza los guiará hasta allá. El dinero se abona a la llegada.

—Gracias —dijo Karrde—. *Tuerce Hábitos* fuera. —Apagó el comunicador—. ¿Chin?

—Se encendió una baliza, Cap'tán —reportó el hombre más viejo en la estación de comunicaciones, entornándole los ojos a sus pantallas—. Nos están guiando hacia allá.

—Pásale el vector al timón —instruyó Karrde—. Dankin, llévanos allá. Cuidado con los cazas… Mara dijo que a veces mandan escoltas para las naves poco familiares.

—Correcto —reconoció el piloto.

Karrde miró a Shada.

—¿Estás dispuesta para un pequeño paseo por ahí una vez que estemos abajo?

Shada se encogió de hombros.

—Las haraganas junior de la tripulación sólo estamos aquí para servir. ¿Adónde vamos?

—A un café llamado *Quemadura De Propulsor* —le contó Karrde—. Asumiendo que mi mapa sea correcto, está a sólo un par de manzanas de la plataforma de aterrizaje a la que hemos sido asignados. El hombre con el que espero encontrarme debería estar allí.

—No creí que necesitáramos algún suministro tan pronto —dijo Shada—. ¿Con quién nos estamos encontrando, y por qué?

—Un vicioso aunque culto señor del crimen corelliano llamado Crev Bombaasa —dijo Karrde—. Maneja la mayoría de las operaciones ilegales en esta parte del sector Kathol.

—¿Y necesitamos su ayuda?

—No particularmente —dijo Karrde—. Pero conseguir su permiso para viajar a través del área haría las cosas más fáciles.

—Ah —dijo Shada, frunciéndole el ceño a su perfil. Esto no sonaba como el casualmente intrépido Talon Karrde del que ella había oído tantas historias de Mazzic y otros contrabandistas—. ¿Nos preocupa que las cosas sean fáciles, no?

Él sonrió.

—Siempre —dijo. Su tono era ligero, pero Shada pudo oír un extraño vacío detrás de él.

—Ah… Capitán Karrde… —dijo vacilantemente Trespeó—. ¿Necesitará de mis servicios en esta visita?

Karrde sonrió.

—No, Trespeó, gracias —le aseguró al droide—. Como ya dije, el básico es el idioma oficial allí abajo. Puedes quedarte en la nave con los demás.

El droide pareció encogerse de alivio.

—Gracias, señor.

Karrde cambió su atención de vuelta a Shada.

—Iremos armados ligeramente: sólo blásteres de mano.

—Entendido —dijo Shada—. Pero te dejaré a ti llevar el bláster.

—¿Preocupada de que las cosas se pongan violentas? —interpuso Dankin.

—Para nada —dijo fríamente Shada, levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia la puerta del puente—. Sólo prefiero que mis oponentes no sepan de qué dirección va a venir la violencia. Estaré en mi camarote, Karrde… avísame cuando estés listo.

• • •

Veinte minutos más tarde, estaban abajo. Quince minutos después de eso, tras el pago de su tarifa de aterrizaje y una breve negociación con respecto a los costos de la «protección» adicional con un trío de Legionarios de uniforme blanco de la Seguridad de Pembric, Karrde y Shada estaban caminando por las calles del Espaciopuerto Erwithat.

No era, en opinión de Karrde, lo que uno llamaría un lugar exactamente inspirador. Incluso al mediodía una niebla parecía amortajar toda la ciudad, difuminando la luz del sol y agregando una humedad a las brisas ocasionales que revolvían el aire caliente sin ningún efecto refrescante perceptible. El suelo estaba compuesto de arena húmeda, comprimida molecularmente adonde se necesitaban aceras, una lamentable imitación del permacreto que era la norma en la construcción moderna. Los edificios que delineaban las aceras estaban hechos de algún tipo de piedra blanca simple pero de aspecto firme, la limpieza que tuvieron alguna vez ahora estropeada por partículas marrones y verdes de suciedad y moho. Una rociada de peatones vagaba por las calles, la mayoría mostrando el mismo deterioro general que el mismo espaciopuerto, y aquí y allá una moto deslizadora o deslizador terrestre podía vislumbrarse entre los edificios.

Era, para abreviar, muy parecido a como el reporte de Mara de hace siete años lo había pintado. Excepto que probablemente un poco más gastado.

—Un lugar magnífico —comentó Shada desde al lado de él—. Siento que estoy demasiado bien vestida.

Karrde sonrió. Llevando un vestido que se ajustaba a su silueta que relucía con suaves luces azules, ella de hecho destacaba dramáticamente contra el deslustre general.

—No te preocupes por eso —le aseguró—. Como ya dije antes, Bombaasa es un señor del crimen del tipo culto. Nunca puedes estar demasiado bien vestida para ese tipo. —La miró—. Aunque personalmente, tengo que decir que prefiero la vestimenta plateada y rojo oscuro que llevabas cuando nos encontramos por primera vez en el Torbellino del Silbador en Trogan.

—Recuerdo ese vestido —dijo ella, con voz extrañamente distante—. Fue el primero que Mazzic me compró después de que me hice su guardaespaldas.

—Mazzic siempre ha tenido buen gusto —convino Karrde—. Sabes, todavía no me has contado por qué dejaste su servicio tan de repente.

—Tú no me has contado nada sobre este personaje Jorj Car'das que estamos buscando —contrapuso Shada.

—Controla tu voz —dijo tajantemente Karrde, mirando alrededor. No parecía haber nadie allí al alcance del oído, pero eso no necesariamente significaba nada—. Ése no es un nombre que quieras dejar caer por aquí casualmente.

Incluso con la vista fija al frente, podía sentir los ojos de Shada en él.

—¿Él realmente te tiene asustado, no? —dijo ella en voz baja—. No estabas exactamente entusiasmado acerca de todo esto cuando Calrissian te convenció de ir a buscarlo; pero realmente te tiene asustado.

—Lo entenderás algún día —le contó Karrde—. Después de que pueda contarte toda la historia.

Se encogió de hombros, el hombro de ella se rozó brevemente contra el brazo de él con el movimiento.

—Hagamos un trato —sugirió ella—. Una vez que salgamos de Pembric, puedes contarme la mitad de la historia.

—Una propuesta interesante —dijo Karrde—. De acuerdo; pero sólo si a su vez tú me cuentas la mitad de la razón por la que dejaste a Mazzic.

—Bueno… —Titubeó ella—. De acuerdo.

Giraron una esquina, y Karrde sintió que su boca temblaba. A una larga cuadra de distancia, enfrentando una plaza abierta, estaba la entrada al café *Quemadura De Propulsor*. Estacionadas adelante de él había quizás veinte motos deslizadoras con sus partes descubiertas.

—Por otro lado —dijo en voz baja—, salir de Pembric puede no ser tan fácil como esperábamos.

—Parece que una pandilla de motos deslizadoras está teniendo una reunión allí adentro —comentó Shada—. Allá están los centinelas… a la izquierda, debajo del colgante.

—Ya los veo —dijo Karrde. Había cuatro de ellos: hombres jóvenes grandes, de aspecto duro en chaquetas marrón-rojizo sentados a horcajadas sobre sus motos deslizadoras. Trataban de aparentar que hablaban entre ellos, pero estaba claro que toda su atención estaba apuntada en dirección a los recién llegados.

—No es demasiado tarde para salir de esto —murmuró Shada—. Podemos regresar a la nave, salir de aquí, y arriesgarnos a cualquier cosa que Bombaasa decida arrojar contra nosotros.

Karrde agitó cuidadosamente la cabeza.

—Hemos sido objeto de la curiosidad oficial desde que aterrizamos. Si intentamos salir ahora, la gente de Bombaasa nos interceptará.

—En ese caso, nuestra mejor apuesta es caminar directo hacia el lugar como si fuera nuestro —dijo enérgicamente Shada—. Mantén la mano cerca de tu bláster, desviará su atención hacia ti. Aunque no tan cerca como para que intenten desenfundar primero. Si hay una pelea, déjame a mí lanzar el primer golpe; y si parece que estoy perdiendo por mucho y consigues una abertura, corre hacia ella.

—Entendido —dijo Karrde, encontrándose divertido a pesar de la gravedad de la situación. Shada se había mantenido principalmente aislada a bordo del *Salvaje Karrde*, sin unirse a la camaradería normal de a bordo o mostrar ningún interés real en conocer a la tripulación. Pero sin embargo aquí estaba ella, deslizándose de nuevo al papel de guardaespaldas, preparándose para defender la vida de Karrde incluso a costa de la suya propia.

Lo que más lo impactó fue la sensación de que, bien en el fondo, lo decía en serio.

Los cuatro centinelas les permitieron llegar hasta unos metros de las filas de motos estacionadas antes de decir nada.

—El café está cerrado —avisó uno de ellos.

—Está bien —dijo Karrde, sin interrumpir sus zancadas mientras los miraba sin curiosidad—. No tenemos sed.

Los motociclistas habían parecido estar descansando casualmente en sus vehículos. No lo estaban. Antes de que Karrde y Shada dieran dos pasos más, habían atravesado la plaza y se deslizaron para detenerse entre los recién llegados y las motos estacionadas.

—Dije que el lugar está cerrado —repitió oscuramente el que había hablado, las largas paletas de maniobras de su moto apuntaban directamente con una amenaza nada sutil al pecho de Karrde—. Váyanse.

Karrde agitó la cabeza.

—Lo siento. Tenemos un asunto con Crev Bombaasa que no puede esperar.

Uno de los otros resopló.

—Escúchalo —dijo burlonamente—. Cree que simplemente puede venir caminando hasta Bombaasa en cualquier momento que quiera. ¿Bastante cómico, eh, Langre?

—Hilarante —convino el portavoz, su cara no mostraba ninguna evidencia de humor—. Última oportunidad, mugre. Salgan en una pieza o en un manojo de ellas.

—Lord Bombaasa va a estar muy disgustado si no nos dejas entrar —advirtió Karrde.

—¿Sí? —sonrió con desprecio Langre, adelantando su moto hacia ellos—. Como si eso me asustara mucho.

—Debería hacerlo —dijo Karrde, dando un paso hacia atrás cuando las paletas de maniobras se acercaron peligrosamente a su pecho. Shada, notó periféricamente, no se había movido hacia atrás con él sino que se había quedado parada adonde la había dejado, encogiéndose con ojos bien abiertos de la moto resoplando y vibrando junto a ella como si estuviera aterrada por su presencia—. A Lord Bombaasa no le gusta que lo hagan esperar.

—Entonces supongo que tenemos que darnos prisa y ponerlos en una caja para él —dijo Langre, sonriendo con desprecio un poco más duro. Avanzó la moto otro metro, forzando a Karrde a dar otro rápido paso hacia atrás. No realmente lo suficientemente rápido; las puntas de las paletas de maniobras pincharon agudamente contra su pecho antes de que pudiera salir de su camino.

Uno de los otros motociclistas rió con un resoplido. Sonriendo maliciosamente, Langre dio otro impulso de acelerador a su moto, con la clara intención de derribar a Karrde esta vez. El movimiento lo llevó directamente junto a Shada…

Y en ese instante, ella golpeó.

Fue dudoso que Langre siquiera la viera venir. Un momento Shada estaba parada allí, congelada como un animal asustado por la vista de un cazador; al momento siguiente había girado la pierna izquierda hacia atrás, rotando su cuerpo superior hacia la moto, y había estampado su puño derecho en el costado de su cuello.

Pudo haber habido un «pop» audible acompañando al simple ruido del golpe; Karrde no estuvo seguro. De lo que sí estuvo seguro, cuando Langre hizo un carreteo de costado de su moto deslizadora al suelo, fue de que este estaba definitivamente fuera de la pelea.

Los otros tres tenían reflejos excelentes. Antes de que Langre siquiera golpeara la arena habían dado la vuelta a sus manubrios y se alejaban rugiendo en direcciones diferentes por la plaza, anticipándose a cualquier intento que Shada pudiera haber hecho de derribarlos del mismo modo. Pasando cerca de los edificios circundantes, doblaron y se detuvieron en seco, dando la vuelta a sus motos para apuntar hacia Shada.

—¡Quítate del camino! —le exclamó Shada a Karrde, moviéndose al centro de la plaza y cayendo en una posición de combate baja. Giró la cabeza, mirando a cada uno de los motociclistas por vez como si estuviera retándolos a enfrentarla.

Por unos segundos ellos parecieron ignorar su desafío mientras discutían la situación en un código de señas de manos que Karrde no reconoció. Aprovechándose de la calma, retrocedió hasta que alcanzó el borde de la plaza. Hasta ahora los motociclistas no habían mostrado ninguna inclinación a sacar las armas que indudablemente estaban llevando, pero eso podría cambiar en cualquier momento. Mirándolos cuidadosamente, dejó caer su mano a su bláster…

—No creo que esa sea una buena idea —dijo una voz ruda en su oreja.

Cuidadosamente, Karrde volvió la cabeza, con la cautela dictada por el duro cañón de repente apretado contra la base de su espalda. Tres hombres de caras duras con uniformes

de la Legión de Seguridad estaban de pie allí, el último de ellos en el proceso de cerrar la puerta disimulada que habían abierto en el edificio detrás de él.

—Llega justo a tiempo, Legionario —le dijo Karrde al líder. Esto era probablemente fútil, pero tenía que intentarlo—. Mi amiga está en peligro allí afuera.

—¿Sí? —dijo el otro, sacando el bláster de Karrde de su pistolera—. Me pareció a mí que ella fue la que empezó. De cualquier modo, intentar abrirte camino fanfarroneando para ver a Bombaasa es todo un crimen por sí mismo por aquí.

—¿Aun si Bombaasa decide que se alegra que vengamos de visita? —contrapuso Karrde—. Estarías en serios problemas.

—No —dijo el Legionario, poniendo el bláster en el lugar apropiado en su cinturón y dando la vuelta por el costado de Karrde—. Es por eso que tenemos éstos —agregó, sopesando su arma mientras caminaba a un prudente metro de distancia de su prisionero. No era, Karrde vio ahora, un bláster sino una vieja arma enredadora Merr-Sonn—. Si Bombaasa decide que quiere verlos, eh, sólo los soltamos. Si no —…sonrió abiertamente con malicia…— entonces ya estás envuelto para el entierro. Realmente conveniente.

Hizo un gesto con el arma enredadora.

—Ahora cállate. Quiero ver esto.

Con la garganta apretada de frustración, Karrde se giró de vuelta a la plaza. La tripulación del *Salvaje Karrde* no podría llegar aquí lo suficientemente rápido para ayudarlos, aun cuando él pudiera usar su comunicador para alertarlos. Sólo podía esperar que Shada fuera tan buena como decía.

Y en ese momento, con su consultación privada terminada, los motociclistas atacaron.

No cargaron todos a la vez, como Karrde medio había esperado que lo hicieran. Sospechando quizás que Shada intentaría maniobrarlos a colisiones entre sí si hacían eso, dos de ellos empezaron a trazar un amplio anillo de encierro alrededor de ella mientras que el tercero en cambio se dirigió rápida y directamente en línea recta.

Shada aguantó en su sitio, pero justo antes de que las paletas de maniobras alcanzaran su pecho se dejó caer atrás al piso de plano sobre su espalda. El gamberro bramó de alegría cuando su moto pasó disparada sobre ella, un grito triunfal que se convirtió en un graznido de sorpresa cuando Shada se llevó las piernas al pecho y pateó fuerte hacia arriba, agarrando a la moto justo adelante de las boquillas propulsoras direccionales y haciendo saltar al motociclista de la silla de montar.

Sólo le tomó un segundo volver a sentarse y recobrar el control. Pero en el área limitada de la plaza eso fue medio segundo de más y, con un choque horrendo, moto y gamberro se estrellaron a toda velocidad contra uno de los edificios.

El Legionario al lado de Karrde silbó suavemente.

—Con ése son dos —comentó—. Es buena.

Karrde no contestó. Ahora Shada se había puesto de pie, y las dos motos restantes habían alejado su círculo un poco como si estuvieran asustadas de dejarla llegar demasiado cerca. Si decidían que ella no valía la pena del riesgo de otro choque y sacaban sus blásteres…

Y entonces notó a uno de los motociclistas lanzando una mirada al trío de Legionarios; y con esa sola mirada comprendió que el uso de blásteres estaba ahora completamente vedado. Con tantos testigos mirando, el mero orgullo dictaba que se ocuparan de ella sin armas.

Las dos motos deslizadoras todavía estaban dando vueltas.

—Vamos, Barksy —llamó el líder Legionario—. ¿No tienes miedo, no?

—Friégalo, mugre —exclamó en respuesta uno de los motociclistas.

—Es Teniente Mugre para ti, escoria —murmuró por lo bajo el Legionario.

Abruptamente, Barksy giró su moto deslizadora fuera del círculo y cargó hacia el centro. La misma técnica básica que su predecesor había intentado, y Karrde se encontró conteniendo de nuevo la respiración mientras Shada se tiraba hacia la arena adelante de su avance. Seguramente el motociclista no podría ser tan estúpido para intentar el mismo truco de nuevo.

No lo era. Aun mientras Shada golpeaba el suelo tiró bruscamente de sus controles de manubrio, la nariz de la moto deslizadora se levantó mientras el vehículo resbaló un par de metros más antes de detenerse en seco. Con un grito triunfal, giró ciento ochenta grados y bajó la nariz de la moto violentamente en el punto donde Shada había aterrizado.

Pero Shada ya no estaba allí. En lugar de simplemente golpear la arena y quedarse allí como había hecho la última vez, había en cambio arrojado su cuerpo en un movimiento ondulatorio convulsivo mientras golpeaba el suelo, arqueando la espalda y las piernas rebotó de la arena y se agarró con pies y manos de forma que parecía imposible en la parte inferior de la moto deslizadora. De algún modo se las arregló para agarrarse durante el giro y golpe de nariz; y cuando el motociclista se agachó, boquiabierto, para una mirada más de cerca al suelo vacío donde su víctima debía haber estado, desenganchó uno de sus pies de su agarre y envió una sólida patada contra el costado de su cabeza.

Al lado de Karrde, el teniente chasqueó la lengua.

—No puedo creerlo —murmuró, claramente tan aturdido como Barksy había estado antes de que el puntapié de Shada limpiara toda confusión de su mente—. ¿De cualquier forma, quién es esta bahshi?

—Una de las mejores en el negocio —le aseguró Karrde, poniendo su voz en el tipo de tono bajo, confidencial que simplemente parecía encajar naturalmente con el medio paso que dio hacia el hombre. Otro paso del mismo tamaño, estimó, y estaría lo suficientemente cerca—. En realidad, eso no fue nada —agregó, bajando todavía más la voz y simultáneamente dando ese medio paso extra—. Espera hasta que veas lo que le hace a este.

Arrojó una mirada cuidadosa al costado. Sí, el teniente estaba enganchado, mirando fijamente con fascinación de ojos vidriosos el drama en la plaza, esperando ver qué magia sacaba la mujer misteriosa de su manga a continuación.

El último motociclista pareció tomar una determinación. Saliendo de su círculo en el lado lejano de la plaza, se apoyó en los controles de su manubrio y cargó. Shada amagó a la izquierda y entonces se movió a la derecha, el extremo saliente de las boquillas

propulsoras le erró a su cadera por apenas centímetros. El motociclista giró abruptamente el vehículo, claramente esperando agarrarla de costado con la larga nariz de la moto deslizadora. Pero había juzgado mal su velocidad, y las paletas de maniobras guadañaron a una buena distancia de ella. Le tomó unos metros más detener su giro y su impulso, parándose a no más de tres metros de Karrde y los Legionarios. Giró de nuevo para enfrentar a Shada, los hombros inclinados con anticipación…

Y con un movimiento fácilmente casual, Karrde sacó el arma enredadora de la mano del Legionario y disparó.

El motociclista chilló una maldición que abrasó el aire cuando la red de semi-plástico lo golpeó en la espalda, latigueando alrededor de él e inmovilizándole los brazos sólidamente a los costados.

—Como quieran, caballeros —dijo ligeramente Karrde, dando una zancada alejándose de los Legionarios y girando el arma para cubrirlos.

—Que astuto —dijo el teniente. Lo extraño fue que no parecía particularmente disgustado—. Realmente astuto.

—Pensé que les gustaría —dijo Karrde, con una inclinación de cabeza a los otros dos Legionarios—. Sus armas en el suelo, por favor.

—Eso no será necesario —dijo una voz suave desde alguna parte encima de él.

Karrde se arriesgó a una mirada rápida, pero no pudo ver a nadie.

—No, no estoy allí —le aseguró la voz, con un toque de diversión en su tono—. He estado mirando su actuación desde adentro de mi casino, y debo admitir estar impresionado por su trabajo. Cuéntenme, ¿qué es lo que quieren aquí?

—Verte, por supuesto, Lord Bombaasa —dijo Karrde al altavoz oculto—. Estaba esperando que me pudieras saldar una vieja deuda.

El teniente hizo un ruido que sonó incómodo en su garganta. Pero Bombaasa meramente se rió.

—No estoy al tanto de deberte nada, amigo mío. Pero por favor hablemos sobre eso. ¿Teniente Maxiti?

—¿Señor? —dijo el teniente, poniéndose automáticamente firme.

—Devuélvele su bláster al caballero y escóltalos a él y a la dama al casino. Y haz que tus hombres limpien la basura de la plaza.

• • •

El interior del *Quemadura De Propulsor* era un gran contraste con el clima de afuera, un gran contraste, dicho sea de paso, con casi cada cantina y café de baja renta en el que Shada había estado alguna vez. El aire estaba fresco y cómodamente seco, y mientras que los cubículos que se alineaban contra las paredes estaban lo suficientemente oscuros para asegurar la privacidad, el resto del café era luminoso y casi alegre.

No es que la clientela actual fuera de la clase que apreciaría tales toques acogedores. Había unas veinte copias calcadas de los cuatro de los que había dispuesto afuera, todos ellos mirando ominosamente a los recién llegados desde su grupo de mesas en una de las esquinas junto a la barra curva. Brevemente, Shada se preguntó si Bombaasa les habría contado que sus centinelas de afuera estaban siendo sacados descortésmente de la plaza en camillas, pero rápidamente desestimó el pensamiento. Un hombre que poseía este tipo de café probablemente no estaría dispuesto a arriesgarlo deliberadamente invitando a una pelea en el interior.

No obstante, mantuvo un ojo en los motociclistas mientras el Teniente Maxiti los llevaba por el área principal a una discreta puerta en el fondo de la pista de baile.

La puerta se abrió cuando se aproximaron, dándoles un vislumbre de un pequeño cuarto trasero, y un gran humano, de ojos oscuros salió. Le lanzó una mirada apreciativa a Karrde, una mirada aún más larga a Shada, y entonces le inclinó la cabeza al Legionario.

—Gracias —le dijo al último, despidiéndolo con esa sola palabra, entonces miró de nuevo a Karrde—. Pasen —invitó, haciéndose a un lado para dejarlos pasar.

El cuarto trasero había sido acondicionado como un casino compacto, con cuatro mesas alrededor de las cuales algo así como una docena de seres de varias especies estaban diligentemente comprometidos en una variedad de juegos de cartas y dados. Con sus mentes y esperanzas fijas en su dinero, era dudoso que cualquiera de ellos siquiera se diera cuenta de que alguien nuevo había entrado.

Todos excepto uno. Un humano bajo, regordete con brazos delgados como palos, estaba sentado solo en la mesa más grande, sus ojos ligeramente saltones enfocados sin pestañear en Karrde y Shada mientras ellos entraban en el cuarto. Dos hombres grandes con el mismo aspecto de guardaespaldas que el que ahora estaba cerrando la puerta detrás de ellos estaban de pie atentos junto a la silla del hombre regordete, también mirando a los recién llegados.

Shada hizo una mueca, no le gustaba esto en absoluto. Pero Karrde no titubeó.

—Buen día, Lord Bombaasa —dijo, caminando directo al borde de la mesa—. Gracias por vernos con tan corto aviso.

Los dos guardaespaldas parecieron tensarse, pero Bombaasa meramente esbozó una delgada sonrisa.

—Como el legendario Rastus Khal, yo siempre estoy disponible para aquellos que me intrigan —dijo fácilmente—. Y ustedes de hecho me intrigan —sus ojos insectiles se volvieron a Shada—. Aunque allí por un momento pensé que te habías quedado sin trucos —agregó—. Si tu compañero no hubiera cogido el arma enredadora del teniente, habrías estado en problemas.

—Difícilmente —le dijo fríamente Shada—. Capté un reflejo de él moviéndose hacia los Legionarios y supuse que estaba a punto de intentar algo. Si no funcionaba, iba a necesitar mi ayuda enseguida, y el motociclista seguiría.

Bombaasa agitó admirativamente la cabeza.

—Una demostración asombrosa, querida, verdaderamente asombrosa. Aunque me temo que en el proceso has ensuciado tu vestido. Quizás yo pueda hacer que lo limpien antes de tu partida.

—Eso es muy generoso, mi lord —dijo Karrde antes de que ella pudiera contestar—. Pero me temo que no podremos quedarnos en Pembric tanto tiempo.

Bombaasa sonrió de nuevo, pero esta vez había un brillo distintivo de amenaza en la expresión.

—Eso queda por verse, amigo mío —advirtió oscuramente—. Y si eres otro emisario de la Nueva República o del sector Kathol buscando anexar mi territorio, puedes encontrar tu partida demorada considerablemente.

—No tengo ningún lazo con ningún grupo gubernamental —le aseguró Karrde—. Soy meramente un ciudadano privado que está aquí para pedir un favor.

—De verdad —dijo Bombaasa, jugando ociosamente con el pendiente de garganta sutilmente reluciente alrededor de su cuello—. Tengo la distintiva impresión de que no comprendes lo que mis favores cuestan.

—Creo que encontrarás que este ya ha sido pagado —contrapuso Karrde—. Y, después de todo, es sólo un pequeño favor. Tenemos un recado que hacer dentro del territorio de tu cartel, y me gustaría un salvoconducto a través de tus varias bandas pirata y secuestradoras hasta que lo hayamos completado.

Los ojos de Bombaasa se ensancharon educadamente.

—Eso es todo —dijo—. Vamos, vamos, mi querido señor. Un blanco grande y tentador como tu carguero, ¿y quieres un salvoconducto? —Agitó tristemente la cabeza—. No, no entiendes en absoluto mi escala tarifaria.

Shada sintió sus músculos tensándose, conscientemente los relajó. Los tres guardaespaldas estaban armados y tenían aspecto competente; pero si el codazo ligero se volvía un golpe de puño, dudaba que ninguno de ellos alguna vez hubiera enfrentado a una Mistryl antes.

Desafortunadamente, al contrario del caso de los motociclistas, no podría darse el lujo de dejarlos dañados pero vivos. Tendría que encargarse del de atrás de ellos primero…

—Mi error —dijo Karrde, su tono casi neutro—. Asumí que cuando alguien había salvado tu vida, tú estarías más agradecido.

Bombaasa había estado en el proceso de levantar un dedo hacia los guardaespaldas de pie a su lado. Ahora, con las palabras de Karrde, se heló, con el dedo balanceado en medio del aire.

—¿De qué estás hablando? —demandó cautelosamente.

—Estoy hablando acerca de una situación que ocurrió aquí hace un poco más de seis años —dijo Karrde—. Una en la que un caballero bastante vivaracho y una joven dama con el cabello rojo-dorado frustraron un complot para asesinarte.

Por un par de latidos del corazón Bombaasa siguió mirando fijamente a Karrde. Shada le lanzó una mirada subrepticia a los dos guardaespaldas, mentalmente trazando su plan de ataque…

Y con una rapidez que la sobresaltó, Bombaasa estalló en risas.

Los demás jugadores en el casino hicieron una pausa en sus actividades, volviéndose para contemplar momentáneamente lo que aparentemente era un sonido inusual en su pequeño y tranquilamente desesperado mundo. Bombaasa, todavía riéndose, hizo una seña con la mano, y los guardaespaldas se relajaron visiblemente.

—Ah, amigo mío —dijo, todavía riéndose entre dientes—. Amigo mío, de verdad. Así que tú eres el jefe misterioso del que la joven dama habló cuando se negó a aceptar ningún pago.

—Ese soy yo —dijo Karrde, asintiendo—. Creo que ella también sugirió que a un hombre de tu obvia alcurnia no le molestaría mantener la deuda hasta que pudiera ser apropiadamente saldada.

—De hecho lo hizo —Bombaasa ondeó una mano delgada hacia Shada—. Y ahora traes a esta. Nunca hubiera esperado ni siquiera que existieran dos damas tan bonitas y al mismo tiempo tan mortales, mucho menos que fueran leales al mismo hombre —alzó una ceja hacia Shada—. ¿O tienes un compromiso con este hombre, querida? —agregó—. Si estuvieras interesada en discutir un cambio de carrera, yo podría hacer que tu estancia valiera la pena.

—No tengo un compromiso con nadie —dijo Shada, las palabras herían su garganta mientras las decía—. Pero por el momento, estoy viajando con él.

—Ah —Bombaasa la estudió cuidadosamente, como si intentara evaluar su sinceridad, entonces se encogió de hombros—. Si cambias de idea, sólo tienes que venir a verme —dijo—. Mi puerta siempre estará abierta para ti. —Le devolvió su atención a Karrde—. Tienes razón: De hecho estoy en deuda —dijo—. Antes de que te vayas, te proporcionaré una cubierta de ID especial para tu nave que te identificará como alguien bajo mi protección —sus labios se apretaron—. Sin embargo, aunque ciertamente te protegerá de los miembros de mi cartel, puede al mismo tiempo crearte un peligro adicional. Durante el último año, una nueva banda pirata viciosa se ha relocalizado en esta área, una que hasta ahora, hemos sido incapaces de eliminar o dominar bajo nuestro control. Sospecho que considerarían a un carguero bajo mi protección como un desafío particularmente intrigante.

Karrde se encogió de hombros.

—Como señalaste más temprano, seríamos un blanco tentador a pesar de eso. No somos, por supuesto, ni cerca de tan vulnerables como aparentamos.

—No tengo ninguna duda acerca de eso —dijo Bombaasa—. Sin embargo, el enemigo está realmente bien equipado, con una flota considerable de cazas estelares de asalto SoroSuub clase Corsario así como varias naves más grandes. Si dispones de un poco de tiempo, quizás puedas dejar que mi gente haga algunas mejoras rápidas a tu armamento o escudos.

—Aprecio tu oferta —dijo Karrde—, y si las circunstancias fueran diferentes estaría muy complacido de aceptarla. Pero me temo que nuestro asunto es uno urgente, y simplemente no podemos darnos el lujo de tomarnos el tiempo.

—Ah —dijo Bombaasa—. Muy bien, entonces. Parte cuando debas, la cubierta de ID estará lista cuando ustedes lo estén. —Sonrió astutamente—. Y por supuesto para ti no hará falta ninguna visa de salida.

—Eres muy generoso, mi lord —dijo Karrde, con una ligera reverencia—. Gracias; y la deuda ahora está saldada. —Tomando del brazo a Shada, se volvió para partir…

—Otra cosa, amigo mío —los volvió a llamar Bombaasa—. Ninguno de tus socios me dio sus nombres cuando estuvieron aquí, ni me dijeron el tuyo. Apreciaría si satisfaces mi curiosidad.

A su lado, Shada sintió que Karrde se tensaba.

—Por supuesto, Lord Bombaasa. Mi nombre es Talon Karrde.

La figura regordeta pareció sentarse un poco más derecha.

—Talon Karrde —jadeó—. De verdad. Algunos de mis, ah, asociados comerciales me han hablado de ti. A menudo con muchos detalles.

—Estoy seguro de que lo han hecho —dijo Karrde—. Particularmente esas agencias hutt con las que tu cartel tiene lazos.

Por un momento los ojos de Bombaasa se estrecharon. Entonces su expresión se aclaró y sonrió de nuevo.

—Los hutts tienen razón: de hecho sabes mucho más de lo que es saludable para ti. Sin embargo, con tal de que no intentes extender tu organización hacia mi territorio, ¿qué tengo que temer?

—Nada en absoluto, mi lord —convino Karrde—. Gracias por tu hospitalidad. Quizás nos encontremos de nuevo algún día.

—Sí —dijo suavemente Bombaasa—. Siempre existe esa posibilidad.

• • •

El teniente Legionario, Maxiti, se ofreció a acercarlos hasta su plataforma de aterrizaje. Pero Karrde lo rechazó. Después de todo, era sólo un viaje corto, y después de saborear el clima de Pembric las condiciones algo austeras a bordo del *Salvaje Karrde* parecerían bastante más placenteras.

Además, después del tono de esa última conversación con Bombaasa, no quedaría bien parecer que estaban apurándose para alejarse de él.

—¿Quién es Rastus Khal? —preguntó Shada.

Con un esfuerzo, Karrde sacó su mente de las visiones oscuras de vengativos señores del crimen teniendo segundos pensamientos.

—¿Quién?

—Rastus Khal —repitió Shada—. Bombaasa dejó caer el nombre justo después de que aparecimos.

—Era un personaje de ficción de alguna obra maestra de la literatura corelliana —dijo Karrde—. Me olvidé de cuál. Bombaasa es bastante ilustrado, o eso he oído. Aparentemente, le gusta considerarse como un tipo refinado de asesino.

Shada resopló.

—Refinado. Pero hace tratos con hutts.

Karrde se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo. Una razón por la que los hutts y yo no nos llevamos bien, supongo.

Durante un minuto caminaron en silencio.

—Sabías que él estaba conectado con los sindicatos hutt —dijo Shada—. Sin embargo le dijiste quién eras. ¿Por qué?

—No estoy esperando que Bombaasa reniegue de su trato con nosotros, si eso es lo que te preocupa —dijo Karrde—. Los seres refinados siempre saldan sus deudas, y Mara y Lando de hecho le salvaron la vida.

—La pregunta no era tanto acerca de Bombaasa como acerca de ti —contrapuso Shada—. Él no necesitaba saber quién eras, y yo he visto tu habilidad para esquivar preguntas que no quieres contestar. ¿Entonces, por qué se lo dijiste?

—Porque adivino que la noticia de este encuentro le llegará a Jorj Car'das —dijo en voz baja Karrde—. Así, sabrá que soy yo quién viene a verlo.

Se dio cuenta del ceño de Shada.

—¿Perdón? Pensé que la idea era que nosotros nos acercáramos furtivamente a él.

—La idea es ver si él tiene una copia del Documento de Caamas —la corrigió Karrde—. Si nos aparecemos de repente, sin ninguna advertencia, es capaz de simplemente matarnos a todos antes de que tengamos oportunidad de hablar con él.

—¿Y si sabe que estamos en camino? —retorció Shada—. Me suena que todo lo que hace es darle más tiempo de preparación.

—Exactamente —dijo sobriamente Karrde—. Y si se siente listo para nosotros, puede estar más inclinado a escuchar antes de disparar.

—Pareces convencido de que disparará.

Karrde titubeó. ¿Debería contarle, se preguntó, exactamente por qué la había dejado venir en este viaje?

No, decidió. Todavía no. En el mejor de los casos ella probablemente se sentiría insultada u ofendida. En el peor de los casos, podría negarse a seguir con él en absoluto.

—Sí, creo que hay una buena posibilidad de que lo haga —dijo en cambio.

—Sabiendo que eres tú.

Karrde asintió.

—Sabiendo que soy yo.

—Oh-oh —dijo Shada—. ¿De cualquier forma, qué le hiciste a este tipo?

Karrde sintió que un músculo se crispaba en su mandíbula.

—Le robé algo —le contó—. Algo que él valoraba más que ninguna otra cosa en el universo. Probablemente más de lo que valoraba su propia vida.

Caminaron en silencio por otros pocos pasos.

—Continúa —pidió Shada.

Karrde forzó una sonrisa.

—Sólo te prometí media historia hoy —le recordó, intentando poner un poco de luz en su tono—. Ésa fue. Tu turno.

—¿Qué, por qué dejé a Mazzic? —Shada se encogió de hombros—. No hay mucho que contar. Me fui porque una guardaespaldas que se vuelve un blanco ella misma no puede hacerle muy bien a alguien más.

Así que Shada se había vuelto un blanco. Eso era de hecho muy interesante.

—¿Puedo preguntar quién es lo suficientemente suicida para ponerte en su mira?

—Seguro, adelante pregunta —dijo Shada—. Aunque no vas a obtener una respuesta. No hasta que yo obtenga el resto de la historia de Car'das.

—De algún modo, esperaba que dijeras eso —murmuró Karrde.

—¿Así que cuándo la obtengo?

Karrde miró arriba a través de la niebla a la débil luz del sol de Pembric.

—Pronto —prometió—. Muy pronto.

CAPÍTULO 5

—Ahora comienza la sexta hora suntuosa del decimoquinto día glorioso de la Conferencia anual del Sector Kanchen —entonó el heraldo, con su voz profunda haciendo eco por el campo en forma de cuenco adonde los diversos delegados estaban sentados, acuclillados, echados, o agachados, según el diseño fisiológico particular de su especie—. Aclamemos y magnifiquemos todos al Grandioso Elector de Pakrik Mayor, y roguémosle que exprese su sublime sabiduría que todo lo abarca en su apertura de esta reunión.

Los seres congregados gritaron o gruñeron su acuerdo con el sentimiento del heraldo. Todos menos Han; y descansando a su lado en la plumosa esterapasto, Leia tuvo que sonreír en diversión privada. Después de todo, venir aquí afuera había sido idea de Han: una tregua temporal de la amarga disensión y las mordientes sospechas que se habían estado batiendo por todo el gobierno de la Nueva República desde que esa copia parcialmente destruida del Documento de Caamas había salido a la luz.

Y también había sido una buena idea. En el medio día desde su llegada Leia ya estaba empezando a sentir que la tensión se le aflojaba. Alejarse de Coruscant era exactamente lo que había necesitado, y se había esforzado mucho para mencionarle eso a su marido ya por lo menos dos veces y para agradecerle su consideración.

En este momento, desafortunadamente, toda su gratitud estaba cayendo en oídos sordos. Una vez más, Han no había tenido en cuenta eso que Leia llamaba en privado el Factor de Vergüenza Solo.

—Y aclamemos y magnifiquemos semejantemente a nuestros gloriosos visitantes de la Nueva República —continuó el heraldo, ondeando su mano en un gesto expansivo hacia donde Han y Leia estaban recostados—. Que su sublime sabiduría, imponente valor, y magnífico honor iluminen el cielo sobre nuestra reunión.

—Te olvidaste de nuestras cejas levantadas —murmuró por lo bajo Han mientras la asamblea rugía sus saludos.

—Es mejor que Coruscant —lo reprendió suavemente Leia mientras se medio incorporaba y ondeaba la mano—. Vamos, Han, sé bueno.

—Estoy saludando, estoy saludando —refunfuñó Han, apoyándose en un brazo y ondulando renuentemente el otro—. No sé por qué tienen que hacer esto todas las horas.

—¿Preferirías tener gente acusándonos de ayudar a encubrir un intento de genocidio? —contrapuso Leia.

—Sólo preferiría que nos dejaran tranquilos —dijo Han, ondeando la mano por última vez y entonces dejándola caer de vuelta abajo. Leia también bajó la suya, y el rugido aprobatorio de los delegados se extinguió.

—Paciencia, querido —dijo Leia mientras el heraldo se inclinaba en una reverencia y dejaba el podio al elaboradamente vestido Grandioso Elector—. Es sólo por el resto del

día, puedes aguantarlo por ese tiempo. Mañana nos dirigiremos a Pakrik Menor y tendremos toda esa paz y sosiego que me prometiste.

—Mejor que sea realmente pacífico y sosegado —advirtió Han, recorriendo con la mirada la muchedumbre de delegados.

—Lo será —le aseguró Leia, estirándose para apretarle la mano—. Pueden ser toda pompa y fastuosidad aquí en Pakrik Mayor, pero allí entre las granjas de granoalto probablemente no encontraremos a nadie que siquiera nos reconozca.

Han resopló, pero aun mientras lo hacía Leia pudo sentir un aligeramiento de su humor.

—Sí —dijo él—. Lo veremos.

• • •

—¿Carib?

Con una mueca de dolor por sus rodillas cansadas Carib Devist se levantó de donde había estado agachado, con cuidado de no tropezar con ninguna de las dos filas de granoaltos que se apretaban muy juntas a su alrededor.

—Aquí estoy, Sabmin —llamó, agitando su herramienta para quitar centros tan alto por encima de los tallos como pudo alcanzar.

—Ya te vi —respondió Sabmin. Hubo el crujido de hojas secas frotándose; y entonces Sabmin emergió a través de un hueco en la fila—. Tuve que venir directamente… —Se interrumpió, frunciéndole el ceño a la herramienta en la mano de Carib—. Oh-oh.

—Guarda los oh-ohs para cuando estemos en compañía educada —dijo agriamente Carib—. Sólo di *shavit*, queriendo decirlo.

Sabmin siseó suavemente entre dientes.

—¿Cuántas colonias? —preguntó.

—Hasta ahora, sólo una —dijo Carib, ondeando el quitacentros hacia el tallo de granoalto en el que había estado excavando—. Y encontré a una emperatriz, así que es posible que haya destruido a toda la infestación. Pero no apostaría dinero en ello.

—Alertaré a los demás —dijo Sabmin—. Probablemente también deberíamos correrle la voz al coordinador de tri-valles, en caso de que éste no sea el único valle en el que los bichos se están estableciendo.

—Sí —Carib miró a su hermano—. ¿Y qué noticias maravillosas me has traído?

Los labios de Sabmin se comprimieron.

—Acabamos de recibir confirmación de Bastión —dijo en voz baja—. La Alta Consejera de la Nueva República Leia Organa Solo está definitivamente en Pakrik Mayor. Y el atentado contra ella está definitivamente confirmado.

Por reflejo, Carib miró al planeta medio iluminado colgando en el cielo sobre sus cabezas.

—Deben estar locos —dijo—. Atacar a una Alta Consejera de la Nueva República, como si nada…

—No creo que realmente les importe a quién consiguen atacar, con tal de que sea un oficial de la Nueva República —dijo Sabmin—. Aparentemente, el Grandioso Elector mandó una invitación abierta a Coruscant pidiendo un representante. Mi suposición es que el pedido fue instigado por alguna planta imperial, con un ojo en el hecho de que nosotros ya estábamos aquí en el lugar y podríamos actuar como respaldo. Fue sólo suerte que Gavrisom decidiera enviar a Organa Solo.

—Sí —dijo oscuramente Carib—. Suerte. ¿Esto vino con la autorización personal del Gran Almirante Thrawn?

—No lo sé —dijo Sabmin—. El aviso no lo decía. Pero tiene que haber venido de él, ¿no? Quiero decir, si él está al mando, entonces *él está al mando*.

—Supongo que sí —concedió renuentemente Carib. Así que allí estaba. La guerra estaba a punto de ser traída de repente y violentamente al sistema Pakrik. Justo hacia su puerta… y la larga espera había terminado. La existencia tranquila de la Célula Durmiente Imperial Jenth-44 estaba a punto de terminar—. Dices que nosotros somos el respaldo. ¿Quién es el primario?

—No lo sé —dijo Sabmin—. Algún equipo mandado de Bastión para la ocasión, supongo.

—¿Y cuándo se supone que pase?

—Mañana —dijo Sabmin—. Se supone que Organa Solo y su marido van a venir aquí a Menor una vez que la conferencia se disuelva.

—¿Y no hay ninguna indicación de si el ataque es real o sólo se supone que parecerá real?

Sabmin le dio una mirada sobresaltada, una expresión que rápidamente se volvió inteligente y pensativa.

—Un punto interesante —dijo—. Con Thrawn involucrado no se puede tomar nada por sentado, ¿no? No, todo lo que sé es que se viene un ataque y que se supone que nosotros debemos estar listos en caso de que Solo sea mejor o más afortunado de lo esperado.

Carib hizo una mueca.

—Supongo que incluso la suerte de Solo tiene que terminarse tarde o temprano.

—Sí —Sabmin lo miró sospechosamente—. ¿En qué estás pensando?

Carib miró de nuevo al cielo.

—Estoy pensando que tenemos que tocar esto de oído —dijo en voz baja—. Sin embargo, una cosa es segura: si la batalla se acerca a cualquier parte de nuestro valle, no importa quién esté ganando, nosotros definitivamente no vamos a simplemente sentarnos y mirar. Hemos invertido demasiado aquí para dejarlo ir sin luchar.

Sabmin asintió.

—Entendido —dijo sobriamente—. Le pasaré la voz a los demás. Cualquier cosa que pase mañana, estaremos listos.

• • •

Adelante, a través del verdor alienígena, un grupo de árboles nudosos se rozó más allá de la pantalla a la izquierda de Pellaeon, y el simulador de AT-AT se sacudió a la derecha en respuesta.

—Cuidado con esos árboles, Almirante —advirtió la voz del Mayor Raines en el auricular de su casco—. Es poco probable que se tropiece de esa forma, pero he visto caminantes tan enredados que tuve que enviar un par de soldados abajo para volar al árbol de raíz. Toma tiempo, y usted es un blanco fácil hasta que sea liberado.

—Entendido —dijo Pellaeon, alejándose de los árboles. El combate simulado de AT-AT, aunque a veces podía ser frustrante, estaba lo suficientemente alejado de sus deberes de comando normales que era en realidad una forma de relajación para él.

Aunque por supuesto nada que incluyera combate nunca estaba realmente fuera de los deberes de un Comandante Supremo. Cuanto mejor entendiera Pellaeon cómo operaban los equipos mecanizados en terreno difícil, mejor sabría desplegarlos en operaciones futuras.

Asumiendo, por supuesto, que el Imperio tuviera alguna vez ocasión de lanzar asaltos terrestres de nuevo.

Firmemente, se sacudió ese pensamiento. Después de todo, una de las razones para bajar aquí, había sido distraerse de la continuada y frustrante falta de respuesta a su oferta de paz por parte de la Nueva República.

Ahora había pasado más allá del grupo de árboles. Aumentando de nuevo su velocidad, pidió una vista lateral para ver cómo Raines estaba manejando la selva.

En realidad, muy directamente. Manteniendo un ojo más adelante que Pellaeon, estaba usando su cañón láser delantero para derribar obstáculos potenciales antes de que se volvieran un problema.

Una técnica bastante ruidosa, por supuesto, y una que le daba a cualquier enemigo mucho más previo aviso. Por otro lado, los AT-ATs no solían ser el arma a escoger adonde se necesitaba furtividad, y el método de Raines definitivamente estaba llevándolo a través de la jungla más rápido que a Pellaeon. Alzando la mirada, intentando reprimir el impulso reflejo de mirar adonde su AT-AT estaba a punto de pisar, lanzó unos pocos disparos tentativos.

—Eso es, Almirante —dijo Raines con aprobación—. Sólo intente anticipar donde va a estar el problema antes de que esté demasiado cerca para apuntar las armas hacia donde puedan hacer efecto.

Pellaeon gruñó.

—Mejor aún sería evitar completamente usar AT-ATs en esta situación.

—Siempre que podamos —dijo Raines—. Desafortunadamente, a los problemáticos les gusta esconderse en lugares así y después poner escudos de energía sobre sus cabezas.

Además, no hay nada como un AT-AT abriéndose paso a través de los árboles para quitar de un susto la sonrisa de la cara de alguien.

Hubo un clic en el auricular.

—Almirante, aquí Ardiff —vino la voz del capitán del *Quimera*—. El Teniente Mavron está en camino de regreso. —Hubo sólo la más breve de las pausas—. Él reporta, señor, que tiene un vector.

Pellaeon sintió que sus ojos se estrechaban. La misión de Mavron había sido un palo de ciego, un último esfuerzo para averiguar algo acerca de la fuerza que los había asaltado hace seis días. Si decía que había encontrado un vector…

—Que se reporte en la Sala de Preparación 14 en cuanto atraque —instruyó a Ardiff, apagando el simulador—. Me encontraré allí con él.

Ardiff estaba esperando solo en la sala de preparación cuando Pellaeon llegó.

—Asumí que ésta iba a ser una reunión privada, así que le pedí a los demás pilotos que se retiraran —explicó—. ¿Es esto acerca de esa búsqueda en la HoloRed?

—Espero que sí —dijo Pellaeon, haciéndole señas hacia una de las sillas alrededor de la mesa de monitores central y sentándose también—. Ah… Teniente —agregó cuando la puerta se abrió deslizándose y Mavron entró—. Bienvenido a casa. ¿Ha dicho que tiene un vector?

—Sí señor —dijo Mavron, apoyando un datapad en la mesa de monitores y sentándose en una silla con la peculiar rigidez de un hombre que ha estado sentado demasiado tiempo en una cabina de piloto de un caza estelar—. El retransmisor de la HoloRed en Horska todavía tenía de hecho sus archivos de las transmisiones desde este área justo después de ese asalto contra nosotros.

—Presumo que pudo extraerlos… —preguntó Pellaeon, recogiendo el datapad.

—Sí señor —dijo Mavron—. Desafortunadamente, no pude conseguir ningún nombre, pero sí conseguí los destinatarios de las transmisiones. —Señaló el datapad con la cabeza—. Me tomé la libertad de investigarlos durante el camino de regreso. El que marqué me pareció muy interesante.

Pellaeon sintió que su mandíbula se apretaba cuando encontró la marca del teniente.

—Bastión.

Ardiff se aclaró la garganta.

—Así que había un imperial detrás de ese ataque.

—Hay más —dijo Mavron—. El destinatario original era Bastión; pero entonces fue retransmitido unas cuantas veces más y terminó en alguna parte en el sistema Kroctar.

—¿Sistema Kroctar? —dijo Ardiff, frunciendo el ceño—. Eso está profundo en el territorio de la Nueva República. ¿Qué estaría haciendo allí alguien de Bastión?

—También me pregunté eso —dijo Mavron, con voz repentinamente siniestra—. Así que me detuve en Caursito en el camino de vuelta y pedí una copia del TriNebulon de ese día. Si las horas son correctas, unas horas después de esa transmisión las Facciones Unificadas de Kroctar anunciaron que se había negociado un tratado entre ellos y el

Imperio. El mediador registrado… bueno, según el Lord Superior Bosmihi, fue el Gran Almirante Thrawn.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de Pellaeon.

—Eso es *imposible* —dijo, con voz que sonó extraña a sus oídos—. Thrawn está muerto. Yo lo vi morir.

—Sí señor —dijo Mavron, asintiendo—. Pero según el reporte…

—¡Yo lo vi morir! —tronó Pellaeon.

El súbito estallido lo sorprendió incluso a él mismo. Ciertamente sobresaltó a Ardiff y a Mavron.

—Sí señor, lo sabemos —dijo Ardiff—. Obviamente, es algún tipo de truco. Teniente, me imagino que el resto puede esperar hasta que archive su reporte completo. ¿Por qué no va a asearse?

—Gracias señor —dijo Mavron, claramente feliz de que le concedieran la oportunidad de escapar—. Archivaré mi reporte dentro de una hora.

—Muy bien —asintió Ardiff—. Puede retirarse.

Esperó hasta que Mavron se hubiera ido y la puerta estuviera una vez más cerrada antes de hablar.

—Es un truco, Almirante —le dijo a Pellaeon—. Tiene que serlo.

Con esfuerzo, Pellaeon arrancó sus pensamientos de los recuerdos de ese horrible día en Bilbringi. El día en que el Imperio había final e irrevocablemente muerto.

—Sí —murmuró—. ¿Pero qué sucede si no? ¿Qué tal si Thrawn realmente sigue vivo?

—Bueno, en ese caso… —Ardiff se quedó sin palabras, con la frente arrugada en súbita incertidumbre.

—Exactamente —dijo Pellaeon, asintiendo—. El momento en que el genio táctico de Thrawn podría habernos servido fue… ¿cuándo? ¿Hace cinco años? ¿Siete? ¿Diez? ¿Qué podría hacer ahora él excepto traer a la Nueva República en pánico hacia nosotros?

—No lo sé, señor —Ardiff hizo una pausa—. Pero eso no es lo que realmente lo molesta.

Pellaeon se miró las manos. Manos viejas, retorcidas por la edad y oscurecidas por el sol de mil mundos.

—Estuve con Thrawn durante poco más de un año —le contó a Ardiff—. Yo era su oficial de alto rango de la flota, su estudiante —…titubeó…— quizás incluso su confidente. No estoy seguro. La cuestión es que él nos escogió al *Quimera* y a mí cuando volvió de las Regiones Desconocidas. No nos escogió simplemente al azar; él nos escogió a nosotros.

—No, no había mucho que Thrawn hiciera al azar —convino Ardiff—. Por consiguiente si está de vuelta…

—Ha escogido a alguien más —Pellaeon terminó la frase del otro, las palabras eran un dolor agudo en su corazón—. Y sólo puede haber muy pocas razones por las que haría eso.

—No puede ser el rango —dijo firmemente Ardiff—. Después de todo, usted es el Comandante Supremo. Y ciertamente no puede ser por aptitud. ¿Qué queda?

—Visión, quizás —sugirió Pellaeon, golpeando el datapad suavemente con el dedo—. Esta propuesta de paz fue *mi* idea, usted sabe. Se me ocurrió a mí, yo la defendí, y yo la metí por las gargantas de los Moffs. Moff Disra fue uno de aquellos que más fuerte y ruidosamente se opusieron. Moff Disra de Bastión. ¿Coincidencia?

Por un momento Ardiff se quedó callado.

—Está bien —dijo—. Aun si concedemos todo eso… cosa que, a propósito, yo no comparto… ¿por qué enviar un grupo pirata o mercenario aquí afuera para atacarnos? ¿Por qué no simplemente viene aquí y le dice directamente que la idea del tratado está cancelada?

—No lo sé —dijo Pellaeon—. Quizás no está cancelada. Quizás aquí es exactamente donde Thrawn me quiere. O por alguna razón, preparándome para hablar con Bel Iblis, o si no…

Frunció los labios.

—O si no simplemente fuera de su camino. Donde no pueda interferir con cualquier cosa que él esté planeando.

El silencio esta vez se extendió dolorosamente.

—No creo que él hiciera eso, señor —dijo por fin Ardiff. Pero las palabras no llevaban ninguna convicción genuina que Pellaeon pudiera oír—. No después de todo lo que ustedes pasaron juntos.

—No cree eso más que yo —dijo en voz baja Pellaeon—. Thrawn no era humano, sabe, no importa qué tan humano pudiera haber parecido. Era un alienígena, con pensamientos, propósitos y agendas alienígenas. Quizás yo nunca fui para él más que sólo una herramienta más que podía usar para alcanzar su meta. Cualquiera que esa meta hubiera sido.

Casi vacilantemente, Ardiff extendió la mano y tocó el brazo de Pellaeon.

—Ha sido un largo camino, señor —dijo—. Largo, difícil y descorazonador. Para todos nosotros, pero principalmente para usted. Si hay algo que yo pueda hacer…

Pellaeon forzó una sonrisa.

—Gracias, Capitán. No se preocupe; no voy a rendirme. No hasta que esto haya pasado.

—¿Nos quedamos aquí, entonces? —preguntó Ardiff.

—Por unos días más —dijo Pellaeon—. Quiero darle cada oportunidad posible a Bel Iblis.

—¿Y si no aparece?

—Lo haga o no, la siguiente parada es Bastión —dijo Pellaeon, oyendo un toque de severidad en su propia voz—. Por este y otros asuntos, Moff Disra tiene algunas cosas que explicar.

—Sí señor —dijo Ardiff, poniéndose de pie—. Esperaremos que toda esta aparición de Thrawn sea sólo algún truco suyo.

—Ciertamente que no —lo reprobó ligeramente Pellaeon—. El retorno de Thrawn revitalizaría a nuestra gente y no le haría más que bien al Imperio. Yo nunca querría que se diga que valoro mi propio orgullo más que eso.

Ardiff se sonrojó ligeramente.

—No señor, por supuesto que no. Mis disculpas, Almirante.

—No hacen falta disculpas, Capitán —le aseguró Pellaeon, poniéndose de pie—. Como dijo, ha sido un camino largo y difícil. Pero ya casi ha terminado. De una forma u otra, ya casi ha terminado.

• • •

Los procedimientos de entrada al Espaciopuerto de Drev'starn eran considerablemente más estrictos hoy de lo que habían sido la última vez que Drend Navett había aterrizado aquí en el planeta natal bothan. No era sorprendente, considerando los eventos de los últimos cinco días. Con el ataque sorpresa lereseno contra su planta industrial orbital y el subsecuente incremento militar multiespecie en el cielo sobre sus cabezas, las tensiones estaban creciendo a un paso rápido y sumamente satisfactorio.

Y los procedimientos normalmente amigables para el negocio de los bothans habían sufrido como resultado. La salida del área de cuarentena del espaciopuerto, alguna vez poco más que una formalidad, ahora requería una revisión de ID y un escaneo de carga completos.

No es que a Navett le importara. Esta vez, no había nada en su carga que levantase ni siquiera el pelaje de un bothan paranoico. Y su ID era tan perfecta como sólo la Inteligencia Imperial podía hacerla.

—Su identificación y efectos personales parecen estar en orden —dijo el oficial de aduanas bothan después del procedimiento de quince minutos que parecía ser la norma hoy—. Sin embargo, el Departamento de Importación tendrá que hacer más pruebas a sus animales antes de que pueda dejárseles entrar a la ciudad propiamente dicha.

—Claro, no hay problema —dijo Navett, ondeando la mano en uno de los gestos expansivos típicos del distrito Betreasley en Fedje en donde su ID decía que había nacido. No tenía ninguna idea de si el bothan notaría sutilezas de esa clase, pero la primera ley de la infiltración era llevar un rol de la forma en que un soldado de asalto llevaba su armadura—. Eh, he hecho esto en docenas de planetas —agregó—. Ya sé cómo funciona esta cuarentena.

El pelaje del bothan onduló, apenas notoriamente.

—¿En muchos mundos, dices? —preguntó—. ¿Tienes algún problema para mantener la propiedad de tus tiendas?

Navett frunció el ceño, como si intentara descifrar su camino a través de una frase complicada, y dejó que su cara se aclarara.

—No, lo entendiste todo mal —dijo—. No estoy intentando armar un lugar en el que pueda establecerme. Además, salvo que consigas un manojo de gente para manejarte las estanterías, no puedes vivir del negocio de las mascotas exóticas a menos que te mantengas en movimiento. Hay un montón de inventario potencial del que nunca siquiera oirás a menos que vayas al lugar de donde vienen.

—Quizás —murmuró el bothan—. Pero sospecho que no encontrarás mucho mercado en Bothawui en estos tiempos problemáticos.

—¿Estás bromeando? —dijo Navett, dejando ver un poco de engreimiento aceitoso—. Eh, este lugar es perfecto. Un planeta bajo asedio, mucha tensión, ahí es exactamente adonde la gente va a necesitar una mascota para distraerse de sus problemas. Créeme, lo he visto pasar docenas de veces.

—Si tú lo dices —dijo el bothan con una ondulación del pelaje de su hombro, obviamente no le importaba si este alienígena ligeramente tosco hacía alguna ganancia aquí o no—. Déjame tu frecuencia y código de comunicador y serás notificado cuando termine la cuarentena.

—Gracias —dijo Navett, juntando sus documentos—. Que sea rápido, ¿está bien?

—Será tan rápido como las regulaciones lo requieran —dijo el bothan—. Que tengas un día de paz y ganancias.

—Sí. Lo mismo para ti.

Cinco minutos más tarde Navett estaba paseando por la calle, abriéndose camino a través de la masa de viajeros que se apuraban hacia y desde el espaciopuerto. Pasando las filas para alquilar deslizadores terrestres, le dio la espalda al sol poniente y se dirigió a pie hacia una fila de hoteles baratos que bordeaban el área del espaciopuerto.

Con la espalda al sol, vio la sombra que surgía detrás de él unos segundos antes de que Klif se dejara caer a un paso a su lado.

—¿Algún problema? —preguntó en voz baja el otro.

—No, fue realmente fácil —dijo Navett—. ¿Y tú?

Klif agitó la cabeza.

—Ni uno. A propósito, aceptó el soborno, pero no prometió que podríamos sacar a los animales más pronto.

—No con un soborno tan pequeño —convino Navett, sonriendo para sí mismo. Una insultantemente pequeña propina del ayudante del vendedor de mascotas, y ninguna en absoluto del vendedor mismo, debería reforzar su imagen cuidadosamente construida de pequeños comerciantes intentando obtener una ganancia rápida sin la más ligera idea de cómo se jugaba al juego.

Y con los bothans, una imagen así prácticamente les garantizaba ser el foco de las burlas privadas, el desprecio de la trastienda, y el completo desinterés oficial.

Lo que significaba que cuando llegara el momento correcto para que la sección de Drev'starn del escudo planetario de Bothawui cayera, lo haría.

—¿Viste a Horvic o a Pensin por allí? —preguntó Klif—. Yo no pude ver a ninguno de ellos.

—No, pero estoy seguro de que pudieron entrar bien —dijo Navett—. Podemos intentar el punto de reunión mañana si podemos encontrar una tienda lo suficientemente rápido.

—Recogí un listado de alquileres —dijo Klif—. La mayoría viene con departamentos encima de ellas.

—Eso sería práctico —dijo Navett—. Lo examinaremos esta noche y veremos si hay alguno en el área correcta. Si no, siempre podemos llamar a un agente inmobiliario por la mañana.

Klif rió entre dientes.

—No te preocupes, nos queda mucho dinero de soborno.

—Sí —murmuró Navett, echando una mirada alrededor. Hace quince años, según el rumor, había sido información de espías bothans la que había llevado a la Alianza Rebelde a Endor y había producido la muerte del Emperador Palpatine y la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte. En los años desde entonces, los bothans habían estado involucrados con la organización Sol Negro, la destrucción del Monte Tantiss, y un sinnúmero de otros golpes contra el Imperio.

No conocía todo el alcance del plan que estaba en marcha aquí; pero de todos los mundos que el Gran Almirante Thrawn podría haber escogido para la destrucción, pocos le habrían dado una satisfacción personal mayor que este.

Ahora habían llegado a su hotel escogido, y cuando empezaron a subir los escalones un antiguo droide vigilante parado al lado de la puerta se activó.

—Buenas noches, estimados caballeros —jadeó—. ¿Puedo llamar a un portador de equipaje?

—No, podemos arreglárnoslas —dijo Navett—. No hace falta gastar dinero en un droide.

—Pero, señor, el servicio es gratuito —dijo el droide, sonando confundido.

Pero para entonces Navett y Klif lo habían pasado, abriendo de un empujón las puertas y entrando al vestíbulo. Eran, notó, los únicos huéspedes del hotel que llevaban sus propias bolsas.

Pero eso estaba bien. Dejen que los bothans y sus huéspedes más sofisticados se rían disimuladamente detrás de sus espaldas, si querían. Cuando el fuego comenzara a llover del cielo, la risa se volvería gritos de terror.

Y Navett disfrutaría de cada minuto de ello.

CAPÍTULO 6

Fue en su decimoquinto día en la oscuridad de la cueva de Nirauan cuando Mara Jade despertó para descubrir que finalmente había llegado un rescatador.

No era, sin embargo, ninguno de los potenciales rescatadores que ella habría esperado.

¿Mara?

Se sentó de repente en su cama enrollable, abriendo y parpadeando por reflejo los ojos a pesar del hecho de que en la oscuridad total no había absolutamente nada para ver. La sensación de alguien llamándola había sido sin palabras, pero tan claro como si se hubiera pronunciado su nombre en voz alta. Se estiró con la Fuerza…

Y cuando lo hizo, la sensación de su presencia le llegó flotando. Su presencia, y su identidad.

Era Luke.

El tono de las emociones de él cambió, el toque de ansiedad que las empapaba se convirtió abruptamente en alivio cuando sintió su respuesta y supo que ella estaba ilesa. Un nuevo toque de anticipación fluyó a su mente, y cuando ella se enfocó pudo sentir una oscuridad física alrededor de él. La mejor suposición era que estaba en la cueva, decidió ella, probablemente abriéndose camino en su dirección.

Lo que desafortunadamente significaba que su anticipación era un poco prematura. Encontrar la cueva era una cosa; encontrarse ambos dentro de sus múltiples recovecos, iba a ser algo completamente diferente.

Pero Luke ya tenía eso cubierto. A su pregunta sin palabras vino una renovada sensación de seguridad de él; y aún mientras ella fruncía el ceño, captó la sensación de otros a su alrededor, seres a los que él parecía estar siguiendo. Aparentemente, algunas de las criaturas parecidas a mynocks que la habían arrastrado aquí en primer lugar estaban actuando como guías.

Miró arriba al techo y las paredes alrededor de ella. Más de las criaturas estaban allí arriba, mirándola silenciosamente.

—Skywalker está en camino —llamó a la oscuridad—. ¿Están contentos?

Lo estaban. Aun con su frustrante incapacidad para oír sus palabras directamente, no había ninguna duda de la oleada de excitación que los recorrió.

—Me alegro tanto —dijo ella. Poniéndose de pie, avanzó a tientas hacia el riachuelo subterráneo que borboteaba su camino a través de la roca a unos metros. Había escogido este punto al principio de su cautividad como un lugar donde tendría agua disponible, y en los días posteriores había aprendido a encontrarlo sin usar su barra luminosa.

Alcanzó el riachuelo, localizó la roca plana convenientemente ubicada adonde dejaba la pequeña botella de solución limpiadora personal de su equipo de supervivencia, y se quitó su traje de salto. La ropa estaba confeccionada con el tejido de última generación que formaba parte del equipo estándar a bordo de las naves de Karrde y se le podía

limpiar el polvo y los aceites con facilidad. A la propia Mara, desafortunadamente, no; y si iba a tener visitas le parecía razonable ponerse presentable.

El agua era poco profunda, corría rápido, y estaba helada. Mara se la salpicó por encima, intentando que no le afectara demasiado el shock térmico. Unas gotas de solución limpiadora frotadas vigorosamente en la piel y el cabello, otra zambullida agónica en el hielo líquido del riachuelo para enjuagarse, y había terminado. Una brisa sólo marginalmente más tibia fluía a lo largo del mismo camino que el agua, y se quedó parada en esa corriente por unos minutos, sacudiéndose el exceso de agua y desenredándose el cabello hasta que estuvo mayormente seca. Metiéndose de nuevo en su traje de salto, recogió sus cosas y se dirigió de vuelta a su campamento.

Justo a tiempo. Todavía estaba ordenando de nuevo su equipo en los nichos apropiados de su mochila cuando captó los primeros parpadeos de luz reflejada contra las paredes rocosas y el techo alto. Enrollando su cama enrollable y metiéndola en su mochila, se sentó en su «silla», otra roca mayormente plana, y esperó.

Pareció tomar una inmoderada cantidad de tiempo antes de que la luz movediza finalmente se convirtiera en un Maestro Jedi llevando una barra luminosa; pero cuando lo hizo ella finalmente entendió la razón para el viaje tan lento. El mismo Luke estaba cargando con lo que parecía un equipo de supervivencia del tipo con-todo-menos-amortiguadores-aluviales que a la gente de Karrde le gustaba armar; y rodando torpemente pero esforzándose en el suelo desigual junto a él estaba su droide astromecánico R2.

—¿Mara? —llamó Luke, con voz que hacía eco a través de la cueva.

—Aquí estoy —respondió Mara, poniéndose de pie y ondeando su barra luminosa—. Sí que se tomaron su tiempo.

—Lo siento —dijo secamente él, avanzando hasta ella—. No pudimos encontrar la tienda de alquiler de aerodeslizadores local y tuvimos que caminar. Tienes buen aspecto.

—El tuyo es terrible —contrapuso ella, examinándolo con ojo crítico. Su chaqueta y el traje de salto de debajo estaban manchados con suciedad y sudor, y aquí y allá estaban punteados con pequeñas rasgaduras y perforaciones—. ¿De cualquier forma, cuánto tuvisteis que caminar? ¿Medio camino alrededor del planeta?

—No, sólo aproximadamente diez kilómetros —dijo él, bajando la mochila de sus hombros al suelo y pasándose una mano por el cabello—. Pero eran precipicios y desiertos todo el camino.

—Y espinos, aparentemente —agregó Mara, señalando las rasgaduras en su traje de salto—. ¿Quieres limpiarte? Hay un arroyo justo allí que no tiene demasiado hielo flotando en él.

El droide borbotó.

—Quizá más tarde —dijo Luke—. ¿Cómo te han estado tratando?

Mara se encogió de hombros.

—Ambiguamente —dijo—. Al principio pensé que me estaban manteniendo prisionera. Pero no parecía importarles si me movía por el área inmediata, así que pensé

que podía haber estado equivocada. Por otro lado, tampoco me dejaron ir demasiado lejos en ninguna dirección, y todavía tienen mi sable de luz y el bláster que me quitaron.

—¿Tu bláster?

—Sí, mi bláster —dijo Mara, poniendo un tono de «ya basta» en la voz. Los alienígenas le habían quitado sus dos armas principales; pero no habían visto el diminuto bláster de respaldo acurrucado en la pistolera contra su antebrazo izquierdo. Hasta ahora no había tenido ocasión de utilizarlo, pero tampoco quería que Luke anunciara su existencia—. Y mi sable de luz —repitió ella—. Así que ahora no estoy segura de qué está pasando.

—Sí, mis guías qom jha me contaron que tienes problemas para entenderlos —dijo Luke. Aparentemente, había captado el mensaje sobre el bláster—. Me suena que la razón por la que te trajeron aquí fue para mantenerte a salvo.

—Eso me temía —dijo Mara, sintiendo que sus mejillas se calentaban y esperando que su mortificación no fuera visible. Ya era bastante malo que alguien hubiera tenido que venir todo el camino hasta aquí al borde del Espacio Desconocido para rescatarla después de que se golpeara el costado de la cabeza con esa roca. Peor aún que tuviera que ser Luke Skywalker, Maestro Jedi que probablemente tenía un millón de cosas mejores que hacer con su tiempo. Pero que el «rescate» fuera de lo que era esencialmente un improvisado servicio de niñeras alienígena era vergonzoso más allá de las palabras.

—No te preocupes por eso —dijo Luke en voz baja.

Ella se ruborizó más fuerte.

—Rayos, Skywalker, manténte fuera de mi mente.

Sintió el rubor de la vergüenza por parte de él por la intrusión involuntaria.

—Lo siento —se disculpó—. Pero no lo quise decir de esa forma. Dicen que necesitaban protegerte porque te estaban persiguiendo los Amenazadores de la Torre Alta.

Mara frunció el ceño, su vergüenza abruptamente olvidada.

—¿Amenazadores?

—Ese es el nombre qom jha para ellos —dijo Luke—. Seres similares a nosotros, según ellos, y aliados con el Imperio.

—Genial —murmuró Mara. Con su atención enfocada estos últimos días en la supervivencia y la exploración de sus alrededores, la razón por la que había venido a Nirauan en primer lugar prácticamente se había perdido en el fondo de su mente.

Pero ahora regresó de golpe: la nave espacial misteriosa que ella y Luke habían descubierto acechando alrededor de la base de los Piratas Cavrilhu, y la que más tarde había zumbado al Destructor Estelar privado de Booster Terrik. Seres alienígenas y tecnología alienígena, pero con un sabor distintivamente imperial mezclado en el diseño.

—Así que teníamos razón —dijo ella—. Ellos estaban *cazando imperiales* en la base Cavrilhu.

—Está empezando a sonar de esa forma —dijo Luke—. Aunque no te olvides de que sólo tenemos la palabra de los qom jha en esto. Necesitaremos comprobarlo por nosotros mismos.

—Um —Mara lo miró—. ¿Así que ellos pueden hablar contigo, eh?

—Sí, a través de la Fuerza —Luke hizo una pausa, con los ojos ligeramente desenfocados como si estuviera escuchando un sonido débil. Mara se estiró a la Fuerza, pero aparte de los chirridos normales de las criaturas todavía sólo podía captar las familiares casi-voces formando casi-palabras—. ¿No puedes oír eso? —preguntó él.

—No comprensiblemente —admitió Mara. La idea la incomodaba casi tanto como tener que ser rescatada—. ¿Qué están diciendo?

—Por el momento, no mucho —dijo Luke—. Están esperando a que llegue su Regateador. Entiendo por una conversación que tuve más temprano con un grupo llamado los qom qae que ése es el término local para líder o portavoz.

—Ah —Mara frunció el ceño cuando una oleada de disgusto atravesó las casi-voces—. Capto el sentimiento distintivo de que no les gustan mucho los qom qae.

—Sí, ya lo sé —convino Luke, con tono un poco intranquilo—. En realidad, puede ser parcialmente por mi culpa. Creo que están disgustados por que traje a un qom qae aquí conmigo.

—No es necesariamente la cosa más inteligente que podrías haber hecho.

—Pasó el último par de días guiándome hasta aquí —dijo Luke, sonando un poco a la defensiva—. Quiso venir adentro y verte, y yo decidí que se lo había ganado. Además, probablemente cualquier cosa que esté pasando involucra a ambos grupos.

—Podría ser —Mara miró alrededor de ellos—. ¿Adónde está este guía tuyo?

—Allí arriba en alguna parte —dijo Luke, pasando el rayo de su barra luminosa por el techo. Cada uno de los qom jha parecidos a mynocks se agitó cuando el punto de luz pasó, alejándose de la luz intensa.

Todos excepto uno, una criatura algo más pequeña cuya piel curtida parecía ser de un color ligeramente diferente al de los seres arracimados estrechamente alrededor de él. También al contrario de los otros, que colgaban casualmente de grietas o salientes en el techo, este estaba emperchado torpemente al derecho en una roca saliente en la pared.

—¿Es ese? —preguntó Mara.

—Sí —dijo Luke, manteniendo la luz allí un momento y entonces volviéndola a girar hacia el suelo—. Se llama Niño De Los Vientos.

Mara asintió, recordando su vuelo de llegada a través del cañón profundo y todas las pequeñas cuevas que había notado salpicando las paredes de roca por el camino.

—¿Supongo que los qom qae viven en los acantilados?

—Allí está su nidada, por lo menos —dijo Luke—. Su padre también es su Regateador.

—Tienes amigos en lugares altos —dijo Mara—. Eso podría ser útil.

—No estoy seguro de que «amigos» sea exactamente la palabra que yo habría usado —dijo secamente Luke—. Parecen haber huido con mi Ala-X cuando no estaba mirando,

y Niño De Los Vientos no puede o no me quiere contar adonde se lo llevaron. Debe haber hecho falta un gran número de ellos para moverlo siquiera.

—Lo hizo —dijo Mara con una mueca—. Lo sé porque vi a los qom jha hacer lo mismo con mi Defensor, arrastrándolo a la cueva a quién sabe dónde. Parece que tienen más en común con los qom qae que lo que podría gustarles.

—En realidad, tu Defensor no está muy lejos —dijo Luke—. Erredós y yo lo vimos en nuestro camino adentro. Él le dio un rápido examen: no parecía estar dañado.

—Eso es un alivio —dijo Mara, un pequeño peso se le quitó de encima. El Defensor podía ser inútil para llevarla a casa, pero sin él ni siquiera podría salir del suelo—. Después de todo lo que Karrde tuvo que hacer para poner sus manos en él, me mataría si lo pierdo. ¿Cuándo va a venir él aquí con el respaldo?

Luke hizo una mueca de dolor.

—Bueno, para ser honesto… le dije que no enviara a nadie más.

Mara sintió que su boca se secaba un poco.

—Lo hiciste, ¿eh? —dijo ella, esforzándose por mantener la calma en la voz. Si Luke estaba empezando a volver a sus viejos hábitos de Jedi omnipotente…— ¿No crees que nosotros dos tomando toda una fortaleza llena de enemigos desconocidos es darnos demasiada ventaja, no?

Una mirada extraña pasó por su cara.

—No es eso en absoluto —protestó él—. Sólo creí que no sería una buena idea que toda una fuerza de batalla viniera a la carga al sistema. Especialmente dado que no sabíamos si tú eras una prisionera o no.

—Supongo que eso tiene sentido —concedió Mara, los nudos se aflojaron un poco—. ¿Supongo que eso significa que tampoco tienes un Crucero Estelar acechando en el sistema exterior?

—Dudo que la Nueva República pudiera darme siquiera un transporte armado ahora mismo —dijo Luke, con expresión que se volvió austera—. Las cosas están poniéndose muy feas allí afuera.

—Déjame adivinar. ¿Caamas y los bothans?

—Caamas, los bothans, y mil mundos que usan a Caamas como una excusa para pelear por viejos rencores contra sus vecinos —le contó—. Y francamente, estoy empezando a preguntarme si hay alguna forma de detenerlo en absoluto.

—Que idea tan alegre —gruñó Mara—. Ocupémonos de un problema a la vez, ¿de acuerdo? Empezando por confirmar que estos Amenazadores son los mismos que estamos buscando. Creímos ver una de esas naves alienígenas en su camino de entrada cuando salimos de la velocidad de la luz, pero estaba demasiado lejos para hacer una identificación positiva.

—Oh, son los mismos —le aseguró Luke—. Dos de ellos se ofrecieron a escoltarme abajo, y entonces intentaron derribarme.

Mara hizo una mueca.

—Supongo que eso dice de qué lado están.

—No necesariamente —la previno Luke—. O por lo menos, no permanentemente. Podríamos poder persuadirlos… espera un segundo. El Regateador está aquí.

Mara asintió; ya había sentido la anticipación que fluía preparándose para la nueva llegada.

—Vas a tener que traducirme —le dijo ella—. Desearía poder oírlos por mi misma.

—Eso seguro que haría las cosas más fáciles —convino Luke, arrugando la frente pensando—. Me pregunto si… ven, dame la mano.

—¿Mi mano? —repitió Mara, frunciendo el ceño, mientras extendía la mano izquierda hacia él.

—Yo puedo sentirlos —explicó, tomándole la mano con su derecha y agarrándola firmemente—, y podemos sentirnos entre nosotros. Si podemos hacer ese vínculo lo suficientemente fuerte…

—Vale la pena intentarlo —convino Mara, estirándose a la Fuerza. Las comunicaciones de los alienígenas ahora estaban de hecho más claras, como palabras susurradas debajo de los chirridos, sólo un poco demasiado bajas para oírlas. Se estiró más fuerte, frunciendo el ceño de concentración.

—Intentemos esto —dijo Luke, acercándose a su lado y volviéndose para mirar en la misma dirección que ella. Cambiando su mano de su derecha a su izquierda, deslizó su brazo derecho alrededor de su cintura y se inclinó para tocar el costado de su cabeza contra la suya.

Y en ese momento, como una pantalla defectuosa cuya auto-sintonía acabara de encenderse, los vagos sonidos y sensaciones que había estado captando durante las últimas dos semanas abruptamente se unieron en palabras.

…el Regateador para esta nidada de los qom jha, fluyeron las palabras a través de su mente. *Soy conocido como Comedor De Rastreras De Fuego. Los qom jha nos regocijamos de que por fin hayas venido a nosotros.*

—Nosotros nos alegramos de estar aquí —dijo gravemente Luke—. Yo soy Luke Skywalker, como ya pareces saber. Ésta es mi amiga y aliada, Mara Jade.

Una oleada de emoción barrió por la cámara.

¿Por qué la traes aquí a nosotros, Maestro Caminante Del Cielo?, demandó Comedor De Rastreras De Fuego, con una rara especie de cautela en su tono.

Luke frunció el ceño.

—Yo no la traje; ella vino por su propia voluntad. ¿Hay algún problema?

¿No prestaste atención a nuestro mensaje con respecto a esta Jadeo De Mara?, preguntó Comedor De Rastreras De Fuego. *Seguramente ya debes haberlo recibido.*

—No he recibido ningún mensaje de ustedes —dijo Luke—. ¿Cuándo y dónde fue enviado?

No lo entiendo, dijo Comedor De Rastreras De Fuego, ahora sonando cauteloso. *¿Qué quieres decir con ningún mensaje?*

—Quiero decir ningún mensaje —dijo Luke—. Nunca había oído hablar de ustedes o de este mundo hasta que los amigos de Mara me contaron acerca de su captura.

Pero los mensajes han sido enviados, insistió Comedor De Rastreras De Fuego. *Así fue prometido por el Regateador de los qom qae…*

Se interrumpió, sus alas aletearon ominosamente.

¿Tú? Qom qae, dijo entre dientes. *Adelántate y habla en defensa de tu nidada.*

Hubo una súbita conmoción alrededor de la sección de la pared adonde Niño De Los Vientos se había emperchado. Mara giró su barra luminosa en esa dirección, justo a tiempo para ver al pequeño qom qae dejarse caer hacia el suelo para evitar a tres qom jha que intentaban echarse encima de él. Ellos alteraron su dirección hacia él; cambiando de dirección, Niño De Los Vientos trazó una curva hacia arriba y hasta una ancha grieta en la pared opuesta cerca del techo.

—¡Déjenlo tranquilo! —advirtió ásperamente Luke—. Es sólo un niño.

Es un qom qae, riñó el Regateador mientras Niño De Los Vientos se zambullía de cabeza en la grieta. *Carga con la responsabilidad de las traiciones de su nidada.*

Luke dejó ir la mano de Mara y se alejó un paso largo de ella.

—No lo lastimen ni lo atormenten —dijo en un tono de comando, sus palabras puntuadas por el chasquido-siseo y la brillante hoja verde de su sable de luz—. Déjenlo tranquilo, y yo le haré las preguntas.

Un Jedi con su sable de luz encendido, en la experiencia de Mara, era una imagen que normalmente hacía que los seres conscientes hicieran una pausa por uno o dos momentos de sobria reflexión. Los qom jha o no entendían, no les importaba, o sino asumían que cinco metros de espacio vertical serían una protección adecuada contra el arma resplandeciente debajo de ellos. A la luz verde Mara podía ver a Niño De Los Vientos intentando apretujarse más adentro en la limitada protección de la grieta, sus garras acuchillando ineficazmente hacia los tres qom jha que revoloteaban a su alrededor. Un comando medio-sentido del Regateador, que ya no era entendible ahora que Luke se había separado de ella, y otro grupo de qom jha se separó del techo y se movió hacia la confrontación.

Y era hora, decidió ella, de recordarles a los alienígenas exactamente con quién estaban tratando aquí. Pasándose la barra luminosa a la mano izquierda, sacó su bláster de respaldo de la pistolera en su antebrazo con la derecha y disparó tres tiros precisamente ubicados en la pared alrededor del escondite de Niño De Los Vientos.

Con un chillido sobresaltado los qom jha que atacaban se alejaron de los disparos y las astillas voladoras de roca, revoloteando por un momento antes de colgarse en nuevas posiciones en el techo lejos del qom qae sitiado. Otro comando medio-sentido del Regateador, y un silencio tenso descendió en la caverna.

—Hace un minuto lo llamaste Maestro —gritó Mara hacia los alienígenas—. ¿Es un Maestro Jedi que debe ser respetado y obedecido, o no?

Hubo una sucesión de casi-palabras.

—¿Traducción? —murmuró Mara.

—Dijo, «No estás en posición de hablarle así al Regateador de los qom jha,» —le contó Luke, pasándose su sable de luz a la mano izquierda y caminando de vuelta a su

lado. Manteniendo una mirada cautelosa en el techo, volvió a poner su brazo alrededor de ella y tocó su cabeza con la suya…

…de hecho, ahora mismo cuelgas agarrada de roca que se desmenuza, vino de nuevo a su mente la voz de Comedor De Rastreras De Fuego. *¿Niegas que eres la misma Jadeo De Mara que una vez voló con la nidada del Imperio?*

El brazo de Luke pareció tensarse sobre la espalda de Mara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él cautelosamente.

Aquellos en la Torre Alta han hecho grandes insinuaciones y regateos acerca de este ser, dijo Comedor De Rastreras De Fuego, con tono oscuro. *Quizás es nuestra confianza en ti la que cuelga de roca que se desmenuza, Maestro Caminante Del Cielo.*

—O quizá la roca que se desmenuza está sobre sus propias cabezas —contrapuso Mara antes de que Luke pudiera contestar—. Si algún aliado del Imperio está hablando sobre mí, es porque estoy cerca del primer lugar en su lista de enemigos. ¿O no se molestaron en escuchar toda la conversación?

El Regateador aleteó de nuevo las alas, pero esta vez había un toque de incertidumbre en el gesto.

Su idioma no es fácilmente entendible, concedió. *Sin embargo ya hemos sido traicionados una vez por los qom qae, y no deseamos agregar una traición a otra. ¿Maestro Caminante Del Cielo, dijiste que forzarías al qom qae a hablar en defensa de su nidada?*

—Dije que le haría preguntas —corrigió amablemente Luke, apagando su sable de luz—. Niño De Los Vientos, baja aquí.

Hubo un momento de vacilación; y entonces el qom qae salió de la grieta y se dejó caer para aterrizar en una piedra al lado de Luke.

Aquí estoy, Jedi Caminante Del Cielo, dijo, manteniendo un ojo cauteloso en el techo.

—¿Recibió tu nidada de los qom qae mensajes para mí o para la Nueva República de esta nidada de los qom jha? —preguntó Luke—. ¿Y le prometió su Regateador a Comedor De Rastreras De Fuego que tu nidada entregaría esos mensajes?

Niño De Los Vientos pareció encoger las alas por encima de su cabeza, con un pesado sentimiento de culpa nerviosa emanando de él.

No es mi lugar regatear por mi nidada, dijo él. *Cazador De Los Vientos…*

Cazador De Los Vientos no está aquí, lo interrumpió bruscamente Comedor De Rastreras De Fuego. *Contesta la pregunta.*

Niño De Los Vientos se hundió más en sus alas.

Es como dices, concedió renuentemente.

—Bueno, eso es práctico —murmuró Mara—. Podríamos haber sabido de este lugar hace años.

—Suena de esa forma —dijo Luke—. ¿Niño De Los Vientos, por qué no fueron enviados los mensajes?

Cazador De Los Vientos concluyó que no sería seguro, dijo el joven qom qae. *Un qom qae necesitaría agarrarse de una de las máquinas voladoras de los Amenazadores y soportar un largo viaje a través del frío y la oscuridad antes de que pudiera alcanzarte.*

Ésa no es ninguna razón para traicionar sus regateos, dijo desdeñosamente Comedor De Rastreras De Fuego. *Los qom qae han volado así a través de la oscuridad muchas veces, o eso dicen. Admite que fue la cobardía y el temor lo que causó su traición.*

Ustedes los qom jha están a salvo en sus cuevas, respondió el fuego Niño De Los Vientos. *Nosotros los qom qae vivimos al aire libre.*

¿No nos amenazan a todos los Amenazadores?, demandó Comedor De Rastreras De Fuego, aleteando las alas.

¿Entran los Amenazadores en sus cuevas para buscar venganza de los qom jha?, contrapuso el joven qom qae. *Su venganza caería solamente en los qom qae.*

¿No fueron los qom jha los que arriesgaron primero sus vidas intentando averiguar los planes de los Amenazadores? ¿No continúan los qom jha tomando tales riesgos?

¿Averiguaron algo de valor los qom jha? ¿No confundieron a esta amiga y aliada del Jedi Caminante Del Cielo con alguien que volaba en la nidada de los Amenazadores?

—Es suficiente —dijo Luke a la discusión—. Cualquier cosa que haya pasado ya ha pasado y no puede cambiarse, e intentar deslindar responsabilidades no servirá de nada. Está bien, así que los mensajes no fueron enviados. Pero nosotros estamos aquí ahora, y estamos dispuestos a ayudarlos.

—La pregunta —agregó Mara—, es si son dignos de nuestra ayuda.

Luke se giró a medias para fruncirle el ceño.

—¿Qué estás…?

—Silencio —murmuró ella—. Confía en mí. ¿Bueno, Comedor De Rastreras De Fuego?

Hubo otro tenso silencio.

Tememos a los Amenazadores, concedió el Regateador casi de mala gana. *Los qom jha y qom qae vuelan al igual a la sombra de sus garras. Querríamos que se nos quite esta amenaza, si están dispuestos.*

—Sí, entendemos sus deseos —dijo Mara—. Pero ésa no es la pregunta. La pregunta es si merecen nuestra ayuda. Y en ese caso, cómo piensan demostrarlo.

¿Qué prueba buscas?

—Para empezar, necesitaremos ayuda para entrar a la Torre Alta —dijo Mara—. Supongo que su gente ha estado entrando por alguna parte de este sistema de cuevas; necesitaremos guías a esa entrada. Después de eso, podemos necesitar que algunos de ustedes hagan interferencia o exploren el territorio.

El Regateador aleteó las alas.

Tu pedido pondrá a esta nidada en peligro.

—Tu pedido nos pone en peligro —contrapuso Mara—. ¿Preferirías que cancelemos todo y nos vayamos ahora mismo?

Hubo una conversación breve de fondo, demasiado rápida o demasiado alienígena para que Mara la entendiera.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —murmuró Luke.

—No importa cómo lo interpretes, vamos a necesitar guías —dijo Mara—. De cualquier forma, ya he tratado con esta clase de cultura antes. Cualquiera que llame a su líder «Regateador» espera que le regateen. Ofrecer hacer algo para ellos gratis y esperar que devuelvan el gesto usualmente no funciona. Los hace sospechar, en primer lugar.

Al lado de Luke, Niño De Los Vientos se agitó.

¿Qué harás conmigo ahora, Jedi Caminante Del Cielo?, preguntó.

—No te preocupes —dijo Luke—. Me aseguraré que puedas salir a salvo de aquí y vuelvas a tu nidada.

El qom qae encogió las alas.

No puedo regresar.

Luke frunció el ceño.

—¿Por qué no?

No me aceptarán, dijo. *He desobedecido al Regateador de los qom qae, y no se me permitirá volver a unirme a la nidada.*

Luke movió la cabeza al costado.

—¿No se te permitirá volver a unirte? —preguntó significativamente—. ¿O no se te permitirá volver a unirte sin un castigo?

Las emociones del joven alienígena se agitaron bruscamente.

Preferiría ir con ustedes a la Torre Alta, dijo. *Si puedo ver directamente los peligros que representan estos Amenazadores, los entenderé mejor. Quizás pueda persuadir a otros de los qom qae a ayudarlos.*

—Como te dije: regateadores —dijo irónicamente Mara.

—Sí, estoy empezando a entenderlo —dijo Luke en el mismo tono—. Aprecio la oferta, Niño De Los Vientos. Pero es probable que esto sea muy peligroso.

¿Viajará su máquina con ustedes?

Mara miró al droide astromecánico, apartado al costado trinando en silencio para sí mismo.

—Ésa es una buena pregunta —convino ella—. Definitivamente nos reducirá la velocidad.

—Cierto, pero si queremos alguna oportunidad de acceder a los sistemas de computadoras de la Torre Alta lo necesitaremos con nosotros —señaló Luke.

—Asumiendo que pueda siquiera ser compatible con esas redes —advirtió Mara—. Son alienígenas, sabes.

—Sabemos que usan tecnología imperial en sus naves espaciales —le recordó Luke—. Hay buenas oportunidades de que también tengan al menos un par de nuestras computadoras allí.

¿Si tu máquina viaja con ustedes, por qué yo no?, habló de nuevo Niño De Los Vientos. *Una vez que estemos en las luces brillantes y el aire abierto de la Torre Alta, yo sería un mejor explorador que estos moradores de cuevas.*

—Excepto que no sabes nada acerca de la Torre Alta —dijo Luke—. Además de lo cual, considerando la rivalidad entre sus dos nidadas, no creo que Comedor De Rastreras De Fuego te quiera hurgando en su territorio más de lo necesario.

Niño De Los Vientos esponjó las alas.

Entonces quizás es tiempo de que esta rivalidad termine, dijo altaneramente. *Quizás es tiempo de que surja un qom qae valiente y honorable y arregle la roca desmenuzada bajo de nuestras garras.*

Luke y Mara intercambiaron miradas.

—¿Tú? —arriesgó Luke.

¿Dudas de mi sinceridad?, replicó Niño De Los Vientos. *¿De mí, que desafié al Regateador de mi propia nidada para traerte aquí?*

—No es tu sinceridad lo que cuestionamos —le aseguró Luke—. Es… bueno…

Es mi edad, entonces, dijo el joven qom qae, ahora con tono perceptiblemente ofendido. *No creen que un niño todavía llamado por el nombre de su padre pueda lograr grandes hazañas.*

Abruptamente, Mara notó que la discusión en el techo había cesado. Comedor De Rastreras De Fuego y los demás qom jha estaban escuchando con atención a la conversación debajo de ellos.

Y se le ocurrió que con un miembro de una nidada rival en el viaje, quienquiera que Comedor De Rastreras De Fuego enviara con ellos se esforzaría el doble para mostrar cuánto más útiles podían ser los qom jha.

—No, no estamos preocupados acerca de tu edad —le dijo ella a Niño De Los Vientos—. Después de todo, yo todavía era casi una niña cuando partí en mi primera misión para el Emperador. Luke no era mucho mayor cuando empezó a volar con los guerreros de la Rebelión.

Podía sentir el ceño de Luke. Pero él obviamente entendió su tono, porque asintió en acuerdo.

—Ella tiene razón —le contó al qom qae—. A veces el deseo de tener éxito y la buena disposición para aprender son más importantes que la edad o la experiencia.

—La parte de «buena disposición para aprender» significa que obedecerás órdenes —agregó severamente Mara—, si uno de nosotros te dice que te detengas, muevas, agaches, o salgas del camino, lo haces y haces las preguntas después. ¿Entendido?

Obedeceré sin preguntar, dijo Niño De Los Vientos, y no había ninguna duda en la exuberancia juvenil de su tono. *No se arrepentirán de su decisión.*

Luke miró arriba a los qom jha.

—Los qom qae nos han dado los servicios del hijo de su Regateador —dijo—. ¿Qué ofrecen los qom jha como prueba de su propio mérito?

Será de hecho difícil para los qom jha corresponder un regalo tan valioso, dijo Comedor De Rastreras De Fuego, con una perceptible nota de sarcasmo en su tono. *Sin embargo, no podemos más que intentarlo.*

Aleteó las alas en una orden silenciosa, y tres de los qom jha se dejaron caer del techo para aterrizar en perchas de roca delante de Luke y Mara.

Partidor De Piedras, Cumplidor De Promesas, y Constructor Con Enredaderas han desafiado todos ellos los peligros de las cavernas para entrar a la Torre Alta. Los guiarán hasta allí y los protegerán lo mejor que puedan de los peligros de las cavernas.

—Gracias —dijo Luke, inclinando la cabeza—. Parece que los qom jha son de hecho dignos de nuestra ayuda.

Los qom jha están complacidos de ser considerados así, dijo Comedor De Rastreras De Fuego. *Aunque el camino es largo y para seres sin vuelo el viaje hasta la entrada requerirá varios ciclos del sol. Cuando alcancen el lugar y estén preparados para entrar, envíen un mensaje y otros cazadores de los qom jha se les unirán para servir como protectores.*

—Eso será muy útil —dijo Luke—. De nuevo, te lo agradecemos.

—Y también querré mi bláster y sable de luz de vuelta —agregó Mara.

Te serán devueltos enseguida, prometió Comedor De Rastreras De Fuego. *Hablaremos de nuevo, Maestro Caminante Del Cielo. Hasta entonces, adiós.*

Se dejó caer del techo y desapareció revoloteando en la oscuridad más allá del alcance de las barras luminosas, seguido por el resto de los qom jha. Un minuto más tarde, sólo quedaron Niño De Los Vientos y sus tres guías qom jha.

—Eso pareció ir muy bien —comentó Mara.

—Sí que lo hizo —convino Luke—. Me arrepiento de todo.

—¿Te arrepientes de qué?

—De cualquier duda que pudiera haber tenido —dijo él—. Estuviste brillante. ¿Cuánto tardarás en estar lista para partir?

—Ya estoy lista ahora —dijo Mara, dándole una mirada crítica—. Pero claro, yo simplemente he estado sentada por aquí durante las últimas dos semanas sin nada que hacer excepto contar rocas. La pregunta es si tú estás listo para una caminata o si preferirías tomarte unas horas para descansar primero.

El droide trinó con sentimiento.

—Creo que Erredós está votando por un descanso —dijo Luke con una sonrisa. La sonrisa se desvaneció—. Pero, no, creo que hemos de ponernos en movimiento en cuanto podamos. Ya oíste al Regateador: todavía tenemos un largo camino por delante.

—Y tienes un millón de cosas mejores que hacer en casa —dijo Mara, sintiendo una oleada fresca de culpa.

—Yo no dije eso —dijo ligeramente Luke.

—No significa que no sea verdad —gruñó ella—. Mira, si quieres salirte, estoy segura de que los qom jha y yo…

—No —dijo rápidamente él.

Rápidamente; y sólo un poquito demasiado ásperamente.

—¿Alguien te pisó el pie allí? —preguntó, mirándolo curiosamente.

Pero si había habido alguna pista en su expresión, ahora estaba enterrada.

—Yo necesito estar aquí —dijo él en voz baja—. No me preguntes por qué.

Por unos latidos del corazón se miraron fijamente entre sí. Mara se estiró con la Fuerza, pero las emociones de Luke no estaban revelando nada más que su cara.

—Está bien —dijo ella por fin—. Déjame buscar mi mochila. Supongo que Karrde no pensó en mandar una barra luminosa de repuesto junto contigo.

—De hecho, envió tres —dijo Luke, agachándose al lado de su mochila y sacando una de ellas de un bolsillo externo—. Oh, y debería volver a llenar estas cantimploras antes de que salgamos. ¿Dijiste que había un arroyo cercano?

—Está justo allí —dijo Mara, señalando en esa dirección mientras iba hacia a su mochila y se agachaba al lado de él—. Espera un segundo y te lo mostraré.

No, no lo preguntaría, decidió mientras ajustaba los sellos. Ahora no. Pero encontraría una forma para volver a plantear el tema más tarde.

Porque cualquier cosa que fuera, era algo que tenía a Luke preocupado. Y algo que preocupaba a un Caballero Jedi era algo que de hecho merecía una muy cuidadosa atención.

—Está bien —dijo ella, poniéndose de pie y colgándose la mochila sobre un hombro—. Sígueme. Y cuidado con donde pisas.

CAPÍTULO 7

—Ahí está —dijo Han, señalando afuera con la cabeza por el ventanal del *Halcón*—. Pakrik Menor. No hay mucho que ver, ¿no?

—Es precioso —le aseguró Leia, mirando al mundo verde-azul manchado que se cernía delante de ellos. Unas vacaciones. Unas vacaciones de verdad. Nada de Coruscant; nada de política; nada del asunto de Caamas; nada de antiguas venganzas y guerras latentes. Ni siquiera nada de hijos, droides, o noghri vigilantes bajo sus pies. Sólo ella y Han y tranquilidad—. ¿Granjas y bosques, dijiste?

—Eso es todo lo que hay —prometió él—. Y vamos a ver poco de ambos. Sakhisakh llamó mientras estabas en las ceremonias de cierre y dijo que encontraron una linda posadita manejada por una familia de granjeros al borde de uno de los bosques.

—Suena maravilloso —dijo soñadoramente Leia—. ¿Se volvió a quejar acerca de que él y Barkhimkh debían esperarnos en el espaciopuerto?

—Oh, todavía no están contentos acerca de dejarnos así solos —dijo Han con un encogimiento de hombros—. Especialmente no después de ese alboroto en Bothawui. Pero saben obedecer órdenes. —Sonrió astutamente—. Y creo que se sintió mejor cuando le conté que estaríamos bajo una ID falsa.

Leia parpadeó.

—¿Una qué?

—Sí… ¿no te lo conté? —preguntó Han, radiando inocencia—. Traje una vieja ID de contrabandista con la que reservar la habitación.

Le envió una de su repertorio de miradas pacientes.

—Han, sabes que no podemos hacer eso.

—Claro que podemos —dijo, como de costumbre ignorando la mirada—. De cualquier forma, se supone que me estabas dejando todo a mí, ¿recuerdas?

—No recuerdo que romper la ley estuviera en el programa —dijo Leia. Pero las tensiones ya estaban empezando a desvanecerse, y descubrió con apacible sorpresa que el problema de los IDs falsos ni siquiera enviaba una olita de culpa por su conciencia. Considerando algunas de las cosas que había hecho en su vida, incluyendo la rebelión abierta y activa contra un gobierno legalmente establecido, esto apenas era algo de qué preocuparse—. No te saldrías con la tuya si Trespeó estuviera aquí.

—No sin tener que escuchar un sermón, por lo menos —dijo Han, haciendo una cara.

Leia sonrió.

—Oh, vamos, Han. Admítelo… tú también lo extrañas.

—No lo hago —protestó Han—. Yo sólo… no importa.

—¿Qué es lo que no importa?

Han hizo una mueca.

—Pensar en Trespeó me hace pensar en Karrde; y todavía no me gusta la idea de que él se haya ido al Borde Exterior con esa mujer Shada D'ukal. Ya sé que no captaste ninguna traición cuando hablamos con ella, pero todavía pienso que va a traer problemas.

Leia suspiró. Shada D'ukal, ex-guardaespaldas del jefe contrabandista Mazzic, que se había deslizado casualmente a través de la pantalla noghri en su departamento de las Montañas Manarai y se había invitado a su sesión privada de estrategia con Karrde y Lando. Una aliada potencialmente poderosa… ¿O una enemiga igualmente mortal?

—A mí tampoco me gusta particularmente —le contó a Han—. Pero Karrde es un muchacho grande, y fue su idea llevársela. ¿A propósito, alguna vez conseguiste ponerte en contacto con Mazzic para preguntar por ella?

Han agitó la cabeza.

—El rumor de que yo quiero hablar con él todavía está flotando en el bajo mundo, pero no pasó nada antes de que dejáramos Pakrik Mayor. Por supuesto, ahora tendrá que esperar hasta que volvamos.

Leia alzó las cejas.

—¿Quieres decir que ni siquiera le contaste a tus contactos contrabandistas que íbamos a Pakrik Menor? Te has tomado estas vacaciones muy en serio.

—Qué lindo —gruñó él.

El silencio descendió a la cabina. Leia miró a Pakrik Menor que se acercaba constantemente, intentando recuperar el humor que había tenido antes de que surgiera el tema de Karrde y Shada. Pero por alguna razón la paz se negaba a venir. Se estiró con la Fuerza, intentando calmar sus pensamientos y emociones…

En el panel de control, la advertencia de proximidad empezó a pitar.

—Pilotos locos —murmuró Han, frunciéndole el ceño a las pantallas—. ¿Qué espacios piensan que están haciendo?

Y con el sobresalto de una palmada a la cara Leia entendió de repente.

—¡Han, cuidado! —dijo bruscamente.

Él reaccionó al instante, con reflejos de viejo contrabandista combinados con fe incondicional en las habilidades Jedi de su esposa, para enviar al *Halcón* en una picada abrupta de costado…

Justo cuando un par de brillantes rayos láser rojos rebanaron el espacio sobre ellos.

—¡Deflectores! —exclamó Han, enderezándose de su picada y arrojando la nave en otro giro.

Leia ya había apretado el interruptor.

—Encendidos —confirmó ella, encendiendo el panel de armas y echando una rápida mirada a la pantalla de popa. Había tres naves pequeñas, del tamaño de cazas estelares, disparando de nuevo mientras se esforzaban para corresponder a las maniobras del *Halcón*. No había IDs en ninguna de ellas—. ¿Es esto parte de la función?

—No en mi boleto —rechinó Han—. Gracias por la advertencia.

—Casi no tienes una —confesó Leia, lanzando una salva de tiros por la batería láser quad superior del *Halcón*. Los cuatro tiros erraron—. Pensé que la sensación que me angustiaba era sólo que me estaba preocupando por Karrde y Shada.

—Bueno, ahora puedes empezar a preocuparte por nosotros —dijo Han, arrojando la nave en una vuelta de movimiento en espiral—. Quienesquiera que sean estos tipos, son buenos.

—Eso no es lo que quería oír —dijo Leia, encendiendo el comunicador. Hora de llamar a la Defensa Pakrik por ayuda.

Pero sus atacantes estaban muy por delante de ella.

—Están bloqueando nuestras transmisiones —le dijo severamente a Han—. Incluso las frecuencias privadas de la Nueva República.

—Como ya dije, son buenos —gruñó Han, inclinando el *Halcón* en otra vuelta evasiva—. Te diste cuenta de que también esperaron hasta que estuviéramos demasiado cerca del planeta para saltar a la velocidad de la luz.

Más rayos láser pasaron con un destello, más cerca esta vez. Leia disparó otra andanada en respuesta, errando de nuevo.

—Son demasiado maniobrables para el enlace de puntería de aquí abajo —dijo ella.

—Sí, ya sé —dijo Han—. Me voy al quad superior. Prepárate para tomar mi lugar.

Leia hizo una mueca de dolor. Allí arriba encima de la nave, con nada entre él y los láseres de los atacantes excepto los escudos del *Halcón* y unos centímetros de transpariacero…

Pero él tenía razón: uno de ellos tenía que hacerlo. E incluso con sus habilidades Jedi para ayudarse, ella no era ni cerca de tan buena artillera como él.

—Estoy lista —dijo, agarrando la palanca de mando del timón del copiloto. La única forma de protegerlo ahora era asegurarse de que ninguno de esos láseres diera en el blanco—. ¿Alguna sugerencia de estrategia?

—Sólo intenta mantenerte fuera de sus miras —dijo Han, apoyándose un poco más en la palanca. Casi renuentemente, el *Halcón* salió de su giro—… Está bien; ahí va —dijo él, tecleando para pasarle el control a Leia y en el mismo movimiento saliendo de su asiento—. ¿Lo tienes?

—Lo tengo —reconoció Leia—. Ten cuidado.

—Sí —dijo Han, y salió corriendo a toda velocidad de la cabina del piloto.

Leia le dio cinco segundos para llegar a la escalera, entonces hizo dar vueltas a la nave en una maniobra de zambullida y giro diseñada para confundir al atacante a que rebasara su blanco. Pero sus perseguidores eran demasiado inteligentes para ser engatusados tan fácilmente. Una mirada a la pantalla de popa mostró que todavía estaban allí, pegados al *Halcón* como mynocks hambrientos. Otra salva pasó de largo, esta vez algunos de los rayos salpicaron el escudo deflector del *Halcón*.

—Está bien, ya estoy aquí —anunció la voz de Han por la unidad comunicadora—. ¿Qué tal estás tú?

—No tan bien como me gustaría —le contó Leia—. Creo que han encontrado el rango.

—Sí, lo noté —dijo secamente él—. Está bien… la nave aguantará. Sólo mantenlos alejados unos segundos más.

—Lo intentaré —dijo Leia, arrojando la nave en otro retorcido patrón evasivo e intentando desesperadamente pensar en algo más concreto que simplemente intentar mantenerse fuera de su camino. Pero había tan poco aquí con lo que trabajar. Estaban Han, ella y el *Halcón*, con los atacantes cercándolos por detrás y el disco que llenaba el cielo de Pakrik Menor empezando a cercarlos por delante.

Pakrik Menor…

—Han, voy a bajar hacia el planeta —avisó por el comunicador—. Incluso con ellos bloqueándonos, si podemos acercarnos lo suficiente alguien ha de notar lo que está pasando y dar la alarma.

—Suena bien —dijo él—. Pero ten cuidado. Estos tipos no están construidos para maniobras atmosféricas, pero nosotros tampoco. ¡Hah!

—¿Qué?

—Le di a uno. No lo hice ir mas lento, pero creo que le saqué sus escudos. Muévete.

El juego mortal continuó. Leia forzó el motor sublumínico del *Halcón* a todo lo que daba, retorciendo su tortuosa ruta hacia la creciente mole de Pakrik Menor. El granizo de fuego láser continuó, la mayoría errando, pero suficientes de los tiros estaban acertando para volverse perceptiblemente preocupantes. Los indicadores rojos en el tablero de estado ya superaban en número a los verdes, creciendo con cada salva. Sin ser llamado, se le apareció un recuerdo: su primer viaje en el *Halcón* cuando escapaban locamente de la Estrella de la Muerte, abriéndose camino a través de la línea de cazas TIE centinelas en su puja por escapar.

Pero entonces Luke había estado con ellos, y Chewie y Trespeó y Erredós. Y el *Halcón* había sido más joven, menos temperamental. Además de lo cual, Vader y Tarkin habían de hecho querido que escaparan…

Abruptamente, el recuerdo fue destrozado por una brillante llamarada arriba y detrás de ella.

—¡¿Han?!

—¡Le di! —braveó la voz de Han por el comunicador—. Uno abajo, quedan dos. ¿La nave sigue aguantando?

Leia arrojó una mirada rápida a los tableros de estado.

—Sí, pero sólo apenas. Hemos perdido los estabilizadores de flujo iónico y estamos reducidos a menos de media potencia sublumínica. Parece que con otro golpe directo, también perderemos el deflector trasero.

Han gruñó.

—Suena que es tiempo de intentar algo inteligente. ¿Has hecho alguna vez una reversa contrabandista?

—Una o dos veces —dijo cautelosamente Leia—. Pero ya probé zambullirme y girar, y no sirvió de nada. Probablemente saben todo acerca de las reversas contrabandistas.

—Sí, pero no vas a hacerla como ellos esperan —dijo Han—. Vas a girar el *Halcón* alrededor como si fueras a frenar de golpe; pero en cambio vas a seguir dando vuelta el resto del camino hasta que estés apuntando al planeta de nuevo y entonces dispararla con todo lo que tiene. Eso debería dejarlos mal parados.

—¿Y si no lo hace?

—Espera, no terminé —dijo Han—. Dales unos segundos para encender sus motores para intentar alcanzarte; y entonces haces una reversa contrabandista al derecho. Con algo de suerte, pasarán de largo más allá de nosotros.

—O nos embestirán de lleno —dijo Leia con una mueca—. ¿Estás listo?

—Listo. Hazlo.

—Aquí va. —Apretando los dientes, Leia apagó el motor y retorció el *Halcón* hacia arriba. Las estrellas giraron vertiginosamente, vio un vislumbre de los dos cazas esforzándose en frenar para evitar rebasar su blanco, la mole iluminada por el sol de Pakrik Menor giró de nuevo a la vista…

Y de nuevo le dio toda la energía al motor, la aceleración la apretó contra su asiento.

—¿Han?

—Perfecto —reportó él con austera satisfacción—. ¿Puedes darme más velocidad?

—Lo siento, esto es todo —le dijo ella, verificando las pantallas.

—Está bien, será suficiente —le aseguró—. Prepárate. Reversa contrabandista… ahora.

Agarrándose fuerte, Leia cortó la energía y una vez más arrojó al *Halcón* en un giro. Los cazas atacantes giraron de nuevo a la vista adelante de ella, mucho más cerca esta vez y enmarcados por el brillo de sus motores sublumínicos resplandeciendo a toda potencia. Frenando la rotación, le dio energía a al motor.

Los atacantes lo intentaron. Realmente lo hicieron. Pero incluso con su tamaño más reducido tenían una buena cantidad de inercia, y con tanta energía ya usada no tenían ninguna forma posible de detenerse. Con sus mentes radiando frustración y rabia impotente, pasaron disparados más allá del *Halcón*.

O más bien, uno de ellos lo hizo.

La sacudida del impacto arrojó a Leia de su asiento, el horrible crujido de alguna parte a popa resonó en sus oídos.

—¡Leia! —gritó la voz de Han mientras que al eco del ruido se le unía una docena de alarmas—. ¡Leia!

—Estoy bien —respondió Leia por encima del fragor—. Han, nos dieron.

—¿Estamos perdiendo aire?

—No… no lo sé —tartamudeó Leia, parpadeándole al tablero de estado apropiado mientras algo intentaba oscurecer su visión. Se pasó una mano por los ojos; pareció ayudar—. No… el casco todavía está intacto. Pero el motor y los repulsores…

—Bajaré en un minuto —la interrumpió Han—. Sólo hazla aguantar.

Una mancha de luz y color atrapó el rabillo del ojo de Leia. Alzó la vista de los controles, sobresaltada de ver a Pakrik Menor pasar girando de nuevo delante de ella. El último caza que quedaba estaba enmarcado en el centro del disco planetario, meneándose evasivamente mientras intentaba frenar su velocidad.

Pero aun mientras se daba la vuelta, Han le dio de lleno con una salva completa del quad. Con una llamarada de múltiples destellos de fuego, ya no estaba allí.

—Está bien, se acabó —avisó Han—. Voy hacia allí, cariño.

Leia asintió, pasándose de nuevo la mano por los ojos y volviendo su atención a los tableros de estado. El motor sublumínico no funcionaba, pero los indicadores no estaban mostrando cuánto daño real había sufrido. Los repulsores estaban de una forma bastante parecida; el condenado caza debió haber golpeado en la parte inferior del *Halcón* y arañado todo el camino hacia atrás hasta la popa.

También los había golpeado fuera del centro… la nave todavía estaba haciendo un lento giro. Encendió los auxiliares para intentar enderezarlos, sólo entonces notando que la mano que se había pasado por los ojos tenía una raya brillante de sangre en ella. Estirándose a la Fuerza, sondeó la lesión y puso en movimiento el proceso curativo.

Y entonces Han estaba allí, dejándose caer en el asiento del piloto al lado de ella.

—Está bien, veamos —murmuró él, tecleando en su propio tablero de estado. La miró, deteniéndose sobresaltado una segunda vez cuando notó la mancha de sangre en su frente—. ¡¿Leia?!

—Estoy bien… es sólo un corte —le aseguró Leia—. ¿Qué vamos a hacer con el motor?

—Arreglarlo, eso es lo que vamos a hacer —gruñó Han, saliendo del asiento de nuevo—. Y será mejor que lo hagamos rápido.

Él partió a la carrera. Leia terminó de ajustar la rotación del *Halcón* y miró arriba de nuevo…

Y contuvo la respiración. Pakrik Menor que había estado incómodamente grande durante la batalla, ahora llenaba toda esa sección del cielo.

Y estaba acercándose.

El *Halcón* había estado con ellos toda su vida de casados, y con Han aún mucho más que eso, y Leia sabía que a él le dolería terriblemente dejar ir la nave. Pero aferrarse tanto a una posesión hasta que te matara era el colmo de la estupidez. Haciendo una mueca, apretó la activación de la cápsula de escape.

No pasó nada.

—Oh, no —jadeó, apretando de nuevo, y de nuevo—. No.

Pero el resultado no cambió. Las cápsulas de escape estaban inoperantes.

Y ella y Han estaban atrapados en una nave arruinada, cayendo hacia el suelo.

Tragando saliva, encendió el comunicador. Sería difícil, pero ahora que el bloqueo se había ido, quizá la ayuda podría llegar a ellos a tiempo.

Pero el indicador del comunicador brillaba rojo, otra víctima del impacto del condenado caza. Estaban aislados, y completamente solos.

Y estaban a punto de morir.

Leia respiró hondo, estirándose a la Fuerza para silenciar el miedo. Ahora no era el momento para paralizarse de pánico.

—Han, las cápsulas de escape no están funcionales —avisó, manteniendo la voz tan firme como pudo.

—Ya lo sé —regresó su voz tensa—. Vi eso cuando estuve allí arriba. Intenta reiniciar el propulsor.

Encontró la tecla, la apretó.

—¿Pasó algo?

—Todavía no —dijo él—. Déjame intentar otra cosa.

—¿Quieres que vaya a ayudarte?

—No, te necesito allí en los controles —dijo Han—. Y mantén un ojo afuera; si ves otra nave, intenta disparar una señal de emergencia de los quads.

Y espera que cualquier nave tan conveniente no sea un respaldo del último grupo.

—Está bien.

Los minutos pasaron lentamente. Las luces rojas empezaron a parpadear tentativamente de vuelta al verde mientras Han trabajaba; pero no las suficientes, y ni cerca de lo suficientemente rápido. Un sonido silbante, suave al principio pero haciéndose cada vez más fuerte, empezó a llenar la cabina del piloto cuando el *Halcón* empezó a abrirse camino a través de la atmósfera superior de Pakrik Menor sin el beneficio de los escudos para amortiguar el sonido y la fricción. El negro profundo del espacio sobre ella empezó a difuminarse ligeramente cuando cayeron más profundo, y Leia pudo sentir la temperatura subiendo ligeramente. Debajo de ella, los rasgos planetarios estaban empezando a tomar forma: un lago aquí, una cordillera de montañas allí, directamente abajo y adelante un valle ancho y fértil.

—Intenta reiniciarlo de nuevo —dijo Han en el silencio de los pensamientos de Leia, su voz la sobresaltó.

—Está bien. —Apretó la tecla del interruptor, y esta vez hubo un tentativo rugido en respuesta del motor.

—Está bien, tranquila —advirtió Han—. No intentes detenernos de repente… este arreglo chapucero no puede aguantar demasiado. Sólo dale un poco de energía y fíjate si puedes empezar a reducirnos la velocidad. Y si tienes algún truco Jedi en tu manga, es hora de darle un intento.

—Ya lo estoy intentando —dijo Leia, con un dolor en el corazón dentro de ella. Había estado intentándolo, de hecho, desde que comprendió toda la magnitud del peligro en el que estaban. Había intentado contactar a cualquiera sensible a la Fuerza en el sistema, había apartado las distracciones de la mente de Han para que pudiera concentrarse mejor en su trabajo, se había estirado a la Fuerza en busca de guía o inspiración. Pero nada de eso parecía haber ayudado; y con un sentimiento casi abrumador de impotencia sabía que no había nada más que ella pudiera hacer. No podía

reparar los motores sublumínicos con un movimiento de la mano, o detener la caída inexorable del *Halcón* hacia el planeta, o llamar por ayuda adonde no existía ninguna.

Estamos perdidos. El lamento tantas veces repetido por Trespeó hizo eco a través de su mente. Estaba muy bien que él no estuviera aquí, decidió ella. Ni los niños, a salvo en Kashyyyk al cuidado de Chewbacca. Ni siquiera sus guardias noghri. Si era su hora de morir, no había necesidad de que nadie más se fuera con ellos. Adiós, Jacen, Jaina, Anakin, pensó hacia las estrellas, sabiendo que el mensaje casi seguro no llegaría a ellos, deseando con un profundo pesar poder verlos una última vez. En el tablero de estado, casi perdido en el caos de allí, la alarma de proximidad empezó a pitar…

Y para asombro de Leia, una pequeña nave pasó rugiendo por arriba.

—¡Han! —gritó ella—. Otra nave acaba de…

Se interrumpió, la súbita oleada de esperanza atrapada como un hueso en su garganta. La nave había bajado la velocidad para igualarse al *Halcón*, volando justo arriba y adelante de él, y dándole su primera vista clara de ella.

—¿Una nave? —llamó excitado Han—. ¿Dónde?

Leia respiró rápidamente. Ahora una segunda nave se había unido a la primera, en paralelo al *Halcón* arriba y a la derecha, una tercera había tomado una posición a la izquierda, y la pantalla de popa mostraba una más volando directamente sobre el escape sublumínico.

—No importa —le dijo a Han en voz baja—. Son *interceptores TIE* imperiales.

CAPÍTULO 8

—¿Son qué? —Se oyó el repiqueteo metálico de las herramientas aterrizando en la cubierta—. Espera, voy para allí.

Leia alzó la vista a las naves que les seguían el paso. Sí, interceptores TIE. También en excelente condición por lo que podía ver, y se preguntó de dónde podían haber venido. Seguramente los imperiales no estaban lanzando un ataque sin cuartel contra el sistema Pakrik; con la conferencia del sector terminada y los delegados en camino de vuelta a sus sistemas natales no quedaba nada aquí que posiblemente pudieran querer.

A menos que, por supuesto, fueran el respaldo de los primeros tres cazas. En cuyo caso, estaban aquí para asegurarse de que el trabajo fuera terminado.

Con un chillido de botas en las placas del casco Han se frenó junto a ella.

—¿Qué están haciendo? —jadeó, asomándose para verlos.

Leia frunció el ceño.

—Nada —dijo, dándose cuenta tardíamente de lo rara que era su falta de actividad. Solamente quedarse allí afuera y mirar cómo se estrellaban parecía demasiado sádico, incluso para los imperiales. Por lo menos para los soldados de línea; había conocido algunos Moffs y Grandes Moffs que se habrían regocijado por algo así.

—Están maniobrando —dijo de repente Han, señalando—. Ese de la izquierda… ¿lo ves? Se está separando un poco.

—Eso veo —dijo Leia—. ¿Pero para qué está maniobrando?

Un instante más tarde tuvo su respuesta. Al unísono perfecto, un disco amarillo brillante conectado por un cable amarillo fue disparado de la parte inferior de cada uno de los cuatro TIEs, golpeando sólidamente en posiciones en el casco superior del *Halcón*. Los cables se tensaron; y con un tirón que casi derribó a Han, el descenso de la nave bajó abruptamente de velocidad.

Leia alzó la vista a Han, y vio su propio desconcierto reflejado en la cara de él.

—Que se me siente encima un hutt —murmuró Han—. Amarras magnéticas —Se desplomó en la silla del piloto, alzó la vista hacia ella—. Me rindo. ¿Qué está pasando?

Leia agitó la cabeza.

—No lo sé —dijo despacio, estirándose con la Fuerza—. Pero hay algo acerca de estos pilotos, Han.

—¿Como qué?

—Todavía no lo sé —dijo de nuevo Leia—. Pero algo muy extraño.

—Me lo dices a mí —Señaló con la cabeza hacia el ventanal—. Bueno, sea lo que sea, vamos a averiguarlo bastante pronto. Parece que ya estamos bajando.

Tenía razón. Habían pasado por encima de una línea de colinas bajas y los TIEs habían bajado ahora a apenas la altura de las copas de los árboles. Rodando debajo de ellos había vastos campos de granoalto, las prolijas filas ondulaban con el viento de su paso. Pasaron un camino de acceso, más campos, otro camino, aún más campos. En el

lado lejano de este conjunto había otro conjunto de colinas, más alto que el grupo que habían pasado unos kilómetros atrás.

Y en la base de la más alta de las colinas, apenas más que un punto oscuro a la luz del brumoso sol de la tarde, había una cueva.

—Sí, ahí es adonde vamos —dijo Han—. Lindo y privado, a menos que quienquiera que posea estos campos esté afuera trabajando en ellos. Veo que también tenemos un comité de recepción esperando.

Leia asintió, entornando los ojos contra la luz del sol a las figuras de pie afuera de la cueva.

—Cuento unos… parecen ser diez.

—Más los cuatro pilotos de los TIE, más quienquiera más que esté esperando adentro —convino Han, agachándose bajo su tablero de control y sacando su bláster y pistolera del nicho de almacenamiento de allí.

—¿Tienes un plan? —preguntó Leia, mirando el bláster.

—No realmente —dijo Han abrochándose la pistolera—. No voy a salir a la carga disparando, si eso es lo que te preocupa. Si nos quisieran muertos, simplemente nos habrían dejado estrellarnos.

—Quizá creen que los niños están con nosotros —dijo Leia, con un escalofrío de recuerdos desagradables atravesándola. Después de todas las veces que sus hijos habían sido secuestrados o amenazados…

—Si lo hacen, van a estar realmente defraudados —dijo Han, con tono mortal. Deliberadamente, verificó su bláster y lo volvió a meter en la pistolera—. Y también en un montón de problemas.

Gesticuló hacia la cintura de ella.

—Ya casi es hora de la fiesta, querida. ¿No deberías vestirte también?

—Correcto —dijo Leia, sacando su sable de luz del compartimiento de almacenamiento de su tablero y enganchándolo en su cinturón. Calmando sus pensamientos, se extendió a la Fuerza en busca de vigor y sabiduría—. Estoy lista.

Un minuto más tarde llegaron a las colinas; y directamente enfrente de la cueva, como Han había predicho, los TIEs pasaron completamente al modo de repulsores y bajaron suavemente al suelo al *Halcón*. Soltaron las amarras magnéticas y las enrollaron de nuevo, y con practicada facilidad se alinearon y empezaron a maniobrar para entrar de a uno a la cueva.

—Al menos eso explica cómo aparecieron de ninguna parte —comentó Han mientras apagaba lo que quedaba de los sistemas del *Halcón*—. Te apuesto la mano del mazo a que ésta es una de las células durmientes del Gran Almirante Thrawn.

—Siempre creí que esas eran sólo un mito —dijo Leia, mirando fijamente a la oscuridad de la cueva—. Desinformación que el Imperio inventó después de que Thrawn… bueno, después de que pensamos que estaba muerto.

—Todavía no estoy convencido de que no lo esté —gruñó Han, poniéndose de pie y retrocediendo hacia la puerta—. No tiene sentido aplazar esto. Vamos a ver lo que quieren.

Uno del comité de recepción estaba esperando al final de la rampa cuando Han abrió la escotilla. Era un hombre alto, de más o menos la altura de Han y de contextura fuerte, con ojos oscuros y espesa pelambre de largo cabello negro.

—Hola —dijo él, inclinando la cabeza cuando empezaron a bajar la rampa. Su voz era bastante amistosa, pero había una tensión definida en su cara y su postura—. ¿Está alguno de ustedes herido? Consejera, está sangrando.

—Es sólo un rasguño —le aseguró Leia, frotándose la sangre seca. Esa extraña sensación que había sentido con los pilotos de TIE regresó de nuevo, más fuerte que nunca—. Ya está casi curado.

El hombre asintió, algo de su cabello negro cayó sobre sus ojos con el movimiento.

—Sí, por supuesto. Técnicas de curación Jedi.

—¿Dónde está el resto de tu grupo? —preguntó Han, mirando alrededor cuando llegaron al fondo de la rampa.

—Revisando su nave —contestó el hombre, señalando hacia atrás de ellos.

Leia se volvió. Los otros que habían visto esperando estaban dando vueltas bajo el *Halcón*, mirando y tocando mientras evaluaban el daño.

—Ese segundo Korlier les hizo un buen número, ¿no? —continuó el primer hombre—. Tienen suerte, si los hubiera embestido un poco más alto, se habría llevado su núcleo de energía y probablemente también les habría abierto una brecha en el casco.

—¿Así que esas eran Naves-flash Korlier, eh? —dijo Han, con el tono de un profesional intercambiando comentarios de compras con otro—. He oído hablar de ellas, pero nunca había visto una antes.

—No son muy comunes —convino el hombre—. Pero ya que el Combinado Korlier no pone números de serie en ninguno de sus modelos, son uno de los favoritos de la gente que no quiere que su identidad sea rastreada.

—Algo así como lo opuesto a los interceptores TIE —dijo significativamente Han, señalando hacia la abertura de la cueva con la cabeza.

El hombre le dio una sonrisa agridulce.

—Algo así —dijo—. A propósito, mi nombre es Sabmin Devist. Bienvenidos a la Célula Durmiente Imperial Jenth-44.

—Nos alegra estar aquí —dijo Han con sólo una insinuación de sarcasmo—. ¿Entonces, qué sucede ahora?

—Hablamos —vino una voz desde su derecha.

Leia se volvió. Viniendo alrededor del costado del *Halcón* había un hombre vestido en un traje de vuelo de piloto de TIE. De la misma altura y constitución que Sabmin, notó ella, con una versión más corta de su mismo cabello negro y una barba bien arreglada.

—Mi nombre es Carib Devist, Consejera Organa Solo —dijo cuando cruzó hacia Sabmin—. Soy una especie de portavoz de este grupo.

—¿Eres el hermano de Sabmin? —preguntó Leia. El parecido familiar era obvio.

Carib sonrió ligeramente.

—Eso es lo que le decimos a la gente —dijo—. En realidad…

Caminó hasta al lado de Sabmin.

—Viendo que eres una Jedi, supongo que no te tomará mucho tiempo.

Leia frunció el ceño, preguntándose adónde iba. Los hombres dos sólo se quedaron parados allí, mirándola, el cabello de Sabmin se agitaba en la brisa…

Y entonces, abruptamente, comprendió de golpe. Sabmin, Carib…

Giró la cabeza. Detrás de ellos, los hombres que habían estado examinando el *Halcón* habían salido de debajo de la nave y estaban silenciosamente de pie en fila, también mirando. Diferente ropa, diferentes peinados, algunos con barbas o bigotes, aquí y allí una cicatriz…

Pero por lo demás idénticos. Completamente idénticos.

—¿Han…?

—Sí —dijo él; y cuando ella se enfocó en sus pensamientos, sabía que él también se había dado cuenta—. ¿Hermanos, eh?

Carib se encogió de hombros incómodo.

—Suena mejor —dijo en voz baja— que clones.

Por un largo minuto el único sonido fue el suave susurro de la brisa a través de los tallos de granoalto.

—Ah —dijo por fin Han, con voz estudiadamente casual—. Eso es bueno. ¿Entonces cómo es ser un clon?

Carib sonrió amargamente… la misma sonrisa exacta, notó Leia con un temblor privado, que Sabmin le había mostrado un minuto antes.

—Como habrías de esperar —dijo—. Es el tipo de secreto que se vuelve más pesado con el tiempo y la edad.

—Sí —dijo Han—. Me lo imagino.

La cara de Carib se endureció.

—Discúlpame, Solo, pero posiblemente no puedas ni imaginártelo. Cada vez que uno de nosotros deja este valle es con el conocimiento de que cada contacto externo pone en riesgo nuestras vidas y las de nuestras familias. El conocimiento de que lo único que haría falta sería que una persona de repente nos mirara con nuevos ojos, y toda la cuidadosamente creada burbuja de jabón de la tan unida familia Devist se derrumbaría en el fuego del odio y furia y asesinato.

—Creo que estás exagerando un poco —sugirió Leia—. Ya pasó un largo camino desde la devastación de las Guerras Clónicas. Los viejos prejuicios ya no son tan fuertes.

—¿Crees que no, Consejera? —contrapuso Carib—. Tú eres una mujer sofisticada, una política y diplomática, totalmente acostumbrada a tratar con todo el espectro de los seres conscientes. Y eres buena en eso. Sin embargo tú también, te estás sintiendo incómoda en nuestra presencia. Admítelo.

Leia suspiró.

—Quizás un poco —concedió ella—. Pero no te conozco tan bien como tus amigos y vecinos.

Carib agitó la cabeza.

—No tenemos ningún amigo —dijo—. Y si ha pasado un largo camino desde las Guerras Clónicas, no ha pasado tanto desde que el Gran Almirante Thrawn usó soldados como nosotros en su puja por el poder.

—¿Están trabajando para él ahora? —preguntó Leia, estudiando la cara de Carib. Había algo horriblemente familiar sobre él…

—Las órdenes han venido con el nombre de Thrawn —dijo cautelosamente Carib—. Pero por supuesto, se puede poner cualquier nombre en una orden.

A su lado, Leia sintió que los pensamientos de Han cambiaban de repente.

—Lo tengo —dijo él chasqueando suavemente los dedos—. El Barón Fel. ¿Correcto?

—¿El Barón Soontir Fel? —preguntó Leia, con su estómago apretado por la súbita comprensión. Sí, ese era a quien Carib le recordaba: a un joven Soontir Fel. Una vez el mejor piloto TIE del Imperio, Fel se había casado con la hermana de Wedge Antilles y entonces se había visto forzado a hacer un trato renuente con el Escuadrón Pícaro para salvar a su esposa después de que la Directora de Inteligencia Imperial, Ysanne Isard se dispusiera a matarla. El rescate había tenido éxito, pero una trampa impecablemente preparada había llevado posteriormente al propio Fel a las manos de Isard. En ese punto había desaparecido, probablemente hacia un breve juicio y una rápida ejecución.

Sólo que todo eso había pasado sólo unos meses después de Endor, años antes de que Thrawn hubiera vuelto de las Regiones Desconocidas y empezara su operación de clonación. Lo que dejaba la pregunta…

Han llegó allí primero.

—¿Entonces cómo fue que Fel vivió lo suficiente para que Thrawn pusiera en marcha los tanques de clonación? —preguntó.

Carib agitó la cabeza, un breve parpadeo de dolor le cruzó por la cara.

—No lo sabemos —dijo en una voz baja—. Nuestro aprendizaje-flash no incluía nada de la historia personal de Fel. Asumimos… —Titubeó—. Sólo podemos asumir que cualquier simpatía que él pudiera haber tenido hacia la Nueva República fue borrada por Isard.

—¿O por Thrawn? —preguntó Han.

—O por Thrawn —convino pesadamente Carib—. Por otra parte, dudo que se hubiera pensado que Fel era lo suficientemente fiable para tomar clones de él. Sin importar lo buen piloto que fuera.

Hubo otro momento de silencio. Leia se estiró con la Fuerza, pero si Carib estaba perturbado por la discusión acerca de mentes descarriadas, quedaba enmascarado por la rara sensación de clon que los rodeaba a todos ellos.

—Sin embargo acaban de salvar nuestras vidas —le recordó ella.

—No les des demasiado crédito por eso —gruñó Han—. Si nos hubieran dejado solos, habríamos caído justo en el centro de este valle suyo. ¿Crees que su secreto hubiera podido soportar a todos los investigadores que habrían hormigueado por el lugar?

—Sin embargo ahora nuestro secreto está afuera de cualquier forma —le recordó serenamente Carib—. Dependiendo de lo que ustedes decidan hacer.

—Quizá —dijo Han, dejó caer casualmente su mano para sostenerla al lado de su bláster—. O quizá dependiendo de lo que ustedes planeen hacer.

Carib agitó la cabeza.

—Me malinterpretas. No tenemos intención de hacerles ningún daño. Ni deseamos luchar para el Gran Almirante Thrawn y el Imperio.

Han arrugó la frente.

—¿Entonces, qué, se están rindiendo?

—No exactamente —Carib pareció prepararse—. Lo que queremos, *todo lo que queremos*, es su palabra de que seremos dejados tranquilos aquí.

Han y Leia intercambiaron miradas.

—¿Quieren qué? —preguntó Leia.

—¿Qué, es ese un precio demasiado alto para pagar por salvar sus vidas? —demandó Sabmin—. ¿Considerando lo que nos deben?

—Espera un minuto —dijo Han, alzando una mano—. Déjame asegurarme de esto. ¿Ustedes fueron creados por Thrawn?

Un músculo en la mejilla de Carib se agitó, pero asintió.

—Correcto.

—¿Es del Gran Almirante Thrawn del que estamos hablando, correcto? —persistió Han—. ¿El tipo que quiere rehacer el Imperio? ¿El tipo que escogió a los mejores y más leales pilotos de TIE, conductores de AT-AT, y lo que sea para usar en sus tanques de clonación?

Carib agitó de nuevo la cabeza.

—Todavía no lo entiendes. Ciertamente que el Barón Fel era leal al Imperio, o por lo menos a lo que el Imperio era antes de que carniceros dementes como Isard se hicieran cargo. En su era, el Imperio simbolizaba *estabilidad y orden*.

—Algo de lo que la Nueva República podría necesitar un poco más en este momento —agregó significativamente Sabmin.

—Dejemos la política fuera de esto —dijo rápidamente Leia antes de que Han pudiera pensar en una buena réplica mordaz—. Todavía estoy confundida. Si el Barón Fel era leal al Imperio, y si ustedes ven la necesidad de restablecer ese tipo de orden…

—Y si Thrawn realmente está de vuelta —murmuró Han.

—Y si Thrawn realmente está de vuelta —convino Leia—, entonces ¿porqué querrían quedarse afuera de esto?

Carib sonrió tristemente.

—Porque por una vez, el Gran Almirante Thrawn calculó mal —dijo—. Había una cosa que Fel apreciaba más que la gloria personal o incluso la estabilidad galáctica. —

Ondeó una mano a su alrededor, en un gesto que abarcaba los campos que los rodeaban—. Él amaba la tierra —dijo en voz baja—. Igual que nosotros.

Y finalmente Leia comprendió.

Miró a Han.

—¿Está bromeando, no? —preguntó su marido, por su expresión y pensamientos claramente no le creía nada—. Quiero decir… mira, Luke no podía esperar para irse de esa granja en Tatooine.

—Luke estaba en una granja de humedad en el medio de un desierto —le recordó Leia, dejando que su mirada recorriera lentamente las prolijas filas de granoalto, con sus propios recuerdos de la rica vegetación de Alderaan volviendo a ella—. Era muy distinto a esto.

—¿Lo sientes también, no? —dijo suavemente Carib—. Entonces lo entiendes. —Echó una mirada alrededor de los campos—. Ahora ésta es nuestra vida, Consejera. Nuestra tierra y nuestras familias son lo que nos importa. La política, la guerra, e incluso volar… todo eso está en el pasado —Trajo de vuelta su mirada—. ¿Nos crees?

—Me gustaría hacerlo —dijo Leia—. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar para demostrarlo?

Carib se preparó.

—Hasta donde sea necesario.

Leia asintió y caminó hasta él, sintiendo el parpadeo de la inquietud de Han cuando ella dejó su lado, y fijó la mirada en el joven clon. Calmando su mente, se estiró a la mente de él con la Fuerza. Él se quedó impasible, permitiendo el sondeo sin retroceder… y cuando ella retrocedió de nuevo, ya no tenía ninguna duda.

—Habla en serio, Han —confirmó ella—. Todos ellos lo hacen.

—¿Entonces es eso, eh? —dijo Han—. ¿Vamos a simplemente irnos y dejarlos aquí?

—Repararemos su nave primero, por supuesto —dijo Carib—. Los droides MX que se encargan del mantenimiento de nuestros cazas probablemente puedan tenerla funcionando en uno o dos días.

Para sorpresa de Leia, Han agitó la cabeza.

—No es suficiente —dijo firmemente él—. Están pidiéndonos que protejamos un grupo de sabotaje imperial. Ése es un riesgo bastante grande para nosotros, sabes.

El grupo apartado se agitó.

—¿Qué estás intentando…? —empezó alguien.

Carib impuso silencio con un gesto, una ligera sonrisa arrastraba las esquinas de su boca.

—Siempre fuiste un operador, Solo —dijo secamente—. ¿Qué quieres?

—Ya no quieren luchar —dijo Han—. Eso está bien; nosotros tampoco. Pero si no resolvemos rápidamente este asunto de Caamas, ninguno de nosotros va a tener ninguna elección al respecto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carib.

—Necesitamos averiguar qué bothans estuvieron involucrados en el golpe de Caamas —dijo Han—. Y sólo hay un lugar en el que sabemos que podemos conseguir esos nombres.

Los labios de Carib se comprimieron brevemente.

—El Imperio.

—Específicamente, la biblioteca central de archivos imperial en Bastión —dijo Leia, viendo ahora adonde iba Han con esto—. El problema es que no sabemos dónde está Bastión.

—Nosotros tampoco —dijo Sabmin—. Nuestras órdenes vienen a través del Ubictorado por un canal especial. Nunca hemos estado directamente en contacto con Bastión o el actual liderazgo imperial.

—Seguro, pero debe haber alguna forma en la que ustedes puedan hacerles llegar un mensaje de emergencia —dijo Han—. Los procedimientos de operaciones imperiales no pueden haberse desbaratado tanto.

Carib y Sabmin intercambiaron miradas.

—Hay un lugar al borde del espacio imperial adonde podemos ir —dijo dudosamente Carib—. Pero se supone que no debe ser usado a menos que haya información vital que no pueda esperar por los canales apropiados.

—Creo que se nos puede ocurrir algo que califique —dijo Han—. Si podemos, ¿me llevarán allí afuera?

—Espera un minuto —lo interrumpió Leia—. ¿No quieres decir llevarnos allí afuera?

—Lo siento, cariño —dijo Han, agitando la cabeza—. Pero si hay alguna persona a la que todo el Imperio conoce de vista, eres tú.

—¿Oh, en serio? —contrapuso Leia—. ¿Crees que tú estás mejor?

—Yo nunca fui presidente de la Nueva República —señaló Han—. Además de lo cual, uno de nosotros tiene que ir.

—¿Por qué? —demandó Leia, con un dolor alrededor de su corazón. Han había hecho un montón de cosas locas en su vida; pero meterse en el corazón del Imperio iba incluso más allá de su vieja inconsciencia de contrabandista—. La Nueva República tiene otra gente que podría enviar.

—Sí, ¿pero en cuáles podemos confiar? —preguntó Han—. Además, no tenemos tiempo para volver y reunir un equipo. Ahora mismo toda la Nueva República está balanceándose sobre el filo de un cuchillo.

—Pero no puedes ir solo —insistió Leia—. Y no te olvides de que yo soy una Jedi. Cualquier problema que tengas…

—Tenemos compañía —anunció de repente uno de los clones, señalando.

Leia miró. Apenas pasando las colinas distantes, una nave que volaba bajo estaba quemando el aire hacia ellos.

—Carib, mejor mete a los demás en la cueva —le dijo ella, usando sus técnicas Jedi de incremento sensorial y entornando los ojos hacia el vehículo que se aproximaba—.

Mejor aun, mejor que se vayan todos. Esa parece la lanzadera Khra de nuestros guardias noghri.

—Demasiado tarde —dijo Carib, con los ojos en el vehículo aproximándose mientras hacía señas a los demás para que se quedasen adonde estaban—. Si hay noghri allí, ya nos tienen bajo vigilancia. Intentar salirnos fuera de vista ahora sólo empeoraría las cosas.

La lanzadera casi estaba sobre ellos, flotando bajo por encima de los granoaltos y sin mostrar ninguna señal de detenerse. Han hizo un ruido ininteligible con el fondo de su garganta, e incluso Leia sintió una punzada de incertidumbre. Parecía una lanzadera Khra, pero a la velocidad que iba, era imposible confirmarlo. Si era en cambio una continuación del ataque…

Y entonces, casi al último segundo, la nave frenó abruptamente, parándose en seco en medio del aire. Una figura gris de baja estatura se dejó caer por la puerta lateral de pasajeros, y la lanzadera salió disparada de nuevo, girando alto por encima de la cueva y las colinas antes de dar la vuelta de nuevo hacia el grupo reunido alrededor del *Halcón*.

—Consejera —dijo gravemente Barkhimkh, recuperando rápidamente el equilibrio después de su caída de tres metros y marchando hacia ellos. No tenía ningún arma visible, pero con un noghri eso no quería decir mucho—. El monitor de la Defensa Pakrik dijo que una nave había estado bajo ataque, y conjeturó que era la suya. Estamos felices de encontrarlos ilesos.

—Gracias, Barkhimkh —dijo Leia, manteniendo su voz tan gravemente impasible como la suya. Lo que él realmente quería hacer, sabía ella, era expresar su profunda vergüenza y auto-aborrecimiento por que él y Sakhisakh no habían estado allí para ayudar a protegerlos del ataque. Pero nunca revelaría ni una insinuación de tales sentimientos delante de extraños—. Apreciamos tu preocupación —agregó ella—. Como puedes ver, pudimos aterrizar sanos y salvos entre amigos.

—Sí —dijo el noghri, sus ojos midiendo al grupo con una única bien entrenada mirada—. ¿Presumo que ahora van a —…su voz apenas vaciló ligeramente…— volver con nosotros?

Una vacilación casi imperceptible; pero para Leia fue suficiente.

—No, está bien —dijo ella rápidamente, dando un paso hacia Carib—. Ellos no van a lastimarnos.

—No lo entiendes —gruñó Barkhimkh. De repente había desprecio en su voz, e igual de repentinamente un bláster en su mano—. Son clones imperiales.

—Sí, son clones —dijo Leia—. Pero ahora están de nuestro lado.

Barkhimkh riñó.

—Son imperiales.

—También lo fueron alguna vez los noghri —dijo en voz baja Carib.

El bláster de Barkhimkh se giró bruscamente hacia él, con sus grandes ojos negros destellando. Cualquier mención de su larga servidumbre al Imperio por parte de forasteros era considerada un insulto mortal.

—No —dijo firmemente Leia, extendiéndose con la Fuerza para apartar el cañón del bláster—. Ellos salvaron nuestras vidas, y nos han pedido santuario.

—Puede elegir confiar en ellos tanto como quiera, Consejera —dijo oscuramente Barkhimkh—. Pero yo no lo hago. —Pero no obstante el bláster desapareció—. Hubo una transmisión urgente para usted desde Coruscant poco después de que partió de Pakrik Mayor —dijo el noghri, haciendo una seña de aterrizar hacia su compañero que daba vueltas en la lanzadera—. ¿La recibió?

—No —dijo Leia, frunciendo el ceño. No se había dado cuenta de que los noghri podían usar sus comunicaciones privadas—. Probablemente vino mientras nos estaban bloqueando. ¿Tienes una copia?

—Sakhisakh la traerá —dijo Barkhimkh, señalando con la cabeza fraccionariamente hacia la lanzadera que ahora aterrizaba apartada al costado—. Nosotros por supuesto no intentamos desencriptarla.

Lo que no necesariamente significaba que no pudieran hacerlo si hubieran querido.

—Dile que la traiga al *Halcón*, por favor —instruyó ella—. Iré a preparar la desencriptación. Tú espera aquí con Han y ayuden a Carib y a los demás a organizar las reparaciones.

Diez minutos más tarde, sentada a la mesa de juegos del *Halcón* mientras Sakhisakh hacía guardia vigilante entre ella y la escotilla, deslizó la datacard en su datapad.

El mensaje era corto, y directo al grano:

LEIA, AQUÍ EL GENERAL BEL IBLIS. ACABO DE RECIBIR UNA INFORMACIÓN VITAL Y NECESITO HABLAR URGENTEMENTE CONTIGO. POR FAVOR QUÉDATE EN PAKRIK MENOR; LLEGARÉ ALLÍ EN TRES DÍAS Y ME ENCONTRARÉ CONTIGO EN EL ESPACIOPUERTO BARRIS NORTE. POR FAVOR TRATA ESTA COMUNICACIÓN CON LA MÁXIMA SEGURIDAD.

Leia frunció el ceño, con la piel de la nuca hormigueándole. ¿Qué mundos podría haber encontrado Bel Iblis por lo que necesitaría venir todo el camino hasta aquí? ¿Y por qué ella, de toda la gente?

Oyó el sonido de botas en el metal, y alzó la vista para ver a Han pasando a Sakhisakh.

—Parece bastante simple, supongo —reportó, deslizándose al asiento al lado de ella—. El droide líder piensa que pueden tenerla lista en un par de días. ¿Así que, qué es este gran mensaje importante?

Sin palabras, Leia le entregó el datapad. Han lo leyó, su frente se arrugó cuando lo hizo.

—Esto es interesante —declaró, bajando el datapad—. ¿Cómo sabía Bel Iblis que estábamos aquí?

—Gavrisom debe habérselo contado —dijo Leia—. Él es el único que sabía que estábamos viniendo a Pakrik Menor después de que la conferencia hubiera terminado.

—Sí, bueno, esos tres Korliers también lo sabían —dijo significativamente Han, girando el datapad para mirar de nuevo el mensaje—. ¿Qué tan segura estás de que esto viene realmente de Bel Iblis?

—Tan segura como es posible estarlo —dijo Leia—. Tiene su código de firma, más la confirmación de ruptura de puente.

—¿Es decir, qué, ese truco de código cripto-integrado que Ghent inventó hace un par de meses?

—Sí, ése —dijo Leia—. No creo que los imperiales ni siquiera sepan que los códigos están allí, mucho menos que tengan una forma de accederlos o reproducirlos.

—A menos que Ghent estuviera usando el mismo truco cuando todavía estaba trabajando para Karrde —meditó Han, frotándose la barbilla—. Podría ser que los imperiales se dieran cuenta entonces.

—No, Bel Iblis le preguntó eso cuando él propuso la técnica por primera vez —dijo Leia—. Ghent dijo que era algo que acababa de desarrollar.

—Mm —Han leyó de nuevo el mensaje—. ¿Alguna idea acerca de qué se trata?

—Ninguna —dijo Leia—. Supongo que lo averiguaremos en un par de días.

—Bueno, tú lo averiguarás, por lo menos —dijo Han—. Carib y yo ya nos habremos ido para entonces.

Leia respiró hondo, el dolor volvió abruptamente a su pecho.

—¿Han?

—No discutas, cariño —dijo Han en voz baja, extendiendo la mano para tomar la suya—. A mí tampoco me gusta. Pero si no conseguimos detener esto, todo va a esfumarse. Lo sabes mejor que yo.

—No sabemos eso —defendió Leia—. Tenemos al gobierno de la Nueva República y a los estudiantes Jedi de Luke para ayudar a mantener las cosas juntas. Si se llega a la guerra civil, podemos forzar a los bothans a pagar cualquier indemnización que sea necesaria, aun si termina arruinando su economía.

—¿Realmente crees que los diamalas dejarán que Gavrisom los fuerce a ese tipo de autodestrucción? —contrapuso Han—. ¿Para no mencionar a los mon cals, los sif'kries, y cualquier otro que se haya alineado del lado de los bothans desde ayer? Vamos, no ganamos la guerra con pensamientos deseosos.

—¿Bueno, entonces, qué hay de Karrde? —preguntó Leia, intentando una última vez.

—¿Qué hay de él? —preguntó Han—. Sólo porque se fue a buscar una copia del Documento de Caamas no significa que vaya a encontrarla. De hecho, él mismo no parecía demasiado confiado de eso. Si lo hubiera estado, habría pedido la mitad del pago por adelantado.

Leia lo miró con fiereza.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también —dijo Han, apretándole la mano—. ¿Crees que quiero ir a meterme en el medio del Imperio? Mira, puedes hablar todo lo que quieras acerca de mantener las cosas unidas; pero si la Nueva República estalla, ni tú ni Gavrisom ni todos los Jedi de la

escuela de Luke van a poder volver a unirlas. Y si eso pasa, ¿qué tipo de vida van a tener Jacen, Jaina y Anakin? ¿O los cachorros de Chewie, o los nietos de Cracken, o cualquier otro? No me gusta mucho más que a ti, pero tiene que hacerse.

Leia respiró profundo, estirándose a la Fuerza. No, no le gustaba nada en absoluto. Pero al mismo tiempo, paradójicamente, de algún modo se sentía correcto. No placentero, ciertamente no seguro, pero correcto.

—¿No vas a ir solo, no? —suspiró—. ¿Quiero decir con alguien además de Carib?

—Sí, tengo a alguien en mente —dijo Han, su voz mostraba una rara mezcla de alivio y pesar. Alivio, sospechó ella, porque su esposa Jedi no iba a insistir en que no fuera; pesar por exactamente la misma razón.

Leia se las arregló para sonreír.

—¿Lando?

—¿Cómo lo adivinaste? —dijo Han, arreglándoselas para contestar la sonrisa—. Sí. Él y un par de personas más —Se giró a medias para mirar a Sakhisakh—. Tú no, en caso de que fueras a preguntar.

—Te aconsejaría que lo reconsideres —dijo Sakhisakh—. Una guardia noghri disfrazada como sus esclavos podría no llamar la atención ni siquiera en un mundo imperial —Sus ojos se volvieron a Leia—. Ya le hemos fallado dos veces, Lady Vader, primero en Bothawui y ahora aquí. No podríamos soportar la vergüenza y desgracia de un tercer fracaso.

—La desgracia no va a importar mucho si hacen que nos atrapen diez pasos fuera de la rampa —señaló Han—. Lo siento, pero Lando y yo podemos hacer esto solos. Ustedes sólo mantengan un ojo en Leia, ¿está bien?

—No temas —dijo Sakhisakh, con una oscura amenaza en su voz—. Lo haremos.

Por debajo de la mesa, Leia agarró la mano de Han.

—Hasta aquí llegaron nuestras pequeñas vacaciones —dijo ella, forzando una sonrisa que probablemente se veía tan poco convincente como se sentía.

La mirada que pasó por la cara de Han la hizo desear no haber dicho eso.

—Lo siento, Leia —dijo él en voz baja—. Parece que nunca tenemos un descanso de todo esto, ¿no?

—No muy a menudo —convino ella con un suspiro—. Si me hubiera dado cuenta desde el principio de cuánto iba a costar todo esto… no lo sé.

—Yo sí —dijo Han—. Hubieras muerto en Alderaan, Palpatine todavía estaría manejando el Imperio, y yo todavía estaría transportando especia para colas viscosas como Jabba. Todo por sí mismo lo hace valer la pena.

—Tienes razón —dijo Leia, sintiéndose ligeramente avergonzada por su momento de auto-compasión—. ¿Cuándo planean partir tú y Carib?

—Bueno, veamos —dijo Han considerándolo, con un destello inesperado de picardía tocando el tono oscuro de sus emociones—. Tengo que hacerle llegar una transmisión a Lando, y Carib tiene que sacar su carguero fuera y hacerle un chequeo. Y él también es

un hombre de familia, así que va a necesitar tiempo para decirle adiós a su esposa e hijos. ¿Así que digamos… mañana por la mañana?

Traducción: le había dicho a Carib que no iban a salir hasta mañana, con cualquier excusa que necesitara para que tuviera sentido.

—Gracias —dijo ella en voz baja, apretándole la mano e intentando la sonrisa de nuevo. Se sentía mucho mejor esta vez.

—No es lo que estaba buscando —dijo Han—. Pero supongo que es mejor que nada.

—Mucho mejor —le aseguró ella—. ¿Pero crees que todas estas crisis pueden esperar una noche adicional?

—No lo sé —dijo Han, saliendo de su asiento y ofreciéndole su brazo en uno de esos viejos gestos Reales Alderaanianos que él usaba demasiado raramente—. Pero supongo que tendrán que hacerlo.

CAPÍTULO 9

En el exterior de la curva campana de transpariacero vino un último estallido de burbujas de la formación de rocas con venas azules que se elevaba del suelo oceánico. Como si ésa hubiera sido una señal, los reflectores que iluminaban el área empezaron a oscurecerse. El bajo zumbido de la conversación en la galería de observación se detuvo en anticipación.

De pie contra la pared del fondo, Lando Calrissian sonrió con algo de su propia anticipación privada. Cuando él y Tendra Risant habían propuesto por primera vez esta operación de minería submarina, la familia de ella había estado menos que entusiasmada; pero habían sido abiertamente críticos con su idea de agregar una galería de observación para que los clientes que pagaran pudieran mirar. Ridículo, habían dicho, nadie paga buen dinero para mirar mineros minando, ni siquiera mineros acuáticos en el sitio reconocidamente inusual del suelo oceánico de Varn. Pero Lando había insistido, y Tendra lo había apoyado, y los financistas de la familia habían enviado el dinero adicional de mala gana.

Lo que hacía tanto más placentero ver las galerías atestadas como esta esperando ávidamente por el espectáculo.

Los reflectores terminaron su desvanecimiento, dejando la formación de roca sólo apenas visible como una forma oscura contra el agua de mar ligeramente más iluminada a su alrededor. Alguien en la galería le murmuró algo a un amigo…

Y de repente apareció un único punto de fuego azul-verde en un borde de la roca. El punto creció rápidamente, volviéndose una línea y entonces un par de ramas, y finalmente una telaraña de luz cuando las venas azules de fraca se encendieron y ardieron.

Y entonces las láminas de burbujas amarillas aparecieron cuando el calor de la fraca ardiente encendió el tertian debajo de ella, y durante quizás los próximos treinta segundos toda la formación estuvo rodeada por una furia revuelta de fuego y luz. Como una criatura viviente retorciéndose en la agonía silenciosa de su lecho de muerte…

Y con una lluvia de chispas multicolores y una agitación final de burbujas, la formación se derrumbó en un montón de rocas.

Alguien jadeó; y mientras las chispas y burbujas se desvanecían y los reflectores empezaban a subir de nuevo hubo una oleada de aplausos espontáneos. Las luces de la misma galería regresaron, y con un zumbido de conversación excitada el público empezó su salida de vuelta hacia las áreas de casino. Lando esperó junto a la puerta mientras salían en fila, sonriendo, aceptando cumplidos, contestando algunas preguntas esparcidas que cubrían el rango usual desde inteligentes a triviales, y cuando los últimos dos duros salieron volvió a poner la puerta en modo de admisión general. Los mineros tenían programado derrumbar una formación de mineral más hoy, pero hasta ese momento la galería estaría abierta, gratis, para cualquiera que quisiera entrar y mirar.

Estaba encaminándose por el corredor hacia la Sala de Tralus cuando su comunicador pitó. Sacándolo, lo encendió.

—Calrissian.

—Transmisión entrante del enlace a superficie —anunció la voz del Oficial de Comando Principal Donnerwin—. Está encriptada y marcada como privada.

—La tomaré en mi oficina —le dijo Lando, apagando el comunicador y cambiando de dirección. Tendra, quizás, llamando para decirle que había cancelado su viaje a Corellia y estaba volviendo para unirse con él. O quizá era el Senador Miatamia u otro oficial diamalano con noticias acerca de los arreglos de seguridad que esperaba hacer con ellos para sus embarques de minerales.

Cualquiera de las dos sería bienvenida. Llegando a su oficina, selló la puerta, se dejó caer en la silla de su escritorio, y con el doble de anticipación que esos jugadores habían mostrado en la galería tecleó en el comunicador.

No era Tendra. Ni siquiera era Miatamia.

—Hola, Lando —dijo Han, con una media sonrisa demasiado familiar en la cara—. ¿Cómo van las cosas?

—Mucho mejor hace dos minutos que ahora —le contó Lando, con la anticipación estallando como una burbuja y cayendo al fondo de su estómago como un mal presentimiento—. Conozco esa mirada. ¿Qué quieres?

—Necesito que vengas conmigo en un pequeño viaje —dijo Han—. ¿Puedes escaparte por unos días?

El presentimiento en el estómago de Lando se volvió un poco más frío. Ningún *quién-yo*, ningún *qué-te-hace-pensar-que-quiero-algo*, ninguna burla de ninguna clase. Cualquier cosa que estuviera pasando, Han hablaba mortalmente en serio.

—Eso depende —evitó comprometerse—. ¿Qué tan peligroso es probable que sea este viaje?

De nuevo, debió *haber habido* alguna burla. No la hubo.

—Podría ser bastante arriesgado —admitió Han—. Podría ser peor que eso.

Lando hizo una mueca.

—Han… mira, tienes que entender…

—Te necesito, Lando —lo interrumpió Han—. Estamos cortos de tiempo, y necesito a alguien en el que pueda confiar. Tú tienes el conocimiento que necesito, conoces a la gente que necesito, y no hay nadie más a quien pueda recurrir.

—Han, yo tengo responsabilidades aquí —dijo Lando—. Tengo un negocio que atender…

—Karrde también tenía un negocio que atender —lo interrumpió de nuevo Han—. No le va a gustar que tú digas que no.

Lando agitó la cabeza en resignación. No, Karrde ciertamente no estaría contento si él se abstenía en esto. No después de que Lando por sí solo lo hubiera convencido de dirigirse al sector Kathol para intentar obtener una copia intacta del Documento de Caamas del misterioso Jorj Car'das.

Cuyos lazos con Karrde Lando todavía no entendía. Pero ésa no era la cuestión. La cuestión era que Karrde no había querido confrontar a Car'das, pero había ido de todos modos. Ahora Han estaba usando la mano del bote, y a Lando le faltaban unos veinte puntos para un veintitrés.

—Está bien —dijo—. Pero sólo por Karrde. ¿Dónde y cuándo?

—Ahora mismo —dijo Han—. ¿Tienes al *Dama Suerte* allí?

—Sí, en la superficie —le contó Lando—. Puedo subir en la próxima lanzadera y puedo estar allí media hora más tarde. ¿Quiénes son estas otras personas que dijiste que necesitábamos?

—Tu viejo compañero administrador Lobot, para empezar —dijo Han—. Y ese verpine con el que estuvo trabajando durante algún tiempo… ¿cómo era su nombre?

—Moegid —dijo Lando, estrechando los ojos—. Han, esto no es lo que creo que es, ¿no?

—Probablemente es peor —concedió Han—. ¿Lobot y Moegid todavía hacen ese pequeño truco de computadora del que una vez me contaste?

—No sé si todavía lo hacen —dijo Lando con un suspiro—. Pero estoy seguro de que todavía pueden. ¿No has localizado por casualidad…?

Titubeó. Incluso en la transmisión encriptada no quería decir el nombre en voz alta.

Obviamente, tampoco Han.

—¿Quieres decir el lugar del que hablamos en la Bosqueoro? —dijo oblicuamente el otro—. Eso creo, sí. Consigue a Lobot y a Moegid y encuéntrame dos sistemas hacia el núcleo de donde no pudiste hacer otra cosa.

Lando esbozó una estrecha sonrisa.

Lo siento, amigo, las palabras hicieron eco acusadoramente a través de su memoria tan claramente como si hubiera pasado ayer. *No podía hacer otra cosa. Llegaron poco antes que tú.*

Yo también lo siento, había contestado Han cuando él y Leia, con una escuadra de tropas de asalto detrás de ellos, habían entrado en ese comedor privado en Ciudad Nube para enfrentarse a Darth Vader.

—Serán dos sistemas hacia el núcleo —confirmó.

—Te estaré esperando —dijo Han.

La transmisión acabó. Lando se reclinó en su asiento, mirando sin ver a la pantalla en blanco. El lugar del que habían hablado en la Bosqueoro. Se había hablado acerca de varios lugares diferentes en esa reunión clandestina. Pero sólo uno de ellos podía haber irritado tanto a Han.

Bastión. El último sitio de la frecuentemente movida capital imperial, su ubicación y el nombre de su planeta anfitrión estrictos secretos. Probablemente uno de los mundos mejor defendidos de la galaxia; ciertamente el foco central del poder imperial; definitivamente un lugar adonde los nombres Han Solo y Lando Calrissian serían bastante menos que admirados.

Y uno de los últimos lugares en la galaxia adonde estaría guardado un juego completo de archivos imperiales. Archivos que podrían tener los nombres y clanes de los bothans que habían ayudado a destruir el mundo de Caamas hace medio siglo. Archivos que podrían acabar el argumento cada vez más violento acerca de si toda la especie bothan debía pagar por la culpa de un manojo de asesinos anónimos.

Si pudieran encontrar ese archivo crucial. Y salir vivos con él.

Tecleó el comunicador.

—Donnerwin, envíale una transmisión a Lobot en la Central de Buceo —ordenó—. Dile que se prepare y al *Dama Suerte,* nos vamos en un pequeño viaje. —Por un momento se debatió acerca de ordenarle a Lobot que le avisara a Moegid, decidió en contra. El *Dama Suerte* tenía una mejor encriptación que el comunicador fondo-superficie, y cuanta menos información allí afuera para que los curiosos escucharan, mejor—. Y consígueme un asiento en la próxima lanzadera a la superficie.

—Entendido —dijo Donnerwin, sin desconcertarse como nunca lo hacía por este cambio súbito en los planes de su jefe—. La lanzadera sale en veinte minutos. ¿Quieres que haga que te espere?

—No, puedo llegar a tiempo —le dijo Lando, haciendo una rápida lista mental. Todo lo que era probable que necesitara ya estaba a bordo del *Dama Suerte,* y excepto por cualquier desastre mayor la operación de casino/minería debería poder andar sola durante algún tiempo. Por lo menos hasta que Tendra volviera.

Lo atizó una punzada de culpa. Después de todo lo que él y Tendra habían pasado juntos, ella tenía derecho a saber por qué él estaba dejando todo así. Especialmente si había alguna posibilidad de que no regresara en absoluto.

Tragó saliva, su boca estaba inesperadamente seca. Sí, regresaría. Por supuesto que lo haría. ¿No había volado justo al corazón de la segunda Estrella de la Muerte y había vivido para contarlo? Claro que sí. Y había sobrevivido a la destrucción del Monte Tantiss, y ese desagrado corelliano, y todo lo de en medio.

Pero ahora era más viejo, y más sabio, con un negocio del que realmente disfrutaba y una mujer con la que posiblemente por primera vez en su vida se sentía de verdad y honestamente conectado. No quería perder nada de eso. Ciertamente que no muriendo.

Pero, eh, no había *nada de que preocuparse*. Iba con Han, y Han era el viejo sinvergüenza más afortunado que alguna vez hubiera conocido. Regresarían bien. Claro que lo harían. Garantizado.

—¿Jefe?

Lando parpadeó, volviendo de su charla privada para darse ánimos y enfocándose de nuevo en Donnerwin.

—¿Qué?

—¿Algo más? —preguntó el otro.

—No —dijo Lando, sintiéndose ligeramente ridículo—. Sólo mantén las cosas funcionando bien hasta que Tendra regrese.

Donnerwin sonrió.

—Cosa segura, jefe. Que tenga un buen viaje.

—Gracias.

Lando apagó el comunicador, y con una mueca empujó atrás su silla y se puso de pie. No, no había nada de tonto acerca de un poco de cautela saludable. Era mucho peor que eso.

Era la edad. Lando estaba empezando a sentirse viejo; y no le gustaba. Ni un poco.

Así que bueno. Seguiría adelante y se tomaría este pequeño paseo al corazón del Imperio. Le haría bien, y además bien podría salvar a la Nueva República.

Claro. Sería como en los viejos tiempos.

• • •

Oyó en su audífono el sonido de la puerta de Calrissian abriéndose y cerrándose; y con un suspiro, Karoly D'ulin se sacó el dispositivo de su oreja.

—Shassa —murmuró al aire vacío.

La palabra pareció colgar delante de ella, allí en el diminuto armario de utensilios. Una vieja maldición de batalla Mistryl, pero que ahora no había sido dicha con enojo o rabia de combate sino con una profunda tristeza.

Su apuesta había dado fruto… y ahora iba a tener que matar a una vieja amiga.

Con dedos experimentados empezó a desmontar el aparato de escucha que había puesto en la oficina de Calrissian cuando había llegado aquí hace cuarenta horas, con un rubor de enojo entrometiéndose en su severo humor. Enojo con Talon Karrde por ser tan predecible; enojo con ella misma por anticiparse tan precisamente a sus movimientos; enojo con Shada D'ukal por ponerla en esta posición en primer lugar.

¿Qué cenizas de Emberlene habían poseído a Shada para que desafiara a las Once de esa forma? se preguntó. Lealtad, había dicho Shada en ese techo azotado por el viento. Pero eso era claramente ridículo. Mazzic era un pequeño contrabandista rastrero, *nada más*, que no merecía más lealtad por parte de Shada que cualquiera de las docenas de otros patrones para los que había trabajado a lo largo de los años. Cierto, este trabajo en particular había durado mucho más tiempo que la mayoría; pero sin importar lo que Mazzic pudiera haber pensado, todo ese tiempo Shada todavía había sido una guardia de las sombras Mistryl que finalmente respondía sólo a las Once Ancianas del Pueblo.

Así que Shada había desafiado sus órdenes, y como resultado un trato entre las Mistryl y un señor del crimen hutt se había estropeado, y las Once estaban pidiendo la cabeza de Shada. Todas las Mistryl habían sido alertadas para buscar signos de ella, y varios equipos habían sido enviados específicamente a cazarla.

Y en toda esa agitación de actividad había sido Karoly la que la había encontrado.

Aún ahora, ocho días después, la ironía de eso todavía era un sabor amargo en la boca de Karoly. Ella no había trabajado con Shada en veinte años, sin embargo todavía se las había arreglado para anticipar que el próximo movimiento de Shada sería en dirección a

la jerarquía de la Nueva República, aunque si para unirse o venderse Karoly todavía no lo sabía. Había llegado a Coruscant justo a tiempo para ver a Shada dejar la Ciudad Imperial, y la había rastreado a un departamento propiedad de la Alta Consejera Leia Organa Solo y su marido cerca de las Montañas Manarai.

Podría haberse ocupado de Shada allí, ciertamente la sorpresa habría estado de su lado. Pero se rumoreaba que los Solo tenían una escuadra de guerreros noghri alrededor de ellos en todo momento, y aunque las habilidades de combate de esos noghri probablemente estaban sobrevaloradas, de todos modos sería arriesgado para una sola Mistryl ir contra ellos sola.

Así que había pedido refuerzos. Pero antes de que pudieran llegar Shada había dejado el edificio en compañía de Talon Karrde. Esa de nuevo podría haber sido su oportunidad; pero antes de que pudiera hacer más que infiltrarse en la bahía de aterrizaje interna Organa Solo y su droide de protocolo habían llegado con un par de noghri siguiéndolos. Ella y el droide habían entrado, los noghri se habían apostado en la escotilla exterior; y cuando Organa Solo había salido unos minutos más tarde fue sin el droide. Ella había juntado a sus guardias y dejado la bahía de aterrizaje.

Y entonces, para mortificación de Karoly, el *Salvaje Karrde* se había sellado y despegado inmediatamente, dejándola demasiado lejos de su propia nave para tener cualquier esperanza de perseguirlo.

Las Once habían estado furiosas. Al igual que el equipo cazador que había interrumpido lo que estaba haciendo para apresurarse hacia Coruscant a su llamada. Nada le había sido dicho; pero claro, nada tenía que serlo. Sus expresiones habían sido suficientes, y las miradas indirectas y comentarios murmurados entre ellas cuando se habían dirigido de vuelta a sus naves. Habían oído la historia de que Karoly había dejado escapar a Shada en el Complejo de Entretenimiento Resinem, y no era difícil adivinar que muchas de ellas estaban pensando que ella había hecho la misma cosa aquí.

Lo que hacía tanto más importante para ella demostrarles que estaban equivocadas. Y así había seguido una alocada corazonada, relacionada con una vaga conexión entre Karrde y Calrissian que Mazzic había husmeado hace unos años.

Una corazonada que ahora había dado fruto. Han Solo había tenido cuidado con esa transmisión, pero esa única referencia oblicua a Karrde había sido todo lo que ella había necesitado. Shada se había ido con Karrde, y le estaban pidiendo a Calrissian que se le uniera.

Y a dondequiera que fuera, Karoly también estaría allí con él. Calrissian había sido una vez un contrabandista, y cada contrabandista, *retirado o no*, tenía uno o dos agujeros de escondite a bordo de su nave personal. Si Karoly podía llegar al *Dama Suerte* incluso un par de minutos por delante de Calrissian, las posibilidades eran que podría estar escondida fuera de vista para cuando él empezara a subir la rampa de entrada.

Y si resultaba que estaba planeando usar su agujero de escondite para algo más… bueno, marcaría ese blanco cuando llegara a él.

Entretanto, tenía que preparar su equipaje y que reservar un lugar en la próxima lanzadera a la superficie. Preferentemente con un asiento más cercano a la salida que el de Calrissian.

Esperando hasta que el corredor de afuera estuviera en silencio, se deslizó fuera del armario de utensilios y se dirigió caminando rápido hacia su habitación.

• • •

—¿Almirante? —vino la voz del Capitán Dorja por el altavoz del comunicador en el círculo interno de pantallas repetidoras de la sala de comando secundaria—. La lanzadera del embajador ruuriano acaba de dejar la nave y está dirigiéndose de vuelta a la superficie.

Dándole su bebida a Tierce, Flim le mostró a Disra una sonrisa engreída y caminó hasta las pantallas repetidoras.

—Gracias, Capitán —dijo en esa serenamente moderada voz de Thrawn que le salía tan bien—. Prepare un curso para Bastión, e infórmeme cuando la nave esté lista.

—Sí señor.

La unidad comunicadora se apagó con un clic.

—Ya era hora —gruñó Disra, arrojando una mirada intensa a Tierce—. Si me lo pregunta, aquí ya hemos forzado demasiado nuestra suerte.

—Estamos familiarizados con sus opiniones en el tema, gracias —dijo Tierce, no del todo insubordinadamente, mientras le devolvía la bebida a Flim—. Le recordaría que tres nuevos tratados son una muy buena ganancia para una semana de trabajo.

—Sólo si Coruscant no se echa encima de nosotros como un rancor herido —contrapuso agriamente Disra—. Si uno los empuja lo suficientemente duro y el tiempo suficiente, lo harán.

—Esto apenas puede calificarse como empujar, Su Excelencia —dijo Flim. Su voz, también estaba un poco demasiado cerca de la insubordinación para gusto de Disra—. No hemos abierto ni provocado ninguna hostilidad, y sólo hemos ido adonde hemos sido invitados. ¿Con qué posibles fundamentos podría atacarnos Coruscant?

—¿Qué tal el fundamento de que todavía existe *un estado de guerra* entre nosotros? —exclamó Disra—. ¿Ninguno de ustedes piensa alguna vez en eso?

—Suicidio político —resopló Flim—. Nosotros hemos sido *invitados* por estos sistemas, ¿recuerda? Si Coruscant intenta entrometer su nariz colectiva…

Se interrumpió cuando un silbido chillón sonó en las pantallas repetidoras.

—¿Qué es eso? —demandó.

—Alarma de emergencia de batalla —dijo estrechamente Tierce, casi derramando el resto de la bebida de Flim hacia su prístino uniforme blanco cuando pasó delante del timador y se dejó caer en la silla de comando—. Almirante, venga aquí —agregó, sus manos se lanzaron sobre los controles.

El esquema táctico surgió, convirtiendo la sala en un despliegue de combate holográfico gigante; y mientras lo hacía, la unidad comunicadora gorjeó.

—Almirante, creo que estamos a punto de estar bajo ataque —dijo serenamente la voz de Dorja—. Ocho Corbetas clase Merodeador acaban de saltar al sistema, dirigiéndose en nuestra dirección.

Disra conscientemente dejó de apretar los dientes cuando miró alrededor de la sala hacia los símbolos destellantes que marcarían a los Merodeadores entrantes. Por supuesto que Dorja estaba tranquilo, pensaba que tenía al extraordinario Gran Almirante Thrawn a bordo de su nave, con todo indudablemente bajo control.

Pero él no lo estaba, y no lo estaban. Y a menos que Disra hiciera algo rápido, toda esta tenue burbuja de jabón iba a explotar justo en sus caras.

Flim estaba ahora al lado de Tierce, y el mayor estaba alcanzando el interruptor del comunicador.

—Díganle a Dorja que se haga cargo —siseó Disra hacia ellos—. Díganle que esto es demasiado pequeño o demasiado trivial para que lo moleste a usted…

—¡Shh! —siseó Tierce, interrumpiéndolo con una mirada intensa y un movimiento tajante de la mano—. ¿Almirante?

—Listo —dijo Flim, y Tierce apretó la tecla—. Gracias, Capitán —dijo fácilmente el timador; y una vez más, era repentinamente el Gran Almirante Thrawn el que estaba parado en la sala—. ¿Los ha identificado?

—No señor, todavía no —dijo Dorja—. Tienen generadores de ruido aleatorio cubriendo sus IDs de motor. Altamente ilegales, por supuesto.

—Por supuesto —convino Thrawn—. Lance medio escuadrón de Aves de Presa para interceptar.

—Sí señor.

Tierce apagó la unidad comunicadora.

—¿Está loco? —gruñó Disra—. ¿Medio escuadrón de cazas estelares contra…?

—Tranquilícese, Su Excelencia —dijo Flim, arrojándole a Disra una mirada fríamente interesada—. Ésta era una de las técnicas estándar de Thrawn para olfatear la identidad de un oponente desconocido.

—Y, por lo pronto, nos da tiempo —agregó Tierce, sus dedos patinaban locamente por la consola de la computadora—. Corbetas Merodeador, Corbetas Merodeador… aquí vamos. En estos días usadas principalmente por el Sector Corporativo, con unas pocas en varias flotas defensivas de sistemas del Borde Exterior.

—Interesante —comentó Flim, inclinándose hacia adelante para leer por encima de su hombro—. ¿Qué querría el Sector Corporativo con nosotros?

—No lo sé —dijo Tierce—. ¿Disra? ¿Alguna idea acerca de esto?

—No —dijo Disra, sacando su datapad. No, no sabía por qué nadie en el Sector Corporativo podría querer atacarlos de esta forma… pero por otro lado, la mención de los Merodeadores había activado un vago recuerdo en el fondo de su mente.

—¿Tiene una lista de los demás sistemas que las usan? —preguntó Flim.

—La estoy mirando ahora —dijo Tierce—. No hay nada que realmente me llame la atención… allí van los Aves de Presa.

Disra alzó la mirada para ver las marcas que indicaban a los cazas estelares acelerando hacia los intrusos distantes, entonces bajó los ojos de nuevo a su datapad. Había tenido algo que ver con el Capitán Zothip y los Piratas Cavrilhu, recordó. Allí, ésa era la sección…

—Necesito algunas sugerencias aquí —dijo urgentemente Flim.

—El patrón estándar de Thrawn sería dejar que los Aves de Presa empezaran a combatir, entonces retirarlos —dijo Tierce—. La forma en la que el enemigo respondía al sondeo usualmente era suficiente para permitirle figurarse quiénes eran.

—Eso está bien para Thrawn —dijo aprehensivamente y entre dientes Flim—. Desafortunadamente, estamos un poco escasos de su tipo de genio por el momento.

—A menos que el Mayor Tierce haya tomado clases de la técnica con la Guardia Real —agregó Disra, cerrando el datapad con un chasquido y una gran sensación de triunfo.

—Una ayuda como siempre, Su Excelencia —dijo ausentemente Tierce, todavía buscando en los archivos de computadora.

—Me complace que me aprecie —dijo Disra—. Son *diamalas*.

Tuvo la satisfacción de ver a los dos de ellos volverse para mirarlo, con una mirada de sorpresa aturdida en la cara de Flim, la misma sorpresa teñida con sospecha en la de Tierce.

—¿Qué? —preguntó Flim.

—Son diamalas —repitió Disra, disfrutando al máximo del momento—. Hace unos tres meses el Ministerio de Comercio Diamalano compró doce Corbetas Merodeador para usar de escolta de transporte. Y posiblemente para algunas operaciones bastante más sombrías.

—¿Está seguro? —preguntó Flim, asomándose a la pantalla—. No aparecen aquí.

—Estoy seguro de que no —dijo Disra—. El Capitán Zothip estaba intentando comprarlas y fue sobrepujado. Como dije, pueden estar reservándolas para operaciones sombrías.

—Y, ¿cómo llega desde allí a la suposición de que éstas son esas naves? —demandó Flim.

—No, tiene razón —aportó Tierce antes de que Disra pudiera contestar—. Ese senador diamalano que arrastramos a bordo del *Implacable* con Calrissian… ¿recuerdas? Nunca creí que estuviera totalmente convencido de que eras Thrawn.

—Y si nuestros reportes de Inteligencia son correctos, él fue el que ayudó a llevar la división gubernamental en Coruscant en todo el problema —les recordó Disra.

—Sí, fue él —dijo Tierce, volviendo al teclado de la computadora—. Parece que ha decidido hacernos otra prueba.

—La pregunta es qué hacemos al respecto —dijo Flim, mirando a través del cuarto—. Y los Aves de Presa ya casi están allí.

—Ya lo sé —dijo Tierce, mirando fijamente al despliegue de computadora—. Hazlos volver.

—¿Ya? —Disra le frunció el ceño al táctico—. Pensé que los necesitaba para…

—No necesito nada —lo cortó Tierce—. Hazlos volver, y haz que Dorja se prepare para una maniobra Tron Boral.

—¿Una qué? —preguntó Disra, frunciendo el ceño más fuerte.

—Una técnica de batalla algo esotérica —explicó Flim, apoyándose en el hombro de Tierce y volviendo a encender la unidad comunicadora—. Eso será suficiente, Capitán —dijo con suavidad—. Haga que vuelvan los Aves de Presa, y prepare el *Implacable* para una maniobra Tron Boral.

—Entendido, Almirante —dijo enérgicamente Dorja—. ¿Se unirá a mí en el puente?

Tierce alzó la vista a Flim y tocó un punto en la pantalla de la computadora.

—No necesitará de mi asistencia —Thrawn le aseguró al capitán, asintiendo en reconocimiento a Tierce y acercándose para leer la sección indicada—. Una maniobra Tron Boral, seguida por una barrida de cierre completo Marg Sabl por parte de los Aves de Presa, y creo que nuestros atacantes desconocidos van a pensarse de nuevo sus planes. Asumiendo que sigan vivos para hacerlo, por supuesto.

—Sí señor —dijo el capitán, y Disra casi pudo ver al otro frotándose las manos en anticipación—. Maniobra Tron Boral lista.

—Ejecútela, Capitán —Flim apagó de nuevo la unidad comunicadora—. Y eso debe ser todo —dijo, apoyándose casualmente en el respaldo de la silla de comando y mirando con interés al despliegue táctico.

—Ve usted, ya tenemos un plan de batalla para usar contra los diamalas —explicó Tierce, mirando a Disra—. Thrawn se enredó con ellos algunas veces durante su barrido a través de la Rebelión hace diez años —Hizo señas hacia la computadora—. Todo lo que tuve que hacer fue mirar el registro de una de esas batallas…

—Allí van —lo interrumpió Flim—. Corriendo como saltabrincos.

Disra siguió la trayectoria de su dedo. Flim tenía razón; los Merodeadores estaban de hecho dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el hiperespacio.

—Pero si todavía no hemos hecho nada —protestó, sintiéndose ligeramente desconcertado.

—Claro que sí —dijo Tierce, con voz severamente satisfecha—. No se olvide, de que ellos también tienen archivos de las victorias de Thrawn. El *Implacable* pasó a una maniobra Tron Boral… y eso fue todo lo que necesitaron saber.

—Sí —murmuró Flim mientras, al otro lado de la habitación, las marcas de los Merodeadores se apagaban con un parpadeo cuando saltaron al hiperespacio—. Con naves que ni siquiera estaban registradas a ellos, respondimos con exactamente el movimiento correcto —Encendió de nuevo el comunicador—. Vuelva de configuración de batalla, Capitán —instruyó a Dorja—. E informe a los gobiernos ruurianos que el ataque que amenazaba su mundo ha sido espantado.

—Enseguida, Almirante —vino la voz de Dorja—. Estoy seguro de que estarán complacidos. ¿Debemos continuar con la preparación del curso hacia Bastión?

—Sí —dijo el timador—. Puede dejar el sistema cuando esté listo. Estaré meditando si me necesita.

—Sí señor. Que descanse bien, Almirante.

Flim cortó.

—Y eso —agregó para Disra y Tierce—, es seguramente todo. Si los diamalas no estaban convencidos antes, apuesto el bote de sabacc a que ahora lo están.

—Bien por ellos —dijo agriamente Disra—. Comprende, por supuesto, que todo lo que este pequeño ejercicio logró fue traernos un paso más cerca de asustar a Coruscant para que se nos eche encima.

—Paciencia, Su Excelencia —dijo Tierce, apagando el táctico y levantándose de la silla de comando—. Estoy seguro de que también ayudó a convencer a los ruurianos de que han escogido al lado ganador.

—Sí —dijo Disra—. Y quizás nos trajo un paso más cerca de la Mano de Thrawn.

Flim frunció el ceño.

—¿La Mano de Thrawn? —preguntó cautelosamente—. ¿Qué es una Mano de Thrawn?

Tierce frunció los labios, claramente fastidiado.

—Su Excelencia…

—¿Qué es una Mano de Thrawn? —repitió Flim.

—No, no, prosiga —Disra le dijo a Tierce, ondeando una mano lánguida y preparándose para también disfrutar completamente de este momento. Tierce y Flim se llevaban demasiado bien para su gusto. Ya era hora de que ellos dos sintieran el sabor de algunos de los recelos y sospechas acerca de este arreglo que el propio Disra había estado sintiendo desde que comenzó—. Es su historia. Cuéntesela usted.

—Estoy escuchando —dijo Flim, con voz repentinamente oscura—. ¿Qué es esto que no se han molestado en contarme?

Tierce se aclaró la garganta.

—Tranquilícese, Almirante —dijo—. Es así…

Era bueno, reflexionó más tarde Disra, que la sala de comando secundaria estuviera totalmente insonorizada. Como resultó, todo el griterío hizo que no percibiera la característica vibración de cubierta que marcaba el retorno del Destructor Estelar al hiperespacio.

CAPÍTULO 10

Los primeros cien metros fueron razonablemente fáciles, incluso con los problemas usuales de Erredós en el terreno desigual. Mara había explorado algo de esta sección de la cueva, y había estudiado la mayoría del resto con la barra luminosa y los macrobinoculares, y pudo escoger la mejor ruta.

Pero en ese punto el suelo caía abruptamente quizás unos diez metros; y cuando llegaron a la cámara del fondo del pasadizo, estaban en nuevo territorio.

—¿Qué tal se ve? —Luke le gritó a Mara mientras usaba la Fuerza para pasar a Erredós sobre la última gran roca al pie de su camino de descenso.

—Como podrías esperar —respondió Mara. Tenía su barra luminosa delante de ella, su cuerpo perfilado mientras la luz se esparcía en un halo nuboso por el aire polvoriento—. Sabes, sólo por una vez sería bueno ir en uno de estos paseítos en el que no terminemos teniendo que arrastrar a ese droide astromecánico a través de rocas, arbustos, arena y todo eso.

Erredós pitó indignado.

—Erredós usualmente ha hecho un buen trabajo para ganar su parte —le recordó Luke, sacudiéndose la arenisca de las manos mientras caminaba hasta su lado—. De todos modos, ¿cuándo tuvimos que arrastrarlo a través de la arena?

—Estoy segura de que encontraremos un poco tarde o temprano —Mara hizo señas hacia adelante—. ¿Qué te parece?

Luke miró a través de la niebla. La cámara era corta, no más de quince metros desde donde estaban parados hasta el lado lejano, pero era de hecho una complicación. Un laberinto de rocas y bloques llenaba el área, con afiladas estalactitas y estalagmitas dentadas saliendo al azar por el techo y suelo bloqueando su camino. Del lado lejano, la cámara se cerraba de nuevo en una grieta angosta que parecía de apenas el ancho suficiente para meterse apretados.

—No se ve tan mal —le dijo—. Podemos ocuparnos de las estalactitas con nuestros sables de luz. La gran pregunta es si esa grieta es demasiado angosta para pasar a Erredós.

Hubo un susurro en el aire y Cumplidor De Promesas aleteó para empercharse patas arriba en una de las estalactitas.

¿Estás preocupado, Maestro Caminante Del Cielo?, se formó el pensamiento en la mente de Luke. *¿Es el camino adelante demasiado difícil para ti?*

Ningún camino es demasiado difícil para el Jedi Caminante Del Cielo, saltó indignado Niño De Los Vientos en defensa de Luke, batiendo las alas hasta una roca al lado de Mara. *Yo lo he visto hacer grandes hazañas en el aire exterior.*

Quizás fueron grandes a los fácilmente deslumbrados ojos de un qom qae, agregó secamente Partidor De Piedras desde otra estalactita unos metros más adentro en la cámara. *Aquellos que se han ganado sus nombres son más difíciles de impresionar.*

—Están hablando de nuevo, ¿no? —murmuró Mara.

—Los qom jha se preguntan si esta cámara va a ser un problema para nosotros —le contó Luke—. Niño De Los Vientos está defendiéndonos.

—Decente de su parte —dijo Mara, desenganchando su sable de luz y sopesándolo en la mano—. ¿Les damos una pequeña demostración?

Luke le frunció el ceño.

—¿Estás segura de que…? Quiero decir…

—¿Quieres decir si puedo hacerlo? —lo interrumpió Mara—. Sí, puedo. Sólo porque no me he graduado en tu preciosa academia Jedi no significa que no pueda usar la Fuerza tan bien como cualquier otro. ¿Quieres arriba o abajo?

—Me ocuparé de arriba —dijo Luke, tomado un poco desprevenidamente por el calor de su réplica. Se puso su propio sable de luz en la mano y dio una rápida mirada alrededor de la cámara, fijando la posición de cada estalactita firmemente en su mente—. ¿Estás lista?

En respuesta Mara encendió su sable de luz, la luz de su hoja agregó un tinte azul al blanco neutro de su barra luminosa.

—Cuando tú lo estés.

—Correcto —dijo Luke, intentando esconder sus recelos cuando agregó el verde de su sable de luz a la mezcla—. Vamos.

Al unísono alzaron los brazos y arrojaron, enviando a los sables de luz remolinando por la cámara, sus hojas recortando pulcra y eficientemente las púas de roca protuberantes.

O por lo menos la de Luke. La de Mara…

Ella lo intentó. Realmente lo hizo. Luke pudo verlo en su posición, en su mano extendida, en la tensión mental que podía sentir como una descarga estática alrededor de ella.

Pero como el Maestro Yoda había dicho una vez, *Hazlo, o no lo hagas. No hay ningún intento.* Y en este caso, como había sido entonces, de hecho no hubo ningún intento. A medio camino a través de la cámara, el sable de luz de Mara pareció vacilar, con su ritmo rompiéndose y la punta de la hoja cayendo a tallar surcos poco profundos en el suelo de roca. Se recuperaría y volaría certera por otro segundo o dos, sólo para perder velocidad o caer de nuevo cuando ella volvió a perder su asimiento en la Fuerza.

Dos veces Luke estuvo tentado a extenderse y ayudarla; en una tarea tan fácil él podría manejar ambos sables de luz sin ningún problema. Pero ambas veces se resistió a la tentación. Tener a Mara Jade enfadada y frustrada ya era bastante malo; Tener a Mara Jade enfadada, frustrada, y sintiendo que la trataban con condescendencia no era una combinación que se sintiera listo para enfrentar.

Además, el trabajo se estaba haciendo, si bien un poco erráticamente. Y en lo que concernía al propósito secundario de la demostración, las sutilezas de la actuación fueron completamente inadvertidas por el público. La cacofonía de graznidos y gorjeos de los

qom jha llenaban los oídos y mente de Luke cuando las estalactitas caían del techo a su alrededor para estrellarse en las rocas debajo.

Pero ni la caída de rocas ni las exclamaciones sobresaltadas de los qom jha podían enmudecer los chillidos encantados de Niño De Los Vientos.

Yo tenía razón… lo ven, yo tenía razón, bravo. Él es un gran guerrero Jedi, como lo es Mara Jade a su lado.

Luke sintió una punzada mientras llamaba su sable de luz de vuelta a él, sincronizándolo para que llegara al mismo tiempo que la ligeramente menos certera arma de Mara.

—La guerra no hace grande a nadie, Niño De Los Vientos —amonestó suavemente al joven qom qae mientras apagaba su sable de luz y lo devolvía a su cinturón—. La batalla siempre debe ser el último recurso de un Jedi.

Entiendo, dijo Niño De Los Vientos, el tono de su pensamiento dejaba claro que de hecho no entendía en absoluto. *Pero cuando destruyas a los Amenazadores…*

—Nosotros no vamos a destruir nada —insistió Luke—. Por lo menos, no hasta que hayamos intentado hablar con ellos primero.

—Yo lo dejaría si fuera tú —dijo Mara sobre su hombro mientras se abría camino a través de la cámara hacia la angosta abertura—. Lo entenderá después de que haya visto a un par de sus amigos morir en batalla. No antes.

Luke sintió una estrechez en su garganta. Obi-Wan, Biggs, Dack… la lista continuaba.

—En ese caso, espero que nunca lo entienda —murmuró.

—Oh, lo hará —le aseguró oscuramente Mara, con su voz resonando extrañamente mientras inclinaba la cabeza hacia el hueco y ondeaba su barra luminosa alrededor—. Tarde o temprano, todos lo hacemos.

Se enderezó saliéndose y desenganchó su sable de luz.

—Pueden seguir adelante… sólo hay un cuello de roca corto más por aquí. Sólo me tomará un minuto cortarlo.

• • •

Seis horas más tarde, Luke finalmente los hizo parar.

—Ya era hora —dijo Mara, haciendo una mueca de dolor mientras se sentaba en la posición más cómoda posible en la roca fría—. Estaba empezando a pensar que esperabas hacer todo el camino hasta la Torre Alta esta noche.

—Desearía que pudiéramos —dijo Luke, sacudiendo algunas piedras de una silla de montar de roca enfrente de ella y sentándose. No se veía ni cerca de tan cansado o dolorido como ella se sentía, notó con un poco de resentimiento. Sólo podía esperar que estuviera meramente escondiéndolo mejor que ella—. Tengo la sensación de que se nos está acabando el tiempo en esto.

—Siempre se te está acabando el tiempo —dijo Mara, cerrando los ojos—. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que de vez en cuando podrías dejar que alguien más hiciera todo el trabajo?

Ella sintió un cambio en la textura de sus emociones, y se preguntó si su expresión sería herida, enfadada, o indignada cuando abriera los ojos.

Para su apacible sorpresa, no era ninguna de ellas. Era, más bien, meramente una mirada de interés tranquilo.

—¿Crees que intento hacer demasiado?

—Sí —dijo ella, mirándolo cuidadosamente—. ¿Por qué? ¿No estás de acuerdo?

Él se encogió de hombros.

—Hace uno o dos años no lo habría estado —dijo—. Ahora… no lo sé.

—Ah —dijo Mara. Primero su declaración allá en la base asteroide de los Piratas Cavrilhu de que estaba intentando reducir su uso de la Fuerza, y ahora por lo menos una admisión tentativa de que podría estar intentando hacer demasiado. Esto era de hecho un progreso—. ¿Por supuesto, si no lo haces todo, quién lo hará?

Desde su percha en una roca, Niño De Los Vientos dijo algo, y Luke sonrió.

—No, Niño De Los Vientos —dijo él—. Ni siquiera un Maestro Jedi puede hacerlo todo. De hecho —…le dio una rara mirada a Mara…— a veces parece que el trabajo de un Maestro Jedi es no hacer nada.

Constructor Con Enredaderas hizo un comentario propio.

—Sí —dijo Luke.

—¿Qué dijo? —preguntó Mara.

—Me citó lo que parece ser un proverbio qom jha —dijo Luke—. Acerca de como muchas enredaderas entrelazadas son más fuertes que el mismo número de enredaderas usadas separadamente. Creo que debe haber una variación de ese en prácticamente cada planeta de la Nueva República.

Mara le arrojó una mirada agria al qom jha.

—Sabes, solía ser capaz de oír los pensamientos de Palpatine en cualquier parte del Imperio. Quiero decir en cualquier parte: los Mundos del Núcleo, el Borde Medio, incluso durante un viaje que hice una vez por el límite del Borde Exterior.

—Y sin embargo no puedes oír a los qom jha o qom qae en este cuarto —dijo Luke—. Debe ser molesto.

—«Molesto» no es exactamente la palabra que estaba buscando —dijo ácidamente Mara—. ¿Cómo es que tú puedes oírlos y yo no? Si no es algún secreto profesional Jedi.

Sus emociones permanecieron impasibles.

—En realidad, eso es exactamente lo que es —dijo él—. En realidad, no es un secreto, sino el hecho que no eres una Jedi.

—¿Qué, porque no me he quedado en tu academia hasta el final? —se mofó Mara.

—De ninguna manera —dijo Luke—. Hay formas de volverse un Jedi sin pasar por una academia. —Titubeó, apenas perceptiblemente—. Pero ya que estamos en el asunto, ¿por qué no regresaste?

Ella le estudió la cara, preguntándose si éste era un tema en el que realmente quisiera meterse ahora.

—Tenía mejores cosas que hacer —dijo en cambio.

—Ya veo —dijo Luke; y esta vez ella sintió un tirón en sus emociones—. ¿Como volar por toda la Nueva República con Lando, por ejemplo?

—Bueno, bueno —dijo Mara, arqueando ligeramente las cejas—. ¿Detecto una nota de celos?

Una vez más, él la sorprendió. El parpadeo de emoción, en lugar de arder a la vida como una ascua en la brisa, se desvaneció en cambio en una especie de tristeza apacible.

—Celos no —dijo en voz baja—. Desilusión. Siempre había esperado que regresaras y completaras tu entrenamiento.

—No lo esperaste lo suficientemente fuerte —dijo Mara, reprimiendo su propio parpadeo de vieja amargura—. Creí que después de todo lo que habíamos pasado juntos en Myrkr y Wayland merecía por lo menos un poco de consideración especial de tu parte. Pero cada vez que me presenté, dijiste hola y entonces básicamente me ignoraste. Kyp Durron o uno de esos otros niños… ellos son los que siempre conseguían toda tu atención.

Luke hizo una mueca de dolor.

—Tienes razón —concedió—. Yo pensé… supongo que estaba pensando que tú no necesitabas tanta atención como ellos. Kyp era más joven, más inexperto… —Se interrumpió.

—Y ves lo que conseguiste —Mara no pudo resistirse a señalarlo—. Él casi destruyó toda la academia, para no mencionarte a ti y a la Nueva República y a todo lo demás que se metió en su camino.

—No todo fue culpa suya —dijo Luke—. El Lord del Sith Exar Kun estaba empujándolo hacia el lado oscuro.

—No me digas —dijo Mara, consciente de que estaba desviándose directamente de vuelta hacia el territorio que ya había decidido evitar por el momento—. ¿Y de quién fue la idea de hacer la academia en Yavin en primer lugar? ¿Y quién decidió dejarla allí después de que ese asunto con Exar Kun finalmente acabó?

—Mía —dijo Luke, con la mirada firmes en su cara—. ¿Adónde quieres llegar?

Mara hizo una mueca. Éste no era el momento o el lugar para meterse en esto.

—Todo lo que estoy diciendo es que no eres infalible —dijo ella, una vez más evitando el tema—. Eso por sí solo debería ser razón suficiente para que no intentes hacerlo todo tú mismo.

—Eh, no estoy discutiéndolo —protestó Luke con una ligera sonrisa—. Soy una persona reformada… en serio. Te dejé manejar tu propio sable de luz allá en esa cámara, ¿no?

—Gracias por recordármelo —dijo Mara, sintiendo que sus mejillas se calentaban de vergüenza—. Realmente creí que tenía un mejor control que ese.

—El control prolongado y sostenido es el que es a menudo el más difícil de dominar —dijo Luke—. Pero he encontrado algunas técnicas especiales para eso. Ven aquí, levanta tu sable de luz y te lo mostraré.

Girando la cadera para liberar el sable de luz, e incidentalmente sacar la pierna de una roca que estaba empezando a sentirse incómodamente afilada, Mara levantó el arma delante de ella.

—¿Quieres que lo encienda? —preguntó, asiéndolo con la Fuerza y retirando las manos.

—No, no hace falta —dijo Luke—. Está bien, ahora, sostén el sable de luz quieto delante de ti. Quiero que mantengas un ojo en él pero también que lo visualices en tu mente, sólo de la forma que está flotando allí. ¿Puedes hacer eso?

Mara medio cerró los ojos, su mente retrocediendo a su viaje a través del bosque de Wayland hace diez años. Allí, también, Luke se había deslizado fácilmente al papel de maestro, con ella tomando el papel de estudiante.

Pero mucho había cambiado desde entonces. Y quizás, esta vez, ella sería la que estaría presentando la lección más importante.

—Está bien, lo tengo —le dijo—. ¿Qué sigue?

• • •

Mara aprendía rápido, como Luke había notado en el pasado, y fácilmente entendió los rudimentos de la técnica de enfoque. La tuvo practicando con ella durante otra media hora, y entonces ya era hora de seguir en camino.

—Espero que tu droide no vaya a quedarse sin energía antes de que lleguemos allí —comentó Mara mientras Luke usaba la Fuerza para pasar a Erredós encima de otra sección de suelo desparejo más—. Odiaría pensar que lo hemos arrastrado todo este camino sólo para que pueda volverse una decoración del suelo.

—Estará bien —dijo Luke—. No está usando mucha energía ahora mismo, y tu droide lo proveyó de algunos paquetes de energía adicionales en el camino de entrada.

—Espera un segundo —dijo Mara, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir con «mi droide»? Creí que dijiste que llegaste en Ala-X.

—Sí, bajamos al planeta en Ala-X —dijo Luke—. Pero vinimos al sistema en el *Fuego de Jade*. Supongo que me olvidé de mencionar eso.

—Supongo que lo hiciste —dijo brevemente Mara, derramando un enojo que hizo que Luke hiciera una mueca de dolor cuando fluyó de sus emociones—. ¿Quién llamas te dio permiso…? No importa. Fue Karrde, ¿no?

—Él señaló que tu Defensor no tiene hiperimpulsor —dijo Luke, oyendo el tono defensivo en su propia voz—. Dos personas en una cabina de Ala-X es bastante apretado.

—No, tienes razón —dijo renuentemente Mara, y él pudo sentirla reprimiendo su protección por reflejo hacia lo único que realmente poseía en el universo—. Será mejor que lo hayas escondido bien allí afuera. Y quiero decir muy bien escondido.

—Lo he hecho —le aseguró Luke—. Ya sé cuánto significa para ti esa nave.

—Mejor que no le hayas arañado la pintura, o sino… —advirtió ella—. ¿Supongo que no pensaste en traer el mando a distancia?

—En realidad, lo hice —dijo Luke, frunciendo ligeramente el ceño mientras buscaba en uno de los bolsillos de su traje de salto. Por alguna razón desconocida un viejo recuerdo se le apareció: la vez que había regresado a Dagobah y había tropezado con un viejo mando a distancia de alguna nave pre-Guerras Clónicas. Él no había sabido lo que era, pero Erredós había recordado ver una vez a Lando con un artilugio similar, así que se había dirigido a la operación minera de Lando en Nkllon para preguntarle acerca de eso. Llegando justo a tiempo, resultó, para ayudar a Han y Leia a repeler una incursión del Gran Almirante Thrawn.

¿Pero por qué regresaría ahora esa memoria en particular? ¿Porque Mara estaba aquí, y él había visto su primera visión de ella en ese mismo momento? ¿O era algo acerca de ese antiguo mando a distancia, o el mando del *Fuego*, o los mandos a distancia en general, lo que estaba activando algo en lo profundo de su mente?

Mara lo estaba mirando extrañada.

—¿Problemas? —preguntó ella.

—Pensamientos descarriados —dijo Luke, sacando el mando a distancia y dándoselo—. Aunque no vas a poder llamar al *Fuego* desde aquí. Estamos muy fuera de rango, y creo recordar que la señal es estrictamente de línea visual.

—No, también hay una opción de transmisión —dijo Mara—. Pero el rango es bastante limitado. Sin embargo puede haber transmisores en la Torre Alta por los que pueda enviar la señal de llamada. —Ella le envió una última mirada ceñuda sobre el asunto—. Aunque puedes apostar a que no lo sacaré de su escondite hasta y a menos que podamos neutralizar su nido de cazas. Hablando de lo cual, nunca me contaste lo que pasó con el par con el que te topaste.

—No hay mucho que contar —dijo Luke, desenganchando su sable de luz y encendiéndolo. Un rápido golpe, y otra estalactita más que bloqueaba su camino cayó estrellándose contra el suelo delante de él—. Me dijeron que me quedara con ellos, entonces empezaron a hacer una serie de maniobras rápidas. En el momento pensé que podrían estar buscando una excusa para abrir fuego.

—Más probablemente querían ver con qué tipo de nave y piloto estaban tratando —sugirió Mara.

—Ésa fue la conclusión con la que terminé yo también —convino Luke, estirándose con la Fuerza para alzar a Erredós por encima de la estalactita caída—. Sin embargo, esperaron hasta que estuvimos a unos pocos kilómetros de la Torre Alta y entonces abrieron fuego. Yo me metí en esa serie de cañones que mostraba tu registro y me las arreglé para perderlos.

Mara se quedó callada un momento.

—Dijiste que te dijeron que te quedaras con ellos. ¿Hablaban en básico?

—Eventualmente —dijo Luke—. Pero empezaron con el mismo mensaje que tú y Karrde captaron cuando esa otra nave zumbó por el Destructor Estelar de Booster Terrik.

—Karrde te dio eso, supongo —dijo Mara, con emociones que se volvieron repentinamente más oscuras—. ¿Te dio el resto?

—Me dio tus datos de aterrizaje —dijo Luke—. ¿Había más?

—Sí, y nada bueno —dijo Mara—. El primer punto es que el nombre de Thrawn está enterrado en ese mensaje. El segundo punto es que tu hermana recuperó una datacard dañada cerca del Monte Tantiss que estaba etiquetada «La Mano de Thrawn».

La Mano de Thrawn.

—No me gusta como suena eso —dijo Luke.

—Tampoco a nadie más que lo ha oído —convino severamente Mara—. La pregunta es, ¿qué significa?

—Te llamaban la Mano del Emperador —le recordó Luke—. ¿Podría Thrawn haber tenido ese tipo de agente?

—Ésa también es la primera cosa que todos los demás han preguntado —dijo Mara, y Luke captó un breve parpadeo de molestia en ella—. Eso, o si podría ser alguna superarma como otra Estrella de la Muerte. Pero ninguna de esas cosas era realmente su estilo.

Luke resopló.

—No, su estilo era aplastar a todos como un rancor con alguna estrategia brillante.

—Concisa forma de decirlo —dijo Mara—. De todos modos, la datacard salió del almacén privado del Emperador, así que debe significar algo. Palpatine no habría creado desinformación sólo para su propio entretenimiento privado.

—Bueno, cualquier cosa que signifique, parecería que nuestros amigos en la Torre Alta están de algún modo conectados a Thrawn —dijo Luke—. Me pregunto si podría ser un grupo de su gente.

—Oh, esa es una idea alegre —gruñó Mara—. Sólo esperemos que toda la especie no tenga el mismo genio táctico que él.

—Sí —murmuró Luke.

Pero incluso mientras encendía su sable de luz para apartar más de la roca de su camino se le ocurrió otro pensamiento intranquilizador. Si la Mano de Thrawn no hubiera sido un asesino o agente especial…

—Estás pensando de nuevo —Mara interrumpió sus pensamientos—. Vamos, veámoslo.

—Sólo estaba pensando que quizá la Mano de Thrawn podría haber sido un estudiante —dijo Luke, volviéndose para mirarla—. Alguien que él podría haber estado entrenando para tomar su lugar si le pasaba algo.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Mara—. Quiero decir, han pasado diez años. ¿Por qué no se ha mostrado hasta ahora?

—Quizá la Mano pensó que todavía no estaba listo —sugirió Luke—. Quizá pensó que necesitaba más tiempo o entrenamiento antes de que pudiera tomar el lugar de Thrawn.

—O si no —dijo Mara, y a la luz de sombras bruscas de las barras luminosas su cara estaba repentinamente tensa—, sólo estaba esperando por el momento oportuno para hacer su movimiento.

Luke respiró profundo, el aire fresco de la caverna sabía repentinamente un poco más frío.

—Como el momento en que la Nueva República está a punto de partirse en dos por del problema de Caamas.

—Es exactamente cómo Thrawn se habría aprovechado de la situación —dijo Mara—. De hecho, con los recursos imperiales reducidos a prácticamente la nada, es casi lo único que podría hacer.

Por un largo momento sólo se miraron entre sí, ninguno habló.

—Creo —dijo Mara por fin—, que será mejor que vayamos a esa torre y simplemente veamos lo que está pasando allí.

—Creo que tienes razón —dijo Luke, girando su barra luminosa en la dirección de su viaje y subiendo otro poco su intensidad. A unos cinco metros adelante, el pasadizo en el que estaban parecía abrirse en una cámara grande, lo suficientemente grande por lo menos para tragarse el rayo de la barra luminosa. Dio un paso adelante…

E hizo una pausa cuando una sensación sutil le cosquilleó el fondo de la mente. En alguna parte adelante…

—Yo también lo sentí —murmuró Mara desde atrás de él—. Aunque no se siente como mis usuales advertencias de peligro.

—Quizá no es algo peligroso —dijo Luke—. Por lo menos, no para nosotros.

Erredós trinó, un sonido que se las arregló para sonar sospechoso y triste al mismo tiempo.

—No estaba hablando acerca de ti —le aseguró Mara al droide—. ¿Lo ves, Luke?

—Sí —dijo Luke, esbozando una estrecha sonrisa. Adelante, sus tres guías qom jha que hasta ahora se habían pasado libremente de adelante a atrás de sus más lentas cargas que caminaban por el suelo, se habían subido todos a perchas de roca justo de este lado de la boca de la caverna—. Yo diría que hay algo allí adentro con lo que no están ansiosos de encontrarse.

—Acerca de lo cual parecen haberse olvidado de contarnos —señaló Mara—. ¿Otra prueba?

—Podría ser —dijo Luke—. No, Niño De Los Vientos, quédate aquí atrás.

Yo no veo ningún peligro, protestó el joven qom qae. Pero no obstante se bajó obedientemente en picada a un aterrizaje en una estalagmita cerca de la abertura. *¿Cuál es el peligro?*

—Estamos a punto de averiguarlo —le dijo Luke, agarrando su sable de luz y deslizándose hacia la caverna—. ¿Mara?

—Justo detrás de ti —dijo ella—. ¿Quieres que me ocupe de las luces?

—Por favor —dijo Luke, dándole su barra luminosa por encima de su hombro. Estirándose con todos sus sentidos, pasó caminando por la abertura.

Por un largo minuto se quedó parado allí inmóvil, estudiando el terreno mientras Mara barría lentamente la zona con los rayos de las barras luminosas. La cámara era impresionantemente grande y de techo alto, con un manojo de canales poco profundos conduciendo arroyos de agua ondulante por el suelo por otra parte más o menos llano. No había ninguna de las estalagmitas y estalactitas con las que habían tenido que tratar a través del resto del sistema de cuevas, pero las áreas más bajas de las paredes estaban salpicadas con docenas de agujeros de medio metro de diámetro que parecían extenderse profundamente en la roca. Toda la cámara, las paredes, el techo, el suelo, incluso los lechos de los riachuelos, estaban cubiertos con lo que parecía ser una capa espesa de una sustancia blanca musgosa. En el lado lejano, la cámara se encogía de nuevo a un túnel como en el que estaban parados.

—Debe haber aberturas a la superficie —dijo Mara en voz baja, su aliento un moderado calor momentáneo en su nuca—. Ninguna luz, pero puedes sentir el movimiento del aire. Y también hay agua.

—Sí —murmuró Luke. Aire, agua, y una base de plantas, aunque fuera una de musgo, significaba que podría haber toda una ecología aquí abajo.

Una ecología que bien podría incluir a algún depredador…

—¿Quieres ofrecerle una barra de ración? —sugirió Mara.

—Intentemos primero con una roca —dijo Luke, inclinándose para recoger una piedra del tamaño de un puño. La tiró hacia el centro de la cámara; y cuando se arqueó hacia el suelo, la atrapó en un asimiento de la Fuerza y la hizo girar abruptamente al costado…

Y abruptamente algo salió y volvió con un chasquido de una de las paredes.

Y en ese movimiento, la piedra se desvaneció.

—¡Whoa! —dijo Luke, examinando esa parte de la pared mientras Mara giraba las barras luminosas en esa dirección—. ¿Viste de dónde vino eso?

—De alguna parte por allí, creo —dijo Mara—. Pasó demasiado rápido… allí. ¿Lo ves?

Luke asintió. De uno de los agujeros profundos en la pared, una breve cascada de grava se derramaba silenciosamente hacia el musgo blanco. Hubo algún movimiento del musgo con el paso de la grava, entonces se asentó y la cámara quedó de nuevo tranquila e inmóvil.

—Supongo que no le gustan las rocas —comentó Mara.

—Deberíamos haber usado la barra de ración —convino Luke, extendiéndose a la Fuerza y repitiendo su memoria a corto plazo. No sirvió de nada; la atrapada había sido demasiado rápida—. ¿Pudiste ver lo que era?

—Algún tipo de lengua o tentáculo, supongo —dijo Mara—. La parte principal de la criatura probablemente está dentro de ese agujero.

—Y probablemente no está solo —dijo Luke, mirando a los demás agujeros alrededor de la cámara—. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno, para empezar, vamos a necesitar ver uno más de cerca —dijo Mara—. ¿Captas alguna conciencia allí?

Luke se estiró a la cámara con la Fuerza.

—No —le contó—. Nada.

—Así que entonces son simples animales depredadores —dijo ella, apretándose en la abertura al lado de él y dándole las barras luminosas—. Eso ayuda. Quítate del camino, ¿quieres?

—¿Qué vas hacer? —preguntó Luke, frunciendo el ceño, cuando ella sacó su sable de luz y lo encendió.

—Como te dije: mirar más de cerca —dijo. Sosteniendo el sable de luz delante de ella, lo agarró con la Fuerza y empezó a girarlo lentamente. Todavía girando, el sable flotó hacia su izquierda, manteniéndose cerca de la pared. Se aproximó a uno de los agujeros…

Y con una llamarada de luz y el múltiple crujido de roca fracturada, se desvaneció en el agujero.

¡Mara Jade!, jadeó Niño De Los Vientos. *¿Tu arma-garra?*

—Está bien —lo calmó Luke. Mantuvo sus ojos en el agujero, sin atreverse a mirar a Mara. Si ella había calculado mal…

Y entonces, con un segundo ruidoso desmoronamiento de roca, una larga criatura parecida a una babosa salió encorvada del agujero, cubierta de sangre rosa que todavía rezumaba de una media docena de cortes profundos a lo largo de su cuerpo. Moviéndose en una casi grotesca cámara lenta, se deslizó bajando la pared musgosa y se paró contra una piedra en el suelo. Una lengua enrollada salió rodando fláccidamente de la boca floja, seguida por el sable de luz de Mara.

Hubo un jadeo de uno de los qom jha.

Entonces así es como son, dijo Cumplidor De Promesas.

—¿Nunca habías visto uno antes? —preguntó Luke.

No, contestó el qom jha. *No los encontramos hasta hace treinta estaciones.*

Luke alzó una ceja.

—¿En serio? ¿No estaban aquí antes de eso, o simplemente ustedes no se habían encontrado con ellos?

No puedo contestar apropiadamente a esa pregunta, dijo Cumplidor De Promesas. *Los qom jha sólo hemos entrado en esta parte de la caverna algunas raras veces.*

—¿Problemas? —preguntó Mara mientras se extendía con la Fuerza para recuperar su sable de luz.

—Parece haber alguna pregunta acerca de si este cuarto estaba así hasta hace treinta años —le contó Luke.

—Interesante —dijo Mara, mirando con repugnancia a su ahora ensangrentado sable de luz. Haciéndolo dar la vuelta de la esquina a la cámara, lo limpió en un saliente del

musgo blanco—. Podría ser que alguien se mudó a la Torre Alta en ese tiempo y entonces pudo querer desalentar el turismo casual.

—Ésa es una posibilidad —convino Luke.

—Bueno, yo hice mi parte —dijo Mara, inspeccionando de nuevo su sable de luz—. Tú puedes hacer las próximas… veamos… como las próximas treinta…

—Más o menos —confirmó Luke, haciendo una rápida estimación del número de agujeros en las paredes de la caverna—. ¿Crees que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de que somos demasiado grandes para comernos?

—Odiaría tener que contar con eso —dijo Mara—. Hay más que suficiente velocidad y músculo detrás de esas lenguas como para romper huesos.

—De acuerdo —dijo Luke—. Supongo que no habrá algún camino que pase fuera de su alcance.

—Tampoco querría contar con eso —dijo Mara—. Sin embargo, parece bastante simple. Nos abrazamos a una pared y rebanamos a cada uno de los que encontremos por el camino.

Luke hizo una mueca. Bastante simple, es cierto, pero bastante sangriento. Las criaturas no eran conscientes, por supuesto, y era sumamente importante que él y Mara las pasaran. Pero todavía no le gustaba la idea de semejante matanza a gran escala.

Pero quizá había otra forma.

—Cumplidor De Promesas, ustedes obviamente se han encontrado con estas cosas antes —dijo, mirando atrás por sobre su hombro—. ¿Qué comen?

Cumplidor De Promesas batió las alas.

Hay migraciones de insectos al principio y al final de cada estación.

—¿Hmm? —preguntó Mara.

—Insectos migratorios —tradujo Luke.

—Ah —dijo Mara—. Excepto cuando pueden atrapar qom jha frescos, supongo.

Partidor De Piedras rizó las alas amenazadoramente.

No nos insultes, Jadeo De Mara.

—Por supuesto, eso no explica qué están comiendo ahora mismo —continuó Mara—. No hay muchos insectos aquí abajo en este momento.

—Por lo menos ninguno visible —dijo Luke. Apagando su sable de luz, se deslizó a la cámara, manteniéndose cerca de la pared. Extendiendo la empuñadura de su sable de luz tanto como pudo, le dio un golpe seco al musgo.

Hubo un súbito zumbido resonante; y abruptamente una docena de grandes insectos salieron de cavidades inadvertidas en el musgo, huyendo locamente en todas direcciones a través de la cámara.

No llegaron muy lejos. Tan repentinamente como habían aparecido los insectos hubo una agitación de lenguas chasqueantes, y un momento más tarde la cámara quedó de nuevo en silencio.

Detrás de Luke, Erredós borbotó nerviosamente.

—Interesante —comentó Mara—. Esa capa de musgo debe ser más gruesa de lo que parece —miró a Luke—. Espero que no vayas a sugerir que apaleemos las paredes e intentemos escabullirnos mientras están en un frenesí alimenticio.

—Estás casi en lo cierto —dijo Luke, encendiendo su sable de luz y caminando de nuevo a la cámara. Deslizando la punta de la hoja resplandeciente en el musgo, cortó cuidadosamente un cuadrado de un metro de ancho del material de la extensión general. Apagó el arma y la devolvió a su cinturón, agarró bien los bordes, y tiró.

Con un rasguido extrañamente desconcertante, un parche de quince centímetros de espesor se separó. Luke lo agarró sobre sus antebrazos, intentando mantenerlo más o menos entero, haciendo una mueca de repugnancia al ver cien gusanos de repente perturbados corriendo por la superficie o enterrándose de nuevo en el musgo.

—Encantador —dijo Mara, viniendo a su lado—. ¿Y ahora es hora de comer?

—Ése es el plan —dijo Luke, deslizándose hacia el próximo agujero en la línea y tirando el parche delante de él. La lengua salió con un chasquido, y en una agitación de polvo de musgo el parche se desvaneció.

—Veamos si funcionó —dijo Mara, adelantándose a Luke y estirando la hoja de su sable de luz delante del agujero.

No pasó nada.

—Parece estar bien —decidió ella—. Mejor que pase el droide mientras todavía está masticando.

—Correcto —dijo Luke, volviéndose y asiendo con la Fuerza a Erredós—. Niño De Los Vientos, qom jha, vamos.

Un minuto más tarde todos estaban del lado lejano de la guarida.

—Bueno, estoy impresionada —declaró Mara, bajando su posición de guardia para unírseles.

—Y no nos hizo falta matar —señaló Luke, encendiendo su sable de luz y caminando hacia el aposento del próximo depredador.

—Excepto un manojo de insectos —dijo Mara—. A propósito, ¿tienes algún problema con los insectos?

Él creyó que lo había estado escondiendo mejor.

—Me recuerdan a esas cosas droch, eso es todo. Ningún problema.

—Ah —dijo Mara, apagando su sable de luz y dando la vuelta por detrás de Luke—. ¿Que tal si tú cortas, y yo pelo? ¿De acuerdo?

• • •

Dos horas más tarde, finalmente se detuvieron para pasar la noche.

—Por lo menos, creo que es de noche —dijo Luke, frunciéndole el ceño a su crono—. Acabo de darme cuenta de que nunca puse esta cosa en la hora local.

—Es de noche —le aseguró Mara, acostándose agradecida contra su roca escogida y cerrando los ojos. Más tarde, sabía ella, pagaría por esto con numerosos dolores e incomodidades por la humedad y los bordes afilados. Pero por el momento se sentía inmensamente bien—. La noche se define como la hora de dormir para todos los chicos y chicas buenos. Por consiguiente, es definitivamente de noche.

—Supongo que sí —dijo Luke.

Mara abrió los ojos y lo miró. Había habido un parpadeo de algo en sus emociones justo entonces.

—¿No? —preguntó ella.

Él agitó la cabeza.

—No, tienes razón —concedió, un poco renuentemente—. Necesitamos dormir.

¿En lugar de qué? Mara se estiró con la Fuerza, intentando leer más profundamente en su mente. Pero el camino estaba bloqueado, con nada que ella pudiera detectar excepto una barrera de incertidumbre teñida… ¿con?

Frunció el ceño. ¿Vergüenza? ¿Era realmente eso lo que ella estaba captando?

Lo era. Y para el gran Maestro Jedi Luke Skywalker el incluso tener semejante emoción era definitivamente una evidencia de progreso.

Y dado que, la última cosa que ella quería hacer, era ponérselo fácil. Cuando él estuviera finalmente dispuesto a quebrar su caparazón lo suficiente para preguntarle por su relación con Lando, ella se lo contaría. No antes.

Y quizá para ese tiempo podría oír las otras cosas más preocupantes que ella tenía que decirle.

Quizás.

CAPÍTULO 11

—Entonces es ese, ¿eh? —preguntó Wedge, apoyándose indiferentemente contra una de las lámparas de estilo bothan antiguo que delineaban el parque y mirando por la extensión abierta al domo blanco brillante en el centro.

—Ése es —confirmó Corran, frunciéndole el ceño a su datapad—. Por lo menos, de acuerdo a esto.

Wedge giró su mirada a la periferia del parque, a la calle que lo rodeaba y a las tiendas con sus coloridos carteles comerciales que la delineaban. Era aparentemente día de mercado, y cientos de peatones bothans y alienígenas llenaban el área.

—Deben estar chiflados —le dijo a Corran—. Poner un blanco así…

Se interrumpió cuando un par de duros pasaron delante de él y se fueron por un ángulo en el parque.

—En un área pública —continuó en un tono más bajo—, es sólo buscarse problemas.

—Por otro lado, tener un polo de tu rejilla de escudo planetario dentro de tu ciudad capital garantiza bastante la seguridad de esa ciudad —señaló Corran—. Eso debe ser reconfortante para todos los extraplanetarios que hacen negocios aquí.

—Los bothans siempre se han preocupado mucho por su imagen —concedió agriamente Wedge.

Aun así, tuvo que admitir que el lugar no era ni de lejos tan vulnerable como aparentaba. De acuerdo a los datos que Bel Iblis les había conseguido, el domo estaba construido de una aleación especial de permacero, no tenía ninguna ventana y sólo una puerta, y estaba lleno de guardias armados y defensas automatizadas. El equipo generador de escudos propiamente dicho estaba dos pisos bajo la tierra, con un suministro de energía autocontenido de respaldo, un cuarto lleno de partes de repuesto, y una estructura de técnicos de servicio que según se alegaba podrían desarmar todo el sistema y volverlo a armar en dos horas.

—Cierto; pero más allá de la imagen, tampoco nunca se han quedado cortos en cuidar de sus propios traseros —señaló Corran—. Tendrán resguardos de siete tipos…

Se detuvo cuando un grupo de bothans, charlando animadamente entre sí, se abrió paso a empujones entre los dos humanos. Un par de rezagados que seguían al grupo principal estaban aún más ensimismados; uno de ellos chocó directamente contra Wedge, casi haciéndolo caer.

—Todo mi clan se disculpa, señor —jadeó, ondeando su pelaje de vergüenza y turbación mientras retrocedía rápidamente directamente hacia Corran. Corran intentó esquivarlo, pero el bothan ya se estaba moviendo demasiado rápido y también embistió contra él.

—Torpe necio —lo amonestó el segundo bothan, tomando el brazo de Corran para ayudarlo a recuperar el equilibrio—. Endeudarás a todo nuestro clan hasta que el sol de

Bothawui muera. Nuestras más grandes disculpas, amables señores. ¿Está alguno de ustedes lastimado?

—No, estamos bien —le aseguró Wedge. Miró a Corran para una confirmación, vio apenas una insinuación de un ceño arrugando la frente del otro—. Pensándolo mejor…

—Excelente, excelente —continuó el bothan, claramente no muy interesado en la respuesta a su pregunta mientras tomaba el brazo de su compañero y los dirigía a ambos hacia las tiendas—. Un buen y amistoso día para ustedes, entonces, buenos señores.

Wedge se acercó al lado de Corran, mirando como los dos bothans casi atropellaban a una anciana humana al borde de la muchedumbre y entonces se desvanecían en el flujo peatonal general.

—¿Qué sucede? —murmuró—. ¿Estás herido?

—No —dijo despacio Corran, ahondando su ceño—. Simplemente hubo algo que se sintió mal acerca de…

Abruptamente, palmoteó su túnica, su ceño explotó en una mirada de consternación absoluta.

—¡Droyk! ¡Se llevó mi billetera!

—¿Qué? —exclamó Wedge, manoteando su propio bolsillo.

Y encontrándolo vacío.

—Oh, sh…

—Vamos —dijo Corran entre dientes, zambulléndose en la muchedumbre.

—No puedo creerlo —gruñó Wedge, zambulléndose detrás de él—. ¿Cómo espacios hicieron esto?

—No lo sé —respondió Corran por encima de su hombro, empujando a un lado a un peatón tras otro—. Habría jurado que conocía todos los trucos. ¿Supongo que no llegaste a ver el signo de clan que estaban llevando?

—Lo vi, pero no lo reconocí —le contó Wedge, sintiéndose un completo y alegre tonto. Todo lo que tenían: dinero, chips de créditos, y sus IDs civiles y militares, todo estaba en esas billeteras—. El general va a matarnos si no las recuperamos.

—Sí… de a uno a la vez y muy lentamente —convino oscuramente Corran. Se abrió paso a través de un último grupo de peatones a un punto temporalmente despejado en la pasarela y se detuvo—. ¿Algo? —preguntó, levantando el cuello para buscar en las muchedumbres.

—Nada —dijo Wedge, echando una mirada alrededor y preguntándose qué en el nombre de la tía de Ackbar iban a hacer ahora. El gobierno bothan no sabía que estaban aquí, y probablemente estaría furioso si lo averiguaba. Lo mismo que cualquier oficial de la Nueva República—. ¿Supongo que no podrías ser capaz de, ah…?

—Si no pude captar nada cuando estuvieron justo al lado mío, no es probable que pueda hacerlo a esta distancia —dijo Corran, sonando completamente disgustado consigo mismo—. Espero que ya tengas un plan de respaldo listo.

—Pensé que lo traías tú —contrapuso displicentemente Wedge. Desafortunadamente, todo lo que podían hacer ahora era volver a su lanzadera y reunirse con el *Peregrino* en Ord Trasi.

Se rumoreaba que el General Bel Iblis tenía un imponente repertorio de invectivas corellianas que sólo salían a la superficie cuando estaba absolutamente furioso. Wedge mismo nunca había podido confirmar personalmente el rumor. Parecía probable que pronto tendría la oportunidad de hacerlo.

—Mirax nunca va a dejar de reprenderte por esto —advirtió con un suspiro.

—Claro… como si Iella fuera a dejar de hacerlo alguna vez —gruñó en respuesta Corran.

—Eh, ustedes, mis buenos jóvenes muchachos. ¿Me acompañan con una bebida?

Wedge se volvió, para encontrar a una anciana de ojos brillantes parada junto a él.

—¿Qué?

—Les pedí que me acompañaran con una bebida —repitió ella—. Es un día tan caluroso, y toda esa luz brillante del sol es molesta para ojos viejos como los míos.

—Lo siento, pero estamos un poco ocupados ahora mismo —dijo bruscamente Corran, parándose en puntas de pie para asomarse de nuevo por encima de la muchedumbre.

—Ustedes los jóvenes —dijo la mujer en tono de reproche—. Siempre demasiado ocupados para sentarse y disfrutar de la vida. Demasiado ocupados también para escuchar la sabiduría de sus mayores.

Wedge hizo una mueca, volviendo su atención de nuevo a la muchedumbre y esperando que la vieja necia entendiera la indirecta. No se podía imaginar qué estaba haciendo ella excavando mineral en las calles de Drev'starn en primer lugar.

—Mire, señora, lo siento…

—Pero están demasiado ocupados para compartir una bebida con una vieja dama solitaria… —continuó ella, con voz que se volvió afligida—. Eso es simplemente escandaloso. Especialmente cuando la vieja dama solitaria paga.

Wedge volvió a mirarla, buscando una forma firme pero cortés de sacársela de encima.

—Mire, señora…

Y se detuvo. La mano de ella estaba levantada ahora y estaba sosteniendo dos artículos para que él los inspeccionara. Dos pequeños sobres negros.

Sus billeteras.

Wedge sintió que su boca caía abierta unos milímetros, enfocándose por primera vez en su cara. Era la misma mujer con la que los dos rateros habían chocado durante su partida apresurada.

—Ah, ¿Corran? —dijo, extendiendo la mano y tomando las billeteras de la mano de la mujer—. No te preocupes.

—¿Q…? —demandó Corran, con la palabra estrangulada a mitad de camino cuando Wedge le alcanzó su billetera. Cautelosamente, la tomó, sus ojos dejaron a la mujer sólo

el tiempo suficiente para confirmar que todo seguía allí—. ¿Puedo preguntar cómo llegaron éstas a su posesión?

La mujer rió entre dientes, agitando la cabeza.

—Ustedes la gente de CorSec son una risa. ¿Los programan para ser así, o simplemente los hacen comer los manuales?

Corran miró a Wedge.

—Nos gusta ser precisos —dijo, su voz cautelosamente ofendida—. Y es ex-CorSec.

—Lo que sea —dijo ella con un encogimiento de hombros—. De cualquier modo, muchachos, deberían tener más cuidado, ésos son unos holos familiares muy bonitos, y odiaría ver que los perdieran. Entonces, Wedge, ¿qué hay acerca de esa bebida? Realmente tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, ¿por qué no? —convino cautelosamente Wedge, toda una lista de posibilidades desagradables pasaron por su mente. Si ella los entregaba a los grupos delictivos locales… o peor, a la organización Venganza… o incluso si meramente demandaba una pesada recompensa…— Obviamente ya sabes nuestros nombres. ¿Y el tuyo es…?

—Moranda Savich —dijo ella—. Una especie de empleada de segunda línea de su viejo amigo Talon Karrde. Y pensándolo mejor, ustedes dos pagan.

• • •

El droide mozo les entregó sus bebidas, derramando las pocas gotas obligatorias hacia la mesa de piedra tallada, aceptó la moneda de Wedge, y partió.

—Chakta sai kae —dijo Moranda, alzando su vaso—. ¿Lo dije bien, Corran? Nunca he estado segura de la pronunciación corelliana correcta de ese brindis.

—Bastante cerca —gruñó Corran, alzando la mirada con obvia renuencia del datapad y mirando a Wedge—. ¿Y bien?

Wedge se encogió de hombros.

—Se ve bien para mí.

—«Bien» no es suficiente —dijo oscuramente Corran—. También me doy cuenta de que la única forma de confirmar que esta carta de presentación es realmente de Karrde sería investigar los códigos de ID en Coruscant.

—Así que muevan sus colas a la oficina de enlace de la Nueva República y pidan que hagan eso —dijo Moranda, tomando un largo sorbo del licor verde-azul pálido que había ordenado—. Aquí no estamos precisamente gordos de tiempo, saben.

—Sí —murmuró Wedge, intentando leer esa cara tan totalmente indiferente—. Desafortunadamente…

—Desafortunadamente, no pueden hacer eso… —sugirió ella, mirando a Wedge por encima de su vaso—. Sí, eso pensé. Que extraño.

—¿Por qué dices eso? —demandó Corran.

—¿Por qué digo qué? —contrapuso Moranda—. ¿Que los hayan dejado solos, o que eso es extraño?

—Lo primero —dijo Corran—. Suena como que casi lo esperabas.

—Oh, vamos —dijo ella con desdén—. Tuve una larga mirada a sus billeteras, recuerdas. ¿Qué otra conclusión hay, cuando tienen sus IDs militares enterradas detrás de las civiles?

—Exactamente —dijo Corran, mirándola fijo con el tipo de mirada intensa que Wedge decidió era equipo estándar de Seguridad Corelliana—. Lo que significa que ya sabías que no podríamos verificar esta historia desde antes de que nos la mostraras.

—¿Y qué, fabriqué eso al vuelo? —preguntó ella, todavía señalando hacia la datacard en su datapad.

—O la tenías esperando con tu colección de una docena de otras falsificaciones —respondió el fuego Corran—. ¿Cómo se supone que lo sepamos?

Alzando su vaso, Moranda lo vació.

—No importa —dijo, poniéndose de pie—. Asumí que estábamos del mismo lado en esto, y pensé que podríamos ayudarnos entre nosotros. Aparentemente, no podemos. La próxima vez, intenten aferrar un poco mejor sus billeteras.

Wedge miró a Corran, captó la inclinación fraccionaria del otro.

—Por favor; siéntate, Moranda —dijo, medio levantándose de su propia silla y tomándola del brazo. Éste se sentía dolorosamente delgado debajo de su manga—. Por favor.

Ella hizo una pausa, lanzando una mirada especulativa a cada uno de ellos. Entonces, dándole una estrecha sonrisa a Wedge, volvió a su asiento.

—Una prueba, presumo. ¿Pasé?

—Lo suficientemente bien para que por lo menos te escuchemos un poco más —le dijo Wedge—. Empecemos con por qué estás aquí exactamente.

—Probablemente la misma razón que ustedes —dijo ella—. Karrde ve una explosión en camino, con los bothans en el medio de ella, y quiere ver si hay fuerzas externas planeando apretar los detonadores.

—¿Y tú eres todo lo que pudo mandar? —sugirió Corran.

—Claro que no —dijo Moranda—. Tiene gente por toda la Nueva República siguiendo el rastro de los movimientos de personal y equipo. Otra gente está revisando cada reporte, insinuación y especulación que aparece. Yo sólo soy la que está aquí en el terreno.

—¿Con qué instrucciones? —preguntó Wedge.

Moranda señaló con la cabeza en dirección a la puerta del café.

—Hay mucho poder de fuego allí arriba en órbita —dijo—. Podrían empezar a dispararse entre sí en cualquier momento. Pero si alguien quiere dar un golpe al propio Bothawui, tendrán que librarse de los escudos planetarios primero. Karrde me pidió que mantuviera un ojo en ellos.

—¿Es por eso que estabas husmeando cerca del generador de Drev'starn? —preguntó Wedge—. ¿Intentando ver cómo alguien podría entrar?

—Ya había hecho eso —dijo—. En realidad, hoy estaba allí afuera viendo si podía descubrir a alguien más cubriendo el lugar —Sonrió maliciosamente—. Razón por la que los atrapé a ustedes dos. No quiero ofender, pero destacan en una muchedumbre como un wookiee en una reunión familiar noghri.

Wedge asintió cuando el entendimiento lo golpeó.

—¿Es por eso que hiciste que nos roben nuestros bolsillos? ¿Así podías averiguar quiénes éramos?

Los labios delgados de Moranda se crisparon.

—De hecho, no, no lo hice. Sólo estaba mirando por casualidad cuando esos bothans se alzaron con sus cosas y me aseguré de estar en posición de volver a robarlos a ellos.

Wedge miró a Corran.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Que alguien pudo habernos notado —dijo Corran, recorriendo el café con una cuidadosa mirada—. Podría ser. ¿Supongo que no podrías tener ninguna idea de adónde pueden haberse enterrado esos dos rateros, no?

—Lo siento —dijo Moranda, agitando la cabeza—. Sólo llegué aquí hace un par de días y no he tenido la oportunidad de conectarme con el bajo mundo local.

—¿Pero podrías conectarte con ellos si quisieras? —preguntó Wedge, todavía intentando hacerse una percepción de esta mujer. Confiaba más o menos en el propio Karrde; pero Karrde tenía una organización grande, y no podría posiblemente conocer personalmente a todos en ella. Moranda Savich podría estar jugando en las dos puntas en contra del medio, o aprovechándose de la organización de Karrde para sus propios propósitos, o incluso simplemente usándola para obtener alojamiento y comida gratis siempre que estuviera entre trabajos más insípidos. Si alguien de Venganza, digamos, le ofrecía una suma de dinero lo suficientemente grande para traicionarlos a él y a Corran, ¿lo haría?

Moranda suspiró.

—Mira, Wedge —dijo en voz baja—. Hice una buena cantidad de trabajos de infiltración, y en los trabajos de infiltración aprendes a leer las caras de la gente. Puedo ver que no confías en mí. Y realmente no te culpo, después de todo, acabamos de conocernos. Pero tengo esa carta de Karrde, y les devolví sus billeteras. Así de improviso, no sé qué más podría hacer para persuadirlos.

—Pero quieres persuadirnos —dijo Corran.

Ella sonrió, una sonrisa estrecha y quebradiza.

—Me dieron una asignación —dijo simplemente.

Wedge suprimió una mueca. Todavía había algo que se sentía raro acerca de esto, pero los argumentos de ella parecían tener sentido. Si algo aparecía más tarde, había que esperar que los sentidos Jedi de Corran lo captaran.

—Está bien —dijo—. Por el momento, por lo menos, unamos nuestros recursos. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno, obviamente, la primera cosa que necesitamos hacer es averiguar si cualquier sospechoso ha llegado desde que esa estación de investigación orbital fue destruida hace una semana —dijo Moranda, ahora su tono era completamente serio—. Después de todo, eso fue lo que comenzó todo este incremento militar. Si Venganza decidió aprovecharse de eso, pueden haber necesitado traer aquí a más de su gente.

—Venganza o alguien más —murmuró Corran—. El Imperio, por ejemplo.

—Parece razonable —convino Wedge—. Sólo hay un problema. Esa información está guardada en las computadoras de Aduanas de Bothawui, y nosotros no tenemos acceso.

—Oh, eso no es ningún problema —le aseguró Moranda con un movimiento airoso de la mano—. Vamos, terminen, e iremos a su habitación a hablar sobre esto.

—Seguro —dijo Wedge, tomando un largo sorbo de su todavía intacta bebida y poniéndose de pie. Cualquier cosa que pasara aquí, decidió, iba a ser muy interesante.

Lo que no era necesariamente bueno.

• • •

—¿En serio? —dijo Navett en su comunicador, alzando la vista cuando Klif entró en el Emporio de Mascotas Exoticalia y cerró la puerta detrás de él—. Eh, eso es genial. ¿Cuándo puedo pasar y recogerlos?

—En cualquier momento que lo desees —vino la voz del funcionario de aduanas bothan por el comunicador. En el ruido de fondo se oyó el débil sonido de un estornudo—. Preferentemente pronto —agregó.

—Apuesta a que lo haremos —dijo alegremente Navett—. Ya tenemos clientes que vienen queriendo ver qué tenemos, y nosotros tenemos que decirles que todavía no tenemos nada. ¿Podemos pasar ahora mismo, no?

—Creo que ya he contestado a esa pregunta —contestó el bothan mientras otro estornudo sonaba en el fondo.

—Oh… está bien —dijo Navett mientras Klif se acercaba—. Genial. Muchas gracias.

—Un día de paz y ganancias para ti.

—Sí, lo mismo para ti.

Apagó el comunicador.

—Estamos adentro —le dijo a Klif, guardando el instrumento—. Y por los estornudos, diría que por lo menos algunos de los bothans son alérgicos a nuestros pequeños polpians.

—Lo que debe dejarlos ansiosos de librarse de ellos —dijo Klif.

—Creo que ya lo hizo —convino Navett—. ¿Viste a Horvic?

Klif asintió.

—Él y Pensin entraron como personal de mantenimiento para esa taverna ho'din a dos cuadras del generador de escudos. Después de la hora del cierre.

—Perfecto —dijo Navett. Si sus esquemáticos eran correctos, ese café estaba directamente sobre uno de los conductos subterráneos que llevaban cables de energía al lugar.

—Sí —la cara de Klif se agrió—. Ahora las malas noticias. Los dos carteristas bothans que contratamos malograron el trabajo.

Navett maldijo. Debería haber sabido que no debía confiar en el talento local.

—¿Los atraparon?

—Según ellos, el robo real fue suave como hielo del lago —Klif hizo una mueca—. Fue sólo que cuando volvieron a mí, ya no tenían las billeteras.

Navett sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿Qué quieres decir con que no las tenían?

—Sólo lo que dije: las perdieron. La mejor suposición es que alguien en la muchedumbre los vio robar las billeteras y les devolvió el favor.

—¿Estás seguro de que no simplemente se embolsaron el efectivo para ellos mismos?

Klif se encogió de hombros.

—No absolutamente seguro. Pero es difícil creer que un par de agentes de la Nueva Rep estuvieran llevando más efectivo que lo que yo estaba ofreciéndoles —Frunció los labios—. A menos que, por supuesto, no fueran agentes de la Nueva Rep.

Navett tiró de una silla y se sentó pensativamente en ella. ¿Podría haber estado equivocado acerca de ellos?

—No —se contestó su propia pregunta—. No, claro que son Nueva Rep. Por su aspecto, también probablemente militares. La pregunta es, ¿quién es este nuevo saltador que se ha unido a la partida?

—¿No crees que fue simplemente otro carterista aprovechándose de la situación? —preguntó Klif.

Navett alzó una ceja.

—¿Lo crees?

—No, no realmente —dijo pesadamente Klif—. Demasiado peligro de ser atrapado con los bienes cuando las placas despertaran.

—Exactamente mi punto —dijo Navett—. No, han encontrado a un aliado del bajo mundo. Por lo que parece, también un muy buen aliado del bajo mundo.

Klif siseó suavemente entre dientes.

—No tenemos a nadie que mandar para hacer una vigilancia apropiada —le recordó a Navett—. Quizá debamos librarnos de ellos.

Navett se rascó la mejilla. Era una sugerencia tentadora. Un trabajo complicado con un itinerario ajustado era bastante malo sin agentes militares de la Nueva Rep curioseando. Si pudieran ser eliminados en silencio…

—No —dijo—. Todavía no. No pueden posiblemente estar tras nosotros. Nos mantendremos alerta, y si parecen estar mostrando demasiado interés en nosotros

podríamos tener que hacer algo al respecto. Pero por ahora mismo, los dejaremos tranquilos.

El labio de Klif se crispó.

—Tú eres el jefe —dijo—. Espero que no estés cometiendo un error.

—Si lo estoy, es un error que se corrige fácilmente —dijo Navett, poniéndose de pie—. Vamos. Pongámonos nuestras caras de sinceros-pero-estúpidos y vayamos a buscar a nuestros animales.

CAPÍTULO 12

De alguna parte lejos a la distancia vino la llamada trinante del código de combate noghri.

—La nave está aproximándose —tradujo Barkhimkh—. Sakhisakh puede verla.

—Le tomaré la palabra —dijo Leia. Encerrada entre los árboles estrechamente espaciados que se arracimaban en esta pequeña colina con vista al Espaciopuerto Barris Norte de Pakrik Menor, podía ver muy poco más que el verdor a su alrededor, un minúsculo parche de cielo azul directamente encima de ella, y el deslizador terrestre que Sabmin les había prestado debajo de ella.

Una situación ligeramente extraña, en su opinión, y además probablemente innecesaria. Dado que esa transmisión había llevado el código de firma personal y la confirmación de ruptura de puente de Bel Iblis, no podía haber nadie más que el general en esa nave que se acercaba. Pero sus guardias noghri no habían querido que ella se mostrara hasta que el ocupante de la nave fuera identificado positivamente, y debido a sus preocupaciones había estado de acuerdo en hacerlo de esta forma.

Ahora podía oír a la nave aproximándose.

—Suena bastante pequeña —dijo ella, haciendo sus ejercicios de amplificación sensorial Jedi para incrementar el gemido distante a algo más claro.

—De hecho lo es —la confirmación en voz baja de Barkhimkh retumbó incómodamente fuerte en su oído sensibilizado—. Observaré.

Se oyó el crujido de un cuerpo moviéndose a través del follaje, el ruido atronador se volvió susurros cuando Leia redujo su oído de vuelta a su nivel normal. A la distancia oyó al gemido subir ligeramente, entonces cayó abruptamente cuando la nave se posó en su plataforma y se apagó.

El sonido se desvaneció completamente, y por un largo minuto no hubo nada más que el susurro de las hojas a su alrededor. Leia esperó, preguntándose qué estaba pasando allí afuera. El grandiosamente llamado espaciopuerto era realmente poco más que un gran campo abierto con un puñado de plataformas de aterrizaje de permacreto esparcidas en él; no debería tomarle tanto tiempo a Sakhisakh llegar hasta la nave y revisarla.

A menos que hubiera algún tipo de problema. Se estiró a la Fuerza, buscando guía…

Y entonces, flotando en la brisa, vino una segunda llamada de batalla noghri.

—No hay peligro, y podemos acercarnos —dijo Barkhimkh a su lado, su voz ligeramente confundida—. Pero nos advierte que no todo es como se esperaba.

Leia frunció el ceño. *¿No es como se esperaba?*

—¿Qué significa eso? ¿Garm no está allí?

—No lo sé —dijo Barkhimkh, subiendo al deslizador terrestre y encendiendo los repulsores—. Yo sólo pude ver que la nave era de hecho pequeña, como ya habías determinado, y que no llevaba ninguna marca.

—¿Ninguna marca? —preguntó cuidadosamente Leia—. ¿Ninguna?

—Ninguna que yo pudiera ver —dijo de nuevo Barkhimkh, deslizando al deslizador terrestre a través de los árboles—. Quizás a una distancia más cercana sean visibles.

Aparte de un carguero de granos dilapidado del lado lejano del campo, la recién llegada era la única nave a la vista. Era de hecho una nave pequeña, probablemente biplaza, con las líneas de una lanzadera diplomática pero de un diseño que Leia no podía recordar haber visto nunca antes. En la proa, adonde una nave diplomática habría llevado las marcas gubernamentales, no había nada. A mitad de camino a lo largo del costado, la escotilla estaba abierta, con una rampa corta que bajaba desde ella al permacreto.

—¿Está Sakhisakh adentro? —preguntó.

—Sí —contestó Barkhimkh—. Está esperando con el piloto y el pasajero.

¿Piloto y pasajero? Leia asintió mecánicamente, con los ojos en la proa de la nave. Ahora, cuando se acercaron a la nave, pudo ver por primera vez que de hecho había unas débiles marcas en el casco adonde alguna clase de insignia había estado alguna vez.

E incluso con sólo el contorno visible, había algo vagamente familiar en el diseño. Algo que estaba activando un recuerdo igualmente vago pero no obstante perturbador…

El deslizador terrestre se detuvo en la rampa.

—Consejera Organa Solo —dijo gravemente Sakhisakh por la escotilla abierta—. Su visitante requiere humildemente el honor de su presencia.

—Por supuesto —dijo Leia, igualando el tono formal del noghri. Sakhisakh conocía bastante bien a Bel Iblis; ¿quién podría estar allí que lo haría ponerse así tan formal?—¿Quisiera mi visitante presentar su requerimiento personalmente?

—Lo hará —dijo Sakhisakh, inclinándose ligeramente y retrocediendo por la escotilla.

Y cuando hizo así, una nueva figura salió a la vista. Un humanoide alto, cubierto con una delicada bata dorada, con sutiles marcas púrpura alrededor de los ojos y hombros.

—Paz para ti, Alta Consejera Leia Organa Solo —dijo, con voz calma y rica, que sin embargo tenía un dejo de profunda y antigua tristeza—. Soy Elegos A'kla, Confiable del Remanente Caamasi. ¿Quieres unírteme a bordo de mi nave?

Leia tragó saliva cuando los recuerdos la inundaron. Su visita como una niña a los campos secretos de refugiados caamasi en Alderaan, y los centenares de banderas coloridas en las que ondeaban escudos de familias caamasi que había visto allí.

Escudos como el que había sido quitado de la proa de la nave de Elegos.

—Sí, Confiable A'kla —dijo ella—. Me sentiría honrada.

—Por favor perdona mi intrusión en tu privacidad —dijo el caamasi, retrocediendo mientras ella subía por la rampa—. Me han contado que tú y tu parejaunida vinieron aquí a descansar, y yo normalmente no habría violado tu solitud. Pero deseaba grandemente hablar contigo; y el que traje conmigo dijo que su encargo era importante al punto de la urgencia terrible.

—¿Y esa persona es? —preguntó Leia mientras entraba en la nave, estirándose con la Fuerza. Definitivamente había alguien más aquí. Alguien familiar…

—Creo que lo conoces —dijo Elegos, apartándose del camino a un lado.

Y allí en una silla en el fondo del cuarto, retorciéndose nerviosamente bajo el ojo vigilante de Sakhisakh…

—¡Ghent! —exclamó Leia—. En el nombre de la Fuerza ¿qué estás haciendo aquí ?

—Necesitaba hablar inmediatamente con usted —dijo Ghent, su voz sonaba aún más nerviosa que su aspecto sentado en la silla—. Quería ver al General Bel Iblis, pero él no está y no puedo contactarlo. Y usted es la Presidenta de la Nueva República y todo eso, así que…

—En realidad, yo no soy Presidenta en este momento, Ghent —lo interrumpió suavemente Leia—. Estoy de licencia. Ponc Gavrisom está a cargo del gobierno.

Ghent parpadeó de sorpresa, y a pesar de la seriedad de su comportamiento Leia tuvo que esforzarse para no sonreír. Ghent había sido alguna vez el mejor genio de computadoras de Talon Karrde, con un talento tan imponente para infiltrarse y además manipular sistemas de computadoras que Bel Iblis había hecho de su meta personal el tentar al chico a que se fuera de la organización de Karrde. En los años después de que el general hubiera tenido éxito en eso, Ghent se había superado una y otra vez, subiendo firmemente a través de los rangos hasta que ahora tenía el puesto de Jefe de Criptografía.

Pero lejos de sus amadas computadoras, el joven era tan ingenuo e inocente y estaba tan perdido como era humanamente posible estarlo. El hecho de que, viviendo en el corazón de Coruscant, se las hubiera arreglado para no enterarse para nada de la licencia de Leia era casi normal en él.

—Quizás ella todavía pueda ser de ayuda —sugirió Elegos, metiéndose en la consternación avergonzada de Ghent con el típico aplomo caamasi—. ¿Por qué no le cuentas por qué estás aquí?

—Sí, seguro —dijo Ghent, recuperando la voz y sacando un datapad de una vieja y gastada funda en su cinturón—. Vea, el General Bel Iblis me dio una datacard…

—Un momento —interrumpió la áspera voz de Sakhisakh—. ¿Fuiste tú el que le envió un mensaje a la Consejera Organa Solo con el nombre de Bel Iblis?

—Bueno, eh… sí —admitió Ghent, mirando cautelosamente al noghri—. Quería al general, ve usted, pero no pude comunicarme con él. Y averigüé que Leia estaba aquí…

—¿Qué quieres decir con que no pudiste comunicarte? —interrumpió Leia—. ¿Adónde está? ¿Ha pasado algo?

—No, no, se fue al sistema Kothlis —le aseguró rápidamente Ghent, sus ojos renuentemente se volvieron del noghri a ella—. Algún tipo de agrupamiento de naves… No sé para qué. Pero no pude hacerle llegar un mensaje, ni siquiera con los códigos de autorización más altos. Así que cuando averigüé que usted estaba aquí…

—¿Cómo averiguaste que ella estaba aquí? —demandó Sakhisakh.

Ghent se retorció de nuevo.

—Bueno… estaba en los archivos de Gavrisom. Quiero decir, usualmente no me metería en los asuntos del Alto Consejo, pero era muy importante. Y entonces lo encontré a él… —Agitó la mano desválidamente hacia Elegos.

—Yo estaba esperándote en tu oficina —dijo el caamasi, su voz envió una oleada de bienvenida calma a través del cuarto—. Como mis dos colegas dejaron claro cuando hablaste con ellos, estamos profundamente preocupados por la dirección que ha tomado este asunto. Ahora, con las amenazas manifiestas hacia el pueblo bothan esa preocupación se ha magnificado grandemente.

Se encogió de hombros, un gesto que le onduló a través de toda la espalda hasta los hombros.

—Yo por supuesto había planeado esperar hasta que volvieras para continuar hablando contigo. Pero el Jefe de Criptografía Ghent insistió tanto en que debía verte inmediatamente que le ofrecí transporte, con tal de que pudiera llegar a ti.

—¿Y con tal de que él pudiera usar el código de firma privado de Garm para asegurarse de que yo vendría al espaciopuerto? —preguntó Leia, alzándole las cejas a Ghent.

El joven genio de las computadoras hizo una mueca de dolor.

—No creí que vendrías si fuera sólo por mí —murmuró.

Leia suprimió un suspiro. Sí, eso era de hecho clásico de Ghent. La realidad de los hechos, era que su nombre y habilidad tenían un enorme peso en los niveles superiores del gobierno de la Nueva República. Otro hecho que él indudablemente no había notado en absoluto.

Y en cuanto a traer a Elegos con él, Ghent probablemente no tenía ni la menor idea de cómo volar una nave estelar por sí mismo. Frustrante y molesto, pero todo encajaba.

—Está bien, relájate —dijo ella—. El interrogatorio ha terminado, y todo está perdonado por lo menos temporalmente. Ahora. ¿Cuál es este encargo por el que vale la pena romper media docena de leyes?

Haciendo otra mueca de dolor, Ghent le alcanzó el datapad en su mano.

—En realidad es un mensaje para Bel Iblis —dijo—. Pero… mira, sólo léelo, ¿está bien?

Leia tomó el datapad y lo encendió. Por otro lado, no podía evitar preguntarse, si hubiera sabido que era sólo Ghent y no Bel Iblis el que quería verla, ¿habría presionado más fuerte a Han para que la llevara en su viaje al corazón del Imperio? Incluso sin el mensaje de Ghent las razones habían parecido correctas y apropiadas en el momento. Pero sin embargo…

Y entonces las palabras aparecieron en la pantalla del datapad… y un frío helado la atravesó.

—¿Adónde conseguiste esto? —preguntó, su voz sonaba irreal a través del súbito golpeteo en sus oídos.

—El General Bel Iblis lo trajo de Morishim —dijo Ghent, su voz también temblaba ahora—. Había una Corbeta Corelliana que llegó al sistema, sólo que un Destructor Estelar la alcanzó y se la llevó.

—Recuerdo haber leído el reporte privado de Garm sobre eso —dijo Leia—. Él quería que el incidente se mantuviera en secreto mientras intentaba averiguar de qué se trataba.

—Bueno, ésta era una transmisión de la Corbeta —dijo Ghent—. Estaba toda desfigurada, pero pude filtrar el bloqueo y descifrarla —Respiró ruidosamente—. ¿Ves por qué tenía que hacérsela llegar enseguida a alguien?

Leia asintió silenciosamente, mirando fijamente al mensaje.

HABLA EL CORONEL MEIZH VERMEL, ENVIADO ESPECIAL DEL ALMIRANTE PELLAEON, ENVIADO AQUÍ PARA CONVOCAR AL GENERAL BEL IBLIS A LA NEGOCIACIÓN DE UN TRATADO DE PAZ ENTRE EL IMPERIO Y LA NUEVA REPÚBLICA. MI NAVE ESTÁ BAJO ATAQUE POR ELEMENTOS TRAIDORES AL IMPERIO, Y NO ESPERO SOBREVIVIR. SI LA NUEVA REPÚBLICA ESTÁ DE ACUERDO EN SOSTENER TALES DISCUSIONES, EL ALMIRANTE PELLAEON ESTARÁ EN EL CENTRO MINERO DE GAS ABANDONADO EN PESITIIN EN UN MES PARA ENCONTRARSE CON USTED. REPITO: HABLA EL CORONEL MEIZH VERMEL…

—¿Consejera? —murmuró en voz baja Sakhisakh desde el otro lado del cuarto—. ¿Hay algún problema?

Leia alzó la vista al noghri, casi sobresaltada de encontrarlo allí mientras los pensamientos se arremolinaban a través de su mente. Un tratado de paz. No una tregua temporal, sino una verdadera y genuina paz. Algo que ella había estado buscando y había anhelado desde los días del Emperador Palpatine y su propia decisión juvenil de oponerse a él y a todo lo que él representaba.

Y *aquí* estaba, siéndole ofrecido a ellos por el Comandante Supremo de toda la Flota Imperial.

¿O no? Después de todo, Pellaeon sólo estaba ofreciéndose a negociar. ¿Habría condiciones previas que serían planteadas en tal reunión, condiciones que convertirían a todo el ejercicio en poco más que una pérdida de tiempo o, peor, en un golpe de propaganda para el Imperio?

¿O sería incluso peor que eso? ¿Sería alguna clase de trampa?

—¿Consejera? —repitió Sakhisakh, caminando hasta su lado, sus grandes ojos negros la miraban fijamente con preocupación—. ¿Qué la perturba?

Sin palabras, ella le dio el datapad. Porque Pellaeon probablemente ya no estaba a cargo del Imperio. Si se podía creer en Lando, y si eso mismo no era alguna clase de truco, el Gran Almirante Thrawn había vuelto.

Y con Thrawn, nada era nunca lo que parecía. *Nunca*.

Sakhisakh exclamó algo que sonó vicioso en el idioma noghri.

—No puede creer en esto —gruñó, devolviendo el datapad a Ghent como si fuera algo sucio que incluso le disgustara tocar—. El Imperio es la encarnación de las mentiras y la traición. Nunca será de otra forma.

—Sí, a menudo es de esa forma —convino sobriamente Leia—. Pero por otro lado…

—¡No hay ningún otro lado! —gruñó Sakhisakh—. Traicionaron y asesinaron a mi pueblo. Traicionaron y asesinaron a su pueblo.

—Ya lo sé —murmuró Leia, el viejo dolor subió de nuevo como ácido por su garganta.

—Y si Thrawn de hecho ha engañado a la muerte —continuó el noghri, con una voz que se volvió algo mortal—, entonces hay aún más razones para rechazar cualquier cosa que pueda decir el Imperio.

—Probablemente —dijo Leia. Y sin embargo…

—¿Puedo verlo? —preguntó Elegos.

Leia titubeó. Técnicamente, éste era un asunto altamente confidencial de la Nueva República…

—Sí, por supuesto —dijo, dándole el datapad, sus instintos sensibilizados por la Fuerza sobrepasaron las estrictas legalidades de la situación. Antes de la destrucción de su mundo, los caamasi habían estado entre los más grandes mediadores y negociadores que la Antigua República jamás hubiera conocido, sus habilidades en tales asuntos rivalizaban incluso con aquéllas de los Jedi. Elegos bien podría tener algún pensamiento que ayudaría a arreglarlo todo.

Durante un largo minuto, el caamasi estudió el datapad en silencio. Entonces, sus ojos azul sobre verde relucieron de emoción, alzó de nuevo la mirada a ella.

—Yo no veo ninguna alternativa —dijo—. Sí, puede ser una trampa, pero eso no es seguro. Y si hay siquiera una pequeña oportunidad de que el Almirante Pellaeon sea sincero, esa oportunidad debe ser explorada.

Sakhisakh examinó sospechosamente al otro.

—He admirado por mucho tiempo a los caamasi, Confiable A'kla —dijo, con voz al borde del desafío—. Pero en esto, hablas con las palabras de un niño sin destetar. ¿Realmente le sugieres a Bel Iblis que se meta abiertamente en las manos del Imperio?

—Me malinterpretas, amigo mío —dijo serenamente Elegos—. No le ofrezco tal curso al General Bel Iblis. De hecho, como ya ha sido señalado, sería imposible incluso sugerírselo.

—¿Por qué? —preguntó Leia.

—Porque como Ghent ha descubierto, no tenemos ningún medio de comunicarnos rápidamente con él —dijo Elegos—. Y la velocidad es vital, porque esta oportunidad aun ahora se puede estar cerrando —Tocó el datapad—. No sé cuándo tuvo lugar el incidente de Morishim, pero está claro que las fuerzas que se oponen al Almirante Pellaeon ya han empezado a reunirse contra él. Aun cuando todos los ataques manifiestos hayan fallado, no puede esperar para siempre por la respuesta de Coruscant.

Sakhisakh le lanzó una mirada cautelosa a Leia.

—¿A quién sugieres entonces que se le pida que se meta en las manos del Imperio?

Elegos agitó la cabeza.

—No hay necesidad de pedirle a nadie —le dijo al noghri—. La elección es aparente y obvia. Iré yo.

Sakhisakh pareció tomado desprevenido.

—¿Tú?

—Por supuesto —dijo Elegos—. Consejera Organa Solo, tengo una obligación hacia Ghent para llevarlo de vuelta a Coruscant. Si aceptaras tomar esa obligación, yo podría partir inmediatamente hacia Pesitiin.

Leia suspiró. Ahora, por fin, comprendió por qué le había parecido correcto dejar ir a Han él solo a Bastión mientras ella esperaba aquí.

—No hace falta, Elegos —dijo ella—. Puedes llevarlo de vuelta tú mismo. Yo seré la que vaya a Pesitiin.

Sakhisakh hizo un ruido con la garganta.

—No puedo permitirle hacer eso, Consejera Organa Solo —vociferó—. Meterse en semejante peligro…

—Lo siento, Sakhisakh —dijo suavemente Leia—. Pero como dijo Elegos, sólo hay una opción posible. Yo soy la única aquí que tiene la autoridad para negociar en nombre de la Nueva República.

—Entonces traiga a alguien más desde Coruscant —demandó el noghri.

—Como también ha dicho Elegos, no tenemos tiempo —dijo Leia—. Si Pellaeon ha cumplido con su programa, ya ha estado en Pesitiin por once días. Tengo que ir yo, y tengo que ir ahora —Respiró profundo—. Si no puedes tratar con imperiales, lo entenderé. Puedo tomar al *Halcón* e ir sola.

—Por favor no me insulte —dijo oscuramente Sakhisakh—. Por supuesto que Barkhimkh y yo la acompañaremos. Incluso hasta la muerte, si eso es lo que nos espera.

—Gracias —dijo Leia—. Gracias a ti también, Ghent, por traerme esto. Hiciste lo correcto, con las ilegalidades flagrantes y todo. Confiable A'kla, también te agradezco tu ayuda aquí.

—Espera un minuto —dijo Ghent, con ojos que parecían confundidos de nuevo—. ¿Vas a ir allí? ¿Sola?

—No sola —gruñó Sakhisakh—. Nosotros estaremos con ella.

—Sí, claro —dijo Ghent, mirando de un lado a otro entre Leia y Elegos—. Quise decir… ¿Elegos? ¿No puedes… tú sabes?

—¿Viajar junto a ella? —dijo el caamasi—. Ciertamente, estaría más que dispuesto para hacer así. Aunque no tengo ninguna autoridad oficial en la Nueva República, mi gente tiene algunas pequeñas habilidades de negociación —miró pensativamente a Ghent—. Pero como ya he explicado, tengo la obligación previa de llevarte de vuelta a Coruscant.

—A menos que estés dispuesto a tomar una lanzadera a Pakrik Mayor y encontrar una nave de línea que te lleve de vuelta —sugirió Leia.

—Pero yo no quise pedirte que… —la cara de Ghent se retorció en algo que parecía casi doloroso—. Quiero decir, sólo te traje el mensaje porque…

Suspiró, una gran exhalación de aire que pareció encogerlo como un globo que se desinfla.

—Está bien —dijo con resignación—. Sí, está bien. Claro, también iré con ustedes. ¿Por qué no?

Leia parpadeó. No era la decisión que había esperado de él.

—Aprecio la oferta, Ghent —dijo—. Pero realmente no es necesario.

—No, no… no intentes convencerme de que no vaya —dijo Ghent—. Yo los metí en esto… también podría quedarme hasta el final. De cualquier forma, todos me dicen que necesito salir más.

Leia miró a Elegos, captó el asentimiento microscópico del otro. Aparentemente, tres días solo en una nave de dos plazas con un caamasi le habían hecho un mundo de bien a Ghent.

O si no el joven genio de las computadoras finalmente estaba empezando a madurar.

—Está bien —dijo ella—. Gracias. Gracias a todos —Dio una mirada alrededor del cuarto—. Me temo que tendremos que llevar al *Halcón*, esta nave es demasiado pequeña para todos nosotros. Está a un viaje de veinte minutos en deslizador terrestre.

—Entonces vamos —dijo Elegos, instigando suavemente—. Hay muy poco tiempo que perder.

Cinco minutos más tarde estaban corriendo por el paisaje de Pakrik Menor, el silbido del viento era el único sonido mientras los cinco ocupantes estaban sentados envueltos en el silencio de sus propios pensamientos.

Leia nunca se enteró de lo que los demás estaban pensando durante ese viaje. Pero a ella se le había ocurrido de repente una nueva y perturbadora idea. Un Jedi, sabía ella, a menudo podía ver o sentir el futuro y, como ella había hecho a menudo, podía captar una sensación de la rectitud del camino que tomaba o la posición del propio Jedi a lo largo de ese camino. Ahora estaba viendo esa rectitud para ella misma.

¿Pero, se preguntó, podía algún Jedi ver adelante hasta su propia muerte? O estaría el camino que llevaba a ese momento siempre en la oscuridad… Sintiéndose correcto y apropiado, quizás, todo el camino hasta el punto del paso…

No lo sabía. Quizás éste sería el camino adonde lo averiguaría.

CAPÍTULO 13

Desde el lejano camarote de popa, el aullido de la alarma de batalla en el puente del *Salvaje Karrde* fue algo bajo, casi sutil. Pero Shada había sido entrenada para notar cosas sutiles, y estaba despierta y fuera de la cama antes de que el aullido distante hubiera terminado su escala descendente y se hubiera apagado. Echándose encima su túnica y metiéndose el bláster en el bolsillo lateral, se dirigió hacia el puente.

Los corredores estaban desiertos. Shada aceleró el paso, alzando las orejas en busca del ruido de una batalla o el esfuerzo de los motores que indicaría un escape o evasión. Pero la nave estaba misteriosamente silenciosa, el zumbido estable del motor y sus propios pasos suaves eran los únicos sonidos que podía oír. Adelante, la puerta del puente se abrió deslizándose ante su acercamiento; metiendo la mano en el bolsillo de la túnica y agarrando su bláster, entró a la carga por la puerta.

Y se frenó ligeramente confundida. La tripulación del puente estaba sentada en sus posiciones normales, algunos de ellos mirando interrogativamente su abrupta entrada. Adelante, afuera del ventanal, estaba pasando el cielo jaspeado del hiperespacio.

—Hola, Shada —dijo Karrde, alzando la mirada del monitor de ingeniería adonde él y Pormfil aparentemente habían estado consultando algo—. Pensé que todavía estabas durmiendo. ¿Qué te trae por aquí a esta hora?

—Tu alarma de batalla… ¿qué creías? —contrapuso Shada, echando otra mirada alrededor—. ¿Qué sucede, un simulacro?

—No realmente —dijo Karrde, caminando hasta ella—. Mis disculpas; no creí que pudieras oír la alarma desde adonde estabas.

—Escuchar por problemas es parte de mi trabajo —dijo ásperamente ella—. ¿Qué es este «no realmente» un simulacro tuyo?

—Estamos llegando al sistema Episol y al mundo Dayark —explicó Karrde—. Hay una buena posibilidad de que encontraremos algún problema cuando salgamos del hiperespacio.

Shada miró por el ventanal.

—¿Esa banda pirata independiente de la que Bombaasa nos habló?

—Posiblemente —dijo Karrde—. El rumor de nuestro viaje indudablemente nos ha precedido.

—Para no mencionar el rumor de tu identidad —dijo Shada.

El labio de Karrde se crispó.

—De cualquier forma, después de esa nave que descubrimos esperando en nuestro punto de cambio de curso en Jangelle, pensé que lo mejor era entrar en el sistema Episol preparados.

—Suena razonable —dijo Shada—. Excepto la parte acerca de no pensar que yo necesitaba estar informada.

—No creí que hubiera nada que pudieras hacer —dijo ligeramente Karrde—. A menos que nos aborden, lo que garantizo que no harán, no habrá nada de combate mano a mano.

—Mano a mano no es la única área en la que soy experta —dijo tiesamente Shada—. ¿O no mencioné que estoy totalmente calificada para manejar esos turboláseres tuyos?

Todo el puente había asumido un aire de silencio expectante.

—No, no habías mencionado eso —dijo Karrde—. Pero a estas alturas es mayormente irrelevante. Las bahías turboláser están por necesidad algo expuestas, y si hay algún problema te preferiría aquí dónde estarás… bueno…

—¿Donde estaré a salvo? —terminó por él Shada—. ¿Por qué, porque podrían no ser piratas los que nos esperan allí afuera?

Dankin se giró a media en el timón para mirar a Karrde. Abrió la boca como si fuera a hablar, se lo pensó mejor, y se volvió a dar la vuelta de nuevo.

—No es Car'das —dijo Karrde, con voz cuidadosamente controlada—. No aquí. Si él hubiera querido atacarnos a distancia, ya lo habría hecho. Eso significa que ha decidido esperar hasta que lleguemos a Exocron.

—Siempre es bueno tener algo que esperar —gruñó Shada—. En ese caso, déjame tomar uno de los turboláseres. Yo soy por lo menos tan buena como Balig, probablemente mejor que Chal.

—Podríamos poner a Chal en la estación de situación —murmuró Dankin.

El labio de Karrde se crispó, pero él asintió.

—Está bien, veremos lo que puedes hacer. Dankin, dile a Chal que regrese y se haga cargo de situación. H'sishi, ¿cómo vamos de tiempo?

[Estamos a cuatro minutos y medio de la salida], dijo la togoriana desde la estación de sensores, sus ojos amarillos estudiaban a Shada con intensidad y sin parpadear.

—Será mejor que subas allá —Karrde le dijo a Shada, señalando con la cabeza hacia la puerta del puente—. Es el turboláser dos.

—Ya lo sé —dijo Shada—. Avisaré cuando esté lista.

Tres minutos más tarde ella se abrochó las correas en la consola de control que enfrentaba la gran burbuja de transpariacero, ejecutando la lista de control de pre-disparo y reprimiendo los fantasmas de veinte años de otras batallas similares, primero con las Mistryl y entonces con los contrabandistas de Mazzic. En la mayoría de esas batallas había tenido la suficiente suerte de estar en el lado ganador. En las otras…

—Shada, habla Chal —la voz del hombre joven vino por el auricular de su comunicador—. ¿Lista?

—Casi —dijo Shada, mirando como la última de las luces de auto-verificación se ponía verde—. Sí, lista.

—Está bien —Si Chal estaba molesto por haber sido pateado sumariamente de su puesto, no se le notaba en la voz—. Estate atenta; ahora estamos en la cuenta regresiva. Empezando por diez… ahora.

Escuchó con media oreja la cuenta regresiva, sus manos descansaban en los controles, sus ojos ya empezaban el patrón de búsqueda de combate que sus instructoras Mistryl le habían enseñado hacía tanto tiempo. La cuenta llegó a cero, el cielo jaspeado se volvió con un destello en líneas estelares y se encogieron a estrellas…

Y con un terrorífico sacudón un rayo láser golpeó con fuerza en el costado del *Salvaje Karrde*.

[Siete blancos esperando], gruñó H'sishi, el tono de su voz le dio a Shada la imagen mental de todo ese pelo gris y blanco parado de punta. [Naves de ataque pequeñas… clase Corsario.]

—Número y clase confirmados —agregó Chal—. ¿Cursos?

La recitación de blancos se perdió en el rugido siseante de su turboláser cuando Shada giró el arma y disparó. Uno de los Corsarios, intentando meterse furtivamente bajo la bahía de carga del carguero, atrapó la andanada de lleno en su flanco izquierdo y se volvió polvo con un destello. Su compañero, esquivando la mayoría de los escombros, se alejó ferozmente hacia la distancia pero sólo tuvo éxito en volar directo hacia una andanada del turboláser de Griv. Lo que quedaba de la nave continuó alejándose en una trayectoria inercial, ardiendo como una pira fúnebre voladora.

—¡Dos abajo! —braveó Chal—. Que sean tres.

—Todos quédense atentos —dijo la voz más tranquila de Karrde—. Los agarramos por sorpresa esta vez. Ahora saben qué esperar.

Shada asintió en acuerdo silencioso, echando una rápida mirada a su pantalla táctica. Los cuatro Corsarios que quedaban se habían retirado, siguiéndole el paso al *Salvaje Karrde* pero claramente no demasiado ansiosos de atacarlo de nuevo. Karrde, entretanto, tenía al carguero ardiendo fuerte por el espacio hacia el distante gigante gaseoso alrededor del que Dayark, el mundo capital de la República Kathol orbitaba.

—Mi suposición es que a continuación intentarán con su cañón de iones —dijo ella—. ¿Podemos manejar eso?

—Fácilmente —le aseguró Karrde—. No habrá problema con cañones de iones tan pequeños. Aquí vienen.

Separándose en pares, los cuatro Corsarios pasaron disparados por encima y debajo del *Salvaje Karrde*, disparando a toda potencia con sus cañones de iones. Shada disparó una rápida andanada, rozando a uno de ellos por el cuarto superior antes de que ambas naves desaparecieran detrás de la mole del *Salvaje Karrde*.

—¿Situación? —llamó ella.

—Le quitaste su cañón de iones —confirmó Chal—. Balig, le has sacado su deflector trasero…

[Atacan de nuevo], lo interrumpió el gruñido de H'sishi. Shada miró la pantalla táctica y giró su turboláser hacia donde el Corsario más cercano debería aparecer…

El atacante giró alrededor del casco del *Salvaje Karrde*, sus láseres llameando inútilmente contra el grueso blindaje del carguero. Shada y Balig respondieron el fuego,

los rayos turboláser gemelos lo agarraron de lleno en la proa y lo hicieron explotar en una brillante llamarada de luz…

Y con un trueno ensordecedor, algo chocó directamente contra la burbuja de transpariacero de Shada.

—¡Me dieron! —jadeó Shada, luchando contra el súbito dolor desgarrador en su pecho y hombro derecho. Todo a su alrededor un viento frío silbaba mientras el aire se escapaba por la burbuja fracturada. Su mano derecha estaba inutilizada; con su mano izquierda se buscó la hebilla de las correas, preguntándose distante si podría soltarse y salir de la bahía antes de que el vacío se la llevara. *Quizás ahora, por fin, todo había finalmente terminado…*

El viento estaba empezando a disminuir cuando desabrochó la correa superior. Una mala señal. Puso la mano en la correa inferior, su visión empezaba a nublarse…

Y con un segundo golpe, que sintió más que realmente oyó, la burbuja y estrellas se desvanecieron en una placa de metal gris.

Parpadeó; pero aun mientras su cerebro privado de oxígeno intentaba deducir lo que había pasado, una corriente de aire que le tapó los oídos entró en la bahía, y repentinamente unas manos extrañas estaban abriendo la última de sus correas.

—¡La tenemos! —gritó una voz incómodamente fuerte en su oído—. Pero está herida. Que Annowiskri baje aquí, rápido.

—Ya estoy aquí —vino una segunda voz del otro lado de Shada. Hubo un zumbido de algo en su brazo…

• • •

Volvió en sí lentamente, o por lo menos lentamente para una Mistryl. Por un momento permaneció acostada en silencio, con los ojos cerrados, mientras evaluaba su propia situación y condición física. Su pecho y brazo derecho se sentían vagamente adormecidos, y el cuero cabelludo le picaba como siempre lo hacía después de una sesión en un tanque de bacta, pero aparte de eso se sentía razonablemente bien. Por el sonido suave de una respiración sabía que no estaba sola; por la falta de sonidos de fondo de motores o maquinarias parecía que el *Salvaje Karrde* había podido llegar a Dayark.

Así que todavía no era el fin, y le quedaba vida por delante. Una lástima. Respirando profunda pero silenciosamente, abrió los ojos.

Estaba yaciendo en una de las tres camas en la bahía médica del *Salvaje Karrde*. Sentado al otro lado del cuarto, con la vista perdida meditativamente afuera en el espacio, estaba Karrde.

—¿Debo suponer que ganamos? —preguntó Shada.

Karrde se sacudió ligeramente, su mirada regresó a ella.

—Sí, ganamos fácilmente —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—No demasiado mal —dijo ella, moviendo experimentalmente su brazo derecho. Aparte de alguna rigidez y el entumecimiento que ya había notado, no parecía demasiado mal, por lo menos con tal de que no intentara moverlo demasiado en ninguna dirección—. El brazo necesita un poco más de trabajo.

—Sí, Annowiskri me dice que necesitarás por lo menos otra sesión en el tanque de bacta —dijo Karrde—. Hice que te sacaran para que pudieras acompañarme en un corto paseo afuera de la nave. Eso es, si estás interesada.

—Por supuesto que estoy interesada —dijo Shada—. ¿En qué parte de Dayark estamos?

—En el espaciopuerto principal de Rytal Prime, la ciudad capital —dijo Karrde—. Aterrizamos hace unas dos horas.

Shada frunció el ceño.

—¿Y sólo vas a salir ahora? Pensé que teníamos prisa.

—La tenemos —dijo Karrde—. Pero primero tuvimos que jugar a los anfitriones con un pequeño grupo de inspectores. Se pasaron más de una hora revisando la nave con el proverbial buscador de lados planos. Ostensiblemente buscando contrabando.

—Espero que los hayas vigilado de cerca.

—Muy de cerca —le aseguró Karrde—. De todos modos, ahora ya se han ido, y Pormfil y Odonnl están haciendo arreglos para poder reparar la nave. Entretanto, al comandante militar de la República Kathol le gustaría tener una charla con nosotros.

—Sin duda acerca de nuestros atacantes.

—Sin duda —convino Karrde—. Quizás enfocándose en cómo nos las arreglamos para echarlos con tan pocos daños.

Shada alzó las cejas.

—«Tan pocos daños» es un término relativo, por supuesto.

Karrde hizo una mueca.

—Siento lo que pasó, Shada…

—Olvídalo —lo interrumpió Shada. Las disculpas siempre la incomodaban, incluso cuando eran sinceras. *Especialmente cuando eran sinceras*—. Fue mi idea, recuerdas. ¿Así que, cuál es el plan?

—Se supone que me encontraré con un General Jutka en un café justo afuera del espaciopuerto —le contó Karrde—. Aquí hablan principalmente en básico, pero también hay un contingente de buen tamaño de colonos ithorianos, así que pensé en llevar a Trespeó en caso de que nos encontremos con problemas de traducción.

—Un lugar extraño para una reunión oficial —comentó Shada—. Parece que no saben si quieren estar asociados con nosotros o no.

—Yo diría que esa lectura dio justo en el clavo —convino Karrde, mirándola pensativamente—. Tu comprensión de política es bastante buena, especialmente para una simple guardaespaldas.

—Nunca he dicho que yo fuera simple —contrapuso Shada, bajando las piernas al costado de la camilla—. Dame cinco minutos para cambiarme e iremos a ver a este general.

• • •

Diez minutos más tarde los tres estaban caminando por la bulliciosa calle que orillaba el espaciopuerto, Karrde y Shada caminaban lado a lado con el droide de protocolo color dorado siguiéndolos nerviosamente.

—Los nativos parecen curiosos —comentó Shada en voz baja.

Karrde asintió. Ya había notado las miradas subrepticias de los transeúntes ithorianos y las miradas fijas abiertas de algunos de los humanos.

—Mara reportó que eran un pueblo cuidadoso pero no particularmente hostil.

—Es bueno saberlo —dijo Shada—. Por supuesto que ese reporte ya tiene seis años. Se visten de una forma interesante: esas chaquetas brillantes con todos esos mechones de pelaje al azar todavía en ellas…

—Es cuero de crosh —lo identificó Karrde—. Un animal nativo de uno de los mundos en la República Kathol. Cómodo y durable, y esos mechones de pelaje pueden ser dejados al azar o en cualquier variedad de patrones. Mara me contó que las chaquetas de cuero de crosh estaban empezando a usarse cuando ella y Calrissian estuvieron aquí; Veo que desde entonces ha florecido en toda una moda.

—Probablemente porque sirve para la identificación instantánea de los extraños —dijo Shada, pellizcando el material de su traje de salto de a bordo—. No tenemos muchas oportunidades de mezclarnos en ninguna muchedumbre vistiendo éstos.

—Definitivamente hay un grano de verdad en eso —convino Karrde—. Esta parte de la galaxia ha sido muy poco visitada por forasteros, pero han tenido algunos encuentros con el Imperio y ha habido algunos esfuerzos por parte de la Nueva República de alinearlos con el pensamiento político actual.

—¿Una meta en la que los nativos no están interesados?

—No realmente —dijo Karrde, echando una mirada por los carteles comerciales que se agitaban inquietos en la brisa. Algunos de ellos estaban en básico, pero la mayoría estaban en gliptografos ithorianos o una escritura de líneas onduladas y puntos que no reconoció en absoluto—. Trespeó, estamos buscando un lugar llamado el Ithor Loman —dijo, haciéndole señas al droide a su lado—. ¿Lo ves en alguna parte?

—Sí, Capitán Karrde, está justo allí —dijo Trespeó, alzando un brazo para apuntar a un cartel azul escrito en ithoriano.

—Me recuerda al lugar de Bombaasa en Pembric —gruñó Shada—. Sabes, Karrde, podrías considerar el agregar ocasionalmente más gente a éstas partidas de sondeo tuyas.

—¿No considerarías que estoy despreciando tus habilidades de combate?

—Creo que ya he demostrado adecuadamente mis habilidades de combate —contrapuso Shada—. La cuestión es que si pones a suficientes personas en el campo a veces puedes impedir que la pelea comience en primer lugar.

Karrde asintió, suprimiendo una sonrisa.

—Recordaré eso. Después de ti.

Considerando la hora temprana de la mañana, el café parecía extraordinariamente bien poblado, con ambos nativos ithorianos y humanos en sus chaquetas de piel de crosh más uno o dos obvios extraplanetarios como ellos.

—¿Alguna idea de cuál es el General Jutka? —murmuró Shada.

—Presumo que él estará esperándonos —dijo Karrde—. Si no…

Se interrumpió cuando un hombre bajo, delgado con cabello corto y una elegante chaqueta de piel de crosh se levantó de una mesa cercana y caminó hasta ellos.

—Ah, visitantes —dijo alegremente, con ojos que chispeaban de interés o rebosaban buen humor, miró a cada uno de ellos de arriba a abajo—. Ustedes deben ser los que venían a ver al General Jutka.

—Sí, lo somos —dijo Karrde—. ¿Y tú?

—Enedós Needaan E-elz, a su servicio —dijo, haciendo una breve reverencia—. Llámenme Enedós Nee.

—Un nombre interesante —dijo Karrde, mirándolo—. Esa parte Enedós suena más bien como la designación de un droide.

—Es curioso, a veces la gente me confunde con un droide —dijo Enedós Nee, con ojos que chispeaban aún más—. No puedo imaginarme por qué. Si quieren seguirme, les mostraré la mesa del general.

Partió por entre las mesas sin esperar una respuesta, su paso tan vivaracho como había sido su discurso.

—Un curioso hombrecito —comentó Trespeó mientras lo seguían—. Sin embargo, parece inofensivo.

—Nunca confíes en las apariencias —le advirtió Shada—. Personalmente, creo que no encaja en absoluto con este lugar.

—Mantendremos un ojo en él —le dijo Karrde—. Ése debe ser Jutka.

Enedós Nee se había detenido junto a una mesa en el fondo adonde un único hombre corpulento estaba sentado dando la espalda a la pared, con una única bebida. Llevaba la ya familiar chaqueta de piel de crosh, no obstante le pareció a Karrde que estaba vagamente incómodo en ella.

—Sí, es un militar —dijo Shada, haciendo eco del pensamiento del propio Karrde mientras Enedós Nee hablaba brevemente con el otro—. Se puede ver que se siente extraño sin su uniforme.

Enedós Nee se apartó al costado cuando los demás lo alcanzaron, haciendo señas alegremente hacia el hombre voluminoso.

—General Jutka, puedo presentarle a nuestros visitantes —dijo, volviéndose de repente un poco cabizbajo—. ¿Lo siento? No recuerdo sus nombres.

—No te los dimos —dijo Karrde—. Puedes llamarme Capitán. Ésta es mi amiga Shada y mi droide de traducción, Ce-Trespeó.

El general murmuró algo en un idioma poco familiar.

—Dice que no estaba esperando todo un desfile teatral —tradujo servicialmente Trespeó—. De hecho…

—¡Suficiente! —reprendió Jutka—. Mantengan callado a su droide o yo lo callaré por ustedes.

—Oh, cielos —jadeó Trespeó, dando un paso apresurado hacia atrás—. Mis disculpas, General Jutka…

—Dije manténganlo callado —lo interrumpió Jutka—. No quiero tener que decirlo de nuevo. Ahora tomen asiento.

—Seguro —dijo Karrde, deslizándose a una silla al costado del general y mirando de vuelta a Trespeó. Enedós Nee se había acercado al lado del droide y lo estaba tranquilizando en voz baja—. Mi error, General. Pensé que estaba aquí para conversar, no para una serie de amenazas.

—Me disculpo si tuvo esa impresión —dijo oscuramente Jutka, mirando ominosamente a Shada. Ella había ignorado su invitación a sentarse, moviéndose en cambio alrededor del otro lado de la mesa para terminar parada efectivamente encima de él, y por un momento Karrde pensó que le iba a dar una orden terminante de sentarse. Aparentemente se lo pensó mejor y regresó su mirada a Karrde—. El hecho es que usted es un alborotador —dijo—. Los alborotadores no son bienvenidos en mi mundo.

—Eso veo —dijo Karrde—. Así que en la República Kathol estar bajo ataque pirata es la marca de un alborotador…

Los ojos de Jutka se estrecharon.

—No me presione —advirtió—. Sé para quién está volando: el ID de su nave lo deja perfectamente claro. Lo último que quiero es terminar en el medio de alguna estúpida guerra entre Bombaasa y Rei'Kas.

—¿Rei'Kas? —repitió Shada, con el tono de alguien que acaba de hacer una conexión—. ¿El rodiano?

—Sí —dijo Jutka, frunciéndole el ceño—. ¿Quieren decir que no…?

—No, no sabíamos quiénes eran nuestros amigos allí afuera —confirmó Karrde—. Muchas gracias. ¿Conoces a este Rei'Kas, Shada?

—Sólo por reputación —le contó Shada—. Solía ser un líder de equipo de asalto en la Cooperativa Esclavista Karazak. Aparentemente, uno bastante bueno. También era rudo, violento, y vicioso, e irritaba prácticamente a todos los que trabajaban con él.

Karrde asintió, sintiendo la boca secarse un poco. Un esclavista vicioso, ahora en el territorio de Car'das. ¿Cuántos otros delincuentes, se preguntó, acababan también de flotar hacia esta esquina de la galaxia?

—Interesante.

—También es interesante que el general sabía su nombre cuando ni siquiera Bombaasa lo hacía —agregó Shada—. ¿Son buenos amigos, General?

—Mi trabajo es proteger a la República Kathol —dijo Jutka, con tono vibrante de suave amenaza—. No tengo tal responsabilidad hacia los forasteros que vienen sin que se los llame y se entrometen con asuntos que no les incumben.

Por el rabillo del ojo, Karrde vio que Shada giraba fraccionariamente la cabeza mientras le daba una rápida evaluación a la parte principal del café.

—¿Está amenazándome, General? —preguntó suavemente.

—Estoy dándole una advertencia —dijo bruscamente Jutka—. Han lastimado a Rei'Kas, y él no se lo tomará muy bien. Él tiene su nave marcada, y mientras estén en su territorio va a perseguirlos.

—Tenemos muchas intenciones de dejar su territorio —le aseguró Karrde—. Después de que termine mi encargo, por supuesto.

—Como desee —dijo Jutka, gruñendo mientras levantaba con esfuerzo su corpachón de la silla—. Pero le he dado una justa advertencia. No lo olvide.

—No lo haré —dijo Karrde—. Gracias por su tiempo.

Jutka frunció el ceño una vez y se marchó al otro lado del café. Abriendo la puerta de un empujón, salió sin una sola mirada atrás.

—Y aquí es adónde Car'das escogió retirarse, ¿eh? —dijo Shada, sentándose en la silla que Jutka acababa de dejar—. Encantador.

—Controla tu voz —la amonestó Karrde, echando una mirada alrededor del café. Nadie parecía estar prestándoles alguna atención en particular en esta esquina del cuarto, pero las apariencias no significaban nada—. Y dudo que el retiro estuviera alguna vez en sus planes.

Shada le envió una mirada sondeante.

—¿Crees que Rei'Kas está trabajando para él?

Karrde asintió sobriamente.

—Yo diría que eso es completamente posible.

Captó el movimiento de los ojos de ella y alzó la vista cuando Enedós Nee acercó una silla a su mesa y se sentó.

—¿Tuvieron una buena charla con el general? —preguntó alegremente—. Eso es bueno. Muy bueno.

Se inclinó más cerca a la mesa.

—He estado hablando con su droide —dijo, bajando conspiratoriamente la voz—. Dice que están buscando el legendario mundo perdido de Exocron.

Karrde miró a Trespeó.

—¿Trespeó?

—Lo siento, señor —dijo el droide, sonando miserable—. No quise revelar nada. Él me preguntó si estábamos buscando a Exocron, y se lo confirmé sin pensar.

—Por favor no culpes al droide —dijo Enedós Nee—. Tu meta no es un secreto. Por lo menos, no para mí. ¿Estás buscando a Jorj Car'das, no?

Shada le disparó una mirada a Karrde al otro lado de la mesa.

—Trespeó, ¿por qué no vas hasta la barra y nos consigues un par de vasos de la bebida local? —sugirió ella—. Por el camino, escucha y fíjate si oyes a alguien hablando en rodiano.

—Sí, Ama Shada —dijo el droide, sonando aliviado por la oportunidad de escaparse—. Enseguida.

Se alejó.

—Muy inteligente —dijo Enedós Nee, sonriéndole a Shada—. ¿Crees que cualquier espía que Rei'Kas pueda haber plantado en la muchedumbre hablará en rodiano con otro, eh? Muy inteligente, es cierto.

—Gracias —dijo Shada, fijándole una mirada casi intensa—. Estabas contándonos acerca de Jorj Car'das.

—Sí —Enedós Nee se revolvió para quedar aún más cerca de la mesa—. Tienen razón al buscarlo en Exocron. Ahí es adonde está —Alzó un dedo amenazadoramente—. Pero Exocron no es fácil de encontrar. La mayoría de la gente en la República Kathol ni siquiera ha oído de él. La mayoría de aquellos que lo han hecho creen que es un mito.

—Eso he oído —dijo Karrde, luchando contra una súbita sensación de miedo. ¿Cómo pudo Enedós Nee saber por qué estaba él aquí? A menos que, por supuesto, estuviera trabajando para Car'das…

—Cuéntame por qué es tan difícil de encontrar.

Enedós Nee sonrió aún más ampliamente.

—No me necesitas para saber eso. Ah, pero quizás tu amiga no lo sepa —agregó, mostrándole su sonrisa burlona a Shada—. Son todas las mini-nebulosas y salientes de gas, lo ves, que se separan de la Hendidura de Kathol. Toda esa luz y radiación reflejada confunde los sensores y comunicaciones… eso hace muy difícil encontrar cualquier cosa en absoluto. Buscar por toda la región podría llevarles décadas.

—¿Y tú, supongo, puedes ahorrarnos todo ese esfuerzo? —preguntó Shada.

—De hecho puedo —dijo—. Puedo llevarte a Exocron. Directo al propio Car'das, si lo deseas.

Miró de nuevo a Karrde.

—Pero sólo si el Capitán Karrde lo desea.

Con un gran esfuerzo, Karrde mantuvo su expresión. Así que el hombrecito también sabía su nombre.

—¿Y qué nos costaría esta guía?

—Ningún costo —dijo Enedós Nee—. Pero tampoco ningún «nos». Sería solamente tú y yo.

—¿Discúlpame? —dijo Shada, alzando un dedo—. ¿Sólo tú y él? ¿Qué hay del resto de nosotros?

—Tendrían que esperarnos aquí —le dijo Enedós Nee—. Me temo que no hay otra forma, mi nave sólo puede llevar a dos personas.

—¿Qué tal si vienes con nosotros y guías a nuestra nave? —preguntó Karrde.

—Oh, no —dijo Enedós Nee, con aspecto sobresaltado—. No podría posiblemente hacer eso.

—¿Por qué no? —demandó Shada—. ¿Porque Car'das no quiere vernos a todos?

Enedós Nee parpadeó.

—¿Dije alguna vez que Car'das quería ver a alguno de ustedes? Nunca dije tal cosa.

Lo que no era lo mismo que decir que Car'das no le había pedido que hiciera la oferta.

—¿Si acepto —dijo lentamente Karrde—, cuándo necesitaríamos partir?

—Espera un segundo —interpuso Shada antes de que Enedós Nee pudiera contestar—. ¿Qué quieres decir, que si aceptas? Tú no quieres irte solo con él.

Karrde hizo una mueca. *No*, claro que no. Pero en algún punto iba a tener que enfrentar a Car'das. Y si ésta era la mejor forma de proteger a su gente mientras lo hacía…

—Déjame ponerlo de otra forma —dijo Shada, mirando a Enedós Nee—. Yo soy su guardaespaldas, y no voy a dejarlo irse solo. Ni contigo ni con nadie más. ¿Está claro?

Enedós Nee extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Pero…

Se interrumpió cuando Trespeó reapareció y puso dos pesados jarros de líquido oscuro en la mesa.

—Gracias al Creador —dijo sin aliento—. La clientela de este lugar es muy desagradable…

—No nos importa el color local —lo interrumpió Shada—. ¿Oíste algo de rodiano?

—De hecho, sí lo hice —dijo el droide, volviéndose a medias y señalando hacia una de las mesas al otro lado cerca de la barra—. Tres varones humanos en esa mesa, sí; ¿el que ahora está poniéndose de pie?

—Oh-oh —murmuró Shada, lanzándole una mirada a Enedós Nee—. Vamos, hora de salir de aquí.

—No se molesten —dijo una voz suavemente viciosa desde detrás de Karrde.

Lentamente, se dio la vuelta. A dos mesas de distancia, había tres hombres sentados enfrentándolos.

Y los tres esgrimían sus blásteres.

CAPÍTULO 14

—Oh, cielos —jadeó Trespeó, apenas audiblemente—. Estamos perdidos.

Karrde volvió a mirar atrás. Detrás de Shada, los tres gamberros que Trespeó acababa de identificar estaban desplazándose entre las mesas hacia ellos, ahora también con blásteres en las manos. En el resto del café, los que habían estado bebiendo o descansando casualmente estaban mirando fijamente con sorpresa o anticipación morbosa o sino intentando hacer una retirada subrepticia antes de que el tiroteo comenzara.

—Supongo que sería un desperdicio de aliento decir que tienen a las personas equivocadas —dijo, dándose vuelta para enfrentar a los hombres detrás de él.

—No, sigue adelante —dijo sarcásticamente el portavoz de los gamberros mientras los tres se ponían de pie y se abrían ligeramente en abanico para cubrir sus blancos—. Siempre disfruto de una buena broma por la mañana. Las manos en la mesa, por favor. ¿Entonces, oí bien el nombre? ¿Talon Karrde?

—De hecho, sí —dijo alegremente Enedós Nee antes de que Karrde pudiera contestar—. Y ésta es Shada, y su droide de protocolo Ce-Trespeó.

El portavoz empaló al hombrecito con una mirada.

—¿Estás con ellos?

Los ojos de Enedós Nee se ensancharon inocentemente.

—¿Yo? No realmente, señor…

—Entonces sal de aquí.

Enedós Nee parpadeó, le arrojó una rápida mirada a Shada y a Karrde, y se levantó torpemente de su asiento.

—Déjeme saber, Capitán Karrde, si cambia de opinión —dijo.

Le lanzó una sonrisa rápida a Karrde, otra al portavoz, entonces se abrió camino rebotando hacia la puerta. El portavoz lo miró irse, frunciendo el ceño; y cuando el hombrecito abrió la puerta, volvió a girarse para enfrentar a Karrde.

—¿Cambiar de opinión acerca de qué? —demandó mientras el portazo resonaba por el café.

—Acaba de hacerme una oferta interesante —dijo Karrde, alzando los brazos con lentitud eminente y cruzándolos sobre su pecho. Los gamberros, con toda su atención en él y Shada, no habían notado en absoluto el hecho de que alguien había entrado en el café en el mismo momento en que Enedós Nee lo dejaba. Si pudiera arreglárselas para mantener toda su atención en él por sólo unos segundos más…

Y entonces alguien al otro lado del cuarto maldijo asombrado. Uno de los gamberros miró alrededor…

—¿Shri? ¡Xern! —ladró.

El portavoz se giró… y se heló, con la boca abierta de impresión.

Silenciosa y determinadamente, H'sishi estaba avanzando hacia ellos.

Xern demoró otro segundo en encontrar su voz.

—¿Qué en el nombre de la Hendidura es eso? —jadeó.

—Es una togoriana —proporcionó Karrde, arrojándole una mirada subrepticia a Shada. Sus ojos iban y venían entre los gamberros repentinamente desatentos, claramente midiendo distancias y evaluando posibilidades. Eso podía traer problemas—. Oh, y está conmigo —agregó.

H'sishi todavía estaba viniendo hacia el semicírculo de gamberros, con la boca abierta lo suficiente para mostrar sus colmillos.

—Dile que se detenga —exclamó Xern, con un tono más alto mientras giraba su bláster para apuntar a la togoriana—. ¿Me oyes? Dile que se detenga o dispararemos.

—No aconsejaría dispararle a una togoriana —lo amonestó ligeramente Karrde—. Sólo las enfada más.

Xern le disparó una mirada de incredulidad…

Y en ese instante Shada se movió.

Su mano izquierda, que descansaba casualmente cerca de su jarro, lo cogió y con un rápido movimiento del antebrazo lanzó el contenido por sobre la mesa justo a la cara de Xern. Él vociferó, alzando el antebrazo, demasiado tarde para intentar bloquear la ola de líquido. Un movimiento convulsivo en la otra dirección, y Shada había lanzado el jarro mismo con fuerza aplastante a la garganta de uno de los otros gamberros. Empezó a levantarse de un salto, exclamando por lo bajo cuando Karrde la agarró del brazo y la sostuvo firmemente en su asiento. Hubo el chisporroteo de fuego bláster y los sonidos de cuerpos cayendo al suelo…

—Baja tu arma, Xern —dijo en voz baja Karrde. Incluso a sus propios oídos su voz pareció una sobresaltante intrusión en el súbito silencio tenso que llenaba el café—. Muy lentamente; muy cuidadosamente.

Xern se limpió los ojos en la manga por última vez y los abrió parpadeando… y por segunda vez en medio minuto pareció haberse quedado estupefacto mientras miraba la escena a su alrededor en incredulidad aturdida. Incredulidad ante Karrde y Shada sentados ilesos a la mesa; incredulidad ante los cuerpos encogidos de sus hombres yaciendo en el suelo a su alrededor, ante las hilachas de humo nocivo que salían de las heridas de bláster que acribillaban sus cuerpos.

E incredulidad ante los cuatro hombres vestidos en piel de crosh esparcidos en varias mesas alrededor del café que lo apuntaban con blásteres.

—Tu bláster, Xern —pidió de nuevo Karrde mientras el gamberro continuaba boquiabierto, restos de la bebida de Shada goteaban rítmicamente de su barbilla. Shada se revolvió; pero antes de que ella pudiera moverse H'sishi había caminado hasta el costado de Xern y había engolfado el cañón de su bláster en una mano gigantesca. Se sobresaltó, casi como si viera a la togoriana por primera vez, cuando ella giró el arma para que apuntara inofensivamente al techo. Ella levantó la otra mano y le clavó delicadamente una garra en el dorso de la muñeca, y esta vez finalmente lo soltó.

—Bien hecho, todos —dijo Karrde, poniéndose de pie mientras H'sishi retrocedía, con el bláster ahora invertido y listo en su mano—. ¿Dankin?

—Por aquí —vino la voz familiar de una cara perceptiblemente poco familiar mientras el otro se ponía de pie en su mesa.

—Ve a darle al cantinero algo que compense este desastre —lo instruyó Karrde—. Es algo tradicional en estos casos —agregó para Xern mientras Dankin cruzaba hacia la barra, buscando en su bolsillo—. Griv, vigila la puerta; Chal, Balig, adelántense por el camino de regreso a la nave.

—Correcto.

Los otros tres se dirigieron hacia la puerta.

—Eres listo —riñó viciosamente Xern—. Realmente listo. Pero si crees que con esto vas a salirte de abajo del martillo de Rei'Kas, estás loco.

—Si yo fuera tú, me preocuparía más por lo que Rei'Kas te hará por perder así a tu gente —contrapuso Karrde—. También me preocuparía por salir de aquí antes de que H'sishi decida que eres demasiado peligroso para salir vivo.

—Oh, me iré —dijo oscuramente Xern—. Pero me verás de nuevo, Karrde. Justo antes de morir —Con una mirada intensa final, se dio la vuelta y salió caminando del café.

—Bueno —dijo Karrde, volviéndose de nuevo hacia Shada y ofreciéndole una mano.

Ella no se movió.

—Así que tenías respaldos en el lugar desde el principio —dijo ella, levantando la mirada hacia él.

Había algo perceptiblemente desconcertado en su voz y su cara.

—Creí que dijiste que no lo tomarías como un insulto —le recordó cuidadosamente Karrde.

—Están disfrazados —dijo ella.

Lentamente, Karrde bajó la mano a su costado.

—Los inspectores locales que investigaron la nave más temprano los vieron a todos —explicó—. Tenía que asumir que algunos en ese grupo eran espías de los piratas, y podrían reconocerlos.

—¿Y los trajes de cuero de crosh?

—Mara los trajo de su viaje por aquí —dijo Karrde, empezando a sentir el sudor en la frente.

Shada se puso de pie.

—Y no pensaste —dijo en voz baja—, que podías confiármelo a mí.

Por un segundo Karrde no pudo encontrar su voz. El profundo dolor en la voz de Shada era tan completamente inesperado.

—No, no es eso —dijo—. Yo no…

Pero era demasiado tarde. Ella ya le había dado la espalda, y estaba caminando hacia la puerta adonde Griv hacía guardia.

—¿Ya están terminadas las reparaciones? —preguntó ella.

Griv le dio una mirada rápida por encima del hombro a Karrde.

—Suficientemente cerca —dijo cautelosamente.

—Bueno —dijo ella, pasándolo y abriendo la puerta—. Parece despejado —anunció—. Volvamos a la nave.

Griv miró interrogativamente de nuevo a Karrde.

—Sí —murmuró él, dirigiéndose hacia la puerta.

El camino de regreso al *Salvaje Karrde* estuvo muy silencioso.

• • •

Shada se había quitado su traje de salto y acababa de meterse en su túnica cuando el llamador de la puerta del camarote sonó.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Karrde —vino a través del panel la distante voz del otro—. ¿Puedo pasar?

Shada suspiró, envolviéndose firmemente la túnica y anudando la faja de la cintura. No tenía ningún deseo de verlo en particular, especialmente justo ahora. Pero se había comprometido con este viaje, y no podía muy bien evitar al capitán y seguir cumpliendo con ese compromiso.

Además, el dolor de la casual traición a su confianza por parte de él se había en su mayoría calmado. Lo suficiente, por lo menos.

—Pasa —exclamó, apretando el botón de apertura.

La puerta se abrió, y Karrde entró.

—Acabamos de hacer el salto a la velocidad de la luz —le contó, evaluando su estado de vestuario y desestimándolo con una sola mirada—. Odonnl estima siete días hasta Exocron.

—Que bueno —dijo alegremente Shada—. Yo ya debería estar de nuevo en plena capacidad de combate para entonces. Hablando de lo cual, si me disculpas, estoy en camino al tanque de bacta.

—El bacta puede esperar —dijo Karrde educada pero firmemente, indicándole una silla—. Me gustaría hablar contigo.

Pensó en negarse. Pero todavía estaba comprometida a él y a este viaje.

—¿Acerca de qué? —dijo, sentándose, preguntándose si él era lo suficientemente insensible para intentar darle alguna burda excusa acerca de lo del café en la cita de esta tarde.

Pero él la sorprendió.

—Jorj Car'das, por supuesto —dijo, acomodando otra silla para enfrentarla y sentándose—. Es hora de que oigas toda la historia.

—En serio —dijo ella, manteniendo la voz neutra. Sólo había prometido contarle esta historia en el camino al sistema Exocron; que, según él, todavía estaba a una semana de distancia. ¿Era esta su forma de intentar disculparse por su falta de pensamiento más temprano?

No que le importara. Demasiado poco, demasiado tarde; pero por lo menos sacaría algo de información útil de esto.

—Continúa —dijo ella.

Su mirada se perdió en un tiempo o lugar lejano.

—La historia de Jorj Car'das se remonta a hace aproximadamente sesenta años —dijo él—. A la era de las Guerras Clónicas y el caos que trajeron a la galaxia. Hubo una gran necesidad de contrabando durante el conflicto y después, tanto de necesidades como de bienes ilegales, y un gran número de organizaciones fueron apresurada y bastante casualmente unidas.

—Ahí fue cuando los hutts realmente dieron su gran paso, ¿no? —preguntó Shada, con su interés despertándose a su pesar. Sabía muy poco acerca de ese periodo, y siempre había querido saber más.

—Sí, muchos de ellos lo hicieron —dijo Karrde—. Car'das fue uno de aquellos que se metieron en el negocio, y ya sea por habilidad o simple suerte ciega terminó con una de las mejores organizaciones. No una de las más grandes, pero definitivamente una de las mejores.

—Habían estado operando por aproximadamente quince años cuando él quedó atrapado accidentalmente en el medio de una gran batalla entre algunos Jedi Oscuros bpfasshi y… bueno, básicamente todos los demás en ese sector. Según la historia posterior de Car'das, uno de los Jedi Oscuros secuestró su nave privada y los forzó a despegar.

Shada se estremeció. Ella sí sabía algo de eso; un grupo de Mistryl había estado involucrado en el lado defensivo de ese conflicto. Algunas de las historias de las sobrevivientes que había oído de niña le habían dado pesadillas.

—Me sorprende que haya vuelto para contarlo —dijo.

—También a todos los demás —dijo Karrde—. De hecho, los otros cuatro miembros de su tripulación nunca regresaron. Pero Car'das lo hizo. Reapareció de repente dos meses más tarde, volvió al control de su organización, y en apariencia la vida volvió a la normalidad.

—¿Pero las apariencias engañaban?

—Mucho —convino sobriamente Karrde—. Fue rápidamente perceptible para su círculo interno que algo serio le había pasado durante esos dos meses. Todavía tenía uno de los mejores grupos contrabandistas que había, pero de repente empezó a forzarlo para hacerlo también uno de los más grandes. Recorría sistemáticamente los territorios de grupos más pequeños y o los compraba, los absorbía, o los destruía, tomando sus rutas y clientela. Al contrario de los hutts y otros grupos, eligió un alcance global en lugar del control por la fuerza bruta concentrada, extendiéndose de forma tenue en lugar de intentar dominar ningún sistema o sector específico. En pocos años, ya estaba en camino a tener algo que podría rivalizar algún día incluso con la organización de Jabba.

—¿Nadie intentó detenerlo? —preguntó Shada—. No puedo creer que los hutts no hicieran nada y lo dejaran flanquearlos de esa forma.

—Mi querida Shada, todos intentaron detenerlo —dijo oscuramente Karrde—. Pero él era casi literalmente imparable. En alguna parte, de algún modo, había desarrollado una maña para adivinar precisamente lo que sus oponentes estaban planeando en su contra, y a menudo pudo contrarrestar sus ataques casi literalmente antes de que fueran lanzados.

Shada recordó las docenas de misiones que había hecho para las Mistryl, y las horas de esmerada investigación que había tenido que pasar aprendiendo las fuerzas y debilidades, armas y estrategias, aliados y rivales de sus oponentes.

—Un talento útil —murmuró.

—Extremadamente útil —convino Karrde—. Pero aun mientras su organización crecía, el propio Car'das empezó a cambiar. Se volvió… no sé. Malhumorado, quizás, propenso a estallidos de rabia vociferante por pequeñas cosas que no deberían haberlo molestado en absoluto, o se pasaba solo durante horas cavilando sobre mapas del Imperio. Más significativamente, quizás, después de años de juventud vigorosa, parecía estar envejeciendo rápidamente. Mucho más rápido de lo que uno habría pensado que sería normal o probable.

—Y entonces, un día, se metió en su nave privada, despegó… y se desvaneció.

Shada frunció el ceño.

—Se desvaneció. ¿Qué quiere decir… se desvaneció?

—Quiero decir que desapareció de la galaxia conocida —dijo Karrde—. No se acercó a ninguno de su gente; no contactó a ninguno de sus tenientes principales; y si alguna vez fue visto de nuevo por alguno de sus enemigos, ellos nunca anunciaron el hecho.

—¿Cuándo pasó esto? —preguntó Shada.

—Hace veinte años —dijo Karrde—. Al principio no hubo demasiada preocupación, ya se había ido antes en viajes secretos ocasionales. Pero después de que habían pasado tres meses y él todavía no había aparecido, sus tenientes empezaron a hablar sobre qué deberían hacer si no regresaba.

—Déjame adivinar —dijo Shada—. Querían votar para ver cuál de ellos se haría cargo.

—No creo que una votación fuera el procedimiento que ninguno de ellos tuviera en mente —dijo tristemente Karrde—. De hecho, la amenaza de violencia era tan fuerte que se hizo la sugerencia de que simplemente dividiéramos la organización y que cada uno tomara una porción.

—El truco era cómo dividirlo y que todos quedaran satisfechos —dijo Shada, notando con interés la conjugación delatora. Era la primera vez en su recitación que Karrde utilizaba la primera persona.

—Así que terminaron con una lucha por el poder de cualquier modo.

Los labios de Karrde se apretaron brevemente.

—No exactamente. Yo ya había visto lo que pasaba en ese tipo de lucha, y no estaba totalmente convencido de que Car'das no iba a regresar. Así que… tomé el control.

Shada alzó ligeramente las cejas.

—¿Así de simple?

Él se encogió de hombros incómodo.

—Más o menos. Hizo falta planificación y sincronización, por supuesto, y una buena cantidad de suerte, aunque no creo que me diera cuenta de realmente cuánta hasta que miré atrás desde la distancia de unos años. Pero sí, básicamente, así de simple. Neutralicé a los demás tenientes y los saqué de sus posiciones, y le anuncié al resto de la organización que de ahí en adelante todo iba a seguir funcionando como de costumbre.

—Apuesto a que eso te hizo muy popular —dijo Shada—. Pero parece que no veo el problema aquí, por lo menos en lo que concierne a Car'das. ¿Se fue y nunca regresó, correcto?

—El problema —dijo pesadamente Karrde—, es que no estoy seguro de que no lo haya hecho.

Shada sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿Oh?

—Yo me hice cargo de la organización en una sola noche —dijo Karrde—. Pero eso no significa que no hubo intentos por parte de los tenientes depuestos y sus oficiales para sacarme y hacerse cargo. De hecho, hubo ocho intentos diferentes, que fueron desde dos intentos inmediatos y abortivos a una intrincada confabulación tres años después que probablemente les había tomado a los conspiradores todo ese tiempo entero planearla.

—Todos los cuales obviamente fallaron.

Karrde asintió.

—La cuestión es que los líderes de cuatro de esos complots dijeron durante sus interrogatorios que Car'das había estado clandestinamente detrás de ellos.

Shada resopló por lo bajo.

—Cortinas de humo —dijo con desdén, desestimándolos con un movimiento de la mano—. Sólo intentaban persuadirte a hacer un trato.

—Ésa fue mi conclusión en ese momento —dijo Karrde—. Pero por supuesto no había ninguna forma de estar seguro. Todavía no la hay, dicho sea de paso.

—Supongo que no —Shada le estudió la cara—. ¿Así que, qué pasó hace seis años que te hizo enviar a Jade y Calrissian aquí afuera a buscarlo?

—Empezó antes que eso —dijo Karrde—. Hace diez años, en realidad, justo después de que el Gran Almirante Thrawn muriera —Su labio se crispó—. O quizás solamente falsificara su muerte. Yo estaba en Coruscant ayudando a formar la Alianza Contrabandista y Calrissian me mostró por casualidad algo que Luke Skywalker había encontrado enterrado en un planeta llamado Dagobah.

Shada buscó en su memoria.

—Creo que nunca he oído hablar del lugar.

—No hay razón por la que deberías —dijo Karrde—. No hay absolutamente nada allí: ninguna ciudad, ninguna tecnología, ninguna colonia. Qué quería Skywalker con los pantanos no lo sé, pero era obvio que los dispositivos electrónicos perdidos estaban fuera de lugar, probablemente por esa razón lo trajo de vuelta. De todos modos, por las marcas lo reconocí como el mando a distancia de la *nave personal* de Car'das.

—En serio —dijo Shada, frunciendo el ceño. Un mando a distancia era el control para una nave totalmente equipada con circuito esclavo, una que podía operar completamente a control remoto en cualquier momento que su dueño la llamara. Las Mistryl nunca usaban naves equipadas con estos, pero ella ocasionalmente había viajado en alguna con un cliente. En general, la asustaban—. ¿Car'das tenía una nave con circuito esclavo, no?

—Sí, de cosecha pre-Guerras Clónicas —dijo Karrde—. La compró poco después que volvió de ese tiempo con los Jedi Oscuros. Dijo que quería una nave de tamaño decente que pudiera volar él solo, sin necesidad de una tripulación.

—Y Skywalker encontró por casualidad su mando a distancia yaciendo en el barro de algún planeta desierto. Que conveniente.

—Yo también pensé en eso —dijo Karrde—. Pero lo consulté con Skywalker, y el descubrimiento nos pareció completamente fortuito.

—Aunque siempre ha sido discutible si esa palabra puede aplicarse a un Jedi —aportó Shada.

—Cierto —concedió Karrde—. Sin embargo, fue la primera pista que tuvimos en una década; e incluso si estaba plantada de algún modo, pensé que valía la pena el riesgo de ver adonde llevaba.

—Así que enviaste a Jade a rastrearlo —dijo Shada, recordando la conversación que había alcanzado a oír allá en el departamento de los Solo en la Torre Bosqueoro—. Y Calrissian insistió en ir con ella.

—Básicamente —dijo Karrde—. Empezaron en Dagobah y siguieron el rastro hacia afuera, buscando en viejos archivos de espaciopuerto adonde podría haberse detenido por reparaciones o reaprovisionamiento. También desenterraron insinuaciones sobre él aquí y allá… algunas de la biblioteca de Coruscant, algunas de varios personajes del bajo mundo, algunas de Seguridad Corelliana, de todos los lugares… y empezaron a encajar las piezas.

—Hablando de trabajos de toda la vida —murmuró Shada.

—No fue realmente para tanto, pero definitivamente tomó algunos años —dijo Karrde—. Especialmente cuando ellos dos seguían siendo distraídos en otros asuntos o siendo arrastrados para ayudar a arreglar cualquiera que fuera la crisis del mes de Coruscant. A pesar de eso, el rastro ya estaba tan frío que uno o dos meses aquí o allá no hizo mucha diferencia. Persistieron en eso hasta que terminaron en el sector Kathol y Exocron.

—Y allí, hasta donde sabemos, es adonde termina el rastro —Por un momento el cuarto estuvo en silencio mientras Shada lo digería todo—. ¿Supongo que nunca vieron realmente al mismo Car'das?

Con un esfuerzo visible, Karrde pareció volver de cualquier fantasma del pasado que estuviera mirando.

—Tenían instrucciones explícitas de no hacerlo —dijo—. Debían averiguar adónde estaba, y con un mundo tan bien escondido como Exocron ellos necesitaban también encontrar una ruta al lugar, y entonces debían volver a casa. Yo me haría cargo desde ahí.

—¿Y esto pasó hace cuánto tiempo?

Karrde se encogió incómodamente de hombros.

—Algunos años.

—¿Entonces qué pasó?

—Para ser honesto, me acobardé —admitió—. Después de todo lo que había hecho, no estaba seguro de cómo iba a enfrentarme con él. No tenía ninguna idea de qué iba a decir, de cómo iba a siquiera intentar disculparme. Así que seguí encontrando excusas para aplazarlo.

Respiró profundo.

—Y ahora parece que llego demasiado tarde.

Shada hizo una mueca.

—Crees que Rei'Kas está trabajando para él.

—Rei'Kas, posiblemente Bombaasa, probablemente una docena de otros de los que no hemos oído hablar —dijo pesadamente Karrde—. Pero él está definitivamente en movimiento. Sólo que esta vez parece estar concentrándose en la piratería y el tráfico de esclavos en lugar del contrabando y el tráfico de información. El lado más violento del bajo mundo… y sólo puedo ver una razón por la que haría eso.

—Para venir por mí. Personalmente.

Por un momento la palabra pareció mantenerse en el aire como una marca de muerte.

—No creo que eso sea necesariamente lógico —dijo Shada en el silencio, movida por algún deseo oscuro de discutir el punto—. ¿Por qué no podría sólo estar reuniendo fuerzas para asegurarse un pequeño imperio aquí en el exterior? ¿Conquistar Exocron, quizá, o incluso esta pequeña así llamada República Kathol?

—Ha estado aquí por casi dos décadas, Shada —le recordó Karrde—. Si quisiera formarse un imperio, ¿no crees que ya lo habría hecho antes?

—Si quisiera encargarse de ti, ¿no crees que también lo habría hecho antes? —contrapuso Shada.

—Puede ya haberlo intentado.

—¿Y entonces, qué, se rindió después de los primeros tres años?

Karrde agitó la cabeza.

—Tampoco tiene sentido para mí —concedió—. Pero conocía a Car'das; y no era de la clase de personas que simplemente se quedaría sin hacer nada. Era un hombre cruel, duro y calculador, que nunca perdonó un mal contra él y nunca dejó que nada ni nadie se pusiera en el camino de lo que quería. Y vivía para los desafíos: cuanto más grandes, mejor.

—Y sabe que estoy aquí, y que estoy buscándolo. Ese hombrecito: «Enedós Nee» es toda la prueba que necesitamos de eso.

Un escalofrío involuntario atravesó a Shada. El *Salvaje Karrde* que se había sentido tan resguardado y seguro hasta ahora, de repente se sentía pequeño y muy vulnerable.

—Y así que aquí estamos. Yendo directamente a sus manos.

—Tú, por lo menos, no deberías tener nada que temer de él —le aseguró Karrde—. No estás conectada de forma alguna conmigo o mi organización —titubeó—. De hecho, es por eso que estuve de acuerdo en dejarte venir.

Shada lo miró fijamente mientras la comprensión la palmoteaba de repente como un trapo empapado de hielo.

—Esperas que te mate, ¿no? —jadeó—. ¿Y crees que…?

—No estás asociada a mí, Shada —dijo en voz baja—. Todos los demás a bordo de la nave lo están. Habría venido solo, pero sabía que no podría sobrevivir el viaje a Exocron en algo más pequeño o peor armado que el *Salvaje Karrde*. Car'das es un hombre vengativo; pero como a Bombaasa, le gusta considerarse ilustrado. Espero poder convencerlo de que no me mate, por supuesto; Espero aún más que no lastime a mi tripulación. Pero si es inexorable en resolver viejas cuentas… espero por lo menos poder persuadirlo de dejarte volver a la Nueva República con una copia del Documento de Caamas.

Shada agitó la cabeza.

—Karrde, esto es una locura…

—De cualquier forma, ésa es toda la historia —la interrumpió fácilmente, poniéndose de pie y volviendo a girar su silla a donde había estado—. Oh, excepto por el hecho de que la enorme biblioteca de datos que Car'das había construido a lo largo de los años se desvaneció junto con él, razón por la cual pensamos que puede tener una copia del Documento de Caamas. Y ahora, necesitas ir a ese tanque de bacta. Te veré más tarde.

Con una inclinación de cabeza, salió.

—Karrde, esto es una locura —repitió de nuevo Shada, en voz baja, hacia el cuarto vacío.

Fue sólo más tarde, flotando en el tanque de bacta, que se le ocurrió la otra parte. Karrde había dicho, que esperaba que Car'das la dejara ir.

Pero no lo garantizaba.

CAPÍTULO 15

Partidor De Piedras dijo algo en esa irritante casi-voz de qom jha y aleteó a su usual percha al revés en una estalactita achaparrada.

—Genial —anunció Luke—. Parece que ya estamos aquí.

Mara levantó el rayo de su barra luminosa del suelo hacia adelante de ella y examinó las paredes del pasadizo, apenas atreviéndose a creer que el viaje agotador de cuatro días finalmente había terminado. Ciudades o naves estelares o incluso un campamento tranquilo bajo el cielo abierto; ésos eran sus entornos de elección. Este asunto de arrastrarse en la oscuridad, túneles polvorientos llenos de mugre, agua chorreando y aire húmedo por todos lados no era enfáticamente su copa de elba.

Pero lo había sobrevivido, y no había querido matar a ninguno de los qom jha más de dos veces al día, y el droide astromecánico no había causado demasiados problemas, y Skywalker había sido una compañía inesperadamente tratable. Y ahora, finalmente estaban aquí.

Por supuesto, de ahora en adelante estarían enfrentando la Torre Alta, con todos sus peligros desconocidos. Pero todo estaría bien. El peligro también era uno de sus entornos de elección.

También uno de los de Luke, ahora que lo pensaba.

—Allí está —dijo Luke, el rayo de su propia barra luminosa que buscaba se quedó en un parche de roca a lo largo de la pared a unos metros por el pasadizo—. Justo de este lado de ese arco de entrada.

—¿Arco de entrada? —repitió Mara, frunciendo el ceño cuando giró su barra luminosa en esa dirección. Seguramente nadie había realmente *construido* un arco de entrada en ninguna parte en el medio de aquí abajo, ¿no?

No. Se parecía bastante a un arco de entrada, ciertamente, con sus pilares laterales más o menos verticales creando un cuello de botella de dos metros de ancho en el pasadizo de la caverna y su arco superior mayormente redondo tocando contra el techo tres metros por encima. Pero algo más que una mirada superficial mostró al instante que era una formación natural, creada por algún truco de la erosión o intrusión de roca o el flujo de agua que se había ido hace mucho.

—Era una forma de hablar —dijo Luke, también iluminando la formación—. Me recuerda de alguna forma al arco de entrada en Hyllyard City en Myrkr, ¿no?

—¿Quieres decir la gran cosa en forma de hongo que hiciste tu mejor esfuerzo para tirar sobre nuestras cabezas? —contrapuso ella—. ¿A la que tuvimos que abrirnos camino a través del bosque durante tres días para alcanzar? ¿La que tenía a la mitad de los soldados de asalto del Imperio esperando a que nos presentáramos?

—Ése es el lugar —dijo él, y ella pudo sentir la diversión en su recitación—. Omitiste la parte adonde querías matarme más que nada en la galaxia.

—Era joven entonces —dijo brevemente Mara, alejando su luz—. ¿Así que dónde está esta abertura?

—Justo ahí —dijo Luke, devolviendo el rayo de su barra luminosa a una sección de aspecto arrugado de pared justo debajo del techo. En el centro de la luz había una pequeña área abierta que parecía desvanecerse en la oscuridad de más allá.

—Ya lo veo —dijo Mara. No parecía haber nada de aire viniendo de ella; debía haber algún otro obstáculo más lejos por la línea—. Parece estrecho.

—No por mucho —dijo Luke, dándole su barra luminosa y encendiendo su sable de luz—. Todos quédense atrás, esto probablemente arrojará astillas de roca —Giró la hoja hacia la pared, rebanando la piedra…

Y con un rocío de luz verde, la hoja se desvaneció.

Erredós chilló, y Mara captó la llamarada de asombro de Luke cuando se tambaleó brevemente antes de recuperar el equilibrio.

—¿Qué pasó? —demandó.

—No lo sé —dijo él, sosteniendo el arma de cerca y mirando oblicuamente el extremo—. Pensé que tenía el encendido asegurado… déjame intentarlo de nuevo.

Tocó el interruptor, y con su usual chasquido-siseo la hoja ardió de nuevo a la existencia. Luke la miró por un momento, entonces se puso en una posición de combate estable y de nuevo giró la punta de la hoja hacia la pared de roca.

Y una vez más, la hoja penetró sólo un poco en la roca antes de apagarse con un chisporroteo.

Uno de los qom jha aleteó las alas y dijo algo.

—Sí —dijo Luke, y Mara pudo sentir la fea súbita sospecha en su mente mientras los recuerdos distantes surgían.

—¿Sí qué? —demandó.

—Debe haber mineral cortosis en esta roca —le contó él. Sostuvo su barra luminosa subiendo la cara de roca, la luz bailaba de chispas diminutas.

Mara agitó la cabeza.

—Nunca oí hablar de ese.

—Aparentemente es bastante raro —dijo Luke—. Todo lo que sé realmente acerca de él es que apaga los sables de luz. Corran y yo nos encontramos una vez con algunos usuarios de la Fuerza que se habían hecho juegos de armadura corporal de fibras de cortosis tejidas. Fue realmente una sorpresa.

—Apuesto a que sí —dijo Mara, con un recuerdo propio surgiendo—. Así que eso es lo que había en esa plancha de roca que Palpatine tenía entre las paredes dobles de su residencia privada.

Luke alzó una ceja.

—¿Tenía mineral cortosis alrededor de su residencia?

—Y también alrededor de algunas de sus otras oficinas y salones de tronos, creo —dijo Mara—. Nunca supe el nombre apropiado del material. Por lo que me contó, entiendo que si tu sable de luz tiene circuitos dimetris en cualquier parte del ciclo de

activación, al golpear la roca se genera un ciclo de realimentación que atraviesa el sistema tomándole sólo una fracción de segundo apagarlo todo. Un pequeño truco adicional para reducir la velocidad de cualquier Jedi perdido que pudiera venir por él.

—Las cosas que se aprenden como la Mano del Emperador —murmuró Luke—. ¿Sabes si hay alguna forma de cortarlo?

—Oh, seguro… cientos de ellas —le aseguró Mara, deslizando su mochila al suelo—. Aparte de eso con los sables de luz, es una cosa básicamente inútil. Es demasiado débil y desmenuzable como para construir con él… un buen rayo de carabina bláster lo hará añicos. Déjame ver… ah.

Sacó una de las granadas que Karrde había enviado e iluminó con su barra luminosa el número de rendimiento.

—Sí, esto debería funcionar si quieres probarlo.

Uno de los qom jha aportó otro comentario.

—Cumplidor De Promesas piensa que las granadas serían una mala idea —tradujo Luke—. Dice que no estamos lejos de la misma Torre Alta, y que el sonido viaja bastante lejos por el subsuelo.

—Probablemente tiene razón —concedió Mara, guardando la granada y estudiando la roca adonde Luke había estado cortando—. Por otro lado, así sólo estás sacando unos centímetros cada vez. Ruido adicional o retraso adicional. Tú eliges.

Luke pasó pensativamente una mano por la roca, y Mara pudo sentir su concentración mientras él se estiraba a la Fuerza.

—Intentémoslo durante algún tiempo con los sables de luz —sugirió lentamente—. Por lo menos un par de horas. Eso debería darnos una mejor estimación de cuánto tiempo va a tomar realmente.

—Está bien —dijo Mara—. Siempre podemos cambiar a granadas si decidimos que va demasiado lento —Pasó su barra luminosa por la roca—. Así que junto con cavernas llenas de depredadores, ahora tenemos una pared que bloquea los sables de luz. Qué conveniente para alguien.

—Podría ser sólo una coincidencia —dijo Luke. Pero no parecía que lo creyera—. Bueno, no hay nada que hacer más que empezar —De repente frunció el ceño—. A menos que pienses que esto podría dañar los sables de luz.

Mara se encogió de hombros.

—No puedo ver cómo lo haría, pero realmente no lo sé. Es de esperar que podamos notar cualquier problema antes de que se vuelva demasiado grave.

—Cierto —convino Luke, mirando abajo hacia su droide astromecánico—. Erredós: sensores completos, y mantén un ojo en los sables de luz. Déjanos saber si parecen estar recalentándose o algo así.

El droide pitó en reconocimiento y extendió su pequeña unidad sensora.

—Probablemente debamos empezar esto como un triángulo —sugirió Mara, cruzando el pasadizo y encajando su barra luminosa en una hendidura desde adonde iluminaría el área debajo del agujero por donde se escabullían los qom jha—. Horadando en ángulo

desde lados opuestos. Eso debería dejar nuestras hojas fuera del camino del otro, y los cortes en ángulo son normalmente mejores para debilitar la roca subyacente.

—Suena bien —Luke alzó la mirada a los tres qom jha, agrupados muy juntos en el techo—. Partidor De Piedras, por qué no vuelves hasta donde está Comedor De Rastreras De Fuego. Cuéntale que estamos casi listos para los exploradores adicionales que él prometió enviar a la Torre Alta con nosotros.

El qom jha dijo algo.

—No, pero lo estaremos pronto —dijo Luke—. Y será mejor que te lleves a uno de los demás contigo.

Sentado en un bulto de piedra debajo del arco de entrada, Niño De Los Vientos batió las alas y dijo algo que sonó ansioso.

—No, tú no —Luke le dijo firmemente al joven qom qae—. Cumplidor De Promesas, ve con él.

Hubo un breve comentario del qom jha que sonó vagamente condescendiente, y entonces Partidor De Piedras y Cumplidor De Promesas se dejaron caer de sus perchas y se alejaron aleteando en la oscuridad hacia la entrada de la cueva. Niño De Los Vientos disparó algo que sonó sarcástico mientras salían, entonces se posó enojadizamente de vuelta en su roca.

—Apuesto a que aquí me estoy perdiendo algunas réplicas punzantes muy ingeniosas —dijo agriamente Mara, sacando el sable de luz de su cinturón y poniéndose en posición a la izquierda del corte que Luke había empezado.

—No realmente —dijo Luke, encendiendo su sable de luz y moviéndose al lado opuesto—. ¿Lista?

Mara encendió su sable de luz.

—Hagámoslo.

• • •

Habían estado en eso por casi una hora, y habían completado el contorno para su apertura, cuando Erredós chilló de repente.

—Detente, Mara —ordenó Luke, apagando su sable de luz y preguntándose brevemente qué estaría mal. Había estado concentrándose mucho en el arma y no había sentido ni siquiera una insinuación de algún problema en ella. Miró a Erredós…

E hizo una pausa para mirar con más atención. La unidad sensora del droide estaba extendida, pero no estaba apuntada a los sables de luz. Estaba, en cambio, apuntada adelante por el pasadizo.

—¿Mara? —llamó, cambiándose el arma a la mano izquierda y sacando su barra luminosa. La pasó por el túnel mientras, detrás de él, Mara apagó su sable de luz.

Y en el súbito silencio, oyó un ruido. Un sonido susurrante, como miles de voces distantes, voces guturales susurrándose entre sí sin palabras. Un retumbo irracional que se repitió como un eco en su mente cuando se estiró hacia él con la Fuerza.

Y estaba acercándose.

—No me gusta como suena eso —murmuró Mara, caminando a su lado.

—Ni a mí —dijo Luke, poniendo su barra luminosa en su graduación más brillante y barriendo la zona de nuevo. No había nada visible, pero por la forma en que el túnel se retorcía y doblaba en ambas direcciones eso no significaba mucho. Usó sus técnicas Jedi de amplificación sensorial…

¡Rastreras de fuego!, dijo Constructor Con Enredaderas excitado desde el techo detrás de él. *¡Vienen hacia aquí!*

—¿Qué? —demandó Mara.

—Dijo que vienen rastreras de fuego —repitió Luke.

—Oh-oh —dijo Mara—. El nombre de su Regateador: «Comedor De Rastreras De Fuego».

—Sí —dijo Luke, alzando la vista al qom jha. Sus alas estaban aleteando con algún tipo de anticipación—. Yo había asumido que las rastreras de fuego eran alguna clase de planta. Constructor Con Enredaderas, ¿qué son estas cosas?

Son criaturas pequeñas pero peligrosas, dijo el qom jha. *Comerán y destruirán todo en su camino, y pueden matar a cualquier cosa que encuentren.*

—Dice pequeños pero peligrosos —Luke le contó a Mara, barriendo de nuevo el túnel con la barra luminosa.

—En cuyo caso, todo ese ruido implica que debe haber un llameante montón de ellos —concluyó gravemente Mara, echando una mirada a su alrededor—. Tengo el muy mal presentimiento de que estamos a punto de conocer una nueva especie de roverines[2].

Luke se estremeció. Había visto holovids de esos infames insectos depredadores en su marcha anual por las selvas de Davirien. Los roverines viajaban en enjambres de centenares de miles, a veces incluso millones, literalmente despojando el paisaje de cada trocito de vida vegetal cuando pasaban sobre él.

Vida vegetal, y cualquier animal que fuera demasiado lento o estuviera demasiado enfermo para salir de su camino, comiéndose a tales extraviados hasta dejar los huesos pulidos.

—Constructor Con Enredaderas, ¿qué tan rápido viajan? —preguntó.

—Demasiado rápido —exclamó Mara antes de que el qom jha pudiera contestar—. Mira: aquí vienen.

Luke contuvo la respiración. Adelante, justo en el punto más lejano que el rayo de la barra luminosa podía alcanzar, había aparecido el borde delantero de una lámina de negro pulsante, llenando todo el suelo y subiendo también quizás un metro por las paredes.

[2] **N. del T.:** El nombre de estos insectos es una especie de diminutivo de la palabra inglesa «rover» que significa vagabundo o pirata.

Ante sus ojos, el borde se derramó como algún líquido viscoso en una ligera depresión en el suelo, reapareciendo cuando fluyó de nuevo sobre el borde.

Y Mara tenía razón. Estaban viniendo demasiado rápido.

—Diría que tenemos quizá un minuto antes de que lleguen aquí —dijo Mara—. Si tienes algún truco inteligente en tu manga, éste es el momento para sacarlo.

Luke se mordió el labio, pensando rápidamente. Había una forma, sabía, de usar la Fuerza para crear un escudo personal de bajo-nivel. Pero mantener el escudo el tiempo suficiente, especialmente contra tantos adversarios individuales, sería prácticamente imposible. Además, era dudoso que también pudiera escudar de esa forma a Mara, y ella casi ciertamente no conocía la técnica por sí misma. Usar la Fuerza para sacar a cada trepador de fuego individual del camino mientras pasaban sería una tarea igualmente imposible, incluso con Mara trabajando junto a él.

Y si estos insectos eran parecidos a los roverines de Davirien, sólo haría falta que uno de ellos pasara y hundiera un aguijón envenenado para hacer tambalear su control y alertar al resto del enjambre de la presencia de comida. No, su única esperanza era quedarse completamente fuera del camino de las rastreras de fuego. O en alguna parte más lejos por el túnel, ¿o si no?

—El arco de entrada —dijo de repente Mara—. Necesitaremos apoya-pies aproximadamente a dos metros de altura…

—Correcto —dijo Luke, encendiendo su sable de luz y caminando hacia la abertura mientras medía la distancia con la mirada. Sí, podría funcionar.

Asumiendo que tuvieran el tiempo suficiente para hacer los preparativos necesarios.

—Erredós, cierra todas tus aberturas —avisó mientras hundía la punta de la brillante hoja verde horizontalmente en el borde interno del pilar lateral del arco de entrada medio metro por encima de su cabeza. Si el mineral cortosis se extendía hasta aquí tan lejos de la pared del pasadizo…

Afortunadamente, no lo hacía. La hoja de su sable de luz penetró limpiamente unos centímetros en el interior de la roca, sin ninguna insinuación de problemas.

—Niño De Los Vientos, métete en esa abertura de allí —ordenó mientras agarraba el sable de luz con la Fuerza y lo levantaba a la roca por encima del corte que acababa de hacer—. Encuentra un lugar adonde agárrarte y quédate allí.

¿Qué hay de ti, Jedi Caminante Del Cielo?, preguntó ansiosamente el joven qom qae, el aleteo de sus alas casi no se oía por el zumbido de los dos sables de luz. *¿Cómo te protegerás?*

—Ya verás —le aseguró Luke. Bajó la hoja del sable de luz en un ángulo no del todo vertical, rebanando una tosca cuña de piedra y dejando atrás un nicho horizontal poco profundo en el borde interno del arco de entrada. El susurro de las rastreras de fuego aproximándose estaba continuamente volviéndose más ruidoso—. ¿Mara?

—Ya terminé —avisó Mara por encima del ruido, la luz blanco-azulada reflejada por detrás de él se desvaneció cuando ella apagó su sable de luz—. Tenemos quizá veinte segundos.

Luke miró por el túnel mientras volvía a atrapar el sable de luz con la mano. La vanguardia del enjambre estaba apenas a cinco metros de distancia, todo el pasadizo detrás de ellos absolutamente negro con los insectos.

—Estoy listo —le contó, apagando el arma y devolviéndola a su cinturón—. ¿A la cuenta de tres?

—A las tres —dijo Mara.

Luke dio medio paso hacia atrás, y por un momento su espalda se apretó contra la de Mara cuando cada uno de ellos calibraba las distancias y se estiraba de su propia forma a la Fuerza.

—A las tres —repitió Luke, intentando ignorar el sonido que parecía llenar todo el pasadizo. Al otro lado junto a una pared, Erredós gimió de miedo—. Uno, dos, tres.

Saltó hacia arriba hacia su apoya-pies, girando su cuerpo a medio camino mientras lo hacía y esperando tardíamente que el arco de su salto no fuera lo suficientemente alto como para aplastar su cabeza contra la roca encorvada encima de él. Cuando se dio la vuelta para enfrentar el centro del arco de entrada captó un vistazo de Mara, también en medio del aire con su espalda a la roca, empezando a bajar hacia su recientemente tallado apoya-pies. Sus brazos estaban estirados hacia él, las palmas hacia afuera, como si se estuviera estirando para empujarlo. Luke levantó sus propios brazos, con las palmas igualmente hacia afuera, mientras los talones de los dos golpeaban sólidamente sobre sus apoya-pies. Sus palmas se encontraron y sus dedos se entrelazaron…

Mara inspiró profundo, exhalando en un torrente apenas audible por sobre el ruido de las rastreras de fuego que ahora hormigueaban por el pasadizo debajo de sus pies.

—¡Qué me manden a las minas de Kessel! —dijo ella—. Funcionó.

Luke asintió, también respirando profundo. Con sus pies descansando en los recortes que había hecho, con los brazos de los dos estirados rígidamente adelante y las manos estrechadas para sostenerse y apoyarse entre sí, se habían en efecto vuelto un arco viviente dentro del de piedra. Y con tal de que se quedaran de esa forma, permanecerían a salvo por encima del flujo de insectos.

Pero si cualquiera de ellos caía…

—¿Cómodo, no? —comentó Mara, echando una mirada alrededor—. También muy simbólico. El gran y poderoso Maestro Jedi forzado a depender de alguien más para su supervivencia.

—Desearía que dejaras de decir eso —gruñó Luke—. Ya he admitido que no puedo hacerlo todo.

—Lo que no es realmente lo mismo que confiar en otras personas —dijo Mara—. Pero está bien; dalo por terminado. Parece que estamos apenas a la altura suficiente.

Luke miró hacia abajo. El río de rastreras de fuego, como ya había visto, subía chapoteando una distancia por las paredes del pasadizo cuando demasiados insectos intentaban viajar a través de un espacio demasiado pequeño. Aquí en el arco de entrada, adonde el túnel era todavía más angosto, se amontonaban aún más alto, con algunos de los insectos pasando a apenas centímetros debajo de sus apoya-pies.

—¿Crees que pueden abrirse paso a través de nuestras botas? —preguntó.

—Si suficientes de ellos se trepan y comienzan a masticar, probablemente puedan abrirse paso a través de cualquier cosa —dijo Mara—. Y todo lo que haría falta sería que uno de ellos nos notara para que dispare cualquier tipo de señales químicas que usen para llamar al resto del enjambre.

Luke asintió seriamente.

—Así que en otras palabras, si parece que cualquiera de ellos se está acercando, lo agarramos con la Fuerza y nos deshacemos de él rápido.

—Mejor aun, lo arrojamos al otro lado de la cueva contra una pared —dijo Mara—. Lo que me gustaría saber es qué están haciendo aquí abajo. No puede haber suficiente comida en todo este complejo de cavernas para un enjambre de este tamaño.

—Quizá es un atajo de alguna parte de la superficie a otra —sugirió Luke—. Está ese río subterráneo que pasamos antes… quizá vienen aquí por el agua.

—Podría ser —dijo Mara, asomándose al costado—. ¿Desearía que hubiéramos tenido tiempo para subir nuestras mochilas…? ¿qué espacios?

Luke siguió su mirada, justo a tiempo para ver a Constructor Con Enredaderas lanzarse en una corta picada encima de las rastreras de fuego que corrían y doblar de nuevo hacia arriba con lo que parecían ser algunos de los insectos en la boca.

—Está comiéndoselos —dijo, sin creerlo realmente.

—Por supuesto que lo está —dijo Mara—. «Comedor De Rastreras De Fuego», ¿recuerdas?

—¿Pero entonces…? —dijo torpemente Luke, ahora completamente confundido—. ¿No son realmente tan peligrosos?

—Por supuesto que son peligrosos —resopló Mara—. ¿Alguna vez oíste hablar que el líder de algún clan haya escogido un nombre que lo hiciera sonar calmo y razonable? Esta tiene que ser la versión qom jha de «patear al rancor».

—¿Patear al rancor?

—Un término de jerga en la corte de Palpatine —dijo Mara—. Cualquier acto estúpido adonde los riesgos estuvieran muy fuera de proporción con las ganancias.

Luke se humedeció una boca repentinamente seca cuando miró que Constructor Con Enredaderas terminaba su bocadillo y se lanzaba en picada para otra pasada. ¿Por qué en el nombre de la Fuerza estaría corriendo un riesgo tan terrible?

Y era un riesgo terrible. Luke podía sentir el peligro que involucraba, sus sentidos Jedi hormigueaban casi tan fuerte como si la amenaza estuviera dirigida directamente hacia él. Seguramente Constructor Con Enredaderas no podría estar tan hambriento. ¿No?

—A primera vista, diría que está presumiendo —murmuró Mara, contestando su pregunta silenciosa.

—¿Para quién? ¿Para nosotros?

—No lo creo —Mara señaló con la cabeza hacia la pared detrás de Luke—. Para el niño.

Luke estiró el cuello para mirar. Balanceándose precariamente en una piedra cerca de la abertura de los qom jha, Niño De Los Vientos estaba mirando en fascinación absoluta como Constructor Con Enredaderas bajaba en picada encima de la masa de insectos, con sus alas estremeciéndose de excitación o nerviosismo o envidia.

—Oh-oh —dijo Luke—. ¿No crees que…?

—Espero que no sea tan estúpido —dijo Mara—. Pero los qom jha han estado molestándolo desde que salimos en este pequeño viaje. Podría hacerlo.

Luke hizo una mueca.

—Niño De Los Vientos, quédate adonde estás —ordenó, poniendo firmeza de Jedi en su voz—. No debes intentar lo que Constructor Con Enredaderas está haciendo…

Y de repente, un chillido aterrado gritó a través de su mente.

—¿Qué…? —jadeó, su cuerpo se agitó violentamente con el shock del sonido.

—Es Constructor Con Enredaderas —dijo entre dientes Mara, sus dedos se apretaron alrededor de los de Luke para ayudarlo a mantener el equilibrio. Luke miró hacia abajo…

A un espectáculo horrorizante. Constructor Con Enredaderas, con las alas batiéndose frenética pero inútilmente, se estaba debatiendo medio sumergido en el río viviente que fluía a través del pasadizo. Docenas de rastreras de fuego ya estaban arrastrándose por su cabeza y alas, mordiendo y picando. Aun mientras el lamento aterrado de Niño De Los Vientos se unía al grito de Constructor Con Enredaderas en la mente de Luke cien más de los insectos se arrastró hacia el qom jha, su peso lo hundió más profundo debajo del flujo.

No había tiempo que perder. Estirándose con la Fuerza, Luke levantó a rastras a Constructor Con Enredaderas fuera del flujo, y lo sostuvo suspendido en medio del aire. Se enfocó en los insectos, agarrándolos con la Fuerza y arrancándoselos.

—No te molestes —dijo Mara en voz baja—. Ya no hay nada que puedas hacer.

Luke reprimió el impulso por reflejo de negarlo. Él era un Jedi… tenía que haber algo que pudiera hacer.

Pero no. Ella tenía razón… y cuando el grito mental de Constructor Con Enredaderas terminó en el silencio de la muerte dejó que el cuerpo se hundiera suavemente de vuelta en el flujo irracional.

—Cuidado con mis dedos —dijo suavemente Mara.

Con un esfuerzo, Luke volvió su mirada hacia ella, enfocándose en sus manos unidas. Sus dedos se habían puesto blancos adonde estaban apretando fuerte de frustración a los de ella.

—Lo siento —murmuró, forzándose a relajar su asimiento.

—Está bien —dijo ella—. Sabes, aprietas bastante fuerte. Pensaba que ustedes los Jedi usualmente se concentraban más en los aspectos mentales de la Fuerza que lo que lo hacían en mantenerse en forma.

Ella estaba intentando desviar su atención, lo sabía, intentando desviar sus pensamientos del horror que él acababa de atestiguar. La compasión de Mara por sí misma era toda una nueva experiencia; pero ni las palabras ni la compasión tenían ni un

charco de oportunidad de suavizar la culpa y la rabia que subían por su garganta como un tornado de arena.

—No está bien —le exclamó en respuesta—. Yo sabía que era peligroso… Podría haberlo detenido. Debería haberlo detenido.

—¿Cómo? —contrapuso Mara—. Quiero decir, seguro, podrías haber usado la Fuerza para apresarlo contra el techo. ¿Pero qué derecho habrías tenido para hacer algo así?

—¿Qué quieres decir, qué derecho? —dijo entre dientes Luke—. Yo era el que estaba a cargo aquí. Su seguridad era mi responsabilidad.

—Oh, vamos —dijo Mara, la compasión todavía estaba allí pero ahora con un tinte de desdén alrededor de los bordes—. Constructor Con Enredaderas era un ser adulto, inteligente y responsable. Él sabía lo que estaba haciendo. Hizo su elección, y sufrió las consecuencias. Si quieres empezar a sentirte culpable por los errores, empieza por aquellos que realmente fueron culpa tuya.

—¿Como cuáles? —gruñó Luke.

Por un largo momento Mara lo miró fríamente, y Luke sintió una súbita oleada de recelo ondeando a través de su propio enojo.

—¿Como cuáles? —repitió Mara—. Bueno, veamos. Como no mudar tu academia Jedi fuera de Yavin cuando averiguaste por primera vez que un poder del lado oscuro realmente peligroso estaba infestando el lugar. Como no corregir enfáticamente a un turboláser descarriado como Kyp Durron en el mismo minuto que empezó a mostrar sus propias tendencias hacia el lado oscuro. Como no proveer una protección adecuada contra los secuestros para los hijos de tu hermana a pesar del hecho de que ya había sido intentado un par de veces. Como declararte un Maestro Jedi unilateralmente después de menos de diez años en el trabajo. ¿Qué tan larga quieres que sea la lista?

Luke intentó mirarla intensamente. Pero no había fuerza detrás de esa mirada, y con una mueca de turbación dejó caer los ojos.

—Tienes razón —suspiró—. Tienes toda la razón. No lo sé, Mara. Ha sido… no lo sé.

—Déjame adivinarlo —dijo ella, de nuevo el sarcasmo se había ido de su voz—. La vida como un Jedi ha sido mucho más brumosa de lo que alguna vez habías esperado que lo fuera. Has tenido problemas para entender lo que se suponía que debías hacer, o cómo se suponía que debías comportarte. Has estado ganando un tremendo poder en la Fuerza, pero la mayoría de las veces te has paralizado por el temor de que estabas a punto de utilizarlo de forma equivocada. ¿Estoy acercándome?

Luke la miró fijamente.

—Sí —dijo, sin creerlo realmente. *¿Cómo se había enterado ella?*— Es eso exactamente.

—Y sin embargo —continuó ella—, en algún momento en el último par de meses, las cosas se han vuelto de repente más claras. No que hayas tenido ninguna gran visión de rayos de relámpagos, pero mucha de la vacilación ha desaparecido y te ha sido más fácil quedarte en lo que en retrospectiva parece haber sido el camino correcto.

—Tienes razón de nuevo —dijo Luke—. Aunque también ha habido una o dos revelaciones bastante impresionantes —agregó, volviéndolo a pensar—. La visión en Tierfon que me puso en contacto con Karrde justo a tiempo para oír que tú estabas atrapada aquí, es una —La miró cuidadosamente—. ¿Sabes lo que ha estado pasando?

—Sí, sólo ha sido ligeramente más visible que deslumbradoramente obvio —dijo secamente ella—. Ciertamente para mí. Probablemente para Leia y Corran y también para algunos de tus otros estudiantes Jedi. Posiblemente para todos los demás en la Nueva República.

—Oh, gracias —dijo Luke, intentando igualar su tono y sin tener un éxito completo—. Eso me hace sentir tanto mejor.

—Bueno. Se suponía que —Mara respiró profundo, y Luke pudo sentir su renuencia—. Mira, tú eres el que está en el medio de esto. Tú eres el que tiene que decir al final qué está pasando. Pero si quieres mi opinión, todo empezó con esa pequeña excursión que hiciste hace nueve años a Byss. Adonde enfrentaste a… cualquier cosa que fuera lo que enfrentaste allí.

Luke se estremeció.

—El Emperador renacido.

—O lo que sea —dijo Mara con un raro toque de impaciencia—. Personalmente, no estoy convencida de que fuera realmente él. Pero ese no era el punto. El punto era que decidiste, *de forma bastante estúpida y arrogante, en mi opinión*, que la mejor forma de detenerlo era fingir unirte a él y dejarlo que te enseñe algunas de sus técnicas del lado oscuro.

—Pero no fui realmente al lado oscuro —protestó Luke, intentando recordar esos días oscuros—. Quiero decir, no creo que lo haya hecho.

Mara agitó la cabeza.

—Discutible; pero casi no importa. De una forma u otra, de todos modos jugueteaste a sabiendas con él. Y desde ese punto en adelante, tiñó todo lo que hiciste.

Uno de los pronunciamientos del Maestro Yoda flotó a la superficie de su memoria.

Una vez que inicies el descenso por el sendero oscuro, le había advertido su viejo maestro, *siempre tu destino dominará.*

—También lo ha hecho, ¿no? —murmuró, a medias para sí mismo, mientras todos los errores y equivocaciones y, sí, la arrogancia de los últimos nueve años volvía acusadoramente ante sus ojos—. ¿En qué estaba pensando?

—No estabas pensando —dijo Mara, con una rara mezcla de impaciencia y compasión mezclándose en su voz y emociones—. Estabas reaccionando, intentando salvar a todos y hacerlo todo. Y en el proceso te acercaste a un roce de rayo de bláster de destruirte a ti mismo.

—¿Entonces, qué cambió? —preguntó él—. ¿Qué pasó?

Los ojos de Mara se estrecharon fraccionariamente.

—¿Estás diciéndome que no lo sabes?

Luke hizo una mueca, preguntándose qué era lo que no había visto antes. Ese momento crítico afuera de Iphigin, cuando él y Han se habían preparado para el combate contra la banda pirata que Han había deducido estaba en camino. El momento cuando había visto la visión del Emperador Palpatine y Exar Kun riéndose de él…

—No, lo sé —concedió—. Tomé una decisión de dejar de usar tanto el poder de la Fuerza.

Y de repente, a través de esa mezcla de compasión e impaciencia pasó una oleada de algo completamente inesperado. Un diluvio de fuertísimo alivio.

—Lo tienes —dijo en voz baja Mara—. Finalmente.

Luke agitó la cabeza.

—¿Pero por qué? —demandó—. El poder evidentemente está allí, disponible para que un Jedi lo use. ¿Es sólo porque toqué el lado oscuro que usarlo es tan malo para mí?

—Ésa es probablemente una parte de ello —dijo Mara—. Pero aun si nunca hubieras hecho eso todavía te habrías encontrado con el problema. ¿Has estado alguna vez en una planta de estampado de placas de blindaje?

—Ah… no —dijo Luke, parpadeando por el súbito cambio de tema.

—¿Y en un establecimiento de molienda de minerales? —sugirió ella—. Lando ha tenido un par de ellos una u otra vez… por lo menos debes haber visitado alguno de ellos.

—Sí, he visto el de Varn —dijo Luke, la mención del nombre de Lando frenó súbitamente el sentimiento cautelosamente creciente de excitación por estas nuevas revelaciones. La relación de Mara con Lando…

—Está bien —dijo Mara, sin notar el cambio en las emociones de Luke o si no ignorándolo—. A veces pequeñas aves cantoras hacen sus nidos en las estructuras superiores de esos edificios. ¿Oíste el canto de alguna de ellas cuando estuviste allí?

Luke esbozó una estrecha sonrisa. De nuevo, era algo tan obvio.

—Por supuesto que no —dijo—. Había demasiado ruido allí para oír algo tan bajo.

Mara le devolvió la sonrisa.

—Bastante obvio, no, una vez que lo ves. La Fuerza no es sólo acerca del poder, como piensan la mayoría de los no-Jedi. También es acerca de guía: todo desde esas impresionantes visiones del futuro hasta las más sutiles advertencias en tiempo real que a veces pienso como un sentido del peligro. El problema es, que cuanto más usas el poder puro, menos puedes oír su guía por encima del ruido de tu propia actividad.

—Sí —murmuró Luke, tantos enigmas de repente se volvieron claros. Se había preguntado a menudo cómo fue que él pudo reconstruir la fortaleza personal de Darth Vader mientras que el Maestro Yoda se había quedado sin aliento haciendo algo tan relativamente simple como sacar un Ala-X del pantano de Dagobah. Claramente, Yoda había entendido mucho mejor las opciones que su advenedizo alumno.

E incluso en el corto tiempo desde que Luke había decidido intentar esa misma opción ya había visto vislumbres de por qué Yoda había escogido ese camino. Las sutiles partículas de guía, que a veces aparecían como poco más que vagas sensaciones casi subconscientes, habían estado presentándose cada vez más: protegiéndolo de una captura

rápida en la base asteroide de los Piratas Cavrilhu, o incitándolo silenciosamente a aceptar la ayuda de Niño De Los Vientos, que lo había llevado directamente hasta esta caverna y la ayuda motivada por el orgullo de los qom jha.

—Estaba en Iphigin hace un par de meses ayudando a Han con unas negociaciones —dijo—. Los diamalas en las charlas le dijeron a Han que los Jedi que usaban tanto poder como yo lo hacía, siempre acababan deslizándose al lado oscuro.

—Podrían tener razón —convino Mara—. No todos los Jedi Oscuros vienen de un entrenamiento perturbado, sabes. Algunos de ellos se deslizan sólo por sí mismos.

—No es un pensamiento muy placentero —dijo sobriamente Luke, pensando acerca de su academia en Yavin. De sus éxitos allí en la instrucción Jedi, y sus fracasos—. Especialmente dado que empecé a enseñar bajo la influencia del lado oscuro.

—Sí, también noté eso —convino Mara—. Posiblemente una de las razones principales por la que no te fue muy bien con esa primera camada de estudiantes.

Luke hizo una cara.

—¿Es por eso que no te quedaste?

—Eso, y los cambios que vi en ti —dijo ella—. No parecías interesado en escuchar ninguna advertencia acerca de lo que estabas haciendo, y decidí que cuando todo se derrumbara a tu alrededor no nos haría nada bien a ninguno de nosotros, si yo también quedaba atrapada en los escombros —Se encogió de hombros—. Sin embargo, Corran estaba allí, y él parecía tener la cabeza bien encaminada.

—Aunque no se quedó mucho tiempo —murmuró Luke.

—Sí, averigüé eso después. Una lástima.

Por un momento ninguno de ellos dijo nada. Luke levantó el cuello para asomarse al costado, preguntándose si el final del enjambre de rastreras de fuego ya era visible. Esta introspección era ambas cosas vergonzosa y dolorosa; y además, tenían trabajo urgente que hacer.

Pero la alfombra negra todavía se estiraba hasta donde las curvas e irregularidades del pasadizo le permitían ver.

—¿Qué hay de ti? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia Mara—. Eras la Mano del Emperador. ¿Por qué no ha estado tu vida dominada por el lado oscuro?

Ella se encogió de hombros incómoda.

—Quizá lo ha estado. Lo estuvo ciertamente desde el momento en que Palpatine me tomó de mi casa hasta que me libré de ese último comando que había bloqueado en mi mente.

Su mirada se nubló extrañamente, como si estuviera mirando algún lugar privado adentro de sí misma.

—Aunque de cierto modo es cómico. Palpatine nunca intentó realmente volverme al lado oscuro, por lo menos no de la forma en que volvió a Vader e intentó volverte a ti. En realidad, no creo que yo nunca haya estado realmente en el lado oscuro.

—Pero todo lo que estabas haciendo era el trabajo del Emperador —dijo Luke—. ¿Si él estaba en el lado oscuro, no deberías haberlo estado tú también?

Mara agitó la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Pero no lo estaba —Su mirada regresó, y Luke pudo sentir la barrera protectora subiendo de nuevo, como si ella comprendiera de repente que sus sentimientos privados habían estado un poco demasiado visibles—. Tú eres el Maestro Jedi. Averígualo.

—Trabajaré en eso —prometió Luke. Sí, las barreras habían subido de nuevo.

Pero no tan altas como lo habían estado alguna vez. Ni cerca de tan altas.

—Entretanto —dijo ella—, ¿aquéllas técnicas de control sostenido que me enseñaste funcionan en los músculos del brazo así como en los sables de luz?

Luke se enfocó en los brazos de ella, notando por primera vez que estaban temblando ligeramente por la fatiga muscular.

—Pueden funcionar —dijo él—. Pero para los músculos hay una técnica mejor. Déjame mostrarte…

• • •

Pasó otra hora antes de que el enjambre de rastreras de fuego finalmente terminara su migración por debajo de ellos y desapareciera por el pasadizo de la caverna. En su estela dejaron a Erredós y a todos los objetos de metal o de otra forma indigeribles de sus mochilas, aunque las mochilas mismas se habían desvanecido.

Y, por supuesto, los restos de Constructor Con Enredaderas.

Mara miró una vez a los huesos esparcidos, entonces firmemente apartó la mirada. Sí, había sido culpa del propio qom jha que hubiera terminado muerto; y sí, en un nivel era meramente el balance de la naturaleza en funcionamiento; y sí, ella había hecho su mejor esfuerzo para impedir que Luke tomara cualquier parte de la culpa para sí mismo. Pero nada de eso significaba que tenía que gustarle lo que había pasado, o quisiera mirar los resultados.

—Lo bueno es que las barras de comida estaban en cajas de metal —comentó, masajeándose los dedos mientras movía lo que quedaba de su equipo con la punta de su bota—. Aunque las cantimploras no resistieron tan bien.

—Hay suficiente agua aquí abajo —le recordó Luke. Él estaba parado cerca de su corte, mirando arriba a Niño De Los Vientos—. No podremos llevar los suministros adicionales con nosotros. Ahora todo está seguro, Niño De Los Vientos. Puedes bajar.

El joven qom qae no se movió, protestando de nuevo en esa casi-voz.

—Lo entiendo —dijo suavemente Luke—. Pero tienes que bajar. Estás en el camino allí arriba, y no queremos golpearte con nuestros sables de luz.

Por un momento Mara pensó que Niño De Los Vientos decidiría que prefería quedarse en lo alto sobre el suelo y arriesgarse a los sables de luz. Entonces, con clara renuencia, extendió las alas y aleteó hasta empercharse con ligera torpeza por encima del domo del droide.

—¿Ahora qué? —preguntó Mara, cruzando al lado de Luke—. ¿De nuevo a tajar y acuchillar?

Luke se encogió de hombros.

—La pared no va a caerse a pedazos por sí misma —dijo—. A menos que pienses que debemos arriesgarnos a usar las granadas.

Mara se asomó por el pasadizo. No había nada visible, pero después de ese enjambre de rastreras de fuego se estaba sintiendo un poco asustada.

—Por ahora sigamos con los sables de luz —sugirió—. Si Partidor De Piedras vuelve con los refuerzos antes de que hayamos terminado lo consideraremos.

—Suena bien —convino Luke, sacando de su cinturón su sable de luz y encendiéndolo—. Erredós, echa un ojo por si hay más problemas.

El droide trinó un reconocimiento ligeramente nervioso y extendió de nuevo su unidad sensora, casi haciendo caer a Niño De Los Vientos de su percha cuando lo hizo.

—Está bien —dijo Luke, poniéndose de nuevo en posición al costado de su corte—. Comencemos.

—Correcto —dijo Mara, encendiendo su propio sable de luz. El sable de luz de Luke acuchilló y se apagó; El de Mara hizo lo mismo…

Y eso, comprendió ella, fue todo. Había tenido la conversación que había sabido que vendría, y había estado temiendo, desde que él llegó aquí en primer lugar. Y aunque él obviamente no había estado exactamente estremecido por la comprensión de todo lo que había hecho mal durante los últimos años, se había tomado las noticias mejor de lo que ella había esperado.

La pregunta ahora era qué haría con este nuevo conocimiento. Si se lo tomaba sólidamente de corazón y se comprometía a hacer lo que ahora sabía que era correcto, o si la tentación del poder y las soluciones rápidas lo arrastraría eventualmente de vuelta por el camino fácil. El camino oscuro.

Sólo tendría que esperar y ver.

CAPÍTULO 16

Desde atrás de él vino el sonido de una puerta abriéndose, y Han volvió la cabeza para ver a Lando entrando al puente del *Dama Suerte*.

—Bueno, ya está —anunció el otro con tono tenso y decididamente gruñón—. Todo está apagado en modalidad de espera. Motores, sensores, sistema de computadora: los elementos de trabajo.

Cruzó el puente y se dejó caer en el asiento del piloto al lado de Han.

—Y me gustaría dejar registro ahora mismo de que odio todo esto.

—Yo tampoco estoy precisamente contento acerca de esto —tuvo que admitir Han—. Pero así es como tiene que ser.

Lando resopló.

—Según alguien que admitió ser un piloto clon imperial de TIE —agregó acusadoramente—. Sabes, Han, he hecho algunas cosas locas en mi época, pero esta se lleva el premio.

Han hizo una mueca, mirando fijamente a las estrellas. Sí, era una locura. En alguna parte allí afuera, a un microsalto por el hiperespacio de distancia, había una estación de contacto del Ubictorado Imperial, con toda la seguridad, poder de fuego y simple asquerosidad que eso implicaba.

Y aquí estaban, probablemente bien adentro de su perímetro defensivo, esperando como un gornt panza-arriba con sus sistemas bajados muy al mínimo para impedir ser demasiado visibles para cualquier auto-explorador que la estación pudiera tener vagando por el área. Esperando a que un clon imperial regresara y les contara adonde estaba localizado Bastión, la capital del encogido Imperio.

—Leia dijo que podíamos confiar en él —le contó a Lando.

—Ella dijo que era sincero y no planeaba traicionarte —corrigió oscuramente Lando—. No dijo que fuera un mentiroso lo suficientemente competente como para poder hacer todo esto. Especialmente no delante de algunos agentes del Ubictorado congénitamente sospechosos.

Han lo miró.

—¿No te gustan los clones, no?

Lando resopló de nuevo.

—No, no me gustan —dijo rotundamente—. Palpatine puede haber dicho que las especies alienígenas eran subhumanas, pero los clones realmente están allí abajo.

Durante un minuto el puente se quedó en silencio. Han miró un poco más a las estrellas, frotando los dedos por la empuñadura de su bláster e intentando impedir que el nerviosismo de Lando lo afectara. Después de todo, Leia había estado de acuerdo en dejarlo venir aquí, y Leia era una Jedi. Seguramente habría visto o sentido o supuesto si algo malo iba a pasar. ¿O no?

—Cuéntame sobre este Barón Fel —dijo de repente Lando—. Quiero decir el original. ¿Cómo era?

Han se encogió de hombros.

—Típico corelliano, supongo. Bueno, no, en realidad no lo era. Era un granjero, en primer lugar, que fue sobornado con una designación a la academia para impedir que testificara en una acción legal contra el hijo de un oficial de alguna gran agro-asociación. Estuvimos juntos en Carida durante algún tiempo, aunque no pasé mucho tiempo con él. Era del tipo honorable, supongo, incluso a veces un poco de cuello duro acerca de eso, y un piloto bastante bueno.

—¿Tan bueno como tú? —preguntó Lando.

Han esbozó una estrecha sonrisa.

—Mejor —dijo, un poco sorprendido de que realmente estaba admitiéndolo en voz alta—. Por lo menos, con algo del tamaño de un caza TIE.

—¿Entonces cómo terminó siendo clonado? —preguntó Lando—. Según recuerdo la historia, dejó el Imperio, se unió al Escuadrón Pícaro y entonces fue recapturado. Así que la pregunta es, ¿por qué alguien clonaría a un tipo que ya se había dado vuelta una vez? No importa qué tan buen piloto fuera.

—Leia y yo le hicimos la misma pregunta a Carib en Pakrik Menor —dijo Han—. Nos dijo que no lo sabía, eso no era parte del aprendizaje-flash que les habían dado en los tanques de clonación.

Lando gruñó.

—Mira. Habrían tenido que tenerlo durante tres o cuatro años, mínimo, antes de que Thrawn pudiera tener sus tanques de clonación en marcha. ¿Correcto?

—No lo necesitaba completo —murmuró Han—. C'baoth clonó a Luke de la mano que perdió en Bespin, ¿recuerdas?

—Sí, pero la mano de Luke era uno de los trofeos de Palpatine —señaló Lando—. ¿Por qué se molestaría alguien en guardar partes de Fel? Nadie ni siquiera sabía que Palpatine tenía todos aquellos tanques de clonación escondidos, mucho menos que Thrawn se presentaría y los haría funcionar de nuevo.

—Tienes un punto —concedió Han—. Así que probablemente lo mantuvieron vivo en alguna parte.

—Correcto —dijo Lando—. La pregunta es dónde…

—No lo sé —dijo Han—. Nadie nunca encontró archivos sobre él en ninguna de las prisiones o colonias penales imperiales que liberamos. Con sus conexiones con el Escuadrón Pícaro, habríamos oído si lo hacían.

Titubeó.

—La otra cosa que podrías no saber es que uno o dos meses después de su recaptura, su esposa hizo el mismo tipo de acto de desvanecimiento.

Lando frunció el ceño.

—Recuerdo que Wedge me contó sobre eso una vez. Pero dices «desvanecimiento»… Yo pensé que había sido el Imperio el que la atrapó.

—Eso es lo que todos pensaron en el momento —convino Han—. Pero una vez que empezaron a clasificar la evidencia, lo que había pasado se volvió mucho menos claro. De cualquier forma, tampoco nunca se encontró ni un rastro de ella.

Lando agitó la cabeza.

—Si se supone que algo de esto debe tranquilizarme, no está funcionando. La única forma en la que Isard podría haber traído a Fel de vuelta al lado del Imperio habría sido alterándole la mente. ¿Quieres contarme qué tipo de clon sale de eso?

Han suspiró.

—No lo sé. Todo lo que sé es que Leia le dio su aprobación.

Lando asintió.

—Sí. Seguro.

De nuevo, el silencio cayó sobre el puente. Esta vez, fue Han el que lo rompió.

—¿Qué están haciendo allá atrás Lobot y Moegid? —preguntó.

—Estaban practicando sus técnicas de infiltración antes de que me hicieras apagar la computadora —dijo Lando, todavía sonando malhumorado—. Probablemente ahora están verificando el equipo de Moegid.

—¿Les contaste adónde íbamos?

Los labios de Lando se comprimieron brevemente.

—Les dije que íbamos al interior del Imperio. No les dije exactamente adonde. O por qué.

—Quizá será mejor que vayas a hacer eso —sugirió Han—. Moegid puede necesitar repasar sobre sistemas de computadoras imperiales o algo así.

—No creo que los verpine nunca tengan que repasar nada —dijo Lando. Pero no obstante se levantó de su asiento—. ¿Seguro, por qué no? Podríamos también preocuparnos juntos. De cualquier forma, es mejor que no hacer nada esperando a que caiga el martillo.

—No te preocupes —le dijo Han mientras él salía del puente—. Funcionará. Confía en mí.

No hubo ninguna respuesta más que el golpe metálico de la puerta cuando se cerró deslizándose detrás de él. Suspirando de nuevo, Han devolvió su atención a mirar si el carguero de Carib regresaba.

Esforzándose por no preocuparse.

• • •

El agente del Ubictorado sentado en su consola miró fijamente a su visitante desde abajo de sus espesas cejas.

—Está bien —dijo en una voz que de algún modo le recordó a Carib mil gusanos prasher rascando las alas contra las hojas de granoalto—. He comprobado su ID.

—Me alegra oírlo —dijo Carib, intentando poner un poco de indignación virtuosa en su tono. A sus oídos, sin embargo, sonó meramente triste—. ¿Significa eso que finalmente está listo para escucharme?

El agente se reclinó en su asiento, contemplando fríamente a Carib.

—Seguro —dijo—. Con tal de que usted esté listo a oír una lista de cargos en su contra si estas grandes noticias suyas no son tan críticamente urgentes como cree pensar que lo son.

Golpeó su pluma contra el escritorio adelante de él.

—Explosión, Devist, sabe que se supone que nunca debe venir aquí. Se supone que todos ustedes saben eso. Todo lo que tengan que reportar pasa por los canales. Todo.

Carib siguió en posición de firme, escuchando la reprimenda con media oreja y esperando con toda la paciencia que pudo reunir a que el otro se quedara sin palabras. La perorata auto-generada, sabía, era una de las tácticas clásicas del Ubictorado para sacudir a alguien que querían que esté vulnerable.

Pero no. Eso no era algo que él supiera. Era algo que el Barón Soontir Fel había sabido. Algo que le había sido transferido artificialmente a Carib y a sus hermanos junto con su habilidad de piloto. Recuerdos que no eran suyos, de una persona que no era él.

Y sin embargo, en algún nivel, sí era él.

Era un pensamiento que entorpecía la mente, una dolorosa y deprimente neblina de identidad que le había costado a Carib muchas noches sin sueño allá en Pakrik Menor antes de que finalmente tomara la decisión consciente de enterrarlo tan atrás en el fondo de su mente como pudo.

Y había hecho un buen trabajo de mantenerlo allí… hasta que las órdenes por mucho tiempo esperadas, por mucho tiempo temidas habían llegado de los remanentes del Imperio… *¿podía ser realmente hace sólo dos semanas?...* reactivando su unidad de combate TIE. Entonces, todas las viejas incertidumbres, preguntas y dudas de sí mismo habían reflotado al frente de su mente. Él era un clon. Un clon. Un clon…

Basta, le gruñó a la palabra. *Yo soy Carib Devist. Esposo de Lacy, padre de Daberin y Keena, granjero de granoalto del Valle Dorchess de Pakrik Menor. No importa de dónde vine y cómo fui concebido. Yo soy quién soy.*

Respiró cuidadosamente… y cuando lo hizo, las dudas volvieron una vez más a su sueño intranquilo en los profundos recovecos de su mente. Él era Carib Devist; y a pesar de lo que cualquiera pudiera decir o pudiera creer, él era de hecho un individuo único.

El agente del Ubictorado estaba empezando a quedarse sin cuerda, y con una diversión privada Carib se dio cuenta que esta vez a la vieja táctica de intimidación le había salido el tiro por la culata. Lejos de enervar a la víctima a la que estaba dirigida, la perorata en cambio le había dado el tiempo que necesitaba para afianzar sus pensamientos y su valor y prepararse para el combate verbal.

—Así que oigámoslas —gruñó el agente—. Oigamos estas noticias de vital importancia suyas.

—Sí señor —dijo Carib—. Hubo un atentado imperial contra la Alta Consejera de la Nueva República Leia Organa Solo en Pakrik Menor hace cinco días. Falló.

—Sí, gracias, ya sabemos eso —dijo sarcásticamente el agente—. ¿Está diciéndome que rompió la seguridad para…?

—La razón por la que falló —continuó Carib—, fue porque…

—Yo estoy hablando aquí, Devist —exclamó el agente—. ¿Rompió la seguridad para traernos una historia que podríamos haber obtenido del Horario de Coruscant…?

—…fue porque —continuó obstinadamente Carib—, que fueron asistidos…

—¿Va a callarse? Haré que hagan escabeche con su piel con el…

—…por una nave alienígena desconocida —terminó Carib.

—…viscoso de un hutt… —Se interrumpió—. ¿Qué quiere decir, con una nave alienígena desconocida? —demandó.

—Quiero decir una nave con un diseño completamente desconocido —dijo Carib—. Tenía cuatro paneles externos como los dos en un caza TIE, pero el resto era definitivamente no-imperial.

Por un largo momento el agente midió a Carib con la mirada.

—Supongo que no obtuvieron ningún archivo de la batalla —dijo por fin, con tono desafiante.

—No de la batalla misma —dijo Carib, sacando una datacard de su bolsa lateral—. Pero después pudimos obtener algo de la nave.

El agente le ofreció la mano. Carib dejó caer la datacard en ella, cruzando mentalmente los dedos. Esto había sido fabricado por Solo durante el viaje hacia aquí usando un par de archivos que él y Organa Solo habían tenido con ellos en su nave. De donde habían sacado los originales Carib no lo sabía.

Y realmente tampoco le importaba. El combate, la intriga, la seguridad galáctica: ninguno de aquellos eran asuntos con los que él y sus hermanos quisieran seguir teniendo nada que ver. *Todo lo que querían* era que los dejaran tranquilos para criar sus familias, cuidar de sus granjas y vivir sus vidas.

Y todo lo que le importaba en este momento inmediato era que el registro maquinado de Solo fuera lo suficientemente bueno para que este burócrata ceñudo se lo creyera. Si no fuera…

El agente silbó por lo bajo, mirando su lector.

—Por los dientes de Tarkin —murmuró, agitando la cabeza—. ¿Son éstas lecturas de energía correctas?

—Eso es lo que había allí —Carib titubeó, pero no pudo resistirlo—. ¿Así que valió la pena romper la seguridad para esto?

El agente alzó la vista, pero estaba claro que ya no estaba realmente viendo a Carib.

—Sí, yo diría que sí —dijo ausentemente, tecleando furiosamente en su tablero—. Seguro. Sólo mírelo cuando vuelva a casa, y siga con el zigzag. Puede retirarse.

Y eso fue todo. Nada de gracias, nada de bien-hecho, nada de nada. Sólo un pequeño agente menor del Ubictorado en una tarea de callejón sin salida al borde de ninguna parte con visiones de promoción bailando por su cabeza.

Pero eso estaba bien, sabía Carib cuando se alejó por el corredor. Su parte ya estaba hecha, o casi hecha, y Solo se encargaría desde aquí. Él podría regresar a Lacy y sus hermanos y caer de nuevo en el tranquilo anonimato que era todo lo que cualquiera de ellos deseaba.

A menos que…

Hizo una mueca cuando un pensamiento lo golpeó tardíamente. Sí, el agente del Ubictorado allá atrás se había tragado el cebo de un solo trago ávido. Pero eso no era ninguna garantía de que los analistas militares en Bastión que analizarían el registro parte por parte harían lo mismo.

Y no era ninguna garantía en absoluto de que el Gran Almirante Thrawn no vería al instante a través de la charada. Si lo hacía, y si Solo todavía estaba en espacio imperial en ese momento…

Agitó la cabeza una vez para aclararla. No. Había hecho lo que querían, y había arriesgado su propio cuello para hacerlo. Lo que pasara ahora estaba en sus manos, no en las de él. *Su parte estaba hecha. Punto.*

Acelerando su paso, se dirigió hacia el túnel de atraque adonde estaba amarrado su carguero. Cuanto más rápido saliera de aquí y volviera a su granja, mejor.

• • •

A una distancia al costado, el altavoz crujió de repente.

—¿Solo?

Apresuradamente, Han dejó caer los pies del borde del tablero de control donde los había apoyado y tecleó el comunicador.

—Sí, aquí estoy, Carib —dijo—. ¿Lo conseguiste?

—Sí —dijo Carib—. Envió el droide sonda en vector cuarenta y tres por quince.

Detrás de Han, la puerta del puente se abrió.

—¿Es ese Devist? —preguntó Lando.

—Sí —dijo Han cuando hizo aparecer un mapa.

—¿Estás seguro de que éste es el vector a Bastión?

—Esa es la dirección en que fue la sonda —dijo Carib—. Te estoy enviando una copia de la grabación.

—Lo que quise decir fue, si estás seguro de que estaba enviándolo a Bastión —dijo Han cuando un pitido del tablero anunció la recepción de la transmisión.

—Él no dijo nada de una forma u otra —dijo Carib—. Pero por el brillo de promoción en sus ojos, no puedo pensar adonde más lo habría enviado.

—¿Qué tal la base principal del Ubictorado en Yaga Menor? —contrapuso Lando—. ¿No es esa su cadena de mando apropiada?

—Usualmente, sí —dijo Carib—. Pero los asuntos de importancia militar inmediata van directamente al alto comando. Su nave alienígena desconocida debería entrar en esa categoría.

—Eso esperamos —murmuró Lando.

—Además de lo cual, hay política militar involucrada —agregó Carib—. Cualquiera atascado así en una estación de contacto como esta está aquí porque los escalafones superiores básicamente lo han dejado de lado. La única forma de salir es impresionando a alguien más arriba en el ejército. De nuevo, eso significa enviarlo directo a Bastión.

Han le alzó las cejas a Lando.

—Me suena razonable.

—Supongo que sí —dijo sospechosamente Lando, mirando con ojos estrechados al carguero en el espacio afuera del ventanal del *Dama Suerte*—. Así que el Barón Fel era bastante bueno en política militar, ¿no?

Han hizo una mueca de dolor. Cualquiera que fueran los sentimientos que Lando tuviera acerca de los clones, no había ninguna razón para salirse de su camino para oponerse a Carib. Especialmente cuando el hombre estaba intentando ayudarlos.

Más aún especialmente cuando estaban al borde del espacio imperial, a distancia de escupida de una estación del Ubictorado.

—Carib…

—Está bien, Solo —dijo Carib, con voz estudiadamente neutral—. Quizá estés de acuerdo ahora en que yo tenía razón en lo que te dije allá en Pakrik Menor.

Han hizo otra mueca de dolor. El punto de Carib de que todavía había muchos prejuicios contra los clones en la Nueva República…

—Sí. Lo siento.

—Está bien —repitió Carib—. Mi parte está hecha; Vuelvo a casa. Buena suerte para ustedes.

El carguero trazó una curva que lo alejó por encima del *Dama Suerte* y fluctuó con pseudomovimiento cuando hizo el salto a la velocidad de la luz.

—Está apurado por escaparse —gruñó Lando.

—Está volviendo a casa —le recordó Han, volviendo su atención de vuelta al mapa. Un curso de cuarenta y tres por quince de la estación del Ubictorado lo pondría…

—Parece el sistema Sartinayniano —dijo Lando, mirando sobre su hombro.

—Sí, parece —convino Han, asintiendo.

—Un lugar curioso para poner una capital imperial —dijo Lando, con un borde de sospecha todavía tiñendo su tono.

—Oh, no lo sé —dijo Han, mirando los datos que la computadora del *Dama Suerte* tenía sobre el lugar—. Fue una vez una capital de sector, así que probablemente están acostumbrados a tener una burocracia en marcha.

—Aunque todavía dista mucho de las torres relucientes de Coruscant —dijo Lando.

—¿No lo hace todo? —contrapuso Han—. Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

Agitando la cabeza, Lando se dejó caer en el asiento del piloto.

—Seguro. Sólo metámonos en el medio de la capital imperial. ¿Por qué no?

—Lando, mira…

—No, está bien, Han —dijo Lando con un suspiro cansado—. Dije que lo haría, y lo haré. Sólo desearía no tener que hacerlo —Estiró la mano y tecleó en la computadora de navegación—. Pero los deseos no te traen las cartas que quieres. Llama a Lobot y a Moegid, quieres, y diles que se abrochen las correas de contención.

—Seguro —dijo Han, buscando sus propias correas con una mano y extendiéndose al interruptor del comunicador con la otra—. Eh, no te preocupes. Todo va a salir bien.

—Sí —dijo Lando—. Seguro.

• • •

—¡No! —gruñó el Senador Ishori, Ghic Dx'ono golpeando un puño de puntas cornudas contra la mesa para enfatizar—. Eso está completamente fuera de discusión. Los ishori no admitirán nada menos que la justicia total y completa para el pueblo caamasi y el de la Nueva República.

—La justicia es lo que todos nosotros buscamos —contrapuso el Senador Diamalano, Porolo Miatamia, su voz era la calma glacial de su especie—. Pero…

—¡Mentiras! —casi gritó Dx'ono, con las orejas aplanadas contra la cabeza—. ¡Los diamalas demandan lo imposible, y se niegan a conformarse con ninguna otra cosa!

—Senadores, por favor —interrumpió el Presidente Ponc Gavrisom, sus alas barrieron brevemente entre los otros dos como si intentara separar un par de jugadores de shockball enfurecidos—. No estoy pidiendo una resolución de la situación de Caamas aquí y ahora. Todo lo que estoy pidiendo…

—Ya sé lo que está pidiendo —gruñó Dx'ono—. Pero la justicia pospuesta es demasiado a menudo justicia ignorada —Extendió un dedo acusadoramente hacia Miatamia—. Y ésa es precisamente la situación que los diamalas están intentando crear.

—Los diamalas tenemos toda la intención de ver que la justicia sea impartida —dijo fríamente Miatamia—. Pero entendemos que los asuntos más urgentes deben tomar prioridad.

—¡Thrawn está muerto! —gruñó Dx'ono, poniéndose de pie de un brinco como si fuera a atacar físicamente al otro—. ¡Está muerto! ¡Todos los archivos imperiales concuerdan!

Miatamia permaneció firme.

—Yo lo vi, Senador. Lo vi, y lo oí…

—¡Mentiras! —lo cortó Dx'ono—. Todas mentiras, creadas para distraernos de la búsqueda de justicia.

Sentado en el pequeño cuarto detrás de la pared falsa, Booster Terrik agitó la cabeza.

—Idiotas —murmuró—. Ambos de ellos.

—Calma, Padre —dijo su hija Mirax Terrik Horn, apretándole su brazo—. Los dos son probablemente sinceros, desde sus propios puntos de vista diferentes.

—Y todos sabemos qué camino les espera a la gente sincera —dijo agriamente Terrik, mirando atrás por encima de su hombro—. ¿Adónde está este explotante Bel Iblis, de cualquier forma? Tengo trabajo que hacer.

—No tienes nada más que trabajo de reparación y de mantenimiento programado en el *Ventura Errante* para las próximas tres semanas —lo amonestó firmemente Mirax—. Y no te necesitan durante ninguna parte de él.

Booster le envió una mirada intensa, una mirada que funcionó tan bien como siempre funcionaban tales miradas en ella. Lo que era decir, no mucho.

—Yo creía que se suponía que las hijas debían ser una fuente de orgullo y confort para sus padres en la vejez —refunfuñó.

Ella sonrió.

—Cuando llegues allí, veré qué puedo hacer —prometió.

La sonrisa se desvaneció cuando volvió a girarse hacia la pared falsa.

—Todo esto está empezando a salirse de control. ¿Has oído que ya cien sistemas han solicitado volver a unirse al Imperio?

—Mis fuentes dicen que son sólo veinte sistemas —dijo Booster—. Todo lo demás son sólo rumores.

—Cualquiera sea el número, todavía es algo de qué preocuparse —dijo Mirax, con una nota de miedo reprimido en la voz—. Si Thrawn todavía está realmente vivo, y si todo este tumulto persuade a la gente que quieren o necesitan su protección, entonces el Imperio podría recobrar su territorio sin disparar un solo tiro.

—Dudo que vayan a convencer a tantos sistemas a regresar —discutió Booster. Pero no se sentía ni cerca de tan seguro como estaba intentando sonar—. De cualquier forma, no hay mucho que podamos hacer al respecto.

Detrás de él, la puerta se abrió.

—Ah, Capitán Terrik —dijo el General Bel Iblis, entrando y ofreciéndole la mano—. Gracias por haber venido. Confío en que hayas estado entretenido…

—Si quieres decir el espectáculo de baile, los he visto mejores —dijo Booster, agitando un pulgar hacia el ruidoso drama en el cuarto de al lado mientras renuente y brevemente agarraba la mano de Bel Iblis. Él y la autoridad nunca se habían llevado muy bien—. Hablando de espectáculos de baile, tengo una cuenta que arreglar contigo acerca de ese sinsentido en el sistema Sif'kric hace tres semanas. Los burócratas de allí todavía no me han soltado al *Diablura del Bribón*.

—No sabía eso —dijo Bel Iblis, apagando el altavoz que traía la discusión del cuarto de al lado y acercando la silla que quedaba en el cuarto—. Daré órdenes de que sea liberada en cuanto terminemos aquí.

Booster lo miró cautelosamente.

—La palabra «terminemos» implica un comienzo.

—Claro que sí —convino Bel Iblis, posicionando la silla para enfrentar a los dos y sentándose—. No te cité aquí sólo para ver una exhibición privada de las habilidades de mediación de Gavrisom. A propósito, presumo que no tengo que decirte que cualquier cosa que oigas aquí será considerada confidencial.

—En serio —Booster le frunció el ceño pensativamente a su hija—. Veamos. Los ishori gritan cuando debaten y quieren sacarle un metro cuadrado de piel a cada bothan para dársela a lo que queda de los caamasi. Los diamalas quieren el mismo metro cuadrado, pero sólo de los bothans que ayudaron a destruir Caamas, *exhumándolos si fuera necesario*, en cuanto alguien averigüe quiénes fueron. ¿A quién crees que debemos venderle estos grandes secretos primero, Mirax?

Ella le dio una mirada paciente a su padre y volvió su atención a Bel Iblis.

—Te entendemos, General —dijo—. ¿Qué es lo que quieres?

—Los dejé ver un poco de esta conversación privada porque pensé que ayudaría a señalar la gravedad de la situación en la que estamos —dijo Bel Iblis, señalando con la cabeza hacia la discusión que todavía continuaba ahora inaudible detrás de él—. El aumento de naves de guerra sobre Bothawui está repitiéndose por la Nueva República mientras mundos y especies se alinean detrás de los ishori y diamalas en este asunto. La única forma en que vamos a desactivar la situación es encontrando quiénes exactamente fueron los bothans que sabotearon el escudo planetario de Caamas.

—Como bailarín, General, no eres nada mejor que ellos —dijo Booster—. Ve al punto.

Bel Iblis fijó los ojos en él.

—Quiero pedir prestado el *Ventura Errante*.

Booster lo miró fijamente, demasiado aturdido incluso para reírse en la cara del general.

—Debes estar bromeando —consiguió decir al fin—. Claro que no.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó Mirax.

Bel Iblis volvió la mirada a ella.

—Pensamos que puede haber una copia completa del Documento de Caamas en la base del Ubictorado en Yaga Menor —le contó—. Gavrisom ha decidido lanzar una incursión por información para intentar conseguirla.

—¿Una incursión de datos en una base del Ubictorado? —repitió Booster—. ¿A qué pobre tonto le dieron esa asignación?

Bel Iblis lo observó fríamente.

—A mí —dijo.

Por un momento el cuarto se quedó en silencio. Booster estudió la cara de Bel Iblis, deseando que el general hubiera opacado la pared falsa detrás de él cuando había apagado el sonido. La discusión allí atrás, particularmente el senador ishori agitando sus anchos brazos, era muy distractiva.

Como Bel Iblis probablemente esperaba que lo fuera.

—Está bien —dijo por fin—. Entiendo el cuadro: necesitas un Destructor Estelar para meterte furtivamente a través de sus defensas exteriores. La última vez que oí, la Nueva República todavía tenía algunos capturados. ¿Por qué no usas uno de aquellos?

—Dos razones —dijo Bel Iblis—. Primero, todos ellos son demasiado conocidos. Enmascarar sus marcas y firmas de ID de motor tomaría demasiado tiempo.

—Y probablemente no engañaría a nadie por mucho tiempo —murmuró Mirax.

Booster la miró con fiereza. *¿De cualquier forma, del lado de quién estaba ella aquí?*

—Correcto —asintió Bel Iblis—. Segundo, y más importante, no podemos sacar a ninguno de ellos de sus deberes de patrulla asignados sin que todo el sector note su ausencia al instante. Sabes cómo es una incursión de información: si el blanco siente un soplo de tus planes, estás hundido.

Booster cruzó los brazos sobre su pecho.

—Lo siento, General. Simpatizo con tu problema y todo, pero no hay trato. Pasé por demasiado por esa nave para arriesgarla en algún plan loco que de cualquier forma no es de mi incumbencia.

Bel Iblis agitó la cabeza ligeramente al costado.

—¿Estás seguro de que no sea de tu incumbencia?

Booster descruzó los brazos lo suficiente para palmearse el pecho.

—¿Ves una insignia militar de la Nueva República aquí?

—¿Ves al senador diamalano allá atrás? —contrapuso Bel Iblis—. Son aliados de los mon cals en esta situación bothan; y sabes cuánto odian los mon cals a los contrabandistas. Si se desata una guerra sin cuartel, una de las primeras cosas que probablemente harán es moverse contra todos los grupos contrabandistas que puedan encontrar, para disminuir el número de mercenarios que el otro lado pueda usar si no tiene ninguna otra razón.

Alzó una ceja.

—¿Y con un Destructor Estelar Imperial en tu posesión, adónde crees que terminarás en su lista de prioridades?

Booster hizo una mueca.

—¿En alguna parte cerca de la cima?

—Ahí es adonde yo te pondría —convino Bel Iblis—. Así que ayudarme es en gran parte por tus propios intereses.

Tenía un caso, Booster tuvo que admitir. Y podía sentir la acusación detrás de los ojos de Mirax cuando ella lo miró fijamente, recordándole su comentario locuaz no más de cinco minutos antes acerca de que no había nada que ellos pudieran hacer.

Y se le ocurrió, lo que podría no habérsele ocurrido todavía a su hija, que si Bel Iblis iba a Yaga Menor, el marido de Mirax, Corran, y el resto del Escuadrón Pícaro probablemente estaría yendo con él.

Pero que le pidieran que arriesgara su querido *Ventura Errante* de esta forma era simplemente demasiado. Sí, estaba cayéndose a pedazos, con la mitad de sus sistemas en

estado cuestionable o totalmente muerto, y con un costo operativo que haría palidecer a un barón imperial. Pero era *suyo*. Todos sus…

Hizo una pausa. ¿En qué mundos estaba pensando?

Descruzó los brazos y se reacomodó en su asiento, mirando especulativamente a Bel Iblis.

—Desafortunadamente, aun si dijera que sí, nunca podrías hacerlo —señaló—. Si vuelven una serie sensora medio decente hacia el *Ventura Errante*, un wampa ciego podría darse cuenta de que ya no estamos al nivel de las normas imperiales. Necesitaríamos actualizaciones de turboláser y emplazamientos tractores, reconstrucción de escudos, reemplazos de sistemas completos… tú dilo, nosotros lo necesitamos.

La mirada de Bel Iblis se había endurecido perceptiblemente durante la recitación.

—Ya veo —dijo secamente—. Airen Cracken me advirtió acerca de ti.

—Me alegra oír que me recuerda —dijo Booster con un encogimiento de hombros—. Depende de ti, General. Te prestaré la nave; pero a cambio, tienes que actualizar los sistemas. Y ganes o pierdas, esas mejoras se quedan cuando todo haya terminado.

—A los mon cals les va a encantar.

—Si se desata la guerra, los mon cals serán la menor de mis preocupaciones —dijo bruscamente Booster—. Cada grupo pirata y contrabandista de dos-bits en la galaxia estará intentando poner sus manos en el Ventura. Ésa es mi oferta; tómala o déjala.

—La tomaré —dijo Bel Iblis, poniéndose de pie—. ¿Adónde está la nave ahora?

—Estacionada en el exterior del sistema de Mrisst —le contó Booster, también poniéndose de pie e intentando no mostrar su sorpresa. Su experiencia reconocidamente irregular con oficiales de la Nueva República era que necesitaban más persuasión y mucho más regateo antes de que finalmente cedieran. Y los oficiales militares de la Nueva República eran aun peor—. ¿Adónde quieres que sea enviada?

—Te lo diré una vez que estemos a bordo —dijo Bel Iblis.

Booster frunció el ceño.

—¿Vas a venir con nosotros?

—Junto con doscientos de mis tripulantes —dijo el general—. Te ayudaremos a volar la nave hasta que recojamos una tripulación apropiada en el punto de cita.

—Tengo una tripulación apropiada —replicó Booster. Debía haber sabido que Bel Iblis no cedería tan fácilmente.

—Para manejar un depósito móvil de contrabandistas, quizás —dijo Bel Iblis—. No para personificar una nave de guerra imperial. Traeré un complemento mínimo a bordo antes de que dejemos el punto de cita.

Booster se enderezó en toda su altura.

—Pongamos una cosa en claro ahora mismo, General —dijo tiesamente—. El *Ventura Errante* es mi nave. Si yo no la capitaneo, no va a ninguna parte.

Una vez más, Bel Iblis lo sorprendió.

—Claro —dijo serenamente—. No lo querría de ningún otro modo. Tengo una lanzadera esperando; saldremos inmediatamente.

—Como tú digas —dijo Booster, reprimiendo el mal presentimiento de que, a pesar de las apariencias, Bel Iblis todavía no había cedido realmente de la forma en que sonaba—. Mirax, podrías también tomar mi lanzadera y volver a casa.

Bel Iblis se aclaró la garganta.

—¿Qué? —demandó sospechosamente Booster.

—Me temo que Mirax tendrá que venir con nosotros —dijo apologéticamente Bel Iblis—. Es absolutamente vital que mantengamos una completa seguridad en esto, y eso significa que nadie que sepa sobre esto puede alejarse solo.

Booster se preparó de nuevo.

—¿Si crees que voy a dejar que mi hija venga en una correría contra una base del Ubictorado?

—Oh, no, de ninguna manera —se apresuró a asegurarle Bel Iblis—. Ella y su hijo se quedarán atrás en el punto de cita con la tripulación de preparación.

Una vez más, Booster tuvo la sensación de que le habían sacado de un golpe los bloques en los que estaba parado.

—Está bien —murmuró—. Bueno, continuemos. Si estás determinado a ir marchando a una base imperial, será mejor que empecemos los preparativos.

—Sí —dijo Bel Iblis—. Y déjame agradecerte una vez más por tu ayuda. No te preocupes; todo va a salir bien.

—Sí —refunfuñó Booster mientras tomaba el brazo de Mirax—. Claro.

CAPÍTULO 17

Con un barrido final truncado del sable de luz, el último de los pedazos se desprendió de la abertura y cayó ruidosamente contra el suelo rocoso.

—Ya está —dijo Luke, asomándose por el agujero—. ¿Qué te parece?

Mara se acercó a su lado e iluminó la abertura con su barra luminosa.

—Todavía va a estar apretado para el droide —dijo—. Pero creo que servirá.

Luke miró atrás por encima de su hombro, a los ocho qom jha colgando del techo del pasadizo. Sí, serviría. Y más importante, ahora que Partidor De Piedras y Cumplidor De Promesas habían vuelto con los cazadores qom jha que Comedor De Rastreras De Fuego había prometido, debían ponerse en movimiento antes de que perdieran algún prestigio a los ojos de sus guías.

O para ponerlo de otra forma, antes de que ellos perdieran tanta confianza en el Maestro Caminante Del Cielo que decidieran echarse completamente atrás de este viaje. No habían dicho mucho sobre la muerte violenta de Constructor Con Enredaderas, pero definitivamente estaban evitando el área adonde su amigo había muerto.

Y tampoco se estaban saliendo de su camino para ser buenos con Niño De Los Vientos. Si él y Mara no se ponían en movimiento, era probable que hubiera más de los mismos problemas de los que ya habían tenido demasiado.

—Estoy de acuerdo —dijo, devolviendo su sable de luz a su cinturón y caminando hasta la encogida colección de artículos que habían sido sus mochilas antes de que las rastreras de fuego las hubieran agarrado. Aparte de las barras de comida en su envase de metal, los paquetes de energía de bláster de repuesto, las barras luminosas, y algo de sintesoga, no había quedado mucho. Las camas enrollables, la tienda de supervivencia, los medpacs, e incluso las cubiertas detonadoras en las granadas todo había sido arrasado hasta quedar sólo restos inútiles—. ¿Supongo que sólo llevamos lo que nos pueda servir de esto?

—Eso es lo que yo estoy haciendo —dijo Mara. Tenía una de sus cajas de raciones abierta y estaba repartiendo las barras entre los varios bolsillos en su traje de salto—. Primera regla de los soldados: concéntrate en la comida.

—Entendido —dijo Luke, empezando a llenar sus propios bolsillos. Erredós rodó inseguramente hasta él por el suelo desigual y con un pitido de invitación abrió el compartimiento oculto en su domo—. Estoy poniendo lo que queda de sintesoga en Erredós —Luke le avisó a Mara, metiendo el rollo en el compartimiento—. En caso de que la necesites.

—Está bien —dijo Mara—. Estoy lista.

—Yo también —dijo Luke, mirando fijamente a la oscuridad—. ¿Quieres seguir con el mismo orden de marcha?

—¿Quieres decir contigo adelante y conmigo detrás ocupándome del equipaje? —preguntó Mara, señalando a Erredós con la cabeza.

Luke sintió que su cara se calentaba.

—Quise decir…

—Ya sé lo que quisiste decir —dijo Mara, dándole una sonrisa torcida—. Pero tú eres el Jedi; y si hay algo allí adentro con dientes grandes, tú tienes la mejor oportunidad de tostarlo antes de que pruebe sangre. Así que, después de ti.

Luke alzó la vista a los qom jha que esperaban.

—Seguro —dijo, cambiándose la barra luminosa a la mano izquierda y sacando su sable de luz—. Estamos listos, Partidor De Piedras.

Síganme, dijo el qom jha, cayendo del techo y aleteando hacia la oscuridad.

Se hizo rápidamente evidente que su ruta no era tanto un pasadizo sino mas bien una angosta grieta en forma de V en la roca. En los primeros tres pasos Luke se vio forzado a devolver su sable de luz a su cinturón y colgar su barra luminosa de su túnica para liberarse las manos para ayudarse a desplazarse. Detrás de él pudo oír el continuo gorjeo nervioso de Erredós y el ocasional golpe ahogado cuando Mara lo golpeaba accidentalmente contra una de las paredes laterales.

Cada vez que eso sucedía, tenía que reprimir el impulso de ofrecerle su ayuda. Si Mara la necesitaba, la pediría. Probablemente.

Afortunadamente, la grieta era de no más de tres metros de largo, con una pared amarillenta bloqueando el extremo lejano.

Éste es el camino de entrada, dijo Partidor De Piedras desde una percha en un pequeño boquete en la pared amarilla cerca de la cima. *Más allá de esta pared está la Torre Alta.*

—Diría que ya estamos aquí —comentó Mara—. Esa pared es definitivamente artificial.

—De acuerdo —dijo Luke, acuñándose en una posición más o menos firme delante de la pared y sacando su sable de luz—. Tú y Erredós manténganse atrás.

La pared era bastante delgada y, más importante, no estaba hecha de mineral cortosis. Tres rápidos tajos de la hoja verde, y ya tenían su entrada.

Luke se dejó caer a través de la abertura, con el sable de luz y los sentidos Jedi preparados. Más allá de la pared había un cuarto oscuro, de techo alto, increíblemente polvoriento, que se extendía más allá del rango del rayo de su barra luminosa. Espaciados a lo largo de las paredes a dos alturas diferentes había unos nichos detalladamente labrados en la pared que parecía que alguna vez hubieran sostenido antorchas o luces con forma de antorchas. Encima de los nichos, en quizás una docena de otros puntos alrededor del cuarto, otros huecos mostraban adonde secciones de la pared amarilla se habían derrumbado del techo. Aparte de los nichos, no había ninguna otra decoración ni muebles.

—No se parece a Hijarna —murmuró Mara desde atrás de él, ondeando su propia barra luminosa alrededor.

—¿Qué? —preguntó Luke.

—Hay una fortaleza en ruinas en el planeta Hijarna —explicó ella—. Karrde a veces la usa como un lugar de reunión.

—Sí, dijo algo sobre eso cuando lo vi en Cejansij —dijo Luke—. Dijo que si esta fortaleza era como esa probablemente ellos no tendrían que preocuparse por cualquier ataque que él pudiera arrojarle encima.

—Que él, o la Nueva República en general —dijo gravemente Mara—. La fortaleza de Hijarna está hecha de alguna piedra negra increíblemente dura que podría comer fuego turboláser masivo de desayuno.

Señaló con su barra luminosa.

—Mi primera mirada a la Torre Alta desde afuera de la boca de la cueva me recordó a esa. Pero el material de la pared de aquí no es en nada como ese.

Erredós silbó, su unidad sensora se extendió y rodó de un lado a otro como si buscara algo.

—Eso no necesariamente significa nada —señaló Luke, acuclillándose delante del droide y mirando el datapad que habían aparejado para usar como traductor para sus comentarios más complicados—. Podrían haber sido construidos por dos grupos diferentes de la misma gente.

—Quizá. ¿Qué está diciendo?

—Dice que por las trabas de las piedras no cree que los nichos de la pared fueran parte del diseño original —dijo Luke—. Para lo que eso sirve.

Se enderezó y señaló hacia la parte que no habían visto del cuarto.

—También dice que hay una muy fuerte fuente de energía operando en alguna parte por allí.

—En serio —dijo Mara con interés, dando un paso en esa dirección e iluminando la oscuridad con su barra luminosa—. Vamos a echar una mirada.

¡No!, dijo nítidamente Cumplidor De Promesas desde arriba de Luke.

—Espera —Luke le dijo a Mara, alzando la vista. Cumplidor De Promesas estaba emperchado en uno de los nichos de la pared, con las alas temblando de agitación—. ¿Cuál es el problema? —preguntó.

Por allí yace la destrucción, dijo el qom jha. *Otros han buscado en esa dirección. Ninguno ha regresado nunca.*

—Dice que hay peligro en esa dirección —Luke tradujo para Mara—. Específicos desconocidos.

—Excepto que come qom jha, presumo —dijo Mara—. Por otro lado, la única salida fuera de aquí tiene que estar en esa dirección.

No, hay otro camino, dijo Partidor De Piedras desde uno de los otros nichos. *Ven.*

Voló junto a la pared a su izquierda y se posó en uno de los otros huecos debajo del techo.

Por aquí, dijo. *Aquí está la entrada al pasaje oculto.*

—En serio —dijo Luke, sintiendo que sus ojos se estrechaban. El qom jha no había dicho nada antes sobre un pasaje oculto—. ¿Y este pasaje oculto lleva a la Torre Alta?

Ven, dijo Partidor De Piedras. *Ya verás.*

—Pasaje oculto, ¿eh? —comentó Mara mientras cruzaban el cuarto, Erredós los siguió rodando detrás de ellos—. No recuerdo que eso fuera mencionado antes.

—Yo tampoco —dijo Luke—. Podría ser sólo una omisión.

—O un hecho extraña pero convenientemente olvidado —dijo oscuramente Mara.

Erredós gorjeó interrogativamente.

—Extraño porque los pasajes ocultos normalmente también tienen salidas ocultas —le dijo Mara al droide por encima de su hombro—. Y a menos que los qom jha hayan encontrado una forma de pasar esas salidas, no sabrían nada más sobre el diseño de la Torre Alta que nosotros.

—¿Qué hay de eso, Partidor De Piedras? —preguntó Luke—. ¿Tú y tu gente han entrado, no?

Hemos viajado todo el camino a través del pasaje oculto, fue la algo malhumorada contestación. *Hay lugares adonde podemos ver a los Amenazadores y oír lo que están diciendo.*

—Déjame adivinar —dijo Mara—. Nunca han estado realmente adentro de la Torre Alta, pero están seguros de que podrán encontrar su camino una vez que los hagamos entrar.

—Básicamente —dijo pesadamente Luke—. Aparentemente, a pesar de todos sus discursos, nadie ha estado realmente adentro del lugar.

Algunos de los qom qae han estado adentro, habló Niño De Los Vientos. *Yo sé que algunos lo han hecho.*

Luke le frunció el ceño.

—¿Lo han hecho? ¿Quién? ¿Cuándo?

Amigos de otras nidadas han entrado desde arriba, explicó Niño De Los Vientos. *Pero ellos siempre han sido echados rápidamente, y han visto muy poco.*

—De todos modos, eso es aparentemente más que lo que los qom jha han hecho —dijo Luke, mirando de nuevo a Partidor De Piedras. El qom jha estaba manteniendo un tenso silencio, pero Luke podía ver que no estaba contento con esta revelación—. ¿Has estado adentro tú mismo, Niño De Los Vientos?

—No —dijo—. Sólo amigos de la nidada más cercana a este lugar.

—¿Cuál es el debate? —preguntó Mara.

—Niño De Los Vientos dice que algunos de los qom qae más jóvenes de la región se han escabullido adentro de las áreas superiores de la Torre Alta —dijo Luke—. ¿Pero cómo es que estás en contacto con éstos otros, Niño De Los Vientos? Pensé que Cazador De Los Vientos dijo que los asuntos afuera de su nidada no los concernían.

No conciernen a los qom qae adultos, dijo Niño De Los Vientos. *Pero todos los niños pueden volar libremente a dondequiera que deseen.*

Ah. Así que los qom qae adultos eran territoriales, pero sin embargo sus niños se mezclaban pasando los límites de las nidadas como quisieran.

¿Y en el proceso interpretaban el papel de embajadores y recolectores de información informales? Posiblemente. Algo que recordar si y cuando la Nueva República decidiera hacer contacto oficial con ellos.

A su lado, Mara se aclaró la garganta.

—¿Va alguna parte de esta sin duda fascinante conversación a ayudarnos a entrar a la Torre Alta?

—No realmente —convino Luke, apartando por ahora el vislumbre de la estructura social qom qae. Caminando hasta la pared amarilla debajo de adonde Partidor De Piedras estaba sentado, pasó una mano exploratoria por la superficie. Si había una puerta oculta allí, estaba muy bien escondida—. ¿Crees que debemos buscar un interruptor, o abrirla de la forma fácil?

La respuesta de Mara fue el chasquido-siseo de su sable de luz.

—Quítate del camino —dijo—. Tú también, qom jha.

Partidor De Piedras aleteó apresuradamente hacia uno de los nichos de la pared. Tres cuchilladas rápidas, y Mara había cortado en la pared una abertura del tamaño de un hombre. Sosteniendo el sable de luz preparado, saltó al hueco y se agachó hacia su derecha. Luke estaba justo detrás de ella, agachándose a la izquierda.

Estaban en un pasadizo angosto, de no más de un metro y medio de ancho, que como el cuarto detrás de ellos se extendía hacia la derecha más allá del alcance de sus barras luminosas. En la otra dirección, el pasadizo terminaba en una pared a sólo unos metros.

Y subiendo sobre sus cabezas desde ese extremo había una escalera.

—Por aquí, Mara —llamó Luke en voz baja por encima de su hombro cuando se dirigió en esa dirección. La escalera era angosta, y como el mismo pasadizo se extendía más allá del rango del rayo de su barra luminosa. Sobre su cabeza a la izquierda apenas podía ver la insinuación de un techo anguloso e inclinado: otro tramo de escalera, decidió, probablemente conectado con este tramo en algún descanso más adelante que no podía ver. Elevándose verticalmente a lo largo del borde interior de la escalera había una serie de gruesos cilindros que iban desde más abajo del nivel del pasadizo hasta la oscuridad de arriba.

—Sí, ése es nuestro camino arriba —dijo Mara a su lado—. Oh-oh.

—¿Qué? —preguntó Luke, frunciendo el ceño cuando se estiró con la Fuerza. No había ningún peligro que pudiera detectar.

—Las escaleras —dijo Mara, con su barra luminosa iluminando hacia abajo a los escalones más bajos—. Ahora eso se parece al material de construcción de Hijarna.

Luke le frunció el ceño mirándolo abajo.

—¿Hay alguna forma de asegurarse?

—Un par de tiros de bláster deberían bastar —dijo—. Pero el ruido probablemente llegaría más lejos de lo que me gustaría. De cualquier forma, en este momento es irrelevante: no vamos a lanzar un asalto a gran escala contra el lugar.

—Correcto, estamos por entrar furtivamente —convino Luke—. Parece que tendremos que ir en fila india.

—Creo que ahora ya todos estamos acostumbrados a eso —dijo Mara, subiendo y bajando su barra luminosa por los escalones—. Me recuerda ese pasadizo secreto que Palpatine tenía en el palacio imperial.

—Me recuerda el conducto de servicio en Ilic en Nueva Cov —dijo Luke, recordando esa larga caminata que Han y él habían tomado por esas escaleras hasta un área de aterrizaje atiborrada de imperiales.

—Crees que al menos uno de estos constructores de escaleras secretas tendría alguna vez la cortesía de instalar un turboascensor —dijo Mara, agitando la cabeza—. O por lo menos un droide portador.

—Eso sería bueno —convino Luke—. Bueno, no hay más que empezar a subir. Vamos.

• • •

Con el área angosta pero relativamente abierta adelante y encima de ellos, Luke decidió dejar que Partidor De Piedras y sus ayudantes qom jha tomaran la delantera, volando por arriba y delante de ellos. Luke iba después, llevando al droide para variar, dejando a Mara y Niño De Los Vientos en la retaguardia.

Mara se había quejado un poco acerca de eso, diciendo que no estaba cansada y podía manejar bien al droide. Pero Luke había declarado que la escalera era los suficientemente segura para que él tomara el deber del droide, y había ignorado sus quejas.

No que ella se hubiera quejado demasiado fuerte o demasiado tiempo. El droide se había estado volviendo más y más pesado últimamente, y ella estaba feliz de librarse de la carga por algún tiempo.

—¿Alguna idea de qué son éstos? —le preguntó a Luke, pasando los dedos por el primero de los gruesos cilindros verticales cuando pasó a su lado. Desde esta posición en las escaleras ahora podía ver el primer descanso, y una rápida cuenta mostró que había veinte de los cilindros subiendo a través del hueco—. No parecen conductos de ventilación.

El droide trinó.

—Erredós dice que son líneas de energía —le contó Luke—. Probablemente llevan energía a la Torre Alta desde esa gran fuente de energía que detectó.

—Ése es un llameante montón de capacidad —dijo Mara, mirando inquieta los cilindros—. ¿Los veinte de ellos tienen energía?

El droide gorjeó de nuevo.

—Sólo tres están activos en este momento —dijo Luke—. Pero los demás todavía son funcionales. Quizás lleven a armas o generadores de escudos…

—Yo misma estaba preguntándome eso —Mara sintió que su labio se crispaba—. Desde cerca de la boca de la cueva se pueden ver tres torres alzándose desde la fortaleza: tres intactas y una rota.

—Sí, recuerdo eso del registro que trajo el *Hielo Estrellado* —dijo Luke, su voz y emociones tensas—. Sugeriste que el tiro que derribó esa torre también podría haber acanalado algo del barranco por el que volaste. ¿Es la piedra de Hijarna tan dura?

—No lo sé —dijo gravemente Mara—. Pero la piedra de Hijarna más diecisiete líneas de energía de generadores de escudo podría hacer el truco.

Luke silbó suavemente, agitando la cabeza.

—Sabes, este lugar está empezando a parecer más inexpugnable a cada minuto. No creo que me guste eso.

—Estoy segura de que a mí no me gusta —replicó seriamente Mara—. Especialmente en manos potencialmente hostiles. Sería peor que el Monte Tantiss.

Alcanzaron el descanso y la esperada vuelta y continuaron hacia arriba. Por algún tiempo Mara intentó llevar la cuenta de los escalones, pero en alguna parte en el medio de las dos centenas abandonó el ejercicio por inútil.

Habían pasado el cuarto descanso cuando ella empezó a detectar la presencia alienígena.

Se guardó la sensación por los próximos minutos hasta que estuvo segura. Entonces, cuando empezaron a rodear el quinto descanso, se agachó y atrapó la mirada de Luke.

—¿Luke? —murmuró—. Compañía.

—Ya lo sé —murmuró él en respuesta—. Ya he estado captándolos por algún tiempo. Debemos estar acercándonos a las partes habitadas de la Torre Alta.

—¿La sensación te parece en algo familiar?

—Mucho —le aseguró—. Son de la misma especie que los pilotos que intentaron derribarme a mi llegada.

—Nunca he estado tan cerca de cualquiera de este grupo en particular —dijo Mara, un súbito escalofrío la atravesó—. Pero definitivamente he sentido esta sensación antes.

Luke pareció tomar fuerza.

—¿Thrawn?

Ella asintió.

—Thrawn.

Por un largo momento se quedaron allí en silencio.

—Bueno, tú lo dijiste primero —le recordó Mara—. Dijiste que éste podría ser un grupo de su gente.

—Empieza a parecer de esa forma —dijo Luke, alzando la vista y haciendo señas hacia él—. ¿Partidor De Piedras?

Hubo un susurro de alas, y el qom jha aleteó a un aterrizaje en la escalera delante de Luke.

—Dijiste que había lugares adonde podían ver u oír el interior de la Torre Alta —dijo Luke—. ¿Qué tan cerca estamos del más cercano?

Partidor De Piedras empezó a hablar. Repentinamente cansada de este estado de segunda-clase suyo, Mara extendió la mano y tomó la de Luke.

...no demasiado lejos, oyó la voz del qom jha haciendo eco a través de la mente de Luke. *Dos giros y una porción más.*

—¿Una porción? —preguntó Mara, frunciendo el ceño.

—El punto debe estar a mitad de camino de las escaleras —dijo Luke, mirando a los cilindros que corrían junto a ellos—. Al menos estas líneas de energía deberían ayudar a enmascarar nuestras lecturas de formas de vida si alguien está mirando. Eso es conveniente.

—También significa que Erredós tampoco podrá captar mucho de nada —señaló Mara—. No tan conveniente.

Pero eso seguramente no será un problema para ustedes, habló Niño De Los Vientos. *Ustedes tienen la Fuerza.*

—Cierto —convino Luke.

—Algunos más que otros, por supuesto —agregó Mara, suprimiendo una mueca. Como había hecho en ese viaje hace diez años por Wayland, Luke había estado dándole instrucción Jedi más o menos sin parar durante todo el viaje a través de estas cavernas. Pero a pesar de esos esfuerzos, ella aparentemente no estaba nada más cerca de oír esta rara comunicación manejada por la Fuerza de los qom jha y qom qae que lo que lo había estado cuando llegó al planeta en primer lugar.

Y eso estaba empezando a molestarla. Estaba empezando a realmente *molestarla*. ¿De cualquier forma, qué tenía que hacer para penetrar esta barrera invisible hasta los poderes Jedi completos?

No tenía una respuesta. Luke podría tenerla, pero ella no. Y seguro por la galaxia que no iba a preguntarle. No por el momento, por lo menos.

Disgustada, le soltó la mano.

—Bueno, vamos —gruñó—. Si vamos a hacer esto, hagámoslo.

—Correcto —dijo Luke. Si él había captado su súbito humor agrio, no hizo ningún comentario al respecto—. Está bien, Partidor De Piedras, vamos. Y advierte a tu gente que sea especialmente silenciosa desde este punto en adelante.

Reasumieron la subida, Mara siguió detrás de Luke, poniendo un pie delante del otro estrictamente en piloto automático, toda su atención hacia el exterior mientras se estiraba hacia las presencias alienígenas que se acercaban cada vez más. Ninguna parecía estar muy cerca, pero por experiencia del pasado sabía que con mentes alienígenas poco familiares las distancias aparentes podían ser desencaminantes.

Dos tramos y un tercio de escaleras más tarde, como había sido prometido, alcanzaron el puesto de observación de Partidor De Piedras.

—Claro, ésa es una salida —murmuró Mara, asomándose al arco que se abría al costado de la escalera. De unos tres metros de ancho y uno de profundidad, terminaba en un panel en forma de puerta hecho de piedra negra equipado con una rueda de cierre y un par de pasadores manuales. En el centro del panel había un agujero diminuto a través del cual brillaba un igualmente diminuto rayo de luz rojiza—. Parece que se abre hacia afuera.

—Sí —murmuró en respuesta Luke, metiéndose en el arco para dar una mirada más de cerca—. Interesante, esta rueda de cierre. ¿Por qué cerrarlo de este lado?

—Quizá era para el uso exclusivo de ciertas partes de alto-rango que querían dejar fuera a todos los demás —dijo Mara, estirándose con la Fuerza. La presencia alienígena todavía era penetrante, pero todavía lejana—. Si quieres darle un intento, este probablemente es un momento tan bueno como cualquier otro.

—Correcto —Por un momento Luke sostuvo la cara contra la puerta, asomándose a través de la mirilla. Entonces, agarrando la rueda, la giró a la izquierda.

Mara hizo una mueca de dolor en anticipación, pero no se oyó el chillido de metal oxidado que había esperado. De hecho, el sonido enmudecido le pareció más como piezas de piedra pulida que resbalaban fácilmente entre sí. Luke terminó de girar la rueda, entonces agarró las manijas de los dos pasadores.

—Aquí vamos —murmuró, y apretó.

Quienquiera que hubiera diseñado la auto-lubricación para la rueda de cierre también había aparentemente diseñado las bisagras. De nuevo con sólo el débil resonar de piedra contra piedra, la puerta se abrió.

Mara había pasado la abertura antes de que la puerta hubiera terminado su giro, bláster en mano, y sentidos estirados totalmente alerta.

Estaban al final de un corredor bastante ancho, vio ella, que se estiraba por quizás veinte metros antes de abrirse en un área despejada que parecía un atrio con un ancho pilar central que lo atravesaba verticalmente del que se derramaba la pálida luz rojiza. Espaciadas a lo largo de cada lado del corredor había cinco puertas recedidas, cada una flanqueada por dos de los nichos en la pared de los que habían visto en el cuarto subterráneo. Al contrario de aquellos, sin embargo, las secciones superiores de estos nichos estaban brillando con una suave luz blanca, la iluminación se agregaba a la roja menos intensa que venía del pilar en el atrio. El suelo y el techo del corredor estaban cubiertos en un intrincado patrón de diminutos mosaicos entrelazados, mientras que las paredes eran de un contrastante metal plateado y liso.

Desde la entrada detrás de ella vino un suave gorjeo.

—Erredós dice que la luz roja es del mismo espectro que el sol —dijo Luke a su lado—. O estamos cerca del techo o están conduciendo la luz hasta aquí abajo.

—Supongo que lo último —dijo Mara—. La decoración es una sorpresa: la fortaleza de Hijarna no es nada más que piedra negra lisa. ¿Te parece bien un poco de reconocimiento?

—Seguro —dijo Luke—. Partidor De Piedras, si tú o los demás saben algo acerca de la Torre Alta que no nos hayan contado, éste es el momento de hacerlo.

Hubo más de los gorjeos y casi-habla qom jha; y abruptamente los ocho de ellos pasaron aleteando más allá de Mara y se adentraron por el corredor. Alcanzando el final, se separaron y se desvanecieron en direcciones diferentes.

—Dijo que no saben nada más —Luke le contó a Mara—, pero que están dispuestos a averiguarlo.

—Con tal de que no hagan que los locales nos caigan encima —dijo Mara, apagando su barra luminosa y metiéndola en un bolsillo—. Probablemente será mejor que dejes aquí al droide.

—Eso estaba planeando —dijo Luke—. Erredós, vuelve al arco fuera de vista y cierra la puerta. Niño De Los Vientos… no, tú te quedas aquí con Erredós.

Hubo una queja obvia del joven qom qae.

—Ahora no —dijo firmemente Luke—. Más tarde, quizá, pero ahora no. Vamos, Mara.

Siguieron por el corredor, Niño De Los Vientos seguía protestando detrás de ellos.

—Parece un área residencial —comentó Luke, haciendo señas con la cabeza hacia las puertas que estaban pasando.

—Sí —dijo Mara, frunciéndole el ceño al pilar central al que estaban aproximándose. Cuando se le acercaron pudo ver que tenía la forma de una escalera circular gigante, excepto que con una rampa lisa en lugar de una escalera moviéndose en espiral alrededor de él. Y el borde—… ¿Se está moviendo esa rampa?

—Así parece —dijo Luke, levantando el cuello—. Como un tobogán en espiral ascendente.

Alcanzaron el final del corredor, y Mara echó una mirada a la vuelta de la esquina. Se podían ver más corredores como en el que estaban, extendiéndose hacia afuera como los rayos de un sol centrados en el área abierta alrededor del tobogán en espiral.

—Definitivamente una sección de barracas —dijo—. Me pregunto adonde está la rampa que baja.

—Está en la mitad interior de la rampa que sube —dijo Luke, señalando—. ¿Ves… esa sección interna está bajando?

—Ya veo —asintió Mara—. Debe ser complicado salir de la rampa cuando quieres bajarte.

—Nosotros probablemente tendremos una oportunidad para intentarlo —dijo Luke, acercándose a Mara y poniendo un brazo alrededor de su hombro. Ella le frunció el ceño, abrió la boca para preguntarle lo que estaba haciendo…

...nadie, vino la voz de Cumplidor De Promesas mientras el qom jha aleteaba a la vista desde uno de los otros corredores. *Algunos de los otros pasajes terminan en paredes, pero la mayoría continúan adelante en otras cavernas similares.*

—¿Viste a alguien? —preguntó Mara.

No vimos a nadie, dijo Cumplidor De Promesas en el tono ligeramente ofendido de alguien al que le hacen una pregunta que ya había contestado.

—Gracias —Luke inclinó la cabeza para mirar a Mara—. ¿Para dónde? ¿Arriba o abajo?

—Arriba —dijo Mara, apartándose de él. Siempre era un poco desconcertante mirar a alguien cuya cara estaba apenas a quince centímetros—. Todos los cuartos de comando y las otras cosas interesantes en Hijarna estaban en los pisos superiores.

—Entonces vamos arriba —dijo Luke, soltándola y cruzando al tobogán en espiral—. Parece despejado —agregó, mirando cautelosamente a la abertura mientras Mara se le unía—. ¿Captas algún peligro?

—No más de lo que he estado captando durante los últimos diez minutos —dijo Mara—. Seguro, intentémoslo.

—Correcto —Luke hizo señas a Cumplidor De Promesas—. Vamos, qom jha, vamos a subir.

Fueron hacia la sección exterior del tobogán, los dos se tambalearon ligeramente cuando sus cuerpos fueron forzados a adaptarse a los pies repentinamente en movimiento.

—Definitivamente se siente que estamos acercándonos a los alienígenas —comentó Luke mientras el grupo de qom jha los pasaba aleteando en camino al próximo nivel—. Sólo desearía tener una mejor referencia de la especie.

—Sí, sería bueno saber qué tan cerca están realmente —convino Mara, mirando arriba como los qom jha se separaban de nuevo y se alejaban en todas direcciones. Uno de los refuerzos, Volador Entre Las Púas, lo identificó tentativamente Mara, reapareció sobre sus cabezas cuando ella y Luke alcanzaron el nivel, hablando—. Dice que tampoco han encontrado a nadie aquí arriba —reportó Luke—. Partidor De Piedras ha sugerido…

La llamarada de su sentido del peligro fue la única advertencia que tuvo Mara.

—¡Luke!

—¡Abajo! —exclamó Luke, encendiendo su sable de luz.

Mara ya estaba cayendo sobre una rodilla, girando alrededor mientras sus ojos y su bláster buscaban un blanco. Un movimiento apenas entrando en uno de los corredores atrapó su mirada, lo siguió con su bláster…

Y abruptamente el mundo explotó en una brillante llamarada de azul.

Instintivamente, se agachó apartándose del rayo, su bláster escupió fuego en respuesta. Otra llamarada azul se volvió verde cuando el sable de luz de Luke la acuchilló, desviando el rayo al otro lado del cuarto. Hubo otra llamarada azul, de nuevo atrapada por la hoja del sable de luz. Mara disparó dos veces, tuvo la satisfacción de ver al tirador medio-oculto retroceder agachándose…

—¡Detrás de ti! —ladró Luke.

Mara se dejó caer de su posición arrodillada para aterrizar sobre su estómago en la rampa, girándose mientras lo hacía para mirar en la otra dirección. Dos pistoleros uniformados de borgoña eran visibles allá atrás, corriendo a toda velocidad desde el final de uno de los corredores hacia la protección de algo que parecía un pequeño vehículo de servicio. Disparó dos tiros… erró con ambos…

Y abruptamente uno de los pistoleros se detuvo en seco sobre sus pasos, apuntando su arma con las dos manos hacia ella. Mara apuntó su bláster hacia él, una pequeña parte de su mente notó la piel azul de su cara y manos y los resplandecientes ojos rojos que la miraban…

—¡Cuidado!

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Aun mientras Mara disparaba y entonces se giraba para buscar la nueva amenaza hubo otra llamarada de azul…

Y una lanza de agonía se clavó en su hombro derecho.

Pudo haber jadeado de dolor; más tarde no pudo recordar si lo había hecho o no. Pero de repente Luke estaba agachado en el tobogán a su lado, su oleada de miedo apenas sentida a través de las oleadas de dolor que la martillaban. La mano de él sondeó brevemente el área de la herida, y pudo sentir que el dolor se aliviaba un poco cuando la Fuerza fluía hacia ella.

—¿Qué te parece? —se las arregló para decir entre dientes apretados—. ¿Hemos visto lo suficiente en esta pasada?

—Me suena bien —dijo, su sable de luz zumbaba furioso mientras desviaba a golpes más de los rayos azules.

—¿Entonces?

Parpadeó de sorpresa. Sobre ella estaba el borde de uno de los pisos de la fortaleza; pero estaba subiendo y alejándose de ella. Aun ahora, podía ver, estaban bajando al nivel del que habían partido.

—¿Cómo llegamos a la parte descendente del tobogán? —preguntó.

—Rodaste hacia ella cuando te dieron —le contó él, pasando la mano de su cuello a una posición de apoyo que le sostenía los hombros—. ¿No lo recuerdas?

Ella agitó la cabeza. El movimiento envió una nueva oleada de agonía a través de su hombro.

—Reflejo de combate, supongo. ¡Espera, mi bláster!

—Está bien, Cumplidor De Promesas lo recogió —le aseguró Luke, apagando su sable de luz. Él levantó a medias de su posición agachada, y ella también pudo sentirse subir en el extrañamente intangible asimiento de la Fuerza—. Aquí vamos.

El nivel al que llegaron ahora estaba empezando a pasarlos. Estirándose a la Fuerza, llevando a Mara con él, Luke brincó por encima de la sección ascendente del tobogán para aterrizar en el suelo firme de más allá. Sosteniéndola con ambos brazos, corrió por el corredor hacia su puerta oculta.

—Mira, puedo caminar por mí misma —gruñó Mara, mirando atrás por encima del hombro de Luke mientras él corría. Algunos de los qom jha eran visibles detrás de ellos, pero hasta ahora no había ninguna señal de otra persecución—. No tienes que cargarme…

—No lo discuto —dijo entre dientes Luke, su mente rebosaba de inquietud y preocupación—. Sólo espero que Erredós no haya cerrado la puerta, ah.

Adelante, la puerta estaba abriéndose ponderosamente, empujada por un Niño De Los Vientos obviamente esforzándose. Intentando pasar más allá de su dolor, Mara se estiró a la puerta con la Fuerza, dándole toda la ayuda que pudo. El droide, rodando adelante a ayudar, graznó de sorpresa y retrocedió apresuradamente justo a tiempo cuando Luke y Mara entraron a la carga, seguidos por cuatro de los qom jha.

Sella la puerta, Mara oyó a Partidor De Piedras ordenar a través de la mente de Luke mientras el qom jha se frenaba batiendo locamente las alas.

—¿Qué hay de los demás? —preguntó Luke mientras dos de los qom jha aterrizaban en las manijas y empezaban a tirar.

Se han metido en los otros pasajes, dijo Partidor De Piedras. *Intentarán alejar a los Amenazadores de esta área.*

—Podemos esperar —dijo Luke mientras la puerta se giraba de vuelta a su lugar—. Sella la puerta, voy a bajar a Mara a ese último descanso.

—No, sube —dijo Mara, sacando su barra luminosa con su mano izquierda mientras Luke empezaba a bajar las escaleras—. Si encuentran la puerta, probablemente asumirán que bajamos.

—Tiene sentido —convino Luke, volviéndose y dirigiéndose hacia arriba—. Erredós, asegúrate que sellen la puerta y entonces vigílala.

Un minuto más tarde habían alcanzado el descanso.

—Desearía que todavía tuviéramos nuestras camas enrollables —dijo Luke cuando la acostó cuidadosamente en la fría piedra y tomó su barra luminosa—. ¿Cómo se siente?

—Como si alguien estuviera asando un ewok allí adentro —le contó Mara—. Sin embargo, no tan mal como antes. ¿Estás usando un truco de supresión de dolor en mí?

—Para lo que sirve —dijo Luke, metiéndose la barra luminosa entre los dientes y sacándose su chaqueta—. No es tan efectivo en alguien más como lo es en ti mismo —agregó, hablando alrededor de la barra luminosa mientras arrollaba la chaqueta y la deslizaba debajo de su cabeza como una almohada.

—Sabía que había algo más por lo que debí haberme quedado en la academia el tiempo suficiente para aprender —dijo, siseando entre dientes mientras Luke apoyaba la barra luminosa en su pecho y empezaba a cuidadosamente apartar los bordes de tela quemada de la herida—. Supongo que no ofreces un curso acelerado.

—Usualmente me gusta avanzar un poco más gradualmente hasta esa lección —El labio de Luke se crispó—. Ouch.

Mara miró abajo a su propio hombro, e inmediatamente deseó no haberlo hecho.

—«Ouch» ni siquiera empieza a cubrirlo —le contó, sintiéndose un poco enferma mientras resueltamente apartaba los ojos. La quemadura era mucho peor de lo que había supuesto—. Creo que acabo de decidir que voy a extrañar más al medpac que a las camas enrollables.

—No te rindas todavía —la tranquilizó Luke. Sus dedos estaban acariciando la piel de su hombro y cuello; y mientras lo hacía de nuevo disminuyó el dolor—. Conozco otro par de trucos.

—Eso se siente bien —dijo Mara, cerrando los ojos.

—Voy a ponerte en un trance curativo —explicó Luke, su voz sonaba extrañamente distante—. Puede ser un poco lento, pero a veces es tan efectivo como un tanque de bacta.

—Espero que ésta sea una de esas veces —murmuró Mara. De repente estaba sintiéndose muy cansada—. Otro maravilloso truco Jedi que tendrás que enseñarme algún día. Buenas noches, Luke. No te olvides de despertarme si los malos vienen a la fiesta.

• • •

—Buenas noches, Mara —dijo suavemente Luke. Suave, e inútilmente: ella ya estaba profundamente dormida.

¿Va a morirse?, preguntó una voz ansiosa desde su costado.

Concentrado en la lesión de Mara y la preparación del trance curativo, él no había notado la llegada de Niño De Los Vientos. Menudo Maestro Jedi.

—No, estará bien —dijo—. La herida no es peligrosa, y yo tengo algunas habilidades curativas.

Niño De Los Vientos se acercó un poco más, mirando con ojos sin parpadear a la mujer acostada al costado de Luke.

¿Fue culpa mía, Jedi Caminante Del Cielo?, preguntó por fin. *¿No abrí la puerta lo suficientemente rápido?*

—No, de ninguna manera —le aseguró Luke—. No tuvo absolutamente nada que ver contigo.

Entonces fueron los qom jha los que te fallaron.

Luke le frunció el ceño al joven qom qae. Dada la persistentemente molesta rivalidad entre los dos grupos, habría esperado una nota de condena o por lo menos de arrogante superioridad en el juicio de Niño De Los Vientos. Pero no había nada allí más que pesar y tristeza.

—Quizás —dijo Luke—. Pero realmente podría no ser tampoco culpa suya. Los Amenazadores pueden haber descubierto nuestra llegada y haber preparado una emboscada. Y no te olvides que los moradores de cuevas como los qom jha probablemente no ven tan bien en cuartos iluminados como tú o yo.

Niño De Los Vientos pareció considerar eso.

Si los Amenazadores pusieron una trampa, podrían entrar en este lugar a buscarte.

—Podrían —convino Luke—. Si al menos conocen su existencia, por supuesto. Puede que no… todo el polvo aquí indicaría que no ha sido usado por realmente mucho tiempo.

De todos modos, pueden conocerlo aun cuando no lo usen, le recordó Niño De Los Vientos. *Tu amigo-máquina y los qom jha vigilan y esperan abajo. ¿No debería alguien vigilar y esperar arriba?*

—Ésa es una buena idea —convino Luke—. Ve a decirle a Partidor De Piedras que quiero que envíe a dos de sus cazadores a hacer guardia en la próxima salida de la escalera sobre nosotros.

Obedeceré, dijo el qom qae, estirando las alas. *Pero sólo necesitará enviar a un cazador. Yo mismo iré a vigilar con él.*

Luke abrió la boca para objetar; la cerró de nuevo. Niño De Los Vientos había estado sufriendo el desprecio casual de los qom jha desde que habían llegado a la cueva. Esto era algo útil que él podía hacer que probablemente no sería demasiado peligroso.

—Está bien, Niño De Los Vientos. Gracias.

No hacen falta las gracias, dijo Niño De Los Vientos. *Es sólo lo que es correcto que haga para el Jedi Caminante Del Cielo.* Movió la cabeza para darle una mirada final a Mara. *Y a su amada compañera.*

Extendiendo las alas, se alejó batiéndolas hacia la oscuridad de la escalera, dejando que ese último comentario hiciera eco incómodamente en la mente de Luke. *Amada compañera. Compañera. Amada…*

Bajó la vista a Mara, sus rasgos familiares proyectaban áreas rigurosamente contrastantes de luz y sombras por el rayo de la barra luminosa. *Amada…*

—*No* —murmuró para sí mismo. No. Ciertamente le agradaba Mara. Le agradaban muchas cosas de ella. Era inteligente y competente, con una firmeza mental y emocional en la que podía confiar, más un humor mordaz e irreverente que constituía un refrescante contraste con el asombro automático y ausente de pensamientos en el que demasiada gente lo tenía por estos días. Había sido una aliada confiable a través de algunos tiempos muy duros y peligrosos, se había quedado con él y Han y Leia incluso cuando el resto de la hostil jerarquía de la Nueva República la había declarado poco fiable.

Y quizás más importante de todo, era fuerte y capaz en la Fuerza, con la habilidad de compartir sus pensamientos y emociones en cierto modo que incluso una pareja tan unida como Han y Leia no podía experimentar.

Pero no la amaría. No podía correr ese riesgo. Cada vez en el pasado que se había permitido el lujo de interesarse tan profundamente en una mujer algo terrible le había pasado. Gaeriel había terminado muerta. Callista había perdido sus habilidades Jedi y finalmente lo había dejado. La lista de tragedias a veces parecía interminable.

Sin embargo, si la teoría de Mara era correcta, todos esos desastres habían sucedido mientras él todavía estaba bajo los efectos prolongados de su roce con el lado oscuro. ¿Serían diferentes las cosas ahora? ¿Podrían ser diferentes?

Agitó firmemente la cabeza. No. Podría intentar toda la lógica del mundo… podría pensar en razones por las que quizás pudiera permitirse tener esos sentimientos de nuevo. Pero ahora no. No con Mara.

Porque colgando como un espectro oscuro encima de todo esto estaba el recuerdo de esa visión que había tenido hace apenas un mes en Tierfon. La visión en la que había visto a Han y Leia en peligro por una muchedumbre; adonde había visto a Wedge, a Corran y al Escuadrón Pícaro en el calor de la batalla; adonde se había visto a sí mismo en el balcón de Cejansij del que sería llevado más tarde a Talon Karrde y se enteraría de la desaparición de Mara.

Y adonde había visto a Mara rodeada por rocas escarpadas y flotando inmóvil en el agua. Con los ojos cerrados; los brazos y piernas flácidos. Como en la muerte.

Bajó la mirada de nuevo a ella, con un dolor silencioso en su corazón. Quizás ése era su destino, un final a su vida que él no podía hacer nada para evitar. Pero hasta que eso estuviera probado, rompería su propia vida en pedazos si era necesario para impedir que pasara. Y si parte de ese sacrificio era mantenerla afuera de la sombra de la influencia destructiva del lado oscuro que él había tenido sobre tantos otros, entonces ése era un sacrificio que tendría que hacer.

Pero por ahora lo que ella más necesitaba era curarse. Y para eso no haría falta ningún sacrificio, meramente tiempo y cuidado.

—Buenas noches —dijo de nuevo, sabiendo que ella no podía oírlo. Por un impulso, se agachó y la besó suavemente en los labios. Entonces, acostándose en la fría piedra a su lado, apoyó la cabeza junto a la de ella en una esquina de su chaqueta plegada y puso su brazo sobre su pecho donde las yemas de sus dedos pudieran tocar el área alrededor de la quemadura en su hombro. Poniéndose en una especie de medio trance para ayudarla en su concentración, se estiró a la Fuerza y se puso a trabajar.

CAPÍTULO 18

Le tomó algunos minutos de búsqueda, pero Wedge finalmente encontró a los demás en un pequeño café al aire libre, a media cuadra de la oficina de registro de tráfico espacial.

—Allí están —dijo un poco acusadoramente cuando se dejó caer en la tercera silla a la mesa.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Moranda, sorbiendo el pálido licor verde-azul que había sido su compañero constante en el café desde que la habían conocido—. Te dije que estaríamos aquí calle abajo.

—Tienes razón… yo debí haber adivinado exactamente en qué dirección significaba calle abajo —contrapuso Wedge, lanzándole una mirada agria a su bebida—. ¿No estás empezando un poco temprano en el día?

—¿Qué, esto? —preguntó Moranda, alzando el vaso y girándolo de un lado y del otro a la luz del sol de la mañana—. Esto no es nada. De todos modos, ¿no tendrías tan poco corazón para negarle a una anciana uno de los últimos placeres que le quedan en sus años decadentes, no?

—Esa excusa de la «anciana» está empezando a gastarse un poco —Wedge cambió su atención a Corran y al jarro aromático que estaba acunando—. ¿Y cuál es tu excusa?

Corran se encogió de hombros.

—Yo sólo le estoy haciendo compañía. ¿Supongo que la búsqueda de naves entrantes no resultó muy bien?

—No resultó de ninguna forma —gruñó Wedge, mirando el jarro de Corran. Ahora que lo pensaba, un trago realmente sonaba bastante bien. Pero después de esa perorata de virtuosidad difícilmente podría llamar a un droide y ordenar algo…

Hubo un movimiento a su lado, y una mano mecánica puso un jarro en la mesa delante de él, derramando unas gotas primero en la molesta antigua costumbre bothan.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Lo ordenamos cuando te vimos venir calle abajo —dijo Moranda—. Me figuré que después de tratar con la burocracia bothan querrías algo un poco más fuerte que el chocolate caliente.

Wedge hizo una mueca. Hasta ahí llegó la gran mística del comando.

—Gracias —dijo, tomando un sorbo.

—¿Entonces qué pasó? —preguntó Moranda—. ¿No te dejaron mirar los archivos de las naves entrantes?

—No sin quince formas de autorización —le contó Wedge—. Es una locura. Doble mente locura dado que todo en esas listas es técnicamente un asunto de registro público. Si quisiera sentarme en el espaciopuerto y anotar los nombres de cada nave cuando llega, podría hacerlo.

—Se están poniendo nerviosos —murmuró Corran, arremolinando su jarro—. Les preocupa que Venganza podría empezar a disparar sin preocuparse por sus mejores clientes.

—Como sea, no tiene ningún sentido patear contra una burocracia —dijo Moranda—. Pensemos en esto lógicamente.

Wedge agitó una mano en invitación.

—Te estamos escuchando.

—Está bien —Moranda tomó un sorbo de su bebida—. Creo que todos podemos estar de acuerdo de que si alguien planea algo en el generador de escudos de Drev'starn, un asalto frontal está descartado. A menos que hayan traído un lanzador de torpedos de protón portátil con ellos, ese edificio está demasiado bien protegido.

—Lo que significa que tendrán que confiar en el subterfugio —convino Corran—. Bastante obvio hasta ahora.

—No me apresures —lo amonestó Moranda—. Ahora, también podemos asumir que no podrán sobornar a ninguno de los técnicos u otra gente que trabaje adentro. ¿Pero qué hay de plantar algo en alguno de ellos?

—¿Quieres decir como una bomba? —preguntó dudosamente Wedge—. Lo dudo. Hay un área muy grande allí abajo. Cualquier bomba lo suficientemente fuerte para hacer algún daño serio sería fácilmente descubierta.

—Además, si tienen algún cerebro en absoluto, harán que los trabajadores se cambien de ropa antes de entrar en las áreas adonde realmente está el generador —agregó Corran—. Eso también protege contra monitores de espías que les puedan endilgar a alguien.

—Así que los trabajadores están fuera —dijo Moranda—. ¿Qué hay de los varios conductos subterráneos que llevan energía y agua?

—No hay ningún conducto de agua —dijo pensativamente Wedge—. El agua y la comida supuestamente son traídas de afuera y escaneadas tres veces en busca de contaminantes —Miró a Corran—. La energía, sin embargo, es un asunto completamente diferente.

—Podrías estar llegando a algo —convino Corran, frunciendo el ceño mientras tamborileaba suavemente los dedos en la mesa—. Se supone que cada generador de escudos tiene su propio suministro de energía autónomo. Pero lo llaman un suministro de respaldo lo que implica que la fuente de energía primaria viene del exterior.

—¿A propósito, de dónde están sacando todo esto? —preguntó Moranda—. No de la propaganda bothan, espero.

—No, lo sacamos de los archivos militares de la Nueva República —le contó Wedge—. Desafortunadamente, lo que teníamos era un poco escaso en detalles.

—Típicas bocas cerradas paranoicas bothans —gruñó Moranda—. Supongo que no tendrás ninguna idea de adonde exactamente se localizan los conductos.

—Ni siquiera una suposición —le contó Wedge.

—Bueno, ese es nuestro segundo trabajo, entonces —dijo Moranda—. Conseguir los planos completos de ese edificio.

Corran alzó una ceja.

—Espero que no estés esperando que los bothans simplemente nos los den.

Moranda resopló.

—Por supuesto que no —dijo—. Es por eso que es nuestro segundo trabajo. No podemos hacer una visita al edificio de registros de construcción durante el día.

Wedge intercambió miradas con Corran.

—El edificio sólo abre durante el día —señaló cuidadosamente.

—Eso es correcto —dijo Moranda, sonriendo alentadoramente—. Entiendes rápido.

Wedge miró de nuevo a Corran.

—¿Corran?

El otro hizo una cara, pero entonces se encogió de hombros.

—Tenemos nuestras órdenes —le recordó a Wedge—. Y esto no es sólo para proteger a los bothans, recuerdas.

—Eso supongo —dijo renuentemente Wedge. Hasta ahí llegó la mística del comando; hasta ahí llegó el comando en absoluto. Sin embargo, lo que decía Moranda tenía sentido. Desafortunadamente—. ¿Así que si ese es el segundo trabajo, cuál es el primero?

—Pensé que podríamos obtener los archivos de transmisiones salientes de los últimos días —dijo Moranda—. Si Venganza está planeando algo, su grupo aquí probablemente tiene que reportarse de vez en cuando.

Wedge sintió que su boca caía abierta.

—¿Quieres ir a chequear el tráfico de mensajes? ¿Tienes alguna idea de cuánto de eso hay en este planeta?

—Eso es exactamente por lo que no se preocuparán por esto —dijo alegremente Moranda—. Se figurarán que nadie estaría lo suficientemente loco para molestarse en buscar a través de todo eso.

—Compañía presente exceptuada, obviamente.

—Bueno, por supuesto —Moranda alzó una mano—. Ahora, espera un minuto, no es tan malo como suena. Podemos sacar todas las transmisiones de corporaciones mayores o establecidas; aun si alguna de ellas estuviera involucrada, no mandarían nada bajo su propio nombre. También podemos sacar cualquier mensaje no encriptado, y podemos sacar cualquier mensaje por encima de, digamos, cincuenta palabras. Eso debería dejarnos algo manejable.

Wedge frunció el ceño.

—¿Por qué todo lo mayor a cincuenta palabras?

—Cuanto más corto sea el mensaje, más difícil es desencriptarlo —explicó Corran, sonando tan dudoso como Wedge se sentía—. Una de las cosas que aprendí en CorSec. ¿Mi pregunta es, si no vamos a poder leerlo, por qué molestarnos en buscarlo en primer lugar?

—Para averiguar adonde está dirigido, por supuesto —dijo Moranda, terminando lo último de su licor—. Los tipos en este extremo pueden ser tan ladinos como quieran; pero si tienen un contacto flojo en la línea, todavía podemos ubicarlos. Todo lo que necesitamos es un sistema probable y yo puedo avisar a la gente de Karrde para que se encargue de ese extremo.

—Todavía suena como una locura —declaró Wedge, mirando a Corran—. ¿Qué te parece?

—No es nada más loco que irrumpir en el edificio de registros de construcción después de horas —señaló Corran.

—Gracias por el recordatorio —suspiró Wedge—. Claro, hagamos el intento. Sólo espero que la computadora en nuestra lanzadera esté a la altura de un trabajo así.

—Si no, la de mi nave puede manejarlo —le aseguró Moranda, poniéndose de pie—. Vamos, pongámonos en movimiento.

• • •

—¿Capitán?

Nalgol se giró de la negrura incesante que colgaba delante del Destructor Estelar Imperial *Tiránico*.

—¿Sí?

—Pulso de retransmisión del equipo de asalto, señor —dijo el Jefe de Inteligencia Oissan, deteniéndose en maniobra de desfile y entregándole un datapad al capitán—. Me temo que no va a gustarle.

—En serio —dijo Nalgol, dándole una larga y dura mirada a Oissan mientras tomaba el datapad. Dada la ceguera del *Tiránico* aquí afuera, era indiscutiblemente bueno recibir estos breves reportes de los equipos de asalto de Inteligencia Imperial en la superficie de Bothawui. Pero por otro lado, cualquier transmisión secreta, incluso una inocua enviada a una discreta boya retransmisora, simplemente le daba al enemigo un asa más de la que aferrarse.

Y que esa transmisión potencialmente peligrosa contuviera malas noticias…

El mensaje era, como siempre, conciso.

AHORA DIEZ DÍAS PARA LA REALIZACIÓN DE PUNTO DE IGNICIÓN.

MANTENDREMOS AL DÍA DEL ITINERARIO.

—¿Diez días? —Nalgol transfirió su mirada intensa del datapad a Oissan—. ¿Qué es este sinsentido de diez días? El reporte de hace dos días decía que sólo serían seis días.

—No lo sé, señor —dijo Oissan—. Todos los mensajes que nos han enviado han sido mantenidos breves…

—Sí, ya sé —lo cortó Nalgol, mirando ceñudo de nuevo al datapad. Diez días más en esta clytardada ceguera. Exactamente lo que la tripulación de esta nave nerviosa

necesitaba—. Será llameantemente mejor que estén manteniendo a Bastión mejor informado que a nosotros.

—Estoy seguro de que lo están haciendo, Capitán —dijo Oissan—. Paradójicamente, quizás, es mucho más seguro mandar una transmisión larga en una frecuencia comercial vía la HoloRed que enviarnos un pulso de corto-rango aquí afuera.

—Estoy bastante bien versado en la teoría de comunicaciones, gracias —dijo fríamente Nalgol. Un hombre prudente, reflexionó oscuramente, habría encontrado una forma de hacer una retirada apresurada después de entregar noticias así. O bien Oissan no era tan prudente como Nalgol siempre había asumido, o estaba lo suficientemente nervioso para estar buscándose una pelea con su capitán.

O sino esto era parte de una evaluación privada del estado mental de su capitán.

Y por mucho que le gustaría negarlo, Nalgol tenía que admitir que esta ociosidad y aislamiento también estaba afectando sus nervios.

—Estaba simplemente preocupado por que el retraso no perturbara el plan maestro de Bastión —le contó al otro, forzando calma en su voz—. Yo también desearía saber cómo llamas pudieron perder seis días completos de un itinerario de dos meses.

Oissan se encogió de hombros.

—Sin saber exactamente en qué consiste su trabajo allí abajo, no puedo ni siquiera arriesgar una suposición —dijo razonablemente—. Como están las cosas, sólo tendremos que confiar en su juicio —Alzó ligeramente las cejas—. Y en el genio del propio Gran Almirante Thrawn, por supuesto.

—Por supuesto —murmuró Nalgol—. La pregunta es si toda esa gente armada e impetuosa alrededor de Bothawui podrá aguantar otros diez días antes de empezar el tiroteo. A propósito ¿a cuánto llega la cuenta de naves de guerra?

—El reporte de la última nave sonda está en ese archivo, señor —dijo Oissan, señalando el datapad con la cabeza—. Pero creo que el número actual es ciento doce.

—¿Ciento doce? —repitió Nalgol, frunciendo el ceño mientras buscaba el reporte. Allí estaba: ciento doce—. Esto no puede ser correcto —insistió.

—Lo es, señor —le aseguró Oissan—. Treinta y un nuevas naves de guerra han llegado, aparentemente todas en las últimas diez horas.

Nalgol examinó la lista. También un juego muy parejo: catorce naves pro-bothans diamalanas y d'farianas y diecisiete naves anti-bothan ishori.

—Esto es increíble —dijo, agitando la cabeza—. ¿No tienen estos alienígenas nada mejor que hacer?

Oissan resopló por lo bajo.

—Por los reportes de noticias que las naves sonda han estado trayendo, es sólo porque la mayoría de la Nueva República tiene mejores cosas que hacer que no hemos sido enterrados por tres veces tantas naves —dijo—. Pero no se preocupe. Tengo fe en el cuerpo diplomático de la Nueva República. Estoy seguro de que mantendrán las cosas en calma hasta que estemos listos para movernos.

—Eso espero —dijo suavemente Nalgol, volviéndose para mirar de nuevo afuera a la negrura. Porque después de toda esta espera, si no conseguía un tiro despejado a esta escoria Rebelde amante de alienígenas, iba a estar muy enfadado.

Realmente, *muy* enfadado.

• • •

La fastidiosamente alegre campanilla de la puerta del Emporio de Mascotas Exoticalia sonó, y Navett entró a través de la puerta de la trastienda para ver a Klif cerrando la puerta detrás de él.

—Veo que el negocio está arrollando —comentó, mirando alrededor de la tienda libre de clientes mientras caminaba entre las filas de animales enjaulados hasta el mostrador de servicio.

—Justo como me gusta —dijo Navett, apoyando un codo en el mostrador y haciéndole señas al otro hacia una silla—. ¿Pudiste mandar esos mensajes?

—Sí —Klif pasó por detrás de él y se dejó caer en uno de los asientos—. Pero no creo que a ninguno de ellos les vaya a gustar.

Navett se encogió de hombros.

—Pueden unirse al club. También va a ser un inconveniente para nosotros, sabes, vamos a tener que demorar la fecha de parto para esas tres mawkrens. Pero no hay mucho que ninguno de nosotros pueda hacer al respecto. Fue idea de los bothans empezar a mantener sus técnicos encerrados en el edificio del escudo durante seis días cada vez, no nuestra.

—Sí —dijo pesadamente Klif—. Supongo que no puede esperarse que introduzcamos nuestras pequeñas bombas de tiempo con el próximo turno antes de que el próximo turno entre en servicio.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Navett—. Nuestra cubierta es muy segura, y no le hará mal a Horvic y Pensin lavar platos para los ho'din por un poco más. Podemos flotar unos seis días extra sin ningún problema.

—Quizá no —dijo oscuramente Klif—. Adivina a quién vi en el centro de comunicaciones mientras estaba verificando si había mensajes.

Navett sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿No a nuestros dos militares de la Nueva Rep?

—En carne y hueso y dos veces más pomposos —asintió Klif—. Y tenían compañía: una vieja en una capa encapotada que parecía conocer el camino mejor que ellos. Un personaje del bajo mundo, no hay duda.

Navett se rascó la mejilla.

—¿Crees que ella fue la que recuperó sus billeteras de los carteristas bothans?

—Bueno, tenían sus billeteras con ellos —dijo Klif—. Así que yo diría, que sí, probablemente fue ella.

—Um —militares de la Nueva Rep con una carterista del bajo mundo. Interesante—. ¿Estaban recibiendo o enviando?

—Ninguno —le contó Klif—. Estaban sacando una lista de todas las transmisiones salientes durante los últimos cinco días.

—Interesante —dijo Navett, tamborileando suavemente los dedos en el mostrador—. ¿Análisis?

—Están tras nosotros —gruñó Klif—. O por lo menos, saben que alguien está aquí. —Alzó una ceja—. Y sospechan que tiene que ver con el generador de escudo de Drev'starn, o no se habrían pasado tanto tiempo por los alrededores.

—¿Recomendación?

—Los vaporizamos —dijo bruscamente Klif—. Esta noche.

Navett volvió sus ojos más allá de él a la vidriera al otro lado de la tienda, mirando fijamente a los centenares de peatones y docenas de vehículos que pasaban apurados. Drev'starn era una ciudad inmensamente ajetreada, que se había vuelto más frenética por la presencia de esas naves de guerra sobre su cabeza. Los humanos y alienígenas corrían por todo el lugar…

—No —dijo lentamente—. No, no están tras nosotros. Todavía no. Sospechan que se está maquinando algo, pero no lo saben con seguridad. No, nuestro mejor plan por ahora es mantener un perfil bajo y no dejar que nos descubran.

Los labios de Klif se arrugaron, pero asintió renuentemente.

—Todavía no me gusta, pero tú eres el jefe. Quizá todo lo que están intentando obtener es una pista de Venganza; y no van a buscar un grupo tan grande en una pequeña tienda de mascotas.

—Muy cierto —convino Navett—. Incluso podríamos considerar organizar otro alboroto para ellos si parecen estar llegando demasiado cerca. Si estás dispuesto para otra actuación, claro.

Klif se encogió de hombros.

—Dos alborotos en Bothawui podría ser forzar nuestra suerte —dijo—. Pero puedo provocar uno si tenemos que hacerlo.

Al otro lado del cuarto, uno de los animales graznó dos veces y entonces se quedó callado de nuevo. Probablemente una de las mawkrens preñadas, decidió Navett, murmurando en su sueño. Sería mejor que empezara con esas inyecciones si no quería un alboroto de diminutos lagartos corriendo por todos lados bajo sus pies seis días antes de que los necesitara.

—Sólo desearía saber quiénes eran nuestros oponentes —comentó.

—Quizá podamos averiguarlo —dijo Klif, sacando un datapad—. Los seguí de vuelta al espaciopuerto y a su nave. Resultó ser un Pacificador Sydon MRX-BR sobrante militar.

Navett hizo una mueca. El Pacificador había sido el vehículo explorador de elección del Imperio, capaz de buscar nuevos mundos y de dar un golpe devastante si resultaba ser necesario. Considerado por la Nueva República como demasiado provocativo para las

delicadas sensibilidades de primitivos asustados, su uso había sido sumariamente discontinuado. Sólo otro recordatorio, como si lo necesitara, de lo mal que las cosas habían estado cayéndose a pedazos desde Endor.

—¿Tienes un nombre?

—Y un código de registro —dijo Klif, dándole el datapad—. Desafortunadamente es la nave de la mujer, ella fue la que la abrió, pero de todos modos podríamos ser capaces de buscar a través de ella.

—Excelente —dijo Navett cuando tomó el datapad—. ¿La *Yema del Dedo Express*, eh? Sí, parece la nave de una carterista. Un nombre presumido para una carterista presumida.

Le devolvió el datapad.

—Debe haber una Oficina de Naves y Servicios en alguna parte en Drev'starn. Encuéntrala y fíjate qué puedes obtener.

• • •

—Ajá —dijo Moranda desde el diminuto nicho de computadora de su nave—. Bueno, bueno, bueno.

Sentado en el salón justo afuera del nicho, Wedge apartó los ojos de la costosa escultura de contorno en la pared delante de él, y sus pensamientos de la contemplación de cómo Moranda podría haber llegado a la posesión de semejante tesoro.

—¿Encontraste algo? —preguntó.

—Puede ser —dijo Corran. Con los brazos cruzados y apoyándose contra la pared, había estado mirando por encima del hombro de Moranda durante las últimas dos horas—. Tres mensajes, todos cortos y encriptados, han sido enviados en los últimos cinco días —Volvió la vista hacia Wedge—. El último apenas esta mañana.

—¿A qué hora de esta mañana? —preguntó Wedge, poniéndose de pie y cruzando hasta los demás.

—Aproximadamente diez minutos antes de que nosotros llegáramos allí —dijo Moranda, mirando en la pantalla—. Supongo que no debimos habernos demorado con esa bebida. Una lástima.

Wedge hizo una mueca, con un mal sabor de boca. Una lástima no era ni la mitad de ello. Contando con Corran y sus habilidades Jedi, realmente podrían haber podido identificar y etiquetar al que enviaba si hubieran estado allí a tiempo.

Si.

—¿Adónde estaban dirigidas las transmisiones?

—Hacia el sector Eislomi —dijo Moranda—. Específicamente, en dirección de la estación de la HoloRed en Eislomi III.

Wedge suprimió un suspiro.

—En otras palabras, un callejón sin salida.

—Así parece.

—Sin embargo, si ya han enviado tres mensajes, podrían enviar más —señaló Corran. Su voz era tranquila y controlada, sin ningún rastro de la frustración y desilusión que Wedge sabía que también debía estar sintiendo por lo que se habían perdido.

—Si sucede lo peor, siempre podríamos vigilar el lugar.

—Una pérdida de tiempo —resopló Moranda—. Si tienen algo de cerebro en absoluto, descubrirán a un merodeador con viento en contra a sesenta pasos con los ojos cerrados.

—Eso depende de cómo se haga la vigilancia —contrapuso tensamente Corran—. Y de quién esté haciéndola.

—¿Qué, tú? —se mofó Moranda, mirándolo de arriba abajo—. Claro. Como si no destacaras tanto como un soldado de asalto en un asado de ewoks.

—Yo pensé que era como un wookiee en una reunión familiar noghri.

—No, no… eres lo suficientemente versátil para hacer ambos.

—Oh, gracias —gruñó Corran—. Muchísimas gracias.

—Tranquilícense los dos —interrumpió severamente Wedge—. Corran tiene razón, Moranda, él es excepcionalmente bueno en las vigilancias encubiertas. Sin embargo, Moranda también tiene razón, Corran, no tenemos el tiempo o las tropas para cubrir todas las transmisiones salientes, aun cuando estuviéramos seguros de que usarán de nuevo el mismo centro.

—Por lo menos ahora sabemos con seguridad de que alguien está operando aquí —ofreció Moranda—. Eso es algo.

—Aunque no mucho —murmuró Corran.

—Se me ocurre, sin embargo —dijo Wedge, levantando la voz—, que todavía hay una ruta que no hemos intentado. Asumiendo que Venganza no sea espontáneo, y considerando su sentimiento anti-bothan, creo que podemos asumir eso, tendrán que haber encontrado algún lugar en el que hacer una sede local. Pregunta: ¿dónde?

Moranda chasqueó los dedos.

—Un negocio. Tiene que ser algún tipo de negocio.

—Tiene razón —convino Corran, su frustración y orgullo profesional ofendidos de repente olvidados—. Un departamento no funcionaría: demasiado arriesgado tener a mucha gente yendo y viniendo en diferentes horarios. Con un negocio, siempre puedes cubrirlo como entregas o servicios de limpieza.

—Y trabajar para alguien más no te da suficiente privacidad cuando la necesitas —agregó Moranda—. Y tendrá que ser algo establecido bastante recientemente, y probablemente tan cerca del edificio del generador de escudos como pudieran conseguir.

—Exactamente lo que estaba pensando —dijo Wedge—. ¿Y dado que no podemos ir al edificio de registros de construcción hasta más tarde de cualquier forma…?

—¿A qué estamos esperando? —demandó Corran, separándose de la pared y dirigiéndose hacia la escotilla—. Alguien en Drev'starn debe tener una lista de todos los nuevos negocios. Vayamos a encontrarla.

CAPÍTULO 19

—No —dijo el Capitán Ardiff, moviendo su tenedor para enfatizar—. No lo creo. Ni por un minuto.

—¿Qué hay de los reportes de noticias? —contrapuso el Coronel Bas—. Incluso atascados aquí afuera hemos obtenido, ¿cuántos, cinco de ellos? Si esto es una farsa, es una *kriffinantemente buena*. Si me permite la expresión, señor —agregó tardíamente, mirando con algo de turbación a Pellaeon.

—Lenguaje perdonado, Coronel —dijo Pellaeon, suprimiendo una sonrisa. Bas había trepado su camino a través de los rangos desde piloto de TIE para volverse el comandante de cazas del *Quimera*; y aunque se esforzaba por encajar entre los hombres generalmente más cultos que constituían el cuerpo de oficiales, el idioma más sabroso de su juventud incursionaba periódicamente.

Personalmente, a Pellaeon le gustaba eso. No los expletivos por sí mismos, sino el hecho de que el idioma del hombre era una señal exterior de opiniones o emociones honestas y sinceras. Al contrario de algunos con los que Pellaeon había tratado, Bas raramente intentaba esconder sus pensamientos o sentimientos detrás de la charla cortés si lo hacía alguna vez.

—Son rumores, Coronel… eso es todo —dijo Ardiff, agitando la cabeza—. Enfrente los hechos: Thrawn murió. El Almirante Pellaeon estuvo allí para verlo. Ahora, si eso fue algún truco…

Pellaeon bajó los ojos a su plato y tomó otro bocado del bruallki rehogado con el tenedor, mentalmente desconectando la discusión. Era la misma discusión interminable, con las mismas opiniones y especulaciones que habían estado circulando por toda la nave la semana desde que el Teniente Mavron había vuelto con la historia de la supuesta aparición de Thrawn en el sistema Kroctar. Todos desde Ardiff para abajo tenían su propia opinión de si era verdad o no, ninguno de ellos podía probarle su opinión a nadie más, y toda la nave estaba tan tensa como un arco de tiro demasiado enrollado.

Pero la espera, por lo menos, estaba a punto de acabar. Le había dado al General Bel Iblis todo un mes y medio para hacer sus planes, y el propio *Quimera* había estado aquí en Pesitiin durante dos semanas. Claramente, por cualquier razón que fuera, Bel Iblis no iba a venir.

Y era hora de ir a casa. De volver al Imperio, y a Bastión. Y, en varios niveles, de averiguar qué estaba planeando exactamente el Moff Disra. Daría la orden de prepararse para la partida en cuanto terminara con su comida. Si Bel Iblis no llegaba en la hora después de eso…

—Almirante Pellaeon, Capitán Ardiff, éste es el puente —vino la voz del Mayor Tschel por el altavoz en la mesa del comedor—. Repórtense, por favor.

Ardiff llegó primero al interruptor.

—Aquí el Capitán —dijo—. El Almirante está conmigo. ¿Qué sucede?

—Una nave acaba de entrar en el sistema, señor —dijo Tschel, con voz tensa.

Ardiff le dio una breve mirada cortante a Pellaeon.

—¿Una repetición de la actuación de nuestros piratas?

—No lo creo, señor —dijo Tschel—. Hasta ahora, por lo menos, es sólo una nave: carguero ligero YT-1300, mínimamente armado. Está transmitiendo un pedido para subir a bordo y hablar con el Almirante.

Pellaeon respiró profundo.

—¿Hay un nombre firmando esa transmisión? —preguntó.

—Sí señor —dijo Tschel—. Dice ser la Alta Consejera de la Nueva República Leia Organa Solo.

• • •

Con los cuatro cazas TIE volando en posición de escolta a ambos flancos, el *Halcón* subió fuera de vista del distante sol, a la sombra de la bahía hangar del Destructor Estelar.

—Ahora no hay vuelta atrás —dijo suavemente Elegos desde el asiento al costado de Leia.

—No —convino Leia, sus manos descansaban en los controles, mirando como el rayo tractor del *Quimera* los recogía continuamente hacia él—. Realmente no la hay.

—¿Eso te perturba? —preguntó el caamasi—. ¿En qué estás pensando?

Leia se encogió de hombros, un movimiento rápido de sus tensos hombros.

—En un nivel, por supuesto que me perturba —le contó—. Los riesgos son siempre algo que un ser racional prefiere evitar. Pero no todos los riesgos son malos. A pesar de todo, éste es un riesgo bueno.

Se volvió a medias e intentó una sonrisa.

—Respecto a la otra parte de tu pregunta, simplemente estaba pensando que si Trespeó estuviera aquí, probablemente ahora estaría diciendo «Estamos perdidos».

Elegos se rió entre dientes, un singular sonido caamasi.

—Muy bien —dijo—. No he sabido mucho sobre ti, Consejera, salvo lo que he leído y oído de otros. Este viaje, a pesar de lo corto, ha sido grandemente instructivo. Sin importar lo que pase después, siempre me consideraré honrado por haber tenido estos pocos días contigo.

Leia respiró profundo. Las palabras, por sí mismas, podrían tomarse como algo ominoso. Pero habladas con la tranquila calidez del caamasi, toda amenaza o miedo potencial se desvaneció. Lo que quedó en cambio fue valor y esperanza y resolución; una inspiración y una fuerza que no venían tanto de Elegos como lo hacían de sus propias reservas ocultas. Reservas que las palabras y presencia de él podían de algún modo sacar de ella.

No era sorprendente, pensó con un dolor distante, que el insaciable de poder Senador Palpatine hubiera querido que un pueblo tan peligroso fuera destruido.

Había una figura solitaria esperando al pie de la rampa del *Halcón* cuando Leia y los otros tres empezaron a bajar: un hombre de cabello blanco y de mediana estatura, su cara estaba surcada por la edad pero tenía la espalda recta de un oficial militar profesional. El uniforme imperial le sentaba bien, pensó Leia; la insignia de Almirante de Flota en su pecho aún mejor.

—Consejera Organa Solo —dijo, inclinando gravemente la cabeza cuando ella se aproximó—. Soy el Almirante Pellaeon. Bienvenida a bordo del *Quimera*.

—Gracias, Almirante —dijo Leia, devolviendo la inclinación—. Ha sido un largo tiempo.

Su frente se arrugó.

—Me temo que me tiene en desventaja —dijo—. No recuerdo que nos hayamos conocido.

—No fue una presentación formal —le contó Leia—. Pero recuerdo que mi padre me lo señaló como uno de los oficiales más prometedores de la Flota durante la Gran Reunión Alderaaniana anual en el Pabellón Real cuando tenía diez años.

El labio de Pellaeon se crispó.

—Recuerdo bien esos días —dijo en voz baja—. De algunas formas, preferiría no hacerlo.

Sus ojos se volvieron a Elegos, parado a la izquierda de Leia.

—¿Quizás quiera presentarme al resto de su delegación?

—Ciertamente —dijo Leia, pasando por alto por el momento el estatus perceptiblemente extraoficial del grupo—. Éste es Elegos A'kla, Confiable del Remanente Caamasi.

Pellaeon sonrió débilmente mientras inclinaba la cabeza.

—Confiable A'kla.

—Almirante Pellaeon —dijo Elegos, bajando la cabeza en una reverencia caamasi.

—A mi derecha está Sakhisakh clan Tlakh'sar —continuó Leia, haciendo señas hacia el noghri a su lado.

La sonrisa de Pellaeon permaneció, pero Leia pudo sentir una nueva fragilidad detrás de ella.

—Por supuesto —dijo el Almirante—. Alderaaniana, caamasi, y noghri. Tres seres con la mayor de las razones para odiar al Imperio.

Sakhisakh se revolvió…

—No mantenemos ninguna rabia hacia usted personalmente, Almirante —dijo serenamente Elegos antes de que el noghri pudiera hablar—. Ni tenemos ninguna animosidad hacia el pueblo del Imperio. Cada uno de nuestros mundos fue destruido por la mano del Emperador Palpatine, y ahora él también está muerto. Continuar nutriendo los fuegos del odio no nos hará ganar nada.

—Gracias, Confiable —dijo Pellaeon—. Aprecio su generosidad y su sabiduría —Sus ojos pasaron brevemente a Sakhisakh, entonces se volvieron hacia Ghent, parado al otro lado de Elegos—. ¿Y qué agravio particular representa usted, señor?

—¿Yo? —empezó a preguntar Ghent—. Oh, no, yo no soy parte de este grupo. Quiero decir… Yo sólo soy el experto en computadoras que reconstruyó el mensaje de Vermel para el General Bel Iblis.

La última insinuación de una sonrisa se desvaneció de la cara de Pellaeon.

—¿Qué quiere decir con reconstruir? —demandó—. ¿El coronel no presentó su mensaje personalmente?

—Me temo que no llegó tan lejos —dijo Leia—. Según el General Bel Iblis, su Corbeta fue interceptada por un Destructor Estelar mientras se estaba acercando a Morishim.

Los ojos de Pellaeon se habían vuelto mortales.

—¿Interceptado y destruido?

—No, o por lo menos no en ese momento —dijo Leia—. El Destructor Estelar metió la nave en su bahía hangar y entonces escapó.

—Ya veo —Por un largo momento Pellaeon se quedó parado allí, sus ojos no miraban a ninguna parte, su cara era dura y casi cruel, sus emociones cortantes de furia a punto de estallar. Leia se estiró a la Fuerza, intentando leer más allá de la emoción y preguntándose si debía romper el silencio o esperar a que él lo hiciera.

Elegos le quitó la decisión de las manos.

—Presumo que el Coronel Vermel era un amigo cercano —comentó en voz baja.

Los ojos y la atención de Pellaeon regresaron.

—Espero que todavía lo sea —dijo—. Si no, alguien pagará pesadamente por su muerte.

Exhaló.

—Pero ustedes vinieron a hablar de paz, no de venganza. Si me acompañan, tengo un cuarto preparado para nosotros cerca de la bahía hangar.

—Preferiría mantener nuestra discusión a bordo de mi nave, si no le molesta —dijo Leia—. Me temo que mis guardaespaldas insisten en eso.

Por una fracción de segundo hubo un parpadeo de incertidumbre, incluso temor, en las emociones de Pellaeon. Pero entonces el miedo se desvaneció, y sonrió de nuevo.

—Por supuesto, tiene más noghri a bordo —dijo, alzando la vista al *Halcón* que se cernía encima de él—. Sin duda vigilando aun ahora con armas preparadas.

—No habrá peligro para usted, Almirante —habló Elegos—. No a menos que usted lo traiga a bordo.

Pellaeon agitó una mano hacia la rampa.

—En ese caso, Consejera, acepto. Por favor; muéstreme el camino.

Un minuto más tarde Leia, Pellaeon, y Elegos estaban sentados alrededor de la mesa de juegos del *Halcón*: un lugar penosamente informal para una ocasión tan importante, pensó Leia con algo de vergüenza, pero era el único lugar en la nave adonde todos podían sentarse cómodamente juntos. Sakhisakh, sin comentarios, había asumido una posición de guardia adonde podía mirar ambas su discusión y la rampa de entrada. Ghent, también

sin comentarios, había ido a la estación técnica y se había puesto a trabajar en la computadora del *Halcón*.

—Iré directamente al punto, Consejera —dijo Pellaeon, sus ojos pasaron brevemente por Ghent y el noghri—. La guerra que empezó hace veintitantos años efectivamente ha terminado… y el Imperio ha perdido.

—Estoy de acuerdo —dijo Leia—. ¿Es esta opinión compartida por el resto del Imperio?

Un músculo en la mejilla de Pellaeon se crispó.

—Estoy seguro de que el ciudadano imperial promedio ha reconocido esa verdad por un buen tiempo —dijo—. Es meramente el liderazgo el que se ha aferrado a la esperanza de que lo inevitable podría de algún modo evitarse.

—¿Y ahora ese liderazgo está de acuerdo con los dos de nosotros y el ciudadano imperial promedio?

—Sí —dijo Pellaeon—. Renuentemente, pero sí. He sido autorizado por los ocho Moffs restantes para abrir negociaciones de paz con la Nueva República.

Leia sintió que su garganta se apretaba. Había oído el mensaje de Vermel; había venido a bordo y había visto a Pellaeon esperándola solo… pero sólo ahora parecía de repente verdaderamente real.

Paz. Con el Imperio.

—Sin embargo como ya ha sido dicho, el Imperio ha perdido —dijo Elegos en el silencio—. ¿Entonces qué queda para ser negociado?

Leia afirmó los hombros, enviando una palabra de gracias silenciosas en dirección a Elegos por su sutil recordatorio de su deber aquí. Ella estaba representando a la Nueva República, y no podía permitir que el aliciente emocional de la paz la cegara de las duras realidades intelectuales de la situación.

—El Confiable A'kla tiene razón —dijo ella—. Lo que ustedes ganarían de un tratado de paz es obvio. ¿Qué ganaríamos nosotros?

—Quizás lo que nosotros ganaríamos no es tan obvio como usted piensa —dijo Pellaeon—. La Nueva República está después de todo debatiéndose con tumultos interiores, con cada indicación de que las cosas están poniéndose cada vez peor.

Miró significativamente a Elegos.

—Algunos de los Moffs, de hecho, creen que están al borde de derrumbarse en la guerra civil total por este problema caamasi. En medio de tal anarquía, los remanentes del Imperio podrían fácilmente ser pasados por alto. ¿Porqué entonces debemos molestarnos en absoluto con la humillación de un tratado?

La boca de Leia se sintió seca. Era una pregunta demasiado razonable.

—Si usted realmente creyera que estamos a punto de destruirnos a nosotros mismos, no estaría aquí —señaló.

—Quizás —dijo Pellaeon—. Quizás meramente no creo que quienes odian con más virulencia al Imperio se olvidarían de nosotros —Hizo una pausa—. O quizás yo pueda ser capaz de impedir que esa guerra civil ocurra.

Leia frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Déjeme manifestar primero lo que el Imperio querría incluir en cualquier tratado entre nosotros —dijo Pellaeon—. Querríamos que nuestras fronteras actuales sean confirmadas y aceptadas por Coruscant, con garantías de libre circulación y comercio entre nuestros mundos y aquellos de la Nueva República. Ningún hostigamiento; ninguna escaramuza fronteriza; ninguna presión de propaganda contra nosotros.

—¿Qué hay de los no humanos viviendo bajo el régimen imperial? —demandó Sakhisakh—. ¿Debemos meramente aceptar su esclavitud?

Pellaeon agitó la cabeza.

—El Imperio que una vez esclavizó y se aprovechó de los seres pensantes está muerto —le contó al noghri—. La dominación humana de Palpatine hace tiempo se volvió una cooperación completa entre todos los seres dentro de nuestras fronteras.

—¿Están todos sus sujetos de acuerdo en que ahora son todos iguales? —preguntó Leia.

—Probablemente no —concedió Pellaeon—. Pero una vez que tengamos la seguridad de un tratado de paz, a cualquier sistema imperial que desee unirse a la Nueva República se le ofrecerá la oportunidad de hacerlo.

Alzó las cejas.

—De la misma manera, esperaríamos que a los sistemas dentro de sus fronteras que deseen re-unirse con el Imperio también se les permita hacer esa elección, con las mismas garantías de seguridad y libre comercio extendidas a ellos.

Sakhisakh exclamó entre dientes una maldición noghri.

—¿Qué pueblo sería tan tonto como para entregarles su libertad? —demandó desdeñosamente.

—Podría sorprenderse —dijo Pellaeon—. La libertad, después de todo, es algo altamente relativo y subjetivo. Y como ya dije, ya no somos el Imperio que ustedes conocieron.

El noghri rezongó por lo bajo de nuevo pero permaneció callado.

—Por supuesto, todas las garantías de seguridad funcionarían también en la otra dirección —dijo Pellaeon, volviendo a Leia—. Ningún ataque de fuerzas imperiales; ninguna provocación; ningún mercenario contratado —Su cara se crispó en una casi-sonrisa—. Y, por supuesto, si llegamos a tropezar con otra superarma que Palpatine haya escondido en algún lado, trabajaríamos con ustedes para desmantelarla.

Leia tomó fuerza.

—¿Y qué hay de la superarma que ya están usando?

Pellaeon frunció el ceño.

—¿Qué superarma?

—La que casi nos derrotó una vez —dijo Leia—. El Gran Almirante Thrawn.

Los labios de Pellaeon se comprimieron brevemente, y Leia pudo sentir la oleada de incertidumbre y miedo silencioso que pasó a través de él.

—No lo sé, Consejera. No tengo ninguna idea en absoluto de qué está pasando allí.

Leia le arrojó una mirada a Elegos.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que dije —le contó Pellaeon—. He estado aquí en Pesitiin esperando por el General Bel Iblis durante las últimas dos semanas, y había estado ejecutando un silencio de comunicaciones durante varios días antes de eso. Ni siquiera sabía que se había reportado que Thrawn estaba vivo hasta hace una semana.

Leia frunció el ceño, estirándose a Pellaeon con la Fuerza. Pero no había duplicidad que ella pudiera descubrir en sus pensamientos o emociones.

—Dice «reportado que estaba vivo», Almirante —dijo Elegos—. ¿Implica su elección de palabras que no cree que realmente haya vuelto?

—No se qué creer, Confiable —dijo Pellaeon—. Ciertamente tenía todas las razones para pensar que estaba muerto. Yo estaba allí en el puente del *Quimera*, de pie a su lado, cuando pareció morir.

—De nuevo, dice «pareció» morir —persistió Elegos—. ¿Murió realmente o no?

—Realmente no lo sé —dijo Pellaeon con un suspiro—. Thrawn era un alienígena, con una fisiología alienígena, y… —Agitó la cabeza—. ¿Ha sido realmente visto por alguien de la Nueva República? ¿Alguien en cuya palabra y juicio confíe?

—Mi amigo Lando Calrissian fue interceptado y llevado a bordo del *Implacable*, junto con el Senador Diamalano —dijo Leia—. Los dos de ellos dicen que era de hecho Thrawn.

—El *Implacable* —murmuró Pellaeon, frunciendo el ceño—. La nave de Dorja; y él era uno de aquellos que conocía personalmente a Thrawn. Resulta difícil creer que sería embaucado fácilmente por un truco. O, dicho sea de paso, que arriesgaría su nave sin una razón excepcionalmente buena.

Leia titubeó; pero no había ninguna forma fácil de decir esto.

—Se me ocurre, Almirante, que estas conversaciones pueden ser algo prematuras —dijo—. Si Thrawn está vivo, entonces presumiblemente usted ya no es la cabeza del ejército imperial.

—Si él está vivo, ciertamente me relevará del comando supremo —dijo Pellaeon sin alterar la voz—. Sin embargo, en este momento esa consideración es irrelevante. El ejército está subordinado a los Moffs; y los Moffs me han autorizado para que negocie este tratado.

—¿Sin embargo, no rescindiría esa autoridad, ante el retorno de Thrawn? —contrapuso Leia.

—Podría —reconoció Pellaeon—. Pero hasta que yo sea informado de tal decisión, mi autoridad permanece.

—Ya veo —murmuró Leia, mirando fijamente al viejo Almirante con una súbita nueva comprensión. Él se había enterado acerca del retorno de Thrawn hace toda una semana; sin embargo, en lugar de apresurarse a regresar para averiguar más, había permanecido aquí deliberadamente bajo el silencio de comunicaciones. No sólo para

esperar por Bel Iblis, pero también para asegurarse de que todavía tendría la autoridad para negociar si y cuando Bel Iblis llegara. Para empezar ha hacer rodar la bola, quizás más fuerte que lo que la habilidad de los Moffs o incluso Thrawn pudiera detener fácilmente.

Esto no era un truco, o por lo menos no un truco que él estuviera ayudando a ejecutar. El Almirante Pellaeon, el Comandante Supremo de las Fuerzas imperiales, auténticamente quería la paz.

—¿Thrawn les dijo algo a Calrissian y al Senador? —preguntó Pellaeon interrumpiendo los pensamientos de Leia—. Presumo que se les permitió partir, muy poca gente simplemente se escapa de un Destructor Estelar Imperial.

—En realidad, en algunos respectos su mensaje fue similar al suyo —dijo Leia—. Nos advirtió que la Nueva República estaba encaminada hacia la autodestrucción y se ofreció a ayudarnos a evitar eso.

—¿Están considerando su oferta?

—Desafortunadamente, el método que él propuso fue juzgado inaceptable por el Senado —dijo Leia—. Quería hablar privadamente con los líderes bothans, y de esas conversaciones determinar quién había saboteado los escudos caamasi.

—Interesante —dijo Pellaeon, frotándose pensativamente la barbilla—. Me pregunto cómo lograría eso meramente hablando con ellos. A menos que los líderes de los clanes sepan de hecho la verdad.

—Ellos dicen que no —dijo Leia—. Y considerando la amenaza creciente contra toda la especie bothan, creo que nos darían esa información si la tuvieran.

—Usted sugirió que también podría tener una forma para prevenir la guerra civil —Elegos recordó al almirante—. ¿Le importaría darnos más detalles?

Leia pudo sentir que Pellaeon arrastraba de vuelta su atención desde sus propios pensamientos.

—Estoy seguro de que se le ha ocurrido que la crisis podría ser resuelta encontrando una versión completa del Documento de Caamas —dijo—. A cambio de términos de paz favorables, el Imperio estaría dispuesto a ofrecerles una copia de ese registro.

Leia le disparó una mirada a Sakhisakh, vio la propia reacción sutil del noghri. Si estaban en horario, Han y Lando deberían estar en Bastión dirigiendo su propia búsqueda por ese registro en este mismo momento.

—¿Así de simple? —le preguntó a Pellaeon—. ¿Simplemente nos la darán?

—Sí, una vez que la consigamos —Hizo una pausa—. Sin embargo, hay un problema. Si existe de hecho, estaría localizada en la sección de Archivos Especiales de los archivos, que está severamente restringida y muy encriptada. Yo no tengo ningún camino para acceder a esos archivos; tampoco nadie a quien yo conozca. Si queremos llegar al documento a tiempo, la Nueva República necesitará prestarnos un experto en desencriptación de alto nivel.

Hubo una especie de borbotón atragantado desde la dirección de la estación técnica. Ghent todavía estaba enfrentando el tablero de control, pero su espalda de repente se había puesto rígida.

—¿Adónde necesitaría ir? —ella le preguntó a Pellaeon, con la mirada todavía en Ghent—. ¿A Bastión?

—No, a la base del Ubictorado en Yaga Menor —dijo Pellaeon—. El comandante allí es un amigo personal, y hay una estación de acceso de computadora un poco aislada que podría usar. El mismo Bastión sería demasiado peligroso.

Leia lo volvió a mirar, su corazón estaba de repente atrapado en su garganta.

—¿Qué quiere decir, peligroso?

—Bastión es la base hogar y fortaleza de uno de los oficiales mas vehementemente anti-paz en todo el Imperio —dijo seriamente Pellaeon—. El Moff Disra. Él también parece estar hasta el cuello en una pequeña guerra privada usando bandas pirata mercenarias y fondos ilegalmente obtenidos.

—Sí, hemos notado toda la actividad pirata —dijo Leia, luchando para mantener la firmeza de su voz. Han y Lando en Bastión—… ¿no cree que el Moff Disra apreciaría tener un representante de la Nueva República en su mundo?

Pellaeon resopló.

—¿Excavando en archivos imperiales privados? Difícilmente. Su experto no estaría allí seis horas antes de que Disra lo averiguara. No pasarían seis horas más antes de que sufriera algún accidente conveniente. Pero estaría lo suficientemente seguro en Yaga Menor.

—Me alegra oír eso —dijo Leia, mirando de nuevo a Sakhisakh. La cara del noghri estaba rígida con el mismo dolor y miedo que ella misma estaba sintiendo. Han en Bastión, en el medio de la fortaleza de un Moff vengativo…

—¿Sería posible que ustedes proporcionaran a tal experto? —preguntó Pellaeon.

Con un esfuerzo supremo, Leia apartó sus miedos.

—No lo sé —dijo—. No lo creo.

Pellaeon pareció haber sido tomado desprevenido.

—¿No lo cree?

—No —dijo Leia, mirando de nuevo a la estación técnica. Ghent todavía estaba enfrentando el tablero de control, pero su cabeza estaba volteada apenas lo suficiente para permitirle mirar de reojo la conversación alrededor de la mesa de juegos—. Quizás más tarde, después de que tengamos un acuerdo oficial. Pero todavía no.

—Para cuando haya un acuerdo podría ser demasiado tarde —advirtió Pellaeon—. Nuestras naves de observación sólo están captando reportes de noticias ocasionales, pero incluso por lo que sé la situación en la Nueva República está claramente empeorando. Incluso con un muy buen especialista en computadoras trabajando, el proyecto va a demorar algún tiempo.

Hizo una mueca.

—Y también hay otro factor. Sospechamos que uno de los agentes del Moff Disra ya puede haberse abierto camino a esos Archivos Especiales una vez. No sabemos lo que estaba buscando, pero el Documento de Caamas es definitivamente un blanco posible. Si nos demoramos demasiado y puede entrar de nuevo para borrar el archivo, es posible que nunca podamos averiguar la verdad. Sólo si actuamos inmediatamente…

—Está bien —interrumpió Ghent, girando abruptamente su silla para enfrentarlos—. Está bien. Iré.

Leia parpadeó. Una vez más, él la había tomado completamente por sorpresa.

—No quieres decir eso —dijo—. Esto podría ser peligroso.

—El peligro sería extremadamente pequeño —insistió Pellaeon.

—No importa —dijo Ghent. Su voz estaba temblando, pero su mandíbula estaba firme—. En el camino desde Coruscant Elegos me contó todo lo que le pasó a su mundo. Fue terrible… todos muertos, también todos los animales. Odié a la gente que lo hizo… realmente los odié. Y odié a los bothans por dejar que toda la cosa ocurriera en primer lugar.

Miró a Elegos.

—Pero él me contó que el odio estaba equivocado, que era una de esas cosas que herían más a quien odiaba que a las personas a las que odiaba. Me contó que puede haber justicia sin odio, y castigo sin venganza. Dijo que todos éramos responsables por lo que hacemos y lo que no hacemos, y que nadie debe tener que pagar por los crímenes de alguien más.

Clavó los ojos en Leia.

—Yo soy un experto en computadoras, Consejera Organa Solo. Soy un muy buen experto en computadoras. Y soy responsable por lo que hago y lo que no hago, al igual que tú o Elegos. Si puedo ayudar y no lo hago, soy tan culpable como cualquier otro —Agitó una mano abandonadamente—. No soy muy bueno en este tipo de cosas. ¿Entiendes lo que estoy intentando decir?

—Lo entiendo perfectamente —le aseguró Leia—. Y aprecio muchísimo tu oferta. La pregunta es si puedo permitirte ponerte en riesgo de esta forma.

—Parecería que ésa sería una pregunta directa para que contestes, Consejera —dijo Elegos—. ¿Como una Jedi, parece el camino correcto que el Jefe de Criptografía Ghent vaya a Yaga Menor?

Leia escondió una mueca. Una vez más, la percepción del caamasi había llegado, recordándole la verdadera fuente de su visión y su guía.

Excepto que por una vez esa fuente le había fallado. O quizás más correctamente, ella le había fallado. No importaba que tan fuerte se estirara a la Fuerza, todo lo que podía ver era el tumulto de sus propios miedos por la seguridad de Han. Miedos que se había arreglado para suprimir hasta ahora; culpa por haberle permitido —incluso animado— a encaminarse hacia un mundo hostil en primer lugar; resentimiento y cólera por que después de todos sus años de sacrificio ella y Han todavía eran los que siempre parecían ser llamados a arriesgarlo todo por los demás.

Parpadeando para frenar las lágrimas, intentó reprimir la súbita oleada de emoción. Pero seguía siendo un charco inquieto que se agitaba bañando su mente y su espíritu.

Y mientras la calma Jedi la eludía, también lo hizo cualquier esperanza de leer el camino de Ghent.

—No lo sé —admitió por fin—. Parece que no puedo conseguir ningún tipo de lectura.

—¿Significa eso que no puedes garantizar su seguridad? —preguntó Pellaeon, frunciendo el ceño.

—La seguridad de nadie nunca está garantizada, Almirante —dijo Elegos—. Ni siquiera por un Jedi —Sonrió débilmente, una expresión extrañamente melancólica—. Aunque, por supuesto, la mayoría de nosotros viaja a través de toda su vida sin ninguna seguridad en absoluto de que el camino en el que estamos es el correcto. Ninguna seguridad excepto la de nuestros propios espíritus interiores.

—Elegos ha estado diciendo esa clase de cosas desde que salimos de Coruscant —dijo Ghent con un débil intento de mueca—. Supongo que algo de esta cosa de nobleza se me debe haber pegado.

Inseguramente, se puso de pie.

—Éste es el camino correcto. Y yo estoy listo. ¿Cuándo partimos?

—Inmediatamente —dijo Pellaeon, deslizándose alrededor del final de la mesa y poniéndose de pie—. Haré una carta de presentación para el General Hestiv y destacaré a uno de mis pilotos más confiables para llevarlo a Yaga Menor —Sus ojos pasaron por la vestimenta de Ghent—. Creo que también le daremos un uniforme imperial. Disra puede tener informantes en Yaga Menor, y no tiene ningún sentido atraer atención innecesaria llevando a un obvio civil a una base militar.

—¿No va a llevarlo allí usted en el *Quimera*? —preguntó Leia.

Pellaeon agitó la cabeza.

—Una vez que usted y yo hayamos terminado nuestras discusiones, iré directamente a Bastión. Hay algunas preguntas bastante puntiagudas para las que el Moff Disra me debe respuestas.

Leia tragó saliva.

—Ya veo.

—Entonces, con su permiso, iré a organizar el transporte para el Jefe de Criptografía Ghent —Pellaeon le sonrió débilmente a Ghent—. Quiero decir el transporte para el Teniente Imperial Ghent. Venga conmigo, Teniente.

Pasando a Sakhisakh, se dirigió hacia la salida del *Halcón*.

—Seguro —dijo Ghent, empezando a seguirlo—. Hasta luego, Elegos. A usted también, Consejera.

—Ve en sabiduría y coraje —dijo gravemente Elegos.

—Que la Fuerza te acompañe —agregó Leia—. Y gracias.

• • •

El Capitán Ardiff estaba esperando en el puente de popa cuando Pellaeon emergió del turboascensor.

—El *Halcón Milenario* ha pasado el perímetro de vigilancia y ha saltado a la velocidad de la luz —reportó.

—Bien —dijo Pellaeon, mirando más allá del ventanal. A la distancia, podía ver los débiles destellos de la luz solar reflejada en los paneles solares de la escolta de cazas TIE mientras volvían al *Quimera*—. ¿Y el Teniente Mavron?

—Él y su pasajero partieron hace media hora —Ardiff alzó ligeramente las cejas—. ¿Puedo preguntar…?

—¿Cómo fueron las conversaciones? —Pellaeon se encogió de hombros—. Tan bien como pueden salir alguna vez las conversaciones preliminares, supongo. Organa Solo no está dispuesta a comprometer a la Nueva República en un curso de acción basado solamente en mi palabra, y yo le dejé similarmente claro que no puedo aceptar su palabra como garantía de las acciones futuras de Coruscant. Así que todavía queda mucha cuidadosa danza verbal por hacer.

—Pero está dispuesta a hablar.

—Está muy dispuesta a hablar —Titubeó Pellaeon—. Por lo menos, acerca de la mayoría de las cosas.

Ardiff frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Pellaeon miró de nuevo afuera a las estrellas.

—Había algo que no me estaba contando —dijo—. Algo importante… de eso estoy seguro. Pero qué era exactamente… —Agitó la cabeza—. No lo sé.

—¿Información privada relacionada con los bothans, quizás? —sugirió Ardiff—. ¿O algo más personal? Ella ha estado en problemas políticos en Coruscant antes… ¿podría ser que está a punto de perder completamente su influencia allí?

—Espero que no —dijo Pellaeon—. Problemas políticos entre ella y Coruscant harían este proceso más difícil de lo que ya es. Podrían rechazar cualquier propuesta simplemente porque ella está involucrada.

—O podrían apoyarla porque ella está involucrada —señaló Ardiff—. La polarización que ya estamos viendo acerca del problema de Caamas podría fácilmente extenderse a algo así.

—Ésa es una de mis mayores preocupaciones —convino seriamente Pellaeon—. Que la paz sea rechazada por algunos sin ninguna razón mejor que porque sus enemigos políticos están a favor…

Pasó junto Ardiff hacia la pasarela de comando.

—Pero todos nosotros sólo tenemos las cartas que el universo nos ha repartido —dijo—. Si Organa Solo se niega a mostrarnos algunas de sus cartas, sólo tendremos que jugar el juego de esa forma.

—Y mientras tanto —agregó—, tenemos otros asuntos que atender. Prepare un curso para Bastión, Capitán. Es tiempo de que el Moff Disra y yo tengamos una larga y seria charla.

• • •

Delante del *Halcón*, las estrellas resplandecieron en líneas estelares, y Leia se recostó un poco en su asiento.

—¿Crees que realmente hablaba en serio? —preguntó, volviéndose para mirar a Elegos.

Elegos le dio uno de sus encogimientos de hombros caamasi de cuerpo completo.

—Creo que el mismo Almirante Pellaeon es sincero —dijo—. Como presumo que tú sabes con más certeza que yo. Sospecho que la pregunta que realmente deseas hacer es si se puede confiar en su sinceridad.

—No lo sé —dijo ella—. Tienes razón, no percibo ninguna duplicidad en el mismo Pellaeon. Pero con Thrawn de nuevo en la escena… —Agitó la cabeza—. Nada era nunca como parecía con él, Elegos. Podía manejarte para hacer exactamente lo que él quería que hicieras, a pesar del hecho de que tú sabías que estaba intentando hacerlo. Thrawn puede estar utilizando esta iniciativa de paz de Pellaeon con algún fin completamente diferente.

—¿Es por eso que no le contaste que el Capitán Solo estaba en Bastión? —preguntó Elegos.

Leia empezó.

—¿Cómo te enteraste de eso? —demandó—. No te conté que Han había ido allí.

Elegos se encogió de hombros de nuevo.

—Has dejado caer insinuaciones —dijo—. Como lo han hecho los noghri. No ha sido difícil encajar las piezas —Sus ojos de azul sobre verde se mantuvieron en la cara de ella—. ¿Por qué no le contaste eso al Almirante Pellaeon?

Leia se apartó de esa mirada, simulando estudiar el monitor de motores del *Halcón*.

—Sabemos que los imperiales están animando por lo menos alguna de la violencia que está ocurriendo en la Nueva República —dijo ella, luchando contra la súbita sequedad en su garganta—. Ese alboroto en Bothawui, por ejemplo, mi guardia noghri encontró evidencia de que los tiros que lo empezaron vinieron de una rara arma de francotirador imperial.

—Interesante —murmuró Elegos—. Tampoco le contaste a Pellaeon al respecto.

—El problema es que no tenemos ninguna prueba real de nada de eso —dijo Leia, agitando la cabeza cansada—. Y aun si lo hiciéramos… luchar contra Thrawn es como luchar contra una sombra, Elegos. Nunca está adonde crees que está, haciendo lo que esperas que haga. Todo lo que hace son círculos dentro de círculos dentro de círculos.

—Sin embargo no puedes permitir que la incertidumbre te paralice —señaló Elegos—. Ese camino le permite ganar por abandono. En algún punto, bien o mal, debes

pasar a la acción —Sus ojos parecieron penetrar en los de ella—. Debes decidir en quién puedes confiar.

Leia parpadeó para frenar las lágrimas.

—No puedo confiar en Pellaeon —dijo bruscamente—. Todavía no. Si Thrawn está orquestando toda esta operación, Han sería un rehén o una pieza de intercambio terriblemente útil para él. No podría arriesgarme a que averigüe de Pellaeon que Han estaba allí.

—Sin embargo confiaste en él lo suficiente para permitirle llevar a Ghent a una situación de potencialmente igual peligro —señaló Elegos.

—Ghent quería ir —dijo, sabiendo aun mientras lo decía que ese argumento estaba en suelo peligrosamente resbaladizo—. Además, él no sería de ninguna utilidad para Thrawn.

—Sabes que no es así, Consejera —dijo Elegos, el suave reproche en su voz fue un doloroso pinchazo en el corazón de Leia—. Ghent es altamente conocedor acerca de las técnicas de encriptación y desencriptación de la Nueva República. En una situación de guerra, tal conocimiento sería de inmenso valor para el Imperio.

—Ya hemos discutido esto —le recordó Leia, las primeras sacudidas de rabia coloreaban la culpa que retumbaba dentro de ella. ¿Quién era este caamasi para decirle lo que era correcto o incorrecto que hiciera?— No había ninguna forma de evitar correr riesgos aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Elegos—. Y no sugiero que tus decisiones hayan sido necesariamente equivocadas.

Leia frunció el ceño, el enojo creciente se volvió una incertidumbre sospechosa.

—¿Qué estás sugiriendo entonces? —demandó.

—Que estás preocupada por haber usado tu poder y autoridad para proteger a tu marido más que lo que lo hiciste por un relativo extraño —dijo Elegos—. Que estás preocupada de haber traicionado la confianza que es tuya como Alta Consejera, diplomática, y Jedi.

—Ella no debe responder ante ti, Confiable A'kla —vino una áspera voz noghri desde detrás de ellos.

Leia volvió la cabeza para ver a Sakhisakh parado en el vano de la puerta de la cabina.

—¿Problemas? —le preguntó.

—Ningún problema —le aseguró el noghri, caminando adelante y tomando una posición justo detrás de ella—. Vine a reportar que no hay nadie en persecución, y que Barkhimkh está apagando los sistemas de armas —Volvió sus ojos oscuros a Elegos—. Si ella escoge proteger a su clan del peligro, eso no es asunto tuyo.

—Estoy de acuerdo —dijo serenamente Elegos—. Como ya he dicho, no estoy aquí para juzgar.

—¿Entonces por qué la presionas al respecto? —demandó Sakhisakh.

—Porque como también dije, ella misma no está convencida de haber hecho lo correcto —dijo Elegos, volviendo su mirada otra vez a Leia—. Es importante que piense hasta el final de este asunto y llegue a una conclusión, de una forma u otra. O aceptar que sus decisiones fueron correctas y seguir adelante, o reconocerlas como equivocadas y también seguir adelante.

—¿Por qué debe hacer eso? —preguntó Sakhisakh.

El caamasi sonrió tristemente.

—Porque es Alta Consejera, diplomática, y Jedi. Sólo cuando esté en paz con ella misma tendrá la visión y sabiduría con la que todos necesitamos contar en los días por venir.

Por un largo momento ninguno de ellos habló. Leia miró afuera al cielo jaspeado del hiperespacio que pasaba rápidamente, el acre escozor de la vergüenza se sumó al resto de las emociones que se arremolinaban dentro de ella. Una vez más, Elegos tenía razón.

—Debiste haber sido un Jedi, Elegos —dijo con un suspiro mientras se desabrochaba las correas de su asiento y se ponía de pie.

—No tengo la habilidad de un Jedi para tocar la Fuerza —dijo Elegos, con una rara nota de pesar en su voz—. Y sin embargo, hablas con más verdad que lo que quizás conoces. Es una leyenda entre mi gente que, en la misma alba de su edad, los primeros de los Caballeros Jedi vinieron a Caamas para aprender de nosotros el uso moral de su poder.

—No dudo que la leyenda sea verdad —dijo Leia, haciendo señas hacia el asiento que acababa de dejar vacante—. Sakhisakh, si quieres tomar el control aquí, yo estaré en la bodega. Tengo algo de pensamiento serio y meditación que hacer.

CAPÍTULO 20

—Buen día, ciudadanos-eruditos de la Orden M'challa del Imperio —jadeó su saludo habitual el anticuado droide de servicio SE2 desde atrás del escritorio de recepción—. ¿En qué podemos yo y la Biblioteca Imperial servirlos esta mañana?

—Sólo asígnanos una estación de computadora —dijo Han, poniéndole un firme tornillo de contención a su humor ya gruñón. Ya se estaba volviendo un día caluroso y húmedo, y él se sentía ambos incómodo y estúpido desfilando por las calles de la ciudad en la túnica tradicional del erudito de M'challa que él y los demás habían estado vistiendo desde que aterrizaron aquí en Bastión. Lo último que quería hacer era perder el tiempo intercambiando burlas con un droide SE2—. Podemos manejar nuestra propia búsqueda de datos, gracias.

—Claro —El droide lo miró, entonces a Lando, entonces a Lobot. Su mirada se demoró en este último, como si se preguntara por qué estaba llevando su capucha tan cerrada sobre su cabeza en un día tan caluroso—. Ustedes ciudadanos han estado aquí antes —dijo—. Cada uno de los últimos tres días, si mi memoria no se ha degradado.

—Estamos haciendo un estudio a largo plazo —se entrometió fácilmente Lando—. Nos está tomando mucho tiempo.

—¿Necesitarían alguna ayuda? —preguntó servicialmente el droide—. Tenemos algunos droides de investigación y contrapartes de interfaz disponibles en alquiler a una tarifa completamente nominal.

—Estamos bien —le dijo Han, esforzándose mucho por no gritarle al droide en su cara metálica—. Sólo asígnanos una estación, ¿de acuerdo?

—Ciertamente, ciudadano-erudito —dijo afablemente el droide—. Estación 47A. Pasen por las puertas dobles a su izquierda…

—Ya sabemos adonde está —dijo Han, girando sobre sus talones y dirigiéndose hacia las puertas indicadas.

—Y gracias —agregó Lando.

Él y Lobot alcanzaron a Han apenas entrando a las puertas dobles.

—¿Crees que podrías atraer un poco más de atención hacia nosotros? —gruñó Lando mientras Han se dirigía a través del laberinto de casillas individuales y grupales que llenaban el gran cuarto, sólo un manojo de ellas estaba actualmente ocupado—. Quizá deberías intentar patear al droide de un lado al otro sobre el escritorio unas cuantas veces… eso debería lograrlo.

—A muchos imperiales no les gustan los droides —gruñó en respuesta Han—. Incluso a los eruditos. Sólo continuemos, ¿está bien?

Lando no contestó, y Han sintió una punzada de culpa por reaccionarle de esa forma a su amigo. Después de todo, Lando estaba haciéndole un gran favor incluso por estar aquí en primer lugar.

Pero su humor ya estaba demasiado agrio para que la culpa avanzara mucho contra él. Tres días de caminar en puntas de pies por la ciudad capital imperial teniendo que aguantar imperiales aduladores, dueños de cafés que cobraban de más, e idiotas droides SE2 estaban empezando a afectarlo.

Especialmente considerando cuánto progreso habían hecho hasta ahora en entrar a la sección de Archivos Especiales. Es decir, ninguno.

Llegaron a la Estación 47A y Han enganchó una tercera silla de una casilla sin usar para complementar a las dos que ya había allí.

—Está bien —dijo Lando, activando el campo de privacidad de la casilla dejó que Lobot se sentara delante del teclado y entonces tomó la silla a su lado—. ¿Tienes un buen contacto con Moegid?

La respuesta de Lobot fue poner los dedos en el teclado. Por un momento, no pasó nada. Entonces, lentamente, empezó a oprimir las teclas.

Tirando de su silla hasta detrás de Lando, ahogando un comentario sarcástico que no le habría hecho nada bien a nadie y probablemente estaba fuera de lugar de cualquier modo, Han se sentó e intentó tranquilizarse. Quizá esta vez, tendrían suerte.

• • •

La nave había estado en silencio durante casi una hora antes de que Karoly decidiera que, una vez más, había adivinado mal.

Era agraviante. No, en realidad, era enfurecedor. Haber venido todo este camino con Solo y Calrissian, haber pasado días enterrada viva en este estrecho compartimiento de contrabando debajo de la elegante sección de habitaciones del yate de Calrissian, para entonces ni siquiera encontrar a Karrde y a Shada esperando al final del paseo era enloquecedor.

Respiró profundo en la oscuridad, ordenándose severamente a ella misma calmarse. Quizá Karrde y Shada simplemente se habían demorado, y todavía estaban en camino. Sólo tendría que ser paciente y esperarlos.

Entretanto, claramente no había nada que ganar esperando en este agujero y sintiendo lástima de sí misma. Estirándose hacia arriba, movió el pestillo que abría el panel de acceso oculto y lo deslizó cuidadosamente al costado.

Por un momento permaneció inmóvil medio agachada, escuchando por cualquier indicación de que pudiera haber sido oída. Entonces se deslizó arriba y afuera hacia el corredor, respirando profundamente para quitarse de sus pulmones el aire viciado del compartimiento.

No había nadie visible. No que eso fuera realmente sorprendente. Solo, Calrissian, y ese cyborg cableado con biocomp al que llamaban Lobot se habían ido todos juntos esa mañana, dejando al verpine presumiblemente en su lugar habitual en el cuarto de control de popa. Ése había sido el procedimiento todos los días desde que habían aterrizado aquí,

y no había habido nada en los retazos apresurados de conversación que había alcanzado a oír que pudiera indicar que la rutina había sido cambiada. Brevemente, consideró entrar de nuevo furtivamente a popa para intentar deducir lo que el verpine estaba haciendo, pero decidió en contra. Sus últimos dos intentos en esa dirección no habían descubierto nada útil, y no podía perder más tiempo en eso.

Lo que la dejaba con la pregunta de en qué exactamente debería estar invirtiendo su tiempo.

No había realmente tantas opciones. Durante los últimos tres días, había seguido a Solo y a los demás a lo que el SE2 que trabajaba en el escritorio había identificado como una Biblioteca Imperial. Los primeros dos días se había metido furtivamente por detrás para mirar; ayer, cansada de mirar a través de un campo de privacidad como ellos oprimían teclas de computadora todo el día, los había dejado adentro y había explorado alrededor del edificio y por el barrio.

Ahora, habiéndose metido furtivamente otra vez a bordo de la nave anoche, había puesto a prueba la teoría de que Shada realmente podría estar encontrándose con el verpine mientras Solo y los demás estaban afuera. Pero esa también había caído… y hasta donde Karoly podía ver, se había quedado sin opciones. De acuerdo a toda la evidencia hasta el momento, Shada podría no estar viniendo aquí en absoluto.

Y ese era un pensamiento inmensamente irritante. Significaría que había interpretado completamente mal esa conversación que había escuchado detrás de las puertas entre Solo y Calrissian, y había venido aquí en una caza del tresher totalmente salvaje.

Dondequiera que «aquí» fuera realmente. Era en Espacio imperial, eso había sido obvio por el populacho exclusivamente humano incluso antes de que hubiera visto el primer uniforme de Seguridad Imperial. Pero adonde estaba realmente en el Imperio, no lo sabía.

No que le importara tanto, excepto por el hecho de que si Solo y Calrissian se las arreglaban para dejarla afuera podría significar un problema volver a casa. Aunque era improbable, por la forma en la que habían estado hablando esta mañana cualquiera que fuera su objetivo estaban todavía a un largo camino de lograrlo.

Sin embargo, Karrde había sido mencionado en esa conversación, así que quizá simplemente estaba siendo astuto. Otra exploración rápida por el barrio de la biblioteca, decidió, entonces vigilar a Solo de nuevo cuando tomaran su habitual descanso para la comida temprano por la tarde.

Y quizá esta vez dirían realmente algo que valiera la pena escuchar. Deslizándose por el corredor, alerta por cualquier sonido, se dirigió hacia la escotilla.

• • •

—Otro reporte de su nuevo Imperio, Su Excelencia —dijo Tierce, dejando un par de datacards en el escritorio de Disra—. Los gobiernos ruurianos han remitido una copia del tratado totalmente ejecutado entre sus sistemas y el Imperio.

—¿Sistemas? —preguntó Disra, recogiendo la datacard y frunciéndole el ceño—. Pensé que nuestro tratado era sólo con su sistema natal.

—Lo era —dijo engreídamente Tierce—. Aparentemente, nuestra pequeña demostración contra esos Merodeadores diamalanos convenció a tres de sus colonias independientes de que también querían estar del lado ganador.

—Sí que lo hizo —dijo Disra, mirando la datacard con nuevo interés. Las colonias ruurianas independientes eran esfuerzos conjuntos con una media docena de otras especies—. ¿Los demás copropietarios de esos mundos estuvieron de acuerdo?

—Aparentemente sí —dijo Tierce—. Los tratados hablan de los sistemas de colonia en su integridad, sin mención de regiones o distritos específicos —Sonrió—. Por supuesto, los ruurianos son bastante buenos en la persuasión.

—No son los únicos —dijo Disra, mirando al otro lado del cuarto adonde Flim estaba inclinado en una silla, mirando malhumoradamente por una ventana—. Felicitaciones, Almirante. Ha conseguido tres sistemas más.

Flim no contestó, y Disra sintió que su labio se retorcía de desprecio. Aparentemente, el timador todavía estaba cavilando.

—No se preocupe —dijo Tierce, siguiendo la mirada de Disra—. Lo superará lo suficientemente pronto.

—O si no pronto se encontrará empalado en un palo afilado en alguna parte en el Espacio Desconocido —gruñó Flim sin darse la vuelta—. Justo al lado de ustedes dos.

Disra alzó la vista a Tierce.

—¿Cuál es su problema?

—Nada serio —dijo Tierce, desestimando al timador con un movimiento de la mano—. Está preocupado acerca de esa nave alienígena, eso es todo.

—Ah —dijo Disra, esbozando una estrecha sonrisa. Sí… la misteriosa nave alienígena que ese piloto de la célula durmiente había visto y grabado afuera de Pakrik Menor—. ¿De cualquier forma, cuál es el estatus de eso?

—Los analistas deberían terminar en cualquier momento —le aseguró Tierce—. Tengo un presentimiento de que esto puede ser lo que estábamos buscando, Su Excelencia.

Disra sintió que un escalofrío le ondulaba por la espalda.

—¿Realmente cree que la Mano de Thrawn estaba en esa nave?

—Usted vio el diseño —señaló Tierce—. En parte caza TIE, en parte algo más. Sí, creo que ésa es la Mano, o sino su agente, o sino alguien del Capitán Parck. Cualquiera que sea, creo que finalmente podemos haber atraído a la luz a nuestro blanco.

Flim hizo un ruido que retumbó en el fondo de su garganta.

—Como podrían atraer a la luz a una Estrella de la Muerte —murmuró.

—Está exagerando un poco el melodrama, Almirante —dijo Tierce, su paciencia empezaba a sonar un poco gastada—. Quienesquiera que sean, hay una docena de formas en la que podemos impedirles acercarse lo suficiente para darse cuenta de que usted es un fraude.

—¿Y qué harán si quieren saludarme? —contrapuso Flim—. ¿Qué va a decir entonces? ¿Que tengo laringitis? ¿Que acabo de salir por una semana?

—Basta, los dos —los cortó Disra cuando la luz del comunicador en su escritorio empezó a parpadear—. Esto puede ser eso.

Tecleó el comunicador.

—Moff Disra —dijo.

El hombre en la pantalla era de mediana edad, con el aspecto ligeramente corto de vista de alguien que se ha pasado largos años mirando una pantalla de computadora.

—Coronel Uday, Su Excelencia: Análisis de Inteligencia Imperial. Tengo el reporte final de ese registro que me envió.

—Excelente —dijo Disra.

—Envíelo inmediatamente.

—Sí señor —dijo Uday, mirando abajo y presionando teclas fuera de cámara. Otra luz en la pantalla de Disra pestañeó encendiéndose y apagándose de nuevo, marcando la transferencia—. Me temo que no había mucho que pudiéramos sacar de la nave misma —continuó Uday—. Pero todo lo que había está allí.

—Gracias —dijo Disra, intentando no sonar demasiado impaciente. Cuanto más pronto pudiera cortarle a este necio gárrulo, más pronto él y Tierce podrían empezar a revisar el reporte línea por línea—. Recibirá una distinción por su rápido trabajo.

—Dos puntos, primero, si me lo permite, Su Excelencia —dijo Uday, alzando dos dedos.

—Estoy seguro de que todo está en su reporte —dijo Disra, estirándose hacia el interruptor—. Gracias…

—De acuerdo a la nota que acompañaba el archivo, el avistamiento fue hecho por un caza TIE que salía de Pakrik Menor —dijo Uday—. Ese resulta no ser el caso.

Disra se congeló con el dedo encima del interruptor.

—Explique.

—El archivo realmente es una recopilación de dos avistamientos separados —dijo Uday—. Uno fue realizado en el sistema Kauron, pensamos, el otro o en el sistema Nosken o en Drompani. Tampoco ninguno fue realizado por un caza TIE.

Disra le arrojó una mirada dura a Tierce. La cara del Guardia Real se había vuelto de piedra.

—¿Cómo lo sabe? —demandó.

—¿Que no vinieron de cazas TIE? —preguntó Uday—. Los perfiles de sensores no coinciden. Yo supondría un Ala-X o Ala-A para el primero, algún tipo de nave de guerra bien equipada para el segundo. No una nave de la Nueva República, la firma de comprobación tampoco coincide con eso —El coronel se encogió de hombros—. Y

acerca de dónde fueron hechos, eso se deduce fácilmente de los patrones de estrellas del fondo.

Disra respiró cuidadosamente.

—Gracias, Coronel —dijo—. Ha sido muy útil. Como le dije, recibirá una distinción.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Uday.

Disra apuñaló el interruptor del comunicador, y la cara del coronel se desvaneció.

—Bueno —dijo el Moff, mirando de nuevo a Tierce—. Parece que nos han mentido.

—De hecho lo parece —dijo Tierce, con voz suave, su expresión se había vuelto repentinamente mortal—. Creo, Su Excelencia, que hemos sido traicionados.

Disra maldijo viciosamente.

—Ese clon kriffinante. Ese clon kriffinante. Nunca debimos haber confiado en él. Thrawn nunca debió haber empezado este kriffinante proyecto en primer lugar.

—Cálmese —dijo Tierce, su tono repentinamente alerta—. Thrawn sabía lo que estaba haciendo. Y no se olvide que un buen número de esos clones murieron luchando para el Imperio.

—De todos modos son una abominación —gruñó Disra. Él había hablado con clones; los había enviado a la batalla; incluso los había vendido a los Piratas Cavrilhu a cambio de los preciosos cazas estelares Ave de Presa de Zothip. De todos modos le ponían la piel de gallina—. Y no puedes confiar en ninguno de ellos.

—¿Podemos apartarnos de Carib Devist y la traición de los clones por un minuto? —interpuso tensamente Flim—. Me parece que la pregunta ha de ser por qué nos envió un registro falsificado en primer lugar. ¿Qué tenía que ganar?

Tierce respiró profundo, claramente forzándose a calmarse.

—Ésa es de hecho la pregunta. ¿Disra, cómo llegó el registro?

—A bordo de una sonda dron de la estación de contacto del Ubictorado en Parshoone —le contó Disra—. Enviado por el agente a cargo…

—¿Enviado directamente aquí? —lo cortó Tierce—. ¿Ningún relevo o cambio de curso?

—No —dijo Disra, cerrando un puño cuando repentina y tardíamente se dio cuenta—. Querían la ubicación de Bastión.

—Y la consiguieron —dijo oscuramente Tierce, ya tenía su comunicador en la mano—. Mayor Tierce a Seguridad Capital: alarma silenciosa completa. Posibles espías en la ciudad; localizar y poner bajo vigilancia. No, repito, no… deben ser detenidos en este momento. Esperen confirmación del Moff Disra.

Obtuvo un acuso de recibo y lo apagó.

—Necesita enviarles una confirmación, Su Excelencia —dijo.

—Ya lo sé —dijo Disra, frunciéndole el ceño—. Discúlpeme si parezco extraordinariamente denso hoy; ¿pero no quiere que los detengan? ¿Espías o saboteadores en mi ciudad, y usted no quiere que los detengan?

—No creo que sean saboteadores —dijo Tierce—. Después de todo, han estado aquí por lo menos un par de días y no ha explotado nada.

—Oh, eso es muy reconfortante —dijo fríamente Disra—. ¿Por qué no quiere que los detengan?

—Como Thrawn solía decir, dentro de cada problema yace una oportunidad —Tierce desvió la mirada al costado—. Se me ocurre que aquí tenemos una oportunidad extremadamente interesante.

Frunciendo el ceño, Disra siguió su mirada…

—Será mejor que no estén pensando en lo que creo que están pensando —advirtió Flim, sus ojos pasaban inquietos de un lado a otro entre Tierce y Disra.

—Por supuesto que lo hacemos —le aseguró Tierce—. Un equipo espía Rebelde, siendo confrontado personalmente por el Gran Almirante Thrawn… Sería el broche de oro perfecto para tu actuación.

—Quieres decir, la leña perfecta para mi pira funeraria —respondió el fuego Flim—. ¿Estás loco, Tierce? Si vislumbran mi presencia, vas a tener a un Gran Almirante martirizado en tus manos.

—Lo que podría no ser tan mala idea —gruñó Disra, tecleando la confirmación de la alarma de seguridad de Tierce en su tablero—. Tierce tiene razón: ésta es una oportunidad perfecta para demostrar tu omnisciencia.

—Apenas puedo esperar —dijo agriamente Flim, cruzando los brazos.

—Tranquilícese, Almirante —dijo Tierce, apartando a Disra al costado y pidiendo una apreciación global de la rejilla de búsqueda en la pantalla—. Los habremos localizado en quince minutos, y todo habrá terminado en treinta.

Hubo un pitido en la pantalla.

—¿Su Excelencia?

Murmurando una maldición, Disra tecleó el interruptor del comunicador.

—¿Sí, qué sucede?

Un hombre joven de aspecto diligente apareció en la pantalla.

—Mayor Kerf, Su Excelencia: control de espaciopuerto —se identificó—. Pensé que le gustaría saber que la lanzadera acaba de aterrizar.

Disra disparó a Tierce una mirada por encima de la pantalla, obtuvo un encogimiento de hombros en respuesta.

—¿La lanzadera de quién acaba de aterrizar?

—Pensé que lo sabía, señor —dijo Kerf, un poco desconcertado—. Dijo que estaba en camino al palacio para verlo, y yo sólo supuse…

—No me interesan sus suposiciones, Mayor —exclamó Disra—. ¿Quién es?

—Que, *el almirante*, señor —tartamudeó Kerf—. Usted sabe… El Almirante Pellaeon.

• • •

El mozo en el café al aire libre apoyó el plato de rodajas de trimpian a la parrilla en la mesa, aceptó el pago con casi una sonrisa de desprecio, y se volvió hacia el alero adonde estaba la barra.

—Es una verdadera gema, no —refunfuñó Lando, mirándolo fijo.

—Probablemente se figura que los eruditos M'challa no podrían distinguir un buen servicio si les cayera encima, entonces por qué molestarse —dijo Han, recogiendo una de las rodajas y sumergiéndola en la salsa de miasra amarilla y arremolinada, teniendo cuidado de evitar que la manga de su túnica se metiera en ella. A pesar del hecho de que no tenían ningún nuevo progreso que mostrar por su trabajo de la mañana, estaba sintiéndose realmente mejor que más temprano.

Lando, por otro lado, parecía haber atrapado su mal humor.

—¿Entonces qué, eso significa que nuestro dinero no es bueno? —gruñó—. Te digo, Han, están poniéndose arrogantes de nuevo.

—Sí, ya lo sé —dijo Han, mordiendo un bocado mientras miraba a la gente apresurada por las calles que orillaban el café. Apresurada en sus trabajos, con un paso ligero y un optimismo que probablemente no habían tenido en años. Y no hacía falta un genio para darse cuenta por qué.

El Gran Almirante Thrawn había vuelto.

—Tienen que darse cuenta de que todavía están completamente en inferioridad de condiciones —señaló alrededor de su boca llena—. Les quedan, ¿cuántos, mil sistemas?

—No son muchos —convino Lando, tomando un pedazo del trimpian para sí mismo y poniéndolo delicadamente en la salsa de miasra. Lobot, notó Han, sin la distracción de la conversación o el malhumor para reducirle la velocidad, ya estaba por su segunda rodaja—. Pero seguro que no lo notarías al mirarlos.

—Sí —dijo Han, mirando un poco más a su alrededor. Gente feliz, gente alegre, confiada de que el universo estaba a punto de abrirse y que de nuevo lloverían maravillas sobre ellos. Era suficiente para realmente pudrir un mal humor…

Hizo una pausa, el picante bocado de trimpian entre sus dientes de repente olvidado. Más allá de los peatones, el tránsito vehicular se había detenido momentáneamente cuando un camión deslizador a media cuadra maniobraba hacia una rampa de carga. Y en uno de los deslizadores terrestres a unos metros detrás del café…

—Lando… por allí —siseó, señalando hacia el deslizador terrestre con la cabeza—. Ese deslizador terrestre descapotable verde oscuro. El tipo de la barba rubia espesa…

Lando tiró atrás el costado de su capucha para tener mejor visibilidad.

—Seré un pastor de nerfs desaliñado —jadeó—. Ese no puede ser Zothip, ¿no?

—Seguro que se parece a él —convino gravemente Han, luchando contra el impulso de apretarse un poco más su propia capucha alrededor de la cara. El Capitán Zothip, la cabeza de los Piratas Cavrilhu, y una de las formas más sucias de escoria podrida semi-inteligente con el que alguna vez tuvo el infortunio de cruzar caminos. Considerando la recompensa por la cabeza de Zothip, no debería haber habido ningún planeta civilizado en ninguna parte de la galaxia adonde pudiera ser capaz de mostrar su fea cara.

Y sin embargo allí estaba, apretado en un deslizador terrestre con cinco guardaespaldas igualmente feos en el medio de la capital imperial, gritándole obscenidades al camión deslizador como si fuera dueño de todo el pueblo.

—Diría que hemos encontrado el vínculo pirata-Imperio que Luke y yo hemos estado buscando —murmuró—. Clones y todo.

—Yo diría que tienes razón —dijo Lando, su túnica se movió ligeramente cuando él se estremeció—. Seguro que espero que no vayas a sugerir que lo sigamos y lo confirmemos.

Han agitó la cabeza.

—No hay ninguna oportunidad, compañero. Ya me enredé con él una vez hace mucho tiempo. No tengo el más mínimo interés de intentarlo de nuevo.

—Yo tampoco —Lando exhaló audiblemente—. ¿Sabes algo, Han? Nos estamos volviendo viejos.

—Sí, dímelo a mí —dijo Han—. Vamos, comamos y volvamos a la biblioteca.

Miró a la brillante luz del sol y al cielo azul sin nubes.

—De repente este pueblo parece mucho menos amistoso que hace cinco minutos.

• • •

El camión deslizador terminó su maniobra, el tráfico empezó a moverse de nuevo, y Solo y los demás volvieron a su comida.

Y dejando una moneda de alta denominación junto a su propio bocadillo a medio terminar, Karoly dejó el café y se deslizó afuera entre el tráfico peatonal. De repente, había algo más interesante que Solo y Calrissian y su búsqueda en la biblioteca para atraer su atención.

Algo mucho más interesante.

El deslizador terrestre Kakkran verde oscuro no había llegado a más de una cuadra de distancia cuando ella encontró lo que estaba buscando: un viejo, Ubrikkian 9000 golpeado y descuidado, estacionado al costado de la calle. Palmeando su incitador reglamentario Mistryl, brincó al asiento de conductor, tomando la palanca de control con una mano y deslizando el incitador debajo del panel de lectura con la otra. El motor cobró vida tosiendo renuentemente, y con una mirada por encima de su hombro se metió en un hueco del tráfico vehicular. Un observador casual no habría visto nada inusual; sólo podría esperar que el dueño no se diera cuenta de la ausencia de su vehículo hasta que ella hubiera terminado.

Tejió su ruta hacia adentro y afuera del tráfico hasta que había acortado suficiente de la ventaja de Zothip para poder captar frecuentes vislumbres del Kakkran verde oscuro. Los edificios de aspecto más oficial, incluyendo lo que obviamente era el palacio del gobernador local, estaban situados en la zona más alta en el borde norte de la ciudad a

una buena distancia a su izquierda. Si la conexión imperial que Solo había mencionado era real, los piratas deberían doblar en cualquier momento.

Pero para su creciente sorpresa, no lo hicieron. En cambio, el Kakkran continuó hacia el este, desviándose al norte sólo después de que había dejado muy atrás al palacio. Alcanzaron las afueras de la ciudad y se dirigieron hacia las colinas arboladas que bordeaban el área al norte, y Karoly se encontró alejándose más y más atrás mientras el tráfico se hacía más tenue.

Los piratas cambiaron de camino dos veces más, trazando una curva más y más lejos al norte, y Karoly empezó a arrepentirse de nunca haber conseguido un mapa del área. El camino en el que estaban parecía estar llevándolos en un círculo alrededor de la ciudad lo que no tenía ningún sentido en absoluto a menos que estuvieran intentando llegar al palacio por detrás.

Todavía estaba jugando con esa idea cuando el Kakkran de repente se desvió al costado del camino y desapareció entre los árboles.

Ella también se desvió, saliendo de su Ubrikkian y dirigiéndose hacia los bosques a pie. Sólo había avanzado un poco cuando el sonido de repulsores por delante la cortó.

—¿Estás seguro de que es aquí? —vino una voz áspera flotando hacia ella a través de los árboles—. No se parece a ninguna ruta de escape que yo alguna vez haya visto.

—Confía en mí, Capitán —le aseguró una voz más refinada—. Investigué completamente el lugar la última vez que estuvimos aquí —Karoly vislumbró un movimiento en los árboles y se puso a cubierto tras un arbusto achaparrado…

—Aquí está —dijo el hombre refinado; y cuando Karoly se dejó caer en una posición agachada detrás del arbusto vio a uno de los seis piratas estirar un brazo y apartar las ramas colgantes de un árbol que crecía en la cara rocosa del acantilado—. Tu típico camino de ratas imperial.

Zothip gruñó, agachándose para asomarse adentro.

—Hay un par de deslizadores terrestres escondidos allí. ¿Es el túnel lo suficientemente ancho para ellos, Control?

—Presumo que lo averiguaremos —dijo el hombre refinado—. Grinner, hazlo arrancar.

Los piratas desaparecieron debajo de las ramas colgantes, y un minuto más tarde se oyó el sonido de un repulsor encendiéndose. El sonido se hizo más rápido, entonces se desvaneció a la distancia. Karoly les dio una cuenta hasta diez, entonces se deslizó al árbol y pasó agachada bajo las ramas.

Se encontró en un cuarto pequeño, de no más del doble de ancho del túnel de paredes de mosaico que se extendía dentro de las colinas desde la pared trasera, con un pequeño deslizador terrestre Slipter estacionado al costado. A la distancia, podía ver la luz reflejada de las luces del otro deslizador terrestre alejándose rápidamente por el túnel.

Usando su incitador, puso en marcha el Slipter, esperando que el sonido del vehículo propio de los piratas cubriera el ruido adicional. Girándolo y dejando las luces apagadas, se dirigió en su persecución.

• • •

—Reporte del Equipo de Seguridad Ocho, señor —dijo el joven soldado en el monitor de comunicaciones, con su voz fresca de la academia—. Tres posibles han sido descubiertos en un deslizador terrestre afuera del Edificio Timaris. El Equipo de Seguridad Dos reporta que dos posibles acaban de entrar a una joyería en la decimocuarta cuadra de la Calle Bleaker.

—Tengo los datos enviados por ambos equipos —agregó el soldado en una de las pantallas de computadora—. Ahora buscando coincidencias faciales.

—Buscará coincidencias contra el sistema de registro de la Flota completo en Ompersan, Su Excelencia —explicó el teniente que estaba de pie junto a Disra—. Si alguna vez han cruzado caminos con el Imperio, sus caras estarán allí.

—Muy bien, Teniente —dijo Disra, echando una mirada alrededor de la sala de situación en penumbra del palacio con una mezcla de satisfacción y envidia. Satisfacción, porque el equipo de comando que él había instalado aquí hace un año estaba trabajando con el tipo de velocidad y eficacia que una vez habían sido el sello orgulloso del ejército imperial. Envidia, porque no era para él que estaban trabajando—. ¿Alguna sugerencia, Almirante?

Parado detrás del monitor de la estación principal de comunicaciones, Thrawn alzó educadamente las cejas. En la escasa iluminación sus resplandecientes ojos rojos parecían aún más brillantes que lo usual.

—*Sugiero*, Su Excelencia —dijo, la palabra «sugiero» apenas enfatizada—, que primero dejemos que el personal de análisis haga su trabajo. No hay nada que podamos ganar mostrando nuestra mano hasta que estemos seguros de quiénes son los espías.

—Quizá lo sean todos —contrapuso Disra, repentinamente cansado de la condescendencia cortés. Dentro o fuera de personaje, *peligroso o no*, era hora de que le bajara uno o dos brochazos al timador—. Coruscant ha estado intentando averiguar la ubicación actual de Bastión durante ya dos buenos años. Dudo que desperdicien ese conocimiento difícilmente conseguido sólo para dejarnos caer a un espía o dos.

Podía sentir los ojos de Tierce en él, y el calor de la desaprobación del Guardia a su desafío verbal. Pero las cejas negro-azuladas de Thrawn meramente se alzaron educadamente.

—¿Qué sugiere, entonces, Su Excelencia? ¿Que un equipo saboteador ha sido enviado a hacer caer nuestros escudos planetarios como preparativo para un ataque mayor?

Disra lo miró fijamente, el súbito traqueteo momentáneamente desvió su irritación. Ésa era precisamente la treta que ellos mismos estaban preparando contra Bothawui, el planeta natal bothan. ¿Qué en el Imperio estaba haciendo Flim hablando aquí abiertamente sobre tal cosa?

Fue salvado de su súbita confusión por el soldado en la consola de computadora.

—Reporte de Ompersan, Almirante —anunció el otro—. Los posibles sospechosos están limpios. Todos están listados como ciudadanos imperiales.

—Muy bien —aceptó Thrawn—. Continúen con la búsqueda. Su Excelencia, presumo que no se ha olvidado de su cita.

Disra miró su crono, suprimiendo un ceño. Sí, ahora Pellaeon llegaría al palacio en cualquier minuto. Y entre esa presión de tiempo y la confusión que su comentario puntiagudo acerca de los saboteadores había causado, el timador se las había arreglado para frenar el ataque verbal del Moff sin decir nada que pudiera traducirse como insubordinación.

Justo la clase de cosa que el verdadero Thrawn podría haber hecho. Disra supuso que debía estar contento.

—Gracias por el recordatorio, Almirante —dijo—. Continúe aquí. Y avíseme en el mismo minuto, *el mismo minuto*, que encuentre algo.

• • •

Habían regresado al trabajo hacía media hora cuando los dedos de Lobot abruptamente se detuvieron.

—¿Qué sucede? —preguntó Han, el olor de la salsa de miasra en su aliento pasó junto a la oreja de Lando mientras Han se inclinaba sobre su hombro—. ¿Estamos adentro?

—No lo sé —dijo Lando, frunciéndole el ceño a Lobot. La cara del otro también había cambiado sutilmente, aproximadamente al mismo tiempo que sus dedos habían dejado de teclear. Más importante, el patrón de luces diminutas en la lectura de frecuencia de su implante cibernético había cambiado—. Algo ha interrumpido su contacto con Moegid.

—Oh-oh —murmuró por lo bajo Han—. ¿Crees que nos han descubierto?

—No lo sé —dijo de nuevo Lando, estudiando el perfil de Lobot y preguntándose si debía intentar hablarle. Los ojos de Lobot parecían casi completamente vidriosos, como si estuviera en un trance o pensando profundamente—. Nunca he visto ese patrón de comunicaciones antes.

—Um —Han extendió la mano y experimentalmente tocó el hombro de Lobot. No hubo ninguna respuesta—. ¿Frecuencia de respaldo, quizás?

—Podría ser —convino Lando—. No sabía que habían preparado una segunda frecuencia de biocomunicador, pero eso tendría sentido. Sólo desearía…

Abruptamente, el patrón de luces diminutas cambió de nuevo.

—Cuidado —graznó Lobot, su voz era una parodia aterradora de la voz insectil de un verpine—. Frecuencias de seguridad muy activas.

—Moegid está hablando a través de él —dijo Lando, con una sensación de estrechez en el fondo de su estómago. Por lo que podía recordar, Lobot y Moegid tampoco nunca habían hecho eso antes—. ¿Moegid, puedes oírme?

Hubo una larga pausa, como si algún tipo de extraña traducción bidireccional estuviera teniendo lugar.

—Oigo —dijo por fin Lobot—. Cuidado. Frecuencias de seguridad muy activas.

—Nos descubrieron —dijo decididamente Han, poniéndose de pie—. Vamos, salgamos de aquí.

—¿Crees que esa es una buena idea? —preguntó Lando, mirando la escena ligeramente emborronada fuera de su campo de privacidad—. Por lo menos aquí tendrán que venir justo hasta nosotros para ver bien nuestras caras.

—Sólo si no pueden encontrar una unidad de imagen en la que puedan enchufar ese droide de allí afuera —dijo ásperamente Han—. Vamos, dame una mano con Lobot… ahora podría no estar en condiciones de encontrar el camino por sí mismo. ¿Moegid, hay alguien curioseando por la nave?

Habían llegado a medio camino de la puerta, cada uno de ellos agarrando la parte de arriba de cada brazo de Lobot, antes de que la respuesta de Moegid regresara.

—Nadie —les aseguró Lobot en el mismo chillido graznante de verpine—. Instrucciones.

—Quédate ahí —le dijo Han—. Estaremos allí en cuanto podamos. Mejor que también cortes tus transmisiones a Lobot.

—Y no toques nada —agregó Lando—. Si pones en marcha los motores te habrán seleccionado como blanco en medio minuto.

—Podrían hacerlo de todos modos —advirtió Han mientras continuaban hacia la salida—. Dos te darán la mano del mazo a que se dieron cuenta de que el registro que Leia y yo le dimos a Carib no fue tomado en Pakrik Menor. Todo lo que tienen que hacer es comparar con los archivos en busca de cualquier nave que haya llegado después de que lo hizo esa sonda dron.

—A menos que Moegid haya entrado en la computadora del espaciopuerto y cambiado nuestra fecha de llegada —gruñó Lando.

—¿Iba a hacer eso?

—Iba a intentarlo. No sé si pudo hacerlo o no.

Las luces en el implante de Lobot cambiaron de nuevo; y de repente, como un sonámbulo que despierta de repente, se enderezó en los brazos que lo sostenían y su paso se volvió firme y seguro.

—Sólo tendremos que volver tan rápido como podamos —dijo Lando, dejando ir el brazo de Lobot y metiendo la mano debajo de su capa en busca del pequeño lanzacartuchos indetectable escondido allí. Teóricamente indetectable por lo menos—. Y esperemos llegar allí antes que ellos.

• • •

Adelante, las luces del deslizador terrestre de los piratas dejaron de balancearse. Karoly entendió la indirecta y rápidamente detuvo su propio vehículo, apagando los repulsores tan pronto como fue seguro hacerlo.

Justo a tiempo. Aun mientras el gemido de sus propios repulsores se desvanecía en el silencio podía oír delante los últimos ecos de sonido cuando el vehículo también se apagaba.

Las luces todavía apuntaban hacia adelante, opuestas a ella. Saltando de su deslizador terrestre, se dirigió en esa dirección en un paso de aspecto ilusoriamente torpe que lograba un balance entre velocidad y silencio.

No que la parte de silencio fuera tan necesaria. Zothip, en particular, no parecía preocupado en lo más mínimo acerca del ruido.

—Está bien, típico camino de ratas imperial —retumbó su voz ruda, antinaturalmente fuerte en los confines del túnel—. ¿Adónde va este turboascensor?

—Sube al palacio, presumo —contestó Control. Él parecía estar por lo menos haciendo un esfuerzo para mantener su volumen bajo—. En realidad yo nunca…

—¿Entonces adónde va esta otra parte del túnel? —cortó alguien más.

—No lo sé —dijo pacientemente Control—. Como había empezado a decir, en realidad nunca he estado aquí.

Ahora Karoly estaba lo suficientemente cerca para verlos, perfilados al borde de las luces del deslizador terrestre.

—Será mejor averiguarlo —gruñó Zothip—. Grinner, llama al turboascensor y quédate aquí con él cuando llegue. El resto de ustedes, vamos a dar un paseo.

Los cinco de ellos se alejaron a través del área iluminada por las luces del deslizador terrestre, Zothip en el medio con los cuatro guardias formando una caja protectora alrededor de él. El pirata restante, Grinner, presionó una vez la llamada del turboascensor, entonces se dio la vuelta para mirar a sus camaradas que se alejaban.

Karoly había alcanzado la parte trasera del deslizador terrestre cuando la cabina del turboascensor llegó. Se dejó caer detrás del cuarto trasero, congelándose en el lugar con su bláster listo, cuando Grinner se volvió a girar a donde podría verla.

Pero con las luces brillando prácticamente en su cara, no tenía ninguna esperanza de descubrirla allá atrás en las sombras. Miró una vez a la cabina, aparentemente confirmando que estaba vacía, y entró para apretar el botón de espera. Entonces, satisfecho de haber cumplido sus órdenes, se volvió a dar la vuelta para esperar el retorno de Zothip.

A estas alturas, comprendió Karoly, no le quedaban muchas opciones abiertas, y las que tenía no eran tan deleitables. Podría arreglar las cuentas de las Mistryl con Zothip justo aquí y ahora, contando con la sorpresa y su entrenamiento Mistryl para compensar su desventaja numérica. Pero por lo que había alcanzado a oír, parecía que estaba pasando algo muy interesante entre Zothip y alguien en el palacio de arriba. ¿Un plan de asesinato, quizás? ¿O incluso un golpe de estado?

No que a ella le importara particularmente qué sucedía con los gobernadores imperiales. O soldados o Moffs, dicho sea de paso. Todo el montón de ellos podía romperse en pedazos y arder por lo que concernía a las Mistryl. Pero piratas metiéndose furtivamente en el palacio de un gobernador en un mundo imperial simplemente era lo suficientemente raro para haber despertado su curiosidad. Levantándose de su posición agachada, se deslizó silenciosamente hasta detrás de Grinner.

Con su atención en el túnel, y su mente quién sabe dónde, él nunca oyó nada. Dando la vuelta caminando de lado detrás de él, mirando para asegurarse de no meterse en su visión periférica, se deslizó al interior de la cabina del turboascensor.

Era, como había supuesto por lo que había vislumbrado de su interior, una cabina de turboascensor militar trasplantada, probablemente reciclada de algún viejo Acorazado. Y como era el caso con todos tales turboascensores, la puerta por la que acababa de entrar estaba espejada por otra al lado opuesto de la cabina.

No había sido usada recientemente; una sola mirada le dijo eso. De la misma manera, tampoco parecía que hubiera estado sellada.

Sólo había una forma de asegurarse… y el momento para esa prueba era ahora. A la distancia podía oír el eco de pasos, y cuando miró de nuevo la puerta vio a Grinner desaparecer en esa dirección cuando dio unos pasos por el túnel hacia los piratas que regresaban.

Fue cosa de cinco segundos sacar sus garras de escalar de su bolsa de cadera, abrirlas, ajustárselas firmemente en las manos, y deslizar sus puntas en la junta entre las puertas cerradas. Apretando los dientes, empezó a separarlas.

Por un momento no pasó nada. Tiró más fuerte, poniendo músculos afilados por las Mistryl detrás de ello; y con una rapidez que la sobresaltó se separaron, deslizándose fácilmente y casi sin hacer ruido hacia las paredes de la cabina.

Al contrario de la cabina misma, el tubo del turboascensor detrás de las puertas no había sido trasplantado de ninguna parte. Había sido excavado en la roca sólida, con sólo un marco reticulado ligero para apoyar el elevador por repulsión y equipo tractor que daban energía al sistema.

El espacio entre el reticulado y la cabina era mínimo, pero adecuado. Pasando a través de la puerta, se volvió de nuevo para enfrentar el interior de la cabina, encontró donde apoyar las puntas de los pies en el umbral del marco de la puerta y consiguió asir las puertas mismas.

Había tirado de ellas a una ligera rendija cuando Zothip giró la esquina y entró a la cabina.

Se congeló, abandonando el resto de su esfuerzo, sus ojos investigaban ahora el exterior de la cabina. Si Grinner notaba que la rendija entre las puertas era mayor que lo que había sido más temprano iba a haber problemas. Pero Grinner no le había parecido del tipo observador, y de cualquier forma ahora no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Más importante era el hecho de que si no encontraba una forma de agarrarse, iba a quedarse atrás.

No había ningún asidero conveniente que pudiera alcanzar, lo que significaba que iba a tener que hacer alguno ella misma. Sincronizando con el momento exacto en que uno de los piratas entró a la cabina, clavó sus ganchos de escalar en el reticulado detrás de dos de los paneles de luz. Apenas los había fijado cuando sintió la vibración de las puertas principales cerrándose, y habían partido.

—¿Y qué había en el otro extremo del túnel? —oyó que la voz de Grinner preguntaba a través de la rendija entre las puertas.

Había esperado que la respuesta viniera de Zothip, pero fue la voz de Control la que contestó.

—Parecía alguna clase de departamento —dijo—. Bastante bien arreglado.

—¿Había alguien en él? —preguntó Grinner.

—No en el momento —dijo Control—. Pero a quienquiera que viviera allí le gustaba tener su propia silla personal de capitán de Destructor Estelar.

—¿Su propia qué? —gruñó Grinner—. ¿Qué en la cara de Vader querría hacer alguien con algo así?

—Muy bien —dijo con picardía Control—. Tienes la pregunta. Ahora si tuviéramos la respuesta, tendríamos el juego completo.

—No me gusta esto —vociferó Zothip—. No me gusta nada de esto. Él está jugando algo muy cerca del pecho, y no me gusta.

—Cualquier cosa que sea, lo averiguaremos lo suficientemente pronto —le aseguró Control—. Aunque podríamos querer entrar un poco más silenciosamente de lo que habías planeado.

—Oh, claro que entraremos en silencio —prometió oscuramente Zothip—. No te preocupes por eso. Él nunca oirá nada.

CAPÍTULO 21

Habían hecho cinco cuadras, que eran cuatro cuadras más lejos de lo que Han había pensado que lograrían, cuando todo empezó a desenredarse.

—¿Han? —murmuró Lando cuando los tres se apresuraban por una calle transitada por una muchedumbre de otros peatones—. Ese deslizador terrestre de seguridad allí a la izquierda acaba de reducir la velocidad.

—Ya lo sé —dijo gravemente Han, asomándose alrededor del borde de su capucha de erudito. Por lo que podía ver a través de las ventanas curvas, había dos hombres en el vehículo. Por su aspecto, hombres jóvenes y alerta, indudablemente armados hasta los dientes—. Este es, ¿qué, el tercero que muestra un interés en nosotros?

—Más o menos —suspiró Lando—. ¿Dónde están Luke y sus trucos Jedi cuando los necesitas?

—Luke o Leia —agregó Han, ahora deseando poderosamente no haber discutido con tanto éxito en contra de que ella viniera en este viaje. Bien podrían haber sido descubiertos mucho más pronto; pero por lo menos cuando lo hubieran sido habrían tenido un Jedi aquí a su lado—. Está dándose la vuelta… sí, están tras nosotros.

—Bueno, no te rindas todavía —dijo Lando, mirando a su alrededor—. Todavía tienes una posición oficial en la Nueva República… tal vez podamos zafarnos hablando. Especialmente si saben cómo reacciona Leia cuando alguien de su familia está en problemas.

—¿Quieres decir como cuando uno de sus hijos es secuestrado o su marido es molido a golpes o algo así? —gruñó Han, sintiendo que su cara se calentaba.

—No quise decirlo de esa forma —protestó Lando.

—Gracias de todos modos —dijo Han, echando una mirada alrededor en busca de inspiración. Su mirada cayó en un café al otro lado de la calle con un cartel grande que decía HOY TORNEO DE SABACC desplegado de forma prominente en la vidriera de cristal de privacidad—… Por allí —Tocó a Lando con el codo señalándole en dirección al café—. ¿Tienes tu lanzacartuchos, correcto?

—Uh… sí —dijo cautelosamente Lando—. ¿Qué tienes en mente exactamente?

—¿A qué es a lo que los tipos de seguridad nunca pueden resistirse? —preguntó Han—. ¿Especialmente los jóvenes y arrogantes?

—No lo sé —dijo Lando sin sentido del humor—. ¿Hacer sufrir a los prisioneros?

Han agitó la cabeza.

—A un buen disturbio —dijo, señalando con la cabeza hacia el café—. Lleva a Lobot al medio del lugar y comiénzalo. Yo me ocuparé del resto.

—Correcto. Buena suerte.

Atravesaron el tráfico en una pieza y entraron en el café. Adentro, era justo como Han había esperado: grande, bien iluminado, y apiñado hasta las agallas de jugadores de sabacc inclinados encima de las mesas y curiosos parados detrás de ellos mirando por

encima de sus hombros. Desviándose a la derecha apenas entrando por la puerta, dio la vuelta andando de lado detrás de una pared de observadores mientras Lando y Lobot se abrían camino hacia la barra curvada que se pandeaba en el cuarto desde el centro de la pared de la izquierda. Para cuando la alcanzaron Han se las había arreglado para deshacerse de su túnica de erudito. Apartándola de una patada contra la pared, se frotó el sudor de las palmas y esperó a que Lando hiciera su movimiento.

No tuvo que esperar mucho.

—¡Está bien, es suficiente! —bramó abruptamente Lando, su voz cortó a través del bajo murmullo de conversación de fondo como un sable de luz a través de un bloque de hielo. Todas las cabezas se volvieron hacia la barra…

Y se convulsionaron de vuelta en estupefacción y miedo cuando el lanzacartuchos voló un agujero en el techo.

—Arreglaremos esto aquí y ahora, cerebro de kowk sarnoso —gritó Lando por encima del eco del tronido y algunos chillidos boqueantes—. Todos los demás: ¡fuera!

No le quedó claro a Han, como a ninguno de los demás, a quién era que Lando se estaba refiriendo como cerebro de kowk sarnoso. Pero si el súbito éxodo aterrorizado del cuarto era algún tipo de indicación, nadie parecía dispuesto a aceptar el título. Bebidas, cartas, y dignidad completamente olvidadas, toda la muchedumbre hizo una arremetida concertada hacia la puerta.

Han dejó que alrededor de la mitad lo pasara. Entonces, abriéndose camino en la corriente, pasó apretado a través de la puerta y hacia la calle.

Había tenido razón acerca de los dos hombres de seguridad. Con su vigilancia silenciosa totalmente abandonada, estaban camino en contra de la corriente de gente hacia el sonido de los tiros de lanzacartuchos, empuñando sus blásteres listos. Abriéndose paso a codazos transversalmente a la corriente, Han se dirigió hacia ellos.

Concentrándose en el café, el primero pasó empujando a Han sin una sola mirada. Han esperó hasta que el segundo acabara de pasarlo; entonces, agarrando la mano del arma del muchacho, giró sobre un talón y llevó con fuerza su codo al estómago del otro. Se quedó sin aire con un fuerte resoplido agónico que claramente anunció que estaba fuera de la pelea.

Desafortunadamente, el sonido también le anunció claramente los problemas a su compañero. Incluso mientras Han arrancaba el bláster de la mano inerte de su víctima el otro hombre de seguridad, todavía enredado por la muchedumbre, se giró para ver qué había pasado.

El muchacho ciertamente era lo suficientemente joven y ágil. Pero se había girado hacia su izquierda, lo que dejaba su bláster fuera de línea para un tiro rápido hacia atrás de él. Han, por otro lado, ya tenía apuntada el arma que se había apropiado. Con una súplica silenciosa para que las trampas completas de la civilización estuvieran en su lugar aquí en la capital imperial, disparó.

Su súplica fue contestada. En lugar del destello mortal del fuego bláster a plena potencia, el arma en su mano escupió los brillantes anillos azules de una descarga aturdidora.

El hombre de seguridad cayó como una roca bajo el flujo de la muchedumbre, que ya se estaba alejando de esta nueva amenaza a su paz y tranquilidad. Blandiendo el bláster en alto, Han brincó por encima del cuerpo postrado y arremetió de vuelta hacia el café.

Adentro, el lugar estaba desierto. Incluso el mozo había encontrado alguna parte adonde desaparecer.

—No es como en los viejos días en el Borde Exterior —comentó Lando casi con nostalgia, quitándose su propia túnica de erudito con una mano mientras mantenía su lanzacartuchos preparado.

—Suerte para ti que no lo sea —le recordó Han—. En Tatooine o Bengely habría habido quince blásteres sobre ti antes de que pudieras hacer tu segundo tiro. Vamos… la puerta trasera es por ahí.

No obstante, sintió su propia punzada de remordimiento mientras los tres de ellos se dirigían hacia el fondo del café. Ésos sí que habían sido buenos tiempos…

• • •

Tomando fuerza, Disra alzó los ojos del datapad.

—No sé qué decir, Almirante —dijo, con cuidado de no exagerar la indignación herida en su voz y su expresión—. Niego categóricamente todo esto, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Pellaeon, con ojos fríos y calculadores—. Estoy seguro de que no es más que una campaña para ensuciarlo cuidadosamente orquestada por sus enemigos políticos.

Disra se mordió la lengua de molestia. Ése había sido de hecho el argumento que había estado planeando usar. De cualquier forma, que Vader se lleve al hombre.

—Yo no iría tan lejos —dijo en cambio—. No tengo ninguna duda de que por lo menos algunas de sus fuentes han sido sinceras. Cualesquiera que fueran sus motivaciones o sinceridad, sin embargo, su información está equivocada.

Pellaeon intercambió miradas con el Comandante Dreyf, sentado a su lado. Miradas pacientes y conocedoras de ambos lados.

—En serio —dijo Pellaeon, mirando de nuevo a Disra—. ¿Y cuál sugiere que es la motivación y sinceridad de los datos oficiales de comercio que el Comandante Dreyf ha destapado en Muunilinst?

—Ésa es la sección quince en el archivo —ofreció servicialmente Dreyf—. En caso de que lo haya pasado por alto.

Disra apretó los dientes, mirando de nuevo al datapad. Que Vader se lleve a Pellaeon y a Dreyf.

—Todo lo que puedo sugerir es que alguien plantó esos números deliberadamente —dijo.

Era una defensa increíblemente débil, y todos en la oficina indudablemente lo sabían. Pero aun mientras Pellaeon abría la boca probablemente para señalar eso, hubo un tímido golpe al otro lado del cuarto y una de las puertas dobles se abrió ponderosamente. Disra alzó la mirada, listo para chamuscar a la persona que había tenido la temeridad de entrometerse en una conversación privada…

—¿Su Excelencia? —dijo Tierce, parpadeando con sorpresa delicadamente mal representada a la vista de los dos soldados armados que flanqueaban la puerta, guardias que Pellaeon había tenido el descaro de traer aquí con él—. Oh, lo siento, señor…

—No, está bien, Mayor —dijo Disra—. ¿Qué sucede?

—Tengo un mensaje urgente para usted, Su Excelencia —dijo Tierce, cruzando vacilantemente hacia el escritorio, con los ojos en Pellaeon—. Del cuarto de situación de palacio.

—Bueno, déjeme verlo —gruñó Disra, haciéndole señas impacientemente al otro para que se adelante e intentando cubrir sus súbitos recelos. Tierce podría igual de fácilmente haber llamado por el comunicador con las noticias de su búsqueda de espías; el enfoque del altavoz estaba calibrado para que nadie más que Disra pudiera oírlo. Haber venido personalmente implicaba que algo había ido tremendamente mal…

Tierce se estiró al escritorio y le dio su datapad a Disra. Y algo de hecho había ido tremendamente mal.

ESPÍAS ENEMIGOS IDENTIFICADOS COMO EX-GENERALES DE LA NUEVA REPÚBLICA HAN SOLO Y LANDO CALRISSIAN MÁS UN HOMBRE NO IDENTIFICADO CON UN IMPLANTE CIBERNÉTICO CEFÁLICO. LOS SUJETOS FUERON VISTOS E IDENTIFICADOS EN LA ESQUINA DE REGISINE Y CORLIOON, PERO HAN EVADIDO LA VIGILANCIA Y HAN ESCAPADO. SEGURIDAD CAPITAL ESTÁ ACTUALMENTE INTENTANDO REESTABLECER CONTACTO.

Disra alzó la vista a Tierce, vio la nota dura en los ojos del Guardia Real.

—No me gustan los reportes así —dijo oscuramente—. ¿Qué está haciendo al respecto el teniente exactamente?

—Todos están trabajando en ello —dijo Tierce—. Parecen estar haciendo su mejor esfuerzo.

—¿Hay algún problema? —habló Pellaeon. Su pregunta estaba dirigida a Disra, pero sus ojos, y su atención, estaban claramente en Tierce—. Quizás le gustaría ocuparse personalmente.

Disra apretó los dientes de nuevo. Sí, quería muchísimo ver qué estaba pasando allí arriba. Pero Pellaeon no le habría ofrecido descolgarse de la horca, ni siquiera temporalmente, a menos que tuviera algún tortuoso plan propio en mente.

Suprimió una sonrisa cuando lo comprendió. Por supuesto, Pellaeon quería la oportunidad de hacerle un rápido interrogatorio privado a Tierce, y estaba intentando quitar al Moff del camino.

Y ahora estaba igualmente claro que la esperanza de mostrar ese preciso cebo delante de él había sido precisamente la razón por la que Tierce había entregado el mensaje personalmente.

—Gracias, Almirante —dijo Disra, poniéndose de pie—. Creo que lo haré. Mayor Tierce, quizás quiera hacerle compañía al Almirante y a su delegación hasta que yo regrese.

—¿Yo, señor? —preguntó Tierce, dándole a los visitantes una mirada simplona y de ojos anchos—. Eh, ciertamente, señor. Si al Almirante no le molesta.

—De ninguna manera —dijo suavemente Pellaeon—. Estaría encantado.

—Regresaré pronto —prometió Disra—. Que lo disfruten. Los dos.

Treinta segundos más tarde estaba de regreso en el cuarto de situación.

—¿Qué pasó en el nombre de los dientes de Vader? —demandó.

—Cálmese, Su Excelencia —dijo Thrawn, sus ojos le destellaron amenazadoramente a Disra—. Sólo los hemos perdido temporalmente.

Disra miró intensamente al otro, tragándose una réplica mordaz. Si este enredo era culpa del timador, iba a clavarlo a la pared.

—¿Puedo inquirir cómo pudo pasar algo así?

—Solo y Calrissian son veteranos de combate, altamente experimentados en la supervivencia —dijo serenamente Thrawn—. Los hombres de seguridad contra los que se enfrentaron, no —Se encogió sutilmente de hombros bajo el uniforme blanco—. En realidad, fue bastante instructivo, señalando como lo hizo algunas obvias deficiencias en los procedimientos de entrenamiento de Seguridad Capital. Tendremos que remediar eso.

—Estoy seguro de que estarán encantados de tener su aporte —dijo Disra, examinando el tablero de estado. Mostraba actualmente una imagen global de la ciudad, con las ubicaciones de todas las fuerzas de Seguridad Capital esparcidas en ella—. ¿No tendría más sentido concentrar nuestra vigilancia en el espaciopuerto? Probablemente están intentando volver a su nave.

—Estoy seguro de que lo están —convino Thrawn—. Sin embargo, si llegan y encuentran un anillo de soldados de asalto bloqueando el camino, simplemente encontrarán un camino alternativo para salir de Bastión.

—Supongo que tiene razón —dijo renuentemente Disra. Indudablemente un argumento de Tierce. También probablemente sus palabras exactas; Disra prácticamente podía oír las inflexiones características del Guardia en la voz del timador—. ¿Puedo preguntar qué sugiere que hagamos entonces?

Thrawn dirigió sus ojos rojos resplandecientes hacia el tablero de estado.

—El primer paso para atrapar una presa consciente es pensar como ella —dijo. De nuevo, palabras que sonaban sacadas directamente de la boca de Tierce—. ¿Cuál era su misión aquí, y cómo pensaban lograrla?

—¿Qué tal sabotaje? —rechinó Disra—. Esa suena como una misión probable…

—No —dijo firmemente Thrawn—. No enviarían a hombres como Solo y Calrissian como saboteadores. Espías, quizás, pero saboteadores no.

—¿Almirante Thrawn? —dijo uno de los soldados desde su estación—. Ahora tengo una corroboración parcial de los blancos. Tenemos la descarga de un droide que muestra que han pasado los últimos tres días en la Biblioteca Imperial.

—Muy bien —dijo Thrawn, mirando de nuevo a Disra. Su cabeza se inclinó fraccionariamente hacia una esquina desocupada del cuarto…

—Me gustaría hablar con usted un momento, Almirante —dijo Disra, entendiendo la indirecta—. En privado, si es posible.

—Ciertamente, Su Excelencia —dijo Thrawn, haciendo señas hacia la esquina—. Vengamos hasta aquí.

Cruzaron a la esquina.

—No me digas… déjame adivinar —murmuró Disra, manteniendo su voz baja—. Están aquí tras el Documento de Caamas.

—Que revelación asombrosa, Su Excelencia —dijo Flim, no del todo sarcásticamente, su tono cambió sutilmente saliendo de su personaje de Thrawn—. La parte interesante es que nunca había oído hablar que ni Solo ni Calrissian tuvieran alguna parte del entrenamiento de computadoras necesario para un trabajo así.

Disra frunció el ceño. Ignorando la impertinencia del timador, tenía razón. Mucha razón. El mismo Disra se había abierto camino a los Archivos Especiales del Emperador, pero había tenido años para hacerlo y cualquier número de expertos a los que pedir consejo en el camino.

—Entonces el experto en computadoras debe ser el cabeza-implantada que está con ellos —sugirió.

La boca de Flim se arrugó ligeramente.

—No, no lo creo —dijo—. No consiguieron una mirada lo suficientemente buena para un ID positivo, pero mi suposición es que ese es Lobot, el viejo administrador de Calrissian de sus días pre-Endor en Bespin. Hasta donde yo sé, Lobot tampoco tiene ninguna especialización en desencriptación…

Se interrumpió, sus ojos de repente se estrecharon.

—¿Qué sucede? —demandó Disra.

—Hay un truco del que oí hablar una vez —dijo lentamente Flim—. Un truco de computadoras que alguien en el bajo mundo ideó hace algunos años. ¿Ahora, cómo funcionaba? No, has silencio por un minuto… déjame pensar.

Por una docena de latidos del corazón el único sonido en el cuarto fue el murmullo de la conversación de fondo mientras los hombres que trabajaban en sus tableros se reportaban entre sí la nueva información que llegaba. Toda ella negativa. Disra respiró profundo, concentrándose en mantener una correa firme en su impaciencia. Había espías enemigos sueltos en su ciudad…

Y abruptamente, los ojos de Flim se enfocaron de nuevo en él.

—Verpines —dijo con una nota de triunfo en su tono—. Eso era. Verpines.

Dio medio paso pasando a Disra.

—Teniente, empiece un escaneo de frecuencia de comunicador de amplio-espectro —ordenó, su voz era de repente de nuevo la de Thrawn—. Concéntrense en las frecuencias de biocomunicador verpine.

Las cejas del teniente ni siquiera se alzaron.

—Sí señor —dijo animadamente, poniéndose a trabajar.

—Espere un segundo —dijo Disra, casi agarrando la manga de Flim y recordando justo a tiempo que eso sería fuera de personaje—. ¿Frecuencias de biocomunicador verpine?

—Realmente es un truco impresionantemente astuto —dijo Flim, dejando caer su voz de nuevo a un nivel en el que sólo Disra pudiera oírlo—. Se tiene un experto en computadoras verpine esperando en algún agujero seguro mientras que un intermediario con un implante sincronizado a su frecuencia de biocomunicador personal va al sistema que se quiere manipular. Con el flujo de datos que el implante puede manejar, todo actúa casi como un enlace telepático. El verpine ve a través de los ojos del implante y trabaja en su propio tablero de computadora, y los dedos del intermediario imitan los suyos en el sistema real.

—En otras palabras, lo convierte en un títere —dijo entre dientes Disra, su estómago se retorció de asco. Que un alienígena jugara de esa forma con un ser humano, incluso uno implantado que ya no era del todo humano, era una vileza que orillaba en lo obsceno.

—Básicamente —convino casualmente Flim—. Como dije, un truco realmente astuto.

—Le tomaré la palabra —gruñó Disra. Naturalmente, para un timador enlodado en el bajo mundo, tales obscenidades eran probablemente sólo un estilo de vida común—. ¿Entonces qué pasa si se interrumpe el enlace?

Flim se encogió de hombros, el mismo gesto de Thrawn que había usado antes. Fuera del alcance del oído de los demás soldados, era todavía lo suficientemente sagaz para quedarse visualmente dentro de su papel.

—Entonces quedan avisados, y tendremos que intentar algo más.

Disra alzó la vista al tablero de estado.

—¿Y qué tal si intentamos transmitir en esas frecuencias de biocomunicador? —preguntó—. ¿Quizá pedirle al verpine que ponga en marcha sus repulsores o algo? Eso al menos nos daría señales de la ubicación de su nave.

—Tendríamos que saber cómo componer un mensaje en verpine —dijo dudosamente Flim—. Dudo que podamos encontrar a alguien que pueda hacerlo lo suficientemente rápido.

—¿No podría un droide de protocolo encargarse de la traducción?

—No sin un módulo especial —le contó Flim—. Los modelos estándar usualmente no vienen provistos para traducir al verpine. No hay suficiente demanda.

Se acarició pensativamente el labio inferior.

—Por otro lado, si Lobot todavía tiene el enlace abierto de su extremo, deberíamos poder captar un eco de resonancia si le damos a la frecuencia correcta. Eso era algo por lo que solíamos tener que preocuparnos con nuestros comunicadores cuando estábamos trabajando contra algunos grupos de patrulla planetaria más sofisticados. Si podemos poner un receptor lo suficientemente cerca, y si tenemos suerte, deberíamos poder localizarlos.

Disra sintió que su labio se retorcía.

—Allí hay una horrible cantidad de sis.

—Ya lo sé —concedió Flim—. Pero tenemos que intentar algo, y eso es lo mejor que puedo hacer ahora mismo —Señaló hacia la puerta con la cabeza—. Quizá será mejor que traiga de vuelta a Tierce. Éstas son tácticas, y él es nuestro experto en tácticas.

Y Pellaeon de cualquier forma había tenido suficiente tiempo solo con el hombre.

—Lo enviaré hacia aquí —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Manténgame informado, Almirante.

• • •

Con una sacudida final, la cabina del turboascensor se detuvo.

—¿Es aquí? —gruñó la voz de Zothip.

—Eso espero —dijo Control mientras las puertas se abrían—. Sí… aquí debe ser.

—¿Entonces para qué lado? —demandó uno de los otros piratas.

Poniendo la cabeza al costado, Karoly alineó un ojo con la rendija que todavía se mostraba entre las puertas traseras. Los piratas estaban ahora mitad adentro y mitad afuera de la cabina, Zothip estaba de pie en un pasadizo angosto afuera con los puños en sus caderas, todos ellos miraban de un lado al otro en ambas direcciones por un corredor angosto.

—No lo sé —dijo Control, mirando a su alrededor una vez y entonces apuntando hacia la izquierda—. Intentemos ese lado primero.

—Está bien —dijo Zothip—. Grinner, frena la cabina: no queremos que nadie venga por detrás de nosotros.

—Correcto —dijo Grinner, haciendo algo que Karoly no pudo ver con el tablero de control—. Hecho.

Los piratas desaparecieron fuera de vista hacia la izquierda. Karoly les dio una cuenta hasta cinco; entonces, encontrando un apoyo para la punta del pie en el umbral de la puerta, puso sus garras de escalar en la rendija entre las puertas y las separó.

Entró a la cabina; y acababa de empezar a cerrar las puertas de nuevo cuando oyó el sonido de pasos afuera en el corredor.

Los piratas estaban regresando.

No había tiempo para nada mas que reacción instintiva. Poniendo toda su fuerza completa en el esfuerzo, tiró de las puertas hasta un par de centímetros de cerradas. Se

trabaron allí, pero no había tiempo para intentar liberarlas. Cruzando la cabina en dos rápidos trancos, se apretó tan invisiblemente como pudo en la esquina delantera izquierda.

Justo a tiempo. Aun mientras apretaba sus garras de escalar firmemente contra las paredes de la cabina para evitar el delator tintineo de metal contra metal si se rozaban accidentalmente entre sí, los pasos la alcanzaron.

—No veo porqué tanto escándalo con que tenga compañía —estaba murmurando Zothip mientras la primer bocanada de aire de su paso resopló a través de la abertura de la cabina—. De cualquier forma, sólo oí dos voces allí.

—Eso no significa que no haya más —dijo pacientemente Control cuando el grupo pasó de largo la puerta abierta y continuó por el pasadizo—. Además, si somos vistos por las personas equivocadas este arreglo nuestro se irá directo al caño.

—¿Y qué? —gruñó Zothip, su voz se desvanecía mientras todos continuaron alejándose por el corredor—. Cancelar el arreglo, y a Disra, es toda la idea, ¿no?

—Por lo menos debemos hablar primero —dijo Control—. Podríamos poder reformar el trato.

—Eh, Grinner, tú seguro que sabes manejar un panel de control —aportó otra voz desde atrás del montón mientras el grupo continuaba su camino—. ¿Sabías que cuando frenaste la cabina abriste las puertas traseras?

Karoly contuvo la respiración; pero la respuesta de Grinner fue una breve obscenidad y un recorrido ininterrumpido por el corredor. Ella les dio otra cuenta hasta cinco; entonces, sacándose las garras de escalar y guardándolas, sacó su bláster y se dirigió tras ellos.

No estaba a más de unos pasos entrando al corredor cuando una sutil oleada de aire en su cara le advirtió que en alguna parte adelante se había abierto una puerta. Aceleró un poco su paso, y dobló una ligera curva en el pasadizo justo a tiempo para ver un rectángulo de luz tenue cerrase hasta volverse una rendija cuando los piratas cerraban una puerta. Avanzando rápida y silenciosamente, se detuvo junto a la puerta y apoyó la oreja contra la rendija.

—Un lugar elegante —oyó decir a uno de los piratas, su tono era una mezcla de desprecio y envidia—. Mira esto, sábanas de seda ramordiana y todo.

—Quizá él te dé un juego para tu litera —gruñó Zothip—. ¿Adónde está el…? oh, allí está.

Se oyó el suave sonido de una silla a arrastrada por una gruesa alfombra. Karoly movió el ojo alrededor de la rendija, intentando ver qué estaba sucediendo. Pero desde su ángulo todo lo que podía ver era una pequeña sección de un elaborado colgante de pared.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Control.

—Llamar a su oficina —gruñó Zothip—. Me figuro que puede pedirles que esperen a quienesquiera que tenga allí.

• • •

—Lo siento, Almirante —dijo el Mayor Tierce, las yemas de sus dedos se frotaban nerviosamente contra los costados de las piernas de sus pantalones—. Pero con todo el debido respeto, realmente no sé de qué está hablando. No creo haber ido nunca a Yaga Menor. Si lo he hecho, debió haber sido como parte de un crucero de entrenamiento cuando era cadete. Ciertamente no… cómo dijo; ¿hace seis semanas?

—Más o menos —dijo Pellaeon, mirando cuidadosamente la cara de Tierce y deseando poderosamente haber tenido suficiente evidencia para ordenar un análisis de la verdad completo. El hombre estaba mintiendo a través de sus dientes, de eso Pellaeon estaba seguro. Pero hasta que pudiera identificar positivamente a Tierce como el hombre que había penetrado en el sistema de computadoras de Yaga Menor, no había nada más que pudiera hacer.

O hasta que ese experto en computadoras de la Nueva República, Ghent, encontrara evidencia de la manipulación de Tierce. Ése era un comodín del que ni Tierce ni Disra sabían.

Detrás de Pellaeon, las puertas dobles se abrieron.

—Me disculpo por la demora, Almirante —dijo Disra, pasando al Comandante Dreyf y dando la vuelta alrededor del costado del escritorio de ivrooy—. Eso es todo, Mayor —agregó lacónicamente hacia Tierce.

—Sí, Su Excelencia —dijo Tierce. Por el más breve instante sus ojos se encontraron, y Pellaeon creyó ver a Disra darle una inclinación de cabeza microscópica a su ayudante. Entonces, moviéndose con el aire de un hombre que intentaba huir de un grupo de besiioths mientras todavía mantenía algunos jirones de dignidad, el mayor cruzó la oficina y escapó.

—Confío en que el Mayor Tierce fuera una compañía congenial para usted —comentó Disra.

—Bastante congenial —le aseguró Pellaeon, estudiando cuidadosamente esa cara retorcida. No era tanto una cara como una máscara, pensó, construida para ocultar la mente detrás de ella.

Y él sabía lo que había en esa mente. El problema era, que no podía demostrarlo. Todavía no. Pero que hubiera un desliz por parte de Disra… sólo uno…

—Ahora, ¿en qué estábamos? —preguntó animadamente Disra, reclinándose en su silla. El corto descanso definitivamente le había hecho a su confianza una montaña de bien—. Oh, sí… esas calumnias infundadas que otra gente ha estado diciendo sobre mí. Se me ocurre, Almirante…

Se interrumpió cuando la señal de llamada sonó en el comunicador de su escritorio. Frunciendo el ceño, se inclinó hacia adelante de nuevo y oprimió el interruptor.

—¿Sí? —ladró—. ¿Qué sucede…?

Se puso rígido, sus ojos se ensancharon momentáneamente, su mandíbula cayó una fracción de centímetro. Sus ojos se lanzaron a Pellaeon y de vuelta a la pantalla del comunicador.

—Sí, estoy ocupado —gruñó—. Y no aprecio que me interrumpan de esta forma para…

Abruptamente se detuvo. Pellaeon esforzó sus oídos, pero el altavoz estaba enfocado hacia Disra y él no podía oír nada desde su posición al lado opuesto del escritorio.

Y entonces vio que los ojos de Disra se ensanchaban de nuevo… y Pellaeon vio algo que nunca había visto antes. Algo que nunca había esperado ver.

El Moff Disra, mentiroso, confabulador, y probable traidor, se puso blanco.

Dreyf también lo vio.

—¿Su Excelencia? —preguntó, poniéndose de pie y empezando a dar la vuelta alrededor del costado del escritorio.

El momento de impresión pasó, y la expresión de incredulidad aturdida de Disra cambió de repente a la de un rencor loco.

—¡Atrás! —le gruñó a Dreyf, su mano latigueó hacia él como si intentara alejar a un animal peligroso—. Estoy bien. Sólo quédese atrás.

Dreyf se detuvo, arrojándole una mirada confundida a Pellaeon.

—¿Hay algún problema, Su Excelencia? —preguntó Pellaeon.

—Todo está bien, Almirante —dijo Disra, las palabras salían como si hubieran sido enviadas a través de un molino de granos. Sus ojos, notó Pellaeon, todavía estaban fijos en la pantalla del comunicador—. Si me disculpan de nuevo, hay otro asunto urgente que debo atender.

Se puso de pie, apagando el comunicador con una viciosa puñalada de su dedo.

—Volveré enseguida —gruñó, dirigiéndose casi corriendo hacia las puertas dobles.

—Por supuesto —dijo Pellaeon mientras se alejaba—. Tómese todo el tiempo que necesite.

La última palabra fue cortada por el estampido de las puertas cerrándose detrás de él.

—Bueno, eso fue interesante —comentó Dreyf, mirando a las puertas y entonces de vuelta a Pellaeon—. ¿Otro truco para comprarse algún espacio para respirar?

—No creo que ninguna de estas interrupciones haya sido un acto —dijo Pellaeon, frunciéndole el ceño pensativamente al escritorio del Moff. Históricamente, la mayoría de las personas que podían darse el lujo del mobiliario de ivrooy cultivado eran adinerados políticos, industrialistas, y señores del crimen del bajo mundo. Todos quienes siempre tenían cosas que esconder—… No, algo está sucediendo allí afuera. Algo importante.

—Mm —murmuró Dreyf—. ¿Debo vagar por el vestíbulo y ver si puedo averiguar lo que es?

—Quizá más tarde —dijo Pellaeon—. Entretanto, parece que nos hemos quedado solos. En la oficina de Disra.

Dreyf alzó las cejas entendiéndolo.

—Sí, lo estamos, ¿no? —convino, echando una mirada alrededor de la oficina. Su mirada cayó en el escritorio—… Por supuesto que legalmente es un poco dudoso —le recordó a su superior, arrojando una mirada indirecta a los dos soldados de guardia en la

puerta—. No tenemos una orden de búsqueda, y Disra no ha sido acusado oficialmente de nada.

—Asumiré la responsabilidad —dijo Pellaeon—. Prosiga y vea lo que puede encontrar.

—Sí señor —dijo Dreyf, dándole una sonrisa estrecha mientras daba la vuelta alrededor del escritorio—. Será un placer.

• • •

Tierce estaba parado cerca de la puerta cuando Disra entró al cuarto de situación.

—Tenemos un eco —murmuró el ex-Guardia, con una nota de satisfacción maliciosa en la voz—. Una vez que lo triangulemos…

—Zothip está aquí —lo cortó Disra—. Está en mi habitación.

La sonrisa de Tierce se desvaneció.

—¿Cómo?

—¿Cómo llamas voy a saberlo? —respondió el fuego Disra—. Pero está allí. Reconocí los muebles cuando me llamó a mi oficina.

Tierce arrojó una mirada a las consolas, a Flim manteniendo posición de nuevo detrás del teniente.

—Esto se pone cada vez mejor —dijo oscuramente—. ¿Pellaeon oyó algo de eso?

—No lo creo —dijo Disra—. Ese lacayo rastrero suyo, Dreyf, empezó a dar la vuelta al escritorio, pero tampoco creo que haya podido oír o ver nada.

Tierce siseó entre dientes.

—Tenemos que librarnos de ellos.

—Un pensamiento táctico brillante —gruñó Disra—. ¿Tiene alguna sugerencia acerca de cómo? No vino solo, sabe.

Tierce examinó de nuevo las consolas.

—No puedo simplemente irme de aquí —dijo—. Solo y Calrissian son escurridizos. Hasta que Seguridad los tenga realmente en su mira…

—Tampoco podemos simplemente dejar que Zothip descanse sus pies allí —lo cortó Disra—. ¿No lo entiende? Está en mi habitación. Eso significa que tiene un pasaje despejado a mi oficina. Adonde está el Almirante Pellaeon.

Tierce le dio una mirada punzante.

—¿Dejó solo a Pellaeon?

—Por supuesto que está solo —exclamó Disra—. ¿Qué se suponía que debía hacer, decirles a los guardias de la puerta exterior que entren y lo vigilen?

—Ésa no habría sido una idea tan mala —replicó Tierce. Alzó una mano—. Está bien, está bien, vayamos por partes. Pellaeon… supongo que se comportará. Solo y Calrissian…

—Tenemos un segundo eco de frecuencia de biocomunicador, Almirante —reportó uno de los soldados, alzando la vista a Flim—. Seguridad reporta que está lista para movilizarse en cuanto hayamos determinado la ubicación.

—Gracias —dijo Thrawn, dirigiendo esos ojos resplandecientes hacia la conversación junto a la puerta—. Continúen con la operación. ¿Hay algún problema, Su Excelencia?

—Sólo un pequeño problema, Almirante Thrawn —dijo Tierce antes de que Disra pudiera contestar—. Pero podría requerir unos minutos de su atención.

—Sí claro —dijo fácilmente Flim.

—¿Qué está haciendo? —siseó Disra mientras el timador cruzaba el cuarto hacia ellos—. ¿No estará sugiriendo…?

—Sólo hay dos maneras de tratar con alguien como Zothip —dijo Tierce, con voz fría—. Matarlo, o asustarlo —Señaló con la cabeza hacia Flim—. ¿Puede usted pensar en algo que posiblemente pudiera asustarlo más que un Gran Almirante?

Flim los había alcanzado a tiempo para oír la última parte.

—¿A quién estamos intentando asustar? —preguntó.

—Al Capitán Zothip —dijo Disra—. Está en mi habitación.

Los ojos de Flim se ensancharon, apenas perceptiblemente. Miró a Tierce…

—No correrás ningún riesgo —lo tranquilizó el Guardia—. Zothip está en esto por las ganancias, y tú eres nuestra garantía de que habrá ganancias. No va a arriesgarse a herirte.

—A menos que esté aquí por venganza —señaló Flim intranquilo—. ¿Por el trabajo que Pellaeon le hizo en Pesitiin, recuerdas?

—Se olvidará de todo eso en el minuto en que te vea —dijo Tierce con impaciencia—. De todos modos, yo estaré allí contigo. Puedo manejar a quienesquiera que tenga allí adentro. No correrás ningún riesgo.

—¿Y qué hay de Solo? —persistió Flim, mirando de vuelta a las consolas—. ¿Qué si lo pierden de nuevo?

—¿Cómo? —contrapuso Tierce—. Hemos captado dos ecos: sabemos en qué parte de la ciudad están. Los tendrán esposados para cuando volvamos. Ahora vamos.

Flim hizo una mueca, pero asintió.

—Continúe con la operación, Teniente —ordenó, girándose a medias, su tranquila voz de Thrawn no traicionaba nada de su obvio nerviosismo—. Regresaré en unos minutos.

Tierce hizo señas hacia la puerta, y los tres salieron juntos.

—No lo sé —murmuró Flim, apenas lo suficientemente fuerte para que Disra pudiera oírlo—. No creo que esto me vaya a gustar nada en absoluto.

• • •

Su primera advertencia fue una súbita sacudida sutil de Lobot.

—¿Qué sucede? —preguntó Lando, mirando al otro a la cara.

—¿Qué sucede con qué? —preguntó Han al otro lado de Lobot.

—Él pareció titubear y sacudirse justo allí —dijo Lando, levantando el sombrero de ala blanda que ahora hacía el trabajo de camuflar el implante cefálico de Lobot y estudiando las diminutas luces indicadoras de allí. El patrón no era el mismo que había estado mostrando la última vez que miró.

—Quizá sólo se tropezó —dijo Han con impaciencia, echando una mirada a las muchedumbres—. Vamos, tenemos que seguir en movimiento.

—Espera un minuto —insistió Lando, extendiendo su examen a la expresión repentinamente introspectiva en la cara de Lobot. Él conocía al otro mucho mejor que Han, y estaba claro que ambas la sacudida y la mirada extraña del otro eran indicaciones de que algo raro estaba sucediendo. Ignorarlo sería simplemente buscarse problemas.

—¿Lando?

—Sólo un minuto —lo cortó Lando. Abruptamente, Lobot se sacudió por segunda vez, las luces indicadoras de nuevo cambiaron su patrón. Mantuvieron la nueva configuración un momento, entonces cambiaron de vuelta…

Y con una súbita sensación hueca en la boca de su estómago, Lando comprendió lo que acababa de pasar.

—Están haciendo una búsqueda de eco de comunicador —le contó a Han—. En frecuencias de biocomunicador verpine.

—Genial —dijo Han, agarrando el brazo de Lobot para sostenerlo y frunciéndole el ceño bajo el ala al implante—. ¿Ya tienen la frecuencia correcta?

—Parece que no —dijo Lando, echando una mirada alrededor en busca de inspiración. Todavía estaban a media hora de distancia del espaciopuerto si seguían a pie. Un deslizador terrestre podría llevarlos allí más rápido, pero eso significaría contratar o robar uno. Cada opción traía su propio juego de riesgos.

Sus ojos cayeron en un gran cartel, reluciente encima de una de las tiendas calle abajo. Un cartel que se jactaba en grandes letras de tener centenares de droides en stock, los mejores precios en el Imperio, y todo a la venta por sólo un día…

—Vamos —dijo, tomando el otro brazo de Lobot y tirando de él hacia la tienda de droides—. Aquí adentro. Tengo una idea.

Entraron antes de que la búsqueda de frecuencias de los imperiales le diera a la correcta de nuevo.

—¿Ahora qué? —murmuró Han, echando una mirada alrededor de la muchedumbre de cazadores de ofertas de pared a pared.

—Por allí —le contó Lando, abriéndose camino con los hombros hasta un cartel que marcaba la sección de droides astromecánicos—. Necesitamos como una docena de modelos R2 o R8.

—Ningún problema —le aseguró Han, estirando el cuello para mirar sobre la masa de compradores—. Veo por lo menos veinte de ellos. Espero que recuerdes cómo es nuestro suministro de efectivo.

—No vamos a comprarlos —dijo Lando—. Todo lo que vamos a hacer es charlar con ellos.

Se abrieron camino a través de la muchedumbre y a la sección de droides astromecánicos, que estaba, no sorprendentemente, menos densamente poblada que lo que las áreas de droides sirvientes y cocineros parecían estar.

—Buenas tardes, dignos ciudadanos —dijo un droide de protocolo color plateado, que se apresuró hacia ellos—. Soy C-5MO, relaciones humano-androides. ¿Puedo ayudarlos en su selección?

—Sí, gracias —dijo Lando—. Estamos buscando un droide que pueda servir de interfaz de comunicaciones de largo alcance en ciertas frecuencias muy selectas.

—Ya veo, señor —dijo el droide, girándose a medias para hacer señas hacia las líneas de brillantes cilindros redondeados detrás de él—. Puedo sugerir algo de las líneas R2 o R8. Ambas líneas vienen con sistemas de comunicación de banda completa como equipo estándar.

—Suena bien —dijo Lando, caminando hacia la línea de R8s—. ¿Puedo pedirles una pequeña prueba?

—Por supuesto que sí, señor —dijo el droide de protocolo—. Siéntase libre de administrar cualquier prueba que escoja.

—Gracias —Lando hizo señas hacia el primer R8—. Tú, él primero en la línea, me gustaría que transmitieras una señal multitonal en la siguiente frecuencia —Sacudió un número—. El siguiente: Me gustaría que tú hicieras tonos diferentes en una frecuencia diferente —Proporcionó el número.

—Espere sólo un momento, señor —interrumpió el droide de protocolo, sonando apenado—. Me temo que no puede simplemente transmitir señales de comunicador sin autorización en medio de la ciudad…

Uno de los R8s gorjeó un corto mensaje.

—Oh —dijo el droide de protocolo, tomado un poco desprevenidamente—. ¿Estás seguro de que ninguna frecuencia es usada aquí? ¿Por nadie?

El R8 dio un trino afirmativo.

—Ya veo —dijo el droide—. Mis disculpas, señor. Por favor continúe.

Lando continuó por la línea, dando a cada droide una de las principales frecuencias de biocomunicador verpine para transmitir.

—Está bien —dijo cuando había terminado, volviendo de nuevo al C-5MO—. Excelente. Ahora, si los mantienes transmitiendo, saldré a mi deslizador terrestre y me aseguraré que están transmitiendo las frecuencias de manera apropiada.

—¿Desea dejarlos transmitiendo? —preguntó el droide, empezando a sonar apenado de nuevo—. Pero, señor…

—¿No puedes esperar que compremos una orden tan grande simplemente con tu palabra de que están transmitiendo correctamente, no? —aportó Han—. No te preocupes, uno de nuestra gente se quedará aquí —Señaló hacia un hombre en una chaqueta verde oscura que examinaba la línea de droides sirvientes.

—Se quedará aquí hasta que hayamos comprobado esto y volvamos contigo —agregó Lando—. ¿Extienden crédito corporativo para las órdenes de veinte o más, no?

—Ciertamente, señor —dijo el droide, animándose considerablemente—. Simplemente necesitará mostrar su autorización corporativa cuando haga su pedido.

—Que bien —dijo Lando, alzándole las cejas a Han. El otro entendió la insinuación, llevando a Lobot hacia la señal de salida más cercana—. Regresaremos en unos minutos.

Dos minutos más tarde, estaban de nuevo afuera en la calle.

—Buen toque, ese de dejar a alguien atrás —Lando le comentó a Han—. Debería comprarnos algunos minutos más antes de que empiecen a hacerse las preguntas equivocadas.

—Con tal de que no empiecen una conversación con el tipo, al menos —gruñó Han—. ¿Así que cuál es el plan? ¿Regresar directo a la nave?

—Lo era —dijo Lando—. A menos que pienses que valdría la pena el tiempo para ser un poco más tortuosos que eso.

—Me pregunto —dijo Han, frotándose la mejilla—. Esas transmisiones de droides han de cubrir más búsquedas de eco, por lo menos por ahora. Pero ya tenían alguna idea de en qué parte de la ciudad estábamos. Si pudiéramos subir a un carguero que nos llevara alrededor del espaciopuerto y acercarnos por el otro lado.

—Si no nos atrapan —advirtió Lando—. Por aquí no ven muy bien que la gente se suba a los cargueros.

—Vale la pena el riesgo —dijo Han, dejando claro que ya estaba decidido—. Vamos… el acceso más cercano es por aquí.

CAPÍTULO 22

La conversación —o por lo menos la parte que Karoly había podido oír a través de la puerta entreabierta— había sido corta, punzante, y desagradable.

Y muy iluminante. Los Piratas Cavrilhu, aliados con el Imperio…

En un nivel, supuso, no era una revelación tan grande, particularmente no después de esa conversación que alcanzó a oír entre Solo y Calrissian. Después de todo, los imperiales habían estado haciendo negocios por debajo de la mesa con el estiércol del bajo mundo durante años, desde la cómoda relación de ese maldito asesino de Palpatine con el Príncipe Xizor para abajo. Ahora que el vasto Imperio que se extendía por las estrellas se había reducido a un lastimoso manojo de sectores, tendrían tantas más razones para contratar a alguien que haga su trabajo sucio.

Pero a otro nivel, esto era de hecho algo nuevo. Zothip no había estado hablando con el Moff Disra como un asalariado lo haría con su jefe, sino como con un completo igual. Un igual muy infeliz, además, si el tono y corrientes de invectiva del jefe pirata eran una indicación.

Aún más interesante, dadas las amenazas veladas de Zothip de hacerlo público, también parecería que este arreglo no había sido ordenado, ni siquiera conocido por el resto del liderazgo imperial.

Karoly había seguido originalmente a Zothip con la idea de cobrar venganza contra los piratas por su parte en la matanza lorardiana de hacía tres años. Ahora, había tropezado con algo mucho más interesante.

—¿Crees que vendrá? —la voz de uno de los piratas se interpuso en los pensamientos de Karoly.

—Por supuesto que lo hará —gruñó Zothip—. ¿Crees que nos quiere anunciando nuestro trato en la frecuencia de transmisión de comunicador de todo Bastión?

—No vendrá solo —advirtió la voz de Control—. Traerá guardias con él.

—No muchos de ellos —dijo Zothip—. No hay mucha gente en la que esa babosa confíe.

—De todos modos un respaldo oculto podría ser una buena idea —dijo Control, y Karoly pudo oír la indirecta en su tono—. Por si acaso.

—Oh, está bien —concedió Zothip con gracia perversa—. Crans, Portin: vuelvan al pasadizo. Si les silbo, salgan y maten a todo lo que no seamos nosotros.

Hubo un par de afirmaciones y el sonido de pasos aproximándose. Moviéndose con considerablemente menos ruido, Karoly se retiró alrededor de la ligera curva en el pasadizo. La luz tenue se incrementó cuando los piratas abrieron la puerta, y disminuyó de nuevo cuando la cerraron parcialmente.

Y ahora tenía una decisión que hacer. Aquí atrás, cuatro metros detrás de los dos piratas ocultos y sus cuchicheos, no podría oír la conversación que iba a haber entre

Zothip y Disra como a ella le hubiera gustado. Es más, el pensamiento de que incluso un Moff Imperial fuera emboscado por alguien como los Piratas Cavrilhu no le caía bien.

Esbozó una estrecha sonrisa en la oscuridad por la ironía de la situación. Era precisamente lo mismo que Shada había objetado hace cinco semanas allá en esa azotea azotada por el viento en Borcorash, e incluso la razón por la que Karoly estaba aquí.

Pero las profundas consideraciones filosóficas podrían esperar para otro día. Entretanto, los Piratas Cavrilhu le debían a las Mistryl una *deuda de muerte*… y la primera cuota sería abonada aquí y ahora. Guardando su bláster, Karoly esgrimió un par de delgados cuchillos y avanzó.

Crans y Portin, agachados lado a lado detrás de la puerta parcialmente abierta, susurrándose y riéndose entre sí en tensa anticipación a la carnicería por venir, nunca ni siquiera la oyeron venir.

Fue cosa de otro minuto arrastrar en silencio los cuerpos unos metros por el pasadizo adonde no estarían bajo sus pies. Entonces, volviendo a la puerta parcialmente abierta, se agachó y deslizó la punta de uno de sus cuchillos a lo largo de la gruesa alfombra del cuarto.

La imagen reflejada en el metal era pequeña y algo distorsionada, pero Karoly había hecho esto mil veces antes y sabía interpretarla. Como había esperado, Zothip y sus tres hombres restantes estaban todos enfrentando la puerta ornamentada que estaba en la pared derecha. Zothip estaba sentado bastante arrogantemente en el escritorio de la computadora del Moff, los demás descansaban contra las paredes o sobre los muebles en varios otros lugares alrededor del cuarto. Todos estaban tocando las culatas de sus blásteres o frotándose las manos de armas en preparación; todos se habían apartado de su línea de fuego y de la emboscada que todavía pensaban que estaba preparada.

Estaba formulando su plan de ataque probable, si debía llegar a eso, cuando se oyó el suave clic de una cerradura al otro lado del cuarto. Al instante, la conversación en murmullos de los piratas cesó. La puerta se abrió, y dos hombres entraron.

El de la derecha era el Moff Disra; eso era obvio por su edad y la túnica de su rango y la soberbia arrogante con la que caminaba hacia el cuarto. El segundo hombre, a la derecha de Disra, vestía un uniforme imperial…

Karoly sintió el aliento atrapado en su garganta y un hormigueo desagradable en la nuca. El segundo hombre era un guerrero.

No un soldado: un guerrero. Podía verlo en su postura, en su forma de caminar, en la posición de sus manos, en la forma en que sus ojos evaluaron la situación ante él.

Control había advertido que Disra traería guardias con él. Oscuramente, Karoly se preguntó si alguno de los piratas sería capaz de reconocer al guerrero debajo del uniforme.

El propio Zothip, aparentemente, no pudo.

—Le tomó un buen y dulce tiempo llegar hasta aquí —gruñó mientras el guerrero cerraba la puerta—. ¿Quién es el nerf?

—Fuera de mi silla —gruñó en respuesta Disra, ignorando la pregunta y haciendo señas irritado al jefe pirata recostado.

—Yo soy el que está hablando aquí, Disra —dijo Zothip, sin hacer ningún movimiento para dejar la silla—. Espere un minuto… Lo conozco —agregó, extendiendo un dedo hacia el guerrero—. Sí… usted es el moqueante que se llevó a todos mis consejeros. Podrido sovler come-rark.

Karoly hizo una mueca de dolor, medio esperando que la respuesta del guerrero al insulto fuera la muerte súbita. Pero no era provocado tan fácilmente.

—Eso es correcto —dijo, con voz glacialmente calma—. Soy el Mayor Tierce. Y como le expliqué en ese momento, el Imperio tenía una necesidad más urgente de sus servicios.

—¿Así que sólo los levantó y se los llevó, eh? —contrapuso Zothip, su voz se iba oscureciendo—. Bueno, quizá así es cómo ustedes los cernedores de heces imperiales hacen las cosas. Pero así no es cómo se hace en el bajo mundo. Haces un trato, y lo cumples —Extendió de nuevo el dedo—. O vas a pasar tu último par de minutos de vida arrepintiéndote.

—Pensé que en el bajo mundo tampoco se acobardaban —agregó desdeñosamente Disra—. ¿Pellaeon lo asustó tanto?

—No estoy hablando de Pellaeon —dijo entre dientes Zothip—. Me ocuparé de él más tarde. Ahora mismo usted es el que está en el círculo caliente. Empezando con la compensación completa por mi crucero de batalla y los ochocientos hombres que murieron con él.

—Aparentemente, se ha acobardado, Su Excelencia —dijo Tierce—. El pozo del sabacc ha crecido demasiado para su gusto, y quiere salirse.

Zothip resopló.

—Palabras. Eso es todo lo que hace, Disra. Palabras y promesas, y nosotros terminamos haciendo todo el trabajo y teniendo todas las bajas. Pero ya no. Me figuro que veinte millones han de cubrirlo…

—Suponga que podemos mostrarle que tenemos más que palabras —interrumpió Tierce, con un borde de desafío en la voz—. Suponga que podemos darle la prueba de que el Imperio está una vez más en subida, y que esta vez nada podrá detenernos. ¿Todavía querría irse?

Zothip se rió, un sonido completamente carente de humor.

—¿La prueba, eh? Si crees que algo que tienes puede…

Se interrumpió de nuevo cuando detrás de Disra y Tierce la puerta se abrió. Uno de los piratas esgrimió a medias su bláster…

—Buenas tardes, Capitán Zothip —dijo serenamente la figura uniformada de blanco cuando entró en el cuarto—. Permítame presentarme. Soy el Gran Almirante Thrawn.

• • •

Le tomó al Comandante Dreyf menos de un minuto localizar el cajón secreto escondido debajo de la superficie de escritura del escritorio de ivrooy. Le tomó sólo dos minutos más, con la ayuda de algunas herramientas algo ilegales, forzarlo.

Adentro había ocho datacards. Tres de ellas tenían etiquetas de sesiones de información gubernamentales oficiales: una del Ubictorado, las otras dos de Inteligencia de la Flota.

Pero las otras cinco…

—Haga copias de ellas —ordenó Pellaeon mientras Dreyf metía una de las datacards sin etiqueta en su datapad—. De todas ellas, incluyendo las oficiales. Veremos qué puede hacer con ellas la sección de desencriptación del *Quimera*.

—Déjeme intentar algo primero, si me lo permite, señor —dijo Dreyf, sacando una datacard de su bolsillo e insertándola en la ranura auxiliar de su datapad—. Uno de los pequeños extras que obtuve en mi investigación de las finanzas del Lord Graemon fue la encriptación que usaba para comunicarse con Bastión. Veamos si Disra era lo suficientemente descuidado o sobreconfiado como para usar la misma aquí… Bueno, bueno. Nuestro pequeño e inteligente Moff parece haber perdido una apuesta.

Esbozó una estrecha sonrisa hacia Pellaeon.

—Está aquí, Almirante. Todo está aquí.

Pellaeon fue hasta su lado y miró sobre su hombro. Sí, estaba allí: nombres, fechas, cantidades, detalles de las varias transacciones. Todo.

—¿Podrá relacionar esto con el extremo de Graemon de la operación? —preguntó.

—Fácilmente —le aseguró Dreyf, todavía haciendo una rápida revisión de los archivos—. Disra incluso fue lo bastante amable para proporcionar fechas en todo. Todo lo que realmente necesito hacer…

—Espere —lo cortó Pellaeon, golpeando un dedo en el brazo del otro. Algo había captado su atención mientras pasaba—. Retroceda unos archivos. No, intente uno más. Uno más.

Y *allí* estaba: el nombre que Pellaeon había visto al pasar. El nombre, ubicación actual y orden de encarcelamiento…

—Coronel Meizh Vermel —leyó Dreyf, frunciendo el ceño—. ¿No es uno de sus ayudantes, Almirante?

—Claro que lo es —dijo Pellaeon, su satisfacción por el descubrimiento que acababa de hacer de repente se desvaneció en la niebla de la furia oscura—. Se desvaneció mientras estaba en una misión especial para mí.

—Oh, claro —dijo Dreyf, su propia voz se oscureció—. ¿Así que ahora Disra también se dedica a los secuestros, no?

—Sólo en ocasiones especiales —dijo Pellaeon, mirando el cajón oculto. Dreyf había hecho un trabajo eficiente al forzar la cerradura, pero no había ninguna forma de ocultar el daño. El mismo minuto que Disra abriera de nuevo el cajón sabría que alguien había estado allí adentro.

Y Pellaeon tomó una decisión.

—No se moleste en copiarlas —dijo, recogiendo las datacards—. Nos llevaremos las originales.

Dreyf parpadeó.

—¿Señor? Pero…

—Y nos vamos —agregó Pellaeon, alzando la vista a uno de los soldados de guardia en la puerta—. Contacte al *Quimera* —ordenó—. El Capitán Ardiff debe prepararse para la partida en cuanto yo llegue a bordo. Entonces llame al Teniente Marshian en la lanzadera y dígale que estamos en camino.

—Sí señor —El soldado sacó su comunicador.

—¿Qué hay de Disra? —preguntó Dreyf—. Todavía no nos hemos encargado de él.

—Disra puede esperar —dijo gravemente Pellaeon—. Ahora mismo, mi mayor preocupación es liberar a Vermel antes de que Disra decida que es un riesgo.

—¿Irá usted en persona?

—Sí —dijo Pellaeon, cerrando el cajón oculto—. Dependiendo en cómo haya preparado Disra la orden de encarcelamiento, puede hacer falta mi autoridad personal como Comandante Supremo para sacarlo. Además, a estas alturas no confío en que nadie fuera del *Quimera* no esté en el bolsillo de Disra.

—¿O en el de Thrawn? —murmuró Dreyf.

Pellaeon hizo una mueca.

—Si Thrawn está de hecho vivo —dijo—. Voy de todos modos.

—Podría ser complicado —advirtió Dreyf, poniéndose a un paso al costado de Pellaeon mientras se dirigían hacia las puertas dobles—. La Estación de Rimcee está un par de días de vuelo de distancia. Disra sin duda notará la ausencia de estas datacards antes que eso.

—No se preocupe, tengo algunos trucos propios disponibles —dijo Pellaeon—. ¿Soldado?

—El Teniente Marshian reporta que la lanzadera estará lista para volar cuando lleguemos, señor —reportó el soldado—. El Capitán Ardiff reporta igualmente acerca del *Quimera*.

—Que bien —dijo Pellaeon, haciéndole señas a los soldados para que abrieran las puertas—. Entonces no los hagamos esperar.

• • •

Por unos segundos el cuarto estuvo en absoluto silencio. El silencio de una cueva, o un bosque, o una tumba. Disra dejó que la quietud se extendiera, disfrutando completamente de la mirada de incredulidad aturdida en la cara de Zothip. Era hora de que el arrogante pirata come-limo chocara de cara contra algo que su ruido y ventolera no pudiera manejar.

Le habría gustado ver que la consternación duraba un poco más de tiempo. Pero por razones sólo conocidas por él, el timador escogió romper el hechizo.

—Parece sorprendido por mi presencia aquí —dijo, su suave voz de Thrawn era tan absolutamente perfecta como había sido el silencio—. Sólo puedo concluir que no ha estado prestando atención a las noticias que vienen de Coruscant.

Por un momento la boca de Zothip trabajó en silencio, el movimiento amplificado grotescamente por la espesa barba, antes de que finalmente encontrara su voz.

—No, oí que usted había regresado —dijo por fin, las palabras le salían con alguna dificultad. El sonido de su voz pareció animarlo—. Sólo que no lo creí, eso es todo —agregó, enderezando los hombros.

—¿Por qué no?

Los ojos de Zothip se lanzaron a uno de sus hombres, como si quisiera asegurarse de que él era el que tenía el control aquí.

—Porque me figuré que cualquiera que se hubiera alejado de este agujero de limo de Imperio no sería lo suficientemente estúpido como para regresar —dijo, con voz repentinamente agresiva de nuevo.

Al otro lado de Thrawn, Tierce se revolvió. Pero Thrawn meramente sonrió.

—No está mal —dijo—. Un poco lento, pero por otra parte no está mal en absoluto.

Las cejas de Zothip se apretaron entre sí.

—¿De qué estás hablando?

—El Imperio está en posición de alzarse de nuevo —dijo Thrawn, cruzando por delante de Disra mientras daba a cada uno de los otros tres piratas una breve mirada evaluadora—. Y mientras que ciertamente no necesitamos aliados, tampoco somos contrarios a tenerlos.

Uno de los piratas, parado detrás de Zothip y un poco hacia la pared derecha, resopló de manera refinada.

—¿Es así como piensa en nosotros? —demandó, plegando los brazos sobre su pecho—. ¿Como aliados?

—Control tiene razón —secundó Zothip, señalando con un pulgar al otro—. Usted da las órdenes y obtiene las ganancias mientras que nosotros hacemos el trabajo sucio. ¿Qué tipo de aliado es ese?

—El tipo de aliado que está a punto de ganar una posición más allá de sus sueños más salvajes —dijo Thrawn, su voz notoriamente más fresca—. Posición, poder, y riquezas para comprar y vender sistemas enteros.

—¿Y cuándo se supone que pasará todo eso? —interpuso Control. Se estaba, notó Disra con un toque de inquietud, separando lentamente de Zothip hacia la pared. Como si se distanciara de su jefe en preparación para algún tipo de acción…

Tierce también lo vio. Por el rabillo del ojo Disra vio al Guardia dar un paso silencioso en la misma dirección, manteniendo la misma distancia a Control mientras se movía simultáneamente más cerca al otro pirata que se apoyaba contra la pared a la izquierda de Zothip.

Lo que dejaba sólo al pirata que estaba parado a la derecha de Zothip fuera del rápido alcance del Guardia. Disra miró furtivamente en esa dirección, esperando que Tierce no se hubiera olvidado de él.

—Bastante pronto —le aseguró Thrawn—. La mayoría de las piezas ya están preparadas y en posición. Aquéllas que no lo están lo estarán pronto.

—¿Son esas piezas sus otros aliados? —sugirió Control—. ¿Es así cómo nos ven? ¿Como piezas en un juego?

—No me gusta que me llamen una pieza en el juego de nadie —gruñó Zothip antes de que Thrawn pudiera contestar—. Somos los Piratas Cavrilhu. No jugamos más que nuestro propio juego.

Se interrumpió por un gorjeo en el escritorio de la computadora.

—¿Esperaba una llamada? —preguntó sarcásticamente.

Disra ignoró el comentario, adelantándose y oprimiendo la tecla del comunicador mientras giraba la pantalla para enfrentarlo.

—¿Sí?

Era el teniente en el cuarto de situación… y por la mirada en su cara Disra se dio cuenta de que no eran buenas noticias.

—Su Excelencia, tenemos un problema —dijo tensamente el otro—. Los espías parecen haberse escapado de la red.

Disra reprimió una maldición.

—¿Cómo?

—Usaron droides de una tienda para enmascarar las frecuencias de biocomunicador verpine —dijo el teniente, sonando disgustado—. Para cuando localizamos la tienda e interrumpimos las transmisiones, habían salido del rango de nuestros detectores de eco. ¿Está el Gran Almirante Thrawn allí, con usted?

—Sí —dijo Thrawn, caminando al costado de Disra—. Estaré allí en breve. Entretanto, disperse a sus detectores de eco en un patrón de rejilla a ambos lados de su última ubicación y vea si pueden captarlos de nuevo.

—Sí señor —dijo el teniente.

Disra puso la pantalla en blanco, arrojando una rápida mirada a Tierce. Él nunca, nunca debió, dejarse convencer a esta confrontación con Zothip mientras Solo y Calrissian todavía estaban sueltos.

—Será mejor que volvamos —dijo, mirando a Thrawn.

—¿Entonces, simplemente van a dejarnos aquí? —preguntó Control. Había retrocedido otro paso de Zothip, sus brazos todavía estaban plegados sobre su pecho.

—No sean absurdos —chasqueó Disra, de repente muy cansado de Zothip y sus piratas—. ¿No quieren estar en el lado ganador? Está bien, hay muchos otros que sí. Mayor Tierce, llame una escolta para mostrarles la salida a nuestros visitantes.

—Espere justo allí —vociferó Zothip, levantando con esfuerzo su voluminoso cuerpo de la silla y dejando caer la mano en su bláster—. Nos iremos cuando tenga mis veinte millones. Ahora entregue o si no.

—¿O sino qué? —demandó Disra—. Ingrato fangoso…

—Es suficiente —gruñó Zothip. Alzando un dedo a su boca, hizo un silbido penetrante. Los dos piratas a cada lado de él buscaron sus blásteres…

Y Tierce se movió.

El pirata más cercano al Guardia ni siquiera llegó a sacar su bláster de la pistolera antes de que Tierce estuviera sobre él. Un golpe corto; un movimiento confuso de sus manos; un crujido ahogado de hueso; y el pirata se derrumbó a la alfombra como un saco vacío. Hubo una maldición sobresaltada de su compañero a la derecha de Zothip; pero incluso mientras Disra volvía la cabeza para mirar, hubo un cuchicheo de movimiento desde la dirección de Tierce y la empuñadura de un cuchillo sobresalía de repente del pecho del hombre.

Un cuchillo que se unió al que ya estaba en su cuello.

Disra contuvo la respiración, sus ojos se lanzaron del pirata a la mujer alta y delgada que había aparecido de repente en el cuarto por la puerta oculta. Su mano se movió bruscamente, hubo un parpadeo de luz reflejada…

Y Zothip abrió la boca de dolor, tumbándose hacia adelante directamente hacia la patada devastadora que Tierce había arrojado a su estómago. Otra agonizante boqueada cuando el puntapié conectó, y el jefe pirata cayó desparramado con un golpe fuerte sobre el escritorio de la computadora, su bláster voló de una mano repentinamente flácida para aterrizar en el suelo.

Y Disra se encontró mirando la empuñadura del cuchillo que había aparecido en el centro de la espalda de Zothip. Un regalo, obviamente, de la mujer.

Alzó la vista hacia ella cuando caminó silenciosamente hasta el escritorio, ignorando a los tres imperiales. Agarrando la barba de Zothip, giró sus ojos vidriosos para enfrentarla.

—Eso fue por Lorardian —dijo, su voz baja pero amarga.

La boca de Zothip se movió una vez, pero no salió ningún sonido. Los ojos vidriosos se pusieron más vidriosos, y se cerraron, y cuando la mujer dejó ir su barba colgó una vez más y se quedó inerte.

De nuevo un silencio descendió al cuarto. Y una vez más, Thrawn fue el que lo rompió.

—Muy bien hecho —dijo—. Gracias por su ayuda.

—No que la hubiera necesitado —agregó tensamente Tierce. Disra lo miró, notando con alguna sorpresa que el Guardia había sacado de alguna parte un pequeño bláster y lo tenía apuntado hacia la mujer—. ¿Quién es usted?

Ella alzó la vista del cuerpo de Zothip, sus ojos oscura y ligeramente despectivos cuando miró a Tierce de arriba a abajo.

—Aparentemente, no toda su gente es tan apreciativa como usted, Almirante Thrawn —dijo, ignorando la pregunta del Guardia.

—Tendrá que perdonar al Mayor Tierce —dijo tranquilizadoramente Thrawn—. Mi seguridad es una de sus preocupaciones primarias, una responsabilidad, que él se toma

muy en serio. Pero no la entiende como yo —Agitó una mano hacia el bláster de Tierce—. Puede bajar el arma, Mayor. Las guardias de las sombras Mistryl no matan casualmente o sin causa.

Disra de repente sintió un escalofrío. ¿Una *guardia de las sombras Mistryl*? ¿Aquí en su palacio?

La mujer parpadeó, obviamente tomada desprevenida por la revelación de Thrawn de su identidad.

—¿Cómo supo quién soy? —demandó, estrechando los ojos.

—Oh vamos —dijo Thrawn, reprobando ligeramente mientras agitaba una mano lánguida hacia la carnicería—. ¿Después de esa demostración de sus habilidades de combate, quién podría ser más que una Mistryl? Y por supuesto, nos dio esa referencia a Lorardian —agregó suavizando la voz—. Mis condolencias por eso.

—Gracias —dijo, casi renuentemente inclinando la cabeza en reconocimiento—. No pensé que nadie más supiera o le importara lo que pasó allí.

—La información es parte de mi trabajo —dijo Thrawn.

—Supongo que sí —La mujer señaló a su izquierda con la cabeza—. ¿Qué está planeando hacer con las sobras?

—Todavía no lo sé —dijo Thrawn—. Dígame, Control: ¿qué haremos con usted?

Disra apartó la mirada de la mujer, de repente y tardíamente comprendiendo que no se habían ocupado del último pirata.

Y con una buena razón. Control estaba parado perfectamente quieto en el punto donde había estado cuando la lucha empezó, sus manos sostenidas abiertas y vacías delante de él, su bláster todavía en su pistolera. Sin embargo en su cara no había miedo o cólera, sino contemplación fría de la escena.

—Mis felicitaciones para usted, Almirante —dijo, inclinándole la cabeza a Thrawn y entonces a Tierce—. Y a usted, Mayor. Yo estaba esperando soldados de asalto en nichos ocultos de la pared. Su forma fue mucho más sutil e igualmente efectiva.

Volvió la cabeza para mirar a la mujer.

—Su aparición, por otro lado, fue completamente inesperada. Supongo que nos siguió furtivamente durante nuestra entrada. Daría mucho por saber cómo lo hizo.

—Lo único que las Mistryl tienen para ofrecer a los Piratas Cavrilhu es la muerte —contrapuso fríamente ella—. Dame una razón por la que no debería empezar contigo.

Control se encogió de hombros; pero Disra pudo darse cuenta que no estaba realmente tan tranquilo como estaba intentando mostrarse.

—Porque ya ha vengado las muertes de las Mistryl en Lorardian —dijo—. Zothip fue el que forzó la situación allí. No había nada que ninguno del resto de nosotros pudiera hacer al respecto.

Volvió los ojos a Disra.

—Al igual que él fue el que exigía una venganza contra usted y el Almirante Pellaeon por el fiasco en Pesitiin, Su Excelencia —agregó—. Me gustaría sugerir que todos esos disgustos pueden y deben ser dejados en el pasado.

Tierce resopló algo por lo bajo.

—¿Ciertamente valeroso, no?

—Esa no es la cuestión, Mayor —dijo Disra, sonriéndole a Control. De repente, todo tenía sentido—. Control aquí no está dando manotazos desesperadamente para intentar salvar su pellejo. Él había anticipado toda esta confrontación desde el comienzo.

La Mistryl le frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que decidió que estaba cansado de ser el segundo al mando —le contó Disra, mirando cuidadosamente a Control. La ligera sonrisa de comprensión en los labios del otro era toda la prueba que necesitaba que había dado precisamente en el clavo—. Todo fue política pura.

—Fue más que sólo política, Su Excelencia —dijo Control—. Zothip tenía la boca y la bravuconería; pero no tenía el cerebro para manejar una organización tan grande como la nuestra. Yo ya he sido por años el que la ha mantenido funcionando. Es tiempo de que tome el puesto al igual que el trabajo.

—Que conveniente que nosotros le hayamos despejado el camino —dijo Thrawn—. ¿Hay algo más que quiera de nosotros?

—Para empezar, me gustaría salir de aquí vivo —dijo Control, dándole a cada uno de los imperiales una sonrisa que se las arregló para que fuera engreída y congraciante a la vez—. Además de eso… —Titubeó—. Zothip tenía razón acerca de nuestro arreglo con el Moff Disra —dijo, volviendo su atención a Thrawn—. Era bastante bueno, pero también nosotros estábamos tomando demasiados de los riesgos. Aparte de eso, la Nueva República ahora parece estar tras nosotros. Yo creo que es hora de que salgamos.

—Entonces abandona su oportunidad de compartir la división de la galaxia tras la victoria del Imperio —advirtió Disra, preguntándose por qué incluso estaba molestándose en intentar convencer a Control en esto. Ciertamente no le importaba realmente si los Piratas Cavrilhu sobrevivían o no.

No necesitaba haberse preocupado.

—Correremos nuestros riesgos —dijo Control—. Usted puede ser un genio, Almirante, pero francamente no creo que ni siquiera usted pueda lograrlo.

—Como desee —dijo Thrawn—. Todavía, por supuesto, mantendrán la línea de producción de Aves de Presa en operación.

—La mantendremos andando —prometió Control—. De hecho, le daré a usted nuestro interés en toda la operación como un regalo de bienvenida por su regreso.

Sonrió afectadamente, pero a los ojos de Disra la expresión pareció sólo un poco hueca.

—Y como un símbolo de nuestra asociación pasada con el Imperio, y de nuestra separación de caminos amistosa.

—Por supuesto —dijo Thrawn, dándole una sonrisa de comprensión a cambio—. Y por si acaso está equivocado acerca de la magnitud de mi genio…

La sonrisa afectada se crispó y se desvaneció.

—Muchos grupos del bajo mundo quedaron atrapados en el medio la última vez que se enfrentó contra la Nueva República, Almirante —dijo—. Preferiría que los Piratas Cavrilhu no terminaran en esa posición.

—Creo que eso puede evitarse —convino Thrawn—. Ciertamente con tal de que los Aves de Presa continúen siendo entregados.

—Tiene un trato —dijo Control, sus ojos pasaron por la Mistryl cuando bajó cautelosamente los brazos—. Si eso es todo, entonces, tengo una organización que reestructurar. Buena suerte para usted, Almirante.

—Y para usted, Capitán Control —contestó Thrawn, inclinando ligeramente la cabeza—. Espero no verlo de nuevo a usted o a cualquiera de sus piratas en espacio imperial.

Control tragó saliva visiblemente.

—No señor —dijo mientras retrocedía hacia la puerta del pasadizo secreto—. No lo hará.

Se deslizó por la puerta y se desvaneció.

—Espero que dejarlo ir haya sido lo correcto —murmuró Disra. Pellaeon estaba al otro extremo de ese pasadizo, y sólo tenían la palabra de Control de que no estaba interesado en la venganza.

—No se preocupe —le aseguró Thrawn—. Como usted ya señaló, invirtió mucho tiempo y pensamiento para traer a Zothip aquí de esa forma. No, se dirigirá directamente de regreso a su nave con su relato de penalidades, y eso será todo.

—¿Qué hay de ella? —preguntó Tierce, señalando con la cabeza a la mujer. Había bajado su bláster como le habían ordenado, pero todavía lo sostenía preparado a su lado—. Vino con ellos.

—Vine detrás de ellos —corrigió la mujer—. Alcancé a oír un comentario acerca de clones y arreglos piratas con el Imperio y…

—¿Clones? —la cortó Disra—. ¿Quién estaba hablando acerca de clones?

Ella lo miró fríamente.

—Un par de agentes de la Nueva República llamados Han Solo y Lando Calrissian —dijo—. Puede que hayan oído hablar de ellos.

—Sí, creo que lo hemos hecho —dijo Thrawn con una sonrisa fácil—. En realidad, en este momento estamos intentando hacer contacto con ellos.

El labio de ella se crispó.

—Apuesto a que lo están.

—Pero más interesante para mí —continuó Thrawn—, sería oír su respuesta a la oferta que le hice hace unos minutos.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué oferta?

—¿No lo recuerda? —preguntó Thrawn—. Señalé que su recuperación a mi aparición había sido un poco lenta, pero por otra parte no estaba nada mal. Entonces hablé del deseo del Imperio de adquirir aliados.

Su frente se arrugó.

—¿De qué está hablando? —demandó—. Le hizo esa oferta a Zothip, no a mí. Ni siquiera sabía que yo estaba allí.

—Al contrario —dijo en voz baja Thrawn—. Estaba completamente enterado de su presencia. Y si recuerda mi oferta, podrá notar que nunca mencioné a Zothip o a sus piratas.

Ella lo miró fijamente, su cara reflejaba su obvio intento de averiguar si estaba diciendo la verdad o estaba dándole una carga de mentiras. Flim estaba tejiendo otro de sus hechizos… e incluso con el público con prejuicios en su contra, parecía estar funcionando.

Pero ahora mismo Disra no tenía tiempo para disfrutar del espectáculo.

—Estoy seguro de que usted y la dama tienen mucho que discutir, Almirante —murmuró, retrocediendo un paso hacia la puerta—. Sin embargo, si me disculpa, necesito volver con el Almirante Pellaeon.

—Claro, Su Excelencia —dijo Thrawn, despidiéndolo con un movimiento de la mano—. Quizás vayamos a otro cuarto para continuar con nuestra discusión —Le alzó una ceja a la mujer—. Es decir, asumiendo que esté interesada en lo que mi nuevo Imperio tiene que ofrecer a las Mistryl.

—Nosotras nunca hemos trabajado para el Imperio antes —dijo cautelosamente la mujer mientras Disra caminaba hacia la puerta y la abría.

—Ése era el Imperio de Palpatine —le recordó Thrawn—. El Imperio que yo propongo reconstruir…

El resto del discurso de ventas se perdió cuando Disra cerró la puerta detrás de él y se apresuró por el corredor. El pasadizo secreto habría sido más rápido; pero Pellaeon no sabía al respecto, y Disra prefería mantenerlo secreto por ahora. Cambiando de corredores, giró la última esquina, y se dirigió por el vestíbulo principal hacia los guardias de la puerta.

—¿El Almirante Pellaeon ha preguntado por mí? —les preguntó a los guardias mientras lo saludaban y se apartaban.

—No, Su Excelencia —dijo uno de ellos mientras las puertas dobles empezaban a abrirse—. En realidad, ya se fue.

Disra se paró abruptamente.

—¿Qué quiere decir que se fue? —repitió, asomándose a través de las puertas que se abrían. La oficina estaba de hecho vacía—. ¿Adónde se fue?

—No lo dijo, Su Excelencia —dijo el guardia.

Disra entró a la oficina, frunciéndole el ceño a todo el cuarto mientras las puertas se cerraban detrás de él. Esto no tenía ningún sentido. ¿Por qué simplemente se habrían ido Pellaeon y ese lacayo rastrero de Dreyf? Seguramente no habían simplemente decidido sacarlo de la horca.

Sus ojos cayeron en su escritorio…

Dio la vuelta alrededor del costado del escritorio en cinco rápidas zancadas, maldiciendo por todo el camino, sintiendo un sudor viscoso en la cara. No. No pudieron haberlo hecho.

Pero lo habían hecho. El cajón del escritorio oculto había sido forzado.

Y las datacards no estaban.

CAPÍTULO 23

La mano que tanteaba de Disra encontró el interruptor del comunicador.

—Tierce, venga aquí —se las arregló para decir, su voz sonaba rara a través del golpeteo de su corazón en sus oídos—. Ahora.

Cambió el comunicador a los guardias de afuera.

—¿Cuándo se fue Pellaeon? —demandó.

—Hace cinco o seis minutos, Su Excelencia —regresó la voz.

Lo que significaba que ya estaría fuera del palacio y dirigiéndose hacia el espaciopuerto, con las fuerzas de Seguridad Capital que podrían haberlo interceptado dispersas inútilmente alrededor de la ciudad en su caza por Solo y Calrissian. Disra apretó los dientes, una visión del gran proyecto que había trabajado tanto para crear, derrumbándose delante de sus ojos. Todo estaba en esas datacards: *todo*. Encriptadas, por supuesto; pero si Pellaeon podía desencriptarlas…

Y entonces otro pensamiento, aún más horrible le atravesó el corazón. El Coronel Vermel, escondido en una pequeña celda de detención silenciosa en la Estación Rimcee…

Le tomó casi un minuto establecer la comunicación de largo alcance a través de los varios retransmisores hasta el sistema Rimcee. Y cuando lo hizo…

Del otro lado del cuarto, la puerta secreta se abrió y Tierce entró a la oficina.

—Los tenemos —anunció con grave satisfacción—. Su nave está en la Bahía de Atraque 155…

—Pellaeon tiene las datacards —lo cortó viciosamente Disra.

—¿Qué? —demandó Tierce, acelerando el paso.

—Las datacards, necio —gruñó Disra—. La conspiración de Venganza, nuestro arreglo con los piratas de Zothip, los nombres y detalles del tejido industrial/financiero que he estado utilizando: todo.

Tierce siseó entre dientes, arrojando una mirada al cajón vacío.

—Increíble —dijo, casi como si hablara consigo mismo—. Realmente se abrió paso a sus archivos privados. Nunca lo hubiera pensado capaz de hacer eso. Debió haber sido idea de Dreyf.

—Podremos averiguar los detalles en el juicio —exclamó Disra—. Olvídese de, de quién fue la idea. ¿Qué vamos hacer?

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo Tierce con un encogimiento de hombros—. ¿Están encriptadas, no? Para cuando Pellaeon las desencripte…

—Ya lo ha hecho —lo cortó Disra—. Por lo menos lo suficiente. Sabe que Vermel está en la Estación de Rimcee.

La cara de Tierce se endureció.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque acabo de intentar contactarla —rechinó Disra—. Pellaeon ha hecho bloquear todas las transmisiones a todo el sistema.

Tierce arrojó una mirada oscura a la pantalla en blanco del comunicador.

—Un trabajo rápido —murmuró—. Muy bien, Almirante.

—Eso no importa —exclamó Disra, casi agitándose de miedo, rabia y frustración. ¿No entendía Tierce que todo el plan estaba a punto de derrumbarse encima de ellos?— Tenemos que detenerlo. Tenemos que sacar a Vermel antes de que Pellaeon llegue allí…

—No —dijo Tierce, su voz repentinamente decisiva—. *Lo que tenemos que hacer* es alcanzar a Solo y Calrissian antes de que lleguen a su nave y hacer que nuestro Gran Almirante haga una presentación para ellos.

—¿Está loco? —gruñó Disra—. ¡A Kessel con Solo… aquí estamos hablando de mi cuello!

—Tranquilícese, Disra —dijo Tierce, su voz fue como una palmada de agua fría en la cara del Moff—. Cualquier cosa que tenga Pellaeon no importa. ¿Entiende? No importa. Nosotros tenemos la máxima tarjeta de autorización: el Gran Almirante Thrawn. Todo lo que tiene que hacer es tomar el mando y declarar que todo lo que hemos hecho ha sido bajo su dirección. *Ahora* deje de pensar en eso.

Disra respiró hondo estremeciéndose, mirando a Tierce en furia silenciosa e impotente. Furia silenciosa por que el Guardia estaba desestimando tan casualmente todos los años que Disra había puesto en este proyecto. Furia impotente porque tenía razón.

—De acuerdo —dijo con voz ahogada—. Entonces nos olvidamos de Pellaeon. ¿Qué hacemos en cambio?

—No estaba escuchándome —dijo Tierce, sus ojos todavía estrechados mientras miraba la cara de Disra—. Tenemos el número de su bahía de aterrizaje; esa mujer Mistryl, D'ulin vino con ellos como polizón. El almirante y yo tenemos que llegar allí antes de que regresen. ¿Entiende?

—Sí, entiendo —gruñó Disra, su cerebro sólo ahora se empezaba a descongelar de la impresión y el pánico—. No soy un niño, sabe.

—Me alegra oírlo —dijo fríamente Tierce—. Porque mientras nosotros estamos allí afuera, usted va a ir a charlar con D'ulin. Averigüe lo que quiere y qué hará falta para traer a las Mistryl a nuestro lado.

Disra sintió que su boca caía abierta un centímetro. Los reportes que había oído acerca de las Mistryl…

—¿Quiere intentar hacerlas aliadas? ¿Ha perdido la cabeza? ¡Ellas odian al Imperio!

—Necesitamos un nuevo grupo del bajo mundo para reemplazar a los Piratas Cavrilhu —dijo Tierce, con voz de paciencia exagerada—. Y no tenemos tiempo para discutir al respecto. Thrawn y D'ulin están en la biblioteca enfrente de su habitación. Vaya y hágase cargo para que él y yo podamos ir al espaciopuerto. ¿Entiende? Ahora muévase.

El comando exclamado hizo que Disra diera un salto.

—Nunca me vuelva a hablar de esa forma, Mayor —advirtió, en voz mortalmente baja—. Nunca.

—Entonces nunca vuelva a caerse a pedazos frente a mí, Su Excelencia —contrapuso Tierce. Si estaba impresionado o intimidado por la advertencia de Disra, no lo demostró—. Ahora muévase.

• • •

La legión de tropas imperiales que Han había temido que estuviera cercando el espaciopuerto no estaba allí. Tampoco los guardias de mirada dura que había esperado en la entrada, los droides monitores a lo largo de la calle de acceso, o los soldados de asalto en la puerta a su bahía de atraque. De hecho, a todas las apariencias parecía que se habían salido con la suya.

Y todo eso por sí mismo era suficiente para preocuparlo. Mucho.

Lando también lo sentía.

—*Esto no me gusta nada*, Han —murmuró, mirando alrededor de la calle detrás de ellos mientras Han abría la puerta de la bahía—. Es demasiado fácil.

—Sí, ya lo sé —convino Han, echando una última mirada alrededor mientras tomaba el brazo de Lobot y lo guiaba a través de la puerta. Los cambios al-vuelo de Lando en la programación de su implante durante la última hora podían haber hecho a los imperiales perder el rastro, pero también habían dejado a Lobot bastante aturdido. Si había una pelea en la rampa del *Dama Suerte*, él no iba a ser ninguna ayuda en absoluto.

El pasadizo oscuro a través del área de servicio y de suministro de la bahía de atraque también estaba desierto.

—Enciende los motores tan pronto como estemos a bordo —Han le dijo a Lando cuando salieron hacia el permacreto bajo el cielo abierto. El *Dama Suerte* todavía estaba allí, viéndose igual que como lo habían dejado—. Yo me encargaré de las armas. Quizá Moegid pueda entrar en la computadora del espaciopuerto y pueda conseguirnos un permiso de salida rápido…

—Eso no será necesario —vino una voz tranquila desde detrás de ellos.

Han se giró, sacando de un tirón el bláster del que se había apropiado. Detrás de ellos en el permacreto había aparecido el fluctuante holo de tamaño natural de un hombre. Un hombre de piel azul, llevando un uniforme imperial blanco…

Lando hizo un extraño sonido en el fondo de su garganta.

—Es él —murmuró.

Han asintió, sintiéndose aturdido. De hecho lo era.

El *Gran Almirante Thrawn*.

—Por favor dejen sus armas en el suelo —dirigió Thrawn—. Preferiría hablar con ustedes cara a cara, pero comprenderán que no tengo ningún deseo de que me disparen.

—Lo comprendemos —convino Han, manteniendo su bláster firmemente agarrado, sus ojos se lanzaron alrededor de la bahía de aterrizaje. Debía haber algunas tropas de verdad en alguna parte por aquí…

El holo sonrió.

—Vamos, Capitán Solo —dijo tiernamente—. Seguramente no piensa que simplemente podrá abrirse camino a los tiros fuera de Bastión como lo ha hecho en tantos otros sistemas durante su probada carrera. ¿No desea volver a ver a su esposa e hijos?

Han apretó el asimiento en su bláster, sintiendo que el sudor se acumulaba en su frente.

—Sí, ese es más o menos el punto, ¿no? —dijo.

El holo agitó la cabeza.

—Me malinterpreta, Capitán —dijo Thrawn—. No tiene nada que temer de mí. Todo lo que quiero es una palabra con usted, y entonces usted y sus compañeros serán libres de seguir su camino —Señaló hacia Lando con la cabeza—. Pregúntele al Capitán Calrissian. Le permití dejar mi Destructor Estelar.

—Esto no es exactamente lo mismo —dijo tensamente Lando—. Ésta es su capital oculta. No van a querer que nadie sepa donde está.

—Vamos, Capitán —dijo Thrawn, medio con desdén—. ¿Realmente cree que esperaría que el conocimiento de la ubicación actual de Bastión muera con usted? La sede de la autoridad imperial se ha mudado antes, muchas veces. Ciertamente podría mudarse de nuevo. Sin embargo, usted aparentemente necesita más persuasión.

Un movimiento por el rabillo del ojo captó la atención de Han. Alzó la vista…

Para ver que una fila de soldados de asalto se alineaba a lo largo del borde del techo del área de almacenamiento de la bahía de aterrizaje, con rifles bláster apuntados hacia ellos.

Suspiró. Deberían haber arremetido hacia el *Dama Suerte* cuando el holo apareció por primera ves en lugar de dejar que Thrawn los demorara así. Ahora era demasiado tarde.

—¿Cómo nos encontró? —preguntó, poniendo el seguro del bláster y apoyando el arma en el suelo delante de él.

—No fue difícil —dijo el holo mientras Lando renuentemente seguía su ejemplo con su lanzacartuchos—. Sabía que ninguno de ustedes tenía la especialización en computadoras necesaria para irrumpir en los Archivos Especiales. Sospeché que estaban usando un verpine para eso, así que les dije a mis hombres que hicieran un escaneo en esas frecuencias de comunicador.

—Buscando un eco —dijo Han, asintiendo—. Habría jurado que interrumpimos eso antes de que pudieran ubicarnos.

—Me malinterpreta, Capitán —No estaba buscando un eco. Abruptamente, el holo se desvaneció…

Y dando la vuelta alrededor de una pila de contenedores de almacenamiento a su derecha apareció el mismo Thrawn, su uniforme blanco deslumbrantemente brillante a la luz del sol de la tarde.

Pero no más deslumbrante que la armadura brillante de los seis soldados de asalto que lo flanqueaban en posición de guardia. Pensándolo mejor, decidió Han, una arremetida loca hacia el *Dama Suerte* no habría sido un plan tan inteligente después de todo.

—Meramente estaba buscando confirmación de que su experto en computadoras era un verpine —continuó Thrawn mientras caminaba hacia ellos—. Una vez que proporcionaron esa confirmación cubriendo esas frecuencias de biocomunicador, todo lo que tuve que hacer fue buscar en los registros del espaciopuerto una nave que hubiera aterrizado aquí supuestamente ocho, doce, o diecisiete días antes que la sonda dron que siguieron desde la estación de contacto del Ubictorado en Parshoone.

—Espere un minuto, me ha perdido —dijo Han, frunciendo el ceño—. ¿Ocho, doce, o diecisiete días?

Thrawn sonrió.

—Ésos son números importantes para los verpines —dijo—. No conscientemente, quizás, pero no obstante fijados profundamente dentro de ellos. Era obvio que su verpine era el experto en computadoras de su grupo; por consiguiente, habría sido el que haría cualquier alteración en los archivos del espaciopuerto para esconder la ubicación de su nave. ¿Necesito continuar?

—No —dijo Han, un escalofrío helado lo atravesó. Allá en el retiro de él y Leia en la Torre Bosqueoro Lando había dicho haber visto a Thrawn; lo había dicho, lo había defendido, lo había mantenido a pesar de toda la evidencia y argumentos al contrario. Han se había preguntado entonces cómo su amigo podía haberse asustado tan fácilmente.

Ahora, finalmente, lo comprendió.

—Bueno —dijo Thrawn, mirándolo con una profundidad de comprensión que a Han no le cayó nada bien—. Entonces vayamos al grano —Levantó ligeramente la voz—. ¿Mayor?

Desde atrás de otra pila de cajas a la izquierda apareció un jovencito llevando la insignia de un mayor, sus ojos cautos en los prisioneros. En su mano derecha sostenía un bláster; en su izquierda, una datacard.

—Como puede recordar de nuestra última conversación, Capitán Calrissian —continuó Thrawn mientras el mayor caminaba hacia ellos—, usted sugirió que si quisiera salvar a la Nueva República de su actual crisis, simplemente debería darles una copia completa del Documento de Caamas.

—Sí, lo recuerdo —dijo Lando mientras el mayor se detenía a un metro delante de él—. Usted dijo que eso llevaría demasiado tiempo.

—Resultó ser menos tiempo de lo que pensé —convino Thrawn—. Aquí está.

El mayor ofreció la datacard.

—¿Qué quiere decir, ahí está? —preguntó Lando, mirando la datacard como si esperara que le explotara en la cara.

—El Documento de Caamas —dijo simplemente Thrawn—. Es suyo. Tómenlo.

Lenta, vacilantemente, Lando tomó la tarjeta.

—¿Qué es lo que quieren a cambio? —preguntó cuando el mayor retrocedió un paso.

—No pido nada a cambio —le aseguró Thrawn—. Como le dije antes, meramente deseo ayudar.

—Claro que sí —interpuso Han, sus palabras sonaban ásperas en sus oídos después de los tonos más urbanos del Gran Almirante—. ¿Como ayudó a destrozar el Edificio de los Clanes Combinados en Bothawui?

Los ojos rojos resplandecientes se enfocaron en él.

—Explíquese.

—Hubo un equipo imperial detrás de ese alboroto —dijo tiesamente Han. A su lado, Lando estaba indicándole que se callara, y tuvo que admitir que acusar a Thrawn así a la cara probablemente no era la cosa más política que podría haber hecho. Pero había sido su cuello el que había estado allí en la línea, el suyo y el de Leia, y no iba a simplemente quedarse parado aquí y dejar que Thrawn se saliera con la suya haciendo ruidos conciliatorios. No después de toda la muerte y destrucción que el alboroto había causado—. Encontramos el cristal de redirección que usaron con su bláster de francotirador Xerrol Nightstinger.

Había esperado un parpadeo de culpa, o por lo menos una punzada de reconocimiento. Pero en cambio Thrawn meramente le dio una frágil sonrisa.

—Sí, un Xerrol Nightstinger —dijo, con voz teñida de amargura—. Aparentemente todavía es una herramienta favorita entre asesinos y saboteadores. Pero en este caso, está mirando en la dirección equivocada. Los últimos cinco Xerrols del Imperio fueron robados *hace seis meses* de un depósito del Ubictorado en Marquarra.

Sus ojos destellaron.

—Si quiere encontrarlos, sugiero que investigue la finca privada del Alto Consejero Borsk Fey'lya.

Han intercambió miradas sobresaltadas con Lando.

—¿Fey'lya?

—Sí —dijo Thrawn—. Fue su ejército privado el que los robó.

—No —dijo Han, la palabra le salió automáticamente—. Eso es ridículo.

Y sin embargo…

Fey'lya había sabido que él y Leia iban al Edificio de los Clanes Combinados para comprobar el verdadero estado de las finanzas bothans, un trabajo que de algún modo nunca consiguieron terminar después del alboroto. Y era justo la clase de puñalada por la espalda por la que los bothans eran famosos.

Thrawn se encogió de hombros.

—No voy a intentar convencerlos. La verdad está ahí para que la encuentren, si les interesa. Entretanto… —Inclinó la cabeza hacia la datacard en la mano de Lando—. Buen día, caballeros. Que tengan un buen viaje.

Sin esperar una respuesta se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, la mitad de su guardia de tropas de asalto se formó alrededor de él. Los tres soldados de asalto restantes y el mayor esperaron hasta que estuvo fuera de vista antes de volverse y seguirlos.

Cuando ellos también se desvanecieron a través de la puerta la fila de soldados de asalto de arriba se volvió y se alejó por el tejado.

Y un momento más tarde Han, Lando, y Lobot se quedaron solos.

Han se volvió hacia Lando, encontró al otro mirándolo fijamente bajo párpados encapotados.

—Bueno, Lando —dijo, intentando mantener la calma en la voz. No fue uno de sus mejores esfuerzos—. Supongo que te debo una disculpa.

—No te preocupes por las disculpas —dijo Lando, inclinándose para recuperar sus armas mientras daba una mirada rápida a la azotea vacía—. Simplemente salgamos de aquí, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Han, tomando el brazo de Lobot y dirigiéndolo hacia la rampa del *Dama Suerte*—. Vámonos.

• • •

—Debió haber visto sus caras —dijo Flim, arremolinando su bebida alrededor de su vaso, su voz malhumorada en raro contraste con lo que debieron haber sido palabras de regodeo—. Estaban tan petrificados, y esforzándose tanto por ocultarlo. Fue bastante cómico.

—Estoy seguro de que apenas podía contener las carcajadas —dijo agriamente Disra—. ¿La pregunta es, se lo creyeron?

—Se lo creyeron —le aseguró Tierce, sacando una datacard de su datapad y recogiendo la siguiente de su pila. Sólo él de entre los tres, parecía no tener ninguna duda acerca de la actuación de Flim—. Nuestro Gran Almirante estuvo tan liso como el transpariacero pulido. Ni siquiera parpadeó cuando Solo le arrojó el equipo comando de Bothawui en la cara.

—¿El equipo de Bothawui? —demandó agudamente Disra—. ¿Nuestro equipo de Bothawui? ¿El grupo de Navett?

—Relájese… estaba hablando de él en conjunto con el alboroto del Edificio de los Clanes Combinados —dijo Tierce—. No hubo ninguna indicación de que supieran que ahora Navett está allí de nuevo.

—Espero que no —gruñó Disra. Por otro lado, toda esa conspiración estaba listada en las datacards que Pellaeon le había robado. Sin embargo, era improbable que Pellaeon corriera directamente a Coruscant para advertirles, aun cuando dejara de revolver los datos financieros lo suficiente para incluso notar que estaba allí—. ¿Cómo averiguaron que preparamos el alboroto?

Tierce se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Aunque no importa: el Almirante los desvió muy bien —Miró a Flim—. ¿Qué fue todo eso sobre un depósito de armas robado en Marquarra? No recuerdo haber oído nada acerca de eso.

Flim sorbió su bebida.

—No lo recuerdas —dijo—, porque lo inventé todo. Me figuré que los haría…

—¿Se lo inventó? —lo cortó Disra—. ¿Qué tipo de maniobra tonta fue esa?

—Una que me quitó a Solo de encima —dijo tensamente Flim—. ¿Por qué? ¿Lo desaprueba?

—Sí, lo desapruebo —dijo entre dientes Disra—. Es fuera de personaje. Thrawn no iba por ahí inventando cosas… si no sabía algo, lo decía.

—Calma, Su Excelencia —dijo Tierce. Pero tampoco se veía tan feliz, cuando miró a Flim—. Tenía que decir algo… no podemos estar ofreciéndole a Coruscant el Documento de Caamas con una mano y ayudando a fomentar alborotos con la otra. Por lo menos nos compró el tiempo que les tomará verificarlo.

Disra resopló.

—Lo poco que será.

—Por poco que sea será suficiente —dijo firmemente Tierce—. En siete días la guerra civil de la Nueva República está programada para empezar. En ese punto, nadie va a preocuparse por unos alborotos y un manojo de Xerrol Nightstingers.

Señaló con la cabeza hacia la puerta secreta.

—¿Y hablando de comprar cosas, cómo fue su charla con nuestra invitada? ¿Vamos a poder comprar sus servicios?

—No lo sé —dijo Disra, su boca se apretó brevemente—. Las Mistryl no trabajan para los imperiales… me debe haber dicho eso quince veces. Por otro lado, estuvo de acuerdo en llamar a una de sus líderes a que venga a charlar con nosotros. Y hay algo que quieren muchísimo, pero no pude llegar a hacerla contarme qué es.

—Qué tal si lo que quieren es venganza —dijo sobriamente Flim—. Como todos los demás en estos días.

—¿Venganza contra quién? —preguntó Disra.

Flim se encogió de hombros.

—La historia que corre por el bajo mundo es que su planeta fue devastado en una guerra contra una persona o personas desconocidas hace algún número de décadas. El dinero que las Mistryl ganan haciendo contratar sus servicios supuestamente todavía se usa para apoyar a los sobrevivientes.

—¿Cuál es el nombre del planeta? —preguntó Disra.

—No lo sé —dijo Flim—. Lo mantienen muy en secreto. Probablemente temen que quienquiera que lo hizo regrese y termine el trabajo.

—Ella dijo algo sobre venganza por Lorardian —meditó Tierce—. ¿Podría ser ése el sistema?

—No tengo idea —dijo Flim, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera sé quién o qué es Lorardian.

—¿Qué quiere decir, que no lo sabe? —dijo Disra, frunciendo el ceño—. Usted sonó como si supiera todo al respecto allí atrás.

—También soné como si supiera que ella estuvo escondida detrás de la puerta todo el tiempo —contrapuso pacientemente Flim—. Todo el truco detrás de ser un buen timador está en convencer al blanco de que sabes más de lo que realmente sabes.

Disra hizo una mueca. Timadores.

—Por supuesto. Lo olvidé.

—No se haga el alto y noble indignado conmigo, Disra —advirtió Flim, su cara oscureciéndose—. Sus correrías de los Piratas Cavrilhu a las naves de la Nueva República fueron tan timo como esto. Al igual que lo es su pequeño precioso movimiento de Venganza, dicho sea de paso —agregó, cambiando su mirada a Tierce—. Unos agitadores imperiales que se hacen pasar por un gran grupo de civiles descontentos. Para no mencionar toda esta charada de Thrawn. ¿No les gustan los timos? Bueno, que lástima. Están hasta el cuello en ellos, los dos. No que tengan alguna opción. No con la forma en la que está el Imperio.

Dejó caer los pies de vuelta al suelo con un golpe ahogado y se puso de pie.

—Y les diré algo más —agregó—. Si y cuando lleguen al punto adonde tengan toda la fuerza militar que quieran, todavía van a necesitarme.

Se palmeó el pecho.

—Yo soy el único de este grupo que conoce el bajo mundo. Quiénes son los piratas y mercenarios, adónde encontrar un buen cazador de recompensas en poco tiempo… si quieren contratar más agentes independientes, tendrán que venir a mí. Yo soy el que pude señalar a D'ulin como una Mistryl sólo por la forma en que luchó.

—No estamos discutiendo —dijo Disra, tomado un poco desprevenidamente por el fuego de la perorata del timador—. ¿Entonces qué está intentando decir?

—Estoy diciendo que si y cuando esta Mano de Thrawn suya se presente, podrían ya no necesitar mi mascarada de Thrawn —respondió el fuego Flim—. Pero todavía me necesitarán.

Por un largo momento el cuarto se quedó en silencio. Flim miró de un lado a otro entre los dos de ellos, respirando un poco pesadamente.

Tierce fue el primero que rompió el silencio.

—¿Terminaste? —preguntó suavemente.

Flim estudió su cara, y algo de la rigidez pareció dejar su espalda.

—Sí —murmuró—. Yo sólo… esto va revolver la olla, Tierce, desde Coruscant al Borde Exterior. A menos que la Mano de Thrawn esté viviendo bajo una roca, no hay ninguna forma en que se pierda esto.

—Ya te dije antes que podríamos protegerte de ella —dijo Tierce—. Y lo haremos. No te preocupes por eso.

—Sí —Flim tomó un largo sorbo de su vaso—. Sí. Seguro.

• • •

Lando tiró de la palanca del hiperimpulsor, y delante de ellos las estrellas del cielo de Bastión se estiraron en líneas estelares.

—Bueno —dijo. Había intentado que la palabra sonara casual, pero todo lo que sonó fue ronca—. Supongo que realmente hablaba en serio. Acerca de dejarnos ir.

A su lado, Han no contestó. Dicho sea de paso, probablemente no había dicho ni diez palabras desde que Thrawn se había ido de la bahía de atraque. Lando miró de costado a su amigo, preguntándose si era hora de empezar a preocuparse por él.

Han debió haber sentido la mirada del otro.

—¿Era realmente él, no? —dijo en voz baja, su propia mirada todavía en los patrones revueltos del hiperespacio.

Lando asintió, su garganta se sentía estrecha.

—Perfectamente en calma, perfectamente en control, tres pasos adelante todo el camino —dijo—. Nadie más que Thrawn.

—No lo habría creído —Han miró a Lando, su boca temblaba—. Supongo que no lo creí —se enmendó—. Cualquier cosa que te haya dicho allá en la Torre Bosqueoro…

—Olvídalo —dijo Lando, desestimando la disculpa—. Estuve justo allí la primera vez, y ni siquiera yo lo creí. Por lo menos, no quise hacerlo.

Han agitó la cabeza.

—Estamos en problemas, Lando —dijo—. De ahora en adelante, no podemos confiar en nada que veamos. En nada que veamos, en nada que oigamos, en nada que pensemos que debemos hacer. No con Thrawn de vuelta en la escena.

—No lo sé —dijo dudosamente Lando—. Con Thrawn o sin Thrawn, el Imperio todavía está reducido a ocho sectores. Quizá eso es realmente todo lo que busca, espera confundir tanto a Coruscant que simplemente se congele.

—¿Quién sabe? —gruñó Han, algo de calor empezaba a rezumar en su voz. Por lo menos ya no sonaba atontado y desmoralizado. Era hora, pensó Lando—. Eso es lo que te vuelve tan loco de él. Intentas hacer algo, y las posibilidades son que eso sea exactamente lo que él quería que hicieras. Te detienes y no haces nada, y te pone una soga al cuello.

—¿Entonces qué supones que espera que hagamos con esto? —preguntó Lando, sosteniendo la datacard.

—No sé lo que él espera —dijo Han, extendiendo la mano y tomándola—. Pero te diré lo que vamos a hacer. Primero, vamos a leerla y a ver si da esos nombres que todos están tan ansiosos por conseguir. Segundo, vamos a llamar a Leia en cuanto estemos en rango de la HoloRed y dejarla saber que lo tenemos. Y tercero…

Agitó un pulgar por encima de su hombro.

—Vamos a soltar a Moegid en la cosa y hacerlo verificarla de dieciséis formas desde el centro. A ver si puede encontrar cualquier sorpresa que Thrawn nos ha envuelto.

Lando miró cautelosamente la datacard.

—¿Crees que hay sorpresas?

—Es Thrawn —dijo simplemente Han.

Lando asintió.

—Correcto.

Levantándose de su asiento, Han dio una mirada final a los instrumentos.

—Vamos… No confío en usar esta cosa en ninguna parte cerca de la computadora de la nave —dijo, dirigiéndose hacia la puerta de la cabina del piloto—. Busquemos un datapad y averigüemos qué dice.

CAPÍTULO 24

La primera parada de navegación que había hecho el *Salvaje Karrde* después de dejar Dayark no mostró nada adelante. Nada más que la luz retorcida de la Hendidura de Kathol y los ardientes rastros helados de chorros de gas ionizado y nebulosas en miniatura que parecían como si hubieran sido arrancadas de ella con violencia. La segunda parada fue igual, y la tercera, hasta que Shada había empezado a preguntarse si el legendario mundo perdido de Exocron no era verdaderamente nada más que un mito.

En la quinta parada, lo encontraron.

—Se ve bastante agradable —comentó algo dudosamente Trespeó desde el costado de Shada cuando miraban afuera por el ventanal del puente del *Salvaje Karrde* al pequeño planeta que se aproximaba rápidamente—. Espero que sean amistosos.

—Yo no contaría con eso —le advirtió Shada, sintiendo una poco familiar sequedad desagradable en la boca. Allí abajo en alguna parte, si Jade y Calrissian tenían razón, Jorj Car'das estaría esperando por ellos.

Al timón, Odonnl se volvió a medias en su asiento.

—¿No deberíamos tener los turboláseres preparados? —le preguntó a Karrde—. ¿Sólo en caso de que no estén contentos de que hayamos infringido su privacidad?

Shada miró a Karrde. Él estaba escondiendo bien su nerviosismo, pero ella no tenía ningún problema en verlo.

—Estamos aquí para hablar, no para luchar —le recordó a Odonnl, con voz firme—. No quiero que nadie allí abajo tenga la impresión equivocada.

—¿Sí, pero después de Dayark?

—Estamos aquí para hablar —repitió Karrde, su tono no dejó lugar a discusión—. ¿H'sishi, estamos captando algún sondeo? ¿O transmisiones, Chin?

[Ningún sondeo todavía, Jefe], dijo la togoriana. Su pelaje, notó Shada, se había mullido apenas perceptiblemente. Aparentemente, ella también había notado el humor de Karrde.

—Nada de transmisiones tampoco, Cap'tán —agregó Chin—. Quizás no nos ven entrar.

—Oh, claro que nos ven —dijo Karrde, con una insinuación de severidad arrastrándose en su tono—. La única pregunta…

Se interrumpió por un pitido del comunicador.

—Nave estelar entrante, éste es el Almirante Trey David, segundo al mando del Almirante Supremo Horzao Darr de la Flota Aeroespacial Combinada de Exocron —dijo una voz cortés pero firme—. Por favor identifíquense.

Chin se estiró hacia su tablero…

—No, lo haré yo —le dijo Karrde, visiblemente tomando fuerzas mientras tocaba el interruptor de su comunicador—. Éste es Talon Karrde a bordo del carguero *Salvaje*

Karrde, Almirante David. Nuestras intenciones son totalmente pacíficas. Me gustaría tener permiso para aterrizar.

Hubo una pausa larga. De hecho, una pausa muy larga. Shada se frotó suavemente los nudillos, visualizando un argumento acalorado en la oficina de la Flota Combinada de Exocron…

—*Salvaje Karrde*, éste es el Almirante David —regresó la voz—. Me dicen que está aquí para ver a Jorj Car'das. ¿Puede confirmar eso?

Shada miró con atención a Karrde. Pero aparte de un ligero tirón en la comisura de su boca no hubo ninguna reacción.

—Sí, puedo —dijo, su voz un poco hueca pero bajo control—. Hay una cuestión vital que necesito discutir urgentemente con él.

—Ya veo —Hubo otra pausa, más corta esta vez—. ¿Está esperándolo?

Otro tirón del labio.

—No sé si esperando es la palabra apropiada. Creo que sabe que estoy viniendo.

—Lo cree —dijo David, su voz de repente sonaba un poco rara—. Muy bien, *Salvaje Karrde*, tiene permiso en el Círculo 15 del campo de aterrizaje militar en la Ciudad de Rintatta. Ahora le estamos enviando las coordenadas.

—Gracias —dijo Karrde.

—Las tengo —murmuró Odonnl, estudiando su pantalla de navegación—. Parece bastante fácil.

—Tenemos una escolta en camino —continuó David—. Confío en que no tengo que decirles que cooperen con ellos.

—Entiendo completamente —dijo Karrde—. ¿Lo veremos a usted allí?

—Lo dudo —dijo David; y esta vez definitivamente había una oscuridad en su voz—. Pero quizás todos tengamos suerte. Nunca se sabe. David fuera.

Por un momento el puente estuvo en silencio. Shada echó una mirada a los demás, a sus caras estrechas, hombros tensos y expresiones graves. Si no hubieran sabido antes en lo que se estaban metiendo, decidió, se enteraron ahora.

Y sin embargo, no vio ninguna indicación que ninguno ni siquiera estuviera pensando en intentar echarse atrás. Una tripulación verdaderamente leal, cerradamente tejida, completamente dedicada a su jefe.

Igual que la propia Shada había estado dedicada una vez a los ideales de las Mistryl. Incluso cuando las mismas Mistryl casi se habían olvidado de esos ideales.

Incluso ante el peligro que se cernía adelante, el recuerdo de esa pérdida todavía le dolía.

—¿Instrucciones, Capitán? —preguntó en voz baja Odonnl.

Karrde no titubeó.

—Llévanos abajo —dijo.

• • •

La Ciudad de Rintatta era un racimo de mediano tamaño de edificios de estilo militar intercalados con unas cincuenta plataformas de aterrizaje de variados tamaños, muchas con naves ya posadas en ellas. Las áreas militares estaban a su vez rodeadas por un ancho anillo de casas y negocios y edificios de la comunidad de estilo civil. Todo estaba anidado contra la base de una cordillera baja pero de lados empinados, la ciudad se abría a una llanura herbosa en sus otros lados.

No hubo ninguna sacudida como había habido en Pembric 2. Ni hubo ninguna clase de aduana o preguntas a su llegada en absoluto mientras el *Salvaje Karrde* se dirigía a la superficie. Las dos viejas naves de patrulla de sistema que el Almirante David había enviado escoltaron al carguero a su círculo de aterrizaje asignado, los vieron bajar, entonces se dirigieron de nuevo al cielo sin comentarios. Alrededor de las otras naves, cientos de hombres y mujeres y docenas de vehículos pequeños se apuraban en sus propias varias tareas, ignorando completamente a la nave extraplanetaria que se había posado en medio de ellos. A todas las apariencias, pensó Karrde mientras él y los demás bajaban por la rampa, todo Exocron podría estar intentando simular que los visitantes no existían.

Con una notable excepción.

—Buen día, Capitán Karrde —dijo Enedós Nee desde el pie de la rampa de aterrizaje del *Salvaje Karrde*—. Bienvenido a Exocron. Veo que incluso sin mi ayuda pudo encontrarnos. Hola, Shada; hola, Trespeó.

—Hola, Amo Enedós Nee —contestó Trespeó, sonando perceptiblemente aliviado de ver una cara familiar—. Confieso que no había esperado encontrarlo aquí.

—También había alguna pregunta acerca de ustedes —dijo alegremente Enedós Nee—. Cuando los vi por última vez en Dayark, parecían estar teniendo problemas de piratas —Dio un paso más hacia la rampa y se asomó a la nave—. ¿Vendrá su encantadora togoriana con nosotros?

—No, H'sishi se quedará en la nave —le contó Karrde, mirando al hombrecito con algo de preocupación. H'sishi era una miembro cada vez más valorada de su tripulación, pero encantadora no era un término descriptivo que le habría venido a la mente automáticamente.

—Una lástima —dijo Enedós Nee, mirando de nuevo a Shada y a Trespeó—. ¿Entonces ya están todos? ¿No quieres traer a nadie más?

Karrde sintió que sus músculos se tensaban de nuevo, a pesar de todos sus esfuerzos por relajarlos. Ciertamente quería traer a más gente con él. A toda la tripulación del *Salvaje Karrde*, para empezar, más las tripulaciones del *Hielo Estrellado* y el *Etherway*, la fuerza de operaciones de la Nueva República del General Bel Iblis completa, el Escuadrón Pícaro, y unos cuatro clanes de guerreros noghri.

Pero incluso si hubiera tenido tales recursos, sería un gesto fútil. Car'das estaba esperando por él, y traer a más gente sólo significaría poner a más gente en riesgo. Esa no era la razón por la que él estaba aquí.

—Sí —le dijo a Enedós Nee—. Ya están todos. ¿Asumo que estás aquí para llevarnos a Jorj Car'das?

—Si deseas verlo —dijo el hombrecito, con la mirada pensativa en la cara de Karrde. Una vez más, como en Dayark, vislumbres del verdadero Enedós Nee se asomaron a través de la fachada cuidadosamente labrada de inofensividad—. Bueno. ¿Vamos?

Los guió a un deslizador terrestre descapotable al borde del círculo de aterrizaje; un deslizador terrestre, notó Karrde, que a pesar de la aparente sorpresa de Enedós Nee por el pequeño tamaño de la partida era de sólo cuatro asientos. Entretejiendo con experiencia su camino entrando y saliendo entre el resto del tráfico, el hombrecito partió hacia las montañas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Shada, haciendo señas hacia sus alrededores mientras Enedós Nee esquivaba un camión de combustible de movimiento particularmente lento.

—Se están preparando para alguna clase de maniobras, espero —dijo el otro—. La gente militar siempre está maniobrando para uno u otro lado.

—¿Cuánto falta para donde nos encontraremos con Car'das? —preguntó Karrde, no particularmente interesado en lo que la Flota Aeroespacial Combinada de Exocron tenía en su agenda para el día.

—No mucho —le aseguró Enedós Nee—. ¿Ves ese edificio celeste directamente adelante, el que está apenas subiendo la cuesta de la montaña? Ahí es adonde está.

Karrde se protegió los ojos de la luz del sol. A esta distancia, por lo menos, no era un lugar muy impresionante. No era una fortaleza; ni siquiera una mansión.

De hecho, cuando Enedós Nee pasó el área militar y empezó a ir por la sección de tráfico civil más escaso de la ciudad, el edificio celeste de adelante empezó a parecerse cada vez más a una casa simple y modesta.

Shada aparentemente estaba pensando a lo largo de las mismas líneas.

—¿Es ahí donde vive Car'das, o sólo dónde nos encontraremos con él? —preguntó ella.

Enedós Nee le arrojó una rápida sonrisa.

—¿Siempre son preguntas contigo, no? Una mente tan buena y pensativa.

—Hacer preguntas es parte de mi trabajo —contrapuso Shada—. Y no me has contestado.

—Contestar preguntas no es parte de mi trabajo —dijo Enedós Nee—. Oh vamos, no hay necesidad de impacientarse… es sólo un poco más. Sólo relájate y disfruta del viaje.

La casa celeste continuó viéndose más pequeña y menos impresionante cuanto más se acercaban. Más pequeña, menos impresionante, más vieja, y considerablemente más desaliñada.

—Como pueden ver, fue construida justo contra la cara del risco —comentó Enedós Nee mientras conducía pasando el último racimo de otras casas y entraba a un campo herboso atravesado a la mitad por un rápido riachuelo—. Creo que el dueño original pensó que eso le daría estabilidad adicional durante los vientos de invierno.

—¿Qué le pasó al lado izquierdo? —preguntó Shada, señalando—. ¿Se derrumbó?

—No, nunca fue construido —le contó Enedós Nee—. Car'das empezó una vez a ampliar la casa, pero… bueno, ya lo verán.

Un cosquilleo desagradable le bajó a Karrde por la espalda.

—¿Qué quieres decir que ya lo veremos? ¿Qué lo detuvo?

Enedós Nee no contestó. Karrde miró a Shada, la encontró mirándolo con una rara expresión en la cara.

Un minuto más tarde estaban allí. Enedós Nee detuvo suavemente el deslizador terrestre delante de una puerta que una vez había sido blanca cuya pintura se había descascarado y descolorido por la edad y el abandono.

—Tú vas primero —dijo Shada a Enedós Nee, poniéndose diestramente entre Karrde y la casa—. Yo iré detrás de ti; Karrde estará detrás de mí.

—Oh, no, no será así en absoluto —dijo Enedós Nee. Agitó la cabeza, en un rápido movimiento de aspecto nervioso—. Sólo el Capitán Karrde y yo podremos entrar.

Los ojos de Shada se estrecharon.

—Déjame ponerlo de otra forma…

—No, está bien, Shada —dijo Karrde, dando la vuelta alrededor de ella y dando un paso hacia la puerta. Alejándose del centro del grupo, con nada entre él y las ventanas oscuras y vacías, se sentía dolorosamente expuesto—. Si Car'das sólo quiere verme a mí, entonces así es como tiene que ser.

—Olvídalo —dijo rotundamente Shada, agarrando el brazo de Karrde y deteniendo su cuerpo—. Enedós Nee, o yo voy con él, o él no va en absoluto.

—Shada, eso no ayuda —gruñó Karrde, mirándola intensamente. ¿Quería ella que les dispararan sumariamente a todos antes de que siquiera tuviera la oportunidad de suplicar el caso de la Nueva República?

—Si me quisiera muerto, podría haberlo hecho en cualquiera de cien puntos por el camino. Ciertamente podría hacerlo justo aquí.

—Ya lo sé —respondió el fuego Shada—. Y no importa. Vine aquí como tu guardaespaldas. Y eso es lo que voy a hacer.

Karrde la miró fijamente, una súbita sensación extraña lo atravesó. Allá en esa reunión en la Torre Bosqueoro con Solo, Organa Solo, y Calrissian, Shada meramente había estado de acuerdo en venir en este viaje para ayudar. ¿Cuándo durante las dos semanas y media desde entonces se había transmutado ese acuerdo resentido en el mucho más profundo compromiso de guardaespaldas?

—Shada, aprecio tu preocupación —dijo en voz baja pero firme, alcanzando a donde ella todavía le agarraba el brazo y poniendo suavemente la mano encima de la suya—. Pero necesitas recordar el cuadro completo. Mi vida, y lo que le pase, no es lo más importante en juego aquí.

—Yo soy tu guardaespaldas —dijo Shada, en la misma voz baja e igual de firmemente—. Es lo más importante para mí.

—Por favor —dijo Enedós Nee—. Por favor. Creo que me malinterpretan. El Capitán Karrde y yo debemos entrar primero, pero tú ciertamente puedes venir justo detrás de nosotros. Es así de simple… bueno, ya lo verán.

Shada todavía no parecía feliz, pero asintió renuentemente.

—De acuerdo —dijo—. Sólo recuerda que si pasa algo, tú estarás personalmente directamente en mi línea de tiro. Ustedes dos primero, entonces yo, entonces Trespeó.

—En realidad, Ama Shada, estoy seguro de que no es necesario que yo vaya con ustedes —se apresuró a asegurar el droide, retrocediendo a paso lento hacia el deslizador terrestre—. Quizás deba permanecer aquí y vigilar el deslizador terrestre…

—En realidad, puedes ser útil —dijo Enedós Nee, sonriendo tranquilizadoramente—. Ven, Trespeó, todo estará bien.

—Sí, Amo Enedós Nee —dijo Trespeó en un tono resignado. Gimiendo casi inaudiblemente para sí mismo, fue lentamente a un punto medio metro detrás de Shada—. Pero debo decir, que tengo un mal presenti…

—Bueno —dijo alegremente Enedós Nee. El momento solemne pasó, estaba radiando su usual inofensividad de nuevo—. ¿Vamos?

La puerta no estaba cerrada con llave. Karrde siguió adentro al hombrecito, sintiéndose más vulnerable que nunca cuando salieron de la luz del sol hacia un cuarto húmedo y oscuro.

Un cuarto que, a su sorpresa, aparentemente no había sido usado por algún tiempo. Las pocas piezas de mobiliario esparcidas por el cuarto eran viejas y polvorientas, con las mismas señales de largo abandono que había visto en el exterior de la casa misma. Las tres ventanas que desde el exterior habían parecido tan oscuras y amenazantes, podía ver ahora que de este lado estaban meramente increíblemente sucias, con el efecto ligeramente escarchado que venía de años de ser golpeadas por el polvo o la arena levantada por el viento. En los tenues rayos de luz del sol que se las arreglaban para penetrar por la mugre, podían verse largas hebras de telarañas que se estiraban desde algunas de las sillas hasta el techo.

—Por aquí —dijo en voz baja Enedós Nee, su voz una intrusión en la atmósfera misteriosa mientras los guiaba a través del cuarto a una puerta cerrada—. Está aquí, Capitán Karrde. Por favor prepárese.

Karrde respiró profundo. Detrás de él, oyó el débil roce del bláster de Shada saliendo de su pistolera.

—Estoy listo —dijo—. Terminemos con esto.

—Ciertamente —Estirándose delante de él, Enedós Nee tocó el control de la puerta. Rechinando suavemente, se abrió.

El olor fue lo primero que golpeó a Karrde. Un olor a vejez, recuerdos distantes, y esperanzas perdidas. Un olor a enfermedad y cansancio.

Un olor a muerte.

El cuarto mismo era pequeño, mucho más pequeño que lo que Karrde habría esperado. A ambos lados unos estantes empotrados cubrían cada una de las paredes

laterales en los que había apilados un extraño surtido de pequeños objetos de arte, chucherías de aspecto inútil, y frascos y equipo médico. Una cama grande ocupaba la mayoría del espacio restante, el pie estaba a menos de un metro de la puerta y dejaba apenas suficiente espacio en el cuarto para que dos personas estuvieran de pie.

Y yaciendo en la cama debajo de una pila de mantas, susurrando suavemente para sí mismo mientras miraba fijamente al techo, había un anciano.

—¿Jorj? —llamó suavemente Enedós Nee cuando entró a través de la puerta. El susurro se detuvo, pero la mirada del hombre permaneció en el techo—. ¿Jorj? Alguien vino aquí a verte.

Karrde entró a su lado, apretándose en el espacio restante, su mente daba vueltas. No. Seguro que éste no podía ser Jorj Car'das. No el hombre vigoroso, de fuerte temperamento, ambicioso que casi por sí solo creó una de las más grandes organizaciones contrabandistas jamás conocidas.

—¿Jorj? —llamó cuidadosamente.

La cara arrugada frunció el ceño, y la cabeza se levantó.

—¿Mertan? —preguntó una voz insegura—. ¿Mertan? ¿Eres tú?

Karrde exhaló en un suspiro cansado. La voz, y los ojos. Sí, lo era.

—No, Jorj —dijo suavemente—. No soy Mertan. Soy Karrde. Talon Karrde. ¿Recuerdas?

Los ojos del anciano parpadearon un par de veces.

—¿Karrde? —dijo en la misma voz incierta—. ¿Eres tú?

—Sí, Jorj, ése soy yo —le aseguró Karrde—. ¿Me recuerdas?

Una sonrisa tentativa empezó en la cara del anciano, desvaneciéndose como si los músculos fueran demasiado viejos o demasiado cansados para sostenerla.

—Sí —dijo—. No. ¿Quién eres de nuevo?

—Talon Karrde —repitió Karrde, con el sabor amargo de la derrota, la desilusión y la fatiga absoluta en la boca. Todo este camino. Había venido todo este camino para ver a Car'das y suplicarle su ayuda. Todos los miedos que Karrde había tenido acerca de esta reunión, sus miedos, sus arrepentimientos, su culpa, todo para nada. El Jorj Car'das del que había vivido en terror silencioso durante tantos años se había ido hace mucho tiempo.

En su lugar había una cáscara vacía.

Oscuramente, a través de la oscuridad que se arremolinaba en su mente, sintió una mano en su hombro.

—Vamos, Karrde —dijo en voz baja Shada—. Aquí ya no hay nada.

—¿Era Karrde, no? —preguntó el anciano. Un brazo delgado salió de abajo de las mantas, revolcándose un poco antes de que la mano pudiera acomodar mejor las almohadas detrás de su cuello—. Tarron Karrde…

—Es Talon Karrde, Jorj —corrigió Enedós Nee, con la voz de un padre paciente a un niño muy pequeño—. ¿Puedo traerte algo?

Car'das frunció el ceño, su cabeza se volvió a posar en la almohada, sus ojos se desviaron de nuevo a lo que sea que veían en el techo.

—¿Shem-mebal ostorran se'mmitas Mertan anial? —murmuró, en voz casi inaudible—. ¿Karmida David shumidas krree?

—Tarmidiano antiguo —murmuró Enedós Nee—. El idioma de su niñez. Últimamente ha estado cayendo en él cada vez más.

—¿Trespeó? —preguntó Shada.

—Está preguntando si Mertan ha estado por aquí hoy —tradujo el droide. Por una vez no hubo ninguna mención a cuántos tipos de comunicación hablaba con fluidez—. O esa buena persona del Almirante David.

—No, ninguno de ellos —le dijo Enedós Nee a la figura en la cama, haciéndole señas a Karrde para que salga del cuarto—. Regresaré más tarde, Jorj. Intenta dormir un poco, ¿está bien?

Siguió a Karrde fuera del cuarto y se estiró hacia el control de la puerta.

—¿Dormir? —Resopló débilmente el anciano, soltando una risa cacareante—. No puedo dormir ahora, Mertan. Hay demasiado que hacer. Demasiado como para…

La puerta se cerró, cortando misericordiosamente el resto.

—Lo ves, ahora, cómo es —dijo en voz baja Enedós Nee.

Karrde asintió, con el sabor de cenizas en la boca. Todos esos años…

—¿Cuánto tiempo ha estado así?

—¿Y por qué siquiera te molestaste en traernos aquí en primer lugar? —demandó Shada.

—¿Qué puedo decir? —dijo Enedós Nee—. Está viejo, muy viejo, con las muchas y variadas aflicciones que tan a menudo vienen con la edad —Sus ojos brillantes se volvieron a Shada—. Y en cuanto a traerlos aquí, ustedes fueron los que querían venir.

—Queríamos ver a Jorj Car'das —dijo entre dientes Shada—. Lo que está allí, no es lo que teníamos en mente.

—Está bien, Shada —dijo Karrde. Todos esos años—… Es culpa mía, no de Enedós Nee. Debí haber venido aquí hace años.

Parpadeó para sacudirse de los ojos unas súbitas lágrimas.

—Supongo que sólo queda una pregunta más que hacer. Enedós Nee, Car'das tuvo una vez una gran biblioteca de datacards. ¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?

Enedós Nee se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que haya hecho con ella, lo hizo mucho antes de que yo llegara a estar a su servicio.

Karrde asintió. Hasta ahí llegó incluso su última esperanza de encontrar aquí una copia del Documento de Caamas. Miedos desperdiciados, y ahora un viaje desperdiciado. De repente, se estaba sintiendo muy viejo.

—Gracias —dijo, sacando su comunicador y oprimiendo la tecla de encendido—. ¿Dankin?

—Justo aquí, Jefe —vino rápidamente la voz de Dankin, con un borde de tensión—. ¿Cómo están las cosas?

—Sin problemas, gracias —dijo Karrde, dando la respuesta en código de todo despejado—. La misión ha terminado. Prepara la nave; nos iremos en cuanto volvamos.

—Sí, bueno, eso podría ser un poco complicado —dijo Dankin, su voz se volvió grave—. Aquí está por pasar algo, Jefe, algo grande. Cada nave en el campo está siendo preparada para el combate.

Karrde frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Positivamente —dijo Dankin—. Hay perchas de misiles siendo subidas a bordo, trajes de vacío acorazados tipo artillero, lo usual. Y también parecen estar armando a muchas naves civiles.

—Son Rei'Kas y sus piratas —murmuró en voz baja Enedós Nee al lado de Karrde—. Parecería que uno de ellos los siguió cuando llegaron.

Karrde hizo una mueca, otra pieza más de su cuadro mental cuidadosamente construido se desmenuzó en polvo. Había estado tan seguro de que Rei'Kas había sido contratado y traído aquí por Car'das.

—Nadie debería haber podido seguirnos —le contó a Enedós Nee—. Nosotros siempre vigilamos muy bien nuestro rastro.

Enedós Nee se encogió de hombros de nuevo.

—No sé cómo lo hicieron. Sólo sé que lo hicieron. De acuerdo al Almirante David, ahora toda su flota ha dejado su base oculta y está en camino hacia Exocron.

—¿Sabías sobre esto antes de que siquiera aterrizáramos? —demandó Shada—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—¿Qué debía decir? —contrapuso Enedós Nee—. El daño ya estaba hecho. Ellos habían encontrado Exocron —Hizo señas hacia arriba—. De hecho, esa fue la razón por la que quería traerlos aquí desde Dayark, Capitán Karrde. No habrían podido rastrear mi nave.

Karrde hizo una mueca. Como si su carga de culpa no hubiera sido lo suficientemente pesada, ahora esto.

—¿Cuánto tiempo antes de que alcancen el planeta?

—Disculpen —dijo Trespeó antes de que Enedós Nee pudiera contestar—. ¿Pero si hay piratas en camino, no deberíamos estar planeando nuestra partida?

—Él tiene razón —convino Enedós Nee—. Sin embargo, para ustedes todavía no hay ninguna prisa particular. No estarán aquí por lo menos en otras ocho horas. Posiblemente más.

—¿Qué hay de ustedes? —preguntó Shada.

La boca de Enedós Nee se arrugó.

—Estoy seguro de que estaremos bien. Me han dicho que la Flota Aeroespacial Combinada de Exocron es bastante buena.

—Quizá contra el contrabandista o elude-rocas ocasional —dijo oscuramente Shada—. Pero estamos hablando de Rei'Kas.

—Es nuestro problema, no el suyo —dijo firmemente Enedós Nee—. Ustedes mejor hagan los preparativos para partir.

El comunicador, se dio cuenta de repente Karrde, todavía estaba encendido.

—¿Dankin? —llamó—. ¿Oíste todo eso?

—Lo tenemos, Jefe —confirmó Dankin—. ¿Todavía quieres que prepare la nave?

Karrde miró más allá de Enedós Nee a las ventanas oscurecidas del cuarto. Más allá de esas ventanas había gente que sus acciones, aunque sin intención, habían puesto en peligro mortal.

Lo que realmente significaba que aquí no había ninguna decisión que tomar.

—Sí, prepárala —le dijo a Dankin—. Pero prepárala bien para el combate.

Volvió a mirar a Enedós Nee.

—Vamos a quedarnos y luchar.

CAPÍTULO 25

Estaba, pensó Booster Terrik, más caótico a bordo del *Ventura Errante* que lo que nunca lo había visto. Y considerando que estaban hablando del *Ventura Errante*, era realmente decir algo.

Estaban por todo el lugar: técnicos y trabajadores y oficiales de la Nueva República, miles de ellos, arrastrándose alrededor de cada esquina de su Destructor Estelar. Arreglando cosas, agregando cosas, sacando cosas, actualizando cosas, y ocasionalmente cambiando las cosas sólo por la diversión de hacerlo. Su propia gente había sido pasada por alto, superada en rango, apartada, reemplazada, o directamente atropellada por este rancor sobredesarrollado de tripulación de restauración que cortaba a través de su nave.

Y moviéndose en el centro de ella, como el único punto tranquilo en el medio de una tormenta circular, estaba el General Bel Iblis.

—Otras cinco naves de guerra llegaron al sistema anoche —estaba diciendo un ayudante de aspecto acosado, apresurándose para mantenerse al ritmo de Bel Iblis mientras el general andaba a zancadas a lo largo del corredor de emplazamientos de armas Estribor-16. Booster, con sus piernas más largas, tenía menos problemas en ese aspecto. Sin embargo, en su opinión, Bel Iblis tenía mucha más energía que la que cualquiera tenía derecho a tener tan temprano por la mañana—. El *Furia de la Libertad*, el *Espíritu de Mindor*, el *Guerrero de las Líneas Estelares*, el *Centinela Estelar*, y el *Venganza de Welling*.

—Que bien —dijo Bel Iblis, deteniéndose al lado de un panel monitor de turboláser—. ¿Qué hay del *Garfin* y el *Beledeen II*?

—Todavía ninguna noticia —dijo el ayudante, verificando su datapad—. También he oído rumores de que el *Webley* está aquí, pero hasta ahora no se han reportado.

—Están aquí —dijo Booster—. Por lo menos, la Capitana Winger lo está… esos dedos mecánicos suyos dejan marcas bastante distintivas en los tubos de cerveza de metal.

Los ojos del ayudante se oscurecieron.

—Se supone que todas las naves entrantes deben reportarse inmediatamente…

—Está bien —lo calmó Bel Iblis—. No te preocupes, saldrán a la superficie con tiempo de sobra. Alex probablemente sólo quería que su tripulación tuviera algo de descanso antes de que las órdenes empezaran a volar.

—Ellos no son los únicos a los que les vendría bien algún descanso —murmuró por lo bajo Booster.

Bel Iblis frunció ligeramente el ceño, como si sólo ahora notara la presencia del hombretón.

—¿Quería algo, Terrik? —preguntó.

—Simplemente me preguntaba cuándo se terminará el trabajo en mi nave —dijo Booster.

—Ya está casi listo —dijo Bel Iblis—. ¿Teniente?

—Parece que los arreglos importantes estarán completados dentro de las próximas doce horas —confirmó el hombre más joven, estudiando su datapad—. Pueden quedar algunos detalles, pero pueden terminarse en el camino a Yaga Menor.

Bel Iblis miró a Booster.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí —dijo Booster. Se detuvo, mirando significativamente al ayudante.

Bel Iblis entendió la indirecta.

—Teniente, vaya a revisar el emplazamiento de rayo tractor Número 7 —dijo—. Asegúrese que los ajustes de balance se están haciendo de manera apropiada.

—Sí señor —dijo el ayudante. Lanzándole una mirada especulativa a Booster, se alejó a paso rápido por el corredor.

—Por qué no vienes por aquí fuera del camino —sugirió Bel Iblis, cruzando a una puerta con las brillantes marcas rojas de una estación médica de emergencia.

Entraron.

—Hasta ahora, has estado bastante silencioso acerca de tu plan para esta pequeña incursión —dijo Booster cuando la puerta se selló de nuevo detrás de él—. Creo que ya es hora de que oiga algunos detalles.

—No hay mucho que contar —dijo Bel Iblis—. Meteremos al *Ventura Errante* pasando su línea de centinelas y, esperamos, a través de su perímetro defensivo principal. Una vez adentro, el resto de la fuerza de operaciones entrará detrás de nosotros por el hiperespacio y atacará el perímetro. Si tenemos suerte, los imperiales estarán tan ocupados con ellos que no nos darán una segunda mirada.

—Eso asume que su primera mirada no nos delate, por supuesto —señaló oscuramente Booster—. ¿Asumiendo eso, qué sucede después?

—Yaga Menor tiene una peculiaridad que hasta donde sé es única entre las instalaciones imperiales —dijo Bel Iblis—. Hay un par de estaciones de computadora exteriores situadas al final de un tubo corredor/pasarela que se extiende aproximadamente cien metros fuera de la estación orbital principal del Ubictorado.

Booster frunció el ceño.

—Extraño diseño.

—La idea era darle acceso al sistema de registros de computadora a investigadores civiles en posiciones importantes sin tener que dejarlos entrar a la base del Ubictorado propiamente dicha —le contó Bel Iblis—. El Gran Moff Tarkin manejaba muchos de sus asuntos privados a través de Yaga Menor, y no quería que sus enemigos políticos tuvieran siquiera un vislumbre de lo que estaba haciendo.

—De acuerdo, entonces hay una conexión remota conveniente a la computadora —dijo Booster—. Supongo que no hay por casualidad una escotilla de acceso igualmente conveniente por la que podamos alcanzarla.

—Hay escotillas, pero desafortunadamente no son convenientes —dijo Bel Iblis, con voz que se volvió grave—. Probablemente tendremos que abrir un agujero en el costado del tubo de la pasarela y enviar a nuestros expertos de computadoras en trajes de vacío.

Booster resopló.

—Correcto: volar un agujero en el costado de la estación. Eso seguro que pasará inadvertido.

—Podría —dijo Bel Iblis—. La fuerza principal estará disparando cortinas de fuego de torpedos de protones en ese momento. Los imperiales podrían asumir que ése fue un tiro que atravesó sus defensas.

—¿Y si no?

Bel Iblis se encogió de hombros.

—Entonces tú y yo y el resto de la tripulación del *Ventura Errante* comenzamos a ganarnos nuestro sueldo de la forma difícil. Tendremos que contenerlos el tiempo suficiente para que los expertos en computadoras consigan una copia del Documento de Caamas y la transmitan a las naves atacantes.

Booster resopló de nuevo.

—No quiero ofender, General, pero ese tiene que ser el peor plan que he oído en mi vida. ¿Qué nos pasa una vez que tengamos el documento?

Bel Iblis lo miró directo a los ojos.

—Lo que nos pase a nosotros no importa —dijo bruscamente—. Si aceptan nuestra rendición, bien. Si no… convertirán al *Ventura Errante* en chatarra alrededor de nosotros.

—Espera un segundo —dijo Booster, frunciendo el ceño. Enterrado entre toda esa estrategia impresionantemente piojosa de repente notó una palabra muy importante—. ¿Qué quiere decir nosotros? Yo pensé que tú ibas a estar allí afuera con la flota principal.

Bel Iblis agitó la cabeza.

—Esta nave es la clave de la operación —dijo en voz baja—. Ésta es la nave que tiene que sobrevivir el tiempo suficiente para primero conseguir el Documento de Caamas y después sacarlo a la fuerza a través de cualquier bloqueo que los imperiales tengan en operación. Aquí es adonde me necesitan más. Así que aquí es adonde estaré.

—Hey, espera sólo un minuto de estiércol de mradhe —gruñó Booster, alzándose a toda su altura de un metro noventa—. Ésta es *mi* nave. Me dijiste que yo seguiría siendo *su capitán*.

—Todavía eres el capitán —convino Bel Iblis—. Yo simplemente soy el *almirante*.

Booster soltó una larga exhalación siseante. Debió haber sabido que Bel Iblis realmente no había cedido nada. Debió haberlo sabido.

—¿Y si me niego a darte el mando?

Bel Iblis alzó ligeramente las cejas. Booster asintió, con un sabor agrio en la boca. Con el *Ventura Errante* lleno hasta rebosar de la gente de Bel Iblis, ni siquiera valía la pena contestar la pregunta.

—Correcto —murmuró—. Sabía que me arrepentiría.

—Puedes quedarte aquí si quieres —ofreció Bel Iblis—. Estoy seguro de que Coruscant te compensaría si…

—Olvídalo —dijo Booster entre dientes—. Ésta es mi nave, y no la llevarás al combate sin mí. Y punto.

Bel Iblis sonrió débilmente.

—Entiendo —dijo—. Créeme, lo entiendo. ¿Algo más?

—No, eso debería ser más o menos suficiente por ahora —dijo displicentemente Booster—. Tal vez quieras ver si puedes proponer un plan mejor en los próximos tres días.

—Lo intentaré —prometió Bel Iblis. Dándose la vuelta, se dirigió hacia la puerta…

—Espera un segundo —dijo Booster cuando lo golpeó un nuevo pensamiento—. Dices que vamos a volar un agujero en esa estación de computadora exterior. ¿Qué sucede si hay alguien allí en ese momento?

—No espero que haya nadie allí —le contó Bel Iblis—. Dudo que siga siendo muy utilizada. Además, no puedo ver ninguna otra forma de hacer esto.

—¿Pero y qué si hay alguien? —persistió Booster—. Tú mismo dijiste que el lugar era usado sólo por civiles. Si vuelas un agujero en la pared, vas a matarlos.

Una sombra pareció cruzar la cara de Bel Iblis.

—Sí —dijo en voz baja—. Lo sé.

• • •

—Bueno —dijo Klif, consultando su crono—. Ya pasaron cuatro horas. ¿Qué te parece… otras dos antes de que venga la llamada de pánico?

Navett se encogió de hombros, haciendo su propio rápido cálculo mental. Él y Klif habían estado visiblemente en otra parte en ese momento, sólo en caso de que se hicieran comprobaciones, pero según Pensin la transferencia sutil de sus pequeñas bombas de tiempo orgánicas a la ropa de los técnicos bothans había sido tan suave como el tejido de la telaraña-gema. Ya habían pasado cuatro horas desde que esos técnicos se habían desvanecido en el edificio del generador de escudos de Drev'starn; había que darles otra hora para que su presencia fuera notada, dos más después de eso para que los bothans realmente se dieran cuenta de la magnitud del problema y agotaran todas las otras posibilidades para tratar con él…

—Supongo que por lo menos tres —le dijo a Klif—. No van a tener prisa en llamar a extraplanetarios.

—Bueno, el material está listo para cuando ellos lo estén —dijo Klif con un encogimiento de hombros.

Al otro lado de la tienda, la molestamente alegre campanilla sonó mientras la puerta se abría. Poniendo las caras que Klif había etiquetado como su expresión diligente-pero-estúpida, alzó la vista.

Y sintió que la expresión se helaba en su cara. Allí, entrando a la tienda, estaban sus dos tipos militares de la Nueva Rep.

A su lado, Klif hizo un débil sonido ahogado en el fondo de su garganta.

—Tranquilo —murmuró Navett, agregando una sonrisa ligeramente dopada a su expresión y dando la vuelta ávidamente alrededor del extremo del mostrador hacia los visitantes—. Un día de diversión y ganancias para ustedes, o como sea —dijo, poniendo la voz en el tono placentero aunque vagamente insistente de un comerciante determinado a hacer una venta—. ¿Puedo ayudarlos?

—Sólo estamos mirando, gracias —dijo uno de los hombres mientras vagaban junto a la fila de jaulas. Eran tal para cual, notó Navett: ambos algo bajos, ambos con cabello castaño ligeramente encanecido, el que habló tenía ojos marrones mientras que su compañero verdes.

Y mirándolo de cerca, Ojos Marrones parecía especialmente familiar.

—Claro, claro —dijo Navett, permaneciendo cerca al tradicional estilo de un tendero—. ¿Están buscando algo en especial?

—No realmente —agregó Ojos Verdes, mirando fijamente a la jaula de polpians—. ¿Qué son éstos? ¿Polpians?

—Claro que sí —dijo Navett. Ambos también tenían débiles acentos corellianos—. Sabes de razas de mascotas.

—Sé un poco —dijo Ojos Verdes, mirándolo fijamente con un brillo en los ojos que a Navett no le gustó en absoluto—. Creí que los bothans eran alérgicos a los polpians.

—Sí, algunos, supongo —dijo Navett con un encogimiento de hombros.

—¿Y sin embargo los trajiste a Bothawui?

Navett puso una expresión descarriada.

—Bueno, seguro —dijo, intentando sonar ligeramente herido—. Sólo porque alguna gente es alérgica a algo no significa que alguien más no quiera comprarlos. Tampoco todos los bothans son alérgicos a ellos, y de todos modos hay mucha más gente aquí que sólo bothans…

Se interrumpió cuando Ojos Marrones estornudó.

—Oh… ¿ves? —dijo, extendiendo un dedo hacia el otro como si el estornudo fuera una especie de vindicación—. Probablemente también hay algo aquí a lo que él es alérgico. Pero sin embargo entraron, ¿correcto? Y apuesto a que puedo encontrar algo que sería una muy buena mascota para ustedes.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo, y Navett se volvió para ver entrar a una vieja flaca. ¿La compañera del bajo mundo que Klif había mencionado?

—Hola —dijo, inclinando la cabeza—. Un día de diversión y ganancias para ti. ¿Puedo ayudarte?

—Eso espero —dijo—. ¿Tienes algún *ratonero de cardo*?

Navett sintió que su garganta se apretaba. ¿Qué llamas era un ratonero de cardo?

—Creo que nunca he oído ese nombre —dijo cuidadosamente, sabiendo que era mejor no pretender conocimiento que no tenía—. Aunque puedo verificar los catálogos, para ver si podemos conseguirlos de alguna parte. ¿Qué tipo de criaturas son?

—Realmente no son tan populares —dijo la mujer. Su voz era casual, pero estaba mirándolo tan atentamente como Ojos Verdes—. Son pequeños y ágiles, con pelaje tostado a rayas y garras retráctiles. A veces son usados como ganado por guardias fronterizos en el terreno montañoso.

—Oh, claro —llamó Klif desde el otro lado del mostrador. Apoyándose casualmente en él, no había ninguna señal del datapad que indudablemente tenía fuera de vista bajo la superficie plana—. Estás hablando de krisses kordulianos.

—¿Oh? Krisses kordulianos —dijo Navett con una inclinación de comprensión. Tampoco nunca había oído hablar de aquellos, pero la señal de Klif era obvia—. Seguro. Sólo que nunca los oí llamar por ese otro nombre antes. ¿Klif, podemos conseguirlos?

—Déjame verificarlo —dijo Klif, haciendo un espectáculo de sacar el datapad hacia el mostrador y hacer como si lo encendiera.

—¿Qué son éstos? —llamó Ojos Marrones. Estaba parado junto a la pecera de los mawkrens, mirando con una expresión algo suspicaz.

—Mawkrens bebé —le contó Navett, caminando hasta su lado y mirando tiernamente hacia abajo a través del plástico transparente a los diminutos lagartos que trastabillaban inquietos uno encima del otro—. Acaban de nacer esta mañana. ¿No son lindos?

—Adorables —dijo Ojos Marrones, sin sonar sincero.

—Aquí está —llamó Klif—. Krisses kordulianos. Veamos…

Hubo un pitido del comunicador de Navett.

—Disculpen —dijo, sacando el instrumento, una súbita sensación de miedo se apoderó de él. Si esta era la llamada que estaban esperando—… ¿Hola?

—¿Hablo con el Propietario Navett del Emporio de Mascotas Exoticalia? —preguntó una voz bothan tiesa pero que sonaba acosada.

—Claro que sí —dijo Navett, esforzándose por esa alegría diligente-pero-estúpida. Sí, era la llamada; y con toda la podrida suerte había venido justo con un par de agentes de la Nueva Rep parados allí escuchando—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tenemos un pequeño pero molesto problema de infestación de insectos —dijo el bothan—. Hasta ahora nuestros esfuerzos por eliminarlos han sido fútiles. Como distribuidor de animales exóticos, se pensó que usted podría tener algunas sugerencias.

—Probablemente —dijo Navett—. Klif y yo hemos hecho algunos trabajos de control de plagas antes de meternos en el negocio de las mascotas. ¿De qué tipo son?

—No son familiares para nuestros expertos —dijo el otro, sonando disgustado—. Todo lo que sabemos es que son muy pequeños, no responden a ninguno de nuestros métodos de exterminio, y a intervalos irregulares todos empiezan a hacer un fuerte zumbido.

—Podrían ser skronkies —sugirió dudosamente Navett—. Hacen un ruido bastante molesto. O aphrens, o… espera un minuto. Apuesto a que son termitas del metal. ¿Tienen algún equipo electrónico o maquinaria pesada en el área?

Hubo una especie de sonido estrangulado en el comunicador.

—Sí, una cantidad considerable —dijo el bothan—. ¿Qué hacen las termitas del metal?

—Se comen el metal —dijo Navett—. Claro que, no se lo comen realmente… tienen unas enzimas que…

—No necesito los detalles fisiológicos —lo cortó el bothan—. ¿Cómo los eliminamos?

—Bueno, veamos —dijo Navett, frotándose pensativamente la barbilla para beneficio de los agentes de la Nueva Rep.

Ojos Verdes de nuevo tenía ese brillo en los ojos…

—Lo primero que tienen que hacer es algo de rociado. ¿Tienen algo de… veamos… algo de CorTrehan por ahí? Eso es cordiolino de trehansicol, si necesitan el nombre completo.

—No lo sé —dijo el bothan—. Pero estoy seguro de que podemos conseguir que nos preparen un poco.

—Antes de que lo hagan, asegúrense de tener a alguien que sepa lo que está haciendo —advirtió Navett—. No les servirá de nada sólo desparramarlo por todos lados.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no puedes sólo desparramarlo por todos lados, eso es todo —dijo Navett, dejando que un poco de impaciencia se insinuara en su voz—. Tienes que cubrir todos los puntos adonde van a alimentarse, pero también dejarles suficientes puntos libres… —Suspiró—. Mira, esto no es algo para que lo intenten aficionados. Tenemos el equipo con el que rociar… lo usamos para desinfectar nuestras jaulas e inventario. Si nos consiguen el CorTrehan, Klif y yo podemos hacerles el trabajo.

—Imposible —dijo punzantemente el bothan—. No se permite el acceso de extraplanetarios en esa área.

—Oh. Está bien —se encogió de hombros Navett. Había esperado el rechazo automático a su primera oferta—. Sólo intentaba ayudar. Tendrán tiempo suficiente para librarse de una sola progenie antes de que haga mucho daño.

Frunció el ceño, como si algo se le hubiera ocurrido de repente.

—¿Es sólo una progenie, no? ¿Cuando zumban, todas hacen la misma nota, o hay un par de tonos diferentes?

Hubo una pausa corta.

—Hay varias notas diferentes —dijo el bothan—. Cinco, quizás seis.

Navett soltó un silbido bajo.

—Cinco… Oh, muchacho. Eh, Klif… tienen cinco progenies diferentes allí. Bueno, buena suerte. Seguro que espero que puedan conseguir a alguien que se ocupe antes de que comiencen la guerra entre las progenies.

Apagó el comunicador.

—Cinco progenies —murmuró, agitando la cabeza—. Vaya.

—Impactante —convino Ojos Verdes, con el brillo todavía en los ojos—. Termitas del metal, una peste bastante exótica.

—A veces vienen en las naves —dijo Navett, deseando que pudiera leer esa cara. Sí, Ojos Verdes sospechaba algo. ¿Pero sospechaba personalmente de Navett, o sólo de la situación de las termitas del metal en general?— He oído que también montan en mynocks. Creo que recogen los desperdicios mientras…

Hubo otro pitido en su comunicador.

—Disculpa de nuevo —dijo, sacándolo—. ¿Hola?

—Éste es de nuevo el Controlador de Campo Tri'byia —vino la misma voz bothan, sonando disgustada—. Hablé con usted hace unos momentos.

—Sí, claro —dijo Navett—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me han pedido que pregunte cuánto cobrarían por librarnos de las termitas del metal —dijo Tri'byia.

—Oh, no mucho —dijo Navett, suprimiendo cuidadosamente una sonrisa. Por el tono de la voz de Tri'byia, estaba claro que el súbito cambio de idea del oficial no había sido idea suya—. De hecho, con tal de que nos provean el CorTrehan… bueno, mira. El tipo de Aduana dijo que necesitaremos una licencia de comercio especial para vender nuestras mascotas afuera de Drev'starn. Si nos consiguen esa licencia, lo haremos gratis.

—¿Gratis? —repitió Tri'byia, el tono de su voz cayó unos pasos—. ¿Por qué tan generoso?

—Escucha, he visto lo que las termitas del metal pueden hacer —dijo tiesamente Navett—. Si crees que quiero tener un negocio en un pueblo en el que se han establecido, puedes pensarlo de nuevo. Y cuanto antes comencemos, más fácil será librarse de ellos. Si nos consiguen la licencia de comerciante y el jugo, estamos a mano.

—Confío en que eso puede arreglarse —dijo renuentemente Tri'byia—. Ustedes y su equipo tendrán que someterse a un escaneo completo antes de que puedan entrar al establecimiento.

—No hay problema —dijo Navett—. En realidad, esto será divertido… como en los viejos tiempos. ¿Cuándo nos necesitan?

—Un deslizador terrestre los recogerá en treinta minutos —dijo el bothan. Todavía no sonaba feliz, pero había una nota de cauteloso alivio en su voz—. Estén preparados para partir.

—Lo estaremos —prometió Navett.

El bothan cortó sin molestarse en decir adiós.

—Hombre, nunca se sabe, ¿no? —dijo filosóficamente Navett, guardando el comunicador—. Lo siento, amigos. ¿Quería que le ordenáramos algunos de esos krisses, señora? Klif, ¿encontraste algo en las listas?

—Parece que podemos conseguirlos de un proveedor en Eislo… los tendremos aquí en dos o tres días —reportó Klif—. O podemos hacer que los envíen directo del mismo Kordu. Eso probablemente será un poco más barato, pero tomará mucho más tiempo.

—¿Quiere ordenarlos hoy? —preguntó esperanzado Navett—. Sólo tiene que pagar un anticipo de la décima parte.

La vieja agitó la cabeza.

—Creo que primero veré si alguien más en la ciudad los tiene en existencia.

—Bueno, regrese si no encuentra a nadie —llamó Klif mientras los tres se dirigían hacia la puerta—. Podemos conseguir un servicio expreso a una tarifa bastante razonable.

—Lo tendremos presente —prometió Ojos Marrones—. Gracias. Tal vez regresemos.

Salieron en fila, pasando por la vidriera delantera y saliendo de la vista de Navett mientras la puerta se cerraba detrás de ellos.

—Apuesto a que lo harán —dijo suavemente para sí mismo.

Agitó la cabeza, quitándolos de su mente. Las carteristas del bajo mundo e incluso los agentes de la Nueva Rep no eran nada importante ahora mismo. Lo que era importante era que sus pequeñas bombas de tiempo de termitas del metal, introducidas en la ropa de los técnicos del generador de escudos, habían hecho su trabajo.

Y ahora era hora de que Klif y él hicieran el suyo.

—Preparémonos —dijo, dirigiéndose alegremente hacia el cuarto trasero—. No debemos hacer esperar a los bothans.

• • •

—Y aquí —dijo el General Hestiv, tecleando una combinación en un pequeño teclado—, es adonde trabajará.

—Está bien —dijo Ghent, mirando nerviosamente por el largo corredor detrás de ellos. Estaba a un largo camino de la base principal, y Hestiv le había asegurado que ya casi nadie venía por aquí. Pero había toda una estación del Ubictorado Imperial allí atrás, y no podía quitarse la sensación de que estaba siendo mirado por ojos hostiles.

Con un resoplido de aire ligeramente rancio la puerta se abrió.

—Aquí vamos —dijo Hestiv, haciendo señas al frente—. Pase adelante.

Ghent entró por la puerta, lanzándole una mirada de reojo a Hestiv mientras pasaba. El Almirante Pellaeon lo había avalado, lo sabía. Pero el hombre todavía era un oficial imperial, y Ghent era de la Nueva República. Si este tipo el Moff Disra quería deshacerse de él, éste sería un lugar perfecto para hacerlo.

Y entonces dio su primer vistazo al cuarto mismo…

—Ésta es su nueva casa temporal —dijo Hestiv desde detrás de él—. ¿Qué le parece?

Ghent apenas lo oyó. Apenas podía creer sus ojos, dicho sea de paso, mientras miraba alrededor del diminuto cuarto. Apretados en él había un Buscador de Datos Everest 448, un par de desencriptadores/decifradores Fedukowski D/Square, cinco procesadores periféricos de trabajo pesado Wickstrom K220, un analizador numérico de espectro completo Merilang-1221…

—El equipo probablemente no es como al que usted está acostumbrado —dijo Hestiv disculpándose—. Pero espero que le sirva.

… y allí como un centro de mesa, nada menos que una completamente nueva Terminal-Oc Rikhous Masterline-70. ¡Una Masterline-70!

—No, no realmente —se las arregló para decir Ghent, todavía mirando fijamente con ojos saltones al conjunto brillante. ¿E iban a dejarlo tener todo este cuarto? ¿Todo para él solo?— Pero me las arreglaré sin problemas.

—Bueno —dijo Hestiv, cruzando el cuarto por delante de él y oprimiendo la tecla que abría otra puerta que Ghent todavía no había notado—. La habitación donde se alojará está aquí, así que no tendrá que dejar esta sección en absoluto. De hecho, podría querer cambiar el código de la cerradura de la puerta después de que yo me vaya para que nadie ni siquiera pueda entrar accidentalmente y sorprenderlo.

—Claro —dijo Ghent, su nerviosismo acerca de este lugar ya estaba olvidado—. Puedo sellarla muy bien. ¿Está bien si comienzo?

—Cuando esté listo —dijo Hestiv. Oscuramente, Ghent era consciente de que el otro estaba mirándolo de manera extraña—. Sabe cómo comunicarse conmigo si necesita algo. Buena suerte.

—Claro —dijo Ghent mientras Hestiv retrocedía a través de la puerta. Hubo otro resoplido de aire, y Ghent se quedó solo.

Dejando caer su mochila al suelo, la empujó con el pie en la dirección general de la habitación privada. Los Moffs imperiales, los peligros al acecho, e incluso las inminentes guerras civiles todos olvidados, apartó la silla delante de la Masterline-70 y se sentó.

Esto iba a ser divertido.

• • •

Les tomó toda una hora de escaneos y exámenes bajo los vigilantes ojos y poco corteses manos de lo que a Navett le pareció que era la mitad del contingente de Seguridad de Bothawui en Drev'starn. Pero por fin, con la obvia renuencia de un ser que sinceramente detesta una situación pero que no tiene ninguna alternativa mejor disponible, el Controlador de Campo Tri'byia finalmente los llevó a él y a Klif a los niveles inferiores del edificio del generador de escudos.

Al mismo centro del sistema de defensa de Drev'starn.

—Que aparatos impresionantes —le comentó Navett a los guardias ceñudos mientras miraba casualmente alrededor del cuarto—. Puedo ver por qué quieren librarse de ellos rápido.

Se acomodó el tanque de CorTrehan un poco más alto en el hombro.

—Bueno —dijo, meneando su pulverizador delgado en la mano floja—. Lo primero será que me muestren cualquier cosa muy delicada o crítica adonde no quieren que se metan.

—No queremos que se metan en ninguna de ellas —exclamó Tri'byia, ondeando su pelaje.

—Sí, claro, claro —lo tranquilizó Navett—. Sólo quise decir ¿por dónde quieren que empecemos a rociar? Debemos ocuparnos de las cosas más delicadas primero.

El pelaje de Tri'byia ondeó de nuevo.

—Supongo que eso parece razonable —dijo infelizmente. Claramente, lo último que quería hacer era señalarle las partes más importantes de su precioso generador de escudos a un par de humanos—. Por aquí.

No que importara, por supuesto. Navett sabía perfectamente bien lo que era todo en este complejo, y ni él ni Klif necesitaban que los bothans les señalaran los puntos de muerte. Pero era algo que se podría esperar que pregunte un diligente pero estúpido dueño de una tienda de mascotas. Además, era curioso ver qué tan honestos podrían volverse los bothans en medio de una crisis así.

—Podrían comenzar por allí —dijo Tri'byia, deteniéndose y señalando una completamente no vital consola de comunicaciones de respaldo.

—Está bien —dijo Navett. Aparentemente, no mucho.

Habían estado rociando durante quince minutos, trazando los ensortijados senderos químicos que eran la única forma efectiva para matar a las termitas del metal, cuando las cosas finalmente empezaron a ponerse interesantes.

—Este es el siguiente —dijo Tri'byia, poniendo protectoramente una mano en el borde de una de las consolas responsables de mantener el acople de frecuencia-energía entre los varios polos del escudo planetario.

—Correcto —dijo Navett, su corazón empezó a latir más rápidamente cuando caminó hasta la consola. Era esto: el primer empujón de la hoja hacia el corazón de la especie cuyas acciones le habían costado tanto al Imperio a lo largo de los años. Los técnicos bothans ya habían quitado los paneles de acceso; cambiando sutilmente la forma en que asía el pulverizador cuando se agachó, Navett deslizó la punta en el laberinto de electrónicos y soltó un delicado chorro.

Sólo que esta vez dejó más que CorTrehan mata-termitas perlando lentamente las placas de circuitos y goteando hacia la provisión de energía y carcasas de ventilación de abajo. Esta vez, su nuevo asimiento había permitido que el delgado tanque integrado en el asa del pulverizador expulsara algo de su propio contenido especial en la mezcla.

El examen de una hora al que los bothans habían sometido su equipo había examinado en busca de todo lo que esas mentes paranoicas pudieron pensar: armas,

equipo de espionaje, explosivos, venenos, somníferos, ácidos, trenza-cables, y probablemente cincuenta otras amenazas potenciales.

Pero en ninguna parte en todas esas múltiples capas de precauciones nadie había pensado en programar una búsqueda de comida.

No era que alguien en el edificio del generador hubiera encontrado este preparado en particular ni remotamente apetitoso, ni siquiera las termitas del metal. De hecho, ahora que las pequeñas alimañas podridas habían hecho su parte, era su hora de morir.

Él y Klif se pasaron las dos horas siguientes moviéndose sistemáticamente a través del complejo, extendiendo sus rastros de veneno y, en quizás veinte puntos cuidadosamente seleccionados, agregando un chorro de su nutriente líquido. Cuando terminaron, el penetrante olor agridulce del CorTrehan era casi como una barrera física que tenían que apartar cuando la atravesaban.

—Está bien —dijo alegremente Navett cuando finalmente fueron escoltados de vuelta al área de la entrada de seguridad—. El primer paso está listo. Ahora todo lo que tienen que hacer es poner un altavoz que anule los tonos portadores de las diferentes progenies. Eso les impide hablarse dentro de sus grupos, y eso les impide reproducirse más rápidamente así pueden luchar contra las progenies. Eso le da al CorTrehan más tiempo para funcionar. ¿Lo ven?

—Sí —dijo Tri'byia, viéndose marginalmente menos infeliz ahora que los extraplanetarios ya no estaban en contacto directo con su preciosa maquinaria—. ¿Por cuánto tiempo será necesario hacer esto?

—Oh, una semana ha de ser suficiente —dijo Navett—. Ocho o nueve días sólo para estar seguros. Algunas progenies son más difíciles de matar que otras. Pero no se preocupen, no se comerán nada durante todo ese tiempo. Principalmente, sólo estarán muriendo.

—Muy bien —convino renuentemente Tri'byia—. Entonces sólo tengo una pregunta más. Me han dicho que esta peste es bastante rara. ¿Cómo fue que pudieron haber llegado hasta aquí?

Navett se encogió de hombros tan casualmente como pudo. Los cimientos ya estaban, pero eso no significaba que ya estuvieran fuera del hoyo de la serpiente. Si los bothans decidían sospechar lo suficiente para volver y limpiar todo lo que él y Klif acababan de extender, todo este trabajo habría sido para nada.

—Me atrapaste —dijo—. ¿Trajeron algún equipo nuevo en las últimas una o dos semanas?

El pelaje del bothan ondeó incierto.

—Hubo dos piezas de equipo que llegaron hace siete días. Pero las dos fueron escaneadas completamente antes de entrar.

—Sí, pero te apuesto a que sus escáneres no están programados para formas de vida basadas en mucho metal como estas cosas —señaló Navett. Era una segura; ciertamente los escáneres de los bothans no habían detectado a las pequeñas bestias entrando montadas en la ropa de sus técnicos—. Al decir verdad, no sé si alguien realmente sabe

de dónde vienen o cómo se mueven por ahí. Sólo aparecen de vez en cuando y causan problemas. Aunque probablemente vinieron con ese equipo. Podrían querer agarrar un par de ellos y usarlos para reprogramar sus escáneres así no pueden crear más problemas.

—Gracias —dijo Tri'byia, un poco enojadizo. Aparentemente, los bothans de su posición no estaban acostumbrados a que les señalen lo obvio.

—No hay problema —dijo alegremente Navett. Diligente pero estúpido, era de los que se tomaban todo por lo que decían, sin notar ninguna indirecta—. Nos alegra haber podido ayudar. ¿Y nos conseguirán esa licencia de comercio, correcto?

—Haré lo que pueda para ayudarlos con ella —dijo Tri'byia.

Que no era, notó Navett, precisamente lo que había prometido originalmente. Pero eso estaba bien. En seis días, si todo iba según el plan, Tri'byia dejaría de existir, junto con la ciudad de Drev'starn y tanto del resto de Bothawui como los Destructores Estelares Imperiales escondidos allí afuera pudieran arreglarse.

Y ese día, Navett planeaba mirar hacia abajo al mundo destrozado desde uno de esos Destructores Estelares y reírse. Pero por ahora, todo lo que necesitaba hacer era sonreír.

—Genial —dijo alegremente—. Muchas gracias. Y si alguna vez necesitan algo más, sólo llámennos.

Él y Klif no se dijeron nada el uno al otro en el viaje de regreso a la tienda de mascotas. Ni hablaron una vez que estuvieron allí, por lo menos no de nada sustancioso, hasta que se hubieron revisado completamente entre sí con el detector de micrófonos-espía escondido en el fondo de la jaula de moscas doppler.

Pero si no le cayeron especialmente bien a Tri'byia, aparentemente tampoco sospechaba demasiado de ellos. El escaneo de espionaje salió limpio.

—Descuidado —gruñó Klif cuando devolvieron el detector a su escondite—. Uno pensaría que por lo menos les gustaría oírnos palmearnos las espaldas por conseguir nuestra licencia tan barata.

—Estoy seguro de que revisaron nuestros archivos antes de que nos llamaran —dijo Navett, resoplando de disgusto cuando se palmeó la camisa. Ese explotante CorTrehan se pegaba a todo—. ¿Tuviste la oportunidad de ver por dónde entraba en el edificio nuestro conducto de energía? Nunca llegué a ese lado del edificio.

—Yo lo vi —asintió Klif—. En realidad tienen un empalme que sale de uno de los cables de energía, probablemente preparado para ir al nuevo equipo que Tri'byia mencionó.

—¿Pero no habían abierto la pared en ninguna parte?

Klif agitó la cabeza.

—No son tan estúpidos. No, toda la pared sigue allí.

—Está bien —dijo Navett, encogiéndose de hombros. Hubiera sido práctico haber tenido fuera de su camino algo de esa pared impenetrable, de un metro de espesor, reforzada, pesadamente asegurada y de capas múltiples. Pero ciertamente no era necesario.

—Sólo me preocupa que pasen otros seis días antes de que podamos hacer saltar esto —continuó Klif—. ¿No empezará a deteriorarse el material que dejamos?

—Eso no es problema —le aseguró Navett—. Ahora la parte complicada va a ser excavar hasta el conducto de energía desde ese lugar ho'din y entonces penetrarlo sin hacer saltar todos los sensores de aquí a Odve'starn.

—¿Crees que han alambrado al conducto mismo?

—Yo lo haría si estuviera a cargo —dijo Navett—. Horvic y Pensin pueden hacernos entrar en el lugar después de horas, pero no tendremos mucho tiempo para trabajar cada noche. Lento y sostenido es como tiene que ser, y deberían ser sólo como seis días.

—Eso supongo —dijo Klif, serenándose—. Por supuesto, eso asume que al menos tenemos seis días más. ¿O finalmente has decidido hacer algo respecto a esos agentes de la Nueva Rep? —Abruptamente, chasqueó los dedos—. Oh, explosión… Acabo de recordar esa cara. Wedge Antilles.

—Tienes razón —dijo Navett, haciendo una mueca cuando el nombre tardíamente hacía clic con la cara de Ojos Marrones. El General Wedge Antilles, líder de ese múltiples veces maldito Escuadrón Pícaro. Un único grupo insignificante de Ala-X que probablemente le había causado más problemas al Imperio que todos los bothans de la galaxia sumados—. Y eso va a hacer las cosas tanto más complicadas. Incluso sin celebridades de la Nueva República involucradas, un triple asesinato crearía un alboroto mayor.

Dejó que sus ojos flotaran alrededor de la tienda, absorbiendo las filas de jaulas, la sutil mezcla de olores y sonidos. Seguramente Antilles no vería ninguna amenaza en una inofensiva tienda de mascotas.

Pero no. Habían estado parados justo aquí cuando vino la llamada, y sabían que él y Klif habían sido invitados al edificio del generador de escudos. No, seguro que ahora con seguridad tendrían a la tienda de mascotas marcada.

—Pero supongo que tampoco podemos darnos el lujo de dejarlos que sigan investigando —concedió—. Supongo que es hora de sacarlos.

—Ahora estamos hablando —dijo Klif con aprobación oscura—. ¿Quieres que me ocupe de eso?

Navett alzó una ceja.

—¿Qué, tú solo?

—Eh, sólo son payasos de Ala-X —dijo Klif—. Por lo menos lo es Antilles. Fuera de sus cabinas de piloto son bebés de pecho.

—Quizá —dijo Navett—. Pero nos encontraron bien. Y esa vieja parece que también conoce su camino.

—¿Y eso significa?

Navett le dio una sonrisa estrecha.

—Significa que no te ocuparás tú solo —dijo—. Lo haremos juntos.

• • •

Moranda sorbió su licor verde-azul.

—No lo sé —dijo, agitando la cabeza—. No puedo decir que cualquiera de ellos realmente saltara y me saludara.

—Ésa es una forma de ponerlo —dijo agriamente Wedge, masajeándose las sienes doloridas con el pulgar y dedo mayor. Cincuenta tiendas, negocios, puntos de servicio, y establecimientos de comida diferentes. Todos establecidos en Drev'starn desde que las naves de guerra empezaron a reunirse sobre sus cabezas; todos visitados personalmente por él, Corran, y Moranda en los últimos cuatro días. La tasa de producción de comercios en Bothawui debía ser astronómica—. Otra forma es simplemente admitir que hemos dado con otro callejón sin salida.

—No estoy seguro de que en verdad iría tan lejos —dijo lentamente Corran, arremolinando meditativamente la bebida en su vaso—. Hubo un par de lugares que estaban definitivamente más en el borde que otros. Ese joyero meshakiano, es uno.

—Traficante de bienes robados —lo desestimó Moranda con un movimiento de la mano—. Y, a propósito, nos descubrió desde el principio como cualquier cosa menos clientes casuales. Realmente tienes que conseguir aprender a refrenar esa postura tuya de espalda derecha de CorSec, Corran.

—Y ese café ho'din —continuó Corran, ignorándola mientras bajaba un dedo por su lista—. Está justo encima de uno de los conductos de cables de energía al edificio del generador.

—Y ha estado allí durante diez años —le recordó Moranda.

—¿Excepto que el gerente del día mencionó que acababan de contratar a un par de humanos para el último turno de limpieza, recuerdas? —contrapuso Corran—. Hay algo al respecto que me molesta.

Wedge lo miró por encima de su copa. Corran, sabía, nunca había tenido mucha suerte con los aspectos de leer mentes de la Fuerza, no como Luke o Leia. Pero si no podía captar los pensamientos de otra gente, de todos modos podía captar impresiones e insinuaciones y texturas. Combinado con su viejo entrenamiento de detective de CorSec, significaba que valía la pena prestar atención a algo que lo molestaba.

—Y entonces, por supuesto —agregó Corran—, están nuestros amigos del Emporio de Mascotas Exoticalia.

Wedge miró a Moranda, esperando por su refutación. Pero no vino.

—Sí, están ellos —dijo en cambio, frunciéndole el ceño a la mesa—. Ése no me gusta en absoluto.

—Pensé que dijiste que ninguno te había saltado —le recordó Wedge.

—No, no lo hicieron —convino Moranda—. Ese es exactamente el punto. Los tipos de las mascotas actuaron perfectamente. ¿Pero a cuántos dueños de tiendas de mascotas conoces que por casualidad también sean expertos en exterminación de alimañas? ¿Y además, unas exóticas como las termitas del metal?

—Deberíamos ser capaces de verificarlos y ver si ese tipo de experiencia aparece en sus archivos —dijo Corran. Pero no se veía nada más feliz que Moranda—. Sólo desearía que supiéramos adonde exactamente había tenido lugar esta invasión de termitas del metal.

—Tiene que ser en alguna parte con muy alta seguridad —dijo Wedge—. Ni siquiera iban a dejarlos entrar al principio.

—Y al mismo tiempo, esa decisión fue hecha a un lado realmente rápido —dijo Moranda, asintiendo—. En alguna parte con seguridad ultra alta, pero sin embargo extremadamente sensible y vital.

Por un momento los tres se miraron. Corran fue el primero en romper el silencio.

—Es el edificio del generador de escudos —dijo—. No hay nada más en Drev'starn que encaje.

—De acuerdo —dijo Moranda, sorbiendo su bebida—. ¿Ahora la pregunta es, fue la incursión de termitas del metal el ataque o el cebo? Si es el ataque…

Se interrumpió por un pitido ahogado del comunicador de Wedge, enterrado profundamente en un bolsillo de su chaqueta.

—¿Quién sabe que estás aquí? —preguntó.

—Nuestra lanzadera —le contó Wedge, desenterrando el instrumento—. Hemos preparado un retransmisor para cualquier transmisión entrante —Encendiéndolo, bajó el volumen—. Adelante Rojo Dos —dio la contraseña.

El mensaje era muy corto.

—Habla su padre —dijo la voz familiar de Bel Iblis—. Todo está perdonado; vengan a casa.

Wedge apretó fuerte el comunicador.

—Entendido —dijo—. Vamos en camino.

Apagó el comunicador y alzó la vista para encontrar la mirada de Corran dura en él.

—¿Papá?

Wedge asintió.

—Papá —confirmó él—. Hora de ir a casa.

—¿Lo que significa? —preguntó Moranda.

—Significa que tenemos que irnos —le contó Wedge—. Ahora.

—Oh, eso es conveniente —gruñó Moranda, mirándolo intensamente—. ¿Qué hay del generador de escudos?

—De ahora en adelante los bothans quedan a su suerte —dijo Wedge, terminando su bebida y acomodando las monedas en la mesa—. Lo siento, pero de cualquier forma sólo estábamos en préstamo temporal.

Moranda hizo una mueca, pero asintió.

—Lo entiendo —dijo—. Bien, fue divertido mientras duró.

—Probablemente deberías llamar a Seguridad Bothan —dijo Wedge, poniéndose de pie—. Señálales a nuestros amigos en la tienda de mascotas.

—Lo que sea —dijo Moranda, agitando una mano—. Buen vuelo.

—Gracias —dijo Wedge—. Vamos, Corran.

—Sólo un segundo —dijo Corran. No se había movido de su silla, y había un brillo en sus ojos mientras miraba Moranda—. Quiero saber qué va a hacer ahora Moranda.

—Oh, continúen —lo reprendió ella, haciendo pequeñas señas de ahuyentar con las manos—. Yo estaré bien.

—En otras palabras, vas a continuar con esto —dijo bruscamente.

Ella alzó las cejas.

—Eso es muy bueno. ¿CorSec les enseña cómo hacerlo?

—No has contestado la pregunta —dijo Wedge, sentándose de nuevo—. ¿Vas a llamar a Seguridad, no?

—¿Y decirles qué? —contrapuso ella—. No tenemos ni un retazo de prueba. Es peor que eso, realmente… presumiblemente ya hicieron una revisión de Navett y su compañero, y sin embargo los dejaron ir al edificio del generador.

—¿Entonces qué vas a hacer? —persistió Wedge—. ¿Seguir con esto sola?

La boca de Moranda tomó líneas duras.

—Me dieron una asignación, Wedge —dijo en voz baja—. Se supone que debo quedarme aquí y vigilar en busca de atentados de Venganza contra Bothawui.

Corran agitó la cabeza.

—Ésa no es una buena idea —dijo—. Si Venganza es manejada o es guiada por imperiales…

—¿Entonces adónde van ustedes dos? —demandó Moranda con desdén—. ¿De vacaciones a las playas de Berchest? Les doy cincuenta a uno que dondequiera que vayan será mucho más peligroso que cualquier cosa que sea probable que yo me encuentre aquí.

—Moranda… —comenzó Wedge.

—Además de lo cual, no tienen tiempo para discutir al respecto —lo interrumpió—. Si «papá» es quién pienso que es, no va a estar contento si ustedes dos llegan tarde a casa. Ahora salgan, los dos. Gracias por todas las bebidas.

Renuentemente, Wedge se puso de pie de nuevo. Ella tenía razón, por supuesto; y ciertamente era más que suficientemente mayor para tomar este tipo de decisiones por sí misma. Pero eso no significaba que a él tuviera que gustarle.

—Vamos, Corran. Moranda… cuídate, ¿está bien?

—Tú también —dijo, sonriéndole—. No te preocupes por mí. Yo estaré bien.

CAPÍTULO 26

Había un aroma extraño, casi de otro mundo, tirando de sus sentidos cuando Mara flotó hacia la conciencia. Algo extraño, aunque vagamente agradable…

—Buenos días —vino la voz de Luke a través de la niebla. Con una sacudida, Mara se despertó del todo.

Y en ese primer momento desorientado deseó no haberlo hecho. Aun mientras abría los ojos al tenue brillo a su alrededor, notó repentinamente cien chispas de dolor pinchando sus músculos desde sus talones a través de sus piernas y espalda y bien hasta la nuca.

—Ow —gruñó por lo bajo.

La cara de Luke apareció sobre su cabeza, mirándola hacia abajo con preocupación.

—¿Todavía te duele el hombro? —preguntó él.

Mara frunció el ceño, parpadeando para aclarar un poco más de la niebla que nublaba su mente. Correcto… su hombro gravemente quemado. Bajando el cuello, enfocando los ojos que todavía no estaban completamente despiertos, miró abajo a su traje de salto achicharrado.

A su traje de salto achicharrado, y a la piel lisa y sin marcas que se veía a través del agujero de allí.

—No —dijo, sin creerlo realmente—. El hombro simplemente se siente bien. Es… oh, claro. Tu trance curativo.

—Es normal estar un poco desorientada cuando acabas de salir —le aseguró Luke—. No te preocupes.

—No lo hacía —Movió los hombros alrededor, intentando ignorar la oleada de hormigueos adicionales que el movimiento envió por su espalda. La mano de Luke estaba allí, agarrándola del brazo y ayudándola a sentarse—. ¿Dijiste que era de mañana?

—Bueno, en realidad, es de tarde —enmendó Luke—. Pero Han me dijo una vez que en cualquier momento en que te despiertes es técnicamente la mañana.

—Ese parece su punto de vista casual de las cosas —dijo Mara—. ¿Cuánto tiempo, *en tiempo real*, estuve yaciendo allí?

—Aproximadamente cinco días —le contó Luke—. Ahora, con cuidado.

—Oh, apuéstalo —convino ella, haciendo una mueca de dolor cuando los músculos que se habían quedado quietos durante cinco días continuaron quejándose ruidosamente por su maltrato—. Estoy impresionada. No creo que ni siquiera un tanque de bacta habría hecho el trabajo tan rápido.

—Tienes un don de la Fuerza muy potente —dijo Luke, sosteniendo la mano preparada junto a su brazo—. Eso usualmente ayuda al proceso curativo.

—Ese definitivamente es uno que voy a tener que aprenderme —decidió ella, echando una mirada a su alrededor. Ese aroma que pensó que había soñado todavía estaba allí…

—Es algún tipo de ave asada —explicó Luke, señalando con la cabeza hacia el fondo del descanso—. Un regalo de despertada para ti de parte de los qom jha.

—En serio —dijo Mara, poniéndose cuidadosamente de pie y cojeando en esa dirección sobre piernas inseguras. Sí, era un ave asada, crepitando sobre una plancha de cocción—. Horriblemente amable de su parte. ¿Dónde consiguieron la cocina?

—Envié a Cumplidor De Promesas de vuelta a tu Defensor por el resto del equipo de supervivencia —explicó Luke—. Preferiría haberlo enviado de vuelta a mi Ala-X… el equipo de repuesto que Karrde armó era mucho más completo. Pero después de nuestro roce con los Amenazadores no están tan ansiosos de vagar por afuera.

—¿Esto es de la especie que come rastreras de fuego crudas? —Señaló Mara cuando se deslizó de vuelta a una posición sentada junto a la plancha de cocción—. Se asustan de forma bastante selectiva.

—Es un poco más complicado que eso —dijo Luke, sentándose con las piernas cruzadas en el suelo al otro lado de la plancha de cocción y haciendo señas hacia la comida—. En realidad, esa es la razón del regalo. Llegaron a la conclusión de que les salvaste sus vidas allí adentro.

—No sé cómo se les habrá ocurrido —gruñó Mara, arrancando un pedazo del asado—. Fue a nosotros a los que les disparaban, no a ellos.

Los labios de Luke se arrugaron.

—En realidad, hay algunas dudas al respecto. Partidor De Piedras piensa que era a los qom jha a los que los Amenazadores estaban disparando, no a nosotros, por lo menos hasta que empezaste a responder el fuego. Y según mi revisión de mis recuerdos de la batalla, creo que tiene razón.

Mara dio un cuidadoso mordisco. La carne estaba cocida un poco de más para su gusto, pero no estaba mal a pesar de eso. De cualquier forma, como su estómago le recordó gruñendo ruidosamente, una persona que no había comido en cinco días no podía darse el lujo de ser demasiado selectiva.

—Un pensamiento interesante —dijo—, pero no estoy segura de adonde nos lleva. No importa a quién le estaban disparando, el hecho es, que todavía son recelosos de los extraños.

—Quizá —dijo Luke, en tono raro—. Pero quizá no. ¿No te has preguntado por qué los Amenazadores nunca vinieron a la cueva buscándote después de que quedaste inconsciente?

—¿Estás seguro que no vinieron? —contrapuso Mara con la boca llena.

—Los qom jha dicen que no —le contó Luke—. Hubo un par de vuelos con sus naves, y eso fue todo. De hecho, hasta donde sabe Niño De Los Vientos, nunca ni siquiera hicieron una búsqueda exterior en el suelo del área.

Mara masticó pensativamente, resistiendo el impulso de señalar que Niño De Los Vientos no era exactamente la fuente más fiable de información.

—Está bien —dijo—. Asumamos que los Amenazadores perdieron su interés en mí. ¿Adónde nos lleva eso?

—Si simplemente perdieron el interés, no lo sé —dijo Luke—. ¿Pero qué tal si no perdieron el interés, pero sólo decidieron esperar hasta que te abrieras tu propio camino hasta la Fortaleza Alta?

Mara dio otro mordisco. Ése era un pensamiento perturbador. De hecho, era un pensamiento extremadamente perturbador. Tanto más debido a que ese exacto curso de acción era uno que había considerado realmente al principio de su cautividad.

—No sé si Karrde te lo mencionó —dijo lentamente—, pero la forma que encontramos este sistema fue rastreando los vectores de escape de dos de sus naves hasta un punto de intersección. Siempre había supuesto que simplemente no sabían que podíamos rastrear su vector por unos microsegundos después de que saltaran a la velocidad de la luz. Pero ahora no estoy tan segura.

—¿Crees que querían que vinieras aquí?

—Encajaría con que no se esfuercen tanto en buscarme después de que aterricé —señaló Mara—. Por supuesto, que si vamos en esa dirección entonces se nos tiene que ocurrir una explicación de por qué intentaron derribarte a ti.

—Quizá no están interesados en tener a más de un invitado a la vez —sugirió Luke, mirando fijamente al espacio—. O quizá no quieran hablar con nadie de la Nueva República hasta que hayan hablado contigo primero.

Mara lo miró cuidadosamente. Había habido un parpadeo en sus emociones justo en ese momento…

—¿Eso fue lo primero que te vino a la cabeza? —preguntó—. ¿O estás captando algo de la Fuerza al respecto?

Él agitó la cabeza, todavía mirando a la nada.

—No estoy seguro —admitió—. Pero tengo la sensación de que… no, no importa.

—¿Qué es lo que no importa? —demandó sospechosamente Mara, apretando las esquinas de su mente—. Vamos, no tenemos tiempo para juegos.

Un músculo en su mejilla dio un tirón.

—Tengo la sensación de que es a ti a quien quieren ver —dijo—. A ti, específicamente.

Mara alzó las cejas.

—Me siento halagada. Mi fama sólo continúa extendiéndose.

—Comedor De Rastreras De Fuego dijo que había oído a los Amenazadores hablando acerca de ti —le recordó Luke—. Desearía que supiéramos el contexto de la conversación.

Hubo un batir de alas desde la escalera, y uno de los qom jha apareció. Habló…

—Gracias, Volador Entre Las Púas —dijo Luke—. Ve a ver si Cumplidor De Promesas tiene alguna novedad, si no te molesta.

El qom jha contestó, y con una agitación de alas se había ido escalera abajo.

—Le pedí a algunos de los qom jha que patrullaran las áreas superiores de la escalera y escucharan por actividad fuera de las puertas —explicó Luke—. Volador Entre Las

Púas me dice que las áreas superiores de la fortaleza estuvieron activas por algún tiempo esta mañana, pero parecen haber quedado de nuevo en silencio.

—Ah —dijo Mara, arrancando otro mordisco con quizás un poco más de fuerza que la necesaria. Esos explotantes qom jha y sus explotantes voces ininteligibles…

—¿Hay algún problema? —preguntó Luke.

Mara lo miró intensamente.

—Sabes, Skywalker, es muy difícil mantener algún pensamiento para ti misma cuando estás cerca.

Él le dio una mirada inocente que era demasiado divertida para su gusto.

—Extraño. Parezco recordar una situación, hace no demasiado tiempo, cuando no podías esperar para descargarme algunos de esos pensamientos más selectos.

Mara hizo una mueca.

—¿Te sientes un poco más feliz por nuestros errores pasados esta mañana, no?

Él se serenó.

—No feliz, no —dijo—. Simplemente estoy aprendiendo cómo reconocerlos, aprender de ellos, y entonces dejarlos atrás y seguir adelante. Sabes, he tenido mucho tiempo para pensar en estos últimos cinco días.

—¿Llegaste a alguna conclusión en particular?

Él la miró directamente.

—Ya sé por qué no te volviste al lado oscuro —dijo—. Y por qué sigues encontrando límites en lo que puedes hacer a través de la Fuerza.

Más casualmente que como se sentía especialmente, Mara dio otro mordisco y apoyó la espalda contra la pared de piedra detrás de ella.

—Te estoy escuchando.

—La esencia del lado oscuro es el egoísmo —dijo Luke—. La elevación de uno mismo y sus propios deseos sobre todo lo demás.

Mara asintió.

—Bastante obvio hasta ahora.

—La cuestión es que todo el tiempo que estabas sirviendo al Emperador, nunca lo hacías por motivos egoístas —dijo Luke—. *Estabas sirviendo*, aun cuando fuera a Palpatine y a sus propios fines egoístas. Y el servicio a los demás es la esencia de ser un Jedi.

Mara pensó al respecto.

—No —dijo, agitando la cabeza—. No, eso no me gusta. El servicio al mal sigue siendo malo. Lo que estás diciendo es que hacer algo malo no es realmente malo si tus motivos son buenos. Eso no tiene sentido.

—Estoy de acuerdo —dijo Luke—. Pero eso no es lo que estoy diciendo. Algunas de las cosas que hiciste fueron ciertamente equivocadas; pero porque no estabas haciéndolas para tus propios propósitos, los actos en sí mismos no te abrieron al lado oscuro.

Mara miró ceñuda a su comida.

—No veo la diferencia —dijo—. Pero de todos modos no me gusta.

—En realidad, no es tan diferente de la situación con los Jensaarai que Corran y yo nos encontramos en Susevfi —dijo Luke—. Ellos no sabían ser Jedi, pero de todos modos estaban sirviendo de la mejor manera que conocían.

—Y en el proceso se habían pervertido tanto que tardaste años en desenredarlos —le recordó ásperamente Mara—. De cualquier forma, por lo menos tenían el recuerdo de un modelo a seguir, ¿no? Ese Jedi ¿cómo se llama?

—Nikkos Tyris —dijo Luke, asintiendo—. Lo que plantea una idea aún más interesante. Quizá tú también tenías un modelo.

Mara agitó la cabeza.

—Desde luego que no. No había ni una sola persona en la corte interna con un retazo de lo que consideraría virtud o moralidad.

—Entonces quizá fue alguien en tu vida antes de que fueras llevada a Coruscant —sugirió Luke—. Tus padres, o algún amigo cercano.

Mara arrancó el último mordisco de su comida y tiró el esqueleto de vuelta a una esquina.

—Ésta conversación es un callejón sin salida —declaró firmemente, limpiándose las manos en las piernas del traje de salto de donde los aceites y la suciedad eventualmente caerían como escamas—. Volvamos al trabajo a la mano. ¿Dónde escondiste mi bláster?

Luke no se movió.

—Sé que no te acuerdas mucho de tu pasado —dijo en voz baja—. Si sirve de algo, entiendo cómo te sientes.

—Gracias —gruñó Mara—. Eso ciertamente ayuda.

—¿Te gustaría recuperar ese pasado?

Ella le frunció el ceño, las emociones en conflicto chocaban de repente entre sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cautelosamente.

—Hay técnicas Jedi que pueden usarse para recobrar recuerdos enterrados —dijo—. Y tú podrías ser una Jedi, Mara. Podrías ser una Jedi muy poderosa.

—Correcto —dijo Mara entre dientes—. ¿Todo lo que tengo que hacer es declarar que estoy lista para servir a la galaxia, correcto?

La frente de Luke se arrugó, y ella captó el parpadeo de perplejidad en él.

—¿Qué parte de eso te asusta tanto? —preguntó—. Has servido y trabajado para otra gente toda tu vida: Palpatine, Karrde, Leia, Han y yo. Y una vez que has ofrecido tu lealtad, cumples con ella. Puedes hacer esto… yo sé que puedes.

Mara cerró el puño, medio queriendo cerrar el asunto de nuevo y esta vez asegurarse de sentarse en la tapa. Pero en lo más profundo, sabía que él merecía una respuesta en esto.

—Simplemente no puedo ofrecer ese tipo de invitación en blanco —dijo—. Claro que puedo ser leal; pero sólo con la gente a la que escojo serle leal. No estoy lista para abrirme a cualquiera que pase por la calle.

Hizo una mueca.

—Además, sigo recordando historias sobre cómo el último paso para volverse un Jedi es usualmente hacer algún sacrificio personal supremo y bastante feo. Tampoco estoy loca por eso.

—No siempre es tan malo como parece —dijo Luke, y Mara pudo sentir la incomodidad de él cuando sus propios recuerdos desagradables flotaron de vuelta a la superficie—. Justo antes de morir, el Maestro Yoda me dijo que antes de ser verdaderamente un Jedi necesitaba enfrentar de nuevo a Vader. Llegué a la conclusión de que eso significaba que tenía que o matarlo o dejar que me mate. Resultó que, no fue de ninguna de las dos formas.

—Pero tenías que estar dispuesto a hacer ese sacrificio, si era necesario —señaló Mara—. Gracias, pero no estoy interesada.

—Entonces estás limitando automáticamente tus capacidades —dijo Luke—. Si no estás dispuesta a tomar la responsabilidad…

—¿Responsabilidad? —resopló Mara—. ¿Tú me estás hablando de responsabilidad? ¿Qué hay de Callista, o Gaeriel, o cualquiera de las otras mujeres con las que has rozado tu camino durante los últimos diez años? ¿Dónde ha estado la responsabilidad allí?

La llamarada de enojo de Luke fue tan súbita y tan inesperada que la impresión la empujó físicamente contra la pared de piedra.

—Si quieres hablar de eso —exclamó—. ¿Qué hay de Lando? ¿Eh?

Por un largo momento sólo se miraron intensamente entre sí. Mara contuvo la respiración, preparándose para otro arranque, las historias de la cólera desenfrenada de un Jedi pasaron ominosamente por su mente.

Pero en cambio, sintió que el enojo de él desapareció, reemplazado por una profunda vergüenza y turbación.

—Lo siento —dijo, bajando los ojos y apartándolos de su cara—. No debí haber hecho eso.

—No, yo soy la que debe disculparse —dijo Mara, intentando esconder sus propios sentimientos de culpa y sabiendo que sólo estaba teniendo un éxito parcial. Sabía que no era bueno luchar así—. Sé lo que sentías por esas mujeres, y lo que les pasó. Lo siento.

—Está bien —murmuró Luke—. Probablemente lo que les pasó fue en parte culpa mía. Quizá incluso principalmente culpa mía. Yo fui el que rozó el lado oscuro, no ellas.

—Reconoce tus equivocaciones, y aprende de ellas —le recordó Mara—. Entonces recógelas y sigue adelante. Es tiempo de recoger y seguir.

—Eso supongo —Todavía sin mirarla, él se puso de pie—. Tienes razón… debemos ponernos en movimiento. Les pedí a los qom jha que hicieran algunas mediciones mientras estabas durmiendo, y parece que la puerta de salida más alta de este lugar debería dejarnos en uno de los tres pisos superiores de la fortaleza. Intentemos ese acercamiento.

—Sólo un segundo —dijo Mara, alzando la vista hacia él. Se había prometido a sí misma, bastante galantemente, comprendió en retrospectiva, que no iba a decirle esto hasta que él le preguntara a quemarropa acerca de ello. Pero su silencio era infantil. Sin

embargo, la acusación que él acababa de arrojarle a la cara estaba probablemente lo suficientemente cerca—. Querías saber acerca de Lando y yo. ¿Correcto?

Ella vio el tirón en su cuello.

—Está bien —dijo—. Realmente no es asunto mío.

—Lo estoy haciendo asunto tuyo —dijo Mara, poniéndose de pie para mirarlo directo a los ojos—. Lo que hubo entre Lando y yo no fue… absolutamente nada.

Los ojos de él le parpadearon sospechosamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que dije: no fue absolutamente nada —repitió—. Karrde tenía una misión importante para que yo llevara a cabo, y porque Lando había proporcionado el punto de partida se invitó a acompañarme. La… bueno, los aspectos personales de todo no fueron más que una fachada para impedir que la gente averiguara lo que estábamos haciendo.

Ella pudo sentir a Luke sondeando los bordes de su mente.

—Podrías habérmelo dicho —dijo, no del todo acusadoramente.

—Podrías habérmelo preguntado —contrapuso ella—. Nunca pareciste tan interesado.

Hizo una mueca, y ella pudo sentir una nueva oleada de turbación pasando por él.

—¿No lo hice, no? —admitió.

—Aprende, y sigue adelante —le recordó Mara—. En realidad, si quieres llegar a eso, tú fuiste el que empezó todo en primer lugar. ¿Recuerdas ese mando a distancia que encontraste en Dagobah y llevaste a lo de Lando en Nkllon?

Luke la miró detenidamente.

—Sí. De hecho, estaba pensando al respecto hace unos días. Me pregunté por qué me había venido de repente a la mente.

—Sugestiones de la Fuerza, sin duda —dijo Mara. Era una respuesta tan buena como cualquier otra—. Resulta que ese mando a distancia en particular solía pertenecer a alguien que Karrde había conocido alguna vez y que había desaparecido fuera de vista algunos años antes. Un tipo llamado Jorj Car'das… ¿alguna vez oíste hablar de él?

Luke agitó la cabeza.

—No.

—Aparentemente, no mucha gente lo ha hecho —dijo ella—. Eso hizo las cosas tanto más desafiantes. De cualquier forma, con el mando a distancia teníamos un punto de partida, y Karrde me pidió que intentara rastrearlo. Y como ya dije, Lando, sin duda, oliendo ganancias, insistió en acompañarme.

—Debió haber sido una larga búsqueda —murmuró Luke—. Las historias de tú y Lando…

—Tomó algunos años —dijo Mara—. De trabajo discontinuo, por supuesto —Alzó las cejas—. Si sirve de algo, la parte del romance de la historia de fachada me volvió loca. Pero encontrar a Car'das era importante para Karrde, así que continué con eso. Como dijiste, lealtad.

Ella siseó suavemente entre dientes con los recuerdos.

—Aunque fue excepcionalmente vergonzoso en algunos momentos. Hubo una semana en particular en M'haeli donde Lando estaba intentando dulcificar al Vicebarón Sukarian para que nos diera algo de información que necesitábamos. Yo tenía que volverme una frívola pieza de nada decorativa y sin-cerebro, porque Sukarian automáticamente ponía a esa clase de mujer por debajo de su desprecio y el papel me daba la libertad de movimiento que necesitaba. La peor parte fue que Solo me agarró en el acto con un retransmisor de comunicador cuando yo pensé que Sukarian me estaba llamando. Nunca me atreví a preguntarle lo que pensó de eso.

—No creo que haya estropeado su opinión acerca de ti —dijo Luke, su voz era una extraña mezcla de apoyo, gallardía, y un resto de turbación—. Aunque me imagino que a estas alturas la opinión de Sukarian probablemente ya no puede repararse.

—Oh, no lo creo —le aseguró Mara—. Yo usualmente llevaba una de las camisas de Lando durante las visitas y llamadas de comunicador tarde por la noche de Sukarian, y me aseguré de dejar una colgando de la puerta abierta de la caja fuerte de su oficina privada. Después de que la vacié.

Luke sonrió. Una sonrisa tentativa, todavía algo avergonzada, pero no obstante una sonrisa genuina. A estas alturas, eso era suficiente.

—Su reacción debió haber sido interesante.

Mara asintió.

—Me gusta pensar eso.

—Sí —Luke respiró profundo, y pudo sentirlo empujando viejos recuerdos y pensamientos extraños al fondo de su mente—. Pero como dijiste, tenemos un trabajo que hacer —dijo enérgicamente—, y va a ser una larga subida. Empaquetemos el equipo y continuemos.

• • •

De hecho fue, como Luke había estimado por los números que los qom jha le habían reunido, una larga subida. De hecho, casi tan larga como había sido desde el fondo de la escalera oculta hasta esa primera puerta. Y con los músculos de Mara todavía recuperándose de cinco días de ociosidad, y el propio Luke por consiguiente ocupándose de Erredós y todo el resto de su equipo, debió haber sido algo cansador.

Pero para su ligero asombro, no lo fue. Y no le hizo falta ninguna profunda visión Jedi para entender por qué.

La barrera que había puesto entre él y Mara se había ido.

La parte extraña era que ni siquiera se había dado cuenta de que había habido una barrera allí. La comunicación que tenían juntos, su habilidad de sentirse los pensamientos y emociones entre sí, había sido tan íntima que simplemente había asumido que era tan fuerte como podía serlo.

Había estado equivocado. Había estado muy equivocado.

Era una experiencia estimulante; y sin embargo, al mismo tiempo, también un poco intimidante. Había experimentado contactos mentales íntimos en ocasiones con otras personas, pero nunca al mismo nivel que estaba experimentando ahora. Los pensamientos y emociones de Mara parecían fluir por él, aparentemente su nivel e intensidad ahora sólo limitado por las barreras personales de ella, mientras sus propios pensamientos y emociones fluían en la otra dirección de vuelta hacia ella. Había una nueva compatibilidad entre ellos, una profundización de su vieja relación que sólo ahora comprendió cuan penosamente había extrañado.

Las confesiones, las disculpas, y el perdón, solía recordarle la Tía Beru, eran herramientas que los amigos usaban para derrumbar paredes y convertirlas en puentes. Muy pocas veces, si había pasado alguna vez en su vida, había visto esa verdad tan gráficamente demostrada.

Con preocupación por la condición física y el agotamiento de Mara en el frente de su mente, se aseguró que la partida hiciera frecuentes paradas para descansar mientras subían, una política que volvió a Mara sólo ligeramente menos loca que lo que volvió a los qom jha. Pero él insistió, y como resultado les tomó casi una hora alcanzar la puerta a la que iban. Pero cuando lo hicieron, por lo menos, Mara estaba totalmente lista para continuar.

—Está bien, este es el plan —le dijo Luke, estirándose con la Fuerza. Por lo que podía sentir, toda el área afuera de la puerta oculta estaba despejada—. Dejaremos a Erredós y a los qom jha aquí adentro y haremos un poco de reconocimiento por nosotros mismos.

—Suena bien —Mara sacó su bláster y lo revisó, y Luke pudo sentirla esforzándose por controlar sus dudas privadas por volver allí. Entendible, por supuesto; ella fue a la que le habían disparado. Luke había tenido algo del mismo problema la primera vez que había regresado a visitar Ciudad Nube—. ¿Qué tal si dejamos uno de nuestros comunicadores aquí con ellos?

—Buena idea —convino Luke, sacando el comunicador de su cinturón y poniéndolo en el brazo prensil para bajo peso de Erredós—. No te olvides y lo dejes apagado —amonestó al droide.

Erredós trinó indignado, la traducción desfiló por el datapad.

—Sí, ya sé —le aseguró Luke—. Sólo estaba bromeando.

—¿Qué? —preguntó Mara.

—Dijo que apagar el comunicador en momentos críticos es el truco de Trespeó —le contó Luke—. Una broma privada. ¿Lista?

Pudo sentirla extendiéndose a la Fuerza en busca de calma.

—Lista —dijo—. Hagámoslo.

La puerta secreta, gratificantemente, se abrió tan silenciosamente como lo había hecho la otra. Con Luke por delante, salieron, cerrando la puerta detrás de ellos.

—Ahora esto —dijo Mara en voz baja en su oído—, es como la fortaleza de Hijarna.

Luke asintió en reconocimiento, echando una mirada alrededor. Estaban en una vasta cámara, con cortos segmentos de pared esparcidos aparentemente al azar uniendo el suelo con el techo relativamente bajo. Los brillantes revestimientos de la pared, el suelo elaborado, y los nichos de la pared que habían visto abajo estaban ausentes, dejando nada más que piedra negra sin adornos ni interrupciones. A pesar de eso, sin embargo, el lugar parecía extrañamente aireado.

—No parece que nuestros amigos de abajo estén usando este área —dijo—. Me pregunto por qué.

Mara dio unos pasos al costado y señaló alrededor del final de uno de los segmentos de pared.

—Ahí está tu respuesta —dijo—. Ven… vamos a ver.

Ella desapareció alrededor de la pared. Luke la siguió, notando por primera vez una suave corriente de aire que venía de esa dirección.

Y la razón fue rápidamente clara. Más allá de la pared, del lado lejano del cuarto, la piedra negra dejaba una grieta abierta al cielo.

—Apuesto que son daños colaterales de la batalla que derribó aquella torre —dijo Mara, ya cruzando hasta la grieta.

—Ten cuidado —le advirtió Luke, dándose prisa para alcanzarla.

—Sí, sí —dijo Mara. Ella alcanzó la grieta y cautelosamente miró afuera—. Tenía razón —dijo, señalando—. Allí está. O lo que queda de ella.

Luke llegó a su lado y miró afuera. Estaban mirando a un vasto techo redondo inclinado hacia abajo desde su posición en un ángulo razonablemente empinado. El tocón de la torre en ruinas de Mara estaba delante y ligeramente a la izquierda de ellos, a unos ochenta metros más o menos. La distancia y la tenue luz del sol lo hacían difícil de ver con seguridad, pero al ojo de Luke el borde dentado parecía ligeramente fundido.

—Y dices que esta piedra absorbe el fuego turboláser —dijo.

—Como una esponja muy seca —convino gravemente Mara—. Quienquiera que fueran los constructores de este lugar, debieron haber tenido algunos enemigos impresionantes.

—Esperemos que hayan quedado satisfechos con derruir esa única torre y entonces se hayan marchado —dijo Luke, dando al resto del techo un examen rápido pero cuidadoso. Situado simétricamente al lado derecho del techo inclinado había otra torre, esta indemne, que se estiraba unos buenos noventa metros hacia el cielo y terminaba con un anillo de protrusiones de aspecto ominoso. Sin duda, sistemas de armas. Del lado lejano del techo, a casi doscientos metros de donde estaban él y Mara, podía ver las protuberancias gemelas que parecían extenderse afuera desde el tejado y entonces continuaban abajo por la pared de ese lado. Torres de guardia gemelas, posiblemente, flanqueando la entrada principal. Más allá del techo, podía ver una superficie lisa que se estiraba a través de la cima de la montaña escarpada de la fortaleza que sólo podía ser un camino de acceso. En el centro de la fortaleza había una estructura de treinta metros de largo cuyo techo plano

sobresalía horizontalmente del techo principal, haciéndolo parecer todo más bien como una cuña de esquina redondeada que había sido agregada como un pensamiento posterior.

—Hay una plataforma de aterrizaje en la cima —dijo Mara, señalando a la estructura—. Apenas se pueden ver las marcas.

Luke asintió. Las marcas eran tenues, pero lo suficientemente visibles cuando sabías buscarlas.

—Probablemente tienen luces que pueden encender cuando algo amistoso está viniendo.

—Con turboláseres preparados en la cima de esa torre en caso de que no sean tan amistosos —Deslizándose a través del hueco en la pared, Mara dio unos pasos hacia el techo, mirando hacia la plataforma de aterrizaje—. Parece que el área bajo la plataforma está abierta por delante —reportó—. Probablemente su hangar. Podría ser un lugar conveniente al que ir si alguna vez quedamos atrapados demasiado lejos de nuestra salida —Se dio la vuelta hacia atrás…

Y contuvo la respiración, una oleada de sorpresa pasó disparada a través de ella.

—Whoa —dijo, sus ojos miraban hacia arriba—. Ven a ver esto.

Maniobrando a través de la grieta, Luke cruzó hasta su lado y se dio la vuelta. Elevándose por encima del cuarto en el que acababan de estar había otra torre más.

Y tenía amigas. Espaciadas alrededor de la curva del techo de la fortaleza a la izquierda había tres más, todas del mismo diseño. Incluso desde la perspectiva oblicua de Luke, podía distinguir que estas cuatro torres traseras eran más gruesas y unos buenos veinte metros más altas que la única que se erguía debajo de ellos.

Y como con la de abajo, cada una de éstas también estaba coronada por un anillo de emplazamientos de armas.

—Éste debió haber sido un lugar impresionante en su auge —comentó Mara. Su voz era firme, pero Luke podía distinguir que ella estaba sintiendo la misma vaga inquietud que él—. Como la de Hijarna. Desearía saber para proteger qué llamas fueron construidas.

—O defender contra qué —Luke agregó, echando una última mirada alrededor del techo. Ninguna luz; ningún movimiento; ninguna señal de vida en absoluto—. Volvamos adentro y encontremos el camino abajo.

El camino abajo estaba en el lado lejano de uno de los otros segmentos de pared: una versión más pequeña del tobogán en espiral que habían usado en la sección de barracas de abajo. Al contrario de ese, sin embargo, el tobogán de aquí no se estaba moviendo.

—Dañado o apagado por falta de uso —dijo Mara, pasando una mirada cauta por el borde—. El próximo nivel abajo tampoco parece habitado.

—Probablemente toda esta sección está fuera de uso —dijo Luke cuando empezaron a bajar—. Por la forma en que el techo se inclina hacia la torre rota, cada nivel tiene que tener un poco más de espacio de piso cuanto más bajemos. Probablemente han establecido sus operaciones en los niveles más grandes.

—Tiene sentido —convino Mara—. Sigamos yendo hasta que alcancemos un piso con un tobogán funcionando en alguna parte de él. Ése debe ser su nivel más alto en funcionamiento o estar cerca de él.

Los pisos de hecho se extendían más lejos hacia afuera cuando continuaron bajando, con el patrón de segmentos de pared al azar cambiando a cada nivel. No fue hasta el cuarto nivel que Luke finalmente captó el débil zumbido de maquinaria en funcionamiento.

—Creo que llegamos —murmuró, cambiando la posición en que agarraba su sable de luz y estirándose con la Fuerza. Todavía no parecía haber nadie cerca.

—Así parece —convino Mara, ahuecando una mano alrededor de la oreja—. Eso suena como uno de los toboganes. ¿Echamos una mirada?

Luke asintió.

—Yo iré primero. Quédate detrás de mí.

Se dirigió hacia fuera, moviéndose tan silenciosamente como podía por el espacio vacío, intentando ignorar la molestia de Mara detrás de él. Ella podría llamarlo sobreprotección si quería, e indudablemente lo estaba llamando exactamente así, pero después de mirarla pasar cinco días en un trance curativo, prefería equivocarse hacia el lado de la precaución. Alcanzó uno de los raros, por lo menos en este nivel, segmentos de pared y deslizó un ojo alrededor de él. Más allá, justo contra la pared lejana, estaba el tobogán en espiral que habían oído.

—De acuerdo —murmuró Luke por encima de su hombro—. Ahora, con mucho cuidado…

Sintió la llamada emocional de Mara; pero no estaba viniendo de directamente detrás de él. Miró a su alrededor, sintiendo su propio destello de molestia cuando la vio parada en la esquina de uno de los otros segmentos de pared veinte metros a su izquierda. Ella le hizo señas, un gesto rápido e impaciente.

Y había una súbita sensación de miedo en sus emociones…

Llegó a su lado en menos de diez segundos.

—¿Qué sucede? —siseó.

Ella señaló con la cabeza hacia la pared, con silenciosa agitación en sus ojos y su mente.

—Por allí —dijo.

Con el sable de luz listo en la mano, Luke se deslizó alrededor del final del segmento de pared.

Más allá de él, había un gran espacio abierto que había sido equipado como una especie de centro de comando, aunque estaba actualmente tan desocupado como todas las otras partes adonde habían estado hoy. Se habían dispuesto dos círculos de consolas de comando, los tableros y pantallas pestañeaban luces de estado hacia las sillas vacías frente a ellos. A un costado, una silla más grande y más elaborada rodeada por su propio anillo de tableros de estado había sido dispuesta en una plataforma de un metro de altura desde donde podía supervisar toda la operación.

Y en el centro de todo aquello había una imagen que envió un escalofrío de memoria a lo largo de la columna de Luke: un mapa holográfico de la galaxia, con los sectores de la Nueva República, el Imperio, y el resto de las regiones conocidas marcados en una serie desconcertante de una docena de colores diferentes. Todo el mosaico abigarrado se estiraba por quizás un cuarto del gigantesco espiral, desvaneciéndose en el blanco neutral adonde los bordes de los Territorios del Borde Exterior daban paso a la inmensidad de las Regiones Desconocidas de más allá.

Era un duplicado del holo galáctico que el Emperador Palpatine había tenido en su salón del trono en el Monte Tantiss.

Luke tragó saliva, apartando los ojos del holo para dar una mirada más cuidadosa al equipo circundante. Sí, las consolas eran de hecho estándar imperial: tableros de estado y de acceso de computadora de un Destructor Estelar o de otra nave capital mayor. Las sillas, igualmente, venían directo de las trincheras de tripulación del puente de un Destructor Estelar.

Y la silla del supervisor y tableros eran aquellos de un almirante de flota imperial. Como la que el Gran Almirante Thrawn habría usado.

Sintió el cuchicheo de aire cuando Mara se acercó a su lado.

—Creo que hemos encontrado nuestra conexión con los imperiales —le dijo—. Parece que incluso Palpatine podría haber tenido una mano en este lugar.

El cabello de ella rozó su hombro cuando agitó la cabeza.

—Esa no es la cuestión, Luke —murmuró—. Mira ese holo. Quiero decir míralo realmente.

Luke frunció el ceño, enfocándose de nuevo en el espiral galáctico. ¿A qué espacios se estaba refiriendo ella?

Y entonces, abruptamente, contuvo la respiración. No. *No… estaba viendo cosas.* Seguramente estaba viendo cosas.

Pero no lo estaba. Al borde de la galaxia conocida, adonde el holo de Palpatine sólo había mostrado las estrellas blancas de las Regiones Desconocidas, un área completamente nueva había sido coloreada.

Un área nueva enorme.

—Es divertido, no —dijo Mara, con el miedo todavía arremolinándose a través de ella—. Fue exilado de la corte imperial, sabes. Simplemente echado sumariamente.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Luke.

—Del Gran Almirante Thrawn —dijo—. Escogió el lado equivocado en una de las batallas políticas que siempre ocurrían allí y perdió. Todos los demás en la confabulación terminaron degradados o encarcelados o si no reasignados como a una cámara de tortura semiprivada a guarniciones en el Borde Exterior. Pero Thrawn no. Oh, no. Incluso el Borde Exterior era demasiado bueno para este alienígena ingrato que había sido aceptado en la sociedad imperial y les había pagado por su bondad con una bofetada a la cara. No, tenían que inventar algo muy especial para él.

—¿Y ese algo fue el exilio a las Regiones Desconocidas?

Mara asintió.

—Si el Borde Exterior era una celda de tortura, las Regiones Desconocidas eran un pozo de rancor completamente poblado —dijo—. Así que con un poco de instigación, y probablemente haciendo muchos tratos, hicieron que Palpatine lo pusiera a bordo de un Destructor Estelar y lo enviara en un viaje sin retorno más allá del Borde Exterior.

Resopló en una risa burlona.

—Y sólo para agregar insulto al daño, se las arreglaron para hacer que sea una expedición de cartografía. Imagina: uno de los mejores estrategas que el Imperio había conocido alguna vez reducido a tareas de cartografía. Estropeando su vida y su reputación de un solo golpe. Apuesto a que estuvieron riéndose entre dientes al respecto durante años.

Luke agitó la cabeza.

—Creo que no entendí el chiste.

—Ellos tampoco —dijo Mara, su humor oscuro se volvió incluso más oscuro—. El chiste es que aparentemente nunca se les ocurrió a ninguno de ellos que Palpatine siempre estaba un paso adelante de cualquier cosa que estuviera pasando en su corte. Y si él estaba un paso adelante, un estratega como Thrawn estaba por lo menos dos pasos adelante.

La boca de Luke se sentía seca.

—¿Estás diciendo que Thrawn y Palpatine habían planeado todo desde el principio?

—Por supuesto que lo hicieron —Mara hizo señas hacia el holo—. Sólo mira todo el territorio que abrió. Él no pudo posiblemente hacer eso solo, con sólo un Destructor Estelar, Palpatine debió haber estado dándole hombres y naves por todo el camino desde el principio.

—Pero todo eso no puede ser territorio imperial —dijo Luke—. Quiero decir… no puede.

—¿Por qué no? —contrapuso Mara—. Oh, estoy de acuerdo que probablemente no hay más que unas pocas colonias reales allí afuera. Pero puedes apostar que hay guarniciones imperiales esparcidas por todo el lugar, más centros de intel y puestos de escucha y probablemente algunos astilleros de naves completos. Y si conozco a Thrawn, probablemente también toda una red de alianzas con los nativos.

—¿Pero si ese es territorio imperial, por qué el Imperio no ha hecho ningún uso de él? —discutió Luke—. He visto los datos, Mara; están reducidos a prácticamente nada por allí.

—¿Es obvio, no? —dijo en voz baja—. No lo están usando porque no saben que está allí.

Por un largo minuto ninguno de ellos habló. Luke miró fijamente al holo, escuchando el distante zumbido del tobogán en espiral, las terribles implicaciones de aquéllas luces suavemente resplandecientes dando volteretas y chocando entre sí en su mente. Tenía que haber el equivalente de doscientos cincuenta sectores allí; casi treinta veces el tamaño actual del Imperio.

¿Con treinta veces el número de naves de guerra, guarniciones, y astilleros del Imperio? Muy posiblemente. Si todos esos recursos se ponían de repente a disposición de Bastión…

—Necesitamos más información —dijo, yendo hacia los anillos de consolas—. Veamos si hay un conector de computadora al que Erredós pueda enchufarse.

—Arriesgado —advirtió Mara—. Éste es un centro de comando, y los centros de comando siempre tienen marcas de seguridad para identificar un acceso no autorizado.

Se detuvo, haciendo una mueca. Desafortunadamente, ella tenía un punto.

—Está bien, entonces —dijo, volviéndose para enfrentarla de nuevo—. ¿Cuál es tu plan?

—Vamos directamente a la fuente —Mara respiró profundo—. Yo bajo y hablo con ellos.

Luke sintió que su boca se abría.

—¿Y llamas arriesgados a mis planes?

—¿Tienes una sugerencia mejor?

—Esa no es la cuestión —gruñó—. De cualquier forma, si alguien va a bajar allí, debo ser yo.

—Claro que no —dijo firmemente Mara—. Punto uno: te dispararon en el camino de llegada, pero no me dispararon a mí. Punto dos: tú mismo dijiste que tenías la sensación de que querían verme a mí. Punto tres: si la situación degenera al punto donde haga falta un rescate, tú y tus habilidades Jedi son mejores contra una muchedumbre que las mías. Y punto cuatro…

Con una estrecha sonrisa, se desenganchó el sable de luz y caminó hasta él.

—El punto cuatro es que pueden no saber la magnitud de mis habilidades de la Fuerza —dijo, dándole el arma—. Si las cosas se empiezan a poner movidas, eso puede darme la ventaja que podría necesitar.

Luke agarró su sable de luz, sintiendo el familiar frío en la mano. Su propio primer sable de luz, el que Obi-Wan le había dado, que él le había dado a su vez a ella en el techo del palacio en Coruscant. Él había sido más joven que ella cuando había llevado ese sable de luz al peligro por primera vez. Más joven, menos experimentado, y mucho más temerario. Pero sin embargo…

—Y lo último que necesito ahora mismo es que te empieces a poner sobreprotector —agregó Mara, con sólo la insinuación de una mirada de advertencia en los ojos—. He sobrevivido sin problemas todos estos años. Puedo cuidarme sola.

Luke la miró directo a los ojos. Extraño, pensó, se había olvidado lo brillante que era el verde de esos ojos. Aunque quizás era sólo la iluminación.

—¿No hay forma que pueda convencerte de no hacerlo? —preguntó, intentando una última vez.

—No a menos que puedas proponer un plan mejor —dijo, sacándose su comunicador—. Toma, no tiene ningún sentido que me quede con éstos. Me los quitarán

de cualquier forma. Me quedaré con mi BlasTech; sería sospechoso que vaya completamente desarmada.

Luke tomó el comunicador y el bláster de manga, su mano se demoró en la suya antes de que ella la retirara, extrañamente renuente a dejarla ir.

—Desearía que no le hubiéramos dejado el otro comunicador a Erredós —dijo—. Podrías haberte quedado con este y yo habría podido escuchar qué está pasando.

—Si algo sale mal, podrías necesitar llamar a los qom jha con prisa —le recordó—. ¿De todos modos, no puedes seguirme con la Fuerza?

—Puedo seguir tu presencia —dijo Luke—. Puedo captar tus emociones y probablemente algunas imágenes de esa forma. Pero no puedo captar mucho en lo que son palabras.

—Que lástima que no seas Palpatine —comentó Mara, manteniéndose ocupada con quitarse la pistolera de su manga—. Podía hablar con él sin problemas.

Luke sintió una puñalada de culpa y vergüenza, su acusación más temprano de que su roce con el lado oscuro volvía hacia él. Ella captó la emoción, o si no la expresión en su cara, y esbozó una estrecha sonrisa.

—Eh, estaba bromeando —le aseguró, dándole la pistolera de manga—. Mira, sólo sigue lo que puedas. Te daré un reporte completo de los detalles cuando vuelva.

—Está bien —dijo Luke—. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Para su sorpresa, ella extendió la mano y tomó la suya.

—Estaré bien —le dijo, apretándole brevemente la mano antes de dejarla ir—. Nos vemos.

Y con eso se había ido, deslizándose fuera del centro de comando y alrededor de la pared hacia el tobogán.

Con un suspiro, Luke caminó hasta el segmento de pared cercano y se agachó con la espalda apoyada contra él. Cerrando los ojos para concentrarse mejor, se estiró con la Fuerza.

En tiempos pasados, en Dagobah y Tierfon y otros lugares, había podido utilizar la Fuerza para obtener vislumbres de lugares y eventos futuros. Ahora, mientras Mara bajaba por el tobogán, intentó enfocar esa misma habilidad hacia la observación en tiempo real, esperando poder ver lo que le estaba pasando.

También funcionó, por lo menos de alguna forma. La imagen que consiguió de Mara y su entorno era débil y brumosa, muy coloreada por sus emociones y cambiante estado mental, y con la misma tendencia desconcertante a ondear o metamorfosearse que parecía ser característica de las visiones Jedi en general. Pero con la mente de Mara allí para actuar como ancla, pudo rápidamente arrastrar las imágenes de vuelta a algo por lo menos vagamente entendible. Estaba lejos de ser ideal, pero parecía claro que era todo lo que iba a conseguir.

El tobogán de este nivel parecía ser aproximadamente del mismo tamaño que el que habían usado para bajar del techo. Mara se movió a la sección interna y se dirigió hacia abajo, aparentemente sin hacer ningún intento por esconderse. La ausencia de ninguna

punzada de combate súbito en sus emociones cuando alcanzó el próximo nivel implicaba que no vio a nadie, aunque tenía la impresión que todavía estaba oyendo sonidos distantes.

Ella no hizo ningún movimiento para bajarse en este nivel, sino que dejó que el tobogán la siguiera llevando hacia abajo. El siguiente nivel fue más de lo mismo, sin que nadie se acercara al tobogán. Luke podía sentir una molestia empezando a rezumarse a través de la atención en la mente de Mara, una molestia apuntada a ambos el aparente desinterés de los alienígenas y a su incompetencia en la seguridad interior básica. Pasó ese nivel, y el siguiente, y empezó a bajar hacia el siguiente…

Y hubo una sacudida vertiginosa que golpeó como un temblor a través de sus emociones, acompañada por una breve llamarada de dolor.

Luke se puso rígido, sus ojos se abrieron de golpe mientras se ponía rápidamente de pie. Pero aun mientras lo hacía sintió una advertencia de seguridad de ella, junto con la comprensión de lo que acababa de suceder. Sin advertencia, la sección del tobogán en la que había estado viajando había invertido repentinamente su dirección, haciéndola tropezar y caer a la rampa sobre su pecho.

Y cuando el momento de vértigo por el impacto se desvaneció, sus emociones de combate resplandecieron en alerta completo.

Ya no estaba sola.

Luke cerró las manos en puños impotentes cuando se remontó a las emociones de ella para intentar atravesar la brumosa imagen. Había varias personas paradas alrededor de ella, de la misma especie que aquellos con los que ya se habían enredado una vez.

Y por lo que podía distinguir a través de la visión vacilante, uno de ellos estaba llamando a Mara por su nombre.

Por un momento continuó hablando con ella, y aunque Luke no podía oír ninguna de las palabras tuvo la impresión de que estaba pidiéndole que los acompañara más adentro en la fortaleza. Ella estuvo de acuerdo. Hubo un parpadeo de inevitabilidad cuando le quitaron su BlasTech, y entonces todo el grupo estaba alejándose del tobogán por un corredor que Mara reconoció como decorado semejantemente al área de barracas que habían visto más abajo.

Pronto, demasiado pronto, el grupo alcanzó una puerta abierta. Otro intercambio de palabras no oídas, una vibración de inquietud suprimida de Mara, y entró sola por la puerta al cuarto de más allá.

Por sus pensamientos podía saber que había otros esperando por ella adentro. Uno de ellos, posiblemente más de uno, le habló mientras se adentraba más. Mara contestó, las oleadas y destellos de emociones marcaban pedazos de información que la vaguedad de su contacto no le permitió captar a Luke. Continuó caminando adentrándose más en el cuarto…

Y sin advertencia, justo a la mitad de un paso, el toque de su mente se cortó abruptamente, dejando a Luke mirando fijamente las luces silenciosas del centro de

comando. Con el corazón golpeando en su pecho, se estiró con la Fuerza, intentando reestablecer el contacto.

¿Mara? ¡Mara!

Pero fue inútil. No hubo ninguna respuesta, no volvió ningún contacto, ninguna sensación de su presencia. Nada en absoluto.

Ella se había ido.

CAPÍTULO 27

Mara evaluó el cuarto de una mirada cuando entró a través de la puerta. Era largo y angosto, estirándose quizás unos cincuenta metros hacia atrás de la puerta, pero de no más de cinco metros de ancho. Cerca de la pared lejana había una silla de aspecto sólido, dándole la espalda. Cinco metros más allá de eso, justo contra la pared del fondo del cuarto había seis más de los alienígenas de piel azul, todos llevando el mismo traje ajustado borgoña de diseño irregular que el que la había escoltado aquí desde el tobogán. Y como su escolta, cada uno de los alienígenas estaba llevando barras de rango imperial en el pecho debajo del cuello alto de color negro.

Pero aun mientras su mirada captaba esos detalles, su atención principal fue atrapada por el hombre en el centro del grupo, sentado en un duplicado de la silla vacía que lo enfrentaba a unos metros. Su cabello era gris, su piel surcada por la edad; pero sus ojos eran alertas y astutos, y su espalda recta y orgullosa.

Y estaba vistiendo el uniforme y la insignia de un almirante imperial.

—Así que por fin estás aquí, Mara Jade —dijo, haciéndole señas de avanzar con una mano nudosa—. Debo decir, que te tomaste tu tiempo.

—Lamento haberte hecho esperar —contrapuso Mara con un dejo de sarcasmo mientras caminaba hacia él. Podía sentir la preocupación y nerviosismo de Luke en el fondo de su mente, e intentó enviarle una confianza que no sentía completamente. Esta gente sabía quién y probablemente qué era ella; y sin embargo aquí estaban, dejándola moverse libremente hacia ellos. Todo parecía demasiado casual, y no le gustó ni un poco—. Si tu gente no me hubiera disparado de manera tan descuidada, habría estado aquí mucho tiempo antes.

El almirante inclinó brevemente la cabeza.

—Mis disculpas. Si sirve de algo, fue un accidente. Por favor, ven y toma asiento.

Mara continuó adelante, intentando mirar a todos al mismo tiempo, sus sentidos alerta en busca de problemas. Si tenían preparada una trampa, saltaría en alguna parte antes de que se acercara demasiado a ellos…

Y sin advertencia, justo a la mitad de un paso, la presencia de Luke de repente se desvaneció de su mente.

Su cerebro se congeló por el shock, sólo la inercia mantuvo sus pies en movimiento.

¿Luke? ¡Luke! ¿Vamos, dónde estás?

Pero no hubo ninguna respuesta. Ninguna emoción, ninguna sensación de preocupación o pensamiento, ninguna sensación de presencia en absoluto. Increíblemente, imposiblemente, él se había ido.

Él se había ido.

—Ven siéntate —dijo de nuevo el almirante—. Me imagino que debes estar realmente cansada después de todo lo que has pasado.

—Eres muy amable —dijo Mara, las palabras sonaban distantes y mecánicas a través del golpeteo de la sangre en sus oídos, mientras forzaba sus pies a seguir moviéndose hacia adelante. ¿Qué mundos posiblemente le podría haber pasado?

Sólo podía haber una respuesta. De algún modo, habían atravesado sus sentidos Jedi, habían penetrado sus poderes Jedi, y habían lanzado un ataque súbito, no detectado, y directo.

Y Luke Skywalker, Maestro Jedi, estaba inconsciente.

O muerto.

La idea le acuchilló la mente, cortándole el corazón como una hoja aserrada. *No, no podía ser. No podía. Ahora no.*

El hombre de cabello gris todavía la estaba mirando fijamente, con una mirada pensativa en la cara, y con un esfuerzo agónico Mara empujó el miedo y el dolor al fondo de su mente. Si Luke estaba meramente inconsciente, todavía podrían salir de esto. Si estaba muerto, probablemente ella se le uniría pronto. De cualquier modo, no había tiempo para dejar que las emociones enturbiaran sus pensamientos.

Logró hacer el resto del camino hasta la silla y se dejó caer cuidadosamente.

—No necesitas verte tan preocupada —dijo amablemente el almirante—. No tenemos ninguna intención de hacerte daño.

—Por supuesto que no —dijo Mara, oyendo la amargura en su voz—. ¿Igual que como no tenían ninguna intención de hacerme daño la última vez que vine?

El labio del almirante se crispó.

—Como ya dije antes, ése fue un lamentable accidente —dijo—. Estaban disparándoles a las alimañas voladoras alrededor de ti… hemos tenido algunos problemas con su ingreso en el pasado. Cuando tú empezaste a responder el fuego, me temo que llegaron a la conclusión equivocada. Mis más profundas disculpas.

—Eso me hace sentir tanto mejor —gruñó Mara—. ¿Ahora qué?

El almirante pareció ligeramente sorprendido.

—Hablamos —dijo—. ¿Por qué más crees que te dimos nuestra ubicación en primer lugar? Queríamos que vinieras a vernos.

—Ah —dijo Mara. Así que su suposición de más temprano había sido correcta: esas dos naves habían volado deliberadamente en vectores que la traerían hasta aquí.

A menos que, por supuesto, él estuviera mintiendo después del hecho para cubrir las equivocaciones de sus pilotos.

—Podrías simplemente haberme enviado una invitación —le dijo, sintiendo que su frente se plegaba ligeramente mientras se estiraba hacia él con la Fuerza. Extraño; por alguna razón, parecía no poder tocarlo. Ni a él, ni a los alienígenas que lo flanqueaban—. ¿O eso habría sido demasiado directo y fácil?

El almirante le dio una sonrisa de conocimiento.

—Con una invitación abierta dudo que hubieras venido sola. Algo más vago parecía un arreglo mejor. A propósito me disculpo por no tener una escolta esperándote… tu aterrizaje nos agarró un poco por sorpresa.

—Como hizo tu llegada anterior al interior de la fortaleza —agregó el alienígena parado a la derecha del almirante, su voz suave y refinada, sus resplandecientes ojos rojos fijos en Mara—. Si hubiéramos sabido que venías, nuestra gente habría sido mucho más cuidadosa con sus charrics. ¿Puedo preguntar cómo te las arreglaste para penetrar en la fortaleza sin ser vista?

—Nos convertimos en alimañas y volamos, por supuesto —le contó Mara—. Era más rápido que caminar.

—Por supuesto —dijo el almirante con una sonrisa—. ¿O quizás escalaste por el costado de la fortaleza y entraste a través de una de las grietas?

Mara agitó la cabeza.

—Lo siento. Secreto del oficio.

—Ah —dijo el almirante, todavía sonriendo—. No es importante; meramente tenía curiosidad. La cuestión es que estás aquí, Mara, como lo deseábamos. ¿A propósito, puedo llamarte Mara? ¿O preferirías Capitana Jade o algún otro título?

—Llámame como quieras —le dijo Mara—. ¿Y cómo debo llamarte? ¿O nadie en este lugar tiene un nombre?

—Todos los seres pensantes tienen nombres, Mara —dijo el hombre—. El mío es Almirante Voss Parck. Es un placer conocerte por fin.

—Igualmente —dijo Mara, mirándolo fijamente mientras una oleada de impresión pasaba por ella. Voss Parck: el capitán del Destructor Estelar Victoria que había encontrado a Thrawn en un mundo desierto y lo había traído a la corte imperial. Y que como consecuencia se le había unido en su vergüenza y supuesto destierro del Imperio.

Pero el hombre delante de ella…

—Me imagino que me veo algo más viejo de lo que esperabas —dijo Parck de improviso—. Asumiendo que tuvieras alguna expectativa en absoluto, por supuesto. Me puedo haber adulado demasiado a mi mismo al asumir que la Mano del Emperador siquiera recordaría mi nombre, mucho menos mi cara.

—Recuerdo ambos —dijo Mara—. Eras una de las personas que todas las facciones en la corte usaron como un ejemplo de qué no hacer en el medio de una lucha política —Miró a los alienígenas—. Pero claro, aquellos eran la misma gente que también pensaba que Palpatine envió a Thrawn aquí afuera como castigo. ¿Así que, qué sabían?

—¿Y tú crees que la misión de Mitth'raw'nuruodo era otra? —preguntó el alienígena a la derecha de Parck.

—Sé que fue otra —le aseguró Mara, mirándolo de arriba a abajo—. ¿Dime, Almirante, toda la raza habla como Thrawn? ¿O es éste algún entrenamiento cultural especial que le das a tus tropas en caso de que todos sean invitados a tomar una copa en el Día Alto?

Los ojos del alienígena se estrecharon…

—Cálmate, Stent —dijo secamente Parck, alzando una mano—. Debes entender que una de las armas más sutiles de Mara Jade siempre ha sido su talento para irritar a la gente. La gente irritada no piensa con claridad, lo ves.

—O quizá es sólo que ninguno de ustedes me cae bien —dijo Mara, sintiendo un toque de molestia por la visión rápida y casual de Parck. Usualmente sus enemigos no se daban cuenta de eso ni cerca de tan rápidamente. Los más lentos nunca se daban cuenta en absoluto—. Pero es suficiente sobre mí. Oigamos hablar de este gran avance tuyo hacia las Regiones Desconocidas. Después de todo, dejaste mucho atrás: Coruscant, el estatus y el compañerismo de la Flota Imperial —Deliberadamente, miró a Stent—. La civilización.

Los ojos de Stent se estrecharon de nuevo, pero Parck meramente sonrió.

—Has conocido a Thrawn —dijo, su voz se ablandó casi con reverencia—. Cualquier verdadero guerrero habría dado cualquier cosa que fuera necesaria por la oportunidad de servir bajo su mando.

—Excepto aquellos de su propia gente, he oído —contrapuso Mara—. ¿U oí la historia equivocada de cómo terminó en Coruscant?

—No, estoy seguro de que oíste correctamente —dijo Parck con un encogimiento de hombros—. Pero como todo lo demás que la gente piensa que sabe acerca de Thrawn, esa historia en particular está algo incompleta.

—¿Ah, sí? —dijo Mara, reclinándose en su silla y cruzando las piernas, una postura diseñada por su aparente indefensión para tranquilizar a la gente sospechosa. Con el mismo movimiento meció la silla inadvertidamente un poco hacia atrás, intentando estimar su peso. Desafortunadamente, muy pesada, lo que la eliminaba como un arma de agarrar y tirar—. Parece que tengo algo de tiempo en las manos. ¿Por qué no empiezas desde el principio?

Stent puso la mano en el hombro de Parck.

—Almirante, no estoy seguro…

—Está bien, Stent —lo calmó Parck, con la mirada fija en Mara—. Difícilmente podemos esperar su ayuda a menos que tenga todos los hechos, ¿no?

Mara frunció el ceño.

—¿Mi ayuda en qué?

—Empezó hace más de medio siglo —dijo Parck, ignorando su pregunta—. En la época cuando el proyecto Vuelo de Expansión estaba preparándose para volar, justo antes de que las guerras clónicas se desataran. Mucho antes de tu tiempo, por supuesto… Ni siquiera sé si has oído hablar de él.

—He leído sobre el Vuelo de Expansión —dijo Mara—. Un grupo de Maestros Jedi y otros decidió dirigirse hacia otra galaxia y ver lo que había allí.

—Su destino final era de hecho otra galaxia —asintió Parck—. Pero antes de que esa expedición en particular comenzara, se decidió enviarlos a ellos y a su nave en una, digamos, misión de prueba: un gran círculo a través de parte de las vastas Regiones Desconocidas de nuestra propia galaxia.

Ondeó una mano de vuelta hacia Stent y los guardias.

—Una ruta, que resultó, la llevaría al borde del territorio controlado por los chiss.

Chiss. Entonces así era como se llamaban. Mara buscó el nombre a través de su memoria, buscando alguna referencia a ellos que el Emperador pudiera haber hecho. Nada.

—¿Y los chiss no estaban de humor para ser buenos anfitriones ese día?

—En realidad, las familias chiss gobernantes nunca tuvieron la oportunidad de decidir de una forma u otra —dijo Parck—. Palpatine ya había decidido que los Jedi representaban una grave amenaza para la Antigua República, y había enviado una fuerza de asalto para encargarse silenciosamente del Vuelo de Expansión cuando se presentaran.

—Y allí estaban, preparando diligentemente su emboscada, cuando Thrawn los encontró.

Agitó la cabeza.

—Tienes que entender la situación, Mara, para apreciarla de verdad. De un lado estaban las unidades elegidas a mano del propio ejército privado de Palpatine, equipadas con quince naves de combate de última-línea. Del otro lado el Comandante Mitth'raw'nuruodo de la Defensa Expansionista Chiss y quizás doce pequeñas e insignificantes naves de patrulla fronteriza.

—La aprecio muy bien —dijo Mara, suprimiendo un temblor—. ¿Qué tan mal los masacró Thrawn?

—Completamente —dijo Parck, el fantasma de una sonrisa plegó su cara—. Creo que sólo una de las naves de Palpatine quedó capaz de volar, y eso sólo fue porque Thrawn quería que quede alguno de los invasores vivo para interrogarlo.

—Afortunadamente para ese remanente, y quizás un día para la galaxia en su conjunto, entre los sobrevivientes estaba el líder de la fuerza expedicionaria, uno de los consejeros de Palpatine. Un hombre llamado Kinman Doriana.

Mara tragó saliva. Ese nombre ciertamente lo recordaba. Había sido la mano derecha de Palpatine, supuestamente uno de los grandes arquitectos de su ascensión al poder.

—Si, eso he oído —dijo.

—Eso pensé —dijo Parck, asintiendo—. Era bastante de un consejero de las sombras… muy poca gente incluso ha oído su nombre alguna vez, muchos menos conocían su verdadera posición y poder. Pero entre aquellos que lo hacían a veces se especuló que su muerte prematura dejó un hueco que Palpatine finalmente intentó llenar con otras tres personas: Darth Vader, el Gran Almirante Thrawn… —Sonrió de nuevo—. Y tú.

—Eres muy amable —dijo Mara insensiblemente, ni siquiera un dejo de orgullo por semejante declaración. Así que ella había tenido de hecho posición y autoridad a los ojos de Palpatine, quizás incluso más de lo que se había dado cuenta.

Pero no importaba. Esa parte de su vida había muerto, sin ser llorada, hacía mucho tiempo.

—También estás muy bien informado.

—Ésta era la base personal de Thrawn —dijo Parck, ondeando una mano a su alrededor—. Y la información, como puedes haber notado, era una de sus pocas

obsesiones. Las bases de datos en la fortaleza del núcleo de abajo son posiblemente las más extensas de la galaxia.

—Magníficas, estoy segura —dijo Mara—. Una lástima que todo su conocimiento no pudiera evitar que lo mataran.

Había esperado encender algún tipo de reacción en ellos. Para su sorpresa, sin embargo, ninguno de ellos ni siquiera parpadeó. Parck, de hecho, en realidad sonrió.

—Nunca asumas nada, Mara —advirtió—. Pero eso es adelantarse a la historia. ¿Dónde estábamos?

—Doriana y el Vuelo de Expansión —dijo Mara.

—Gracias —dijo Parck—. De todos modos, Doriana le explicó toda la situación a Thrawn y lo convenció de que ese Vuelo de Expansión tenía que ser destruido. Dos semanas más tarde, cuando la nave llegó al espacio chiss, Thrawn estaba esperándola.

—Adiós, Vuelo de Expansión —murmuró Mara.

—Sí —convino Parck—. Pero aunque ése fue su final, fue el principio de los problemas para el mismo Thrawn. La filosofía militar chiss, lo ves, no reconocía la moralidad de los golpes preventivos. Lo que hizo Thrawn, fue a sus mentes, equivalente al asesinato.

Mara resopló suavemente.

—No quiero ofender, Almirante, pero me suena que son tus percepciones las que necesitan un repaso. ¿Cómo puede ser que la matanza de un manojo de Maestros Jedi que se ocupaban de sus propios asuntos sea otra cosa que un asesinato?

Parck la miró gravemente.

—Lo entenderás, Mara —dijo, su voz casi temblaba—. Con el tiempo, lo entenderás.

Mara frunció el ceño. El hombre o era un actor terrífico o había algo enterrado en todo esto que lo tenía bien y verdaderamente aterrorizado. De nuevo, se estiró con la Fuerza; de nuevo, pareció que no podía tocarlo en absoluto.

Con un obvio esfuerzo, Parck se serenó.

—Pero de nuevo, me estoy adelantando a mí mismo. Como ya dije, la acción de Thrawn no le cayó bien a las familias chiss gobernantes. Pudo aclarar su camino y retener su posición, pero de ese punto en adelante lo vigilaron muy cuidadosamente.

—Y eventualmente, cuando trató con algunos de los enemigos de los chiss, empujó las cosas un poquito demasiado lejos. Le levantaron cargos, lo degradaron de todo su rango, y lo enviaron al destierro en un mundo inhabitado al borde del espacio imperial.

—Donde qué podría presentarse más que un Destructor Estelar Victoria —dijo Mara—. Capitaneado por un hombre dispuesto a correr el riesgo de llevarlo de vuelta a Coruscant —Levantó las cejas—. Sólo que no era un riesgo tan grande como todos pensaban, ¿no?

Parck sonrió.

—Ciertamente que no —dijo—. De hecho, me enteré más tarde que Palpatine había hecho por lo menos dos intentos infructuosos a lo largo de los años de ponerse en contacto con los chiss y ofrecerle a Thrawn una posición en su futuro Imperio. No, estuvo

muy complacido con mi regalo, aunque debido a las realidades políticas de la corte tuvo que mantener esa satisfacción escondida.

—Así que Thrawn entró al entrenamiento militar privado y eventualmente se elevó al rango más alto que Palpatine podía ofrecer —dijo Mara—. ¿Y entonces, qué, arregló ser enviado de vuelta aquí para poder hacer pagar a las familias chiss gobernantes por lo que le habían hecho?

Parck pareció impactado.

—Ciertamente no. Los chiss son su pueblo, Mara, él no tiene ningún interés en hacerles daño. De hecho, realmente al contrario. Regresó aquí para protegerlos.

—¿De qué?

Stent dio un resoplido despectivo.

—De qué —dijo severamente entre dientes—. Mujer blanda y complaciente. ¿Crees que porque te paseas por tus mundos tranquilos detrás de un anillo de naves de guerra el resto de la galaxia es un lugar seguro para vivir? Hay cien amenazas diferentes allí afuera que te helarían la sangre si supieras de ellas. Las familias gobernantes no pueden detenerlas; tampoco puede ningún otro poder en la región. Si nuestros pueblos deben ser protegidos, depende de nosotros.

—¿Y ustedes son? Quiero decir, ustedes específicamente…

Stent se puso más derecho.

—Nosotros somos *la Falange de la Casa del Síndico Mitth'raw'nuruodo* —dijo, y no había forma de confundir el orgullo en su tono—. Sólo vivimos para servirlo. Y a través de él para servir a los chiss.

—Quieran o no su ayuda, supongo —dijo Mara, notando el uso del alienígena del tiempo presente. Allí estaba de nuevo: la presunción o creencia de que Thrawn no estaba muerto. ¿Podrían estar tan fuera de contacto?— ¿Saben ellos al menos que ustedes están aquí afuera?

—Saben que las fuerzas del Imperio están aquí afuera —dijo Parck—. Y mientras que las familias gobernantes simulan que no saben que Stent y su unidad están trabajando para nosotros, el chiss promedio de hecho lo sabe. Tenemos un firme flujo de jóvenes chiss que llegan a nuestras varias bases y guarniciones para alistarse en nuestra lucha.

Mara suprimió una mueca. Así que de hecho tenían bases aquí afuera.

—Palpatine no habría estado muy complacido de ver alienígenas mezclándose con las fuerzas imperiales —señaló—. Dudo que tampoco lo esté el régimen actual en Bastión.

La expresión de Parck se serenó.

—Es cierto —dijo—. Lo que nos lleva al problema y a la situación que enfrentamos ahora. Hace muchos años Thrawn nos dijo que si alguna vez era reportado muerto debíamos persistir en nuestras labores aquí y en las Regiones Desconocidas, y esperar su retorno diez años después.

Mara parpadeó de incredulidad. Ellos realmente estaban fuera de contacto.

—Va a ser una larga espera —dijo, intentando no sonar demasiado sarcástica—. Fue apuñalado en el pecho, justo a través del respaldo de su silla de comando. A la mayoría de la gente le resulta muy difícil recuperarse de ese tipo de tratamiento.

—Thrawn no es la mayoría de la gente —le recordó Stent.

—Era —dijo Mara—. No es; era. Murió en Bilbringi.

—¿Lo hizo? —preguntó Parck—. ¿Alguna vez viste un cuerpo? ¿U oíste hablar algo de su supuesta muerte que no viniera de las fuentes de noticias de los propios imperiales?

Mara abrió la boca… e hizo una pausa. Parck estaba inclinándose ligeramente hacia ella, con un brillo de anticipación en los ojos.

—¿Esa fue una pregunta retórica? —preguntó—. ¿O estás esperando que tenga una respuesta real?

Parck sonrió, reclinándose de nuevo atrás en su silla.

—Te dije que era rápida —dijo, alzando la vista hacia Stent—. De hecho, sí, pensamos que podrías. Después de todo, tienes acceso completo a la red de información de Talon Karrde. Si alguien sabe la verdad, serías tú.

Una súbita sacudida de comprensión pasó a través de Mara.

—No estaban buscando conexiones imperiales cuando pasaron por la base Cavrilhu y el Destructor Estelar de Terrik, ¿no? Me estaban buscando a mí.

—Muy bien, claro —dijo Parck con aprobación—. De hecho, cuando Dreel te vio cerca de ese Destructor Estelar pensó que tú y Thrawn ya podrían haber llegado a un arreglo. De ahí, su transmisión pidiéndole a Thrawn que hiciera contacto.

Mara agitó la cabeza.

—Mira, ya sé que han estado aquí afuera un largo tiempo, y comprendo que debe haber sido duro para ustedes. Pero es hora de enfrentar la dura y fría realidad. Les guste o no, Thrawn está muerto.

—De verdad —dijo Parck—. ¿Entonces por qué está la HoloRed zumbando con noticias de que ha vuelto y ha estado haciendo alianzas?

—Y que ha sido visto por muchos líderes planetarios y de sectores —agregó Stent—. Incluyendo al Senador diamalano en Coruscant y al ex-General Lando Calrissian.

Mara lo miró fijamente. ¿Lando?

—No —dijo—. Estás equivocado. O intentas engañarme.

—Te aseguro que… —Parck se interrumpió, sus ojos se volvieron a un punto detrás de Mara mientras un soplo de aire en la nuca le anunció que la puerta detrás de ella se había abierto.

Se dio la vuelta, tensándose. Pero era sólo un hombre de mediana edad, caminando hacia ella junto a la pared izquierda del cuarto con una ligera cojera. A pesar de su edad llevaba el uniforme de un piloto de caza TIE Imperial; entre su barba perilla encanecida y su igualmente encanecida mata de cabello oscuro llevaba una rareza casi nunca vista: un parche negro encima de su ojo derecho.

—¿Sí, General? —lo llamó Parck.

—Transmisión de medio-curso de Sorn, Almirante —dijo el hombre, su único ojo apuntó sin parpadear a Mara cuando pasó delante de ella—. Su pasaje a través del sistema de Bastión no fue concluyente. Muchos rumores y especulaciones, pero ninguna evidencia real —Hizo una pausa—. Pero los rumores dicen que Thrawn está actualmente allí.

—Espera un minuto —interpuso Mara, frunciendo el ceño—. ¿Saben adónde está Bastión?

—Oh, sí —le aseguró Parck—. Thrawn se anticipó a que la sede de gobierno podría cambiar periódicamente, y quería que supiéramos adonde estaba en cualquier momento dado. Así que hizo instalar un dispositivo de rastreo especial en un archivo falso en la Biblioteca central de Archivos Imperiales, razonando que adonde fuera el gobierno la biblioteca lo seguiría pronto.

—Es un dispositivo de diseño chiss —agregó Stent con claro orgullo—. Totalmente inactivo excepto cuando está en el hiperespacio, un momento cuando virtualmente nadie piensa hacer exámenes en busca de esas cosas. Hemos seguido el movimiento de Bastión de sistema en sistema con mucho interés.

—Claro —Parck miró de nuevo al piloto—. ¿Está volviendo Sorn?

—Estará aquí en aproximadamente tres horas —El piloto inclinó la cabeza hacia Mara—. ¿Te ha dado algo útil?

—No realmente —dijo Parck, mirando a Mara mientras hacía un gesto hacia el recién llegado—. Pero me estoy olvidando de mis modales. Mara Jade; este es el General Barón —…hizo una pausa dramática…— Soontir Fel.

Mara mantuvo la cara inexpresiva. El Barón Soontir Fel. Una vez un legendario piloto de cazas TIE, más tarde volvió la espalda al Imperio para volverse un miembro del Escuadrón Pícaro, se había desvanecido hace años por una trampa puesta por la Directora de Inteligencia Imperial Isard y nunca se había oído de nuevo de él. La presunción general había sido que Isard lo había hecho ejecutar sumariamente por traición.

Sin embargo aquí estaba, aparentemente una vez más volando para las fuerzas imperiales. Y además, un general.

—General Fel —inclinó la cabeza en reconocimiento—. ¿Supongo por el tono del almirante que se supone que debo estar impresionada?

El joven Fel, sospechó ella, se habría ofendido al instante por eso. Pero esta versión más vieja meramente le ofreció una ligera sonrisa.

—No hay tiempo para el orgullo aquí afuera, Jade —dijo gravemente—. Una vez que te hayas unido a nosotros, lo entenderás.

—Estoy segura —dijo Mara, cruzando los brazos sobre su pecho y cerrando las manos en puños apretados con el esfuerzo cuando se estiró con toda su energía. La Fuerza estaba allí… podía sentirla fluir a través de ella. Sin embargo por alguna razón todavía no podía tocar a ninguno de ellos, ni humano ni chiss. Casi era como el efecto supresor de la Fuerza de esas criaturas sésiles de Myrkr llamadas ysalamiri. Pero eso no

podía ser, porque todavía podía sentir a la Fuerza perfectamente bien. Además no había ninguna de las criaturas en el cuarto con ellos…

Tragó saliva con una mueca súbita, sintiéndose como una tonta cuando se enfocó en Parck y el chiss parados con sus espaldas contra la pared. Por supuesto que no había ningún ysalamiri en el cuarto: estaban a un cuarto de distancia, apretados contra el otro lado de la pared adonde pudieran proteger a sus interrogadores de sus sondas mentales. Probablemente también habían puesto a las criaturas a lo largo de los costados; probablemente esa fue la razón por la que Fel había tenido tanto cuidado de ir contra la pared cuando atravesó el cuarto. Quizá incluso habían esparcido alguno por el techo…

Respiró profundo, una gran parte de la tensión en su pecho abruptamente se alivió. Por supuesto había ysalamiri en el techo. Eso era cómo y por qué su enlace a Luke se había cortado así de abruptamente.

Lo que significaba que él todavía estaba vivo.

Respiró profundo otra vez, repentinamente consciente de que ambos Parck y Fel estaban mirándola fijamente.

—Una invitación tan generosa —dijo, intentando retomar el hilo de la conversación antes de que su silencio se volviera demasiado flagrante—. Lamento defraudarlos, pero ya tengo un trabajo.

Pero era demasiado tarde.

—Veo que se ha dado cuenta —dijo conversadoramente Fel.

—Sí —dijo Parck—. En realidad, estoy bastante sorprendido de que le haya tomado tanto tiempo. Particularmente dado que notó el efecto de los ysalamiri en cuanto entró dentro del efecto de su mortaja. Pude notar la interrupción en su paso.

—Por lo menos eso demuestra que tiene habilidades de Jedi —dijo Fel—. Que bueno que estábamos preparados.

—Los felicito a todos por su sagacidad —dijo Mara, poniendo un poco de desdén en su voz—. Son de hecho los verdaderos herederos del genio y poderío militar de Thrawn. ¿Dejemos de bailar en círculos, quieren? ¿Qué es exactamente lo que quieren de mí?

—Como ya ha dicho el General Fel —dijo Parck—. Queremos que te unas a nosotros.

Mara sintió que sus ojos se estrechaban.

—Estás bromeando.

—De ninguna manera —dijo Parck—. De hecho…

—¿Almirante? —interrumpió Stent, su cabeza estaba inclinada ligeramente a un lado como si estuviera escuchando algo—. Alguien acaba de intentar acceder a la computadora del Cuarto de Comando Superior.

—Skywalker —dijo Fel con una inclinación de cabeza—. Muy amable de su parte el ahorrarnos el esfuerzo de rastrearlo. Que la Falange lo traiga aquí, Stent. Recuérdales que sólo deben aproximársele los que llevan ysalamiri.

—Sí señor —Stent pasó a Fel y se alejó junto a la pared a paso rápido, hablando rápidamente en su propio idioma mientras se dirigía hacia la puerta. Cuando pasó a Mara,

pudo vislumbrar un pequeño dispositivo en su oreja, sin duda, la versión chiss de un comunicador.

—Se unirá a nosotros en unos minutos —dijo Fel, volviendo a mirar a Mara—. Debes estar realmente muy alto a los ojos de Coruscant para que envíen al mismo Luke Skywalker a rescatarte. Espero que no se resista al punto de que los chiss tengan que lastimarlo.

—Espero por el bien de los chiss que no hayan mordido más de lo que pueden tragar —contrapuso Mara, intentando sonar más confiada de lo que se sentía. Luke había tenido que funcionar bajo el impedimento de los ysalamiri antes, pero eso había sido hace mucho tiempo—. Hablando de salir lastimado, ¿General, qué te pasó en la cara? ¿O es ese parche sólo algo que llevas para impresionar a los nativos?

—Perdí mi ojo en nuestra batalla final contra uno de los muchos supuestos señores de la guerra aquí afuera —dijo Fel, su voz calma pero cortante—. Nuestros medios de reemplazo médicos son limitados, y opté por renunciar a un ojo nuevo en favor de otros de mis pilotos que podrían necesitar la operación —Esbozó una estrecha sonrisa, un vislumbre del Fel más joven y temerario se mostró a través de la edad y madurez—. Además, incluso con un solo ojo todavía soy el mejor piloto que tenemos.

—Estoy segura —convino Mara—. Pero imagina como serías de nuevo con los dos. Y de la forma en que la guerra con la Nueva República ha menguado hasta básicamente nada, me imagino que el Imperio tiene bastantes sobrantes protésicos de repuesto. Todo lo que haría falta es que te presentes y pidas uno.

Volvió a mirar a Parck.

—Pero por supuesto, eso significaría dejar que Bastión conozca el gran secreto, que aparentemente es algo que ustedes no quieren hacer. ¿Por qué no?

Parck suspiró.

—Porque todo lo que hemos hecho aquí, todo lo que tenemos aquí, realmente le pertenece a Thrawn. Y a estas alturas, francamente no sabemos de qué lado de su conflicto va a alinearse.

Mara parpadeó.

—¿Disculpa? ¿Un Gran Almirante Imperial, y no sabes qué lado va a tomar?

—El Imperio ha sido recortado a ocho sectores —le recordó Fel—. Militarmente, ya no son un poder que siquiera valga la pena considerar.

—Y como ya has señalado, todavía tienen un problema continuado con los prejuicios anti-alienígenas —agregó Parck—. Por otro lado, Coruscant tiene sus propios problemas serios, notoriamente su incapacidad para impedir que sus miembros luchen entre sí.

—Que es adonde entras tú —dijo Fel—. Como la Mano del Emperador, conociste mucho sobre el Imperio y aquellos en el poder allí. Por otro lado, como una amiga de Skywalker y sus asociados, también estás bien familiarizada con el régimen de la Nueva República en Coruscant.

Esbozó una estrecha sonrisa.

—Y por supuesto, como segunda al mando de Talon Karrde, sabes mucho sobre todo lo demás. Serías inestimable en ayudarnos a terminar el conflicto, unificar esta región, y empezar los preparativos para los desafíos del futuro.

—Tu experiencia y conocimiento son muy importantes para nosotros —dijo Parck—. Nuestra atención se ha vuelto necesariamente al exterior, con el resultado de que estamos un poco fuera de contacto con los asuntos en esta parte del espacio. Necesitamos a alguien que pueda llenar ese hueco.

—Y así que naturalmente pensaron en mí —dijo Mara sardónicamente.

—No seas tan impertinente —amonestó Fel.

—No estoy siendo impertinente; Estoy siendo incrédula —contrapuso ella—. Creo que sería improbable que Thrawn hubiera aprobado que me contrataran como su consejera de asuntos locales.

—Al contrario —dijo Parck—. Thrawn realmente te estimaba mucho. Sé por seguro que pensaba ofrecerte una posición con nosotros una vez que el Imperio hubiera recobrado su territorio.

Uno de los chiss al costado de Parck se revolvió, inclinando la cabeza como antes lo había hecho Stent.

—¿Almirante? —dijo suavemente, acuclillándose junto a la silla y susurrando algo en la oreja de Parck. Parck contestó, y durante un minuto sostuvieron una conversación inaudible. Mara pasó su mirada por Fel y los cinco chiss, mentalmente planeando cómo podría poder derribarlos si se llegaba a una lucha.

Pero el intento fue poco más que un ejercicio mental, y ella lo sabía. Con los ojos fijos en ella, y las manos descansando en sus armas enfundadas, no había ninguna posibilidad de que pudiera ocuparse de todos ellos antes de que la atraparan. No sin la Fuerza.

La conversación terminó, y el chiss se volvió a poner de pie y se alejó rápidamente a lo largo de la pared.

—Por favor perdona la interrupción —se disculpó Parck mientras el alienígena dejaba el cuarto.

—No hay problema —dijo Mara. Ahora se habían reducido a cuatro chiss, más Fel y Parck. Todavía eran unas posibilidades podridas—. ¿Tienen problemas en atrapar a Skywalker?

—No realmente —le aseguró Parck.

—Me alegra oírlo —dijo Mara, deseando más que nunca poder captar algo de sus pensamientos. Esa salida no había parecido la partida de alguien que realmente no estaba teniendo ningún problema. Si sólo tuviera alguna idea de qué estaba haciendo Luke—… Así que Thrawn pensó en ofrecerme una comisión, ¿no?

—De hecho lo hizo —dijo Parck—. Él sabía quién era toda la mejor gente, en ambas habilidades generales y el tipo de firmeza mental que necesitaba —Hizo señas hacia Fel—. El General Fel es un buen ejemplo. Su rebelión contra Isard no fue de ninguna

consecuencia para Thrawn. Lo que importaba eran sus sentimientos hacia la gente y mundos de esta región. Así que después de que Thrawn hizo que Isard lo capture…

—Espera un minuto —interrumpió Mara—. ¿Thrawn estuvo involucrado en eso?

—Fue completamente su plan —dijo Fel—. ¿No crees que Isard pudo haber ideado algo tan inteligente, no? —Su boca se apretó, el ojo que le quedaba miraba pensativamente a la distancia—. Él me trajo aquí —dijo en voz baja—. Me mostró qué era lo que enfrentábamos, y lo que teníamos que hacer para detenerlo. Me mostró que, incluso con todos los recursos del Imperio y la Nueva República combinados, y con él mismo a la cabeza, no había ninguna garantía de victoria.

—Al contrario, ya había hecho planes de contingencia para la derrota —agregó sobriamente Parck—. Hace diez años tenía grupos durmientes de sus mejores guerreros clon esparcidos alrededor del Imperio y la Nueva República, listos para formar los núcleos de las fuerzas de resistencia locales si Bastión y Coruscant caían. Hombres que amaban sus casas y su tierra y sus mundos, y que darían sus vidas en su defensa.

—Sí —dijo Fel—. Una vez que lo entendí, una vez que realmente lo entendí, no tuve ninguna elección más que unirme a él.

—Como tú también lo harás —dijo Parck.

Mara agitó la cabeza.

—Lo siento. Tengo otros planes.

—Ya lo veremos —dijo serenamente Parck—. Quizás Thrawn pueda convencerte en persona cuando vuelva.

—¿Y qué si no vuelve? —preguntó Mara—. ¿Que tal si los rumores son sólo eso: rumores?

—Oh, volverá —dijo Parck—. Él dijo que lo haría, y siempre ha cumplido con sus promesas. La única pregunta es si este rumor en particular o no es realmente él.

Alzó la vista hacia Fel.

—Y bajo las circunstancias, supongo que la única forma en que vamos a averiguarlo con seguridad será que yo finalmente haga un viaje a Bastión. Si Thrawn de hecho ha puesto allí un cuartel principal, eso debería contestar la pregunta de desde qué lado estará trabajando.

Mara sintió que sus manos se apretaban en puños.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo—. No puedes simplemente entregar todo esto al Imperio. Todos estos recursos, bases, alianzas…

—Ellos no los emplearán mal —dijo Parck, con voz seria—. Nosotros nos aseguraremos de eso. La tarea por delante es demasiado seria para que cualquiera pierda el tiempo en algo tan insignificante como la política o las ganancias personales.

—Si piensas eso, estás fuera de contacto —exclamó Mara—. Intenta recordar a la corte de Palpatine, y lo que el sabor del poder le hizo a esa gente. Las ganancias personales es en lo único que algunos de ellos piensan.

—Es un riesgo que tendremos que correr —dijo firmemente Parck—. Ciertamente tendremos cuidado… hablaremos con Sorn cuando vuelva y busque a través de los datos

que recolectó de su paso a través del sistema Bastión. Pero a menos de que haya algo que positivamente suprima los rumores del retorno de Thrawn, es hora de hacer ese contacto.

Mara respiró profundo.

—No puedo dejarlos hacer eso —dijo.

—¿No puedes dejarnos hacerlo? —preguntó significativamente Fel.

—No —dijo Mara—. No puedo. Si le dan esto a Bastión, la primera cosa que harán ellos será ponerlo directamente contra Coruscant.

—No te preocupes —dijo Parck—. No les ofreceremos nada hasta que estemos seguros de que Thrawn está con ellos.

—Por otro lado, haríamos bien en preocuparnos por ella, Almirante —señaló Fel, mirándola pensativamente—. Alguien tan vehementemente opuesto a que contactemos con Bastión como ella, podría traer problemas.

—Supongo que tienes razón —dijo renuentemente Parck. Se empezó a levantar de la silla, uno de los chiss caminó a su lado y le ofreció un brazo de apoyo mientras se ponía de pie—. Me temo, Mara, que tú y Skywalker tendrán que ser nuestros huéspedes por algún tiempo.

—¿Y si Thrawn ha regresado, y todavía no quiero unirme a ustedes? —demandó Mara—. ¿Entonces qué?

Los labios de Parck se comprimieron brevemente.

—Estoy seguro de que no llegaremos a eso —le aseguró. Pero sus ojos no se encontraron realmente con los suyos mientras hablaba—. Lo habremos aclarado todo dentro de unos días. Ciertamente no más de un mes a lo sumo.

Mara resopló.

—No hablas en serio. ¿Crees realmente que un par de docenas de ysalamiri van a detenernos a Luke Skywalker y a mí tanto tiempo?

—Tiene razón, Almirante —convino Fel—. Va a hacer falta más para mantenerlos quietos a los dos.

Parck estudió la cara de Mara.

—¿Qué sugieres?

Fel hizo señas hacia uno de los chiss.

—Brosh, tu charric. Ponla en nivel dos.

—Espera un segundo —dijo apresuradamente Mara, poniéndose de pie de un salto mientras el chiss desenfundaba su arma de mano. Un breve diluvio de emoción corrió a través de ella… *Dame tiempo*, el pensamiento urgente saltó en su mente—… Espera sólo un segundo escarchado de Hoth. Soy una prisionera desarmada.

Ahora también los demás chiss estaban desenfundando sus armas.

—Ya lo sé —dijo Fel. Sonaba genuinamente avergonzado, si servía de algo—. Y siento profundamente tener que hacer esto. Pero he tenido algo de experiencia con Jedi, y la única forma que puedo pensar de mantenerte como una prisionera que se comporte durante unos días es forzarte a entrar en un trance curativo —Alzó la vista a Brosh…

—Espera un minuto —dijo Mara. *Tiempo, tiempo, tiempo*—. ¿Dijiste que querían hacer un trato conmigo, correcto? Bueno, puedo decirte llanamente que dispararme definitivamente no hará que ninguna de esas negociaciones empiece con el pie derecho. De hecho, iría tan lejos como para decir que podría disuadirme completamente de trabajar para ustedes.

—No lo hará —le aseguró oscuramente Fel—. No cuando sepas toda la magnitud de las amenazas que enfrentamos.

—Quizá lo haga, y quizá no —contrapuso Mara—. Y tampoco te olvides de Karrde. Si realmente quieres información, es con él con el que vas a tener que tratar. Y Karrde no se toma amablemente a nadie que juega al tiro al blanco con su gente. Lo he visto despedazar organizaciones enteras por esa clase de crimen. De hecho, hubo un grupo hutt en particular…

—Sí, estoy seguro —interrumpió Parck, frunciendo el ceño—. En realidad, Mara, estás exagerando esto mucho más de lo que necesitas. Las quemaduras de charric son ciertamente serias, pero eso incluso es escasamente una consideración para alguien con habilidades Jedi de supresión del dolor y curación. Y el General Fel tiene razón: necesitamos mantenerte tranquila por algún tiempo.

—Sí, entiendo eso —dijo Mara—. Y es una idea brillante… realmente lo es. Sólo hay un pequeño problema: Yo no sé hacer ni los trucos de supresión de dolor ni los de curación.

—Oh vamos —dijo Parck en tono de reproche, señalando hacia el agujero de borde negro en su traje de salto—. Tu hombro indica otra cosa.

—Skywalker me puso en el trance —dijo Mara, relajando conscientemente los músculos en anticipación—. Y él no está aquí. Podría morir por el shock, o desangrarme hasta la muerte…

—No harás ninguna de esas cosas —le aseguró Fel—. Conozco ambos el poder y las limitaciones del armamento chiss. Piénsalo como un incentivo adicional para que Skywalker se rinda ante nosotros.

Captó la mirada de Brosh y asintió. El chiss respondió el asentimiento y alzó su arma…

Y de ella vino una llamarada de luz verde.

CAPÍTULO 28

Sin advertencia, justo a la mitad de un paso, Mara se desvaneció.

¿Mara?, pensó desesperadamente hacia ella Luke, estirándose a la Fuerza. *¡Mara!*

Pero no hubo ninguna respuesta. De algún modo, habían atravesado su sentido del peligro y habilidades de combate y habían lanzado un ataque súbito y aplastante.

Y ella estaba inconsciente. O muerta.

—No —susurró en voz alta, su pulso golpeteaba en sus oídos. Una vez más, una persona por la que se había preocupado…

—¡No! —dijo entre dientes apretados, la agonía en su corazón se arremolinó hacia algo oscuro y mortífero cuando el dolor se convirtió en una furia creciente.

¿Le dieron muerte casualmente, no? Si muerte era lo que querían, les mostraría cómo se veía la muerte. En el ojo de su mente se vio a sí mismo bajando por el tobogán en espiral, arrojando a los alienígenas fuera de su camino como a muñecos de arena, sus cuerpos golpeando contra la implacable piedra negra y cayendo encogidos al suelo. Su sable de luz destellaría a través de sus líneas, cortando a través de armas y cuerpos y dejando más muerte en su estela…

Su sable de luz.

Bajó la vista al sable de luz en su mano. No era el arma que él mismo había hecho en el opresivo calor del desierto de Tatooine, sino la que había hecho su padre tantos años antes. El arma que él le había dado a Mara…

Respiró profundo, dejando ir la rabia y el odio, un escalofrío helado lo atravesó cuando comprendió la magnitud de lo que casi había hecho. Una vez más, había llegado al mismo borde de ceder ante el lado oscuro. Casi se había rendido al odio y a la sed de venganza, y al deseo agobiante de usar su poder para sus propios fines egoístas.

Si respetas aquello por lo que luchan… las palabras del Maestro Yoda hicieron eco persistentemente a través de su mente.

—Está bien —murmuró en voz alta. No, no vengaría cualquier cosa que le hubiera pasado a Mara, por lo menos no por la venganza en sí misma. Pero buscaría la verdad de lo que le había pasado.

Con un esfuerzo, borró la última emoción que quedaba en sus pensamientos, la imagen de Mara de las aves cantoras cantando dentro de un establecimiento de molienda de minerales fluctuó una vez a través de su mente mientras lo hacía. Estirándose con la Fuerza, enfocó su sonda mental hacia el punto donde la presencia de Mara se había desvanecido. A menos que ya se la hubieran llevado, por lo menos debería ser capaz de sentir su cuerpo…

Pero no había nada. Ni Mara, ni los humanos o alienígenas hacia los que ella supuestamente se había estado acercando cuando desapareció.

De hecho, dentro de una cierta área, no podía detectar nada en absoluto. Casi como si algo estuviera bloqueando su acceso a la Fuerza…

Abruptamente, su aliento salió de él en una exhalación, el alivio y la desilusión lo inundaron en cantidades iguales. Por supuesto… los alienígenas habían puesto ysalamiri en el espacio entre él y Mara. Incluso dada la distancia de cuatro pisos entre ellos, debió haber reconocido lo que estaba sucediendo inmediatamente. Una vez más, parecía, que tenía que volver a aprender la advertencia de Yoda acerca de no actuar mientras estaba bajo el influjo de una emoción fuerte.

Pero no había tiempo para la auto-recriminación. Dentro del efecto de los ysalamiri, los poderes de neófita Jedi de Mara eran inútiles; y dependía de él sacarla.

Sacó su comunicador y lo encendió con el pulgar.

—¿Erredós? —llamó suavemente—. Te necesito aquí abajo, toma el tobogán en espiral que no se mueve detrás de la pared a la derecha de la puerta de salida oculta y baja cuatro pisos. Partidor De Piedras, dejen atrás a alguien en la escalera para sellar la puerta, y el resto de ustedes vengan con Erredós. ¿Entendido?

Hubo un gorjeo del droide y un chillido del qom jha. Luke devolvió el comunicador a su cinturón y cruzó lentamente hacia una de las esquinas traseras del nivel, estirándose hacia abajo con la Fuerza mientras se movía. Podía sentir a los seres en el siguiente nivel hacia abajo, pero ninguno parecía estar en este área en particular.

Pero eso podría ser desencaminante, dado que todavía no tenía una lectura clara de esta especie. Pero tendría que arriesgarse. Encendiendo el sable de luz de Mara, la percepción del arma le trajo un diluvio de viejos recuerdos, lo agarró con ambas manos y clavó la hoja blanca-azul en el suelo.

Su gran miedo había sido que como el mineral cortosis en la cueva de abajo, la extraña piedra negra de alguna forma se resistiera al sable de luz. Pero aunque se sentía más bien como arrastrar una rama de árbol contra la corriente a través de un río rápido, la hoja cortó a través de la piedra sin problemas. Caminando en un círculo apretado, biselando el borde hacia adentro para que el tapón no cayera de largo al piso de abajo, excavó un agujero redondo un poco más ancho que Erredós.

Terminando su corte, confirmó una última vez que nadie pareciera estar debajo de él. Entonces, estirándose a la Fuerza, levantó el tapón de piedra.

Era pesado… mucho más pesado de lo que algo tan pequeño tenía derecho a serlo. Maniobrándolo hacia el costado, lo apoyó con el borde apenas solapando el agujero, entonces se echó al piso y se asomó cuidadosamente hacia abajo.

El área parecía estar de hecho desierta. Agarrándose del borde, se deslizó de cuerpo entero hasta colgar a través del agujero. Preparándose, utilizando la Fuerza para vigorizar sus músculos, se dejó ir.

El suelo estaba aproximadamente cuatro metros más abajo, una caída trivial para un Jedi. Dejó que sus piernas se doblaran, absorbiendo el impacto y esperanzadamente haciéndolo caer en una postura discreta mientras estiraba sus sentidos en busca de cualquier señal de que hubiera sido visto u oído. Pero no había nada. Poniéndose cuidadosamente de pie, echó otra mirada a su alrededor…

¿Maestro Caminante Del Cielo?

Luke alzó la vista. Cumplidor De Promesas estaba en el cuarto encima de él, mirando abajo a través del agujero en el suelo.

—No hagas ruido —advirtió al qom jha—. ¿Dónde está el resto de tu gente?

Vienen flanqueando la curva, dijo Cumplidor De Promesas. *Algunos cuidan a tu máquina… es el más lento.*

—Avísame cuando lleguen ahí —le dijo Luke, estirándose con la Fuerza. Había, podía sentir, más de los alienígenas en el próximo nivel abajo, pero de nuevo no parecían estar demasiado cerca de él. Encendiendo de nuevo el sable de luz, empezó a cortar un nuevo agujero directamente debajo del primero.

Había terminado el agujero y se había dejado caer abajo al próximo piso cuando un silbido bajo de arriba señaló la llegada de Erredós.

—Genial —dijo suavemente Luke, mirando arriba al domo azul y plata que se asomaba cautelosamente encima del borde, dos pisos más arriba, cuando sacó su comunicador y lo encendió.

El droide retrocedió fuera de vista, y hubo otro silbido de reconocimiento del comunicador.

—Está bien —dijo Luke, mirando alrededor. Esta vez había bajado a un cuarto desierto, pero a través de la puerta abierta podía ver vislumbres de sombras en movimiento—. ¿Ves el tablero de control de allí? Quiero que encuentres un conector de computadora al que puedas acceder y te enchufes. Intenta conseguir un plano del piso de la fortaleza si puedes; si no puedes, sólo echa una mirada y fíjate qué más puedes encontrar. Cuando te mande otra señal, desenchúfate y vuelve al agujero tan rápido como puedas. ¿Entendiste todo?

Hubo un gorjeo que sonó ligeramente nervioso, y el comunicador se apagó. Sujetando el sable de luz de Mara, intentando captar una percepción de todas las mentes alrededor y debajo de él, Luke esperó.

Cuando pasó, pasó todo al mismo tiempo. Repentinamente, virtualmente al unísono, todas las mentes alienígenas cambiaron, sus varios tonos y preocupaciones y texturas todas cambiaron para enfocarse en la misma dirección. No con miedo, preocupación, ni siquiera sorpresa, pero con la determinación calma y mortal de soldados profesionales.

Erredós había hecho saltar las marcas sobre las que había advertido Mara, y la fortaleza se estaba movilizando para la acción.

Luke se agachó un poco más cerca del suelo, agudamente consciente de que todo dependía de en qué exactamente consistiría esa acción. Si todos los alienígenas meramente se quedaban donde estaban y se preparaban para el posible ataque, no tendría ninguna opción más que abrirse camino luchando a través de ellos hasta llegar a Mara. Sin embargo, si en cambio se concentraban en las rampas del tobogán y el piso adonde estaba ocurriendo el intento de acceso…

Y lo hicieron. Aun mientras Luke contenía la respiración, podía sentir a los alienígenas de abajo acercándose determinadamente al tobogán que Mara había tomado antes. Si era cuidadoso, y rápido, su camino a ella podría estar simplemente despejado.

Especialmente si era rápido. Encendiendo el sable de luz, se puso a trabajar en tallar otro agujero más en la piedra negra.

Había terminado la abertura y se había dejado caer a través de ella al próximo nivel abajo cuando sus sentidos sondeantes recogieron la señal que había estado esperando: el cambio sutil en las mentes alienígenas cuando los equipos de asalto congregados se preparaban.

—Ahora, Erredós —llamó suavemente por el comunicador—. Envíame a los qom jha abajo por el agujero, y acércate tú también.

El droide respondió, y Luke se puso debajo del agujero para esperar. Los qom jha no perdieron el tiempo; ya estaban bajando a través como hojas caídas de un árbol, con las alas plegadas estrechamente mientras atravesaban cada agujero sucesivo, abriéndolas entre los pisos para recobrar el control de su vuelo. A través de la agitación de los qom jha en caída vio el domo de Erredós asomándose cautelosamente por encima del borde, y captó un eco del gorjeo sorprendido y nervioso cuando el droide vio cuánto más abajo que la última vez que había mirado Luke estaba ahora.

Un gorjeo que se convirtió en grito electrónico sofocado cuando Luke se extendió con la Fuerza para recogerlo y hacerlo bajar con las ruedas hacia abajo a través del agujero.

Luke hizo una mueca de dolor por el ruido; pero afortunadamente Erredós comprendió lo que estaba pasando y se calló antes de que el sonido de un grito electrónico descendiendo rápidamente pudiera delatarlos a todos. Luke bajó al droide a salvo al suelo a su lado, entonces se estiró de nuevo al borde del tapón de piedra que había dejado asomando por el costado del primer agujero. A esta distancia se sentía aún más pesado; pero con guerreros alienígenas presumiblemente convergiendo ahora mismo hacia el centro de comando, tenía una gran motivación para la velocidad. Tres segundos más tarde, el tapón estaba de nuevo firmemente en su lugar.

Quince segundos después de eso, continuando su trabajo hacia abajo, tenía todo el resto de los agujeros también tapados.

—Mara está un nivel más abajo —le contó a Erredós y al apretado grupo de qom jha, estirándose con la Fuerza. Todos los alienígenas de abajo se habían ido, y no había habido ningún cambio en el estado mental global que indicara que habían tropezado con su truco.

Aunque extrañamente, ya no podía sentir a los equipos de asalto mismos. ¿Equipados con ysalamiri, quizás?

Probablemente. Pero por el momento, esos grupos estaban demasiado lejos para preocuparlo.

—Manténganse cerca de mí —dijo, encendiendo el sable de luz y empezando su corte final—. Intentaremos mantener todo tan silencioso como podamos, por todo el tiempo que podamos.

¿Pero si nos descubren?, preguntó ansiosamente Niño De Los Vientos.

Luke frunció el ceño en ligera sorpresa. No se había dado cuenta de que el joven qom qae había venido con los qom jha. De hecho, había pensado en dar instrucciones de que el

niño se quedara atrás con quienquiera que hubiera sellado la puerta oculta. Claramente, se le había pasado; igual de claramente, ahora era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

—Si suena la alarma, deben separarse y crear confusión —le dijo Luke a los alienígenas—. Aléjenlos de mí tanto como puedan, entonces encuentren sus propias salidas de la fortaleza y vuelvan a casa.

Obedeceremos, dijo Partidor De Piedras, agitando las alas.

—E intenten no salir lastimados —agregó Luke, terminando el corte y alzando el disco de piedra fuera del agujero—. Niño De Los Vientos, quédate conmigo y con Erredós.

Se inclinó hacia abajo para dar un rápido examen visual al cuarto vacío de abajo.

—Está bien —dijo, deslizando los pies por la abertura y preparándose para otra caída—. Vamos.

Por el aspecto nebuloso que había tenido de este piso antes de que su contacto con Mara fuera cortado, había parecido bastante bien estructurado, con cuartos y corredores anchos en lugar de los segmentos de pared al azar que había encontrado arriba. No era exactamente una disposición ideal para moverse en silencio.

Pero durante los primeros pocos minutos pareció funcionar. Luke llevó la delantera cautelosamente hacia el punto en blanco que marcaba el racimo de ysalamiri, dividiendo su atención entre el área a su alrededor y los varios grupos de guerreros congregados cerca de los toboganes. Sólo media docena de los alienígenas estaban lo suficientemente cerca como para ser problemas potenciales, y pudo hacer pasar inadvertida a su partida usando ruidos y otras distracciones creadas con la Fuerza. Los guerreros en el nivel del centro de comando eran claramente del tipo metódico, y cuando Luke se acercó a los ysalamiri empezó a pensar que realmente podría llegar hasta Mara y sus aprehensores sin ser detectado.

Han podría haber sido tan afortunado. Luke, desafortunadamente, no lo era. Casi habían alcanzado su meta cuando la ilusión abruptamente se desmenuzó.

—Nos están buscando —murmuró.

¿Saben adonde estamos?, preguntó Volador Entre Las Púas.

—No lo sé —dijo Luke, estirándose a la Fuerza e intentando descifrar el súbito tumulto en las emociones de los alienígenas a su alrededor. No había ninguna forma de saber si el equipo de asalto había descubierto el agujero que había cortado o simplemente había encontrado el nivel desierto y había llegado a la conclusión lógica.

Lo que sí podía decir era que lo que fuera que habían descubierto, su consternación se había extendido rápidamente al resto del grupo. Claramente, aquí tenían un extraordinario sistema de comunicaciones.

Lo que significaba que los aprehensores de Mara casi seguro que también sabían que él estaba suelto en la fortaleza.

Lo que significaba que se le estaba acabando el tiempo.

—Voy a entrar —les dijo tensamente a los qom jha, deslizando un ojo alrededor del final del corredor. Justo a la derecha, del lado lejano de un corredor cruzado, podía ver una puerta sin marcas. En el extremo lejano de ese cuarto, hasta donde podía saber, estaban los ysalamiri—. Erredós, Niño De Los Vientos: vengan conmigo. El resto de ustedes, dispérsense.

Obedecemos, Caminante Del Cielo, dijo Constructor Con Piedras; y con un múltiple batir de alas, partieron.

—Quédense detrás de mí —advirtió Luke al droide y al qom qae; y con una rápida mirada por el corredor se lanzó a la puerta, encendiendo el sable de luz de Mara mientras corría. Agarró la palanca de apertura, la giró y abrió la puerta en un solo movimiento, y saltó adentro.

Sólo para encontrar que había calculado mal. El cuarto en el que estaba era largo y tenuemente iluminado, con casi toda la mitad izquierda llena de canastas apiladas, y ninguna señal de Mara.

Pero una segunda mirada mostró que no había calculado tan mal como pensó. Dispuestos lado a lado, un grupo de ysalamiri en armazones nutrientes habían sido apoyados contra la pared del fondo.

Erredós trinó interrogativamente.

—Ella está en el próximo cuarto —dijo Luke por encima de su hombro mientras corría hacia la fila de armazones, un plan de acción empezaba a tomar forma en su mente. A menos que los mismos interrogadores fueran sensibles a la Fuerza, no tendrían ninguna forma de saber si su barrera protectora todavía estaba en su lugar o no. Si podía apartar suficientes de los ysalamiri del camino para darle de nuevo a Mara acceso a la Fuerza, los dos de ellos juntos deberían poder darle vuelta las mesas a sus aprehensores y sacarla de allí. Deteniéndose delante de uno de los armazones en el medio de la pared, sintiendo el súbito silencio desconcertante en su mente cuando entró al medio metro de rango del efecto de las criaturas, apoyó el sable de luz en el suelo y alzó el armazón.

Afortunadamente, dado que no había forma de vigorizar su fuerza muscular tan cerca de un ysalamir, el armazón no era muy pesado. Lo alejó unos pasos de la pared y lo apoyó contra la canasta más cercana. Volviendo al próximo en la línea, lo recogió y cruzó hacia el primero…

Con sus sentidos Jedi cegados por el efecto de los ysalamiri, el súbito graznido de Erredós fue su única advertencia. Alzó la vista, dejando caer el armazón y saltando hacia atrás, su mano se estiró instintivamente hacia el sable de luz en el suelo. Uno de los alienígenas de piel azul estaba agachado en el espacio abierto de la puerta, en posición de tirador, con otro de los armazones nutrientes atado a su espalda, su arma alzada y buscando. Luke dio otro paso hacia atrás, la Fuerza de repente lo inundó de nuevo todo a su alrededor cuando salió del rango del ysalamir. Sintió el poder cosquilleando en su mano cuando llamó de nuevo al sable de luz, preguntándose por qué todavía no estaba en su mano…

Y un estallido de comprensión lo golpeó tardíamente. Él mismo estaba fuera del efecto de los ysalamiri, pero el sable de luz no.

El arma del alienígena estaba ahora apuntada hacia él.

—No te muevas —ordenó en básico con acento, su tono dejaba claro que iba en serio. Erredós empezó a rodar cautelosamente hacia él; los ojos rojos resplandecientes se volvieron un momento amenazadoramente hacia el droide…

Y con un chillido que era mitad desafío y mitad puro terror, Niño De Los Vientos se dejó caer del techo para aterrizar aferrando con sus dos garras el brazo del arma del alienígena.

El arma disparó, una llamarada azul brillante que salió desviada, golpeando uno de los armazones nutrientes más allá de Luke a lo largo de la pared. Luke se zambulló hacia atrás en dirección opuesta hacia la cobertura de las canastas apiladas, agarrando su propio sable de luz que todavía colgaba de su cinturón y desenganchándolo de un tirón. Su impulso lo estrelló contra uno de los demás armazones, derrumbándolo al suelo.

Y por un breve segundo, cuando hizo carambola en la pared y de vuelta hacia las canastas, pudo sentir de nuevo la presencia de Mara.

El toque no duró mucho, quizás medio segundo antes de que él rebotara de nuevo dentro del rango de los dos ysalamiri que había puesto al lado de las canastas. Pero fue lo suficiente. Pudo sentir que ella estaba bien, sintió su propia llamarada de alivio porque él estaba igualmente ileso, captó una sensación de humanos y alienígenas alineados a lo largo de la pared delante de ella. Sólo tuvo tiempo para una única instrucción emocional: *¡Dame tiempo!*, antes de que el contacto se cortara de nuevo. Clavando los pies en el suelo, encendió su sable de luz y cargó más allá de los armazones, preguntándose si llegaría al otro lado de la burbuja antes de que el alienígena pudiera apuntar de nuevo.

Estuvo cerca, y por un doloroso latido del corazón pensó que el acto de valentía de Niño De Los Vientos iba a costarle la vida al qom qae. En lugar de intentar sacarse a su atacante alado de su brazo derecho, el alienígena meramente había golpeado su mano izquierda contra la garganta de Niño De Los Vientos en un esfuerzo por aturdirlo, entonces se pasó el arma a esa mano. Por un instante su primera inclinación pareció ser usar el arma para matar a la molestia de garras afiladas que se aferraba a él; pero cuando vio a Luke cargando hacia él esgrimiendo su sable de luz, cambió su puntería hacia el blanco más amenazante y disparó.

Pero fue demasiado tarde. Luke ya había pasado más allá del último de los ysalamiri, y de nuevo con acceso a la Fuerza no había ninguna posibilidad de que un solo pistolero pudiera penetrar sus defensas. Corrió adelante a toda velocidad, anticipándose y barriendo su sable de luz al frente a cada uno de los tiros del alienígena con practicada facilidad. Todavía disparando, el alienígena esquivó hacia la derecha, cruzando por detrás de Erredós. Luke cambió de dirección para corresponder su movimiento, preguntándose si el alienígena estaba planeando agacharse y usar al droide como escudo.

En ese caso, nunca tuvo la oportunidad. De la mitad del cuerpo de Erredós vino la llamarada de un arco eléctrico…

Y con una abrupta sacudida de músculos temblorosos en la pierna, el alienígena tropezó perdiendo el equilibrio y cayó muy fuerte al suelo de costado, llevando a Niño De Los Vientos con él. Luke saltó por encima de Erredós, aterrizando con un pie en el arma y sintiendo de nuevo la súbita ceguera cuando entró al rango del ysalamir de su mochila. Los ojos rojos brillantes del alienígena miraban fijamente hacia arriba con una expresión ilegible cuando Luke levantó en alto su sable de luz y lo barrió hacia abajo. Viendo su propia muerte arqueando hacia él…

Y entonces, a la mitad del camino de su cuchillada, Luke apagó la hoja, y en lugar de decapitar al alienígena meramente golpeó la pesada asa de metal detrás de su cabeza. Sin hacer ningún sonido, se derrumbó flácido al suelo, inconsciente.

—¿Estás bien? —Luke le preguntó a Niño De Los Vientos, ayudando a sacar los pies apretados del otro fuera del brazo del pistolero. Los puntos adonde habían estado las garras del qom qae, notó, estaban rezumando con manchas lentamente crecientes de rojo.

Estoy ileso, dijo temblorosamente Niño De Los Vientos. *¿Por qué protegiste su vida?*

—Porque no había ninguna necesidad de matarlo —contestó Luke, mirando a Erredós. El droide también parecía un poco inseguro, pero tan dedicado como siempre cuando retractó su soldador de arco de vuelta a su compartimiento—. Gracias por su ayuda… a los dos. Vamos, Mara nos necesita.

Corriendo de vuelta a la pared, empezó a agarrar los armazones nutrientes y lanzarlos detrás de él, todos los pensamientos de sutileza reemplazados ahora por una necesidad desesperada de velocidad. Ese rápido vislumbre caleidoscópico que había tenido de la mente de Mara había incluido la amenaza de armas esgrimidas. Arrojó tres de los armazones nutrientes al costado, se arriesgó a tomarse el tiempo para librarse del que estaba al lado del sable de luz de Mara todavía yaciendo en el suelo, entonces se acercó a la pared.

Y con una oleada de temor comprendió que se le acababa el tiempo. Filtrados a través de la niebla emocional y el rápido pensamiento táctico que se mezclaban en la mente de Mara, podía sentir una imagen indistinta y vacilante de los cuatro alienígenas con sus armas apuntadas hacia ella. Tocando la pared con la frente, él usó sus incrementos sensoriales…

—Skywalker me puso en el trance —distinguió débilmente la voz de ella a través de la gruesa piedra—. Y él no está aquí. Podría morir por el shock, o desangrarme hasta la muerte…

—No harás ninguna de esas cosas —dijo otra voz—. Conozco ambos el poder y las limitaciones del armamento chiss. Piénsalo como un incentivo adicional para que Skywalker se rinda ante nosotros.

Luke no esperó más. Enderezándose, retiró su sable de luz hacia atrás, estirándose a la Fuerza cuando apuntó la punta de la resplandeciente hoja verde hacia la pared, agónicamente consciente de que sólo tendría una oportunidad en esto. Pero si la Fuerza podía guiarlo con la exacta precisión necesaria para bloquear rayos de bláster…

Y entonces, con una claridad que fue alarmante por lo inesperada, una imagen saltó a su mente: un alienígena de pie con la espalda hacia Luke, casi enfrente de él, levantando un arma hacia Mara. Apretando los dientes, Luke empujó su sable de luz a través de la pared acuchillando con la hoja verde la parte superior del arma del alienígena.

Y al lado de esa pared, sintió que la pequeña escena cuidadosamente arreglada se disolvía en el caos.

Luke tiró del sable de luz hacia abajo, cortándose una abertura tan rápidamente como la terca piedra negra se lo permitió, el tumulto emocional del súbito combate lo inundó mientras Mara explotaba a la acción. Sintió un giro que mareaba cuando ella rotó y se agachó detrás de su silla, estirándose con la Fuerza en busca de armas de sus enemigos. Arrancó una directamente de la mano de su dueño… retorció otra al costado desviando el tiro inofensivamente al techo… se agachó de nuevo cuando otro tiro dio en la esquina del respaldo de su silla, enviando unas agónicas gotas diminutas de metal líquido rozando su mejilla…

Y entonces la sección de Luke de la pared se derrumbó con un golpe seco en el caos. Atrajo la atención de Mara que seguía agachada detrás de la silla y le arrojó su sable de luz, se estiró con la Fuerza para agarrar el de ella en el suelo detrás de él…

Y con la vieja arma que le trajo a la mente recuerdos de Tatooine, Hoth y Bespin, volvió al medio de la lucha, la hoja blanca-azul desviaba los rayos de fuego enemigo y destrozando las armas mismas. Uno de los alienígenas saltó hacia él, con un cuchillo destellando en su mano; Luke agarró su cuerpo con la Fuerza y lo estrelló contra otros dos que se preparaban para la misma maniobra…

—¡Alto! —ordenó una voz autoritaria.

Los alienígenas se congelaron en sus lugares, sus ojos enfocados sin parpadear en Luke. Luke los miró cautelosamente en respuesta, con su sable de luz listo. Por el rabillo del ojo entrevió al que habló: un hombre de cabello gris que llevaba el uniforme de un almirante imperial.

—No tiene ningún sentido que nadie deseche sus vidas aquí —dijo severamente el almirante—. Déjenlos ir.

Luke se estiró hacia él con la Fuerza, intentando evaluar su sinceridad. Pero ambos él y el otro imperial en el cuarto todavía estaban escudados por los ysalamiri restantes detrás de la pared lateral.

—¿Mara? —preguntó Luke, arriesgándose a una mirada rápida hacia ella.

—¿Qué te parece? —dijo con un resoplido cuando vino a su lado, la hoja verde de su sable de luz sostenida en diagonal lista entre ella y los alienígenas—. Está intentando salvar su propio cuello.

—Por supuesto que lo estoy —concedió el almirante sin avergonzarse—. Como también estoy intentando proteger los cuellos de mis tropas. Si hubo una cosa que Thrawn se aseguró que sus oficiales entendieran claramente, era nunca malgastar a la gente sin ninguna razón —Sonrió—. Y es bien sabido que el Maestro Jedi Luke Skywalker no mata sin necesidad o a sangre fría.

—También está haciendo tiempo —agregó Mara—. Probablemente están preparando algún tipo de trampa ahora mismo.

—Entonces mejor que nos pongamos en movimiento —Luke señaló al grupo con la cabeza—. ¿Crees que deberíamos llevarnos a uno de ellos como rehén?

Mara siseó entre dientes.

—No —dijo—. Parck es demasiado viejo, nos reduciría la velocidad, y no confío en que ninguno de estos chiss no sea más problemas que lo que vale. Eso va doble por el General Fel.

Luke parpadeó, enfocando su atención por primera vez en la cara del imperial más joven. ¿El Barón Fel?

—Sí, soy yo, Luke —confirmó Fel—. Ha sido un largo tiempo.

—Sí, lo ha sido —murmuró Luke. ¿El Barón Fel, trabajando de nuevo para el Imperio?

Mara lo tocó en el costado.

—Dejemos la reunión de veteranos de los Pícaros para otra ocasión, ¿de acuerdo? Tenemos que ponernos en movimiento.

—Correcto —dijo Luke, retrocediendo hacia la pared y la abertura que había cortado.

—Piensa en nuestra oferta, Mara —llamó el almirante tras ellos—. Yo creo que encontrarás que nuestro forcejeo aquí afuera es el desafío verdaderamente más importante que nunca podrías enfrentar.

—Y ustedes piensen en mi advertencia —contrapuso Mara—. Manténganse lejos de Bastión.

El almirante agitó levemente la cabeza.

—Haremos lo que tengamos que hacer.

—Entonces yo haré lo mismo —amenazó Mara—. No digan que no les advertí.

Fel le sonrió.

—Danos tu mejor golpe.

—Quizás tu miedo a lo que el Imperio podría hacer con nuestra información será una motivación adicional para que te unas a nosotros —agregó Parck—. De todos modos, estoy seguro de que te veremos de nuevo.

—Correcto —dijo Mara—. Lo estaré esperando.

CAPÍTULO 29

Luke esperó hasta que Mara hubiera pasado agachada a través de la abertura antes de salir del cuarto.

—Creo que este es el tuyo —le dijo, apagando su sable de luz y dándoselo.

—Gracias —dijo ella, tomándolo mientras le pasaba el suyo a él—. El tuyo tiene un agarre interesante. Creo que me gusta más que el mío.

—Puedes tener eso presente cuando llegues a hacer el tuyo algún día —dijo Luke, sacando su bláster de manga de su chaqueta y arrojándoselo—. Aquí está tu bláster. Cuidado: alguna de su gente viene provista con mochilas de ysalamir.

—Ya lo sé —dijo Mara. Ella estaba ahora en la puerta, mirando cuidadosamente afuera al corredor—. Parece despejado, pero eso no durará mucho. ¿Cuál es el plan? ¿De vuelta a la escalera?

—Desafortunadamente, hice que los qom jha la cerraran —le contó Luke, caminando a la puerta a su lado mientras arrojaba una última mirada atrás a la abertura que había cortado. Habría pensado que uno de los alienígenas, chiss, los había llamado Mara, podría intentar un tiro final, pero aparentemente habían decidido quedarse tranquilos.

Lo que significaba que Mara tenía razón. Tenían planeado algo más.

Miró por el corredor, también estirándose con la Fuerza.

—Niño De Los Vientos, quédate encima de Erredós —le dijo al qom qae—. No quiero que te pierdas.

—O que te metas en el camino —agregó Mara—. ¿Entonces adónde vamos?

Antes de que Luke pudiera contestar, Erredós se alejó rodando por el corredor, dirigiéndose confiado a la izquierda con Niño De Los Vientos balanceado precariamente encima de su domo.

—Supongo que estamos siguiendo a Erredós —dijo Luke, partiendo tras ellos—. Debe haber podido bajar el plano del piso como le pedí.

—Eso, o está buscando un recargador —murmuró Mara mientras se ponía a un paso a su lado—. ¿Qué tan bueno eres en detectar ysalamiri individuales?

—No tan bueno como lo soy con grupos de ellos —concedió, estirándose con la Fuerza. Podía sentir la seria actividad alrededor de ellos mientras los chiss se movilizaban para el combate…

El pequeño espacio vacío a su derecha era tan sutil que casi lo pasó por alto.

—¡Cuidado! —le exclamó a Mara, deteniéndose y girándose para mirar en esa dirección. Aun mientras levantaba su sable de luz, un panel disimulado de medio metro cuadrado de la pared se abrió y asomó un arma. Detrás de ella en el nicho sombrío vislumbró unos ojos rojos brillantes y el reflejo de un armazón nutriente sobre ellos…

Desde detrás de Luke vino la llamarada de fuego bláster; no apuntada entre los ojos resplandecientes, como podría haber esperado, pero encima de ellos. Hubo un súbito aullido en su mente…

Y abruptamente la zona de silencio alrededor del pistolero se desvaneció.

Hubo una llamarada de azul cuando el arma alienígena escupió su fuego hacia el pecho de Luke. Pero era demasiado tarde. Con la burbuja del ysalamir colapsada, Luke bloqueó el tiro con facilidad. El pistolero soltó dos tiros más, también bloqueados, antes de que los círculos azules de una descarga aturdidora lo enviaran cayendo fuera de vista al suelo de su nicho de guardia.

—Oh, bueno —dijo Mara, sopesando su bláster y moviendo el selector—. Ponerlos en aturdir funciona en ellos.

—Eso podría ser práctico —convino Luke, mirando a su alrededor con los ojos y la mente. No había ninguna otra amenaza que pudiera detectar, por lo menos no en el área inmediata—. ¿Alguna razón en particular por la que no lo mataste?

—Eh, tú eres el que quiere que empiece a actuar como una Jedi —replicó Mara, continuando por el corredor. Erredós se había adelantado unos metros, y estaba gorjeando con impaciencia nerviosa cuando giró su domo atrás para mirarlos—. El problema es, que la posición de aturdir en esta cosa tiene más o menos el rango de un lanzamiento de bantha. Si son lo suficientemente inteligentes para mantener su distancia, tendrás que bloquear sus tiros mientras yo elimino a los ysalamiri.

—Correcto —dijo Luke, frunciendo el ceño mientras aceleraba su paso. Había algo ominoso creciendo detrás de la protección de la barrera mental de Mara: un pensamiento oscuro, o un propósito igualmente oscuro. Por un momento consideró preguntarle acerca de eso; pero el hecho de que se estaba esforzando tanto por esconderlo sugería que sería mejor no molestarla—. ¿Alguna idea de cuál es su plan? —preguntó en cambio cuando alcanzaron a Erredós.

—A corto plazo, ponernos en almacenamiento seguro por unos días —dijo Mara—. Se figuraron que hacernos entrar en trances curativos es la forma más fácil de hacer eso; por lo tanto, el tiroteo.

—Son del tipo amistoso —murmuró Luke.

—Sí —convino Mara—. A largo plazo, están esperando a que Thrawn regrese —hubo un parpadeo momentáneo en sus emociones, una profundización de esa oscuridad oculta—… Y dado que piensan que puede haber aparecido en Bastión, Parck ha decidido dirigirse allí y hablar con ellos.

Luke repentinamente sintió frío.

—¿Y entregar este lugar al Imperio?

—El lugar, y todo lo que hay en él —dijo gravemente Mara—. Eso puede no ser lo que piensan que van a hacer; pero una vez que el Imperio sepa que están aquí, se apoderarán de esto. De una forma u otra.

Adelante, Erredós trinó y giró a la derecha a un corredor cruzado.

—¿Adónde vamos? —demandó Mara mientras lo seguían.

—No lo sé —dijo Luke, frunciendo el ceño. Veinte metros adelante, el corredor terminaba en una unión en T, y por alguna razón desconocida su mente regresó momentáneamente a la base asteroide de los Piratas Cavrilhu y a la muy diferente unión

en T al extremo lejano de la trampa para Jedi a la que lo habían atraído. En alguna parte directamente adelante, podía sentir el área en blanco creada por un grupo de ysalamiri.

Y entonces Erredós gorjeó incierto y se detuvo, enfrentando la pared que bloqueaba su corredor en obvia confusión…

—¡Erredós, regresa! —exclamó Luke, alzando su sable de luz y dando una zancada para ponerse delante de Mara—. ¡Es una trampa! —Directamente adelante, la pared explotó en una lluvia de chispas deslumbrantes y se desintegró completamente…

Y parados hombro a hombro en el corredor detrás de lo que quedaba de la pared falsa, una docena de chiss equipados con ysalamiri abrieron fuego.

Erredós chilló y dio la vuelta, rodando atrás hacia Luke tan rápido como pudo, Niño De Los Vientos estaba esforzándose frenéticamente por no caerse. Luke apenas los notó, toda su atención enfocada adelante en los chiss. Se forzó a relajarse, dejando que la Fuerza guiara sus manos como lo había hecho en tantas batallas similares, giró su sable de luz a una posición de bloqueo delante de cada tiro.

Pero con el área alrededor de los chiss cerrada a esa presciencia subconsciente, a su tiempo de preparación usual le faltaba una preciosa fracción de segundo. Detrás de él, el bláster de Mara estaba destellando regularmente por encima de su hombro, eliminando con metódica precisión a los ysalamiri. Si él podía mantener su defensa el tiempo suficiente para que ella terminara el trabajo…

En alguna parte al borde de su mente podía oír a Niño De Los Vientos chillando algo, pero no le sobraba suficiente concentración para una traducción. Adelante, a través de la apretada línea de chiss pudo ver lo que pareció ser un movimiento detrás de ellos; y entonces, sin advertencia, se dejaron caer al unísono sobre una rodilla…

Revelando otra línea de tropas que había surgido detrás de ellos.

Y de repente había el doble de rayos ardiendo en su dirección. Rayos con los que estaba lenta pero inexorablemente perdiendo la carrera por mantenerse adelante.

Detrás de él, Mara ladró algo, y a través de la niebla de su concentración Luke vio a uno de los alienígenas de pie sacudirse y derrumbarse atrás cuando Mara abandonó su política de no matar. Luke apretó los dientes y redobló su esfuerzo, oscuramente comprendiendo que si Parck ahora mismo enviaba a un equipo por detrás de ellos, acabaría con él y Mara. Niño De Los Vientos chilló de nuevo…

Y entonces, acercándose en ambas direcciones por el corredor cruzado, un grupo de qom jha se zambulló directamente en el medio de la batalla.

Los chiss no tuvieron ninguna oportunidad de reaccionar. Pasando a toda velocidad por encima de las cabezas de los guerreros de pie, los qom jha agarraron las partes de arriba de sus armazones nutrientes, el tirón hizo caer a los pistoleros y los hizo golpear fuerte el suelo con sus espaldas.

—Vamos —Luke se oyó gritar, partiendo en un cauto trote hacia la fila restante de arrodillados chiss. Si podía llegar lo suficientemente cerca para que estuvieran en rango de la posición de aturdir de Mara…

A medio corredor de distancia, los qom jha se frenaron de su loca estampida, dieron la vuelta con una gracia imposible, y volvieron a cargar hacia las espaldas de los pistoleros arrodillados. Otra vez agarraron los armazones nutrientes cuando pasaron, desparramando a los armazones y a los chiss unidos a ellos de cara contra el suelo.

Luke dejó que su sable de luz se detuviera, los músculos de su brazo de repente empezaron a temblar por la adrenalina y el alivio en la tensión. Mara ya lo había pasado corriendo a toda velocidad, haciendo señas a los qom jha para que se alejaran mientras su bláster barría sus anillos azules de fuego aturdidor sobre los chiss caídos. Para cuando Luke llegó a su lado, el último de los pistoleros se agitó y dejó de moverse.

—Eso fue divertido —dijo Mara entre dientes apretados, arrojando una rápida mirada en ambas direcciones por el corredor mientras movía de nuevo el selector de su bláster—. Espero que no tengan preparadas muchas más de estas pequeñas trampas.

—No creo que nos falte mucho —dijo Luke, mirando a Erredós. El pequeño droide ya estaba rodando por el corredor cruzado hacia su izquierda, dirigiéndose hacia una gran puerta de aspecto pesado que bloqueaba el final del pasaje a unos quince metros. Una puerta, notó, equipada con la misma rueda de cierre y sistema de manijas de desenganche que aquéllas en la escalera oculta que habían dejado muy atrás—. Partidor De Piedras, reúne a tu gente y síguenos.

Corrió hacia adelante, apagando su sable de luz y sujetándolo en su cinturón, alcanzando a Erredós cuando el droide se detuvo delante de la puerta. Girando la rueda, Luke apretó las manijas y tiró. La puerta se abrió ponderosamente, dejando entrar una corriente de aire fresco…

Cielos de sangre roja, murmuró asombrado Cumplidor De Promesas. *¿Qué lugar es este?*

—Nuestro camino afuera —le dijo Luke, sintiendo un toque de la misma sorpresa cuando miró la vista delante de ellos. Por todo a lo largo del suelo de piedra negra, estacionadas juntas como tropas en un desfile, había múltiples filas de pequeñas naves estelares como el par que lo habían atacado en camino a la superficie planetaria.

A su lado, Mara silbó suavemente.

—El hangar no parecía tan grande desde afuera —dijo.

—Debe estirarse para atrás más lejos que lo que su techo indicaba —convino Luke, preguntándose cómo se podía hacer el mantenimiento de un grupo tan estrechamente apretado de naves. Una mirada hacia arriba le dio su respuesta: toda el área debajo del techo alto estaba abarrotada de equipo de servicio, monitoreo, y alimentación de combustible, todo colgado de armazones de metal y una red de pasarelas—. Debe haber cien de ellas aquí.

—Por lo menos —convino Mara… y cuando habló, Luke pudo sentir esa oscuridad secreta ahondarse dentro de ella. Ya era hora de que le preguntase acerca de ello…

Hubo un súbito parpadeo de sensación desde detrás de él.

—¡Cuidado! —exclamó Mara, girándose y disparando un par de tiros rápidos pasando su hombro a través de la puerta abierta.

Luke también se volvió, asiendo su sable de luz y encendiéndolo. Un manojo de chiss estaba en la intersección de la que acababan de salir, apartándose por reflejo del camino de los tiros de Mara.

—Sigue disparando —le dijo Luke, dando una rápida mirada a la puerta. No había ninguna rueda de cierre del lado del hangar, pero había un agujero pequeño adonde aparentemente se había quitado una. Experimentalmente, giró la rueda unos grados; a través del agujero podía verse el eje central del mecanismo de cerradura girando.

Perfecto. Giró la rueda de nuevo a la posición completamente abierta y con una rápida cuchillada de su sable de luz la cortó de la puerta. Agachándose por debajo de los tiros de cubierta de Mara, empujó la puerta hasta cerrarla.

Pero todavía está destrabada, objetó Volador Entre Las Púas. *Pueden usar los agarra-rocas para a abrirla de nuevo.*

—No por mucho tiempo —le aseguró Luke. Agachándose, miró fijamente a través del agujero al eje central y se estiró a la Fuerza. Sin la palanca de la rueda era mucho más difícil de girar, pero la idea de chiss armados descendiendo al hangar era más que suficiente incentivo. Diez segundos más tarde, la puerta estuvo firmemente cerrada.

—Eso no los detendrá por mucho tiempo —advirtió Mara—. Si no tienen otra forma, pueden pasar caminando por encima del techo y entrar por el otro lado.

—Ya lo sé —dijo Luke, levantando el cuello para asomarse más allá de las naves estacionadas. Ella tenía razón: como habían adivinado en su primera mirada del lugar, todo el frente del hangar estaba abierto, con sólo una ligera proyección para protegerlo de la lluvia o ataques. Los diseñadores de la fortaleza, decidió, no debieron haber planeado que su hangar estuviera tan abarrotado—. Pero debería retrasarlos el tiempo suficiente para que tomemos una nave y salgamos de aquí.

—Entonces de lo único que tendremos que preocuparnos es de cualquier cosa que tengan en esas torres —dijo ásperamente Mara, apartándolo y metiéndose entre dos de las naves—. Tendremos que encargarnos de algunas del frente —volvió a decir por encima de su hombro—. Intentaré hacer arrancar a una. Tú asegúrate de que esa puerta esté asegurada, entonces encuentra una forma de impedir que el resto de esa fila del frente despegue detrás de nosotros.

—Lo tengo —dijo Luke—. Erredós, toma a Niño De Los Vientos y sigue a Mara… échale una mano para entender los sistemas de vuelo. Partidor De Piedras, será mejor que tú y tu gente salgan mientras puedan. Gracias por su ayuda.

Nuestra parte está pagada, Maestro Caminante Del Cielo, dijo el qom jha, su tono sólo ligeramente ominoso. *Ahora tu parte será librarnos de los Amenazadores como lo prometiste.*

Con eso, él y los demás se alejaron batiendo las alas por encima de las naves estacionadas.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo —murmuró Luke.

Revisó la puerta por segunda vez, entonces se tomó otro momento para estirar sus pensamientos de vuelta al corredor. Estaba vacío. Aparentemente, los chiss sabían que no era buena idea perder el tiempo con la piedra impenetrable.

Particularmente con semejante alternativa obvia disponible. Treinta segundos más tarde, siguiendo el sonido de las ruedas de Erredós sobre la piedra negra, alcanzó el frente del hangar.

Erredós y Niño De Los Vientos estaban allí, éste último de nuevo esforzándose por mantener el equilibrio encima del droide mientras el domo giraba de un lado para el otro. Luke miró a lo largo de la línea delantera de naves, notando un hueco en la prolija formación adonde aparentemente faltaba una.

Mara, sin embargo, no estaba en ninguna parte a la vista.

—¿Erredós, dónde está Mara?

El droide trinó una negativa, todavía mirando a su alrededor. Luke miró afuera a la tenue luz del sol y se estiró con la Fuerza…

—¿A qué estás esperando? —demandó Mara cuando vino corriendo desde atrás—. Necesitamos deshabilitar estas naves.

—Te estábamos esperando a ti —le dijo Luke, frunciendo el ceño. El secreto oscuro todavía acechaba en su mente; pero ahora había algo nuevo en la textura. Todo indicio de incertidumbre o duda había desaparecido, reemplazado por una pesada nube de profunda y amarga tristeza. Algo de vital importancia acababa de pasar…

—Bueno, no lo hagan —gruñó ella, palmoteando un panel de descarga en el costado de la nave más cercana. Sobre ellos, una escotilla se abrió y una escalera de mano se desplegó hasta el suelo.

—Parece que falta una de las naves —señaló Luke.

—Ya lo sé… Parck mencionó que estaba regresando —dijo Mara, trepando por la escalera de mano—. No hay nada que podamos hacer sobre esa. Sigue adelante, ponte a trabajar.

Desapareció adentro.

—Correcto —murmuró Luke, extendiendo la Fuerza para levantar a Erredós arriba y a la compuerta detrás de ella. Entonces, caminando a la siguiente nave en la línea, la examinó de una rápida mirada. El caza tenía tres veces el tamaño de un Ala-X, con un juego de cuatro paneles solares de caza-TIE que se fundían con un perturbador flujo de líneas alienígenas.

Y presumiblemente con un juego de repulsores en la parte inferior…

Se agachó bajo la proa. Allí estaban, un par corriendo longitudinalmente a lo largo de cada lado de la línea central: el sutil pero distintivo patrón de diamantes de los elevadores por repulsión. Cuatro rápidas cuchilladas con su sable de luz, y ya no eran funcionales. Esquivando el tren de aterrizaje, siguió a la nave siguiente.

Había deshabilitado a siete de ellas, con otras siete por delante, cuando captó el cambio en la textura emocional de Mara. Lentamente, con los movimientos ligeramente

torpes que venían de un piloto poco familiarizado con su nave, la nave se alzó medio metro del suelo y se deslizó hacia adelante. Su comunicador pitó…

—Tenemos compañía —anunció estrechamente la voz de Mara; y cuando Luke se concentró pudo sentir ambas cautelosas mentes chiss y áreas en blanco creadas por ysalamiri que se aproximaban por el techo—. Apresúrate… Intentaré mantenerlos ocupados.

Y lo hizo. El interior del hangar estaba iluminado con luz irregular reflejada del tiroteo cuando Luke terminó de deshabilitar el último de los cazas: los suaves destellos azules de las armas de mano chiss, un azul más pronunciado y brillante de la nave de Mara. Listo, pensó hacia ella, corriendo a toda velocidad junto a la línea de naves deshabilitadas hacia el final de la abertura del hangar de donde parecía venir la mayoría de los destellos más brillantes. Lo alcanzó, deslizó un ojo cuidadoso girando la esquina…

Prepárate, el reconocimiento de Mara fluyó a su mente; y con un estallido como una tormenta de arena de la descarga del propulsor, la nave se dejó caer más allá de la proyección y rebotó en un áspero aterrizaje delante de él.

Luke estaba listo. Aun mientras la nave rebotaba de nuevo, estaba corriendo a toda velocidad alrededor de su cola hacia su lado lejano. La escotilla que Mara había usado antes estaba abierta; infundiendo vigor de Jedi a los músculos de su pierna, Luke saltó hacia arriba, agarrando la puerta y tirándose adentro para aterrizar desparramado de manera poco digna en la cubierta.

—¡Arranca! —gritó, estirándose con la Fuerza para tirar de la compuerta y cerrarla.

Mara no necesitaba estímulo. La nave ya estaba saltando hacia el cielo, el rugido de los repulsores no llegaba a ahogar el repiqueteo de los tiros de los chiss golpeando la parte inferior y trasera.

¿Estamos a salvo?, preguntó ansiosamente Niño De Los Vientos. Estaba apretado en el asiento de más a popa, con las garras cerradas sobre las correas de seguridad.

—Eso creo —lo tranquilizó Luke, escuchando como se desvanecía el repiqueteo del metal afectado por el calor mientras Mara ganaba altitud—. Parece que todo lo que tienen son armas antipersonales allí abajo. A menos que puedan poner en línea rápido su equipo más pesado…

—Luke, ven aquí —volvió a llamar la tensa voz de Mara desde la cubierta de vuelo.

Luke se puso de pie torpemente, su mente buscó a Mara. El pensamiento oscuro todavía estaba allí, acechando en el fondo de su mente. Pero ahora había sido substituido por algo más, una maraña y una mezcla que no podía descifrar. Esquivó a Erredós, que borbotaba pensativamente en un nicho para droides, y se dejó caer en el asiento del copiloto al lado de Mara.

—¿Qué sucede? —exclamó.

—Mira la fortaleza —le dijo Mara, haciendo que la nave girara lentamente.

—¿Qué, las torres de armas? —preguntó Luke, estirándose con la Fuerza mientras miraba hacia abajo a la estructura que entraba lentamente a la vista de la carlinga. No

podía ver o sentir ningún indicio de que estuvieran preparándose para disparar. Miró al tablero de Mara, buscando las pantallas de sensores…

—Olvídate de la logística y estrategia por un minuto —dijo lacónicamente Mara—. Mira la fortaleza. Sólo mírala.

Luke sintió que su frente se arrugaba cuando miró de nuevo abajo a través de la carlinga. Era una fortaleza. Murallas; un techo plano, redondeado, e inclinado con un hangar en el medio; cuatro torres de armas que seguían la curva del techo por detrás, una torre intacta más abajo por delante…

—Mírala —dijo de nuevo Mara, muy suavemente.

Y con una súbita sorpresa, la vio.

—Estrellas de Alderaan —jadeó.

—¿Casi es cómico, no? —dijo Mara, su voz sonaba extraña—. Automáticamente desechamos toda la idea de que pudiera ser algún tipo de superarma. Thrawn nunca usó superarmas, dijimos todos.

—Y sin embargo, eso es exactamente lo que es. El único tipo de superarma que alguien como Thrawn usó alguna vez. El único tipo que necesitó.

Luke pensó acerca de ese holo de la galaxia en el centro de comando, y todos los planetas y recursos que Thrawn había reunido bajo su control. Suficientes para inclinar el balance de poder en cualquier dirección que sus herederos escogieran.

—Información —dijo, con un escalofrío atravesándolo.

Mara asintió.

—Información.

Luke asintió en respuesta, mirando fijamente a la fortaleza que ahora se escondía entre las colinas circundantes mientras Mara alejaba de nuevo la nave. La fortaleza de techo plano con sus cuatro torres atrás y una adelante estirándose hacia arriba al cielo. Viéndose para todo el mundo como cuatro dedos y un pulgar estirándose para arrancar las estrellas del cielo.

La Mano de Thrawn.

• • •

A casi un kilómetro de la fortaleza, escondida de vista por una cordillera escarpada, había una profunda cresta en la cara del acantilado. Mara maniobró la nave cuidadosamente por debajo de la proyección y la deslizó tan atrás como pudo contra la pared.

—Eso es —dijo, apagando los repulsores y sintiéndose a sí misma derrumbarse por la fatiga y el alivio a la tensión. Por el momento, por lo menos, estaban a salvo.

Por el momento.

Desde el asiento a popa, Niño De Los Vientos dijo algo. Casi inteligiblemente esta vez, pero Mara estaba demasiado cansada para ni siquiera intentar descifrarlo.

—¿Qué dijo? —preguntó.

—Preguntó qué vamos a hacer ahora —tradujo Luke—. Esa realmente es una buena pregunta.

—Bueno, ahora mismo, simplemente vamos a esperar aquí —dijo Mara, pasando un ojo crítico por la ropa de Luke. Había una media docena de nuevas marcas de quemaduras adonde los tiros de charric de los chiss habían atravesado sus defensas, y pudo sentirlo suprimiendo automática y casi inconscientemente el dolor—. Me parece que te vendrían bien unas horas en un trance curativo.

—Eso puede esperar —dijo Luke, mirando fijamente al paisaje a través de la carlinga más allá de la proyección, desvaneciéndose en la creciente oscuridad de la tarde—. Mi daño a sus repulsores no los detendrá por mucho tiempo. Tenemos que volver antes de que puedan montar una búsqueda aérea por nosotros.

—En realidad, no creo que se molesten —dijo Mara, ondeando una mano a su tablero de control—. En primer lugar, los sensores en estas cosas parecen ser bastante inútiles para búsquedas detalladas del suelo. Mi suposición es que enviarán tropas a las áreas adonde piensan que escondimos nuestras naves y lo dejarán en eso.

—¿No crees que les preocupa que podamos volver a entrar?

—¿Y hacer qué?

Luke frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Mara respiró profundo.

—Quiero decir que no estoy segura de que ni siquiera debamos intentar interferir con lo que están haciendo.

Niño De Los Vientos hizo un ruido como un comentario ahogado. Luke lo miró, entonces se volvió de nuevo hacia Mara.

—Pero son enemigos de la Nueva República —dijo—. ¿No?

Mara agitó la cabeza.

—No lo sé. Sólo porque usan uniformes imperiales…

Suspiró.

—Mira. El Barón Fel estaba allí. El mismo Barón Fel que le volvió la espalda al Imperio hace años cuando finalmente reconoció qué tan corruptas y viciosas se habían vuelto las cosas bajo Isard y algunos de los otros sucesores de Palpatine.

—Sin embargo aquí está, vistiendo de nuevo un uniforme imperial. Alterarle la mente es inútil contra un hombre como él: estropearía el fino filo de combate que lo hace útil para ti en primer lugar. Algo debe haber pasado para hacerlo legítimamente cambiar de opinión.

—¿Thrawn?

—En cierto modo —dijo Mara—. Fel dijo que Thrawn lo llevó a las Regiones Desconocidas y le mostró el lugar… y que fue entonces cuando estuvo de acuerdo en volver a unirse.

Ella podía sentir que las emociones de Luke se oscurecían.

—Hay algo allí afuera, ¿no? —dijo en voz baja—. Algo terrible.

—Según los chiss, hay cien algos terribles allí afuera —dijo Mara—. Por supuesto, eso es sólo lo que dicen los chiss. Las posibilidades son que muchos de esos peligros serían bastante inofensivos para algo del tamaño y recursos de la Nueva República. Amenazas que podríamos aplastar sin ningún problema si alguna vez se aventuraran de este lado del Margen Exterior.

Ella se encogió de hombros incómoda.

—Por otro lado…

—Por otro lado, Fel *conoce nuestros recursos* tan bien como nosotros mismos —Luke terminó por ella—. Y sin embargo está aquí.

Mara asintió.

—Ambos él y Parck están aquí. Y ninguno parece tener ningún interés en desperdiciar sus recursos en acciones contra la Nueva República. Eso por sí mismo dice mucho.

Por un largo minuto la nave estuvo en silencio. Entonces Luke se revolvió.

—Desafortunadamente, todavía hay un punto más que tenemos que considerar —dijo—. Bastión y el Imperio. ¿Dijiste que Parck iba a abrir contacto con ellos?

—Sí —confirmó Mara, el dolor silencioso dentro de ella se ahondó—. Y no confío en que el liderazgo imperial actual vea las cosas con la misma perspectiva a largo plazo que Fel. Si les das la Mano de Thrawn, se moverán contra Coruscant.

Luke miró de nuevo afuera de la carlinga.

—No podemos dejar que eso suceda —dijo en voz baja—. No con la Nueva República en el estado en que está.

—Especialmente no si esos recursos son necesarios para batallar alguna otra amenaza —convino Mara, desabrochando sus correas—. Lo que desafortunadamente significa que tenemos que volver allí y conseguir copias de esos datos para nosotros. Por lo menos entonces tendremos una oportunidad de bloquear lo que sea que Bastión haga para atraerlos al lado imperial.

Ella pudo sentir que Luke forzaba el cansancio fuera de su mente.

—Tienes razón —dijo cuando empezó a desabrocharse sus propias correas—. Si podemos llevar a Erredós hasta un enchufe de computadora para que pueda bajar una copia de todo…

—Espera, espera —dijo Mara, extendiéndose y poniendo una mano para detenerle el brazo—. No quise decir en este mismo minuto. No vamos a ninguna parte hasta que te hayas sanado esas quemaduras.

—No son nada —protestó Luke, bajando la vista a las marcas chamuscadas—. Puedo soportarlas.

—Oh, que discurso tan valiente —dijo Mara, la fatiga y su dolor privado agregaron una nota imprevista de desdén a su voz—. Déjame decirlo de otra forma: Yo no voy a ninguna parte contigo hasta que te sanes. Apenas fuiste escasamente capaz de mantenerte

adelante de ese último ataque; No quiero que nada de tu atención se desperdicie en viejas lesiones de las que podrías haberte librado con unas horas de descanso. ¿Entiendes?

Él le dio una mirada intensa. Pero detrás de la mirada, ella podía sentir una sensación de animoso acuerdo.

—Está bien, tú ganas —dijo con un suspiro, volviendo a su asiento—. Pero despiértame inmediatamente si pasa algo. Prepararé la frase «bienvenido de regreso» para despertarme del trance.

Mara asintió.

—Lo tengo.

—Y aun si no pasa nada, despiértame en dos horas —agregó, cerrando los ojos—. No les tomará más de unas horas apartar suficientes de las naves dañadas para liberar a las de atrás. Necesitaremos volver allí antes que entonces si vamos a impedir que Parck entregue todo esto a Bastión.

Sin esperar una respuesta, respiró profundo otra vez y se reclinó atrás contra el apoyacabezas. Sus pensamientos y emociones se limpiaron y se desvanecieron, y él se había ido.

—No te preocupes por Bastión —dijo suavemente Mara—. Yo me ocuparé de él.

Por un momento se quedó allí en el silencio, mirándolo a la cara dormida, con una maraña de emociones que se retorcían a través de la oscuridad de su agonía privada. Ahora ya hacía diez años que se conocían, años que podrían haber estado llenos de compañerismo y amistad. Años que Luke había efectivamente desperdiciado con sus propios solitarios y arrogantemente estúpidos vagabundeos a través de dolor y duda completamente innecesaria.

Pasó suavemente la yema de un dedo por su frente, apartando unos mechones sueltos. Y sin embargo, después de todo, aquí estaban juntos de nuevo, y el hombre que una vez había respetado tanto y por el que se había preocupado tanto había regresado a su camino apropiado.

O quizás eran los dos los que estaban en su camino apropiado.

Quizás.

Detrás de ella vino un tentativo trino de preguntas.

—Es sólo un trance curativo —Mara le aseguró al droide, apartando la última de sus correas y saliendo de su asiento—. Estará bien. Tú vigila las cosas aquí adentro, ¿de acuerdo? —El droide gorjeó de nuevo, su tono repentinamente sospechoso—. Yo voy afuera —le contó Mara, asegurándose de que su bláster de manga y su sable de luz estuvieran asegurados—. No te preocupes, regresaré.

Se deslizó delante de él, ignorando su súbita agitación de comentarios y preguntas y abrió la compuerta. Niño De Los Vientos la pasó mientras la escalera de mano se desplegaba, chirriando rápidamente por unos segundos y entonces alejándose batiendo las alas en la oscuridad que se hacía cada vez más profunda.

Una oscuridad que hacía lo mismo que el profundo dolor dentro de ella.

Por un momento miró atrás a la parte de arriba de la cabeza de Luke, visible por encima del apoyacabezas de la silla, preguntándose si él había adivinado su plan. Pero no. Ella lo había mantenido cuidadosamente en secreto dentro de sí misma, detrás de las barreras mentales que Palpatine le había enseñado cómo crear hace tanto tiempo.

El viejo Luke, el obsesionado con resolver cada problema por sí mismo, podría haberse abierto camino por la fuerza a través de esas barreras para demandar la verdad. El nuevo Luke, sabía ella, *nunca* haría algo semejante.

Más tarde, probablemente, se arrepentiría de no haberlo hecho. Pero para entonces sería *demasiado tarde*. El simple hecho era que había que impedir que Parck y los chiss le dieran los secretos de este lugar al Imperio.

Y dependía de ella detenerlos.

De cualquier forma que pudiera. A cualquier precio.

El droide se había quedado sin palabras y estaba mirándola, su postura de algún modo le recordaba a la de un niño asustado.

—No te preocupes —lo tranquilizó en voz baja—. Todo estará bien. ¿Vigílalo, de acuerdo?

El droide dio un desolado gemido de acuerdo. Estirándose con la Fuerza, Mara se volvió y bajó por la escalera de mano.

De cualquier forma que pudiera. A cualquier precio.

CAPÍTULO 30

Incluso tan tarde por la noche el espaciopuerto de Drev'starn era una bulliciosa colmena de actividad, los peatones y vehículos proyectaban largas sombras bajo la brillante luz de las lámparas mientras pasaban apurados en sus propios asuntos. La misma brillante luz, pensó Navett mientras caminaba a zancadas, que haría del espaciopuerto un blanco ideal para las naves de guerra que orbitaban muy por encima.

Se preguntó si esa misma idea se le había ocurrido al resto de la muchedumbre apresurada. Quizás ésa era una de las razones por la que estaban apresurados.

Llegó a la zona designada y dio un suave silbido. Fue contestado inmediatamente desde una pila de arcones de transporte a su derecha. Dando la vuelta alrededor de la pila, se encontró a Klif esperando.

—Reporte —murmuró.

—Estamos listos —murmuró en respuesta Klif—. Ella entró hace una hora y apagó las cosas. Yo hice un corto en una de las lámparas para darnos un acercamiento.

Navett deslizó un ojo alrededor del borde de los arcones para dar una mirada cautelosa. El Pacificador Sydon de la vieja estaba achaparrado silenciosamente en su círculo de aterrizaje, sin nada más que las luces de estacionamiento encendidas. Una larga tira de sombra arrojada por otra pila de cajas llevaba casi hasta su escotilla cerrada.

—Se ve bien —dijo—. ¿Qué hay de los agentes de la Nueva Rep?

—Bueno, eh, ésa es una pregunta interesante —dijo Klif—. Hice una búsqueda rápida en la computadora del espaciopuerto; y según sus archivos, se han ido.

Navett frunció el ceño. *¿Se fueron? ¿Ahora?*

—¿Adónde?

—Ni idea —dijo Klif—. Pero hice una global de ambos su registro e ID de motor, y no hay ninguna indicación de que pudieran haber dado una vuelta y vuelto a aterrizar, ni aquí ni en ninguna otra parte de Bothawui.

—Muy interesante —murmuró Navett, acariciándose la barbilla mientras miraba fijamente al Pacificador—. O los engañamos completamente, o si no de repente tuvieron algo más urgente que hacer. ¿El Escuadrón Pícaro está a las órdenes de Bel Iblis en estos días, no?

Klif asintió.

—¿Crees que Bel Iblis planea algo?

—Ese saco caminante de molestia siempre planea algo —gruñó Navett—. Sin embargo, no es problema nuestro. Le enviaremos el mensaje a Bastión y dejaremos que ellos lo deduzcan. Por ahora —…sacó su bláster de su vaina oculta…— tenemos nuestro propio saco de molestia con el que tratar. Vamos.

Se deslizaron hasta la sombra que los ocultaba y se dirigieron hacia el Pacificador, con los ojos y oídos alerta ante cualquier señal de problemas. No apareció ninguno antes

de que alcanzaran la nave, agachándose en posturas de combate a lados opuestos de la escotilla.

—Ábrela —murmuró Navett, sosteniendo el bláster listo mientras intentaba mirar a todas partes a la vez. Sería plausible que Antilles pudiera haber mandado a otros agentes de la Nueva Rep a su salida…

Se oyó el clic ahogado del fuerzacerraduras de Klif seguido por un suave siseo, y la parte de arriba de la escotilla giró fácilmente hacia el suelo de permacreto, su superficie interior formaba una rampa. Dando un examen final al área, Navett se alzó de su posición y subió rápidamente a la nave por la rampa.

Adentro había oscuridad, con sólo tenues luces de caminar marcando los corredores. Podía oír la suave respiración de Klif detrás de él cuando se deslizó hacia la sección de camarotes. Todavía no había ninguna señal de vida; la vieja ya debía estar dormida. Se deslizó a la primera puerta en la línea, la abrió cuidadosamente…

Y abruptamente, todo a su alrededor, unas luces fuertes se encendieron.

Navett se agachó al instante, maldiciendo por lo bajo mientras parpadeaba contra la súbita claridad intensa. Hubo un golpe sordo contra sus hombros cuando Klif se dejó caer en una imagen en el espejo de su postura agachada a su espalda.

—Aquí no hay nadie —siseó Klif desde atrás de él.

—Aquí tampoco —dijo Navett, frunciendo el ceño mientras sus ojos terminaban de ajustarse a la luz y comprendiendo que lo que había parecido tan brillante cuando se encendió eran aparentemente sólo las luces normales de abordo.

Ningún pistolero, ningún arma automática, ni siquiera ninguna llamarada-destello cegadora de luces defensivas. ¿Qué estaba pasando?

—Buenas noches, caballeros —dijo una voz en el tenso silencio.

La voz de la vieja.

—¿Klif? —siseó Navett, mirando de nuevo a su alrededor. Todavía no había nadie visible en su dirección—. ¿Hay alguien?

—No, no estoy aquí —le aseguró limpiamente la voz—. Soy una grabación. No lastimarían a una pequeña e inocente grabación, ¿no? —Jadeó ella—. Por supuesto, considerando quiénes son ustedes, quizá lo harían.

—Allí —dijo Klif, señalando. Medio escondido detrás de un conducto de cables había un pequeño datapad con una vara de grabación sobresaliendo.

—Deben pensar que son tan buenos —continuó la mujer—. Caminando con ese paso arrogante a plena vista, engañando a los bothans ineptos, *eh, eso es bastante astuto*, y en general poniendo anillos alrededor de todos los demás y todo eso.

Navett caminó hasta el datapad. Estaba encajado en el espacio entre el conducto y la pared como si hubiera sido dejado allí apresuradamente.

Por otro lado, había sido programado para encenderse con las luces…

—Bueno, lamento reventarles su burbuja tan bruscamente —dijo—. Pero no son tan listos como creen. Ni cerca de tan listos como creen.

Navett atrapó la mirada de Klif y señaló con la cabeza hacia los dormitorios. Klif asintió en respuesta y se deslizó por el corredor hacia el más lejano. Poniendo su espalda contra una pared, Navett apuntó su bláster a lo largo del corredor que llevaba a la cubierta de vuelo. Esto todavía podía no ser nada más que una distracción.

—Verán, hablé con un par de amigos esta tarde —continuó la grabación—. Me contaron que cada vez que intentan agarrar esta gran organización de Venganza, que hace tanto ruido, como que se evapora en nada. Algo así como la burbuja que acabo de mencionar… nada más que aire caliente. Aire caliente soplado por… ¿me atrevo a decirlo?… un manojo de agentes imperiales.

Hubo un parpadeo de movimiento por el rabillo del ojo de Navett. Volteó la cabeza para ver a Klif emergiendo del área de dormitorio y agitar la cabeza. Señaló con la cabeza en dirección a la bodega y alzó las cejas interrogativamente.

—Así que supongo que eso significa que es sólo entre ustedes y yo —dijo la vieja—. Mis amigos de la Nueva Rep se han ido, lo que probablemente ya saben, y la vasta organización que han estado simulando ser no existe. Así que. Ustedes y yo. Va a ser divertido.

Klif estaba mirando fijamente a Navett, con un ceño descarriado en la cara.

—¿De qué llamas está hablando? —siseó—. ¿Está desafiándonos?

Navett se encogió de hombros.

—Oh, y sírvanse algo de la galera si quieren —agregó—. Especialmente el que haya sido que estuvo atascado allí afuera mirando mi nave hoy. Las esperas encubiertas pueden dar tanta sed. Sólo vuelvan a poner todo en el refrigerador cuándo hayan terminado, ¿de acuerdo? Bien, los veré más tarde. Lo que por supuesto no significa que ustedes me verán a mí.

Hubo un suave clic, y la grabación se detuvo.

—Esta mujer está chiflada —declaró Klif, echando una mirada alrededor—. ¿Tiene alguna idea en absoluto de con quién está tratando?

—No lo sé —dijo Navett, mirando pensativamente el datapad—. Implicó que sabe que somos imperiales; pero nunca dijo ni una vez cuáles son nuestras coberturas aquí. O ni siquiera si sabe que ya habló con nosotros.

Klif gruñó.

—Entonces está pescando.

—Está pescando —asintió Navett—. Más al punto, está pescando sola. Si tuviera alguna prueba o apoyo oficial, habría tenido más que sólo trucos de luces y una grabación esperándonos aquí. Parece que ahora su plan es simplemente sacarnos.

—¿Entonces qué hacemos? —demandó Klif—. ¿Seguir tras ella?

Navett se frotó la barbilla.

—No, creo que nos retiraremos —dijo lentamente—. Si empieza a acercarse demasiado de nuevo, podemos reconsiderarlo. Sin Antilles y su compañero, no va a ser tan efectiva.

Miró por el corredor hacia la cubierta de vuelo.

—A menos que todavía esté aquí en alguna parte intentando vernos —enmendó, sopesando su bláster—. En cuyo caso, será vaporizada automáticamente.

—Ahora estás hablando —gruñó Klif.

—Sólo ten cuidado —advirtió Navett—. Podría haber preparado alguna trampa caza bobos.

• • •

Estuvieron allí otra hora, pasando cada parte de la nave a través de una malla fina antes de que finalmente se rindieran y se fueran. Sólo tres o cuatro veces después de que la grabación se apagó se acercaron lo suficiente al comunicador escondido en el datapad para que Moranda pudiera escuchar algo de lo que estaban diciendo.

En la mayoría de esos breves recortes, sonaban bastante irritados.

Mirando a través de su agujero de espía adentro del arcón vacío que había preparado encima de una pila de otros similares a unos cincuenta metros de su nave, vio a los dos de ellos escaparse de nuevo al bullicio de actividad. Así que había tenido razón, ella, Corran y Wedge. Los imperiales estaban aquí, y estaban planeando algo sucio.

Y estaban lo suficientemente sacudidos para estar dispuestos a arriesgarse a un asesinato justo en el medio del espaciopuerto. Eso era muy interesante.

Y a menos que su oído le hubiera fallado totalmente, esa conversación descuidada y muy poco profesional al lado de su datapad arreglado le había dado sus identidades: los diligentes pero estúpidos propietarios del Emporio de Mascotas Exoticalia.

Por supuesto, saberlo era una cosa. Demostrar era algo completamente diferente. Y posiblemente por primera vez en su vida, el vasto vacío legal iba a trabajar en su contra.

Los imperiales ahora se habían unido a los peatones en las pasarelas mayores, con posturas y pasos largos a mitad de camino entre casuales y decididos. Inteligencia imperial, probablemente, o incluso alguna de la gente de la división de trucos clandestinos del Ubictorado. De cualquier modo, definitivamente expertos que sabían lo que estaban haciendo.

Desafortunadamente, el representante de la Nueva República en Drev'starn no estaría interesado en nada de esto sin pruebas. Tampoco los bothans.

De hecho, ahora que lo pensaba, probablemente todavía había un par de pedidos de búsqueda en su contra en Bothawui. Lo que definitivamente dejaba fuera a los bothans.

Ahora los imperiales se habían ido, desvanecidos hacia la entrada oeste y probablemente saliendo del espaciopuerto. Sin embargo, como Moranda había aprendido hace tiempo, «probablemente» nunca ganaba el pozo del sabacc o sacaba a pasear a las mascotas. Sus nuevos compañeros de juegos podrían haber estado lo suficientemente irritados por sus acciones ocultas contra ellos para haber dejado atrás a un situador.

Abriendo su petaca de bolsillo, tomó un sorbo del fuerte licor azul y consultó su crono. Otras dos horas, quizá tres, y debería ser seguro moverse.

Tomando otro sorbo, volvió a cerrar la botella y se sentó cómodamente contra una de las esquinas del arcón. Había pasado mucho tiempo desde que había tratado con un oponente de este calibre, y ya que estaba atascada aquí de todos modos, bien podría empezar a planear su próximo movimiento.

• • •

—Es tan bueno volver a oír tu voz, Han —vino la voz de Leia por el altavoz del *Dama Suerte*, y no había forma de no notar el alivio en su tono—. He estado tan preocupada por ti.

—Eh, cariño, no fue para tanto —le aseguró Han, sólo adulterando un poco la verdad. Ya habría tiempo suficiente para contarle toda la historia de su pequeño viaje a Bastión cuando pudiera tomarle la mano mientras lo hacía.

Y además, lo último que quería decir en una llamada por la HoloRed, incluso una encriptada, era el hecho de que el Gran Almirante Thrawn de hecho todavía estaba vivo.

—La cuestión es que entramos y salimos bien y estamos volviendo a casa —continuó.

—Me alegra que estés a salvo —dijo ella, con una cauta esperanza filtrándose en la voz—. ¿Eso significa? Quiero decir…

—Lo conseguimos —le contó Han—. Por lo menos, creo que lo conseguimos.

Hubo una pausa corta.

—¿Qué significa eso?

—Significa que conseguimos lo que fuimos a buscar —dijo Han—. Y todo se ve bien para mí. Pero… bueno, hubo un par de complicaciones. Dejémoslo en eso por ahora, ¿está bien?

—Está bien —dijo ella renuentemente. Claramente no estaba feliz acerca de dejarlo ir así, pero era tan consciente como él de las limitaciones de seguridad de la HoloRed—. Pero no vayas a Coruscant. Estoy camino a Bothawui.

—¿Bothawui?

—Sí —dijo ella—. Estaba dirigiéndome hacia Coruscant cuando averigüé que el Presidente Gavrisom estaba allí intentando mediar con toda esta cosa de flotas de guerra.

—Ah —dijo Han, frunciéndole el ceño al altavoz. Considerando que la había dejado hace diez días en Pakrik Menor, ya debería haber estado en Coruscant, no sólo en camino allí. ¿Había pasado algo con esa reunión con Bel Iblis?— Tu visitante se retrasó o algo? —preguntó oblicuamente.

—El visitante llegó puntualmente —dijo—. Sólo que no era exactamente a quien estaba esperando. Y entonces terminé tomando un pequeño viaje incidental.

Han sintió que sus manos se cerraban en puños.

—¿Qué tipo de viaje incidental? —demandó. Si alguien había intentado lastimarla de nuevo—… ¿Estás bien?

—No, no, estoy bien —se apresuró a asegurarle—. Las cosas sólo fueron diferentes de lo que esperaba, eso es todo. Todo está relacionado con por qué tengo que hablar con Gavrisom inmediatamente.

Seguridad de la HoloRed.

—Sí, está bien, nos dirigiremos hacia Bothawui —dijo Han—. Será otro par de días antes de que podamos llegar allí.

—Está bien —dijo ella—. Yo no llegaré allí hasta mañana.

Han hizo una mueca. Habría sido mejor si él pudiera llegar allí antes que ella. Por todo lo que estaba oyendo, el cielo encima de Bothawui era un punto de ignición a punto de estallar.

—Bueno, ten cuidado, Leia, ¿está bien?

—Lo tendré —le prometió—. Me alegra mucho que estés bien. Llamaré a Gavrisom en seguida y le daré las buenas nuevas acerca de tu misión.

—Y dile que no voy a dárselo a menos que te prometa algún tiempo de verdaderas vacaciones cuando esto haya terminado —advirtió Han.

—Absolutamente —convino ella.

—Está bien. Te amo, Leia.

Casi pudo oír su sonrisa.

—Lo sé —dijo ella en su broma privada—. Te veré pronto.

Con un suspiro, Han apagó el comunicador. Otros dos días hasta Bothawui, con Leia llegando allí un día antes que ellos. Quizá Lando pudiera sacarle un poco más de velocidad a este trasto. Dio vuelta su silla…

—¿Y cómo está Leia? —dijo Lando desde la puerta del puente.

—Ella está bien —le aseguró Han, estudiando la cara de su amigo. Había algo muy desagradable acechando allí detrás de sus ojos—. Aunque parece que tuvo más que sólo un viaje directo a casa desde Pakrik Menor, y tenemos que cambiar el curso a Bothawui para encontrarnos con ella. ¿Qué sucede?

—Problemas —dijo oscuramente Lando, meneando la cabeza por encima de su hombro—. Ven para atrás un minuto.

Lobot y Moegid estaban esperando en el cuarto de control de popa cuando él y Lando llegaron, sentados a lados opuestos de la mesa de computadora. Lobot sólo se veía como Lobot, pero las antenas de Moegid se estaban sacudiendo de un modo que Han nunca había visto antes en un verpine.

Y yaciendo en la mesa entre ellos estaba la datacard que Thrawn les había dado.

—No me digas —advirtió mientras Lando recogía la datacard y la deslizaba en el lector de la computadora—. Dijiste que estaba limpia.

—Pensamos que lo estaba —dijo Lando, poniendo el Documento de Caamas en la pantalla de trazado grande—. Pero entonces a Moegid se le ocurrió algo más que intentar —Señaló la pantalla—. Resulta que ha sido alterada.

Un a cadena completa de maldiciones corellianas atravesó la mente de Han. Ninguna de ellas era adecuada para la situación.

—¿Alterada cómo? —preguntó, sólo para el registro.

—¿Tienes que preguntarlo? —gruñó Lando—. La lista de los bothans involucrados en el ataque ha sido cambiada. Lo único que necesitábamos absolutamente.

Han se acercó, mirando la pantalla.

—Estás seguro —preguntó. De nuevo, sólo para el registro.

—Moegid lo está —dijo Lando, bajando la vista al verpine—. Es un trabajo magistral, pero hay algunos trucos que los verpines han desarrollado a lo largo de los años —Señaló la pantalla—. ¿Recuerdas cómo nos sorprendió cuándo la examinamos por primera vez y vimos cuántas de las principales familias bothans estaban implicadas? Bueno, ahora sabemos por qué esos nombres estaban allí.

—Algo para revolver un poco más la olla —dijo Han con una mueca—. Y para hacer que el resto de la Nueva República confíe incluso menos de lo que lo hacen en el liderazgo bothan.

—Lo tienes, viejo amigo —Lando acercó una de las otras sillas y se sentó—. Lo que significa que estamos de nuevo en la casilla de partida.

Han se acercó una silla para él.

—Ni siquiera tenemos tanta suerte —dijo displicentemente—. Ya le conté a Leia que tenemos el documento.

—¿No crees que se guardará esa información para ella misma?

—Normalmente sí —dijo pesadamente Han—. Desafortunadamente… ya dijo que iba a darle las buenas noticias a Gavrisom.

—Y él no se lo guardará para sí mismo…

Han agitó la cabeza.

—Está en Bothawui, intentando impedir que comience una guerra. Y él no es del tipo de gente que deja de usar alguna herramienta que tiene a su disposición.

—Así que en otras palabras, vamos a presentarnos en Bothawui con todos esperando que seamos los héroes del día —Lando agitó la cabeza—. ¿Dónde está la emboscada imperial cuando la necesitas?

—En tu lugar no haría bromas al respecto —le advirtió Han—. Puedes apostar que Thrawn va a mantener al Imperio fuera de nuestras espaldas esta vez; pero hay mucha gente de nuestro lado que no querrá ver que los bothans tienen la oportunidad de sacarse la soga del cuello.

Lando hizo una mueca de dolor.

—No había pensado en eso. Pero ahora que lo mencionas… no.

—¿Qué?

—Sólo estaba pensando acerca de lo que Thrawn dijo sobre que la gente de Fey'lya robó esos blásteres de francotirador Xerrol —dijo lentamente—. Pero si estaba mintiendo acerca del Documento de Caamas…

—No necesariamente significa que también estuviera mintiendo al respecto —dijo Han—. Dicho sea de paso, ni siquiera tenemos una prueba de que Thrawn fue el que cambió esos nombres.

Lando resopló.

—¿No crees realmente en eso, o sí?

—Alguien va a plantearlo —señaló Han—. Puedo garantizar eso.

Lando murmuró algo por lo bajo.

—Esto sólo se vuelve más y más complicado. ¿Entonces qué hacemos?

Han se encogió de hombros.

—Vamos a ir a Bothawui como está planeado y simular que nada está mal. Quizá los bothans realmente sepan quién estuvo involucrado. Si lo hacen, quizá podamos coaccionarlos a que lo digan.

—¿Y si no lo saben, o no podemos?

Han se puso de pie.

—Tenemos dos días para pensar en algo más. Vamos, giremos este trasto hacia Bothawui.

• • •

—Eso es —dijo Tierce con grave satisfacción, ondeando una mano hacia la pantalla—. Han venido.

—No estoy convencido —gruñó Disra, mirando a la imagen mejorada por computadora en la pantalla—. Bien, así que quienquiera que sean parecen estar usando tecnología de cazas TIE. Eso no demuestra nada.

—Pasaron volando por Bastión —señaló Tierce—. Claramente examinándonos. Y nunca hemos visto nada así en ninguna otra parte…

—Eso ni siquiera demuestra que eran de las Regiones Desconocidas —resopló Disra—. Mucho menos que era Parck o la Mano de Thrawn o quienquiera que fuera.

—…y Bastión es adonde se reporta que Thrawn fue visto por última vez —terminó Tierce con una nota de finalidad en la voz—. Dude todo lo que quiera, Su Excelencia, pero puedo decirle ahora mismo que el plan ha funcionado. Los viejos aliados de Thrawn finalmente están olfateando la carnada.

—Espero que tenga razón —dijo Disra—. Con el encendido de Bothawui pospuesto, y con Pellaeon probablemente liberando a Vermel de la Estación Rimcee justo en este momento…

—Le dije que no se preocupara por eso —dijo Tierce con un poco de aspereza—. No hay ninguna forma en que pueda hacernos daño.

—¿Quién no puede hacernos daño? —Preguntó la voz de Flim desde lejos a la izquierda.

Disra se volvió para ver a Flim emergiendo de la puerta secreta. El timador había estado haciendo esto mucho últimamente, había notado él: acechando en silencio para escuchar detrás de las puertas a sus dos compañeros. Como si no confiara en ellos.

—El Almirante Pellaeon —le dijo Tierce—. Simplemente estábamos especulando que él y el Coronel Vermel probablemente van a venir en algún punto para demandar una explicación acerca de cómo los hemos estado maltratando.

—Y también estaban especulando acerca de esa nave alienígena que zumbó pasando Bastión hace un par de días… —demandó Flim—. ¿O iban a esperar hasta que la Mano de Thrawn golpee la puerta del palacio antes de mencionarla?

—Puedo asegurarte que lo primero que harán no será presentarse aquí personalmente —dijo Tierce—. Ésta es gente muy ladina, Almirante. Lo que, considerando la carta que están sosteniendo, tienen todo el derecho a serlo. No, su primer contacto será una transmisión cautelosa desde alguna parte en el espacio profundo desde adonde puedan hacer un escape rápido si deciden que es necesario.

—No veo cómo nos ayuda esto —dijo fríamente Flim—. De una forma u otra, todavía van a querer hablar con Thrawn.

—Por supuesto que lo harán —explicó pacientemente Tierce—. Pero al llamar desde afuera del planeta me permitirán tomar algún mensaje para usted y sacarles un poco de información útil por el camino. Confíe en mí, Almirante, he estado planeando este momento por mucho tiempo.

Flim hizo una mueca.

—Eso va a ser muy reconfortante si Parck se da cuenta de esto y bombardea Bastión hasta dejarlo en ruinas.

Tierce agitó la cabeza.

—Esta gente era extremadamente leal a Thrawn, Almirante —dijo—. No importa qué tan cautos y escépticos parezcan en la superficie, quieren que Thrawn haya sobrevivido Bilbringi. Eres un timador; seguramente entiendes el efecto que el pensamiento deseoso tiene en un blanco.

—Oh, eso es muy útil —refunfuñó Flim—. También significa que son dos veces más peligrosos cuando finalmente les quitas la alfombra de debajo de los pies. ¿Hablando de peligroso, sabe alguno de ustedes que el General Bel Iblis ha desaparecido?

Tierce y Disra intercambiaron miradas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Disra.

—Recibimos un mensaje del equipo de asalto en Bothawui hace un par de horas —dijo Flim, adelantándose y echando una datacard al escritorio—. Dijo que un par de pilotos del Escuadrón Pícaro que habían estado husmeando por allí de repente se retiraron y dejaron el sistema. Sugirió que eso podría significar que Bel Iblis planeaba algo.

—Puede ser —asintió Tierce, caminando hasta el escritorio y recogiendo la datacard—. Déjame verificarlo.

—Ya lo hice —dijo Flim, acercando una silla y sentándose—. La historia oficial es que Bel Iblis está en Kothlis reuniendo una fuerza de la Nueva República para proteger Bothawui. Pero si empiezas a revolver los datos, no puedes encontrar ninguna evidencia de que esté en ninguna parte cerca del espacio bothan.

—¿Cómo se enteró de todo esto? —interrumpió Disra.

Flim alzó las cejas en sorpresa cortés.

—Soy el Gran Almirante Thrawn, Su Excelencia —le recordó—. Llamé a Inteligencia y pregunté.

—¿Le dieron un reporte escrito? —le preguntó Tierce. Ahora tenía la datacard en su datapad y estaba revisándola.

—Está al final de ese registro —le dijo Flim—. En realidad, ayudaron bastante… me preguntaron si me gustaría que alguien hiciera una pasada por Kothlis y viera lo que podían encontrar.

—Una pérdida de tiempo —dijo Tierce, su voz empezaba a sonar un poco rara—. Si Kothlis es una historia de cobertura, Bel Iblis la habrá hecho demasiado sellada al vacío para que cualquier vuelo pueda ver qué pasa con claridad.

—Eso es exactamente lo que les dije —dijo Flim complaciente—. Se me está empezando a pegar una percepción genuina de tácticas, si puedo decirlo.

—No te adules a ti mismo —dijo ausentemente Tierce, mirando fijamente al datapad—. Y en el futuro, ten la amabilidad de no interactuar con nadie sin que el Moff Disra o yo estemos presentes. Ahora quédate callado y déjame pensar.

Disra miró la cara del Guardia, una sensación desagradable se arrastraba por él. Tierce parecía estar haciendo esto cada vez más últimamente, quedarse mirando fijamente al espacio como si estuviera en algún tipo de trance mientras pensaba. ¿Era que la presión y tensión estaban empezando a afectarlo? ¿O siempre había sido así y Disra simplemente no lo había notado?

Abruptamente, la cabeza de Tierce se levantó.

—¿Almirante, dijo que la mujer D'ulin había llamado para que una de las líderes Mistryl venga a charlar con nosotros?

—Sí —dijo Flim—. La última noticia que tengo, es que estaba en camino hacia aquí.

—Haga que D'ulin se ponga en contacto con ella y le diga que cambie de curso —lo instruyó Tierce—. Dígale que en cambio nos encontraremos con ella en Yaga Menor.

—¿Yaga Menor? —repitió Disra, frunciendo el ceño.

—Sí —dijo Tierce, esbozando una estrecha sonrisa—. Creo que podremos ser capaces de darle a las Mistryl una demostración en vivo del genio táctico de Thrawn. Y ayudar a convencer al Capitán Parck que Thrawn de hecho ha regresado; y dar un porrazo humillante a uno de los mejores y más brillantes de Coruscant en el proceso.

—Espere un minuto, espere un minuto —protestó Disra—. Me ha perdido.

—Creo que está intentando decirnos que Bel Iblis va a ser lo suficientemente demente para golpear Yaga Menor —dijo Flim, mirando fijamente con obvia incredulidad a Tierce.

El Guardia inclinó ligeramente la cabeza.

—Muy bien, Almirante. Sólo que no es demente: es su última oportunidad de evitar una guerra civil. ¿A quién mejor que Bel Iblis pueden enviar?

—Creo que Flim tenía razón la primera vez —dijo Disra—. Está hablando acerca del Documento de Caamas; pero ya tienen la copia que le dimos a Solo y Calrissian.

—Pero Bel Iblis no sabe nada al respecto —Tierce tocó con un dedo el datapad—. Según el reporte, se desvaneció a esta supuesta reunión en Kothlis ocho días antes de que ese traidor Carib Devist trajera sus datos falsificados a la estación del Ubictorado en Parshoone, que fue cómo Solo encontró Bastión. Asumiendo que Bel Iblis ha estado básicamente fuera de contacto con Coruscant, y ésa es la situación probable, no sabrá nada acerca del viaje de Solo a Bastión.

—¿Y qué si se comunica antes de partir para el ataque y le dicen que suspenda? —contrapuso Disra.

—Entonces simplemente impresionamos a las Mistryl con el tamaño y el poder de una base del Ubictorado Imperial —dijo Tierce—. No necesitan saber que estamos esperando un ataque hasta que realmente ocurra. —Miró a Flim—. Es una técnica de timo clásica —agregó—. Si el blanco no sabe lo que se supone que debe pasar, no puede defraudarse si no sucede.

—Tiene razón en eso —convino Flim.

—Bueno, está bien —dijo Disra—. ¿Y qué si Coruscant cambia de opinión y en cambio envía a Bel Iblis a atacar Bastión?

Tierce se encogió de hombros.

—¿Con qué justificación? Les hemos dado el Documento de Caamas…

—Alterado.

—Lo que no saben y no tienen forma de demostrar —le recordó Tierce—. La cuestión es que si Bel Iblis hace tanto como asomar la nariz en este sistema estará dándonos un arma de propaganda de la que se arrepentirán durante años por venir. Dame algunos holos de un ataque sin provocación de la Nueva República en Bastión, y tendré a mil sistemas separándose de Coruscant sólo el primer mes.

—Además, Su Excelencia —dijo Flim con un movimiento casual de la mano—, aun si Bel Iblis atacara Bastión, los tres de nosotros todavía seguiríamos a salvo en Yaga Menor. A menos que esté tan apegado a sus lujos de aquí que no pueda soportar dejarlos.

—Meramente estaba señalando —dijo tiesamente Disra—, que se vería mal que Thrawn estuviera en alguna otra parte cuando la capital imperial está bajo ataque.

—No se preocupe por eso —dijo Tierce con un tono de finalidad en la voz—. Bel Iblis no golpeará Bastión; y golpeará Yaga Menor. Y una vez que lo hayamos derrotado, veremos que el prestigio del Imperio se levantará considerablemente.

—También podríamos finalmente empujar a Coruscant a lanzar un ataque sin cuartel contra nosotros —advirtió Disra.

Tierce agitó la cabeza.

—En cinco días Coruscant tendrá una guerra civil en sus manos —dijo—. Y mucho antes de que estén listos para volver algo de atención en esta dirección, tendremos a Parck y a la Mano de Thrawn.

Sus ojos relucieron.

—Y esta vez, no habrá *nada* que pueda detenernos. Nada en absoluto.

• • •

El corredor era largo, monótono y gris, delineado con puertas igualmente monótonas. Puertas cerradas, por supuesto… después de todo, ésta era una prisión. Las paredes y techo eran de metal macizo, el suelo un enrejado metálico que emitía un tintineo hueco a cada paso.

Ciertamente estaban haciendo muchos de esos tintineos en ese momento, pensó Pellaeon, escuchando el sonido haciendo eco en las paredes mientras caminaba a zancadas por el corredor hacia el puesto de seguridad secundario a la vuelta de la esquina al final. De hecho, sonaba como un desfile, o como un súbito aguacero en un tejado de chapa.

Y aquellos de adelante habían notado la conmoción. Ya cuatro de los guardias habían asomado cabezas cubiertas con cascos negros girando la esquina para ver a qué se debía la conmoción. Dos de esos guardias todavía eran visibles; los demás habían retrocedido fuera de vista, probablemente para reportarle a quienquiera que estuviera cubriendo el puesto de seguridad.

Los otros dos guardias habían reaparecido para cuando Pellaeon alcanzó la esquina, los cuatro ahora estaban en posición de firmes en completa atención militar. Sin ninguna palabra o mirada Pellaeon atravesó el grupo y giró la esquina.

Cuatro guardias más estaban en posición de firmes detrás del escritorio del puesto de seguridad, tres metros adelante de la puerta de una celda con aspecto de seguridad-adicional. Sentado al escritorio, mirando arriba a Pellaeon con una mezcla de incertidumbre y displicencia en la cara, había un joven mayor. Abrió la boca para hablar…

—Soy el Almirante Pellaeon —lo cortó Pellaeon—. El Comandante Supremo de la Flota Imperial. Abra la puerta.

La mejilla del mayor se crispó.

—Lo siento, Almirante, pero tengo órdenes de que el prisionero sea mantenido estrictamente incomunicado.

Por unos segundos Pellaeon simplemente lo miró, una mirada intensa desarrollada y cortante y afinada por largas décadas de comando imperial.

—*Soy el Almirante Pellaeon* —dijo por fin, diciendo cada palabra entre dientes, su tono era el complemento verbal de esa mirada cortante como un cuchillo. Había estado dispuesto a darles a los guardias el beneficio de la duda, pero no tenía ni el tiempo ni la inclinación para aguantar ningún sin sentido en absoluto—. El Comandante Supremo de la Flota Imperial. Abra la puerta.

El mayor tragó saliva visiblemente. Sus ojos pasaron por Pellaeon a la docena de soldados de asalto visibles en el corredor detrás de él, su mente quizás pasó a los otros doce soldados de asalto a la vuelta de la esquina fuera de vista sobre los que sus guardias le habían contado, entonces regresó renuentemente a la cara de Pellaeon.

—Mis órdenes vienen del propio Moff Disra, señor —dijo, las palabras le salían con dificultad.

Al lado de Pellaeon, el soldado de asalto comandante se revolvió.

—El moff Disra es un civil —le recordó Pellaeon al mayor, dándole una última oportunidad—. Y yo estoy revocando esas órdenes.

El mayor respiró cuidadosamente.

—Sí señor —dijo, capitulando por fin. Volviéndose a medias, le inclinó la cabeza a uno de los guardias.

El guardia que también había estado mirando a los soldados de asalto y obviamente ya había hecho los cálculos matemáticos, no mostró ninguna vacilación en absoluto. Caminando rápidamente hasta la puerta de la celda detrás de él, tecleó el botón que la abría y se apartó prolijamente al costado.

—Espere aquí —le dijo Pellaeon al soldado de asalto comandante, rodeando el escritorio y entrando a la celda, su pulso golpeteaba en su cuello. Si Disra de algún modo se las hubiera arreglado para enviar un mensaje aquí a través del bloqueo de transmisiones y había ordenado que se deshicieran de todos los testigos…

Sentado a una pequeña mesa, con una mano de sabacc solitario dispuesta delante de él, el Coronel Vermel alzó la mirada, sus ojos se ensancharon de asombro.

—¡Almirante! —dijo, claramente sin estar seguro de creerlo—. ¿Yo?

Abruptamente, se puso apresuradamente de pie.

—Coronel Meizh Vermel, Almirante —dijo enérgicamente—. Pido permiso para volver a mis deberes, señor.

—Permiso concedido, Coronel —dijo Pellaeon, sin molestarse en esconder su alivio—. Y puedo decir lo complacido que estoy de encontrarlo con tan buen aspecto.

—Gracias, Almirante —dijo Vermel, dando su propio suspiro de alivio mientras caminaba alrededor de la mesa—. Espero que no haya venido solo.

—No se preocupe —le aseguró gravemente Pellaeon, haciéndole señas a Vermel hacia la puerta de la celda—. No he tomado exactamente la Estación Rimcee; pero mis hombres están en posición para hacerlo si cualquiera de la gente de Disra se opone a nuestra partida.

—Sí señor —dijo Vermel, arrojándole una mirada rara en respuesta—. ¿A pesar de eso, puedo sugerir que nos demos prisa?

—Exactamente mis sentimientos —convino Pellaeon, frunciendo el ceño. Había habido algo en esa mirada…

Pasaron al mayor y a la estación de guardia sin comentarios y se dirigieron alrededor de la esquina. Los soldados de asalto, según instrucciones previas de Pellaeon, se pusieron en formación de escolta completa con doce al frente y doce a la retaguardia.

—No sonó muy confiado cuando mencioné a la gente de Disra hace un minuto —comentó Pellaeon mientras se dirigían por el largo corredor.

—Puede no ser la autoridad de Disra a la que tendrá que oponerse, Almirante —dijo Vermel, moviéndose un poco más cerca de Pellaeon como si le preocupara que alguien

más lo oyera—. Cuando el Capitán Dorja me trajo a bordo después de interceptar mi nave en Morishim, dijo que había recibido órdenes de hacerlo personalmente de el Gran Almirante Thrawn.

Pellaeon sintió que su garganta se apretaba.

—Thrawn.

—Sí señor —dijo Vermel—. He estado esperando que fuera sólo algún truco de Disra… Recuerdo que usted mencionó cuán totalmente se oponía a estas charlas de paz. Pero Dorja parecía tan seguro.

—Sí —murmuró Pellaeon—. He oído algunos de esos rumores. También se alega que ha sido visto por varias personas en la Nueva República.

Vermel se quedó callado un momento.

—¿Pero usted no lo ha visto realmente?

—No —Pellaeon tomó fuerza—. Pero creo que ya es hora de que lo haga —dijo—. Si es cierto que ha vuelto.

—Usted podría estar en problemas con él por sacarme —señaló renuentemente Vermel, mirando atrás por encima de su hombro—. Quizás sería mejor si regreso.

—No —dijo firmemente Pellaeon—. Thrawn nunca castigó a sus oficiales por hacer lo que pensaban sinceramente que era correcto. Especialmente cuando no les había dado las órdenes o la información necesaria para entender que no lo era.

Alcanzaron el final del corredor y giraron al nexo de guardia principal. Los guardias y oficiales todavía estaban sentados adonde Pellaeon los había dejado, viéndose ceñudos bajo la mirada silenciosamente vigilante de otro contingente más de tropas de asalto del *Quimera*.

—No, vamos a regresar a Bastión y ver lo que el Moff Disra tiene que decir acerca de todo esto —continuó cuando atravesaron el nexo y se dirigieron hacia la bahía de aterrizaje donde estaban atracadas sus lanzaderas—. Si los rumores son falsos, entonces ya no debemos tener ningún problema con el Moff Disra. El Comandante Dreyf y yo hemos obtenido un juego de datacards, en la encriptación personal de Disra, nada menos, que muestran toda su operación: nombres, lugares, y tratos, incluyendo todos sus enlaces a los Piratas Cavrilhu y varios patrocinadores sombríos a ambos lados de la frontera.

Sintió que su cara se endurecía.

—E incluyendo los detalles de sus intentos para incitar la guerra civil dentro de la Nueva República. Eso sólo debería valernos mucho en cualquier negociación futura con Coruscant. Ciertamente mantendrá a Disra apartado durante mucho tiempo.

—Sí señor —murmuró Vermel—. ¿Y si los rumores son ciertos?

Pellaeon tragó saliva.

—Si los rumores son ciertos, nos ocuparemos de ellos entonces.

Vermel asintió.

—Sí señor.

—Entretanto —continuó conversadoramente Pellaeon—, su último reporte está muy retrasado. Me gustaría oír exactamente qué ocurrió en Morishim.

CAPÍTULO 31

Los preparativos habían tomado seis horas: seis horas de trabajo frenético mientras cada nave espacial capaz de volar en Exocron era acondicionada apresuradamente para la batalla. Tomó otra hora llevar todo el conjunto al espacio, y una más formarlas en algo que se pareciera a un perímetro de combate. Y con eso, su periodo de gracia estimado en ocho horas había terminado.

Y ahora, con toda la banda pirata de Rei'Kas en camino, la flota de defensa más lastimosa que Shada hubiera visto alguna vez estaba temblorosamente dispuesta a defender su mundo o a morir en el intento.

Probablemente, *a morir en el intento.*

—Reporte del suelo, Alm'rante David —reportó Chin desde la estación de comunicaciones del puente del *Salvaje Karrde*, alzando la vista al timón—. El Alm'rante Supremo Darr dice que todos están en buena posición. También dice que las naves de la Flota Aérea están listas por si los piratas consiguen atravesar.

Alzándose amenazadoramente encima de Dankin, con las manos agarradas firmemente detrás de su espalda, el Almirante Trey David asintió.

—Muy bien —dijo, su tono formal no obstante denotaba mucha energía debajo de la superficie—. Avise al resto de la flota que esté lista. Podrían estar aquí en cualquier momento.

—Oh, cielos —dijo miserablemente Trespeó desde el costado de Shada en la estación de situación—. Odio tanto los combates espaciales.

—No puedo discutirte eso —convino Shada, examinando su tablero de estado. Ella se había preguntado al principio, en realidad se había preguntado con muchas sospechas, por qué el Almirante David había pedido dirigir la batalla desde el *Salvaje Karrde* en lugar de una de las propias naves de combate de Exocron. Pero su subsecuente valoración de esas naves y sus capacidades desafortunadamente le había proporcionado la respuesta.

Hace ocho horas, ella le había sugerido insubstancialmente a Enedós Nee que la fuerza espacial de Exocron podría encontrar que algo más formidable que un contrabandista ocasional estaría más allá de su capacidad. Nunca antes en su vida uno de sus comentarios al pasar había dado en el clavo con tanta precisión.

Hubo un movimiento de aire a su lado.

—Ahora se vuelve un juego de espera —dijo Karrde, arrodillándose al lado de su asiento—. ¿Qué te parece?

—No tenemos ni una oportunidad —le dijo bruscamente Shada—. No a menos que Rei'Kas no se moleste en enviar nada más grande que los Corsarios con los que nos asaltó en Dayark.

Pensó que había hablado en voz lo suficientemente baja para que sólo Karrde pudiera oírla. David aparentemente tenía muy buen oído.

—No, traerá todo lo que tiene —le aseguró el almirante—. Toda su armada, con él mismo a la cabeza. Ha querido poner sus manos en la riqueza de Exocron por mucho tiempo.

Esbozó una estrecha sonrisa.

—Además de lo cual, entiendo por Enedós Nee que ustedes le dieron algo así como un ojo machucado en Dayark. Sólo por la parte de venganza es seguro que estará aquí.

Shada sintió el silencioso suspiro de Karrde como un soplido de aire tibio en la mejilla.

—Lo que puede en último lugar darnos nuestra única oportunidad real —dijo—. Si podemos simular que empezamos a correr, puede que podamos atraer a suficientes de ellos para que su fuerza pueda ocuparse del resto.

—Posiblemente —convino David—. No que eso nos haría personalmente mucho bien, por supuesto.

—Es mi culpa que él esté aquí —le recordó Karrde—. No es demasiado tarde para que usted se transfiera a una de las otras naves…

En la estación de sensores, H'sishi de repente gruñó.

[Ahí vienen], anunció. [Tres Corbetas Sienar clase Merodeador, cuatro Cruceros de Ataque Duapherm clase Discril, cuatro Cargueros ligeros CSA Etti modificados para el combate, y dieciocho naves de ataque clase Corsario.]

—Confirmado —dijo Shada, con la mirada en sus pantallas de situación, y con una sensación de zozobra en la boca del estómago. El *Salvaje Karrde* podría ocuparse de cualquiera de esas naves o podría darle una pelea decente a dos cualquiera. Pero todas juntas…

—Preparen turboláseres —dijo Karrde, poniéndose de pie a su lado.

—Turboláseres listos —confirmó Shada, enviando información de blancos a las tres estaciones de armas. Sólo porque no había esperanzas no significaba que no debían hacer su mejor esfuerzo—. Parece que los Corsarios están formando una pantalla alrededor de las naves más grandes.

—¿Cap'tán? —llamó Chin desde el comunicador—. Estamos recibiendo una llamada de uno de los Merodeadores. ¿Quieres darle una respuesta?

Shada pudo sentir que Karrde se tensaba.

—Sí, adelante —dijo.

Chin encendió el comunicador…

—Eh, Karrde —una familiar voz jactanciosa vociferó desde el altavoz del puente—. Te dije que me verías de nuevo antes de morir, ¿no?

—Sí, Xern, lo hiciste —convino Karrde, su voz no traicionaba nada de la tensión que Shada sabía que estaba sintiendo—. Estoy sorprendido de que todavía sigas vivo después de ese fiasco en Dayark. Rei'Kas debe estar ablandándose con la edad.

Desde el fondo vino un distante bullicio de invectiva rodiana.

—Rei'Kas dice que quizá te dejará para el último lugar por esto —dijo Xern—. ¿Eso te gusta, eh?

Al otro lado del puente, David se aclaró la garganta.

—Rei'Kas, éste es el Almirante Trey David de la Flota Aeroespacial Combinada de Exocron —dijo.

—¿Oh, un almirante, eh? —dijo sarcásticamente Xern—. ¿Quieres decir que esta colección de chatarra merece todo un almirante?

—Están en violación del espacio de Exocron —dijo serenamente David, ignorando el insulto—. Ésta es su última oportunidad de retirarse pacíficamente.

Xern se rió.

—Oh, eso es sabroso. Es muy sabroso. Definitivamente debemos guardarlos para el final. Entonces podremos destriparlos a todos y dárselos de comer a los carroñeros.

Hubo otro bullicio de rodiano.

—Eh, tenemos que irnos, Karrde… hora de convertir las chatarras grandes en muchos trozos de chatarra pequeños. Nos veremos más tarde, Almirante.

El comunicador se apagó.

—Seguro que están bien abastecidos en la sección de confianza, ¿no? —murmuró Shada.

—Sí —dijo Karrde. Su mano rozó pasando su hombro, titubeó, entonces regresó casi renuentemente para apoyarse allí—. Lo siento, Shada —dijo, su voz sólo apenas lo suficientemente fuerte para que ella lo oyera—. Nunca debí haberte traído a esto.

—Está bien —dijo Shada. Así que eso era: el final del largo viaje. Allí en la Torre Bosqueoro, enfrentando a los noghri y sus blásteres, ella había estado lista para morir. De hecho, casi había esperado que sobrerreaccionaran y la mataran. El escape fácil, había pensado entonces.

Ahora, enfrentando a los piratas que se acercaban, comprendió que no había ningún escape fácil. Ninguna forma de morir que no involucrara abandonar una responsabilidad, o dejar trabajo necesario sin hacer…

Miró a Karrde, que miraba afuera por el ventanal, su cara mostraba líneas duras. *O, de hecho, de dejar amigos atrás.*

Se preguntó distante cuándo en medio de todo esto había empezado a pensar en Karrde como en un amigo.

No lo sabía. Pero no importaba. Lo que importaba era hacer su mejor esfuerzo para arreglar este lío que habían creado aquí. Llevando su atención de vuelta a sus pantallas, empezó a marcar los blancos primarios y secundarios. Las naves del frente casi estaban en rango…

—Transmitan a todas las naves —anunció el Almirante David—. Retrocedan. Repito: retrocedan.

Shada le dio un rápido ceño.

—¿Qué?

—Dije *retrocedan* —repitió David, dándole una mirada casi curiosa en respuesta—. ¿Qué parte no entendió?

Shada empezó a decir algo candente; lo reprimió cuando Karrde le apretó el hombro en advertencia.

—Ella estaba pensando acerca del hecho de que el *Salvaje Karrde* no es tan maniobrable cerca de un campo gravitatorio como lo es en el espacio abierto —le contó a David—. Tampoco la mayoría de las naves de su flota.

—Entiendo —dijo David—. La orden permanece. Retrocedan.

—¿Jefe? —preguntó Dankin.

Shada alzó la mirada de nuevo. Karrde estaba mirando a David, midiendo al hombre con los ojos.

—Transmite la orden, Chin —dijo, su tono repentinamente pensativo—. Dankin, obedece y retrocede, pero manténnos en formación con las otras naves. Shada, haz que los artilleros extiendan fuego de cobertura.

—Correcto —Shada tecleó su intercomunicador, sus ojos buscaban en las pantallas mientras ella intentaba deducir lo que estaba pasando. La razón táctica usual para retroceder hacia una superficie planetaria era atraer al enemigo dentro del rango de las armas basadas en el suelo o a una emboscada lanzada desde la superficie. Pero cada nave que tenía Exocron ya estaba aquí, y las sondas de sensores de H'sishi ciertamente habrían captado cualquier armamento de suelo lo suficientemente poderoso para alcanzar tan lejos en el espacio.

La flota estaba empezando a moverse ahora, retrocediendo hacia Exocron como había sido ordenado. Algunas de las naves civiles armadas ya estaban disparando inútilmente hacia los Corsarios que avanzaban como flechas silenciosas hacia ellas, desperdiciando energía en blancos fuera de rango. Shada miró a David, pero o no lo había notado o no le importaba especialmente lo que hacían. ¿Eran los civiles algo más que señuelos de sacrificio para él?

—Sigan retirándose —dijo en cambio—. Todas las naves.

Los Corsarios casi estaban en rango, las naves de guerra más grandes se formaron detrás de ellos ahora en una sencilla línea de asalto. No era una sorpresa; considerando la oposición, no había necesidad de intentar algo más elaborado. Cortar en línea recta a través de las naves formadas en su contra, entonces probablemente una vuelta de bombardeo ametrallado sobre los mayores centros de población de Exocron, que se encargaría de la lastimosa Flota Aérea del Almirante Supremo Darr en el camino…

—Sigan retirándose —dijo de nuevo David—. Pantalla táctica, por favor.

H'sishi siseó en reconocimiento y apareció el diagrama táctico. Todos los defensores estaban ahora bien adentro del campo gravitacional de Exocron, demasiado tarde para que cualquiera de ellos cambiara de idea e intentara escapar al hiperespacio. ¿Era eso lo que David intentaba hacer? Se preguntó Shada. ¿Ponerlos en una posición adonde no tuvieran ninguna opción mas que luchar hasta la muerte?

Aun mientras se le ocurría ese pensamiento perturbador, también el último de los piratas pasó dentro de ese límite invisible. Ahora todos estaban totalmente

comprometidos en esta batalla. Ni los atacantes ni los defensores saldrían de Exocron hasta que un lado o el otro hubiera sido destruido.

—Aquí vienen —murmuró David.

Shada lo miró, una amarga réplica mordaz burbujeaba en su garganta. Por supuesto que estaban viniendo…

Y abruptamente, H'sishi gruñó de incredulidad.

Shada volvió su atención al ventanal. Los piratas todavía estaban allí, todavía viniendo.

Pero David no se había estado refiriendo a ellos. Detrás de la línea de los piratas, había aparecido algo más.

Era una nave espacial, por supuesto. Pero era una nave como nada que Shada hubiera visto nunca. Aproximadamente ovalada, de una vez y media el tamaño de los Merodeadores, estaba cubierta de gruesas placas en el casco que le daban la apariencia de alguna clase de criatura marina acorazada. Unas proyecciones cónicas, posiblemente portillas de escapes o vainas de propulsores, se proyectaban del casco sin una simetría o patrón que Shada pudiera distinguir. Una imagen magnificada apareció en una de las pantallas, mostrando una intrincada serie de símbolos y glifos alienígenas que cubrían el casco. De cerca, el propio casco se parecía perturbadoramente a algo vivo…

Alguien en el puente maldijo, en voz muy baja. Shada miró de nuevo al ventanal, justo a tiempo para ver a tres más de las naves aparecer a la existencia. No saltando, con el característico pseudomovimiento de un salto normal por el hiperespacio, sino simplemente apareciendo.

Y entonces, casi casualmente, la primera nave alienígena se puso detrás de uno de los Merodeadores de Rei'Kas; y con la reluciente hoja afiligranada de una descarga de energía azul y verde la rebanó a la mitad.

H'sishi gruñó.

[¿Qué son éstos?] demandó.

—Se llaman los monjes Aing-Tii —dijo David, su tono era una extraña mezcla de satisfacción y sorpresa—. Seres alienígenas que pasan la mayoría de sus vidas cerca de la Hendidura de Kathol. No hay mucho que sepamos de ellos.

—Sin embargo vienen en su ayuda —señaló Karrde—. Más significativamente, usted sabía que lo harían.

—Odian a los esclavistas —dijo David—. Rei'Kas es un esclavista. Es así de simple.

Un segundo Merodeador destelló con fuego y aire escapando cuando una de las otras naves Aing-Tii envió otro de los extraños capullos de flor de energía a través de su costado. Adelante de las naves destruidas, la confiada línea de batalla colapsó cuando los atacantes restantes dieron la vuelta para enfrentar a esta nueva amenaza que había aparecido tan inesperadamente detrás de ellos. Pero no sirvió de nada. Las naves Aing-Tii resistieron fácilmente el efecto del frenético fuego turboláser mientras avanzaban sistemáticamente a través de las líneas de los atacantes, cortando en pedazos a las naves más grandes y aplastando a las más pequeñas contra sus propios cascos.

—Me temo que no es tan simple, Almirante —Karrde le dijo a David—. Según Bombaasa, Rei'Kas se ha estado preparando en este área por todo un año. ¿Por qué sus Aing-Tii esperaron tanto tiempo para moverse en su contra?

—Como le dije, prefieren quedarse cerca de la Hendidura —dijo David—. Hace falta algo especial para hacerlos salir incluso hasta Exocron.

—En otras palabras —dijo en voz baja Karrde—, usted necesitaba a alguien para atraer a Rei'Kas a su territorio. Y ese alguien fuimos nosotros.

David no se movió, pero Shada pudo ver ahora una nueva tensión sutil en su cara y postura. Quizás preguntándose qué le pasaría si un puente lleno de contrabandistas endurecidos decidía sentirse ofendido por haber sido usado como carnada.

—Fueron sus acciones las que utilizamos, Capitán Karrde —dijo—. Su decisión de venir a Exocron, y su incapacidad para impedir que la gente de Rei'Kas lo rastreara. No fue a usted personalmente al que usamos.

Sus ojos dieron una vuelta alrededor del puente.

—Ni a ninguno de ustedes.

Por un largo momento el puente quedó en silencio. Shada miró de nuevo al ventanal, para encontrar que la destrucción de los piratas estaba casi completa. Sólo tres de las Aing-Tii eran visibles ahora, y cuando miró otra de ellas desapareció, partiendo tan misteriosamente como había llegado. Las últimas dos naves alienígenas se quedaron sólo el tiempo suficiente para terminar su trabajo antes de que también se desvanecieran en la oscuridad.

—Habló de nosotros —dijo Karrde—. ¿Es eso sólo usted y el resto de los militares de Exocron?

—Ésa es una pregunta extraña —dijo oblicuamente David—. ¿Quién más podría estar involucrado?

—¿Claro, quién? —murmuró Karrde—. Chin, abre una frecuencia de transmisión a la superficie. Trespeó, quiero que me traduzcas un mensaje al tarmidiano antiguo.

Shada alzó la vista para mirarlo. La cara de Karrde estaba tallada en piedra, su expresión ilegible.

—¿Tarmidiano antiguo? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿El idioma de Car'das?

Él asintió.

—Aquí está el mensaje, Trespeó: «Éste es Karrde. Me gustaría permiso para bajar y verte de nuevo.»

—Por supuesto, Capitán Karrde —dijo Trespeó, acercándose inciertamente a la estación de comunicaciones. Chin asintió, y el droide se inclinó sobre su hombro—. Merirao Karrde tuliak —dijo—. Mu parril'an se'tuffriad moa sug po'porai…

Volvió a mirar a Karrde.

—Entiende, por supuesto, que puede no haber una respuesta por algún tiempo…

—Se'po brus tai —vociferó una voz desde el altavoz, haciendo saltar al droide.

Una voz fuerte y vibrante, sin ningún indicio de debilidad o enfermedad. Shada miró de nuevo a Karrde, para encontrar que su expresión pétrea se había endurecido incluso más.

—¿Traducción? —preguntó.

Trespeó pareció tomar fuerza.

—Señor, dijo… venga a verme.

• • •

Enedós Nee estaba esperando por ellos cuando el *Salvaje Karrde* aterrizó de nuevo en el Círculo 15 del campo de aterrizaje de la Ciudad de Rintatta. Sus modales casuales, su charla alegre, y el viaje en deslizador terrestre junto a Shada y Trespeó hacia la casa celeste contra la montaña fueron como una repetición fantasmal del último viaje de Karrde a través del área hacía unas horas.

Pero había una gran diferencia. Entonces, las emociones principales detrás de su humor habían sido el miedo y el temor y la mórbida contemplación de su propia muerte acechándolo. *Ahora…*

Ahora, no estaba seguro de cuál era su humor. Perplejidad e incertidumbre, quizás, teñido con un poco de resentimiento por haber sido manejado como un títere.

Y recubriéndolo todo una renovada neblina de miedo. A Car'das, no podía evitar recordar, siempre le había gustado hablar de un depredador que jugaba con sus presas antes de finalmente matarlas.

La casa celeste misma no había cambiado, igual de vieja, derruida y polvorienta como había estado antes. Pero mientras Enedós Nee le mostraba el camino hacia la puerta del dormitorio, Karrde notó que el olor a edad y enfermedad se había desvanecido.

Y esta vez la puerta se abrió por sí misma cuando se aproximaron. Acercándose, sólo vagamente consciente de que Shada había diestramente insertado un hombro delante de él, los dos de ellos entraron juntos a través de la puerta.

Los estantes empotrados, con todos sus cachivaches inútiles y aparatos médicos exóticos, se habían ido. El lecho de enfermo y sus pilas de mantas se había ido.

Y de pie adonde había estado la cama, todavía igual de viejo pero ahora tan enérgicamente vital como entonces había estado débil, estaba Jorj Car'das.

—Hola, Karrde —dijo Car'das, la vasta red de arrugas faciales se movió cuando sonrió—. Es bueno verte de nuevo.

—No que haya pasado tanto tiempo —dijo tensamente Karrde—. Te felicito por tu asombrosa recuperación.

La sonrisa ni siquiera vaciló.

—Estás enfadado conmigo, por supuesto —dijo serenamente Car'das—. Lo entiendo. Pero pronto todo estará aclarado. Entretanto…

Se volvió a medias y agitó una mano hacia la pared del fondo; y abruptamente la pared ya no estaba allí. En su lugar había un largo túnel equipado con cuatro rieles guía que se desvanecían en la distancia. Apenas más allá de donde la pared había estado, estaba esperando una cabina cerrada de cuatrirriel.

—Déjenme llevarlos a mi verdadera casa —continuó Car'das—. Es mucho más cómoda que este lugar.

Agitó una mano hacia la cabina, y una puerta lateral se abrió invitadoramente en respuesta.

—Por favor; después de ustedes.

Karrde miró a la puerta abierta, una extraña estrechez le apretaba el corazón. Depredadores jugando con sus presas…

—¿Por qué no vamos sólo tú y yo? —ofreció en cambio—. Shada y Trespeó pueden volver al *Salvaje Karrde*…

—No —lo interrumpió firmemente Shada—. Si quieres mostrarle el lugar a alguien, Car'das, llévame a mí. Entonces si, sólo si, decido que es seguro, consideraré dejar que Karrde se nos una.

—En serio —dijo Car'das, mirándola obviamente tan divertido que Karrde se encontró encogiéndose. Tomarse en broma a alguien como Shada no era algo especialmente saludable para hacer—. Que lealtad tan animada e irritable que inspiras en tu gente, Karrde.

—Ella no es de mi gente —le contó rápidamente Karrde—. La Alta Consejera Leia Organa Solo de la Nueva República le pidió que viniera. No tiene absolutamente nada que ver conmigo, o con cualquier cosa que yo podría haber hecho en el pasado…

—Por favor —interrumpió Car'das, alzando una mano—. Admito que esto es muy entretenido de ver. Pero con toda seriedad, los dos se están preocupando por nada.

Miró a Karrde directo a los ojos.

—No soy el hombre que conociste una vez, Talon —dijo en voz baja—. Por favor dame la oportunidad de demostrártelo.

Karrde dejó que sus ojos se alejaran de esa mirada que no parpadeaba. Depredadores jugando con sus presas…

Pero si Car'das verdaderamente los quisiera muertos, realmente no importaba si le seguían el juego o no.

—Está bien —dijo—. Vamos, Shada.

—¿Disculpe, señor? —dijo vacilantemente Trespeó—. ¿Presumo que ya no necesitará de mis servicios?

—No, no, por favor —dijo Car'das, haciéndole señas hacia adelante al droide—. Me encantaría sentarme y tener una charla contigo más tarde: ha pasado tanto tiempo desde que he tenido a alguien con el que pudiera hablar en tarmidiano antiguo —Le sonrió a Enedós Nee—. Enedós Nee lo intenta, pero no es lo mismo.

—No realmente, no —concedió avergonzado Enedós Nee.

—Así que por favor únetenos —agregó Car'das hacia Trespeó—. ¿A propósito, por casualidad no conoces también la dialéctica cincher, no?

Trespeó pareció animarse.

—Por supuesto que sí, señor —dijo, el orgullo reemplazando temporalmente al nerviosismo—. Hablo con fluidez más de seis millones…

—Excelente —dijo Car'das—. Vamos, entonces.

Un minuto más tarde todos estaban en la cabina del cuatrirriel, acelerando suavemente túnel abajo.

—Me mantengo apartado en estos días —comentó Car'das—, pero ocasionalmente todavía necesito tratar con las autoridades de Exocron. Uso esa casa de allí atrás para tales reuniones. Es conveniente e impide que sean intimidados por mi verdadera casa.

—¿Saben quién eres? —preguntó Shada, su tono apenas menos que una demanda—. ¿Quiero decir, quién eres realmente?

Car'das se encogió de hombros.

—Tienen jirones y pedazos de mi pasado —dijo—. Pero como verás pronto, mucha de esa historia ahora es irrelevante.

—Bueno, antes de que nos metamos en la historia, intentemos algunos de los eventos actuales —dijo Shada—. Empezando con estos monjes Aing-Tii tuyos. David puede hablar de su inclinación anti-esclavista todo lo que quiera, pero todos sabemos que hay más que eso. ¿Tú los llamaste, no?

—Los Aing-Tii y yo hemos tenido algunos tratos juntos —convino sobriamente Car'das, con su cara arrugada en un gesto pensativo. Abruptamente sonrió—. ¿Pero eso de nuevo es historia, no? Todo a su debido tiempo.

—Bien —dijo Shada—. Intentémoslo de nuevo. David dice que no nos usaste para atraer a Rei'Kas. Yo digo que sí.

Car'das miró a Karrde.

—Ella me gusta, Talon —declaró—. Tiene un buen espíritu —Volvió sus ojos hacia Shada—. ¿Supongo que no estarías interesada en un nuevo trabajo, no?

—Desperdicié una docena de años con una banda contrabandista, Car'das —gruñó Shada—. No estoy interesada en unirme a otra.

—Ah —dijo él con una inclinación de cabeza—. Perdóname. Aquí estamos.

El túnel había llegado a su fin en un cuarto pequeño y bien iluminado. Car'das abrió la puerta y salió afuera cuando el cuatrirriel se detuvo suavemente.

—Vengan, vengan —instó a los demás—. Te va a encantar este lugar, Talon, realmente lo hará. ¿Todo listo? Vamos.

Casi saltando con anticipación infantil, los guió a una puerta con un arco por encima. Agitó la mano mientras se aproximaba; y como había hecho la pared en la casa celeste, la puerta simplemente se desvaneció.

Y estirándose más allá de la puerta había un mundo de ensueño.

Karrde la atravesó, su primera impresión fue que habían salido al aire libre en un jardín meticulosamente cuidado. Directamente adelante de ellos había una ancha

extensión de flores, plantas pequeñas y arbustos, todo dispuesto cuidadosa y artísticamente, estirándose quizás unos cien metros por delante de ellos. Un sinuoso camino atravesaba el jardín, con bancos de piedra dispuestos en varios puntos a lo largo de él. En sus bordes laterales el jardín daba paso a un bosque de árboles altos de docenas de especies diferentes, con hojas cuyos colores variaban del azul oscuro al rojo brillante. De alguna parte dentro del bosque venía el burbujeante sonido de agua corriendo por un riachuelo con lecho de rocas, pero desde su posición no podía ver adonde estaba.

No fue hasta que siguió los árboles más altos hasta la punta de sus copas que descubrió el domo celeste sobre ellos. Un domo que se continuaba de manera fluida en paredes discretas detrás de donde estaban los árboles…

—Sí, todo es interior —confirmó Car'das—. De hecho, muy interior… estamos bajo una de las montañas al este de la Ciudad de Rintatta. ¿Hermoso, no?

—¿Lo cuidas tú mismo? —preguntó Karrde.

—Yo hago la mayoría del trabajo —dijo Car'das, empezando a avanzar por el sendero—. Pero también hay algunos otros. Por aquí.

Los llevó a través del jardín hasta una puerta disimulada entre dos árboles de tronco rojo en el lado lejano.

—Debe haber sido mucho trabajo hacer todo esto —comentó Shada cuando la puerta de nuevo se desvaneció ante un movimiento de la mano de Car'das—. ¿Tus amigos Aing-Tii te ayudaron?

—Sí, de manera indirecta —dijo Car'das—. Éste es mi cuarto de conversación. A su propio modo, tan hermoso como el jardín.

—Sí —convino Karrde, echando una mirada alrededor. El cuarto de conversación estaba más o menos dispuesto en el clásico estilo alderaaniano alto, compuesto en madera oscura y plantas entrelazadas, con la misma sensación de espaciosidad que el jardín de afuera—. ¿Qué quisiste decir con ayuda indirecta?

—Es bastante irónico, en realidad —dijo Car'das, atravesando en ángulo el cuarto de conversación hacia una puerta a su derecha—. Cuando llegué a Exocron empecé a construir mi casa bajo estas montañas puramente por razones defensivas. Ahora que la defensa ya no es un problema, encuentro que disfruto el lugar por su soledad.

Karrde miró a Shada. ¿La defensa ya no es un problema?

—¿Era Rei'Kas tanta amenaza?

Car'das frunció el ceño.

—¿Rei'Kas? Oh, no, Talon, me malinterpretas. Rei'Kas era una amenaza, ciertamente, pero sólo para el resto de Exocron. Los ayudé a deshacerse de él para proteger a mis vecinos, pero yo mismo no estaba en ningún peligro en absoluto. Ven; querrás ver esto particularmente.

Abrió la puerta agitando la mano, y les hizo señas de que pasaran. Karrde entró…

Y se detuvo asombrado. Estaba parado al borde de un cuarto redondo que parecía ser aún más grande en diámetro que el jardín del que acababan de salir. El suelo del cuarto estaba inclinado, al estilo de un anfiteatro, hacia el centro, adonde podía ver el borde de

lo que parecía ser una estación de trabajo o escritorio de computadora. Formando círculos concéntricos alrededor del escritorio, con sólo angostas pasarelas separándolos, había círculo tras círculo de gabinetes de datos de dos metros de altura.

Y llenando cada uno de los estantes de cada uno de los gabinetes de datos había datacards. Miles y miles de datacards.

—Conocimiento, Talon —dijo en voz baja Car'das a su lado—. Información. Mi pasión, *una vez: mi arma, mi defensa y mi consuelo* —Agitó la cabeza—. Asombroso, no, de lo que a veces nos persuadimos que son las cosas más importantes en la vida.

—Sí —murmuró Karrde. La biblioteca de Car'das… y el Documento de Caamas.

—Así que Enedós Nee nos mintió —dijo Shada, el filo en su voz cortó la sensación de maravilla de Karrde—. Dijo que no sabía qué le había pasado a tu biblioteca.

—¿Enedós Nee? —llamó Car'das—. ¿Les mentiste?

—De ninguna manera, Jorj —protestó la distante voz de Enedós Nee desde atrás de ellos. Karrde se volvió, para ver al hombrecito todavía al lado lejano del cuarto de conversación, ocupándose con unas bebidas—. Meramente dije que lo que sea que habías hecho con ella había sido hecho antes de que yo llegara a estar a tu servicio.

—Lo que es perfectamente cierto —convino Car'das, haciéndoles señas para salir de la biblioteca—. Pero vengan, siéntense. Sé que tienen tantas preguntas.

—Déjame empezar con la más importante —dijo Karrde, sin moverse—. La razón por la que vinimos aquí fue para buscar un documento histórico sumamente importante. Involucra…

—Sí, ya lo sé —dijo con un suspiro Car'das—. El Documento de Caamas.

—¿Sabes al respecto? —preguntó Shada.

—No soy el viejo frágil y postrado que se encontraron hace unas horas —le recordó ligeramente Car'das—. Todavía tengo algunas fuentes de información, e intento mantenerme en contacto con lo que está pasando allá en casa —Agitó la cabeza—. Desafortunadamente, no puedo ayudarlos. Tan pronto como surgió por primera vez el asunto de Caamas, busqué a través de todos mis archivos para ver si tenía una copia. Pero me temo que no.

Karrde sintió que su corazón zozobraba.

—¿Estás absolutamente seguro?

Car'das asintió.

—Sí. Lo siento.

Karrde asintió en respuesta. Después de todo el trabajo y peligros para llegar aquí, allí estaba. El final del camino; y al final, una mano vacía.

Shada no estaba realmente lista para dejarlo ir tan fácilmente.

—¿Y qué si hubieras encontrado una copia? —demandó—. Puedes hablar todo lo que quieras acerca de mantenerte en contacto, pero el hecho es que durante los últimos veinte años has estado tranquilo aquí afuera y dejando que todos los demás hagan todo el trabajo.

Car'das alzó las cejas.

—Ambas cosas sospechosa y rencorosa —comentó—. Eso es bastante triste. ¿No hay nadie o nada en lo que confíes?

—Soy una guardaespaldas profesional —dijo entre dientes Shada—. La confianza no es parte del trabajo. Y no intentes cambiar de tema. Te mantuviste apartado durante toda la Rebelión, para no mencionar el primer intento de tomar el poder de Thrawn. ¿Por qué?

Algo ilegible pasó por la cara de Car'das.

—Thrawn —murmuró, sus ojos barrieron lentamente alrededor de su biblioteca—. De hecho, una persona de lo más interesante. Tengo la mayor parte de su historia con el Imperio archivada aquí, la busqué toda recientemente, para hojearla. Hay más en su historia que lo que ve el ojo, estoy convencido de ello. Mucho más.

—Todavía no has contestado mi pregunta —dijo Shada.

Car'das alzó las cejas.

—No estaba consciente de que habías hecho una —dijo—. Todo lo que oí fueron acusaciones de que había estado dejando a otros hacer todo el trabajo. Pero si eso estaba pensado como una pregunta… —Sonrió—. Supongo que en cierto modo es verdad. Pero sólo en cierto modo. Meramente he dejado a otros hacer su trabajo, mientras yo he estado haciendo el mío. Pero vamos, el rusc'te de Enedós Nee va a enfriarse.

Los llevó a través del cuarto de conversación al círculo hundido. Enedós Nee estaba esperando pacientemente allí, su bandeja cargada ahora apoyada en una mesa de pilar.

—¿Qué le has contado a la dama sobre mí, Talon? —preguntó Car'das mientras les hacía señas a los dos hacia los asientos a un lado del círculo—. Sólo para evitar repetir las cosas.

—Le he contado lo básico —dijo Karrde, sentándose cautelosamente. A pesar de toda la cordialidad y amigabilidad superficial, no podía sacudirse la sensación de que había algo pasando por debajo de la superficie—. Cómo empezaste la organización, y entonces te fuiste abruptamente hace veinte años.

—¿Y le contaste acerca de mi secuestro por parte del Jedi Oscuro bpfasshi? —preguntó Car'das, su tono repentinamente raro—. Ahí es adonde realmente comenzó todo.

Karrde le arrojó una mirada a Shada.

—Lo mencioné, sí.

Car'das suspiró, sin levantar la mirada a Enedós Nee cuando este último puso una taza humeante en sus manos.

—Fue una experiencia terrible —dijo en voz baja, mirando fijamente a la taza—. Posiblemente fue la primera vez en mi vida que me sentí verdadera y auténticamente aterrado. Él estaba medio loco de rabia, quizá más que medio loco, con todo el poder de Darth Vader y nada de su autodominio. A un hombre de mi tripulación lo partió físicamente en pedazos, literalmente arrancando pedazos de su cuerpo. A los otros tres los dominó mentalmente, retorciendo e inflamando sus mentes y convirtiéndolos en poco más que extensiones vivientes de sí mismo. A mí…

Tomó un cuidadoso sorbo de su bebida.

—A mí, me dejó principalmente ileso —continuó—. Todavía no estoy seguro de por qué, a menos que pensara que podría necesitar de mi conocimiento de puertos y rutas espaciales para hacer su escape. O quizás simplemente quería que quedara una mente intacta a bordo que pudiera reconocer su poder y grandeza y estar apropiadamente asustada de ellos.

Sorbió de nuevo.

—Nos dirigimos por las rutas espaciales, esquivando o evitando las fuerzas que se agrupaban en su contra. Yo pensé en plan tras plan para derrotarlo mientras viajábamos, ninguno de los cuales nunca llegó más allá de la fase de planificación por la simple razón de que él se enteraba de cada uno de ellos casi antes que yo. Tuve la sensación de que mis lastimosos esfuerzos lo divertían mucho.

—Finalmente, por razones que todavía no entiendo completamente, nos encaminamos a un pequeño sistema apartado ni siquiera lo suficientemente importante para figurar en la mayoría de los mapas. Un planeta con nada más que pantanos y bosques húmedos y nieve fangosa.

—Un planeta llamado Dagobah.

Hubo un soplo de alguna especia exótica al costado de Karrde, y él alzó la vista para ver a Enedós Nee dándole su taza. La expresión alegre habitual en el hombrecito se había desvanecido, reemplazada por una profunda seriedad que Karrde nunca antes había visto en él.

—No sé si el Jedi Oscuro esperaba estar solo allí abajo —continuó Car'das—. Pero si lo hacía, fue rápidamente defraudado. Apenas habíamos salido de la nave cuando descubrimos a una pequeña criatura de aspecto cómico con grandes orejas puntiagudas parada al borde del claro adonde habíamos aterrizado.

—Era un Maestro Jedi llamado Yoda. No sé si ésa era su casa, o si acababa de llegar especialmente para la ocasión. Lo que sé es que definitivamente estaba esperándonos.

Un extraño escalofrío atravesó el delgado cuerpo de Car'das.

—No intentaré describir su batalla —dijo en voz baja—. Aun después de cuarenta y cinco años de pensar al respecto, no estoy seguro de que pueda. Por casi un día y medio el pantano ardió con fuegos y relámpagos y cosas que todavía no entiendo. Al final el Jedi Oscuro estaba muerto, desintegrándose en una gigantesca llamarada final de fuego azul.

Respiró estremeciéndose.

—Ninguno de mi tripulación sobrevivió esa batalla. No que hubiera quedado mucho de lo que habían sido de cualquier forma. Yo tampoco esperaba sobrevivir. Pero para mi sorpresa, Yoda se ocupó en volverme a la vida.

Karrde asintió.

—He visto un poco de lo que Luke Skywalker puede hacer con trances curativos —dijo—. Mejor que el bacta en algunos casos.

Car'das resopló.

—En mi caso el bacta habría sido completamente inútil —declaró rotundamente—. Como fue, le tomó a Yoda realmente un buen tiempo devolverme la salud. Todavía no sé cuánto tiempo. Después pude emparchar la nave lo suficiente para hacerla capaz de volar al espacio e ir cojeando a casa.

—No fue hasta que regresé con la organización que empecé a comprender que, en alguna parte de todo ese procedimiento, alguna parte de mí había sido cambiada.

Miró a Karrde.

—Estoy seguro que lo recuerdas, Talon. Parecía que había adquirido la habilidad de conocer los pensamientos de mis oponentes: de adivinar sus estrategias y planes, de saber cuando uno de ellos estaba planeando un movimiento en mi contra. Habilidades que asumí había de algún modo absorbido de Yoda durante el proceso curativo.

Alzó la vista al techo, con un nuevo fuego en los ojos y la voz.

—Y de repente, no había ningún límite a lo que podía hacer. Ninguno. Empecé a extender la organización, tragándome a cualquier grupo que parecía potencialmente útil y eliminando a todos los que no. Victoria tras victoria tras victoria; a todas partes adonde iba, conquistaba. Vi los carteles delictivos de los hutts y planeé cómo los derribaría; preví la acumulación de poder alrededor del Senador Palpatine y consideré dónde y cómo podría insertarme mejor en el forcejeo que se avecinaba para mi propio beneficio. Literalmente no había nada que pudiera detenerme, y yo y el universo lo sabíamos.

Abruptamente, el fuego se desvaneció.

—Y entonces —dijo en voz baja—, sin advertencia, todo de repente se derrumbó —Tomó un largo trago de su taza—. ¿Qué pasó? —preguntó en el silencio Shada.

Karrde robó una mirada a ella, ligeramente sorprendido por la intensa concentración de su expresión. A pesar de toda su desconfianza profesada al propio Car'das, ella claramente encontraba su historia atrapante.

—Mi salud se cayó a pedazos —dijo Car'das—. En un periodo de sólo unas semanas, toda la juventud y el vigor que la curación de Yoda había infundido en mi cuerpo parecieron evaporarse —Miró a Shada—. Muy simplemente, estaba muriéndome.

Karrde asintió, el último misterio de ese mando a distancia yaciendo abandonado en el pantano de Dagobah de repente encajó en su lugar.

—Y así que regresaste a Yoda y le pediste ayuda.

—*¿Pedirle?* —Car'das soltó una risa corta de auto-desaprobación—. No pedirle, Talon. *Demandarle.*

Le agitó la cabeza al recuerdo.

—En realidad, debe haberse visto bastante absurdo. Allí estaba yo, irguiéndome sobre él con un bláster en una mano y mi mando a distancia en la otra, amenazando con traer a mi nave y todo su imponente armamento contra esta criatura bajita y marchita que se apoyaba en un bastón delante de mí. Por supuesto, yo había creado por mí mismo la más grande organización contrabandista de todos los tiempos, mientras que él no era nada más que un pequeño y simple Maestro Jedi —Agitó la cabeza de nuevo.

—Me sorprende que no te haya matado en el acto —dijo Shada.

—En el momento, casi deseé que lo hubiera hecho —dijo tristemente Car'das—. Habría sido mucho menos humillante. En cambio, simplemente me quitó el mando a distancia y el bláster y los envió dando vueltas hacia el pantano, entonces me sostuvo suspendido a unos centímetros sobre el suelo y me dejó gritar y sacudirme todo lo que quiso mi corazón.

—Y cuando finalmente me quedé sin fuerzas ni aliento me dijo que iba a morirme.

Enedós Nee caminó a su lado, silenciosamente echando más de la bebida especiada en su taza.

—Pensé que la primera parte había sido humillante —continuó Car'das—. La parte siguiente fue peor. Mientras yo me sentaba allí jadeando sobre una roca, con el agua del pantano rezumándose en mis botas, me contó en exquisitamente dolorosos detalles lo mal que había despilfarrado el regalo de vida que él me había devuelto un cuarto de siglo antes. Cómo mi búsqueda absolutamente egoísta de poder y engrandecimiento personal me había dejado vacío de espíritu y falto de propósito.

Miró a Karrde.

—Para cuando terminó, supe que nunca podría regresar. Que nunca, jamás, podría enfrentar a ninguno de ustedes de nuevo.

Karrde miró abajo a su taza, repentinamente consciente de que estaba agarrándola fuerte.

—Entonces no… quiero decir, no estabas…

—¿Enfadado contigo? —Car'das le sonrió—. Al contrario, viejo amigo: tú fuiste el único punto brillante en todo el doloroso embrollo. Por primera vez desde que había dejado Dagobah, me encontré pensando acerca de toda la gente en mi organización. Gente que ahora había abandonado al desenfreno de la guerra de aniquilación mutua cuando mis tenientes, la mayoría de ellos tan egoístas como yo lo había sido, luchaban por sus porciones individuales del bruallki gordo que yo había creado.

Agitó la cabeza, sus viejos ojos casi brumosos.

—No te odié por tomar el control, Talon. Al contrario. Mantuviste unida a la organización, tratando a mi gente con la dignidad y el respeto que se merecían. La dignidad y el respeto que yo nunca me molesté en darles. Transformaste mi ambición egoísta en algo de lo que estar orgulloso… y por veinte años he querido agradecerte por eso.

Y para sorpresa de Karrde, se puso de pie y cruzó el círculo.

—Gracias —dijo simplemente, ofreciéndole la mano.

Karrde se puso de pie, con un peso terrible levantándose de sus hombros.

—De nada —murmuró, agarrándole la mano extendida—. Sólo desearía haberlo sabido antes.

—Lo sé —dijo Car'das, soltándolo y volviendo a su asiento—. Pero como ya te dije, en los primeros años estaba demasiado avergonzado para incluso enfrentarte. Y entonces más tarde, cuando tu Mara Jade y Lando Calrissian vinieron a husmear por aquí, asumí que pronto estarías presentándote tú mismo.

—Debí haberlo hecho —concedió Karrde—. Pero no estaba precisamente ansioso de hacerlo.

—Lo entiendo —dijo Car'das—. Fue tanto culpa mía como tuya —Agitó una mano—. Sin embargo, resultó que, tu llegada fue justo lo que necesitábamos para eliminar la amenaza de Rei'Kas y sus piratas —Señaló hacia el techo—. De hecho, esa es una de las muchas cosas que he aprendido de los Aing-Tii. Aunque no todo está predeterminado, todo está guiado de algún modo. Todavía no lo entiendo completamente, pero estoy trabajando en ello.

—Suena como algo que diría un Jedi —sugirió Karrde.

—Similar, pero no es lo mismo —convino Car'das—. Los Aing-Tii tienen una interpretación de la Fuerza; pero es una interpretación diferente a la de los Jedi. O quizás meramente se relacionan a un aspecto diferente de la Fuerza. No estoy muy seguro de cuál.

—Yoda no podía sanarme, ves. O más bien, no tenía el tiempo que la tarea requeriría. Me contó que necesitaba prepararse para lo que dijo que posiblemente era la instrucción más importante que había tenido en los últimos cientos de años.

Karrde asintió, otro pedazo del enigma encajaba en su lugar.

—Luke Skywalker.

—¿Fue él? —preguntó Car'das—. Siempre lo había sospechado, pero nunca pude confirmar que realmente se entrenó en Dagobah. De todos modos, Yoda dijo que mi única oportunidad para posponer mi muerte era buscar a los monjes Aing-Tii de la Hendidura de Kathol, quienes podrían «*podrían*» estar dispuestos a ayudarme.

Karrde hizo señas hacia él.

—Obviamente, lo estuvieron.

—Oh, sí, lo estuvieron —dijo Car'das, su boca se retorció irónicamente—. Pero a qué precio.

Karrde frunció el ceño, un escalofrío lo atravesó.

—¿Qué tipo de precio?

Car'das sonrió.

—Nada menos que mi vida, Talon —dijo—. Mi vida, para pasarla aprendiendo sus senderos de la Fuerza —Alzó una mano—. No me malinterpretes, por favor. No fue su demanda, sino mi elección. Toda mi vida, lo ves, he saboreado los desafíos, cuanto más grandes mejor. Una vez que había probado el sabor de lo que habían descubierto aquí afuera… —Agitó la mano alrededor del cuarto—. Era el desafío más grande que jamás había enfrentado. ¿Cómo podía dejarlo pasar?

—Creí que necesitabas una cierta cantidad de aptitud innata para ser un Jedi —señaló Shada.

—Un Jedi, quizás —asintió Car'das—. Pero como ya dije, los Aing-Tii tienen un punto de vista diferente de la Fuerza. No en términos de Jedi y Jedi Oscuro, *así, de blanco y negro*, pero en un cierto modo me gusta pensar en algo como un arco iris lleno de colores. Oh, déjenme mostrarles. ¿Quieres quitar tu bandeja, por favor, Enedós Nee?

El hombrecito recogió la bandeja, dejando la mesa de pilar vacía, mientras Car'das dejaba su taza en el suelo delante de él.

—Ahora miren —dijo, frotándose las manos—. Veamos si puedo hacer esto — Cuadró los hombros y miró fijamente a la mesa de pilar…

Y abruptamente, con un nítido estallido de aire desplazado, apareció una pequeña botella cristalina.

Karrde se sacudió violentamente, su bebida se inclinó por el costado de su taza y por encima del borde hacia sus dedos. Nunca en ninguno de sus trabajos con Skywalker o Mara había visto algo así.

—Está bien —dijo apresuradamente Car'das—. Lo siento… No quería sobresaltarte.

—¿Creaste eso? —preguntó Shada, su voz sonaba aturdida.

—No, no, por supuesto que no —le aseguró Car'das—. Meramente la traje aquí desde el área de cocina. Uno de los pequeños trucos que me enseñaron los Aing-Tii. La idea es ver el cuarto, y entonces visualizarlo con la botella ya aquí…

Se interrumpió, recogiendo su taza y poniéndose de pie.

—Lo siento. Podría continuar todo el día hablando acerca de los Aing-Tii y de la Fuerza; pero ambos de ustedes están cansados, y yo estoy descuidando mis deberes como anfitrión. Déjenme mostrarles sus cuartos y dejarlos para que se relajen por algún tiempo mientras yo me ocupo de la comida.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Karrde, poniéndose de pie y sacudiéndose las gotas de bebida especiada de los dedos—. Pero me temo que tenemos que irnos. Si no puedes proporcionarnos el Documento de Caamas, necesitamos volver al espacio de la Nueva República en seguida.

—Entiendo sus compromisos y obligaciones, Talon —dijo Car'das—. Pero ciertamente pueden permitirse una noche sólo para relajarse.

—Desearía que pudiéramos —dijo Karrde, intentando no sonar demasiado impaciente—. Realmente lo hago. Pero…

—Además, si te vas ahora, en realidad te tomará más tiempo llegar a casa —agregó Car'das—. He hablado con los Aing-Tii, y han estado de acuerdo en enviar una nave mañana para llevar al *Salvaje Karrde* a cualquier parte a la que tú quieras ir.

—¿Y eso en qué nos ayuda? —preguntó Shada.

—Los ayuda porque sus motores estelares son considerablemente diferentes a los nuestros —le contó Car'das—. Como puedes haber notado en la batalla. En lugar de usar los viajes usuales por el hiperespacio, sus naves pueden hacer un salto instantáneo a cualquier punto que deseen ir.

Karrde miró a Shada.

—Tú estabas en los monitores de situación —dijo—. ¿Fue eso lo que estaban haciendo?

Ella se encogió de hombros.

—Es una explicación tan buena como cualquier otra —concedió—. Sé que H'sishi revisó los datos y tampoco pudo averiguar lo que había pasado —Miró sospechosamente a Car'das—. ¿Entonces por qué no pueden hacer esto por nosotros ahora?

—Porque les dije que no necesitarían la nave hasta mañana —dijo Car'das con una sonrisa—. Vamos, complazcan el deseo de compañía de un anciano, ¿no? Estoy seguro de que tu tripulación también podría aprovechar una buena noche de descanso, después de todo lo que han pasado en este viaje.

Karrde agitó la cabeza derrotado.

—¿Todavía eres un maestro manipulador, no, Jorj?

La sonrisa se ensanchó.

—Un hombre sólo puede cambiar un poco —dijo congenialmente—. Y mientras ellos se refrescan —agregó, pasando sus ojos a Trespeó—, puedes venir a ayudarme a cocinar mientras tenemos nuestra charla.

—Ciertamente, señor —dijo alegremente Trespeó—. Usted sabe, realmente me he vuelto un buen chef durante mi servicio a la Princesa Leia y a su familia.

—Maravilloso —dijo Car'das—. Quizás puedas enseñarme algo de tu especialidad culinaria. Por qué no llamas a tu nave, Talon, y les dices que aterricen hasta la mañana. Y entonces yo les mostraré sus cuartos a ti y a la dama.

CAPÍTULO 32

Las líneas estelares colapsaron en estrellas; y mirando afuera por el ventanal del *Halcón*, Leia inhaló fuerte.

—¿Consejera? —preguntó Elegos, frunciéndole el ceño desde el asiento del copiloto.

Leia señaló al planeta Bothawui directamente adelante. Al planeta, y a la vasta armada de naves de guerra que pululaban a su alrededor.

—Es peor de lo que pensé —dijo en voz baja—. Míralos a todos.

—Sí —dijo suavemente Elegos—. Es irónico, ¿verdad? Todas esas poderosas naves de guerra, preparándose para luchar, matar y morir. Una carnicería extendida levantándose de su profundo respeto hacia el Remanente Caamasi.

Leia lo miró al otro lado de la cabina del piloto. Había una profunda tristeza en su cara mientras él miraba fijamente las naves de afuera, una tristeza teñida con una aceptación casi amarga de lo inevitable.

—Ya has intentado hablar con ellos —le recordó—. Tú y los demás Confiables. Me temo que no escuchan razones.

—La razón y la calma siempre son las primeras víctimas de tales confrontaciones —Elegos hizo señas hacia las naves de guerra agrupadas—. Todo lo que queda es la sed de venganza y de corrección de los males percibidos. No importa si esos males existen en absoluto, o si el objeto de la venganza es responsable de ella.

Estiró su cuello.

—¿Dime, podemos ver el cometa desde aquí?

—¿Cometa? —preguntó Leia, mirando abajo a su pantalla de mediano alcance. Sí, había un cometa allí, debajo y a babor de ellos, bloqueado por el casco principal del *Halcón*. Rodando la nave algunos grados, lo hizo aparecer a la vista.

—Sí… allí está —dijo Elegos—. ¿Es magnífico, no?

Sí, convino Leia. No era tan grande como algunos cometas que había visto, ni tenía una cola mucho mayor al promedio. Pero su proximidad al planeta más que compensaba su modesto tamaño. Todavía en su camino hacia el interior en su vuelta alrededor del sol, aparentemente acababa de atravesar la órbita de Bothawui.

—Raramente veíamos cometas desde Caamas —dijo Elegos, su voz sonaba distante—. Había muy pocos en nuestro sistema, y ninguno que viniera tan así de cerca a nuestro mundo como estos lame-planetas. Hay, ¿cuántos, veinte de ellos en este grupo?

—Algo así —dijo Leia—. Recuerdo haber oído una vez que ramas enteras del folklore bothan han crecido alrededor de ellos.

—La mayoría identificándolos como presagios de eventos importantes o espantosos, sin duda —dijo Elegos.

—Tener algo así pasando ardiente apenas a medio millón de kilómetros sobre tu cabeza tendería a hacer que te preocupes —convino Leia—. Especialmente si pasan una o dos veces al año —Hizo una mueca—. Por supuesto, que como es la política bothan de

puñaladas por la espalda, probablemente les costaba mucho a los eventos importantes y espantosos mantenerse al ritmo de los cometas.

—Me lo imagino —dijo Elegos—. Siento lástima por ellos, Consejera. Realmente la siento. A pesar de toda la fuerza y agilidad mental que dicen que sus técnicas políticas le proveen a su especie, los veo como un pueblo esencialmente infeliz. Toda su perspectiva de la vida genera desconfianza; y sin confianza, no puede haber ninguna paz genuina. Ni en la política, ni en la individualidad tranquila del corazón y el espíritu.

—Creo que nunca lo había pensado de esa forma antes —dijo Leia, rodando el *Halcón* de vuelta a su posición original y dejando al cometa de nuevo fuera de vista—. ¿Intentó tu gente iluminarlos en todo eso?

—Estoy seguro de que algunos de nosotros lo hicieron —dijo Elegos—. Pero no creo que el resentimiento bothan hacia nosotros fuera la razón por la que sabotearon nuestros escudos, si eso es lo que te estabas preguntando.

Leia sintió que su cara se ruborizaba.

—¿Estás seguro de que no tienes sensibilidad a la Fuerza?

Él sonrió.

—Ninguna en absoluto —le aseguró—. Pero el Remanente Caamasi ha pensado mucho y por mucho tiempo acerca de este enigma desde la destrucción de nuestro mundo.

Le dio un encogimiento de hombros de cuerpo entero.

—Mi propia creencia es que mientras que los saboteadores probablemente fueron amenazados o chantajeados para su acción por parte de Palpatine o sus agentes, hubo algo más personal involucrado. Algún secreto oscuro que tenían esos bothans en particular y que temían que los caamasi supieran y pudieran revelar algún día.

—¿Pero no sabes cuál podría ser ese secreto?

Elegos agitó la cabeza.

—No lo sé. Otros en el Remanente podrían haber averiguado ese recuerdo, pero en ese caso probablemente no son conscientes de su importancia.

Leia frunció el ceño.

—¿Averiguado el recuerdo?

—Hay ciertas cualidades únicas en los recuerdos caamasi —le contó—. Algún día, quizás, te contaré sobre ellas.

—¿Consejera? —Cortó afilada la voz de Sakhisakh por el intercomunicador—. Problemas al frente: a doce grados por cuatro.

Leia miró afuera en esa dirección. Un crucero de guerra ishori en el borde cercano del enjambre de naves parecía estar acercándose hacia un par de esquifes sif'krie mucho más pequeños.

—Parece que está intentando entrar en una órbita más baja —dijo.

—Desafortunadamente, ese espacio en particular ya está ocupado —señaló Elegos.

—Sí —convino Leia, frunciendo el ceño. Extraño; a pesar de la diferencia de tamaño y poder de fuego que no les daba esperanzas, los esquifes estaban no obstante manteniendo su posición…

Y de repente vio por qué. Aproximándose rápido por el lado lejano de los esquifes había un par de portaaviones de asedio diamalanos.

Elegos también los vio.

—Creo —dijo—, que alguien ha decidido forzar el asunto.

Leia miró al resto de las naves reunidas. Otras estaban empezando a reaccionar a la confrontación inminente, empezando a salirse de sus lugares confinados de órbita o abriendo las puertas de bahías de cazas o girándose para apuntar mejor al más cercano de la oposición.

Ahora los esquifes sif'krie estaban empezando a vacilar, claramente no estaban ansiosos de quedar en el centro de un tiroteo gigantesco. Los ishori, reconociendo su vacilación, incrementaron su velocidad hacia ellos; en respuesta, los dos diamalas también aceleraron el paso, rompiendo formación a una posición de flanqueo/fuego cruzado.

—Van a atropellar a esos sif'kries —murmuró Elegos—. O sino los diamalas abrirán fuego contra los ishori para impedirlo. De cualquier modo, ambos lados dirán que el otro los instigó.

—Y de cualquier modo, empieza el tiroteo —dijo estrechamente Leia, pasando los dedos por el sensor de datos. Naves de la Nueva República… tenía que haber alguna nave de la Nueva República en alguna parte allí afuera. Si alguna de ellas estaba lo suficientemente cerca para intervenir, o incluso para meterse entre los ishori y los diamalas…

Pero sólo había tres Corbetas Corellianas llevando IDs de la Nueva República, todas del lado lejano del montón de naves. No había ninguna oportunidad en absoluto de que pudieran llegar a tiempo a la confrontación.

Lo que significaba que dependía de ella.

—Todos agárrense —llamó hacia el intercomunicador. Sin esperar una respuesta de los dos noghri, dirigió la nariz del *Halcón* hacia el crucero ishori y le dio toda la energía al motor sublumínico.

Los motores rugieron a la vida, la aceleración aplastó momentáneamente a Leia contra su asiento antes de que los compensadores pudieran reaccionar.

—Confío en que tienes un plan —dijo serenamente Elegos por encima del ruido—. Ten presente que no es probable que tu autoridad en el Alto Consejo sea suficiente para detenerlos.

—Ni siquiera iba a mencionar eso —dijo Leia, mirando a la pantalla de navegación y deslizando hacia atrás la palanca del timón sólo un poco. El *Halcón* estaba ahora en un curso de colisión hacia la popa del crucero ishori—. Toma el control —agregó, quitándose sus correas y enganchándose su sable de luz mientras se levantaba de su asiento—. Manténnos en este curso.

—Entendido —regresó la voz de Elegos distante mientras ella corría a toda velocidad por el túnel y se deslizaba más allá de la escotilla de salida hacia la puerta del mamparo de la bahía de carga de popa. Se estiró con la Fuerza al interruptor de control mientras se aproximaba, haciendo que la puerta se abriera…

—¿Consejera? —Llamó la ansiosa voz de Barkhimkh desde el láser quad superior.

—Quédate allí —le respondió Leia mientras pasaba agachada a la bahía de carga y cruzaba al lado de estribor de la nave. A través de una puerta más, llegó por fin a la rejilla de acceso que protegía los conversores de energía de estribor y el estabilizador de flujo iónico.

Han iba a matarla, pero era su única oportunidad. Encendiendo su sable de luz, apretando los dientes, clavó la hoja resplandeciente en uno de los conversores de energía y la arrastró hasta el estabilizador.

Y buscó un asidero cuando el *Halcón* corcoveó como un tauntaun aguijoneado. Se sacudió de nuevo; y de repente el zumbido de los motores cambió a un gemido ominoso.

Veinte segundos más tarde había regresado a la cabina del piloto.

—¿Reporte? —preguntó mientras volvía a su asiento.

—Hemos perdido la maniobrabilidad de estribor —dijo Elegos—. Los motores parecen estar intentando entrar en una inestabilidad de regeneración —La miró—. Ciertamente espero que esto sea parte de tu plan.

—Confía en mí —le aseguró Leia, intentando sentirse tan segura como sonaba cuando encendió el comunicador—. Crucero Ishori, éste es el carguero *Halcón Milenario*. Estamos en serios problemas y necesitamos ayuda.

No hubo ninguna respuesta.

—¿Crucero Ishori?

—Éste es el Crucero de Guerra Ishori *Predominancia* —gruñó una voz ishori que sonaba enfadada por el altavoz—. Identifíquese.

—Ésta es la Alta Consejera de la Nueva República Leia Organa Solo a bordo del carguero *Halcón Milenario* —dijo Leia—. Hemos perdido control de maniobras y energía en nuestros motores de estribor. Nuestro curso actual nos tiene pasando demasiado cerca de su casco. Necesito que salgan inmediatamente de nuestro camino mientras intentamos recobrar el control.

Hubo otra larga pausa. Leia miró la nave de guerra irguiéndose cada vez más cerca, incómodamente consciente de que si el comandante ishori lo escogía podría fácilmente volver todo esto para su propio beneficio. Sólo tenía que usar su pedido como una excusa para acelerar su motor hacia los esquifes sif'krie…

—Les pido que se den prisa —dijo Leia. Se le ocurrió un pensamiento, y se extendió para difuminar un poco el enfoque preciso de su comunicador. Sólo lo suficiente para dejar que algunas de las otras naves más allá del ishori escucharan la transmisión—… Mi pasajero, el Confiable Elegos A'kla, está intentando efectuar reparaciones, pero me temo que el equipo a bordo no está dentro de la especialización técnica caamasi normal.

Sin una palabra, Elegos se desabrochó las correas y se puso de pie, desapareciendo a través de la puerta de la cabina del piloto.

—¿Crucero Ishori *Predominancia*, todavía me copia? —Agregó Leia—. Repito…

—No hay necesidad de repetir —gruñó de nuevo la voz. Leia sintió un enojo automático surgiendo en respuesta al tono, se forzó a recordar que toda la emoción en la voz del ishori significaba que estaba pensando seriamente. Volvió sus ojos de nuevo al crucero y contuvo la respiración…

Y abruptamente, el avance del ishori hacia los esquifes redujo su velocidad, su popa rodó en cambio fuera del camino del *Halcón*.

—Estamos listos para ayudarlos a usted y al Confiable A'kla —dijo entre dientes el ishori, su voz ya sonaba más tranquila. El pensamiento ya había terminado, y era hora de la acción—. Baje sus escudos y prepárese para un impacto de aceleración —continuó—. Intentaremos fijar un rayo tractor en ustedes para frenar su carrera.

—Gracias —dijo Leia, oprimiendo el botón de los escudos. No afectaban tanto a los rayos tractores, pero no tenía ningún sentido hacer una atrapada complicada a alta velocidad ni un poco más difícil de lo que ya lo era—. Una vez que estemos en su rayo, intentaremos apagar todo y ver si podemos poner esto bajo control.

—Estaremos listos para proveer cualquier asistencia que usted y el Confiable A'kla requieran —dijo el ishori—. Prepárense…

El *Halcón* corcoveó cuando el rayo tractor le dio, lo sacudió un momento, entonces se fijó firmemente. Estirándose a los controles del motor, Leia bajó los interruptores de apagado.

El gemido del motor bajó por la escala y se desvaneció en el silencio. En el tablero de control, los indicadores se pusieron rojos; a su alrededor, las luces parpadearon una vez hasta que la energía de la batería se hizo cargo.

—Detectamos un apagado exitoso —reportó el ishori—. Si lo desea, los traeremos a bordo de nuestra nave para ayudarlos en sus reparaciones.

Por un momento Leia estuvo tentada. Tener a un caamasi a bordo de una de las naves de la especie más parlanchina y alborotadora podría ayudar a continuar la paz aquí afuera. Pero por otro lado, también podría malinterpretarse como la aprobación tácita de Elegos a la posición anti-bothan de los ishori.

—Gracias de nuevo —le dijo al alienígena—. Pero tenemos una cita urgente con el Presidente Gavrisom que no podemos posponer. Apreciaríamos muchísimo, si pudieran escoltarnos hasta el grupo de naves de la Nueva República.

—Por supuesto —dijo el ishori con sólo la más ligera vacilación. Los diamalas habían alcanzado a los esquifes sif'krie, los cuatro de ellos ahora formados juntos y preparados en desafío silencioso contra cualquier otra acción. La oportunidad se había perdido, y los ishori lo sabían.

Igual que el resto de la armada. Todo a su alrededor, vio Leia, las otras naves estaban empezando a regresar a su tensa y desvelada espera.

El punto de ignición había sido pasado con seguridad. O por lo menos, este punto de ignición.

Apagó el comunicador.

—Realmente estás recibiendo una paliza en este viaje, no —murmuró, palmeando cariñosamente el tablero de control del *Halcón*—. Lo siento.

La puerta detrás de ella se abrió.

—Veo que funcionó —dijo Elegos, deslizándose de nuevo al asiento del copiloto—. Tienes un fino y único don de diplomacia, Consejera.

—Y a veces sólo tengo suerte —dijo Leia.

Elegos alzó las cejas.

—Pensé que los Jedi no creían en la suerte.

—Se me pegó por estar tanto tiempo con Han y esta nave —dijo secamente Leia—. ¿Adónde fuiste, de cualquier forma? ¿Atrás a mirar el estabilizador?

El caamasi asintió.

—No esperaba poder hacer nada, ciertamente no después de que habías terminado con él. Pero tú habías indicado que yo estaba intentando repararlo, y quise que hubiera algo de verdad en lo que estabas diciendo.

—Verdad —Suspiró Leia—. Eso es lo que necesitamos aquí, Elegos. Lo que necesitamos desesperadamente. La verdad.

—El Capitán Solo traerá esa verdad aquí en menos de un día —le recordó en voz baja Elegos—. Todo lo que tú y el Presidente Gavrisom tienen que hacer es mantener las cosas unidas por ese tiempo.

Leia se estiró con la Fuerza, intentando captar una percepción del futuro.

—No, no lo creo —dijo lentamente—. Algo me dice que no va a ser tan fácil. Ni cerca de tan fácil.

• • •

Navett y Klif habían cortado a través del piso del subsótano de almacenamiento del café ho'din en su primera noche de trabajo, un trabajo de diez minutos con la cortadora de fusión que Pensin había escamoteado de alguna parte. Pero después de eso el trabajo se había vuelto algo más largo, más duro, y considerablemente más tedioso.

—¿Cuatro días más de esto, eh? —gruñó Klif, sacando con esfuerzo otra palada de la nociva tierra de Bothawui del agujero profundo hasta su pecho hacia la lona grande extendida para atraparla.

—Bueno, si realmente ponemos nuestras espaldas en ello, quizá sólo tomará tres —señaló Navett, acomodando a su vez la tierra de la lona y echándola en su recipiente de desintegración de fusión Valkrex. Simpatizaba con la frustración de Klif, pero no había mucho que ninguno de ellos pudiera hacer al respecto. Las vibraciones de su excavación eran lo suficientemente dudosas; pero si intentaban operar equipo pesado dentro del

rango de los sensores del conducto de energía, harían que Seguridad Bothan cayera sobre ellos en tiempo récord.

—Muchas gracias —dijo secamente Klif, descargando otra palada—. Sabes, no me molesta morir para el Imperio, pero a Vader con estos preliminares.

—Cuida tus palabras —le advirtió Navett, mirando arriba a la puerta encima de la escalera. Se suponía que Pensin estaba manteniendo un ojo en la puerta que iba al subsótano, pero todavía había un manojo de otro personal y los guardias nocturnos arriba en el café, y una palabra equivocada que se alcanzara a oír por alguno de ellos podría estropearlo todo. Echó la palada siguiente…

Hubo un sonido raspando la puerta. Navett bajó silenciosamente la pala hacia la tela, dejándose caer a una rodilla y sacando su bláster en un solo movimiento fluido. Apuntó el arma hacia la puerta, entonces lo levantó al suave golpe dos-uno-dos. La puerta se abrió y la cabeza de Horvic se asomó girando la esquina.

—Guarda todo —siseó—. Los guardias nocturnos piensan que han descubierto a un intruso, y podrían bajar aquí a buscar.

Klif ya estaba fuera del agujero, manipulando el cuadrado del piso de duracreto que habían cortado de vuelta a su lugar.

—Pudieron ver algo? —preguntó Navett, enfundando su bláster y dándole una mano a Klif.

—No lo sé —dijo gravemente Horvic—. Pero personalmente, mi dinero está en esa vieja tuya. Descubrí a alguien con tu descripción de ella sentada en un reservado de la esquina cuando Pensin y yo entramos en servicio.

—Terrífico —gruñó por lo bajo Navett, dejando que Klif enmascarase los bordes de su puerta-trampa mientras apagaba el desintegrador y lo llevaba de vuelta a su escondite detrás de una pila de cajas de vodokrene—. Bueno, no te quedes ahí parado… ve y ayúdalos a encontrarla.

—Correcto —dijo Horvic—. ¿Qué hay de ti?

—Nos iremos afuera —dijo—. Quizá podamos señalarla a su salida.

—Feliz cacería —dijo Horvic, y desapareció.

Les tomó treinta segundos plegar la lona y esconderla, y otro minuto abrirse camino silenciosamente a través del sótano principal hasta la puerta trasera abierta con un artilugio. Las calles en esta parte de Drev'starn estaban principalmente desiertas a esta hora, los paneles de luz en altos soportes reducidos a un resplandor bastante bajo.

—Estaré por aquí —Navett le murmuró a Klif—. Tú da la vuelta alrededor del frente. No dejes que nadie te vea.

—No te preocupes —Moviéndose como una sombra, Klif se alejó por la calleja lateral y desapareció a la vuelta de la esquina del edificio. Mirando en ambas direcciones, Navett cruzó a un recipiente de basura a unos metros. Hundiéndose en su sombra, balanceó su bláster sobre una rodilla y esperó.

Y esperó. Ocasionalmente vio figuras pasando rápido delante de las ventanas iluminadas del café, y varias veces los ho'din o alguno de sus guardias nocturnos

asomaron la cabeza por la puerta trasera, volvieron a verificar la cerradura, y volvieron a entrar. Pero nadie salió y se quedó afuera. Ni la mujer ni nadie más.

Pasó una hora antes de que la conmoción pareciera finalmente calmarse ahí adentro. Navett esperó otros treinta minutos, irritablemente contando el número de paladas detrás del cronograma que esto les estaba costando, antes de finalmente sacar su comunicador.

—¿Klif?

—Nada —regresó la voz de Klif. Él también sonaba irritado—. Parece que se han rendido.

—Debe haber sido una falsa alarma —dijo Navett—. Da la vuelta y volveremos al trabajo.

Unos minutos más tarde estaban de vuelta en el subsótano. Klif recuperó la lona mientras Navett daba la vuelta alrededor de las cajas apiladas de vodokrene en busca del desintegrador.

Y se paró allí. Apoyado encima del desintegrador había un comunicador.

—¿Klif? —llamó suavemente—. Ven aquí.

Un momento más tarde el otro estaba a su lado.

—No puedo creerlo —dijo, sonando aturdido—. ¿Cómo llamas hizo esto?

—Por qué no le preguntamos —dijo Navett, recogiendo cuidadosamente el comunicador. Era del tipo de enlace-binario, notó, de la clase típicamente llevado en naves estelares pequeñas y sólo conectado a otro comunicador específico. Le dio una rápida evaluación en busca de trampas caza-bobos, entonces lo encendió—. Eres muy inventiva —dijo—. Te concedo eso.

—Oh, gracias —regresó rápidamente la voz de la vieja—. Eso es muy halagador. Particularmente viniendo de un equipo imperial de trucos sucios.

Navett miró a Klif.

—Sabes, ésa es la segunda vez que nos has acusado de ser imperiales —le recordó—. Sólo estás adivinando, por supuesto.

—Oh, difícilmente —dijo con desdén—. ¿Quién más estaría intentando bajar los escudos planetarios de los bothans?

—Todavía sólo estás adivinando —dijo Navett, forzando sus oídos en busca de alguna señal de sonidos delatores en el fondo y deseando viciosamente tener el equipo que le permitiría rastrear la transmisión—. Si estuvieras segura, habrías llamado a Seguridad Bothan en lugar de seguir acechando así por ti misma.

—¿Quién dice que no los he llamado? —dijo—. O quizá me gusta acechar. Podría ser que solía hacer esta clase de cosa todo el tiempo contra los hutts y otros babosos. Quizá estoy buscando un nuevo desafío.

—O quizá estás buscando una muerte prematura y violenta —contrapuso Navett—. ¿De cualquier forma, cómo nos encontraste?

—Oh, vamos —los reprendió—. ¿No piensan realmente que su cobertura es tan buena, no? Mis compañeros de la Nueva Rep y yo los detectamos la primera vez. ¿Así

que, de cualquier forma qué fue todo ese asunto con esas termitas del metal en el generador de escudos?

Navett esbozó una estrecha sonrisa.

—¿Ahora estás pescando, no? Por favor.

—Nunca se sabe —dijo—. A propósito el que sea de ustedes que usó ese artilugio en la cerradura de la puerta trasera necesita hacer un trabajo mejor la próxima vez: era tan obvio que también podrían haber colgado una señal. Aunque resultó práctico.

—Me imagino que sí —dijo Navett—. ¿Todavía estás en el edificio, no?

—¿Ahora quién está pescando? —contrapuso ella—. En realidad, no, salí hace algún tiempo… hay un espacio angosto debajo del techo que lleva a una claraboya conveniente. Ése fue uno gratis.

—Gracias —dijo Navett entre dientes apretados. ¿De cualquier forma, con quién pensaba este pequeño limo del bajo mundo que estaba hablando?— Aquí tienes un consejo gratuito a cambio. Vuelve a tu nave y vete de Bothawui. Si no lo haces, vas a morir en esta bola de tierra. Te lo garantizo personalmente.

—Con todo el debido respeto, Teniente… ¿o era Mayor? ¿Coronel? Oh, bueno, con la confusión que hay en el Imperio en estos días supongo que el rango no importa realmente. Con todo el debido respeto, imperial, he sido amenazada por gente mucho más impresionante que tú. En cualquier momento que quieras salir y hacer un cara a cara, estoy lista.

—Oh, claro que haremos un cara a cara —prometió Navett, reprimiendo su enfado. El enfado, y el pensamiento entorpecido que lo acompañaba, era exactamente lo que ella estaba buscando—. No te preocupes por eso. Pero cuando lo hagamos, será en un tiempo y lugar de mi elección, no tuyo.

—Lo que quieras —dijo—. Sería mejor de noche: así pueden aprovechar todas las ventajas de ese Xerrol Nightstinger suyo. ¿No lo tiraron después de ese alboroto de hace unas semanas, no? ¿En el que inculparon a Solo de dispararle a la muchedumbre?

Navett miró al comunicador. Aparte de ser un dolor general todo alrededor de su cuello, esta mujer estaba demasiado bien informada. ¿Para quién espacios trabajaba, de cualquier forma?

—Estás pescando de nuevo —dijo.

—No realmente —dijo groseramente—. Simplemente sumando dos y dos.

—A veces ese tipo de matemática no funciona de la forma en que crees que lo hace —le advirtió Navett—. Y a veces si quien hace las cuentas se queda adonde no es bienvenida, no vive para terminar sus sumas.

Ella cloqueó.

—Estás empezando a repetirte, imperial. Si fuera tú, intentaría pensar en algunas amenazas frescas. Sin embargo, ya se ha pasado mucho mi hora de acostarme y sé que tienen trabajo que hacer, así que los dejaré ir. A menos que quieran buscar su Xerrol y salir a jugar, eso es. Esperaré.

—Gracias —dijo Navett—. Paso por ahora.

—Depende completamente de ustedes —dijo ella—. Quédense con el comlink, tengo suficientes reemplazos. Buenas noches, y feliz excavación.

La transmisión se cortó con un clic.

—Y sueños inquietos y desagradables para ti también —murmuró Navett, arrojando el comunicador al desintegrador.

Miró de nuevo a Klif.

—Esto —dijo oscuramente—, es exactamente lo que necesitábamos.

—Oh, exactamente —bufó Klif—. ¿Entonces qué vamos a hacer sobre ella?

—Por ahora, nada —dijo Navett, recogiendo el desintegrador y llevándolo hasta la lona—. A pesar de toda su pesca y sus acusaciones, realmente no sabe nada.

—Como llamas que no —replicó Klif—. Sabe que estamos excavando sobre uno de los conductos de energía del edificio del escudo. ¿Qué más necesita?

—Exactamente mi punto —dijo Navett—. Ella ha descubierto nuestra excavación, pero no ha llamado a Seguridad contra nosotros —Se acuclilló y deslizó la hoja de su pala bajo el borde de su puerta-trampa—. ¿Por qué no?

—¿Cómo voy a saberlo? —refunfuñó Klif, poniendo su pala en su lugar al otro lado—. Quizá cree que ganará una recompensa si puede entregar todo en un bonito paquete.

—Puede ser —dijo Navett, levantando cuidadosamente. El bloque subió, y puso los dedos debajo del borde—. Yo creo que es más probable que ella tenga algún problema propio con los bothans lo que significa que no puede ir a ellos con ninguna acusación.

—Eso no le impediría hacer una llamada anónima —gruñó Klif mientras quitaban la puerta-trampa del agujero—. Con el humor en el que están allí afuera, probablemente están saltando a cada ramita quebrada.

—No —dijo Navett, mirando al agujero—. No, ella no es del tipo de las llamadas anónimas. Creo que por cualquier razón que sea, ella ha decidido tomarse todo esto personalmente. Orgullo profesional, quizás… No lo sé. La cuestión es que ha convertido esto en un duelo privado entre ella y nosotros.

Klif gruñó.

—Bastante estúpido.

—Estúpido para ella —convino Navett—. Útil para nosotros.

—Quizá —dijo Klif—. ¿Entonces qué hacemos ahora?

—Volvemos al trabajo —dijo Navett, saltando al agujero—. Y cuando terminemos —agregó, clavando su pala en la tierra compacta a sus pies—, iré a buscar el Xerrol. Quizá mañana por la noche le aceptemos su invitación de salir a jugar.

• • •

Gavrisom alzó la vista del datapad de Leia, las puntas prensiles de su ala golpeteaban inquietas el escritorio a su lado.

—¿Y de verdad crees que es sincero en esto? —dijo.

—Muy sincero —dijo Leia, sintiendo que un ceño le arrugaba la frente. Ella había esperado una reacción considerablemente más positiva a la propuesta de paz de Pellaeon—. Y examiné las credenciales que trajo de los Moffs Imperiales. Todo estaba en orden.

—O así parecía —dijo Gavrisom, agitando la melena—. Así parecía.

Volvió a mirar abajo al datapad, tocó el control para retroceder. Leia lo miró, intentando entender este extraño e inesperado conflicto emocional que podía sentir en él. Un final a la larga guerra podía estar finalmente al alcance de la mano. Seguramente éstas eran noticias por lo menos para un cauto entusiasmo.

¿Entonces por qué él no estaba cautelosamente entusiasmado?

Gavrisom la miró de nuevo.

—Aquí no hay ninguna mención a Thrawn en ninguna parte —señaló—. ¿Le preguntaste a Pellaeon acerca de eso?

—Lo discutimos brevemente —dijo Leia—. Para ese momento él no había recibido ninguna comunicación de Bastión que dijera que Thrawn había asumido el comando supremo. Ni había recibido ninguna indicación de que los Moffs hubieran rescindido su autorización para comenzar las charlas de paz.

—Ninguna de esas cosas significa nada en absoluto —dijo Gavrisom, su tono atípica y repentinamente áspero—. Con Thrawn en la escena, oficialmente o no, esto no significa absolutamente nada —Palmoteó el datapad con la punta del ala.

—Entiendo tus preocupaciones —dijo Leia, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero si no es un truco, ésta podría ser nuestra oportunidad para finalmente acabar con esta larga guerra…

—Es ciertamente un truco, Consejera —dijo Gavrisom—. Es lo único de lo que podemos estar seguros. La única pregunta es qué exactamente espera ganar de él Thrawn.

Leia se reclinó en su asiento. La llamarada de emoción justo entonces…

—No quieres que la oferta de Pellaeon sea genuina, ¿no? —preguntó—. Quieres que sea un truco.

Gavrisom apartó los ojos de ella, resoplando un suave suspiro relinchante.

—Mira a nuestro alrededor, Leia —dijo en voz baja, girando la cabeza para mirar afuera por el ventanal del camarote—. Míralos. Casi doscientas naves de guerra, docenas de pueblos, todos listos para empezar una guerra civil por sus propios conceptos individuales acerca de lo que constituye la justicia por Caamas. La Nueva República está a punto de destruirse a sí misma… y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo.

—Han tiene una copia del Documento de Caamas —le recordó Leia—. La tendrá aquí mañana. Eso debería desactivar mucha de la tensión.

—Estoy seguro de que lo hará —convino Gavrisom—. Pero a estas alturas no estoy dispuesto a confiar en que ni siquiera eso vaya a detenerlos. Tú y yo sabemos que para muchos de los combatientes potenciales Caamas se ha vuelto meramente una excusa conveniente para reiniciar viejas guerras con viejos enemigos.

—Comprendo eso —dijo Leia—. Pero una vez que se les quite esa excusa, tendrán que ceder.

—O crear una excusa diferente —contrapuso amargamente Gavrisom—. El hecho es, Leia, que la Nueva República está en peligro de fragmentarse, de ser despedazada por nuestra propia vasta diversidad. Necesitamos tiempo para contrarrestar esas fuerzas; tiempo para hablar, tiempo para planear, tiempo para intentar construir alguna clase de unidad con todos estos pueblos diferentes.

Agitó un ala hacia el ventanal.

—Pero ya no tenemos ese tiempo… esta crisis nos lo ha arrebatado. Necesitamos recuperarlo.

—El Documento de Caamas hará eso —insistió Leia—. Estoy segura de que lo hará.

—Quizás —dijo Gavrisom—. Pero como Presidente, no puedo darme el lujo de poner todas mis esperanzas en eso. Debo prepararme para invocar cada propósito en común que pueda encontrar para la Nueva República. Cada propósito en común, cada meta en común, cada carácter cultural en común.

Tocó el datapad, suavemente esta vez.

—Y, si es necesario, cada enemigo en común.

—Pero ellos ya no son un enemigo real —dijo Leia, esforzándose por mantener la voz calma—. Son demasiado pequeños y débiles para ser cualquier tipo de amenaza.

—Quizás —dijo Gavrisom—. Pero con tal de que estén allí afuera, tenemos a alguien contra quien unirnos —Titubeó—. O incluso contra quien luchar, si es necesario.

—No hablas en serio —dijo Leia, mirándolo fijamente—. Provocar una acción contra el Imperio a estas alturas no sería nada menos que una matanza.

—Ya lo sé —agitó la cabeza—. No me gusta esto nada más que a ti, Leia. De hecho, admito estar avergonzado de usar al pueblo del Imperio de esta forma. Pero no es de ninguna importancia si mi nombre y recuerdo son denunciados por la historia. Mi trabajo es mantener unida a la Nueva República, y haré cualquier cosa que sea necesaria para lograrlo.

—Quizás yo tengo más fe en nuestro pueblo que tú —dijo Leia en voz baja.

—Quizás la tengas —dijo Gavrisom con una inclinación—. Sinceramente espero que tengas razón.

Por un momento se quedaron sentados juntos en silencio.

—Presumo que no harás públicas las noticias de la oferta de Pellaeon —dijo Leia por fin—. Sin embargo, con tu permiso, me gustaría empezar a armar una lista de delegados para una completa conferencia de paz. Si y cuando decidas proceder con esto.

Gavrisom titubeó, entonces asintió.

—Admiro tu confianza, Consejera —dijo—. Sólo desearía que pudiera compartirla. Sí, por favor prepara tu lista.

—Gracias.

Ella se levantó de su silla y recogió su datapad.

—Te tendré la lista preparada para mañana —Se encaminó hacia la puerta del camarote…

—Tienes, por supuesto, otra opción a tu disposición —llamó Gavrisom desde atrás de ella—. Estás meramente de licencia de la Presidencia. Asumiendo que el Senado confirme la decisión, podrías reasumir esa oficina ahora mismo.

—Ya lo sé —dijo Leia—. Pero éste no es el momento para eso. Tu voz es la que ha estado hablando por Coruscant desde que el Documento de Caamas salió a la luz por primera vez. No sería bueno que esa voz cambiara de repente.

—Quizás —dijo Gavrisom—. Pero hay muchos en la Nueva República que creen que los calibops somos habilidosos en las palabras y en nada más. Quizás el tiempo de las palabras ha terminado, y ha llegado el tiempo para la acción.

Leia se estiró brevemente a la Fuerza.

—El tiempo para la acción puede de hecho haber llegado —convino ella—. Pero eso no significa que el tiempo de las palabras haya terminado. Siempre serán necesarias ambas.

Gavrisom relinchó suavemente.

—Entonces yo continuaré con las palabras —dijo—. Y te confiaré a ti las acciones. Que la Fuerza nos acompañe a ambos.

—Que la Fuerza nos acompañe a todos —dijo Leia en voz baja—. Buenas noches, Presidente Gavrisom.

CAPÍTULO 33

Esperó hasta una hora después de que los sonidos de fondo de la casa se hubieran callado. Entonces, levantándose de la cama, Shada dejó su cuarto en el vasto complejo subterráneo que era la casa de Jorj Car'das y se deslizó por el vestíbulo oscurecido.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada, y el truco Aing-Tii de agitar la mano que había usado Car'das para entrar obviamente no iba a funcionar para ella. Sin embargo, antes de darles las buenas noches les había mostrado a ella y a Karrde el método más convencional para abrir las puertas de sus cuartos, y estaba contando con que la biblioteca estuviera equipada del mismo modo. Buscando con los dedos en las piedras que delineaban la puerta, encontró la que estaba ligeramente más fría y apretó su palma contra ella.

Por quizás veinte segundos no pasó nada. Shada mantuvo la presión en la piedra, alerta por señales de actividad en el área y preguntándose de nuevo acerca de este ridículo procedimiento. Basada en la historia de vida que les había contado, no podía ver al Jorj Car'das que había llegado por primera vez aquí a Exocron como un hombre demasiado paciente, ciertamente no del tipo que instalaría en su casa puertas a las que les tomaría medio minuto en abrirse. Ella sólo podía asumir que su pensamiento en ese momento había sido que los intrusos con intenciones de robo o violencia serían igualmente impacientes.

Claro que, por supuesto, con sus trucos Aing-Tii, nada de esto importaba. Por lo menos no para él.

Debajo de su mano, la piedra gatillo emitió un suave sonido sordo. Shada continuó la presión; y unos segundos más tarde la puerta finalmente se abrió deslizándose ponderosamente.

Había esperado que la biblioteca estuviera tan oscura como el resto de la casa, con sólo un manojo de paneles de luz atenuados para mostrar el camino. Pero para su sorpresa intranquila, el cuarto estaba iluminado mucho más que eso. No tan brillante como lo había estado cuando Car'das se lo mostró más temprano, pero más brillante que lo que cualquier cuarto deshabitado debería estarlo. Se deslizó adentro, agachándose a la izquierda al pasar la puerta; y cuando lo hizo, vislumbró una sombra en movimiento en el círculo central cerca del escritorio de la computadora.

¿Car'das? Reprimió una maldición entre dientes. Karrde ya había programado una partida temprano por la mañana para la cita del *Salvaje Karrde* con la nave Aing-Tii. Ésta era su singular y única oportunidad para conseguir la datacard que necesitaba encontrar.

Y entonces, flotando desde el escritorio de la computadora, oyó una voz ahogada pero muy familiar: distintiva, un poco remilgada, y bastante mecánica. Silenciosamente, se separó de la pared y se encaminó por uno de los angostos pasillos entre los gabinetes de datos y se dirigió hacia el centro.

Para encontrar que sus oídos de hecho no habían estado jugándole trucos.

—Hola, Ama Shada —dijo brillantemente Trespeó, enderezándose de su postura inclinada encima del escritorio de la computadora—. Pensé que usted y los demás se habían retirado a dormir.

—Pensé que tú también lo habías hecho —dijo Shada, mirando al gabinete de datos más cercano cuando caminó hasta él. Cada estante estaba completamente lleno de pilas de datacards; cada pila de datacards era de ocho o diez de profundidad. Una increíble colección de conocimiento—. O lo que sea que hacen los droides por la noche.

—Oh, usualmente me apago por algún tiempo —le contó Trespeó—. Pero el Amo Car'das, durante nuestra conversación de más temprano, me sugirió que podría desear tener una charla con su computadora principal. No es que la computadora a bordo del *Salvaje Karrde* no sea una compañía decente, por supuesto —agregó apresuradamente—. Pero debo admitir a veces que extraño a Erredós y a otros de mi propio tipo.

—Lo entiendo —le aseguró Shada, con un nudo formándose en su garganta—. Puede ser muy solitario estar en alguna parte adonde estás fuera de lugar.

—En serio —dijo interesadamente Trespeó—. Supongo que siempre había asumido que los seres humanos eran adaptables a casi cualquier lugar y circunstancia.

—Ser adaptable a algo no necesariamente significa que te guste —señaló Shada—. De muchas formas yo estoy tan fuera de lugar a bordo del *Salvaje Karrde* como tú.

El droide inclinó la cabeza.

—Lo siento tanto, Ama Shada —dijo, sonando apenado—. No tenía ninguna idea de que se sentía de esa forma. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

—Quizá ayudarme a volver a donde pertenezco —Shada hizo señas hacia el escritorio de la computadora—. ¿Has llegado a conocer a la computadora lo suficientemente bien como para poder hacer una búsqueda en la biblioteca de Car'das?

—Ciertamente —dijo Trespeó, con voz repentinamente cauta—. Pero éste es el equipo del Amo Car'das. No estoy seguro de si debería…

—Estará bien —lo tranquilizó Shada—. No voy a robar nada. Todo lo que quiero es una pequeña pieza de información.

—Supongo que eso estará bien —dijo Trespeó, todavía sonando incierto—. Después de todo, somos sus invitados, y los invitados a menudo tienen algunos derechos tácitos sobre la casa…

Se detuvo cuando Shada alzó una mano.

—¿Puedes hacer la búsqueda? —preguntó de nuevo.

—Sí, Ama Shada —contestó con una voz un poco dominada—. ¿Qué desea buscar?

Shada respiró profundo…

—Emberlene —vino una voz baja desde detrás de él—. El planeta Emberlene.

—¡Oh, cielos! —jadeó Trespeó. Shada se dio la vuelta, acuclillándose ligeramente, su mano se metió debajo de su túnica hasta la empuñadura de su bláster…

—Perdón —dijo Car'das, saliendo a la vista alrededor del círculo interno de gabinetes de datos—. No quise sobresaltarlos de esa forma.

—Ciertamente espero que no —dijo Shada, todavía asiendo su bláster, con los músculos y reflejos preparados para el combate. Si Car'das no aprobaba su presencia aquí—… No te oí entrar.

—Se suponía que no debían oírme —dijo, sonriendo—. ¿No estás planeando usar ese bláster, no?

Hasta ahí llegó la sutileza Mistryl.

—No, por supuesto que no —dijo, retirando la mano vacía—. Sólo estaba…

Se interrumpió, frunciendo el ceño, cuando las palabras que él había dicho hace un momento de repente penetraron a su mente consciente.

—¿Qué dijiste cuando llegaste?

—Le conté a Trespeó que querías hacer una búsqueda acerca del planeta Emberlene —dijo Car'das, mirándola firmemente—. ¿Eso es lo que ibas a buscar, no, mi joven guardia de la sombras Mistryl?

Su primer impulso fue negarlo. Pero mirando en esa mirada tranquila, supo que sería un esfuerzo perdido.

—¿Por cuánto tiempo lo has sabido? —preguntó en cambio.

—Oh, no por tanto tiempo —dijo, agitándose una mano en un extraño gesto de auto-desaprobación—. Lo sospechaba, por supuesto, pero no lo supe realmente hasta que derrotaste a esos cuatro motociclistas afuera de lo de Bombaasa.

Shada hizo una mueca.

—Así que Karrde tenía razón —dijo—. Pensó que darle a Bombaasa su nombre eventualmente te alcanzaría.

Car'das agitó la cabeza.

—Me malinterpretas. Bombaasa no trabaja para mí, ni yo para él. De hecho, aparte de Enedós Nee y algún otro personal de mi casa, nadie en absoluto realmente trabaja para mí.

—Correcto… estás retirado —gruñó Shada—. Lo olvidé.

—O sino, no lo crees realmente —contrapuso Car'das—. ¿Cuéntame, qué es lo que quieres para Emberlene?

—Lo que todos los demás quieren —respondió el fuego—. Por lo menos lo que quieren para los mundos grandes e importantes como Caamas. Quiero justicia para mi pueblo.

Car'das agitó la cabeza.

—Tu pueblo no quiere justicia, Shada —dijo, con una tristeza infinita en la voz—. Nunca la quiso.

—¿De qué estás hablando? —demandó Shada, sintiendo que su cara se calentaba—. ¿Cómo te atreves a juzgarnos? ¿Cómo te atreves a juzgar a cualquiera? ¿Sentado aquí afuera tan alto y poderoso, nunca dignándote a ensuciarte tus propias manos, mientras todos los demás luchan, sangran y mueren?

Se interrumpió, su furia creciente contra la actitud de él batallando contra el miedo profundamente inculcado a perder el control.

—No sabes cómo es en Emberlene —dijo entre dientes—. Nunca has visto el sufrimiento y el hambre. No tienes ningún derecho a decir que nos hemos rendido.

Las cejas de Car'das se alzaron.

—Nunca dije que se hubieran rendido —la corrigió suavemente—. Lo que dije era que no querían justicia.

—¿Entonces qué queremos? —gruñó Shada—. ¿Caridad? ¿Lástima?

—No —Car'das agitó la cabeza—. Venganza.

Shada sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabes por qué murió Emberlene, Shada? —preguntó Car'das—. No cómo murió: no la tormenta de fuego y el gigantesco ataque aéreo y espacial que finalmente lo aplastó… ¿pero por qué?

Ella lo miró fijamente, una oscura inquietud empezaba a arremolinarse en la llama de su enojo y frustración. Había algo detrás de esos ojos que no le gustaba en absoluto como se veía.

—Alguien temía a nuestro poder y prestigio crecientes y decidió hacer un ejemplo de nosotros —dijo cuidadosamente—. Algunos piensan que esa persona era el mismo Palpatine, razón por la cual nunca hemos trabajado para su Imperio.

Sus cejas se alzaron de nuevo.

—¿Nunca?

Shada tuvo que apartar la vista de esa mirada.

—Teníamos millones de refugiados que alimentar y vestir —dijo, su voz sonaba huecamente defensiva a sus oídos—. Sí, a veces trabajamos incluso para el Imperio.

Por un momento el cuarto estuvo lleno de un tenso silencio.

—Los principios muy a menudo son así, ¿no? —dijo por fin Car'das—. Tan resbaladizos. Tan difíciles de cumplir.

Shada lo volvió a mirar, intentando pensar una réplica apropiadamente mordaz. Pero nada le vino a la mente. En el caso de Emberlene, en el caso de las Mistryl, su tranquilo cinismo era demasiado cierto.

—De todos modos, ese principio en particular no tenía ningún fundamento real —continuó Car'das—. Resulta que Palpatine no tuvo nada que ver con la destrucción de Emberlene.

Él la pasó y dio la vuelta alrededor del gabinete de datos detrás de Trespeó.

—Aquí tengo la verdadera historia de tu mundo —dijo, haciendo señas hacia la fila superior de datacards—. Reuní toda la información una vez que supe que ibas a venir aquí con Karrde. ¿Te gustaría verla?

Automáticamente, Shada caminó hacia él… titubeó.

—¿Qué quieres decir con verdadera? —preguntó—. ¿Qué quiere decir cualquiera con verdadera? Ambos sabemos que la historia la escriben los vencedores.

—La historia también la escriben los espectadores —dijo Car'das, su mano todavía alzada al lado de las datacards—. Los caamasi, y los alderaanianos, y los Jedi. Gente que no tuvo ninguna parte o interés en lo que pasó. ¿Los acusarías a todos de mentir?

Shada tragó saliva, el miedo y una horrible sensación de inevitabilidad se retorcían en su garganta.

—¿Y qué dicen todas estas partes desinteresadas? —preguntó.

Lentamente, Car'das bajó la mano.

—Dicen que tres años antes de su destrucción —dijo suavemente—, los gobernantes de Emberlene desataron una oleada de conquistas. Que en los primeros dos y medio de esos años destruyeron, conquistaron y pillaron a cada uno de la docena de otros mundos a su alcance.

—*No* —Shada se oyó murmurar—. No. Eso no puede ser verdad. Nosotros no habríamos… no hubiéramos podido hacer algo así.

—A los ciudadanos promedio no les contaron la verdadera historia, por supuesto —dijo Car'das—. Aunque me imagino que la mayoría podría haber leído entre líneas si de verdad querían saber lo que sus líderes estaban haciendo. Pero tenían el triunfo y el botín, el orgullo y la gloria. ¿Por qué molestarse con la mera verdad?

De nuevo, Shada tuvo que apartar la mirada de esos ojos. *No fue culpa mía, quería protestar. Yo no estuve allí. Yo no lo hice.*

Pero las palabras eran huecas, y ella lo sabía. No, ella no había sido una de los que habían hecho aquéllas conquistas de Emberlene y buscado ávidamente por más. Pero al dedicar su vida a las Mistryl, había a su propio modo ayudado a perpetuar la mentira.

Todo porque había querido hacer una diferencia.

—No deberías tomarte nada de esto personalmente, Shada —interrumpió suavemente sus pensamientos Car'das—. No lo sabías; y el deseo de hacer una diferencia es algo que todos tenemos profundamente adentro.

Shada lo miró amenazadoramente.

—¡Mantente afuera de mi mente! —exclamó—. Mis pensamientos no son asunto tuyo.

Él inclinó brevemente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No quise entrometerme. Pero cuando alguien está gritando, normalmente es difícil no alcanzar a oír.

—Bueno, inténtalo más fuerte —Shada respiró profundo—. ¿Entonces qué pasó? ¿Cómo fuimos finalmente detenidos?

—Sus víctimas y víctimas potenciales eran demasiado débiles para devolver la pelea por sí mismas —dijo Car'das—. Así que agruparon sus recursos y contrataron a un ejército mercenario. El ejército fue… quizás demasiado eficiente.

Demasiado eficiente. De nuevo, Shada buscó una réplica abrasadora. De nuevo no había nada que pudiera decir.

—Y todos en el sector se regocijaron —murmuró.

—Sí —dijo Car'das en voz baja—. Pero por haber detenido una peligrosa maquinaria de guerra. No por el sufrimiento de los inocentes.

—No, los inocentes nunca son una prioridad muy alta, ¿no? —dijo Shada, oyendo la amargura en su voz—. ¿Cuenta tu verdadera historia quién fue el ejército que nos destruyó? ¿O quiénes fueron sus patrocinadores?

Su cara pareció restablecerse sutilmente.

—¿Por qué quieres saberlo?

Shada se encogió incómoda de hombros repentinamente cansados.

—Mi gente nunca ha sabido quién lo hizo.

—¿Y si te doy esa información, qué harás con ella? —preguntó Car'das—. ¿Volver la venganza de las Mistryl contra ellos después de todos estos años? ¿Crear todavía más sufrimiento entre más inocentes?

Las palabras fueron una súbita puñalada a su corazón.

—No sé lo que harán con ella —dijo Shada, una súbita neblina en sus ojos le emborronó la vista—. Todo lo que sé es que es lo único que yo puedo llevar que podría permitirme…

—Se interrumpió, frotándose viciosamente los ojos.

—No quieres volver a ellas, Shada —dijo Car'das—. Están viviendo una mentira, lo sepan o no. Eso no es para ti.

—Tengo que hacerlo —dijo miserablemente Shada—. ¿No lo entiendes? Tengo que trabajar para algo más grande que yo misma. Siempre he necesitado eso. Tengo que tener algo en lo que pueda creer a lo que aferrarme y a lo que servir.

—¿Qué hay de la Nueva República? —preguntó Car'das—. ¿O del mismo Karrde?

—La Nueva República no me quiere —dijo entre dientes—. Y Karrde… —Agitó la cabeza, un ácido le quemaba en la garganta—. Karrde es un contrabandista, Car'das, como lo eras tú. ¿Qué tipo de propósito en el que creer es ese?

—Oh, no lo sé —dijo pensativamente Car'das—. Karrde ha alterado considerablemente la organización desde mis días con ella.

—Todavía está en el bajo mundo —dijo Shada—. Todavía es ilegal y clandestina. Yo quiero algo honorable, algo noble. ¿Es eso tanto pedir?

—No, por supuesto que no —dijo Car'das—. Sin embargo, ahora Karrde es un negociante de información más que un contrabandista. ¿No es eso por lo menos un poco mejor?

—No —dijo Shada—. De hecho, es peor. Traficar información no es nada más que venderle la propiedad privada de la gente a aquellos que no merecen tenerla.

—Un punto de vista interesante —murmuró Car'das, su mirada se movió a la derecha de Shada—. ¿Alguna vez lo habías considerado de esa forma?

—No lo había hecho hasta ahora —dijo la voz de Karrde.

Shada se dio la vuelta, sacudiéndose las últimas lágrimas que quedaban en sus ojos. A su derecha, vestido en una túnica y zapatillas de nave, Karrde estaba parado justo afuera del círculo interno, mirándola con una extraña expresión en la cara.

—Quizás necesito reevaluar mis ideas —agregó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó Shada.

—Car'das me llamó —dijo Karrde. Miró a Car'das, con la frente arrugada—. Por lo menos, creo que me llamó.

—Oh, sí, definitivamente —le aseguró Car'das—. Pensé que debías oír esta parte de la conversación —Le inclinó la cabeza a Shada—. Otra vez, perdóname, Shada, si te sobresalté.

Shada reprimió una mueca.

—Simplemente está lleno de sorpresas, ¿no? —comentó.

—Él siempre fue así —convino Karrde, caminando hasta su lado—. Está bien, Car'das. Tus dos títeres están juntos y esperando tus órdenes. ¿Qué quieres de nosotros?

Los ojos de Car'das se abrieron en una mirada de inocencia.

—*¿Yo?* —protestó—. No quiero nada de ustedes, amigos míos. Al contrario, deseo darles un regalo.

Shada miró a Karrde, lo encontró dándole la misma mirada sospechosa.

—En serio —dijo secamente Karrde—. ¿Y qué tipo de regalo puede ser?

Car'das sonrió.

—Nunca fuiste alguien que aprecie las sorpresas, ¿no, Karrde? —dijo—. No eres demasiado malo en repartirlas, sabes, pero extremadamente pobre para aceptarlas. Pero creo que te gustará esta.

Él se volvió hacia el gabinete de datos detrás de él y seleccionó dos datacards del estante de arriba.

—Éste es el regalo que te ofrezco —dijo, volviendo a enfrentarlos, sosteniendo una de las datacards en cada mano—. *Ésta* —…levantó la mano derecha…— es la historia de Emberlene sobre la que acabo de hablar con Shada. Algo que ella quiere muchísimo, o por lo menos que ha pensado en el pasado que quería. *Ésta* —…levantó la mano izquierda…— es una datacard que hice especialmente para ti. Una que personalmente pienso que a la larga será muy beneficiosa para todos.

—¿Qué hay en ella? —preguntó Karrde.

—Información útil —Car'das las apoyó lado a lado en el escritorio de la computadora—. Pueden tener una de ella. Por favor escojan.

A su lado, Shada sintió que Karrde respiraba profundo.

—Es tu elección, Shada —dijo en voz baja—. Toma la que desees.

Shada miró fijamente a las dos datacards, esperando a que el inevitable tumulto emocional la retorciera. Su única esperanza de volver a unirse a las Mistryl, quizás incluso su única esperanza de que no la mataran por esa marca de muerte que le habían puesto, yacía allí a su izquierda. A su derecha había algo desconocido, reunido por un anciano que fácilmente podría estar medio demente, para el supuesto beneficio de otro hombre cuyo único propósito en la vida era la antítesis de lo que ella siempre había anhelado.

Pero para su abrumada sorpresa, el tumulto nunca vino. ¿Había sido meramente quemado todo por las revelaciones más tempranas de Car'das, se preguntó vagamente, sin dejarle ninguna fuerza para manejar emociones tales como el enojo o la incertidumbre?

Pero no. No había ningún tumulto porque realmente no había ninguna decisión que hacer. Car'das tenía razón: ya no podía trabajar más para las Mistryl, que servían y mataban y morían para que Emberlene pudiera alzarse de nuevo algún día. No ahora que sabía lo que Emberlene había sido alguna vez.

Y ciertamente no ahora que podía ver lo que las Once podrían hacer con el conocimiento en esa datacard.

La justicia que ella una vez había pensado que estaba buscando ya había sido llevada a cabo. Todo lo que esa datacard podía crear, *era venganza*.

Estirándose por encima del escritorio, distantemente consciente de que ahora estaba finalmente cruzando el puente final con su pasado, levantó la datacard a la derecha.

—Estoy complacido contigo, Shada D'ukal, hija de las Mistryl —dijo Car'das con una calidez que nunca antes había oído en su voz—. Te prometo que no serás defraudada.

Shada miró a Karrde, preparándose para su reacción ante la revelación de Car'das. Pero él meramente sonrió.

—Está bien —dijo—. He sabido quién eres por mucho tiempo.

Miró de nuevo a Car'das.

—Quién era —corrigió a Karrde en voz baja—. Lo que soy ahora… no lo sé.

—Encontrarás tu camino —le aseguró Car'das. Abruptamente se enderezó y se frotó las manos—. Pero ahora, es hora de irse.

Shada parpadeó.

—¿Ya? Pensé que teníamos hasta mañana.

—Claro, es de mañana allí afuera —dijo Car'das, viniendo alrededor del escritorio de la computadora y tomando a Karrde y Shada de un brazo cada uno—. Bastante cerca, por lo menos. Vengan, vengan, todavía tienen mucho por hacer. Tú también, Trespeó, ven.

—¿Qué hay acerca de esto? —Shada preguntó, agitando la datacard mientras Car'das los empujaba por el pasillo hacia la salida.

—Pueden leerla en el camino al punto de cita —le dijo Car'das—. Sólo ustedes dos juntos… nadie más. Después de eso, creo que sabrán qué hacer.

Alcanzaron la puerta y Car'das agitó la mano para abrirla.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó Karrde mientras el anciano los llevaba de vuelta por el vestíbulo, ahora de nuevo apropiadamente iluminado, hacia sus cuartos.

—Mi puerta siempre estará abierta para ti —dijo Car'das—. Para cualquiera de ustedes, por supuesto. Regresen en cualquier momento que quieran visitarme. Pero por ahora, deben darse prisa.

• • •

Una hora más tarde, el *Salvaje Karrde* despegó de Exocron y partió al espacio. Una hora después de eso, después de asegurarse por sí mismo de que estaban apropiadamente en camino a su cita con la nave Aing-Tii que los esperaba, Karrde llevó a Shada a su oficina.

Y sentados juntos delante de la pantalla de su escritorio, leyeron la datacard.

Shada fue la primera en romper el silencio.

—Él tenía razón, ¿no? —murmuró—. *Esto es increíble.* Si es verdad, eso es.

—Oh, es verdad —dijo Karrde, mirando fijamente a la pantalla, su mente le daba vueltas furiosamente. Shada había bajado inmensamente el calificativo: increíble ni siquiera empezaba a cubrirlo—. Si no fue nada más en toda su vida, Car'das siempre fue confiable.

—Puedo creer eso —Shada agitó la cabeza—. ¿Supongo que vamos a pedirle a los Aing-Tii que nos lleven directo a Coruscant con esto?

Karrde titubeó. Coruscant era por supuesto la elección obvia.

Pero había un completo rango de *posibilidades* aquí. Algunas posibilidades de hecho muy interesantes.

—¿Karrde? —Shada cortó en sus pensamientos, su tono repentinamente sospechoso—. ¿Vamos a llevar esto de vuelta a Coruscant, no?

Él le sonrió.

—En realidad, no —dijo—. Creo que podemos hacer algo mejor.

Volvió a mirar a la pantalla, sintiendo que su sonrisa se volvía grave.

—Mucho, mucho mejor.

• • •

Parado en el medio de la pasarela de comando del Destructor Estelar Imperial *Tiránico*, el Capitán Nalgol miraba fijamente a la negrura más allá de los ventanales.

Todavía no había nada que ver allí afuera, por supuesto, a menos que una de sus naves sonda por casualidad se zambullera dentro del borde del escudo invisible o que quisiera contemplar el sucio borde del cometa al costado. Pero era la tradición que el capitán de una nave mirara al universo desde su puente, y Nalgol se estaba sintiendo bastante tradicional hoy.

Cuatro días. Cuatro días más y la larga ociosidad aniquilante habría finalmente terminado. Sólo cuatro días, asumiendo que el equipo de asalto todavía estuviera a horario.

Cuatro días.

Al extremo lejano de la pasarela de comando podía oír aproximándose los pasos ligeramente desacompasados del Jefe de Inteligencia Oissan. Casi diez minutos tarde, notó con desaprobación cuando miró su crono.

—Capitán —dijo Oissan, resoplando ligeramente cuando llegó al lado de Nalgol—. Tengo el último reporte de nave sonda para usted.

Nalgol se volvió hacia él, notando el ligero enrojecimiento de la cara de Oissan.

—Llega tarde —dijo.

—Hicieron falta más análisis que lo usual —dijo tensamente Oissan, ofreciendo un datapad—. Parece que las naves encima de Bothawui casi empezaron la guerra hace unos días.

Nalgol sintió que sus ojos se estrechaban cuando tomó el datapad.

—¿De qué está hablando? —demandó, tecleando en busca del archivo apropiado.

—Una de las naves de guerra ishori decidió avanzar hacia los diamalas —dijo Oissan—. Estuvo a medio parpadeo de empujarlos al combate abierto.

Nalgol maldijo por lo bajo, mirando el reporte. *¿Si esos necios alienígenas impetuosos empezaban las hostilidades antes de que el equipo de asalto estuviera listo…?*

—¿Qué los detuvo? —preguntó—. No importa; allí está —agregó, hojeando la sección—. Interesante. ¿Alguien consiguió un ID de ese carguero?

—Ninguna de las naves sonda estaba lo suficientemente cerca para un ID positivo —dijo Oissan—. Pero el tráfico de comunicaciones subsiguiente a través de la flota dijo que era la Alta Consejera Organa Solo. Aunque eso no está confirmado.

—Aunque es muy probable —gruñó Nalgol—. Sin duda está aquí para ayudar a Gavrisom a tranquilizar a todos.

—Sin duda —Oissan alzó las cejas—. Los rumores también dicen que trajo a un Confiable Caamasi con ella.

—Oh, eso dicen —dijo Nalgol, sintiendo una lenta sonrisa empezando a arrastrar las esquinas de su boca—. Realmente sí.

—Los sabremos con seguridad en uno o dos días —señaló Oissan—. Si Gavrisom tiene a un verdadero caamasi allí con su envío de paz, es seguro que lo ostentará delante de todos en cuanto pueda.

—Claro —murmuró Nalgol—. Y si puede mantenerlo aquí hablando de paz por cuatro días más, podremos decir que había un caamasi presente en la destrucción de Bothawui. Presente y, por consiguiente, aprobándola totalmente —Agitó la cabeza maravillado—. Asombroso. Me pregunto cómo hizo Thrawn para lograrlo…

—Sí, es asombroso —convino Oissan, no sonando ni de lejos tan entusiástico—. Sólo espero que no haya calculado mal en alguna parte a lo largo de la línea. Ciento noventa y un naves de guerra serían un poco demasiado para tres Destructores Estelares si debemos ocuparnos de todas por nosotros mismos.

—Se preocupa demasiado —reprendió Nalgol, devolviéndole el datapad—. Yo he visto a Thrawn trabajando; y él nunca calcula mal nada. El equipo de asalto hará su trabajo; y entonces esas naves de guerra suyas comenzarán a partirse en pedazos entre sí. Todo lo que tendremos que hacer es eliminar a los sobrevivientes y demoler lo que quede del planeta.

—O esa es la teoría, por lo menos —dijo agriamente Oissan—. ¿Puedo recomendar, Capitán, que por lo menos ponga al *Tiránico* y a los demás en alerta de preparación por el resto de nuestra estancia aquí afuera? De esa forma podremos movernos rápidamente si los eventos se desatan antes de lo esperado.

—También significaría cuatro días adicionales de desgaste de los filos de combate —le recordó Nalgol—. Difícilmente creo que eso sea útil.

—Pero si los eventos se desatan demasiado pronto…

—No lo harán —lo cortó bruscamente Nalgol—. Si Thrawn dice cuatro días, serán cuatro días. Y punto.

Oissan respiró profundo.

—Sí señor —murmuró.

Nalgol miró al otro, una mezcla de desprecio y lástima fluctuaba a través de él. Después de todo, Oissan nunca había conocido a Thrawn; nunca había oído la confianza y autoridad en la voz del Gran Almirante. *¿Cómo podría posiblemente entenderlo?*

—Está bien, haremos algo intermedio —dijo—. Ordenaré que la preparación preliminar de batalla comience esta tarde; y un día antes del punto de ignición proyectado, nos pondremos en alerta de preparación. ¿Hará eso que se sienta mejor?

—Sí señor —La boca de Oissan se crispó—. Gracias señor.

—Y su preparación preliminar de batalla comenzará ahora mismo —continuó Nalgol, señalando al datapad—. Quiero que haga una lista de prioridad/amenaza de cada una de esas naves de allí afuera. Ponga todo lo que tengas sobre sus capacidades, defensas, y debilidades, e incluya detalles de la especie del capitán y de la tripulación donde sea posible.

Esbozó una estrecha sonrisa.

—Cuando finalmente salgamos de abajo de este maldito escudo invisible, quiero poder cortar directamente a través de cualquier cosa que quede sin perder tanto como un solo turboláser o Ave de Presa. ¿Entendido?

—Entendido, Capitán —dijo Oissan—. Se lo tendré listo para mañana.

—Muy bien —asintió Nalgol—. Puede retirarse.

Dándose la vuelta esmeradamente, Oissan se dirigió hacia popa a un paso rápido a lo largo de la pasarela de comando. Nalgol lo miró por un momento, entonces volvió a la vista vacía a través del ventanal.

Cuatro días. Cuatro días, y finalmente tendrían su oportunidad de masacrar a la escoria Rebelde.

Le sonrió a la oscuridad. Sí, de hecho se estaba sintiendo *muy tradicional* hoy.

CAPÍTULO 34

Con una sacudida, Luke se despertó.

Por un momento se quedó donde estaba, luchando contra la usual agitación de desorientación inducida por el trance mientras hacía una rápida valoración de su situación. Estaba sentado en un asiento ligeramente incómodo, reconoció, con un tablero de control poco familiar delante de él y una carlinga curva delante de eso. En alguna parte detrás de todo eso el exterior estaba completamente oscuro…

Parpadeó, de repente despertando totalmente. *¿Completamente oscuro afuera?* Forcejeó con sus correas, dándole una mirada a su crono mientras lo hacía.

E hizo una pausa, dando una segunda mirada al crono. Había estado en el trance curativo por casi cinco horas.

¿Cinco horas?

—Mara, te dije que me despertaras en dos horas —llamó atrás hacia el fondo de la nave, liberándose de las correas y poniéndose torpemente de pie—. ¿Qué pasó, también te quedaste dormida?

Pero no hubo ninguna respuesta, sólo el súbito gorjeo frenético de Erredós.

Y tampoco había ninguna Mara.

—Oh, no —jadeó Luke, estirando su mente para escudriñar cada esquina de la nave. Mara no estaba en ninguna parte—. ¿Erredós, adónde está? —exclamó, dejándose caer a una rodilla y alzando el datapad traductor que todavía estaba enchufado al droide. Las palabras desfilaron por él—… ¿Qué quiere decir que se fue? —demandó—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

Erredós gimió fúnebremente. Luke miró fijamente las palabras que fluían por el datapad, con el corazón zozobrando dentro de él. Mara se había ido hace cinco horas, justo después de que él había entrado en su trance. Erredós no sabía adonde había ido, o por qué.

Pero Luke podía adivinar esas dos cosas.

—Está bien —suspiró, palmeando tranquilizadoramente al droide volvió a sus pies—. Ya sé que no tenías forma de detenerla.

Cruzó a la escotilla, con el sabor de un miedo terrible mezclándose con la amarga certeza de que cualquier cosa que ella se hubiera ido a hacer, ahora ya era demasiado tarde para detenerla.

—Mantén un ojo en la nave —le dijo al pequeño droide, abriendo la escotilla—. Regresaré en cuanto pueda.

Salió caminando, sin molestarse con la escalera de mano, sino simplemente dejándose caer al suelo. Directamente sobre su cabeza entre las crestas de los precipicios circundantes, parches de estrellas brillaban resplandecientes a través de los huecos entre las nubes empujadas por el viento; en todas las demás partes, todo era oscuridad.

Mara, llamó, gritando su nombre con su mente sin esperanzas en la noche silenciosa.

Fue como si una figura con capa y capucha se hubiera revuelto. En alguna parte no muy lejos una oscura presencia escondida, pareció cambiar. Una rendija se abrió entre la capa y capucha…

Aquí arriba, regresó el pensamiento de ella.

Luke miró directamente adelante a la negrura del precipicio, atrapado entre el súbito alivio de que ella todavía estaba viva y la seria sensación de que algo terrible todavía estaba a punto de suceder. Ese vislumbre se desvaneció cuando Mara pareció ponerse su capa mental de nuevo alrededor de ella…

¿Adónde estás?, Luke envió el pensamiento hacia afuera, reprimiendo la tentación de penetrar en este capullo al que ella se había retirado tan repentina e inexplicablemente.

Sintió la vacilación en ella, y su casi resignado suspiro. Entonces, destellando en su mente como visiones en una luz intermitente, captó una serie de imágenes de la cara de roca delante de él, marcando la ruta por la que ella había subido. Enviando un reconocimiento y un estímulo de vuelta hacia ella, cruzó al acantilado y se puso en marcha.

La subida no fue tan complicada como había pensado que lo sería, y con músculos fortalecidos Jedi por detrás, el viaje le llevó menos de diez minutos. Encontró a Mara sentada en un tosco saliente cerca de la cumbre, afirmada de costado contra el refugio parcial de una escabrosa roca vertical.

—Hola —saludó ella en voz baja cuando él subió a la cresta final—. ¿Cómo te sientes?

—Completamente curado —dijo él, frunciendo el ceño mientras maniobraba por el camino a lo largo de la cresta y se sentaba al lado de ella. Su voz había sido tranquila y controlada; pero debajo de la capa oscura de su barrera mental, él podía sentir el borde de una tristeza increíble—. ¿Qué está pasando?

Al débil resplandor de la luz de las estrellas, vio que su mano derecha se levantaba y señalaba hacia adelante.

—La Mano de Thrawn está por allí —dijo—. Puedes ver las cuatro torres contra las nubes cuando la luz es la correcta.

Luke miró en esa dirección, usando sus técnicas de incremento sensorial. Las torres y la pared trasera de la fortaleza eran de hecho visibles, junto con una insinuación de algo entre las torres de más a la izquierda que probablemente era el tejado plano del hangar del que habían salido luchando hacía unas horas.

—¿Qué han estado haciendo? —preguntó.

—No mucho —dijo Mara—. Esa nave que estaba afuera… ¿recuerdas el hueco que vimos en la formación de estacionamiento? Entró hace unas tres horas.

Luke hizo una mueca. Una nave funcional, esperando justo allí delante de las que había saboteado. Preparada para dirigirse a Bastión en el momento que hiciera falta.

—¿No ha salido de nuevo?

Sintió la sacudida de su cabeza.

—No que pudiera verla. De cualquier modo, Parck dijo que interrogaría al piloto antes de tomar una decisión final.

—Ya veo —murmuró Luke. Un interrogatorio a lo largo del cual, bajo las circunstancias, Parck y Fel indudablemente se estarían apresurando tanto como pudieran. Una decisión rápida, una rápida subida de vuelta al cielo, y el Imperio tendría a la Mano de Thrawn y todos sus secretos.

Y sin embargo aquí estaban él y Mara. Esperando.

¿Pero para qué?

—Es cómico, sabes —murmuró Mara desde su lado—. En realidad, es irónico. Aquí estamos: la mujer que pasó diez años intentando construirse una nueva vida para sí misma, y el hombre que pasó esos mismos diez años apresurándose a todas partes como loco para intentar salvar la galaxia de cada nueva amenaza que mostraba su fea cara.

—Esos somos nosotros, es cierto —dijo Luke, mirándola inquieto. La oscuridad retorcida en ella se estaba volviendo más fuerte—… Aunque no estoy seguro de ver la ironía.

—La ironía es que con la Nueva República lista a romperse a sí misma en pedazos, te apresuraste a salvarme a mí —dijo Mara—. Ignorando tus responsabilidades auto-encomendadas, a salvar a una única mujer y su única vida.

La sintió respirar profundo.

—Y esa única mujer —agregó, en una voz casi demasiado baja para oírla—, es ahora la que tiene que sacrificar esa nueva vida que quería. Para salvar a la Nueva República.

Abruptamente, una distante llamarada de luz verde pálida le iluminó la cara. Una cara tallada en piedra; una cara que miraba hacia la noche con un terrible dolor y soledad.

—Parece que llegaste aquí justo a tiempo —dijo mientras un débil trueno resonaba en la distancia.

Hubo una segunda llamarada verde. Con un esfuerzo, Luke apartó los ojos de la cara torturada de ella y se volvió para mirar.

Las torres estaban disparando. Aun mientras se enfocaba en ellas, otro par de llamaradas verdes del turboláser lancearon desde la cima de una de ellas a través del cielo, seguidas por un par de una de las otras torres. Disparando sobre el paisaje en la dirección opuesta a donde estaban él y Mara.

—Tiros de graduación, probablemente —dijo Mara, su voz era la calma engañosa de un resorte demasiado tenso—. Intentan calibrar la distancia. Ahora no falta mucho.

Luke la volvió a mirar. El dolor dentro de ella estaba creciendo, presionando hacia afuera contra su barrera mental como las aguas de una inundación contra un dique.

—¿Mara, qué está pasando?

—Fue todo idea tuya, sabes —continuó como si él no hubiera hablado—. Tú eras el que quería tanto que yo me volviera una Jedi —Inhaló ruidosamente, el sonido de alguien reprimiendo las lágrimas—. ¿Recuerdas?

Y entonces, desde la fortaleza, abruptamente salió una corriente de tiros turboláser, el fuego verde acompañado esta vez por un contrapunto de azul del armamento estilo chiss.

Ahora las cuatro torres estaban disparando, disparando loca y persistentemente, todas en la misma dirección. Luke levantó el cuello, intentando ver, preguntándose a qué mundos le podrían estar disparando. ¿Karrde habría enviado una fuerza de respaldo después de todo? ¿O la Nueva República los habría encontrado, el Imperio? ¿O uno de esos cientos de peligros terribles sobre los que Parck había hablado? Miró de nuevo a Mara…

Y en ese único, horrible latido del corazón, lo supo.

—Mara —jadeó—. No. Oh, no.

—Tenía que hacerse —dijo ella, con la voz temblando. En el reflejo de luz del fuego enemigo Luke pudo ver que ella ya ni siquiera intentaba detener las lágrimas—. Era la única forma de impedirles tomar todo esto y dárselo a Bastión. La única forma.

Luke miró de nuevo a la fortaleza, el cuchillo de la aflicción de Mara clavándose debajo de su propio corazón, un súbito frenesí de pensamientos y urgencia que se arremolinaba a través de su mente. Si hubiera despertado más temprano, si se hubiera abierto camino por la fuerza a través de sus barreras mentales allá en la fortaleza y hubiera averiguado su plan privado, si incluso ahora se estirara con todo el poder de la Fuerza…

—No lo hagas —murmuró Mara, con voz infinitamente cansada—. Por favor, no. Es mi sacrificio, ¿no lo ves? El sacrificio final que cada Jedi tiene que atravesar.

Su mano se extendió torpemente para tocar la suya. Se sentía muy fría.

—No hay nada que puedas hacer. Nada en absoluto.

Luke inhaló lánguidamente, el fresco aire nocturno se clavaba como el hielo de Hoth en sus pulmones, sus manos, mente y corazón le escocían con el deseo abrumador de hacer algo. De hacer *cualquier cosa*.

Pero ella tenía razón. Él podía odiarlo, podía oponerse amargamente; pero bien profundo, sabía que ella tenía razón. El universo no era su responsabilidad. Las decisiones hechas por otras personas, sus acciones, sus consecuencias, incluso sus sacrificios, tampoco eran su responsabilidad.

Mara había hecho *su elección*, y había aceptado las consecuencias de ella. Y él no tenía ni el deber ni el derecho de intentar quitársela.

Lo que sólo le dejaba *una cosa* que podía hacer. Acercándose a ella en el saliente, puso su brazo alrededor de su cuerpo.

Ella se resistió por un momento, los viejos miedos y hábitos y soledad mezclándose con el irritado dolor para apartar sus músculos lejos de él. Pero sólo por un momento. Entonces, como si ahora también se hubiera perdido esa parte de su vida, se derritió contra su costado, sus barreras tan cuidadosamente construidas cedieron cuando finalmente derramó el pesar y la pérdida que había sostenido tan profunda y privadamente dentro de ella.

Luke envolvió su brazo más fuerte alrededor de ella, murmurando palabras sin sentido mientras luchaba junto a ella a través de la tormenta de dolor y miseria, absorbiendo lo que podía y ofreciendo todo el consuelo y calor que podía a cambio. A la distancia, el fuego de las torres se incrementó…

Y entonces, sobre el borde del precipicio, lo vio. Volando bajo por encima de una colina distante, con su casco bruñido por el efecto surrealista de los escudos completos operando en la atmósfera, se retorcía y enroscaba como algo viviente mientras evadía, esquivaba o simplemente absorbía la brutal tormenta de fuego que aniquilaba el aire a su alrededor, respondiendo el fuego constante pero inútilmente hacia la piedra negra impenetrable que se alzaba ante él. Atraído como un mynock hacia un cable de energía, hacia el mando a distancia que Mara había empalmado en uno de los sistemas de comunicaciones de las naves alienígenas, estaba abriéndose camino con determinación hacia la entrada abierta del hangar, el único punto débil en toda la fortaleza. La nave personal de Mara, lo único en el universo que era de verdad suyo.

El *Fuego de Jade*.

Ahora las lágrimas habían cesado, los hombros de Mara se tensaron debajo del brazo de Luke cuando ella se inclinó tensa hacia adelante para mirar. Ahora el *Fuego* casi había llegado a la Mano de Thrawn, y Luke podía ver que debajo del efecto bruñido el casco había sido arañado en una docena de lugares diferentes, en algunos lugares con el remolino amarillo de rabiosas llamas ardiendo por detrás. Las torres intensificaron su ataque; pero era demasiado tarde. El *Fuego* se zambulló por última vez, saliendo de su vista…

Y con una brillante bola de fuego amarillo-anaranjada que detonó hacia afuera a las lejanas montañas, iluminando el paisaje como la luz del día en Coruscant, alcanzó su meta.

El sonido de la explosión un segundo más tarde pareció curiosamente ahogado, como si la pared de piedra de Hijarna que la contenía probablemente hubiera sido tan poco afectada por el sonido como lo había sido por la explosión misma. Unos segundos más tarde otra explosión aún más baja los cubrió, retumbando desde las montañas. Las torres, casi renuentemente al parecer, cesaron de disparar.

Y una vez más, el silencio de la noche cayó alrededor de ellos.

Se quedaron allí sentados en silencio por un largo tiempo, aferrándose entre sí, mientras miraban fijamente a la luz amarilla retorcida que era la pira funeraria del *Fuego*. Lentamente, al tiempo que el incendio de la bahía hangar se extinguía, Luke sintió que el dolor de Mara se desvanecía.

Pero para su sorpresa, no era una amargura desesperada o ni siquiera un simple agotamiento lo que surgió dentro de ella para llenar el espacio dejado por el dolor. Ya había lamentado su pérdida y gastado su dolor; y ahora, como siempre pasaba con ella, era hora de apartar los sentimientos y emociones y enfocarse de nuevo en la tarea que necesitaba hacerse.

Y de hecho, un minuto más tarde, ella se revolvió en sus brazos.

—Será mejor que nos vayamos —dijo, su voz ligeramente afectada por las consecuencias de su llanto pero por otra parte clara y en calma—. Van a estar luchando contra ese incendio por algún tiempo. Ésta es probablemente nuestra mejor oportunidad de volver a entrar furtivamente.

• • •

—Por el tamaño de esa explosión, supongo que debemos haber destruido todo lo que había en el hangar —comentó Mara mientras bajaban del acantilado hacia su nave—. Por lo menos en lo que concierne a la habilidad de volar. Puede haber algo muy atrás que puedan salvar, pero va a tomarles mucho trabajo incluso sacarlo.

Estaba parloteando, lo sabía, sus palabras se derramaban en completo desorden en la secuela del agotador martilleo emocional por el que acababa de pasar. Nunca le habían gustado los parlanchines, y la idea de que se había vuelto una, incluso por un tiempo, la incomodaba bastante.

Pero muy extrañamente, realmente no la avergonzaba. Esa parte tampoco era un misterio. Si descargar todo en Luke de la forma que lo había hecho allí arriba no había arruinado totalmente su opinión de ella, no era probable que un poco de balbuceo tampoco lo hiciera.

Y no había destruido esa opinión. Ésa probablemente era la parte más sorprendente de todo. Verdadera y genuinamente no. Buscando su camino abajo por el precipicio, todavía podía sentir fluyendo de él el mismo calor y aceptación que había envuelto tan fuertemente alrededor de ella allí arriba.

También había, seguro, un poco más de preocupación y sobreprotección en la mezcla de con lo que realmente se sentía cómoda. Pero eso estaba bien. Ése era sólo Luke, y ciertamente no era nada que ella no pudiera manejar.

—Todavía no sé cómo vamos a hacer esto —dijo Luke, tropezando ligeramente en un parche de roca suelta detrás de ella antes de frenarse—. Tomará demasiado tiempo entrar de nuevo a través de la cueva.

—Lo sé —convino Mara—. Parck mencionó que había huecos en la pared. Supongo que tendremos que ir a campo traviesa y entonces trepar de algún modo por el costado hasta uno de ellos.

—Eso va a ser complicado —advirtió Luke—. No van a tener una disposición ni cerca de tan amable hacia nosotros como la que tuvieron antes.

Mara resopló.

—Está bien —dijo gravemente—. Yo tampoco tengo exactamente la misma disposición amable.

Ahora adelante y debajo, escasamente visible a la débil luz de las estrellas, podía ver su nave prestada, justo pasando una última fisura angosta en la roca. Reuniendo sus fuerzas, brincó por encima del hueco a una roca de punta plana…

Y abruptamente se detuvo, moviendo las manos para recuperar el equilibrio en la roca cuando la impresión le heló los músculos. De repente, inesperadamente, un extraño pensamiento o sonido había aparecido en su mente.

¿Jedi Caminante Del Cielo? ¿Estás allí?

Perdió la pelea por el equilibrio y cayó bastante torpemente al suelo, apenas capaz de mantener sus pies bajo ella cuando aterrizó. Pero apenas lo notó. Allí en la nave, emperchados encima de los paneles estilo caza TIE, había una docena de sombras que aleteaban nerviosamente. Aun mientras Luke aterrizaba en el suelo a su lado, una de las sombras se separó de la nave y voló para aterrizar en la roca que acababan de dejar.

Sí, eres tú, el pensamiento resonó a través de su mente, las palabras enmarcadas por la excitación y el alivio. *Vi el gran fuego, y temí que tú y Mara Jade hubieran perecido.*

Era Niño De Los Vientos.

Y ella podía oírlo.

Miró a Luke, vio su propia sorpresa reflejada en su cara y mente.

—Te gustan los cambios dramáticos, ¿no? —se las arregló para decir, señalando con la cabeza hacia el joven qom qae—. Lindo toque. En serio.

Luke alzó las manos, con las palmas hacia afuera.

—Eh, no me mires a mí —protestó—. Yo no tuve nada que ver con esto.

Escúchenme, por favor, cortó con impaciencia Niño De Los Vientos. *Deben ir a ayudar a los qom jha. Los Amenazadores han invadido su casa.*

—¿Quieres decir la cueva? —preguntó Luke, frunciendo el ceño.

—¿Hasta el fondo? —agregó Mara—. ¿O están sólo en el frente?

Hubo una agitación de conversación entre el alienígena y los demás que todavía colgaban de la nave.

No lo sabemos, dijo Niño De Los Vientos. *Mis amigos de esta nidada qom qae los vieron entrar en la cueva con ramas grandes y máquinas.*

Mara miró a Luke.

—¿Ramas grandes?

—Armamento pesado, supongo —dijo—. ¿Qué tan largas eran estas ramas?

Algunas eran dos veces más largas que un qom qae, dijo Niño De Los Vientos, *estirando las alas para la comparación.*

—Un poco grandes para limpiar una cueva —dijo Mara—. Parece que han averiguado cómo entramos.

—Y se están preparando en caso de que regresemos —dijo gravemente Luke—. Bueno, sabíamos que de cualquier forma no podíamos entrar por esa ruta. Sólo espero que los qom jha hayan podido apartarse de su camino.

—No hay nada que podamos hacer al respecto ahora —dijo Mara—. Y quedarnos quietos aquí temblando sólo les dará más tiempo para prepararse para nosotros.

—Tienes razón —dijo renuentemente Luke—. Déjame ir por Erredós y nos pondremos en camino.

¿No van a ayudar a los qom jha?, le preguntó ansiosamente Niño De Los Vientos cuando Luke empezó a alejarse.

—No hay nada que podamos hacer —le contó Mara—. Tenemos que volver enseguida a la Torre Alta.

La miró fijamente.

Pero prometieron.

—Sólo prometimos hacer lo que pudiéramos —le recordó Mara—. En este caso, resulta que no podemos hacer nada —Suspiró—. Mira, si sirve de algo, los Amenazadores no consideran que ninguno de ustedes sea algo más que grandes alimañas molestas. Si de hoy en adelante se mantienen apartados de sus naves y de la Torre Alta, probablemente ya no los molestarán.

Entiendo, dijo Niño De Los Vientos, su desilusión todavía fuerte en su tono. *Pasaré ese mensaje a los demás.*

—Lamento que no pudimos ayudarlos más —dijo Mara—. Pero es un universo imperfecto, y nadie nunca consigue todo lo que quiere o piensa que quiere. Parte de crecer es enfrentar eso, aceptarlo, y seguir adelante.

El qom qae se enderezó.

¿Y qué es lo que quieres tú, Mara Jade?

Mara alzó la mirada a la nave, a la escotilla abierta por la que Luke se había desvanecido. Era, resultó, una pregunta que había estado dando muchas vueltas en su mente últimamente. Una pregunta que se arremolinaba con emociones en conflicto y pensamientos contradictorios, con cautelosas esperanzas y miedos prudentes.

Y una pregunta que definitivamente no estaba interesada en discutir con algún extraño alienígena menor de edad.

—Todo lo que quiero ahora mismo es un camino de regreso a la Torre Alta —dijo, escogiendo una meta más inmediata—. ¿Ocupémonos de eso primero, de acuerdo?

Niño De Los Vientos pareció estremecerse.

¿Regresar a la Torre Alta? ¿Pero por qué?

Luke había reaparecido ahora en la escotilla y estaba usando la Fuerza para bajar al droide al suelo.

—Tomaría demasiado tiempo explicarlo —dijo—. Pero es de vital importancia. Confía en mí.

Lo hago, dijo con un fervor inesperado. *Confío en ambos en ti y en el Jedi Caminante Del Cielo.* Titubeó. *Y puedo mostrarles un camino.*

Mara frunció el ceño.

—¿Puedes? ¿Dónde?

En esa dirección, dijo él, estirando su cabeza hacia un punto un poco a la derecha de donde la Mano de Thrawn estaría. *Mis amigos dicen que hay un agujero en la roca junto al Lago de los Pececitos que nos llevará a la caverna cerca de donde entramos a la Fortaleza Alta por primera vez.*

Mara miró a Luke, un extraño pensamiento empezaba a abrirse camino en susurros en su mente. Quizá atacar a la propia Torre Alta no sería realmente necesario.

—¿Es lo suficientemente grande para pasar?

No lo sé. Titubeó Niño De Los Vientos. *Pero me han dicho que es el mismo pasaje que las rastreras de fuego usan cuando se meten debajo del suelo.*

Mara sintió una punzada de dolor en los dedos por el recuerdo. La idea de deslizarse por un agujero detrás de una horda de rastreras de fuego francamente le erizaba la piel. Pero si era el único camino, entonces era el único camino.

—Déjame consultarlo con Luke.

Cruzó hasta donde él estaba parado al lado del droide y le dio un rápido resumen.

—Suena que por lo menos vale la pena verificarlo —convino él—. ¿A qué distancia está este lago?

No tomará mucho tiempo, le aseguró Niño De Los Vientos. *Está muy cerca volando.*

—No podemos llevar la nave —le dijo Luke—. Los Amenazadores nos descubrirían rápidamente.

No me refiero a la máquina voladora. Abruptamente el qom qae pareció enderezarse. *Yo y mis amigos los llevaremos allí. Y no seremos vistos.*

Mara y Luke intercambiaron miradas.

—¿Estás seguro? —preguntó Luke, mirando alrededor del grupo—. No hay muchos de ustedes, y no somos tan ligeros como nos vemos. Y también necesitaremos llevar a Erredós.

Yo y mis amigos los llevaremos allí, repitió Niño De Los Vientos. *No esperando ganar algo*, agregó apresuradamente, *sino porque ustedes ya han arriesgado mucho por los qom qae, y no les hemos dado nada a cambio. Sólo es correcto que hagamos esto.*

Luke miró a Mara.

—Ir por el subsuelo de nuevo significará otra larga subida por la escalera oculta, sabes —advirtió—. ¿Estás segura que estás dispuesta a eso?

Mara sintió que su labio se agitaba.

—En realidad, no creo que necesitemos entrar a la Torre Alta en absoluto.

La frente de Luke se plegó.

—¿Oh?

—Estaba pensando hace sólo un minuto acerca de esa gran fuente de energía que Erredós descubrió cuando entramos primero en el cuarto subterráneo —le contó—. La que estaba en la dirección que Cumplidor De Promesas dijo que siempre era fatal para los qom jha que se aventuraban por ese camino.

Miró hacia la Torre Alta.

—Y entonces —agregó en voz baja—, empecé a preguntarme acerca de lo que dijo Parck que Thrawn les había dicho. Que si alguna vez era reportado muerto, debían esperar por su retorno diez años más tarde.

Sintió el momento de perplejidad de Luke, entonces el apretarse de sus emociones cuando de repente entendió.

—Tienes razón —dijo en voz baja y oscura—. ¿Sería propio de él, no? Exacta y justamente propio de él.

—Creo que por lo menos vale la pena verificarlo —dijo Mara.

—Definitivamente —convino Luke, su voz y mente repentinamente llenos con una nueva urgencia—. Bueno, Niño De Los Vientos, es tu turno. Organiza a tus amigos y nos pondremos en camino.

• • •

El mayor sentado mirando ceñudo por la pantalla de comunicaciones del puente de popa del *Quimera* era de mediana edad, pasado de peso, y casi dolorosamente inculto. Y, si sus respuestas eran alguna indicación, falto de imaginación y además no era particularmente inteligente.

Pero también era completa e imperturbablemente leal a su superior. El tipo exacto de hombre, pensó agriamente Pellaeon, que el Moff Disra naturalmente escogería para hacer interferencia para él.

—Lo siento, Almirante Pellaeon —dijo de nuevo el mayor—, pero Su Excelencia no dejó ninguna instrucción de cómo podríamos localizarlo. Si desea hablar con su jefe de personal, puedo ver si está disponible…

—Mi asunto es con el Moff Disra en persona —lo cortó Pellaeon, ya bastante cansado de este juego—. Y le sugiero enfáticamente que recuerde con quién está hablando. El Comandante Supremo de las fuerzas imperiales debe, por ley, tener acceso razonable en todo momento a todos los líderes civiles de alto rango.

El mayor se compuso en una especie de atención desganada.

—Sí señor, ya lo sé —dijo con tono al borde de la insubordinación—. Sin embargo, entiendo, que Su Excelencia está de hecho con el Comandante Supremo.

Pellaeon sintió que su cara se oscurecía.

—¿De qué está hablando? —demandó—. Yo soy el Comandante Supremo.

—Quizá necesite preguntárselo al Moff Disra —dijo el mayor, claramente no afectado por la amenaza en la voz y la cara de Pellaeon—. O al Gran…

Se interrumpió, los rasgos estólidos se contrajeron bruscamente como si comprendiera tardíamente que había empezado a decir algo que no debía.

—Pero yo personalmente no tengo ninguna información oficial al respecto —terminó, un poco chapuceramente—. Espero que Su Excelencia esté de vuelta dentro de unos días. Puede volver a llamar entonces.

—Por supuesto —dijo suavemente Pellaeon—. Gracias por su tiempo, Mayor.

Apagó el comunicador y se enderezó; y sólo entonces permitió que el infinito cansancio dentro de él fluyera a la vista en su cara.

A su izquierda, de pie en el arco de entrada que llevaba al puente principal del *Quimera*, el Coronel Vermel se revolvió.

—Malas noticias, señor, ¿no? —preguntó.

—Suficientemente malas —admitió Pellaeon, agitando una mano hacia la pantalla vacía—. Hubiera esperado insubordinación descarada del propio Disra. Pero recibir lo

mismo de un lacayo relativamente menor implica una exuberante confianza en el palacio de Disra más allá de lo que debería tener.

Caminó hasta el arco de entrada junto a Vermel.

—Y sólo puedo pensar en una posible razón para ese grado de confianza.

Vermel hizo un sonido con la garganta.

—El Gran Almirante Thrawn.

Pellaeon asintió.

—El mayor casi lo dijo… Estoy seguro de que usted lo notó. Y si Thrawn ha regresado, y está del lado de Disra…

Se interrumpió, los largos años parecieron pesarle aún más en sus hombros. Después de todo este tiempo, después de todo su incansable trabajo y sacrificio por el Imperio, ser apartado tan casualmente. Especialmente a cambio de alguien como Disra.

—Si él está del lado de Disra —continuó en voz baja—, entonces eso es lo mejor para el Imperio. Y lo aceptaremos.

Por un minuto se quedaron de pie en silencio, el fondo ahogado de la actividad del puente del *Quimera* era el único sonido. Pellaeon dejó que su mirada recorriera lentamente el puente de su nave, deseando saber qué debía hacer a continuación. Si Thrawn había regresado, por supuesto, no necesitaba hacer nada: el Gran Almirante le haría saber sus deseos y órdenes a su propio debido tiempo.

Pero si Thrawn no había regresado…

Dio un paso adelante e hizo señas al oficial de Inteligencia en servicio en su estación en la trinchera de tripulación de babor.

—Hemos interceptado varios rumores en las últimas dos semanas de que el Gran Almirante Thrawn ha regresado —dijo—. ¿Ha mencionado alguno de los reportes que esté asociado con cualquier Destructor Estelar aparte del *Implacable*?

—Permítame verificarlo, Almirante —reportó el oficial, tecleando en su tablero—. No señor, no lo hacen. Todos los rumores especifican al *Implacable* o al Capitán Dorja o a ambos.

—Muy bien —dijo Pellaeon—. Quiero una búsqueda de prioridad inmediata de registros en el Control Militar de Bastión. Averigüe adonde ha ido el *Implacable*.

—Sí señor.

El oficial se puso a trabajar en su tablero.

—No piensa realmente que Dorja haya archivado un plan de destino en contra de las órdenes de Thrawn, ¿no? —murmuró Vermel.

—No —dijo Pellaeon—. Pero no estoy convencido de que nada de este pesado secreto viniera de Thrawn en primer lugar. Y si fuera idea de Disra, puede que ni siquiera haya pensado en mencionarle a Dorja que se estaba escondiendo de mí.

—Sí, pero…

—Aquí está, señor —dijo el oficial de Inteligencia—. El *Implacable,* al mando del Capitán Dorja, dejó Bastión hace veinte horas en camino a Yaga Menor. Tiempo de

tránsito estimado en doce horas. Pasajeros listados como el Moff Disra… —Alzó la vista, y Pellaeon pudo verlo tragar saliva—. Y el Gran Almirante Thrawn.

Pellaeon asintió.

—Gracias —dijo—. ¿Capitán Ardiff?

—¿Señor? —dijo Ardiff, alzando la vista de su conversación con el oficial de monitores de sistemas.

—Ponga curso a Yaga Menor —ordenó Pellaeon—. Saldremos en cuanto la nave esté lista.

—Sí señor —dijo Ardiff, dándose la vuelta y levantando la mano hacia la estación de navegación—. ¿Navegante?

—Espero que sepa lo que está haciendo, señor —dijo inquieto Vermel—. Si Thrawn y Disra están trabajando juntos, forzar una confrontación con Disra en su presencia puede no ser exactamente un movimiento sabio en su carrera.

Pellaeon sonrió melancólicamente.

—Cualquier consideración de los movimientos de mi carrera ha quedado lejos en el pasado —dijo—. Más al punto, siempre existe la remota posibilidad de que Thrawn de algún modo no conozca lo peor de las ofensas de Disra contra el Imperio. En ese caso, es mi deber jurado como oficial imperial hacérselas saber…

—¡Almirante! —una voz exclamó desde la estación de sensores—. Se aproxima una nave: cincuenta y cinco grados por cuarenta. Configuración desconocida, señor.

—Preparen las defensas —contestó serenamente Pellaeon, sus ojos buscaban a lo largo del vector especificado mientras caminaba a zancadas por la pasarela de comando hacia el ventanal. Las naves desconocidas, en su experiencia, casi siempre eran falsas alarmas: un ángulo o modificación poco familiar, o sino algún diseño inusual que ese oficial de sensores en particular nunca se había encontrado antes. Vislumbró la nave por el ventanal lateral…

Y se detuvo a la mitad de un paso, mirándola fijamente en incredulidad. *¿Qué, en el nombre del Imperio…?*

—¿Almirante? —llamó tentativamente el oficial de comunicaciones, el tono de su voz era antinaturalmente alto—. Señor, nos están llamando. Más bien, lo están llamando a usted.

Pellaeon frunció el ceño.

—¿A mí personalmente?

—Sí señor. Él pidió específicamente al Almirante Pellaeon…

—Entonces será mejor que lo pase con el Almirante, ¿no? —interrumpió bruscamente Ardiff.

—Sí señor —el muchacho tragó saliva—. Transmisión encendida, señor.

—Hola, Almirante Pellaeon —vociferó una voz por los altavoces del puente. Una voz masculina, hablando en básico, con ninguno de los más obvios acentos o inflexiones usualmente asociados con el equipo vocal no humano.

Y una voz que parecía extrañamente familiar, comprendió Pellaeon con un súbito escalofrío. De hecho, horriblemente familiar. Como un eco del pasado distante…

—No me recuerda, estoy seguro —continuó la voz—, pero creo que nos encontramos una o dos veces.

—Le tomaré la palabra en eso —contestó Pellaeon, manteniendo la voz firme—. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Estoy aquí para hacerle una oferta —dijo la voz—. Para darle algo que usted quiere muchísimo.

—En serio —Pellaeon miró a Ardiff, ahora de pie en tensa prontitud detrás de la estación de comando de turboláseres de estribor—. No estaba consiente de estar sintiendo el peso de algún deseo sin cumplir.

—Oh, usted todavía no sabe que quiere esto —le aseguró la voz—. Pero lo hace. Confíe en mí.

—Admitiré que me ha intrigado —dijo Pellaeon—. ¿Cómo sugiere que procedamos?

—Me gustaría subir a bordo y reunirme con usted. Una vez que vea lo que tengo que ofrecer, creo que entenderá la necesidad de un cierto grado de secreto.

—Esto no me gusta —murmuró Vermel desde su lado—. Podría ser algún tipo de truco.

Pellaeon agitó la cabeza.

—¿Con una nave alienígena desconocida como cebo? —contrapuso, haciendo señas hacia el navío que colgaba inmóvil contra el fondo estrellado a proa y estribor—. Si es un truco, Coronel, es uno extremadamente bueno.

Se aclaró la garganta.

—¿Capitán Ardiff? —llamó—. Haga los preparativos para traer a bordo a nuestro invitado.

CAPÍTULO 35

No había habido ningún ataque contra el *Dama Suerte* en el último tramo de su viaje, como Han medio había esperado que lo hubiera. Ni ninguna de las casi doscientas naves de guerra mirándose sospechosamente entre sí encima de Bothawui pareció muy interesada en el yate mientras se abría camino cuidadosamente atravesándolas hacia donde las tres Corbetas de la Nueva República orbitaban, agrupadas entre sí como si estuvieran aterradas del imponente poder de fuego que se extendía por el cielo alrededor de ellas.

Lo que, decidió agriamente Han, probablemente estaban haciendo. Gavrisom, y los calibops en general, eran mucho más grandes para las palabras que para la acción.

El oficial de servicio en la nave de Gavrisom no había estado inicialmente dispuesto a honrar su pedido de atraque, pero unos minutos de discusión, y probablemente una escena o dos en el fondo, habían finalmente cambiado su actitud.

Y cuando él y Lando bajaron a bordo agachándose a través de la escotilla de atraque del *Dama Suerte*, y la Leia que estaba esperando se fundió en sus brazos, toda la fastidiosa molestia pareció de repente haber valido la pena.

—Me alegra tanto que hayas regresado —murmuró Leia, su voz ahogada contra su pecho mientras se aferraba a él—. Estaba tan preocupada por ti.

—Hey, cariño, ya me conoces —dijo Han, intentando un tono casual pero agarrándose tan estrechamente a ella como ella lo hacía con él. De repente, ahora que todo había terminado, era como si pudiera finalmente admitir lo que su temeraria excursión a Bastión podría haber costado. Lo que podría haber perdido…

—Sí, ya te conozco —dijo Leia, alzando la vista a él e intentando una sonrisa que no lo engañó ni por un segundo. Quizá ella también estaba viendo lo que casi habían perdido—. Y sé que nunca has podido mantenerte alejado de los problemas en tu vida. Sólo me alegro que hayas salido bien de este.

—Yo también —dijo Han honestamente, mirándola más cuidadosamente—. Pareces cansada.

—Sólo es un poco temprano para mí —explicó—. Gavrisom nos tiene en la hora de Drev'starn, y acaba de amanecer allí abajo.

—Oh —dijo Han. Ni siquiera se le había ocurrido preguntarle al oficial de servicio qué hora de la nave era—. Lo siento.

—No hay problema —dijo ella—. Créeme, esto bien que merecía levantarse temprano —Titubeó, apenas visiblemente—. ¿Lo trajiste contigo?

Han miró a Lando por encima de su cabeza.

—Algo así —dijo—. ¿Hay alguna parte adonde podamos ir a hablar?

Sintió que los músculos de ella se apretaban bajo sus manos.

—Por supuesto —dijo, su voz no traicionaba nada de su súbita preocupación—. Hay un cuarto de reuniones aquí por el corredor.

Unos minutos más tarde estaban sentados en sillas profundamente cómodas detrás de una puerta sellada.

—El cuarto no está monitoreado —dijo Leia—. Ya lo he verificado. ¿Cuál es el problema?

Han tomó fuerzas.

—Conseguimos el Documento de Caamas, como ya te dije —dijo—. Lo que no sabía en ese momento era que… bueno, mira, déjame contarte toda la historia.

Con ocasionales comentarios adicionales de Lando, le dio un resumen de su viaje a Bastión, terminando con el descubrimiento de Moegid de que el documento había sido alterado.

—Supongo que debí haberme figurado que había algún engaño en todo esto —gruñó, mirando a la datacard en la mesa baja central. El volver a los eventos había vuelto a traerle su enojo avergonzado por caer en todo el estúpido truco en primer lugar—. Debí haber esperado hasta que Lando y Moegid la hubieran revisado completamente antes de decirte nada.

Leia le apretó tranquilizadoramente la mano.

—Está bien —dijo, la forma de su boca dejaba claro que no estaba bien en absoluto—. Fue tanto mi culpa como la tuya. Yo también sabía que Thrawn había regresado a escena. Debí haber comprendido que esto había sido demasiado fácil.

—Sí, pero no sabías que él fue el que nos había dado la datacard —discutió Han, obscuramente determinado a no dejarla tomar nada de la culpa de esto—. Todo lo que sabías era…

Al otro lado de la mesa, Lando se aclaró la garganta.

—Cuando ustedes dos hayan terminado de deducir de quién es la culpa —dijo, sólo un poco secamente—, quizá podamos seguir adelante a lo que vamos a hacer al respecto.

Han miró a Leia, vio que su boca se relajaba ligeramente a una sonrisa torcida.

—Tienes razón —dijo, en el mismo tono—. Y puede no ser tan malo como parece. Todavía hay una posibilidad de que podamos conseguir una copia del documento de alguna otra parte.

—¿Quieres decir Karrde? —preguntó Han.

—No, hay otra posibilidad —titubeó Leia—. Realmente no debería decir nada más al respecto ahora mismo, sólo que si funciona probablemente tomará algunos días más.

—El punto sigue siendo que tenemos que detenerlos a todos por algún tiempo —dijo enérgicamente Lando—. Así que, Han y yo tuvimos un par de días para trabajar con todo esto sobre la mesa, y pensamos que podemos tener una forma de comprarnos por lo menos un poco de tiempo.

—Correcto —asintió Han, feliz de cambiar de tema—. Primero, voy a decirle a Gavrisom que todavía no puede tener el Documento de Caamas.

Los ojos de Leia se ensancharon.

—¿Cómo mundos vas a justificar eso?

—En base de que la situación sobre Bothawui está demasiado tensa para mi gusto —dijo soberbiamente Han—. Voy a demandar que todos se detengan y vayan a casa antes de que yo le entregue el documento a nadie.

La cara de Leia era un estudio en asombro aturdido.

—Han, no puedes posiblemente salirte con la tuya en eso.

—¿Por qué no? —contrapuso Han, encogiéndose de hombros—. ¿Este soy yo, recuerdas? Todos esperan que haga cosas locas.

—¿Sí, pero? —Con un claro esfuerzo, Leia estranguló sus objeciones—. Está bien, asumamos que Gavrisom te deja salirte con esto. ¿Entonces qué?

Han miró a Lando.

—En realidad, no habíamos llegado mucho más allá de esa parte —concedió—. Moegid dice que hay una mínima oportunidad de que pueda reconstruir los datos… depende de qué tan bueno haya sido el tipo que lo alteró. Y ahora que realmente tenemos el documento, deberíamos poder engatusar a los bothans a contarnos lo que saben.

—Asumiendo que realmente sepan algo —señaló Leia—. Si no, no estamos nada mejor que antes. Peor, en realidad, porque alguien va a acusar a la Nueva República de haber hecho un trato con ellos para retener los nombres.

—Lo sé —dijo Han, intentando esconder su súbita oleada de frustración—. ¿Pero si sólo salimos y les decimos que no hemos conseguido nada, van a decir lo mismo, no?

Leia le apretó la mano de nuevo.

—Probablemente —dijo, sus ojos tomaron esa mirada lejana que significaba que estaba pensando furiosamente—. Está bien —dijo—. Los dos mayores instigadores allí afuera son los diamalas y los ishori. Si podemos hacerlos ceder, aunque sea temporalmente, muchos de los demás deberían seguirles la corriente. De hecho, esa fue la razón por la que Gavrisom vino aquí, para intentar hablar con ellos.

Han hizo una mueca, recordando su propio intento menos exitoso para conseguir que las dos especies se pusieran de acuerdo. Y eso sólo había sido acerca de detalles de embarques.

—Sólo mantenlos fuera del mismo cuarto —advirtió.

—Exactamente —dijo Leia, mirando a Lando—. ¿Lando, tú y el Senador Miatamia todavía están en buenos términos?

Lando la miró sospechosamente.

—No sé si alguna vez estuvimos exactamente en buenos términos —dijo cautelosamente—. Especialmente no después de ese viaje que le ofrecí y que terminó en una invitación a un brindis del Día Alto con Thrawn a bordo de su Destructor Estelar personal. ¿Qué tenías en mente exactamente?

—Miatamia llegó aquí ayer por la noche para reconocer la situación —dijo Leia—. Se está quedando en una de las naves de guerra diamalanas grandes, el *Pensamientos Industriosos*. Me gustaría que fueras allí y hablaras con él.

La mandíbula de Lando cayó.

—¿Yo? ¿Leia?

—Tienes que hacerlo —dijo firmemente Leia—. Los diamalas tienen un fuerte sentido del orgullo personal, y Miatamia todavía te debe por ese viaje. Puedes usar eso.

—Mira, no sé lo que crees que vale mi hospitalidad en el mercado abierto —protestó Lando—. Pero… —Le echó otra mirada a la cara y suspiró—. Está bien. Lo intentaré.

—Gracias —dijo Leia—. Gavrisom y yo ya tenemos agendado ir a reunirnos con los líderes ishori en el *Predominancia* más tarde esta mañana. Quizá juntos podamos idear algo.

Hubo un pitido del comunicador de la mesa.

—¿Consejera Organa Solo? —llamó la voz del oficial de servicio.

Leia extendió la mano y presionó el interruptor.

—¿Sí?

—Hay un enviado diplomático aquí para verla, Consejera. ¿Está usted disponible?

Han sintió una llamarada de irritación. *¿Nunca podían dejarla tranquila?*

—Este es Solo —llamó hacia el comunicador—. La Consejera tiene otros compromisos…

Se interrumpió por el súbito apretón de Leia en su brazo. Había algo en su cara…

—Sí, lo veré —dijo—. Envíelo aquí.

Ella apagó el comunicador.

—¿Leia? —empezó Han.

—No, está bien —dijo ella, con esa extraña mirada todavía en la cara—. Tengo un extraño presentimiento…

Se interrumpió cuando la puerta del cuarto se abrió. Han se puso de pie, automáticamente dejando caer la mano a su bláster.

—Consejera Organa Solo —dijo seriamente Carib Devist, entrando al cuarto. Sus ojos fueron a Han—… Y Solo también —agregó, caminando hacia él y extendiendo la mano—. Me alegra ver que pasaron por Bastión sin contratiempos.

—No lo hicimos —dijo brevemente Han, sin hacer ningún movimiento para tomar la mano del otro—. Nos atraparon.

Carib se congeló, con la mano todavía extendida. Sus ojos pasaron al Lando todavía sentado, como notándolo por primera vez; entonces, lentamente, bajó la mano.

—¿Qué pasó? —preguntó, con la cara tensa.

—Como dije, nos atraparon —le contó Han—. Nos persiguieron alrededor de la ciudad por algún tiempo, entonces estaban allí esperándonos cuando fuimos a la nave —Alzó las cejas—. Aparentemente, estamos valorados bastante alto allí. El propio Thrawn vino a encontrarse con nosotros.

Había pensado que la cara de Carib estaba tan severa como podía estarlo. Había estado equivocado.

—¿Thrawn estaba allí? —repitió el otro, su voz apenas mas que un cuchicheo—. ¿Era realmente él?

—Seguro que no era un holo de un cuarto de tamaño —dijo Han entre dientes—. Por supuesto que era él. Tuvimos una bonita pequeña charla, y entonces nos dio el Documento de Caamas —Puso un dedo en la datacard en la mesa—. Allí está.

Carib miró abajo a la datacard.

—¿Y? —preguntó cautelosamente.

—Ha sido alterado —dijo Leia, con voz casi calmada.

Han le arrojó una mirada irritada. ¿Qué estaba haciendo ella siendo buena con este hombre?

—Supongo que no sabrías cómo se enteraron acerca de nosotros o algo? —gruñó, volviendo su mirada intensa de vuelta a Carib.

El otro la tomó sin acobardarse.

—No, no lo sé —dijo—. Pero dado que no fueron atrapados al segundo que salieron de su nave, simplemente supondría que fueron descubiertos. Y también puedo señalar —agregó con un nuevo filo a la voz—, que dado el que los hayan descubierto a ustedes también significa que me han descubierto a mí lo que significa que nuestras familias en Pakrik Menor ahora están en peligro de una represalia imperial. Por lo poco que eso signifique para ti.

Han hizo una mueca.

—Sí —murmuró—. Eh… bueno, lo siento.

—Olvídalo —dijo Carib, con un enojo que continuaba—. Sabíamos en lo que nos estábamos metiendo.

Deliberadamente, volvió a girarse hacia Leia.

—Lo que de hecho es la razón por la que estamos aquí. Hemos decidido…

—Espera un minuto —interrumpió Lando—. El oficial de servicio dijo que eras un enviado diplomático. ¿Cómo lo engañaste con eso?

—No hay engaño involucrado —dijo Carib—. El Directorio quería a alguien que venga a ofrecer nuestro apoyo al Presidente Gavrisom y a la Nueva República acerca de la situación de Caamas. Nosotros nos ofrecimos. Es así de simple.

—¿Y llegaste todo el camino a Gavrisom en tu primer intento?

Carib se encogió de hombros.

—Tiramos de algunas cuerdas. Pero no fue necesario demasiado —Sonrió tristemente—. Tengo la impresión de que en estos días no hay mucha gente que se amontone para ofrecerle su apoyo incondicional a Gavrisom. Nosotros probablemente constituiremos un bienvenido cambio.

Miró de nuevo a Leia.

—La cuestión es, que lo hemos discutido entre nosotros, y hemos decidido que no podemos simplemente mirar todo esto pasar —Se enderezó a una posición de firme probablemente inconsciente—. Así que hemos venido a ofrecerles nuestra ayuda.

Han miró al otro lado a Lando. Un manojo de clones imperiales, ofreciéndose voluntarios a involucrarse en la disputa de Caamas. Exactamente justo lo que necesitaban.

—¿Y cómo propones hacer eso? —preguntó.

—De cualquier forma que podamos —dijo Carib—. Y quizá de formas que ustedes ni siquiera hubieran pensado. ¿Por ejemplo, son conscientes de que su masa de naves allí afuera incluye por lo menos a tres imperiales?

Han sintió que sus ojos se estrechaban.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando acerca de tres naves imperiales —repitió Carib—. Pequeñas, apenas de clase caza estelar, probablemente sin más que tres o cuatro hombres a bordo de cada una. Pero sí son imperiales.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Leia.

Han la miró y le frunció el ceño. Había una mirada extraña detrás de sus ojos, una inesperada tensión en su garganta.

—Absolutamente —dijo Carib—. Acabamos de captar el rastro de una transmisión durante nuestro camino de llegada que estaba usando lo último en encriptación de Bastión.

El labio de Leia se crispó.

—Ya veo.

—Presumo que consiguieron sus IDs —dijo Lando.

—Sí, de las que descubrimos —dijo Carib, sacando una datacard y ofreciéndosela a Han—. Por supuesto que podría haber más de ellas allí afuera manteniendo silencio.

—Por supuesto —dijo Lando.

Carib le disparó una mirada, entonces volvió a girarse hacia Han. Por un momento sostuvo la mirada de Han, estudiándole la cara…

—Mira, Solo —dijo en voz baja—. Sé que no tienes exactamente confianza en mí. Supongo que si estuviera en tu lugar, bajo las circunstancias, tampoco confiaría particularmente en nosotros. Pero lo creas o no, estamos de tu lado.

—No es una cuestión de desconfianza, Carib —dijo Leia—. Es toda la pregunta de qué es real acerca de esto y qué no lo es. Con Thrawn tirando de los hilos, ya ni siquiera estamos seguros de si podemos confiar en nuestros propios ojos, mucho menos en nuestro juicio.

—Lo que bien puede ser su arma más poderosa —contrapuso con impaciencia Carib—. El hecho es que nadie está dispuesto a confiar en sus aliados o en sus circunstancias o ni siquiera en sí mismos. No se puede vivir de esa forma, Consejera. Ciertamente no se puede luchar de esa forma.

Leia agitó la cabeza.

—Me entiendes mal. No estoy sugiriendo que capitulemos ante la incertidumbre, sino sólo explicando nuestra vacilación. Al contrario, tenemos un plan e intentaremos llevarlo a cabo.

—Que bien —dijo Carib, y Han pensó que podía notar una débil nota de alivio en su voz—. ¿Qué quieren que hagamos?

—Me gustaría que volvieran a su nave y comenzaran a vagar lentamente por el área —le contó Leia, deslizando una datacard en su datapad y tecleando algo—. Intenten encontrar e identificar a cada nave imperial que esté allí afuera.

—¿Y si ya no transmiten más? —preguntó Lando.

—No importa —le aseguró Carib—. Hay ciertas formas en que los pilotos imperiales tienden a hacer las cosas que los hace destacar en una muchedumbre. Si hay algunos más allí afuera, los encontraremos.

—Muy bien —dijo Leia, sacando la datacard de su datapad y dándosela a Carib—. Asegúrate de mantenerte en contacto con Han o con Lando o conmigo, aquí están las frecuencias de nuestros comunicadores personales y de nuestras naves. Aparte de eso, sólo estén preparados.

—Lo haremos —prometió Carib, tocando la datacard—. Gracias, Consejera. No la decepcionaremos.

—Lo sé —dijo seriamente Leia—. Hablaremos más tarde.

Con una corta inclinación de cabeza, Carib se volvió y salió del cuarto.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Leia —murmuró Han, mirando oscuramente a la puerta cerrada—. Todavía no estoy seguro de si confío en él.

—Sólo la historia podrá juzgar sus acciones hoy —dijo Leia cansada—. O aquéllas de cualquiera del resto de nosotros —Respiró profundo y pareció sacudirse el cansancio—. Pero sólo podemos hacer lo que podemos. Yo necesito ir a hablar con Gavrisom acerca de nuestra reunión con los ishori; y tú, Lando, necesitas llamar al Senador Miatamia e intentar ir a verlo.

—Correcto —dijo Lando, levantándose con clara renuencia del confort de su silla—. Los veré más tarde.

Salió.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Han—. ¿Qué hago?

—Dame otro abrazo —dijo Leia, poniéndose de pie y acercándose a él—. No, en serio, será mejor que tú te quedes completamente afuera de esto —agregó sobriamente—. Tú eres el que tiene el *Documento de Caamas*, el que está en el terreno moral alto. No puedes ser visto tratando directamente con ninguno de los lados.

—Sí —dijo Han, haciendo una mueca—. Siempre me gusta estar en el terreno alto: haces un blanco tan bueno allí. ¿Vamos, Leia? No puedo simplemente sentarme aquí sin hacer nada.

Con ella apretada contra él, sintió que su cuerpo se ponía rígido.

—En realidad, bueno… el *Halcón* necesita un poco de trabajo —dijo cuidadosamente—. Perdimos los conversores de energía y el estabilizador de flujo iónico de estribor en camino al sistema.

—Está bien, tengo repuestos para ambos —dijo Han—. ¿Tienes alguna idea de lo que les pasó? —Casi pudo sentir su mueca de dolor—. Se encontraron con un sable de luz.

Giró su cuello para mirar abajo a la parte de arriba de la cabeza de ella.

—Oh —dijo—. En serio.

—Fue por una buena causa —ella se apresuró en agregar—. Realmente lo fue.

Han sonrió, acariciándole el cabello.

—Te creo, querida —le aseguró—. Está bien, me pondré en eso enseguida. ¿Atracaste del otro lado, correcto?

—Sí —Leia se apartó en parte de él—. Una cosa más. Hay un pasajero a bordo, que también por el momento estamos como manteniendo apartado por razones de política local. Elegos A'kla, un Confiable del Remanente Caamasi.

Han alzó las cejas, entonces agitó la cabeza.

—No puedo dejarte sola por un minuto, ¿no? —dijo—. Me voy a Pakrik Menor en un simple viajecito; y lo próximo que sé es que estás juntándote con caamasi de alto nivel.

Leia le sonrió. Pero la sonrisa tenía una fragilidad perturbadora.

—No sabes ni la mitad —dijo, extendiendo la mano para acariciarle la mejilla.

—Entonces cuéntame.

Renuentemente, Leia agitó la cabeza.

—Ahora no tenemos tiempo. Quizá después de que Gavrisom y yo volvamos del *Predominancia*, pueda contarte toda la historia.

—Está bien —dijo Han—. Seguro. Entonces, yo sólo me pondré a trabajar en el *Halcón*, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Leia lo abrazó de nuevo y le dio un rápido beso—. Te veré más tarde.

—Sí —dijo Han, frunciendo el ceño. Se le acababa de ocurrir algo—… ¿Leia?

Ella se detuvo en la puerta.

—¿Sí?

—Hace un minuto dijiste que la historia juzgaría las actividades de Carib hoy —le recordó—. ¿Por qué hoy?

—Dije eso, ¿no? —murmuró Leia, sus ojos se enfocaron en la nada—. No lo sé.

Han sintió que algo frío le subía por la espalda.

—¿Una de esas cosas Jedi?

Leia respiró cuidadosamente.

—Podría ser —dijo en voz baja—. Sí que podría serlo.

Por unos latidos del corazón se miraron en silencio.

—Está bien —dijo Han, forzando una indiferencia casual en su voz—. Lo que sea. Nos vemos luego, ¿correcto?

—Sí —murmuró Leia, que todavía se veía confundida—. Hasta luego.

Ella se volvió y salió del cuarto. Por un momento Han se quedó adonde estaba, evaluando las implicaciones de lo que acababa de pasar a través de su mente. Había un enorme montón de ellas, todas tan turbias como el agua de pantano, ninguna de ellas nada que realmente le gustara mucho.

Pero aquí sólo había una cosa clara, tan clara como el hecho de que su esposa era una Jedi. De una forma u otra, este parecía que iba a ser un día de mucho trabajo.

Recogiendo la datacard del Documento de Caamas, la metió seguramente en un bolsillo. Y si este iba a ser un día de mucho trabajo, agregó severamente para sí mismo, no había ninguna forma de que él se quedara afuera. Ninguna forma en absoluto.

Saliendo hacia el corredor, se volvió hacia la bahía de atraque adonde estaba atracado el *Halcón*. Cualquiera que fuera el récord de velocidad para reemplazar un estabilizador de flujo iónico, iba a romperlo.

• • •

El cuarto de reuniones del *Ventura Errante* estaba cómodamente atestado cuando Wedge y Corran llegaron. Bel Iblis estaba parado detrás de la mesa de holo, sus ojos pasaban por cada capitán de nave o comandante de escuadrón cuando llegaba, midiéndolos con esa única mirada. Para todos los demás, supuso Wedge, probablemente parecía perfectamente en calma.

Sin embargo, con la historia más larga de él y del Escuadrón Pícaro con el hombre, Wedge sabía que no era así.

Predeciblemente, Booster Terrik fue el último en llegar. Ignorando los pocos asientos restantes, tomó una posición de pie directamente al lado de la primera fila enfrente de Bel Iblis y cruzó los brazos a la expectativa.

—Ésta será la sesión de información final antes de que lleguemos a nuestro destino —empezó sin preámbulo Bel Iblis—. Nuestro blanco, para cualquiera de ustedes que todavía no lo haya adivinado, es la base del Ubictorado Imperial en Yaga Menor.

Por la oleada de sorpresa que recorrió el cuarto, decidió Wedge, de hecho, una gran porción de ellos no había adivinado correctamente.

—Antes de que empiecen a contar nuestras naves y compararlas con las defensas de Yaga —continuó Bel Iblis—, déjenme tranquilizarlos sólo un poco. No vamos a intentar destruir la base, ni siquiera ablandarla particularmente. De hecho, aparte del mismo *Ventura Errante*, el resto de ustedes se quedará principalmente por fuera como una distracción.

Apretó un botón, y una imagen de la base del Ubictorado apareció encima de la mesa de holo.

—El *Ventura Errante* saldrá del hiperespacio, solo, en este punto —Un destello de luz azul apareció apenas más allá del anillo de defensas exteriores—. Estaremos transmitiendo una señal de emergencia indicando que nos hemos encontrado con una gran fuerza de ataque de la Nueva República, esos serán ustedes, y necesitamos refugio. Con suerte, y asumiendo que el ID falso los engañe, nos permitirán penetrar las defensas exteriores en este punto.

Booster resopló lo suficientemente fuerte para que todo el cuarto lo oyera.

—Debes estar bromeando —vociferó—. ¿Un Destructor Estelar Imperial, huyendo de una colección de chatarra abigarrada como esta? Nunca creerán eso.

—¿Por qué no? —preguntó ligeramente Bel Iblis.

—¿Por qué no? —Booster trazó un arco que abarcaba alrededor de todo el cuarto—. Sólo míranos. Tenemos armas y defensas a plena potencia, un complemento de tripulación prácticamente completo, un brillo que no se ha visto desde que Palpatine era un prip. ¿Quién va a creer que estamos en problemas serios?

Bel Iblis se aclaró la garganta.

—Supongo que no has echado una mirada al casco exterior recientemente.

El brazo de Booster se congeló a la mitad de otro arco.

—¿Qué? —demandó, su voz baja y mortal.

—Tienes toda la razón acerca de que necesitamos vernos en el papel de una nave en apuros —asintió Bel Iblis—. Creo que encontrarás que lo hacemos.

Por un momento dolorosamente largo los dos hombres se miraron entre sí, la expresión en la cara de Booster le recordó a Wedge a una tormenta eléctrica aproximándose.

—Vas a pagar por esto, Bel Iblis —dijo por fin Booster en voz baja—. Tú, personalmente, vas a pagar por esto.

—Lo agregaremos a la cuenta —prometió Bel Iblis—. No te preocupes, volveremos a arreglar todo después.

—Más te vale —amenazó Booster—. Todo arreglado. Y también una nueva capa de pintura —Lo consideró—. Algo diferente del Blanco Destructor Estelar.

Bel Iblis sonrió débilmente.

—Veré lo que puedo hacer.

Miró de nuevo alrededor del cuarto, entonces apretó una tecla en su control. En el holo, la luz azul pasó el anillo exterior; y cuando lo hizo, un grupo de luces amarillas apareció más lejos afuera.

—En ese mismo momento, el resto de ustedes saldrá y formará una línea de ataque —continuó—. No enfrentarán seriamente el perímetro defensivo, pero meramente lo instigarán lo suficiente para mantener su atención en el exterior. También estarán disparando una barrera de torpedos de protones completa, esperando que algunos penetren a través del anillo a la base misma.

La luz azul se detuvo junto a un delgado mástil que sobresalía de la base principal.

—El *Ventura Errante* entretanto se detendrá aquí, adonde lanzaremos un bote de asalto contra la extensión del acceso de computadora e intentaremos meter un equipo de expertos en computadoras. Si la Fuerza nos acompaña, deberíamos poder localizar y descargar una copia del Documento de Caamas.

—¿Y después cómo salen de nuevo? —preguntó el capitán de una de las otras naves—. Presumo que no asume que no los notarán en ningún punto.

Bel Iblis se encogió ligeramente de hombros.

—Somos un Destructor Estelar Imperial —le recordó—. Creo que podremos abrirnos camino atropellando como un rancor sin demasiados problemas.

Wedge miró a Corran y vio la expresión en la boca del otro. *No*, Bel Iblis estaba muy equivocado en eso. Confianza casual o no, Destructor Estelar o no, una vez que los imperiales empezaran a comprender qué estaba sucediendo el viejo general iba a tener la lucha de su vida.

O si no…

Wedge miró a Bel Iblis, con una extraña sensación en la boca del estómago. O si no sabía perfectamente bien que no había ninguna forma de que saliera nunca. Sabía que todo lo que podía esperar era encontrar una copia del Documento de Caamas con tiempo para transmitirla al resto de la flota.

Sabía que Yaga Menor era, de hecho, *adonde iba a morir*.

Y si lo sabía…

Wedge se enfocó en Booster, parado de brazos cruzados de nuevo. La nave de Booster, iba a su destrucción.

¿Con Booster todavía a bordo? Probablemente. Casi seguro.

A su lado, oyó el suspiro de Corran.

—No se nos ha vuelto noble y auto-sacrificado, Wedge —murmuró el otro—. Está pensando en Mirax y Valin.

—Claro —murmuró en respuesta Wedge. La hija de Booster, la esposa de Corran, y el nieto de seis años de Booster. Sí, por supuesto que tenía sentido. El gran, escandaloso y egoísta viejo pirata de Booster Terrik se preocupaba profundamente por su familia, lo admitiera o no.

Y si el intentar impedir que su nieto creciera en medio de una guerra civil le costaba la vida…

—Supongo que sólo tendremos que lograr que asegurarnos que salgan de nuevo sea asunto del Escuadrón Pícaro —continuó Corran.

Wedge asintió.

—Lo tienes —prometió.

—¿Qué hay de cazas? —el Comandante de Ala-A C'taunmar preguntó desde el otro lado del cuarto—. Presumo que querrán que mi escuadrón haga una pantalla…

Bel Iblis agitó la cabeza.

—No. Si llegamos a tener algunos cazas imperiales, TIEs o Aves de Presa, definitivamente los traería. Pero toda esta operación depende de mantener el engaño todo lo que sea posible; y una pantalla de Ala-A o Ala-X arruinaría ese engaño bastante rápido. No, todos los cazas se quedarán con el grupo de ataque exterior.

Sus ojos encontraron a Wedge.

—Incluyendo al Escuadrón Pícaro.

Sostuvo los ojos en Wedge lo suficiente para dejarle claro que no habría ninguna discusión, entonces dio una mirada alrededor del cuarto de nuevo.

—Sus asignaciones y posiciones individuales en la formación de batalla serán repartidas a la salida de la sesión de información. ¿Hay alguna otra pregunta general?

—Sí señor —dijo alguien—. Usted dijo que tenía un ID falso preparado para el *Ventura Errante*. ¿Es un nombre real, o algo ficticio?

—Oh, tiene que ser real —dijo Bel Iblis—. Hace veinte años había suficientes Destructores Estelares para que un imperial individual nunca pudiera estar al corriente de todos, y podría asumir que a su base de datos le faltaba algo por casualidad. Pero ya no.

—Afortunadamente, Inteligencia ha averiguado de tres naves de las que no se ha oído en varias semanas. Presumiblemente están de viaje en alguna asignación especial; de cualquier forma, las oportunidades de que cualquiera de ellas regrese a Yaga Menor son muy escasas. Por consiguiente estaremos funcionando bajo el nombre e ID del Destructor Estelar Imperial *Tiránico*… —hizo señas hacia Booster— …bajo el comando del Capitán Nalgol.

Cinco minutos más tarde, Wedge y Corran se estaban dirigiendo de vuelta hacia la bahía hangar adonde esperaba el resto del Escuadrón Pícaro.

—Protegerlos desde afuera del perímetro va a ser complicado —comentó gravemente Wedge.

—Lo sé —dijo Corran, su voz sonaba extrañamente distante—. Sólo tendremos que ser creativos.

Wedge le frunció el ceño.

—¿Problemas?

Corran agitó lentamente la cabeza.

—El *Tiránico* —dijo—. Hay algo que me molesta acerca de que Bel Iblis use ese nombre. Pero no sé qué.

¿Una corazonada Jedi?

—Bueno, mejor que lo deduzcas rápido —advirtió Wedge—. El punto de lanzamiento está a sólo a una hora de distancia.

—Lo sé —Corran respiró profundo—. Lo intentaré.

CAPÍTULO 36

—¡Navett, despierta!

Navett despertó en un instante, su mano se cerró automáticamente en el bláster escondido debajo de su almohada. Sus ojos se abrieron de golpe, examinando la escena con una sola mirada: Klif estaba de pie en la puerta del dormitorio, con un bláster en la mano y una expresión furiosa en la cara, apenas visible a la escasa luz del alba de Drev'starn que penetraba a través de la ventana.

—¿Qué? —exclamó.

—Alguien ha estado en la tienda —gruñó Klif—. Ponte algo de ropa y ven.

Sí, alguien había estado en la tienda. Navett atravesó el negocio en un deslumbramiento aturdido, aplastando datacards y pedazos de equipo esparcidos bajo sus pies, mirando en incredulidad al desastre que había visitado su bonito pequeño emporio de mascotas.

—No puedo creer esto —murmuró Klif, por aproximadamente quinta vez—. No puedo creer esto. ¿Cómo espacios entró sin hacer saltar las alarmas?

—No lo sé —dijo Navett, mirando por una de las filas de jaulas—. Por lo menos no se llevó los mawkrens.

—Por lo que puedo ver, en realidad no se llevó nada —gruñó Klif, echando una mirada alrededor—. Sólo desarmó todo en silencio y lo reacomodó.

Navett asintió. A pesar de toda su energía y entusiasmo, parecía como si ella hubiera pasado por alto el verdadero premio. La sección de la pared de atrás al lado de la caja del acople de energía, adonde él y Klif habían instalado su compartimiento de almacenamiento oculto, parecía estar intacta.

—Bueno, aparte de hacer un desorden, realmente no ha hecho nada —dijo, dando la vuelta alrededor del mostrador de ventas. La computadora estaba encendida; ella debió haber entrado y revisado sus archivos. También una pérdida de su tiempo allí.

—Navett.

Alzó la vista. Klif estaba de pie junto a la jaula de los prompous, mirando fijamente abajo al estante junto a ella.

—¿Qué? —preguntó Navett, rodeando de nuevo el mostrador y uniéndose a él.

Yaciendo en el estante, acomodados en prolijas filas, estaban los diminutos cilindros que habían estado ocultos en el fondo falso de la jaula de los mawkrens.

Y apoyado junto a ellos había otro comunicador de enlace-binario.

—¿Vas a hablar con ella? —preguntó Klif.

—¿Y hacer qué? —replicó Navett—. ¿Escucharla regodearse un poco más?

—Quizá puedas conseguir que te diga lo que va a hacer a continuación —Klif hizo señas hacia los cilindros—. Falta uno de ellos.

Navett se tragó una maldición. Recogiendo el comunicador, lo encendió.

—Has sido una niña ocupada, ¿no? —dijo entre dientes.

—Qué, buenos días —regresó la voz de la anciana. *¿Que no dormía nunca?*— Se levantaron temprano.

—Y tú te acostaste tarde —contrapuso Navett—. Y deberías tener más cuidado. El ejercicio desacostumbrado podría ser fatal para alguien de tu edad.

—Oh, pish —se mofó ella—. Un poco de ejercicio ayuda a que el viejo corazón funcione mejor.

—Hasta que lo estrelles contra un objeto afilado —le recordó oscuramente Navett—. En Bothawui hay leyes contra el vandalismo, sabes.

—Sólo si sabes contra quién entregar la denuncia —dijo airosamente—. ¿Y no lo saben, no?

Navett apretó los dientes. Ella tenía razón; todos sus esfuerzos para investigar el ID de su nave habían sido completamente inútiles.

—Entonces supongo que sólo tendremos que tratar contigo nosotros mismos —dijo.

Hubo un sonido cloqueante.

—Les sugerí eso anoche. Desearía que se decidieran. ¿A propósito, fueron a buscar su Xerrol Nightstinger?

Navett esbozó una estrecha sonrisa. Sí, lo había buscado. Estaba justo allí al otro lado del cuarto en su compartimiento de almacenamiento oculto, listo para usarse.

—¿De cualquier forma, qué exactamente pensaste que ibas a encontrar aquí?

—Oh, nunca se sabe —dijo—. Siempre me han gustado los animales, sabes. ¿Para qué son todos esos pequeños cilindros?

—Eres la experta en todo. Dedúcelo.

—Oh, pero qué mal genio tienes a primera hora de la mañana —lo reprendió—. ¿Ni siquiera una pista?

—Te propongo un trato —ofreció Navett—. Por qué no me cuentas lo que estás planeando para después.

—¿Yo? —preguntó ella, con completa inocencia de ojos bien abiertos—. Eh, nada. De este punto en adelante, depende de los bothans.

Navett le dio una mirada a Klif.

—Por supuesto que sí —dijo—. Vamos, vamos: no puedes llamar a Seguridad en esto, y los dos lo sabemos. Es sólo entre nosotros y tú.

—Adelante, cree en eso —dijo ella alentadoramente—. Bueno, estoy un poco cansada, y ustedes esperan compañía. Hablaremos más tarde.

La transmisión se cortó con un clic.

—Adiós a ti también —murmuró Navett, apagando el comunicador y apoyándolo en el estante. Sacó su cuchillo, y deliberadamente lo clavó atravesando el dispositivo.

—¿Qué quiso decir acerca de compañía? —le preguntó sospechosamente Klif mientras Navett arrojaba los pedazos del comunicador en el recolector de desechos—. ¿No crees que haya llamado a Seguridad, no?

—Claro que no —dijo Navett—. Vamos, tenemos que arreglar este lugar antes de la hora de abrir…

Se interrumpió cuando, al otro lado de la tienda, hubo un golpe a la puerta. Frunciendo el ceño, cruzó el cuarto, devolviendo cuchillo y bláster a sus escondites en su túnica. Accionando la cerradura, abrió la puerta.

Para encontrarse cara a cara con un grupo de cuatro bothans que vestían en los hombros las anchas fajas verdes y amarillas de la policía local.

—¿El propietario Navett del Emporio de Mascotas Exoticalia? —preguntó el de adelante.

—Sí —confirmó Navett—. El horario de atención es de…

—Soy el Investigador Proy'skyn de la Sección de Disuasión Criminal de Drev'starn —interrumpió enérgicamente el bothan, sosteniendo en alto un brillante ID—. Recibimos el aviso de que los han robado.

Sus ojos pasaron por encima del hombro de Navett.

—Obviamente, el aviso era acertado. ¿Podemos entrar?

—Por supuesto —dijo Navett, retrocediendo para dejarlos pasar, intentando mantener sus pensamientos repentinamente asesinos fuera de su voz. *No,* la vieja no había hecho nada tan obvio como llamar a Seguridad. *No*—. En realidad estaba a punto de llamarlos —agregó mientras los bothans se abrían en abanico por la tienda—. Acabamos de descubrirlo nosotros mismos.

—¿Tiene una lista de registro e inventario? —le pidió Proy'skyn por encima de su hombro.

—Ya la busco —se ofreció Klif, dirigiéndose hacia la computadora.

Uno de los bothans había hecho una pausa al lado de la jaula del prompous.

—¿Propietario? —llamó—. ¿Qué son estos cilindros? —Señaló hacia abajo.

—Por favor, tenga cuidado con esos —dijo rápidamente Navett, apresurándose hasta su lado, su mente buscaba furiosamente algo que sonara razonable—. Son cápsulas de goteo hormonal para nuestros mawkrens bebé.

—¿Qué clase de hormonas se requieren? —preguntó el bothan.

—Los mawkrens recién nacidos necesitan una combinación particular de espectro solar, condiciones atmosféricas, y dieta —aportó Klif, entendiendo el juego de Navett y siguiéndolo como sólo Klif podía hacerlo—. Casi nunca se puede conseguir la mezcla correcta fuera de su propio mundo, así que se usa un goteo hormonal.

—Son esos de allí —agregó Navett, señalando hacia la jaula con los diminutos lagartos—. Les atamos los cilindros en el lomo con unos arneses a medida.

—Ya veo —dijo el bothan, mirándolos—. ¿Cuándo hace falta hacer esto?

—En realidad, esta mañana —dijo Klif—. Lo siento, pero tendrán que seguir mirando solos por algún tiempo, Investigador Proy'skyn, si no le molesta.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Proy'skyn—. Por favor, continúen.

Navett caminó hasta una de las mesas volcadas, escondiendo una sonrisa seriamente satisfecha mientras la enderezaba de nuevo. Hasta allí llegó el intento de sutileza de la anciana: claramente, él y Klif podían ser más sutiles que ella cualquier día de la semana. Ahora no sólo tenían una razón para posponer las largas preguntas oficiales, no sólo

habían aliviado cualquier posible sospecha ofreciéndoles a los investigadores libertad para revisar el lugar, sino que incluso estarían preparando la fase final de su plan justo debajo del pelo de las narices colectivas de la burocracia bothan.

Por supuesto, no habían planeado instituir esa fase en particular hasta dentro de un par de días. Pero no se podía tenerlo todo.

Preparando la reja de sujeción, ignorando el suave bullicio de los bothans deambulando en busca de pistas, se pusieron a trabajar.

• • •

Habían terminado de colocarles arneses y cilindros a noventa y siete de los mawkrens, con aproximadamente veinte más para terminar, cuando Navett notó por primera vez el nuevo olor que soplaba a través de la tienda.

Alzó la vista a Klif, absorto en colocar uno de los cilindros en la espalda del diminuto lagarto que esperaba en rígida inmovilidad en la reja de sujeción, entonces dejó que su mirada pasara alrededor de la tienda. Los cuatro investigadores bothans originales se habían ido hace mucho, reemplazados por un grupo de tres técnicos que diligentemente recogían huellas digitales y muestras de químicos de los varios mostradores y jaulas. Ninguno de ellos parecía haber notado el olor.

Klif alzó la vista, y notó la expresión en la cara de Navett.

—¿Problemas? —murmuró.

Navett arrugó la nariz. Klif frunció el ceño, olfateando el aire…

Y de repente sus ojos se ensancharon.

—Humo.

Navett asintió fraccionariamente, sus ojos se lanzaron de nuevo alrededor de la tienda. No había nada visible, ninguna llama, ni humo, pero el olor definitivamente se estaba volviendo más fuerte.

—Ella no habría —siseó Klif—. ¿O sí?

—Mejor asumamos que sí —dijo Navett—. Toma a los mawkrens que hemos terminado y llévalos al café.

—¿Ahora? —Klif miró a la brillante luz del sol por la ventana—. Navett, todo el personal está trabajando allí ahora.

—Entonces será mejor que pienses en una muy buena distracción para sacarlos del camino —respondió el fuego Navett. Si perdían a los mawkrens, todo esto habría sido para nada—. Despierta a Pensin y a Horvic; aquí estamos en modo de completa emergencia.

Klif asintió gravemente.

—Entendido —dijo. Dejando sus herramientas de lado, empezó a devolver a los últimos pocos mawkrens a la jaula…

Y de repente uno de los bothans lanzó un graznido.

—¡Fuego! —baló—. ¡El edificio se incendia! Morv'vyal… llama a los Extintores. ¡Deprisa!

—¿Fuego? —preguntó Navett, mirando alrededor en fingido desconcierto—. ¿Dónde? No veo ningún fuego.

—Humano tonto —exclamó el bothan—. ¿No puedes oler el humo? Deprisa, deja todo y sal.

Navett le disparó una mirada intensa a Klif. Así que ese era el plan de la vieja. No pudo deducir qué cosa en la tienda les hacía falta para su conspiración, así que iba a forzarlos a salir sin nada de eso.

—Pero mi inventario es muy valioso —protestó.

—¿Tan valioso como tu vida? —El bothan, ignorando su propio consejo, estaba moviéndose rápidamente alrededor del borde exterior de la tienda, sus manos rozaban las paredes—. Vete… sal de aquí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Klif.

—Tienes razón, todavía no hay llama —explicó el bothan—. El fuego por consiguiente debe estar dentro de las paredes.

—Los Extintores están en camino —reportó ansiosamente uno de los otros bothans, agitando su comunicador—. Pero demorarán algunos minutos más.

—Entendido —dijo el primero, haciendo una pausa en la caja del acople de energía. Abruptamente, su pelaje se aplanó, y sacó un cuchillo de su cinturón—. Quizás podamos ayudar a prepararles el camino.

—Espera un minuto —ladró Navett, saltando hacia adelante. El bothan había clavado el cuchillo entre los paneles de la pared directamente encima de su compartimiento oculto—. ¿Qué grescas estás haciendo?

—El fuego huele a cables —explicó jadeante el bothan—. Aquí en el acople de energía hay un lugar probable adonde puede estar. Si podemos exponerlo y apagarlo…

Se interrumpió, tambaleándose cuando el cuchillo que clavaba inesperadamente atravesó el frente falso relativamente delgado del compartimiento de almacenamiento. Recuperó el equilibrio, mirando boquiabierto al bláster de francotirador Nightstinger ahora visible adentro.

—¡Propietario Navett! —exclamó—. ¿Qué está haciendo esta arma…?

Cayó al suelo, sin terminar la pregunta, cuando Navett le disparó por la espalda.

El segundo bothan soltó sólo un chillido antes de que el segundo tiro de Navett lo hiciera caer. El tercero estaba buscando frenéticamente su comunicador y su bláster cuando el tiro de Klif lo derribó.

—Bueno, eso lo ha arruinado —gruñó Klif, mirando a Navett—. ¿Qué Imperio…?

—Ella espera que seamos apropiadamente profesionales en esto —dijo Navett entre dientes—. Y los profesionales nunca empiezan a disparar a menos que tengan que hacerlo. Entonces bien: hemos sido poco profesionales. Eso ha de tomarla por sorpresa.

—Oh, genial —dijo Klif—. Una estrategia brillantemente poco ortodoxa. ¿Ahora qué hacemos?

—Seguimos adelante, eso —gruñó en respuesta Navett, volviéndose a meter el bláster en la túnica y parándose encima del cuerpo para sacar el Nightstinger de su escondite—. Despierta a Pensin y Horvic y muevan sus traseros a la nave y al espacio. Tienen dos horas, quizá menos, para llegar a bordo del *Predominancia* y a su posición.

Nightstinger en mano, se dio la vuelta para encontrar una mirada aturdida en la cara de Klif.

—Navett, no podemos hacerlo ahora —protestó—. La fuerza de ataque no estará lista hasta dentro de otros tres días.

—¿Quieres intentar evitar a nuestra dama amiga por tanto tiempo? —exclamó Navett, dejando caer el Nightstinger hacia la mesa y empezando a meter el resto de los mawkrens en su jaula—. Puedes ver su plan: está intentando maniobrar a la policía o a los Extintores o a Vader sabe quién sino en un uniforme a hacer interferencia contra nosotros. Tenemos que movernos ahora, cuando no está esperándolo.

—¿Pero la fuerza de ataque?

—Deja de preocuparte por la fuerza de ataque —lo cortó Navett—. Sí, estarán listos. O sino estarán así con la velocidad de un disparo. Tienes tus órdenes.

—Está bien —dijo Klif, guardando su propia arma—. Te dejaré el deslizador terrestre; Puedo robar otro para nosotros tres. ¿Necesitas algo más?

—Nada que no pueda hacer yo mismo —le dijo brevemente Navett—. Prosigue, el crono está corriendo.

—Correcto. Buena suerte.

Se fue. Navett terminó de meter a los mawkrens en su jaula, entonces recogió el resto de los cilindros y los deslizó de vuelta en el fondo falso de la jaula. Sí, la anciana había forzado su mano, y ese súbito cambio drástico de planes iba a costarles mucho.

Pero si ella pensaba que había ganado, estaba muy equivocada. Sólo deseaba poder estar cerca para verla cuando se diera cuenta de eso.

• • •

—Estoy segura de que comprende, Almirante —dijo Paloma D'asima, obviamente escogiendo muy cuidadosamente sus palabras—, lo *inaudito que sería* este paso para nuestro pueblo. Nunca antes hemos tenido lo que podría ser considerado *relaciones cercanas* con el Imperio.

Sentado a un cuarto de camino al otro lado de la mesa, Disra suprimió una sonrisa cínica. Paloma D'asima, una de las orgullosas y exaltadas Once de las Mistryl, bien podía creerse sutil, incluso inteligente, en las artes de la política y los duelos políticos. Pero para él, era tan patentemente transparente como sólo una aficionada podía serlo. Si esto era lo mejor que las Mistryl podían hacer, las tendría comiendo de su mano antes de que terminara el día.

O más bien, comiendo de la mano del Gran Almirante Thrawn.

—Entiendo los conflictos que hemos tenido en el pasado —dijo gravemente Thrawn—. Sin embargo, como ya le he señalado, y a Karoly D'ulin antes que a usted —agregó, inclinándole la cabeza educadamente a la mujer más joven al lado de D'asima—, el Imperio bajo mi liderazgo tiene muy poco parecido al del difunto Emperador Palpatine.

—Entiendo eso —dijo la mujer mayor. Su cara no revelaba nada; sus manos, sin embargo, más que lo compensaban—. Sólo lo planteo para recordarle que necesitaríamos más que sólo su palabra como garantía.

—¿Está usted cuestionando la palabra del Gran Almirante Thrawn? —preguntó Disra, dejando sólo una insinuación de amenaza en su voz.

El gambito funcionó; D'asima estaba instantáneamente a la defensiva.

—De ninguna manera —le aseguró, demasiado rápidamente—. Es solamente que…

La salvó una señal del intercomunicador de la sala de conferencias.

—Almirante Thrawn, éste es el Capitán Dorja —dijo la voz familiar.

Sentado al lado de Thrawn, Tierce tocó el interruptor.

—Éste es el Mayor Tierce, Capitán —dijo—. El Almirante lo está escuchando.

—Disculpe la interrupción, señor —dijo Dorja—. Pero usted pidió ser informado inmediatamente si cualquier nave no programada se aproximaba a la base. Acaban de recibir una transmisión del Destructor Estelar Imperial *Tiránico*, pidiendo ayuda de emergencia.

Disra le arrojó una mirada sobresaltada a Tierce. El *Tiránico* era una de las tres naves que acechaban tras sus escudos invisibles en Bothawui. O por lo menos se suponía que estaba allí.

—¿Especificaron la naturaleza de su emergencia? —preguntó Thrawn.

—Está llegando, señor… dicen que han sufrido el ataque de una considerable fuerza de asalto de la Nueva República y han sido severamente dañados. Dicen que la fuerza está justo detrás de ellos y que necesitan resguardo. El General Hestiv está pidiendo instrucciones.

Disra sintió una estrecha sonrisa plegando sus labios. *No…* por supuesto que no era el verdadero *Tiránico* allí afuera. La corazonada de Tierce había sido correcta: Coruscant realmente había lanzado un intento desesperado de robar una copia del Documento de Caamas.

Y no sólo estaba la trampa lista y esperando, incluso tenían a una de las Once de las Mistryl aquí para ver ese lastimoso intento ser convertido en una derrota humillante. El verdadero Thrawn no podría haber arreglado algo mejor.

—Instruya al General Hestiv que deje al Destructor Estelar entrante pasar el perímetro exterior —le dijo Thrawn a Dorja—. Entonces debe poner todas las defensas en disposición de batalla completa y prepararse para el ataque enemigo.

—Sí señor.

—Y entonces, Capitán —agregó Thrawn—, prepare igualmente al *Implacable* para el combate. Rastree al Destructor Estelar entrante cuando se aproxime y trace su curso,

entonces pónganos directamente entre él y la base. En ese punto ordenará que el General Hestiv lo apunte con todas las defensas internas.

—Sí señor —dijo Dorja, sonando ligeramente confundido pero no obstante sin hacer preguntas—. ¿Vendrá usted al puente?

—Por supuesto, Capitán —Thrawn se puso de pie, ofreciendo a D'asima una ligera sonrisa mientras le hacía señas hacia la puerta de la sala de conferencias—. De hecho, creo que todos lo haremos.

• • •

El ruido súbito despertó a Ghent de su sueño ligero y lo hizo sacudirse en su silla. Miró desesperado alrededor del área de trabajo, vio que todavía estaba solo. Sólo entonces su mente nublada por el sueño comprendió que el sonido era algún tipo de alarma.

De nuevo echó una mirada alrededor del cuarto, buscando la fuente del problema. No había nada que pudiera ver. Obviamente, debía ser en otra parte de la estación. Lo buscó un momento en la sección de control de clima del tablero, y encontró el interruptor de apagado.

El sonido se bajó a un zumbido desagradable en sus oídos. Por otro momento miró el tablero, preguntándose si valdría la pena intentar escuchar el sistema de comunicaciones principal y averiguar lo que estaba pasando. Probablemente no; cualquier cosa que fuera, era poco probable que tuviera algo que ver con él.

De repente frunció el ceño. El tablero delante de él parecía estar destellando. *¿Destellando?*

El ceño se desvaneció en comprensión aliviada. Por supuesto: estaba viendo reflejos de luz que entraban a través del ventanal en el área de habitaciones detrás de él. Poniéndose de pie, haciendo una mueca de dolor cuando sus rodillas le informaron que otra vez había estado sentado en una posición demasiado tiempo, cojeó a través de la puerta abierta y miró por el ventanal.

La fuente de la luz destellante fue inmediatamente evidente: un imponente despliegue de múltiples disparos de turboláser y torpedos de protones que venían de la distancia cerca del perímetro exterior de las defensas de la base.

Y enmarcado en el centro de todo ese poder de fuego destellante, apuntando inexorablemente en dirección a él, estaba la enorme masa de un Destructor Estelar Imperial.

Ghent contuvo la respiración, mirando fijamente a la nave que se acercaba. De repente toda la charla de Pellaeon y Hestiv acerca del peligro y las amenazas, cómodamente apartada en el fondo de su mente durante los últimos días, volvió rápidamente al frente. Ese Destructor Estelar estaba viniendo por él… estaba seguro de eso.

¡Correr!, El pensamiento destelló en su mente. Tenía que salir corriendo de aquí, por el túnel largo a la base principal. Encontrar al General Hestiv, o a ese piloto de TIE que lo había traído aquí desde el *Quimera*, o sólo encontrar alguna parte adonde esconderse.

Pero no. Hestiv le había advertido acerca de los espías dentro de la base principal. Si iba allí, uno de ellos seguramente lo atraparía.

Y además, recordó de repente, no podría ir a ninguna parte. Había sellado por triplicado la única puerta de acceso, poniendo una capa de contraseñas de cerradura de computadora que le tomaría horas descifrar a cualquier enemigo. Incluso a él, que había preparado los bloqueos en primer lugar, probablemente le tomaría media hora deshacerlos.

Y media hora sería demasiado tarde. Demasiado tarde por mucho.

Durante otro minuto miró la nave que se acercaba, preguntándose a la distancia qué le harían. Entonces, con un suspiro, se dio la vuelta. Estaba atrapado aquí, estaban viniendo por él, y no había nada que pudiera hacer.

Volviendo al área de trabajo, esta vez cerrando la puerta detrás de él, regresó a su asiento. Los Wickstrom K220s finalmente habían terminado el complejo análisis que les había dado antes de que todo esto pasara. Transfiriendo los resultados a la Masterline-70, apartando una vez más los eventos al fondo de su mente, volvió al trabajo.

• • •

Le tomó a Navett media hora localizar y comprar el tanque de fluido inflamable presurizado que necesitaba y otros quince minutos adaptarle una manguera pulverizadora. Habían pasado cuarenta y cinco minutos, tiempo durante el cual la alarma acerca de los bothans muertos en la tienda de mascotas probablemente se había extendido a cada esquina de la ciudad.

Pero eso estaba bien. Los feos alienígenas peludos no podrían detenerlo ahora; y cuanto más tiempo le tomara prepararse aquí en la superficie planetaria, más tiempo tendrían Klif, Pensin y Horvic para abrirse camino a engaños a bordo de esa nave ishori sobre su cabeza.

Morirían allí, por supuesto. Ellos lo sabían. Pero claro, él también pronto estaría muriendo aquí abajo. Lo que era importante era que antes de morir, completarían su tarea.

Las calles alrededor del café ho'din, tan silenciosas y desiertas tarde por la noche, estaban zumbando de actividad ahora temprano por la tarde. Con el tanque de fluido apretado en el asiento a su lado, acuñado en un ángulo extraño contra el techo bajo, Navett manejaba lentamente por las callejas desiertas a lo largo de los costados y el fondo del café, rociando sistemáticamente una gruesa capa del líquido a lo largo de las paredes inferiores y el suelo a su alrededor. La pared delantera, enfrentando una calle transitada, era demasiado pública para hacer lo mismo allí sin despertar sospechas instantáneas. Pero

sin embargo tenía otros planes para ese área. Volviendo a la calleja del fondo, de nuevo asegurándose de no haber sido visto, disparó un tiro de bláster en el fluido cuando pasó más allá del café.

Se tomó su tiempo en rodear a través de los callejones hasta salir de nuevo hacia la calle principal, con el resultado de que cuando dejó que el deslizador terrestre se detuviera enfrente del café el incendio que había empezado estaba ardiendo furiosamente a lo largo de las paredes exteriores. Los peatones estaban corriendo frenéticamente de un lado al otro, agitando las manos y gritando cuando huían de las llamas o se formaban en grupos fantasmales a una distancia segura para mirar; y mientras Navett recuperaba el Nightstinger del asiento trasero las puertas del frente del café se abrieron y una muchedumbre de clientes y camareros igualmente histéricos empezó a salir a través del humo. Verificando el indicador del Nightstinger, confirmando que todavía le quedaban tres tiros, Navett se puso a esperar.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El flujo de refugiados del café apenas había empezado a menguar cuando un camión deslizador blanco de los Extintores llegó rugiendo a la vuelta de la esquina y frenó bruscamente en una esquina del edificio. A través de la ventana lateral Navett podía ver al conductor haciendo señas mientras su compañero corría afuera y empezaba a subir la escalera externa hacia la torreta de presión en la cima.

Nunca llegó a hacerlo. Apoyando el cañón del Nightstinger en el asiento trasero para tener más estabilidad, Navett lo derribó de un tiro. Su segundo rayo invisible se encargó del conductor; su tercero y último voló la tapa del tubo de llenado del camión deslizador, haciendo que el supresor de fuego se derramara hacia la calle para chorrear inútilmente lejos de las llamas.

Bajó el bláster ahora vacío hacia el suelo, dando a la muchedumbre a su alrededor una rápida mirada. Pero nadie le estaba prestando la más mínima atención a ese humano sentado solo en su deslizador terrestre. Cada ojo estaba sólidamente fijo en el edificio llameante, con probablemente sólo un pensamiento breve ocasional vuelto al enigma de los dos Extintores bothans que habían caído repentina e inexplicablemente.

Ahora el flujo de clientes del café se había detenido. Navett le dio treinta segundos más, sólo para asegurarse de que todos estaban afuera. Entonces, sacando su bláster y poniéndolo preparado en el asiento a su lado, encendió el deslizador terrestre y se abrió camino a través de la muchedumbre hacia las puertas del frente del café.

Había pasado a través de la parte principal de la muchedumbre antes de que nadie ni siquiera pareciera notar lo que estaba haciendo. Alguien gritó, y un bothan que llevaba la faja verde/amarilla de la policía se puso de un salto delante de él, agitando violentamente los brazos. Cogiendo su bláster, Navett le disparó, viró alrededor del cuerpo, y pisó fuerte el acelerador. Alguien detrás de él estaba gritando ahora; agarrándose fuerte, Navett aumentó la velocidad…

Golpeó las puertas del café con una fuerza que le sacudió los huesos, volviéndolas en astillas cuando el deslizador terrestre se detuvo justo en medio de la destrucción. Había

salido antes de que los escombros terminaran de rebotar en el techo del vehículo, cogiendo la jaula de mawkrens del fondo y corriendo a toda velocidad a través del humo y calor hacia la puerta del sótano y el subsótano después de ella.

Estaba a mitad de camino bajando el primer tramo de escaleras cuando, detrás de él, oyó la explosión cuando el calor hizo estallar el fluido restante en el tanque presurizado que había dejado en el deslizador terrestre.

Y con el frente del café ahora envuelto en llamas como el resto del edificio, estaba real e irrevocablemente apartado del mundo exterior.

Ahora nadie en el universo podía detenerlo.

Apenas había un indicio de humo en el subsótano; nada serio, sólo un anticipo de lo que vendría inevitablemente. Su equipo estaba justo adonde lo habían dejado, pero le tomó un minuto primero dar un rápido chequeo al desintegrador de fusión.

Fue bueno que lo hiciera. La vieja había estado aquí de nuevo, saboteando el dispositivo para que se sobrecargara y quemara la bobina de control principal cuando se encendiera. Sonriendo sin humor para sí mismo, Navett deshizo el sabotaje, entonces paró unos preciosos minutos más reconfigurando el enfoque para extender el rayo de desintegración unos centímetros afuera de la boca del recipiente.

Finalmente, estaba listo. Atándose la jaula de mawkrens torpemente a la espalda, se dejó caer en el agujero que él y Klif habían excavado y encendió el desintegrador.

El rayo cortó a través de la tierra debajo de sus pies como un tiro de bláster a través de la nieve, enviando una brisa de polvo microscópico fluyendo más allá de su cara. Efímeramente, deseó haber pensado en traer una máscara filtrante con él. Ahora era demasiado tarde. Entornando los ojos contra el viento abrasador, siguió adelante, preguntándose qué estaban haciendo los bothans acerca de la miríada de alarmas que indudablemente estaba activando. Sin duda, dando vueltas inútilmente, particularmente una vez que vieron que la fuente de la intrusión era totalmente inaccesible para ellos.

Y algunos de ellos probablemente se quedarían tranquilos y se relajarían, petulantemente seguros en su conocimiento de que perder el conducto de energía hacia el que estaba excavando no afectaría su precioso escudo en lo más mínimo. Posiblemente incluso se estaban riendo del tonto agente imperial que pensaba que podía apagarlos tan fácilmente, o que quizás pensaba que podía meterse a través de un conducto de diez centímetros de diámetro.

No se reirían de esa forma por mucho tiempo.

Le tomó sólo unos minutos excavar el resto del camino hasta el conducto de energía. La carcasa del conducto era blindada, y al rayo desintegrador le tomó casi diez minutos más comerla. Los cables de energía mismos se quemaron con un fogonazo casi inmediatamente una vez que pasó eso, por supuesto, después de todo, eran sólo cables de energía normales, no estaban diseñados para resistir nada más agresivo que la corriente eléctrica de alta potencia. Continuó hasta que se había abierto un agujero de tamaño decente en la cubierta exterior, entonces apagó el desintegrador y encendió el paquete

refrigerante integrado en el fondo. Unos minutos de rociado sistemático, y una vez más el área estaba lo suficientemente fresca para tocarla.

Apagó el refrigerante y se sentó en la abertura… y en el súbito silencio, oyó un nuevo sonido bajo.

El pitido de un comunicador. Viniendo del desintegrador.

Frunció el ceño, mientras revisaba el dispositivo. Allí estaba, encajado en la boca de recarga del paquete refrigerante. Esbozando una estrecha sonrisa, lo sacó y lo encendió.

—Hola —dijo—. ¿Estás satisfecha con todo?

—¿Qué en el nombre del polvo de Alderaan estás haciendo? —demandó la voz de la vieja.

Él sonrió más ampliamente, metiéndose el comunicador en el cuello de la camisa, y abrió el fondo falso de la jaula de los mawkrens.

—¿Qué sucede? —preguntó, sacando un pequeño tubo de comida en pasta—. No te tomé realmente por sorpresa ni nada así, ¿no? A propósito, ése fue un lindo truco con el humo en la tienda de mascotas. Asumo que la plantaste antes de irte esta mañana…

—Sí —dijo ella—. Supuse que tenían todo su buen material arriba con ustedes, o si no escondido detrás de las paredes o techos.

—Así que plantaste una bomba de humo de acción retardada para que los Extintores entraran y abrieran las paredes por ti —dijo Navett, abriendo la jaula y extrayendo uno de los diminutos lagartos—. Muy inteligente.

—Mira, no tienes tiempo para esta charla —gruñó ella—. En caso de que no te hayas dado cuenta, ese edificio se está quemando como una antorcha encima de tu cabeza.

—Oh, lo sé —dijo Navett. Sosteniendo el lagarto con una mano, puso una gota de la comida en pasta en la punta de su nariz y lo bajó en el agujero que había cortado, apuntándolo en dirección al edificio del generador. Un toque en el extremo de la bomba cilíndrica la activó, dejándola lista para explotar cuando el lagarto alcanzara el bloqueo adonde el conducto atravesaba la pared reforzada y sus cables de energía individuales se dividían en una docena de direcciones diferentes. Lo soltó, y el mawkren corrió por el espacio angosto entre los cables de energía y la carcasa del conducto, siguiendo el olor que era demasiado estúpido para comprender que estaba unido a su propia nariz.

—¿Qué quiere decir que lo sabes? —preguntó la mujer—. A menos que hagas algo realmente muy inteligente rápido, vas a morir allí. ¿También sabes eso?

—Todos tenemos que morir algún día —le recordó Navett, preparando la nariz de otro mawkren y enviándolo a seguir al primero. Apenas se había desvanecido por el conducto cuando el débil sonido de una pequeña explosión resonó por el tubo.

No había nada mal con los oídos de la vieja.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—La muerte de Bothawui —le contó Navett, preparando otro mawkren y soltándolo mientras sonaba una segunda explosión. Ahora que los vapores de la tierra desintegrada se estaban disipando, podía sentir que el olor del humo se estaba volviendo más fuerte—. Sabes, nunca averiguamos tu nombre —agregó, sacando otro mawkren y preguntándose

inquieto qué tan rápido se estaba extendiendo el fuego encima de él. Si las llamas o humos llegaban a él antes de que los mawkrens y sus diminutas bombas pudieran volar un agujero en el grupo de cables de energía sin blindaje dentro del edificio del generador, todavía podría perder—. ¿Así que cuál es?

—¿Qué, mi nombre? —preguntó ella—. Dime el tuyo y yo te diré el mío.

—Lo siento —dijo él, soltando al mawkren—. Mi nombre todavía podría ser de utilidad para alguien bajo la línea, aun después de que yo ya no exista —hubo otra explosión…

Y entonces, para su alivio e inmensa satisfacción, una bocanada de aire fresco sopló en su cara. Los cables de energía habían explotado dentro de la pared, y el edificio del generador se había abierto para él.

—Mira, imperial…

—La conversación ha terminado —la cortó Navett—. Disfruta del incendio.

Apagó el comunicador y lo arrojó al costado. Entonces dio vuelta la jaula, permitiendo al resto de los mawkrens salir en tropel. Por un momento se arremolinaron alrededor de su regazo y sus pies, recuperando el equilibrio y olfateando el aire. Entonces, en una súbita estampida en concierto, se abrieron camino los unos por encima de los otros para desaparecer por el conducto. Atraídos ahora no por pasta de comida en sus narices, sino por los diminutos puntos de líquido nutriente que él y Klif habían posicionado tan cuidadosamente tres días antes cuando había rociado para exterminar a las termitas del metal.

Y sólo quedaba una tarea final que llevar a cabo. Metiendo la mano en el fondo de la jaula, sacó el último artículo allí: el señalizador a control remoto para activar el resto de los cilindros que ahora mismo estaban siendo llevados hacia su cita con el destino. Unos segundos más y sus bombas auto-guiadas estarían saliendo al edificio del generador alrededor de los sobresaltados pies de los bothans, corriendo a saltos por el suelo pulido directo a los puntos importantes de toda la instalación.

A lo largo del conducto, ahora podía oír los débiles sonidos de las explosiones cuando los mawkrens alcanzaban sus blancos y los detonadores de proximidad de los cilindros empezaban a encenderse. Unos segundos más, un minuto a lo sumo, y la sección del escudo planetario que protegía Drev'starn caería.

La muerte de Bothawui *había comenzado*. Y con ella, la muerte de la Nueva República.

Su único pesar era que él no estaría allí para verlo suceder.

Sobre su cabeza, ahora se oían los sonidos de las llamas, el crepitante ruido se mezclaba con el más débil *staccato* de las bombas que todavía explotaban en la distancia. Sonriéndole al techo, Navett apoyó la espalda contra la pared de tierra. Y esperó el fin.

• • •

Las discusiones a bordo del *Predominancia* acababan de entrar en su cuarta ronda cuando la cubierta debajo de ellos dio una súbita vibración retumbante. Un sonido y sensación con el que Leia se había vuelto demasiado familiar a lo largo de los años.

En alguna parte en las profundidades de la nave ishori, un racimo turboláser acababa de disparar.

El capitán ya estaba en el intercomunicador incluso antes de que retumbo se hubiera extinguido.

—¿Qué son los disparos? —gruñó.

La respuesta vino en ishori, demasiado rápida y débil para que Leia la siguiera.

—¿Qué está pasando? —demandó Gavrisom—. Estuvieron de acuerdo que no habría hostilidades mientras…

—No somos nosotros —gruñó el capitán, zambulléndose hacia la puerta—. Unos alienígenas han tomado uno de nuestros racimos de armas y han disparado al suelo.

—¿Qué? —preguntó Gavrisom, parpadeando—. ¿Pero cómo…?

Pero el capitán ya se había ido, llevándose a los guardias de la puerta con él.

—¿Consejera Organa Solo…? —empezó Gavrisom, interrumpiéndose cuando otro retumbo rodó a través de la nave—. ¿Consejera, qué está pasando aquí?

Leia agitó la cabeza.

—No lo…

Y de repente se sacudió en su asiento, inhalando abruptamente, cuando una oleada de miedo, dolor y muerte se disparó a través de ella. Abajo en el planeta, muchas voces estaban gritando de terror…

Y en ese único instante horripilante, supo *lo que había pasado.*

—El escudo planetario ha caído —exclamó, levantándose de su silla y apresurándose al ventanal. Lo alcanzó justo a tiempo para ver una tercera gran ráfaga de turboláser abrirse camino desde la parte inferior de la nave hacia la superficie. Hubo una llamarada de blanco cuando pasó chirriando a través de la atmósfera; y entonces la distorsión se despejó, dejando atrás un brillo rojo furioso, teñido de negro.

Drev'starn, la capital bothan, se incendiaba.

Ella se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta.

—Sí, ha caído —le gritó a Gavrisom mientras lo pasaba corriendo—. Por lo menos encima de Drev'starn.

—¿Adónde vas? —la llamó Gavrisom.

—A intentar detener el tiroteo —respondió Leia.

Afuera, una docena de ishori vestidos con armaduras estaban cargando por el corredor, con carabinas bláster preparadas. Apretados contra los mamparos, intentando mantenerse fuera de su camino, sus dos guardias noghri la miraron.

—¿Consejera…?

—Vengan —les dijo Leia. Desenganchando el sable de luz de su cinturón, estirándose a la Fuerza en busca de vigor y sabiduría, se unió a la corriente.

• • •

Han llegó a la cabina del *Halcón* a la carrera, deslizándose para detenerse apenas delante del tablero de control.

—¿Adónde? —ladró, dejándose caer en el asiento del piloto.

—Allí —dijo tensamente Elegos, señalando a través del ventanal a la nave oscura que yacía en el espacio a menos de dos kilómetros—. No sé de quien es esa nave, pero…

Se interrumpió cuando otra llamarada de fuego rojo cortó a través del negro del espacio en camino hacia el planeta de abajo.

—Allí… ¿lo viste?

—Oh sí, lo vi —gruñó Han, un duro pinchazo de miedo se elevó bajo su corazón mientras palmoteaba los interruptores de encendido de emergencia. Elegos podía haber perdido el rastro de qué nave era cuál allí afuera, pero él no. Ese tiro había venido de la nave insignia de la fuerza de operaciones ishori, el crucero de guerra *Predominancia*.

La nave a bordo de la cual estaba actualmente Leia.

Hubo otra llamarada, de nuevo dirigiéndose abajo hacia la superficie de Bothawui.

—¿Sabes cómo soltar un cuello de atraque? —exclamó Han hacia Elegos, sus manos se lanzaron a los tableros de control.

—Sí, eso creo…

—Hazlo —lo cortó Han—. Ahora.

—Sí señor —Saliendo de un salto de su asiento, el caamasi se dirigió a popa.

Ahora los motores estaban empezando a tener energía. Han pulsó el comunicador, poniéndolo en un escaneo de frecuencia completa. Sí, iban a pagar por esto, no importaba lo que los ishori pensaran que estaban haciendo. Los números de sincronización del estabilizador que acababa de instalar estaban llegando ahora; parecía estar afirmándose…

—A todas las naves, éste es el Presidente de la Nueva República Gavrisom —vociferó la voz tensa de Gavrisom por el altavoz de la cabina del piloto—. Mantengan sus posiciones y no abran fuego; repito, por favor mantengan posición y no disparen. El incidente actualmente en marcha no…

Nunca consiguió terminar su exhortación. Hubo un graznido de estática por el bloqueo de interferencia en esa frecuencia, ahogándolo…

—¡Al ataque! —dijo entre dientes una nueva voz—. ¡Todas las Fuerzas Corellianas, ataque a discreción!

Han miró boquiabierto al altavoz. *¿Qué llamas estaba haciendo el corelliano?*

Y entonces el escaneo se fijó en otra frecuencia.

—¡Ataquen! —vociferó una gutural voz mon calamari—. Todas las naves mon cal, ataquen.

[Ataquen], llamó serenamente una voz diamalana en su propio idioma en otra frecuencia.

[Al ataque], vino la gruñida contestación ishori.

Han miró afuera a la masa de naves, el corazón le golpeteaba en la garganta. *No. No…* esto era una locura. Seguramente ellos no.

Pero lo estaban haciendo. Alrededor del área, las varias naves de guerra estaban volviendo perezosamente a la vida, dirigiéndose hacia la mejor maniobrabilidad del cielo abierto o si no simplemente girando sus armas para apuntar a sus oponentes.

Y aun mientras miraba, empezaron las primeras llamaradas de fuego turboláser.

Detrás de él, Elegos volvió a la carga a la cabina del piloto.

—El cuello está suelto —anunció, respirando pesadamente mientras volvía a su asiento—. Podemos partir…

Se interrumpió, mirando fijamente en incredulidad a la escena de afuera.

—¿Qué pasó? —jadeó—. Han… ¿qué está pasando?

—Justo lo que parece —dijo gravemente Han.

—La Nueva República *está en guerra.*

CAPÍTULO 37

Fue un viaje de quizás sólo quince minutos, según el vuelo de los qom qae, hasta el lado lejano de la Mano de Thrawn y el lago que Niño De Los Vientos había mencionado. Al principio Luke había estado escéptico de toda la idea, preocupado por la capacidad de los jóvenes alienígenas para cargar el peso de sus pasajeros, para no mencionar si podrían o no mantenerse fuera de vista y de rango de puntería de lo que seguramente ya era un grupo tremendamente hostil de enemigos en la fortaleza.

Pero los qom qae lo habían sorprendido en ambos aspectos; y mientras entretejían hábilmente un camino entrando y saliendo de la cobertura de árboles, rocas y barrancas montañosas, casi empezó a relajarse acerca de esta fase de la operación. Mara también, podía sentir, ya había vuelto sus pensamientos a lo que encontrarían al final del corto vuelo.

Desafortunadamente no podía decirse lo mismo de Erredós. Suspendido en el centro del armazón que habían aparejado con sus últimos pedazos de sintesoga, gimió y borbotó por todo el camino.

El corte en la roca no estaba a más de diez metros del borde del lago, descendiendo en un ángulo bastante empinado desde debajo de una proyección parcial de tierra cubierta de maleza.

—Por lo menos la roca no es demasiado áspera —comentó Mara, pasando la mano experimentalmente a lo largo de la superficie inferior—. Probablemente ha sido desgastada por años de pequeñas patas de rastreras de fuego corriendo sobre ella.

Erredós pareció estremecerse, trinando incómodo.

—Dudo que nos encontremos con más de ellos esta vez —lo tranquilizó Luke mientras desenredaba la sintesoga y la volvía a poner en el compartimiento de almacenamiento del droide—. Los enjambres de ese tamaño no pueden viajar demasiado cerca entre sí: no habría suficiente comida para todos.

—Sólo esperemos que sean lo suficientemente inteligentes para saber eso —agregó Mara.

Tienen suerte de haber venido cuando lo hicieron, dijo Niño De Los Vientos. *Ha habido mucha lluvia en las estaciones pasadas, y el Lago de los Pececitos ha crecido mucho más.*

—¿Y los pececitos también han crecido más? —preguntó Mara.

Niño De Los Vientos agitó las alas.

No lo sé. ¿Es importante?

Mara agitó la cabeza.

—Era un chiste. Olvídalo.

Oh. Niño De Los Vientos miró de nuevo a Luke. *Yo simplemente quise decir que pronto esta entrada podría quedar cubierta por el agua.*

—Lo entiendo —dijo Luke—. Pero por el momento no lo está, y nos trajeron aquí a salvo.

Fue un gran honor para nosotros, dijo Niño De Los Vientos. *¿Qué deseas que hagamos ahora?*

—Ya han hecho más de lo suficiente —le aseguró Luke—. Gracias. Gracias a todos.

¿Debemos esperarlos?, persistió el qom qae. *Estaríamos honrados de esperar y llevarlos de vuelta a su máquina voladora.*

Luke titubeó. Un viaje de vuelta a la nave podría ser de hecho muy útil. Desafortunadamente…

—El problema es que no tengo ni idea de por dónde vamos a salir —dijo.

Entonces vigilaremos, dijo firmemente Niño De Los Vientos. *Y otros también vigilarán.*

—Sí, está bien —acordó Luke, ansioso por cortar la discusión y seguir su camino—. Gracias.

—¿Entonces cuál es nuestro orden de marcha? —preguntó Mara.

—Yo iré primero —dijo Luke, sentándose en el borde del declive y poniendo las piernas en la abertura—. Erredós el siguiente, tú al final. Estaré atento por si hay cuellos de botella e intentaré ensancharlos mientras paso. Si me salto alguno, tú tendrás que ocuparte.

—Correcto —dijo Mara, sacando su sable de luz del cinturón—. Felices aterrizajes, e intenta no cortarte tus propios pies por el camino.

—Gracias —Encendiendo su sable de luz, sosteniendo la hoja lista encima de sus piernas extendidas, Luke se deslizó hacia el declive y empezó a bajar.

No era ni de lejos tan complicado como había temido. Años de pequeñas patas de rastreras de fuego podrían de hecho haber aplanado la roca; más importante, también habían desgastado hasta hacer desaparecer la mayoría de cualquier obstrucción que pudiera haber existido allí alguna vez. Sólo dos veces tuvo que cortar pedazos de roca mientras se deslizaba rebotando hacia abajo, y en una de esas ocasiones probablemente no había sido realmente necesario. Detrás de él, podía oír el mucho más ruidoso resonar metálico mientras Erredós se deslizaba cuesta abajo, casi pero sin llegar realmente a cubrir sus incesantes gorjeos infelices.

La pendiente terminaba en un túnel de la misma clase de en los que habían pasado demasiado tiempo en el último par de semanas. Luke agarró a Erredós cuando cayó, sacándolo del camino a tiempo para darle a Mara un punto de aterrizaje despejado.

—Bueno, aquí estamos de nuevo —dijo, moviendo su barra luminosa alrededor—. No parece particularmente familiar. ¿Alguna idea de en qué dirección?

—Por la posición de la fortaleza, yo diría que por ahí —dijo Luke, señalando a la izquierda.

—Está bien —dijo Mara—. Vamos.

Los qom qae, por diseño o simplemente por suerte, habían escogido bien su entrada. No habían avanzado más de cien metros a lo largo del túnel cuando Luke giró una curva para ver un arco natural de piedra demasiado familiar a poca distancia.

—Aquí estamos —murmuró atrás hacia Mara—. Prepárate; si saben acerca de la escalera, probablemente tendrán guardias esperándonos adentro.

No había ningún guardia. Quince minutos más tarde, habiendo pasado con esfuerzo a través del angosto hueco en la roca saturada de cortosis, estaban una vez más en el cuarto subterráneo.

—Supongo que después de todo no saben acerca de la escalera —comentó Mara, pasando su barra luminosa por el corte que habían hecho antes en la pared interior amarilla.

—O si no, no tienen ninguna forma de acceder a ella —le recordó Luke—. Incluso el mecanismo de cerradura de esas puertas parecía estar hecho de piedra de Hijarna.

—No me malinterpretes… Estoy contenta con que no los veamos esta vez —se apresuró en decir Mara—. ¿Me pregunto cuántos de aquellos conductos de energía están funcionando en este momento?

—Probablemente más que la última vez que pasamos —dijo Luke, girando su barra luminosa para apuntar al otro lado. Como antes, el extremo lejano del cuarto estaba perdido en las sombras más allá de la luz—. ¿Me pregunto qué tan largo es este cuarto?

—No puede ser demasiado largo —señaló Mara—. Hay un lago en alguna parte en esa dirección, recuerdas…

—Correcto —convino Luke—. ¿Tienes algún consejo inteligente antes de que empecemos?

—Sólo que tengamos cuidado —dijo Mara, uniéndose a él—. Lado a lado tanto como podamos con el droide detrás de nosotros, sable de luz y sentidos listos.

—Sucinto y práctico —dijo Luke, estirándose hacia adelante con la Fuerza. Todavía no había ningún peligro que pudiera sentir—. Vamos, Erredós.

El punto de Mara acerca del tamaño del cuarto resultó ser correcto. Sólo habían avanzado unos pasos cuando la pared del fondo entró dentro del rango de sus barras luminosas. En el centro había un arco de entrada que llevaba más adentro en la roca.

Aunque no la áspera roca natural de las cavernas. Las paredes y suelo de este pasadizo eran lisas y terminadas.

—Interesante —dijo Mara, pasando su barra luminosa a su alrededor cuando se pararon justo afuera del arco de entrada—. ¿Notas algo peculiar acerca del techo?

—No ha sido desgastado como las paredes —dijo Luke, mirando la roca que colgaba del techo arqueado.

—Me pregunto —murmuró Mara—. ¿Erredós, tus sensores captan algo?

Erredós trinó una negativa que sonó bastante avergonzada, y Luke se agachó para ver la traducción del datapad.

—Dice que la interferencia del generador de energía está enmascarando casi todo lo demás —le contó a Mara—. También de ahí es de donde probablemente viene ese zumbido. ¿Crees que hay algo más por allí?

—Cumplidor De Promesas dijo que este área era letal para los qom jha —le recordó Mara—. Y todos sabemos cuánto les gusta a los qom jha colgarse de los techos.

—Y tuvimos esa cueva de depredadores que comen cosas voladoras como los qom jha —asintió Luke, viendo adonde iba con esto—. Y un montón de chiss arriba en la fortaleza que piensa en ellos como en alimañas.

—Para no mencionar esa capa de mineral cortosis allí atrás —dijo Mara—. Que todavía no creo que haya llegado allí naturalmente. Este lugar tiene anillos de defensa seis veces alrededor de Coruscant.

—Como uno podría esperar con Thrawn a cargo de él —dijo Luke—. La pregunta es, ¿intentamos hacer algo acerca de ese techo, o asumimos que no es algo que nos vaya a molestar?

—Nunca es una buena idea dejar un peligro a tu espalda —declaró Mara, dando un paso entrando por el arco de entrada—. Aquí va —Encendiendo su sable de luz, lo lanzó habilidosamente a cortar el techo rocoso.

Hubo una llamarada brillante, el crujido y el hedor de la corriente de alta-energía…

Y de repente todo el techo pareció derrumbarse.

Mara había vuelto a salir del cuarto en un instante, aun mientras Luke encendía su sable de luz y lo proyectaba protectoramente encima de donde su cabeza había estado. El techo cayó sobre él, parándose encima de la hoja verdiblanca por un segundo antes de ser cortado y caer el resto del camino hasta el suelo.

—Muy astuto —dijo Mara, mirando sobre su hombro—. Es como una red de Conner esculpida. Un qom jha aterriza, y una descarga de alta-energía lo fríe, y el resto cae para acabar con cualquiera de sus amigos que esté con él.

—Sí, es astuto —murmuró Luke, atizando la red con la punta de su sable de luz—. La pregunta es, ¿es segura ahora para que caminemos sobre ella?

—Probablemente —dijo Mara—. Las redes de Conner usualmente son artefactos de una sola carga, y no sirve de mucho dejarla activa una vez que está en el suelo.

—Tiene sentido —dijo Luke, estirándose a la Fuerza mientras deslizaba un pie encima de la red. Ninguna sensación de peligro… y claro, su pie bajó a la red sin ni siquiera una chispa de carga residual—. Está despejada —dijo.

—¡Espera! —siseó Mara, dando una zancada adelante y poniéndole la empuñadura de su sable de luz delante del pecho para detenerlo, su bláster de manga estaba ahora agarrado en su mano libre—. Algo viene.

Luke se detuvo, escuchando el suave clic de patas en la roca. También más de un algo, a juzgar por el sonido. Apuntó la barra luminosa al túnel intentando ver lo que venía…

Y abruptamente, por un grupo de angostas aberturas laterales que no había notado vino un enjambre de criaturas insectiles del tamaño de un puño barrenando rápidamente por las paredes hacia ellos.

—¡Cuidado! —exclamó Mara, apuntando con el bláster.

—No, espera —dijo Luke, apartándole el brazo del blanco. Había captado un brillo de metal—… Sólo sigue moviéndote. Erredós, vamos, date prisa.

Podía sentir la fuerte desaprobación de Mara, pero ella hizo lo que le instruía sin discutir. Las criaturas saltarinas los pasaron sin demorarse, aparentemente sin siquiera darles una segunda mirada. Luke alcanzó el final de la red de Conner caída y se bajó al suelo de piedra; y mientras Mara y Erredós hacían lo mismo, se dio la vuelta para mirar.

Las criaturas se habían agrupado alrededor del borde delantero de la red caída. Aun mientras Luke miraba, empezaron a subir cuidadosamente por las paredes, llevando el borde de la red con ellos.

A su lado, Mara resopló suavemente.

—Por supuesto —dijo, sonando ligeramente disgustada con ella misma—. Droides de mantenimiento, allí para volver a armar la trampa. Lo siento… Supongo que sobrerreaccioné un poco.

—Considerando que estamos tratando con Thrawn, no es probable que la sobrerreacción sea un problema muy frecuente —dijo Luke.

—Gracias, pero no tienes que intentar aliviar mis sentimientos —le contó Mara, ocultando el arma de manga y pasándose el sable de luz de nuevo a la mano derecha—. Lección aprendida. ¿Podemos continuar?

• • •

—¿De qué Imperios está hablando? —demandó el Capitán Nalgol, parpadeando para sacarse el sueño de los ojos mientras agarraba su uniforme y empezaba a ponérselo—. ¿Cómo pueden estar disparándose entre sí? El punto de ignición no es hasta dentro de tres días.

—No lo sé, señor —dijo tensamente el oficial de servicio del *Tiránico*—. Todo lo que sé es que las naves sonda reportan que la batalla ha comenzado, y que la sección del escudo planetario encima de la capital bothan ha caído. Es difícil de ver a esta distancia, pero dicen que la capital parece estar incendiada en varios lugares.

Nalgol maldijo viciosamente por lo bajo. *Alguien se había equivocado*, y se había equivocado muchísimo. ¿O Inteligencia o el equipo de asalto?

O el propio Thrawn.

Era un pensamiento chocante. Incluso un pensamiento despedazador. Si la sincronización de Thrawn podía estar tan equivocada…

Agitó la cabeza para espantar sus presentimientos. Lo que estaba hecho estaba hecho; y cualquiera fuera la equivocación o error de cálculos, estaba determinado que él y el *Tiránico* no agregarían otro.

—¿El *Obliterador* y el *Mano de Hierro* han sido informados? —preguntó, gruñendo la última palabra mientras se agachaba para ponerse las botas.

—Sí señor. Las naves sonda reportan que ahora se están poniendo en estaciones de batalla completas.

—Asegúrese de que lleguemos a ese estado por delante de ellos —le dijo ásperamente Nalgol.

—Sí señor —dijo de nuevo el oficial—. Estimo que estaremos listos para la batalla en cinco minutos. Las naves sonda continúan dándonos reportes.

—Muy bien —murmuró Nalgol. Ahora que la impresión de las noticias se estaba desvaneciendo, comprendió que no era realmente tan malo como le había parecido al principio. Sí, la batalla había empezado antes de lo previsto. Los tres Destructores Estelares estaban listos, o lo estarían antes de que su presencia fuera necesaria para eliminar a los sobrevivientes de la batalla que rugía allí afuera.

Y cegados por el escudo invisible como estaban, definitivamente necesitaban reportes de último minuto de las naves sonda. El peligro era que, con las naves entrando y saliendo del escudo con ese tipo de regularidad, alguien podría notar que algo raro estaba sucediendo alrededor de la cabeza del cometa y venir a investigar.

Pero había una forma de minimizar ese riesgo.

—Ponga a todos los operadores de rayo tractor en alarma completa —ordenó—. Si cualquier nave que no sea nuestras propias naves sonda, *y quiero decir cualquier nave*, mete la nariz dentro del escudo invisible, la quiero agarrada y retenida adentro sin posibilidad de comunicación. Asegúrese de que ese mensaje llegue también a las otras naves. Nadie va tropezar con nosotros y vivir para contarlo. ¿Entendido?

—Entendido, señor —dijo el oficial.

—Estaré en el puente en dos minutos —dijo Nalgol, agarrando su túnica y cinturón—. Quiero la nave en preparación de batalla completa para cuando llegue allí.

—Lo estaremos, señor.

Nalgol apagó de una palmada el intercomunicador y salió por la puerta de su camarote. Está bien; así que los alienígenas y amantes de alienígenas no habían podido contener sus odios autodestructivos tanto tiempo como Thrawn había esperado. Bien. Sólo significaba que el fastidio y frustración acumulados por su tripulación se descargaría un poco antes.

Sonriendo cruelmente, se encaminó por el corredor hacia el turboascensor a un paso cuidadosamente moderado. Esto iba a ser un placer.

• • •

Un turboláser disparó, su letal rayo rojo chirriando peligrosamente cerca del lado de estribor del *Halcón* en su camino hacia una Fragata de Escolta con marcas prosslee. Han giró la nave fuera de la trayectoria de un segundo tiro, y se apartó en la otra dirección apenas a tiempo para evitar un par de naves de aduana bagmim que pasaban con cañones láser disparando hacia la prosslee.

Todo el universo se había vuelto loco. Y él estaba justo en el medio.

—¿Qué pasó allí? —llamó hacia el comunicador, enhebrando su camino entre un par de cañoneras opquis.

—Según los ishori, tres humanos subieron a bordo hace media hora —contestó la voz de Leia, con el sonido de un tono de alerta zumbando en el fondo—. Tenían IDs de técnicos de la Nueva República y una carta del Alto Conflux Ishori que los autorizaba a que examinaran los acoplamientos de energía del *Predominancia* en busca de daños por oxidación.

—Todo falso, por supuesto —gruñó Han, maniobrando el *Halcón* hacia un espacio relativamente despejado y echando una mirada alrededor. Era como Endor de nuevo allí afuera.

Excepto que esta vez el Imperio no estaba *en ninguna parte que se pudiera ver*. Eran rebeldes que luchaban contra otros Rebeldes.

—Sabemos eso ahora —convino Leia—. Una vez a bordo, mataron a su escolta y tomaron el control de uno de los racimos turboláser. Cuando el escudo de Drev'starn cayó… Han, lanzaron ocho tiros hacia la superficie antes de que pudiéramos cortarle la energía a su racimo. Los ishori todavía no han podido forzar la entrada al cuarto y llegar a ellos, incluso con Barkhimkh y Sakhisakh ayudándolos.

Al lado de Han, Elegos murmuró algo en el idioma caamasi.

—¿Qué tanto daño hicieron en Drev'starn? —preguntó Han—. No importa… eso no es importante ahora mismo. ¿Qué está pasando contigo y la nave?

—Estamos bajo ataque —dijo Leia, con voz tensa—. Tres naves diamalanas se han unido contra nosotros, una de ellas se puso entre nosotros y el planeta en caso de que intentemos disparar de nuevo a Drev'starn. Ningún daño serio todavía, creo, a ninguno de los dos lados. Pero eso no puede durar mucho.

—¿No les contaste lo que pasó? —preguntó Han.

—Se los conté, el capitán del *Predominancia* se los contó, Gavrisom se los contó —dijo Leia—. No están escuchando.

—O si no, no les importa —dijo Han, apretando los dientes lo suficientemente fuerte para que doliera. Leia, atrapada a bordo de una nave bajo un ataque gigantesco—… Mira, voy a intentar llegar allí —le dijo—. Quizá por lo menos pueda sacarlos a ti y a Gavrisom.

—No… apártate —le dijo secamente Leia—. Por favor. Nunca lo conseguirás.

Han miró con amargura a la batalla revuelta. *Ella tenía razón*, por supuesto; desde su nuevo punto de vista ahora podía ver al *Predominancia* y a la tormenta de fuego

turboláser que le caía encima, y sabía muy bien que los escudos del *Halcón* no tendrían oportunidad allí. Pero no podía simplemente sentarse aquí afuera y no hacer nada.

—Mira, he vencido en combate a Destructores Estelares antes —dijo.

—Los has superado en maniobras —lo corrigió Leia—. Hay una gran diferencia. Por favor, Han, no lo intentes…

Hubo un graznido, y de repente se cortó la transmisión.

—¡Leia! —gritó Han, su pecho se apretó cuando miró de nuevo al crucero de guerra ishori. Todavía parecía intacto; pero todo lo que haría falta sería un solo tiro afortunado al área del puente…

—Ella está bien —dijo Elegos, señalando a la pantalla del comunicador—. Simplemente los están bloqueando de nuevo.

Han soltó una respiración que no había notado que había estado conteniendo.

—Tenemos que hacer algo —dijo, buscando en el cielo en busca de inspiración—. Tenemos que sacarla de esa nave…

El comunicador crujió de vuelta a la vida.

—¿Leia? —llamó Han, inclinándose esperanzado hacia el altavoz.

—¿Solo? —respondió una voz masculina—. Soy Carib Devist.

Han hizo una mueca.

—¿Qué quieres? Estamos algo ocupados aquí afuera.

—No es broma —exclamó Carib—. ¿Y de quién crees que es la culpa?

—Ya lo sabemos —gruñó Han—. Algunos alborotadores consiguieron subir a bordo del *Predominancia* y empezaron a disparar. Probablemente imperiales.

—Definitivamente imperiales —replicó Carib—. Y fueron otros imperiales los que acicatearon al resto de la muchedumbre a hacer lo mismo. ¿O no los oyeron transmitiendo órdenes de ataque grabadas en media-docena de idiomas diferentes?

Han arrojó una mirada furiosa a Elegos, sintiendo una puñalada de mortificación por no haber notado eso en absoluto. Así que eso era lo que esas pequeñas naves imperiales que Carib había identificado habían estado esperando alrededor de Bothawui. Obvio.

O por lo menos habría sido obvio si alguien allí afuera se hubiera molestado en tomarse un minuto para pensarlo. Pero nadie lo había hecho.

—Pero eso puede esperar —continuó Carib—. Te llamé para advertirte que creo que algo está pasando allá junto a la cabeza de ese cometa.

—¿Sí? ¿Qué clase de algo? —Preguntó Han, su atención ya había vuelto al *Predominancia* y a cómo espacios iba a sacar a Leia de él.

—No lo sé —dijo Carib—. Pero hay una docena de naves mineras revoloteando alrededor del área. Todas voladas por pilotos imperiales.

Han le frunció el ceño al altavoz del comunicador.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué harían los imperiales con cubos de minerales?

—Te digo que son pilotos imperiales —insistió Carib—. Todo su estilo de vuelo lo está gritando.

—Bueno, está bien —dijo Han, no muy interesado en discutir el punto—. ¿Así que qué quieres que haga al respecto?

Se oyó el siseo de un suspiro sobre el altavoz.

—Vamos a ir a investigarlo —dijo, sonando disgustado—. Bajo las circunstancias, pensé que podrías estar interesado en echar una mirada por ti mismo. Siento haberte molestado.

El comunicador se apagó.

—Yo también lo siento —murmuró Han. Miró a Elegos…

Hizo una pausa por la mirada del otro.

—¿Qué? —gruñó.

El caamasi alzó las manos, con las palmas hacia arriba.

—No dije nada.

—¿Qué, crees que simplemente debo irme y dirigirme allí afuera con él? —demandó Han—. ¿Sólo dejar a Leia y salir corriendo en una cacería de tresher salvajes?

—¿Puedes ayudarla en este momento? —contrapuso suavemente Elegos—. ¿Puedes liberarla, o derrotar a las naves atacantes, o detener la batalla misma?

—Esa no es la cuestión —dijo entre dientes Han—. Diez a uno que sólo son algunos mineros que solían volar para el imperio. Hay miles de ellos por toda la Nueva República… no significa nada.

—Quizás —dijo Elegos—. Debes equilibrar eso con todo lo demás.

—¿Todo lo demás de qué?

—Lo demás de todo —dijo Elegos—. Tu conocimiento de Carib Devist y sus habilidades de observación. Tu creencia, *o carencia de ella*, de que de hecho, no te traicionó al Imperio mientras estabas en Bastión. Tu propia experiencia con los procedimientos y estilos imperiales, y si crees que alguien con las habilidades de Carib podría reconocerlos. Tu confianza en tu esposa y su lectura de este hombre.

Alzó ligeramente las cejas.

—Y sobre todo, tu sentido innato de lo que es correcto y bueno. Si de hecho hay alguna clase de peligro allí afuera, si debes dejar que él lo enfrente solo.

—No está precisamente solo —refunfuñó Han—. Tiene todo un manojo de sus otros clones con él.

Elegos no contestó. Han suspiró e hizo una rápida búsqueda por el cielo. Sí, allí estaba el carguero Acción II golpeado de Carib, pasando los límites de la batalla hacia el cometa llameante a la distancia. Completamente solo.

—Sabes, ustedes los caamasi podrían ser una verdadera molestia si lo practicaran un poco —le dijo Han a Elegos, girando el *Halcón* para seguirlo y tecleando la frecuencia al comunicador de Lando—. ¿Lando? Eh, Lando, responde.

—Sí, Han, ¿qué sucede? —regresó la tensa voz de Lando.

—¿Ya has llegado al *Dama Suerte*?

—Desearía que sí —dijo fervientemente el otro—. Estoy atascado en el *Pensamientos Industriosos* con el Senador Miatamia.

Han hizo una mueca.

—¿Esa es una de las naves que ataca a Leia?

—Sí, si Leia está en el *Predominancia* —dijo Lando, su voz sonaba disgustada y más que un poco nerviosa—. Han, tenemos que detener esto, y rápido.

—No voy a discutirte eso, amigo —dijo Han, virando para dejar pasar un par de naves patrulleras froffli que seguían de cerca a una barca estelar d'fariana—. Gavrisom está con Leia. Si puedes conseguir que Miatamia detenga su bloqueo de comunicaciones, quizá él pueda convencerlos que detengan esto.

—Ya lo he intentado —suspiró Lando—. Soy la última persona a bordo que nadie quiere escuchar.

—Conozco la sensación —dijo Han—. Mira, necesito un favor rápido. Me voy a ese cometa allí afuera con Carib Devist. Vigílame con los macrobinoculares, quieres, sólo en caso de que encontremos problemas…

Hubo una breve pausa.

—Seguro, no hay problema. ¿Exactamente qué clase de problemas estás esperando?

—Probablemente no es nada —dijo Han—. Carib parece pensar que hay imperiales allí afuera volando cubos minerales por ahí. Sólo mantén un ojo en nosotros, ¿eh?

—Lo haré —prometió Lando—. Buena suerte.

Han apagó el comunicador y se desvió alrededor del último manojo de naves entre él y el cometa.

—Agárrate —le dijo a Elegos cuando arrojó toda la energía al motor sublumínico—. Aquí vamos.

• • •

—Ahora, tranquilo —advirtió Bel Iblis desde el costado de Booster—. Tómalo con calma y tranquilidad. Todos somos amigos aquí, con la protección del perímetro de defensa exterior entre nosotros y la sucia fuerza de ataque rebelde. Ahora estamos a salvo, y no hay ninguna necesidad de que parezca que nos estamos dando prisa.

—No, no querríamos que parezca eso —gruñó Booster, mirando inquieto a la gran masa de la base del Ubictorado que se cernía directamente delante de ellos. De repente, su querido *Ventura Errante* ya no parecía tan grande, poderoso y seguro como solía serlo.

—Tranquilo, Terrik —dijo Bel Iblis. Su voz, para la completa molestia de Booster, era controlada y glacialmente calma—. El gran espectáculo ocurre detrás de nosotros, ¿recuerdas? Lo último que queremos hacer es atraer sus ojos en nuestra dirección.

Booster asintió, alzando la vista a la pantalla de popa. Sí, había un espectáculo en progreso allí, con las naves de la Nueva República sufriendo una verdadera paliza por parte del perímetro de defensa de Yaga Menor.

O por lo menos, así era cómo se suponía que debía verse. Si estaban siguiendo las órdenes, sólo estaban realmente manteniéndose a la distancia suficiente para evitar sufrir

cualquier daño muy serio por el masivo fuego turboláser. Con suerte, en toda la confusión, los imperiales no notarían eso.

—No lo sé —dijo—. No me gusta esto, Bel Iblis. Entramos demasiado fácilmente.

—General, tenemos movimiento —llamó el oficial en la estación de sensores—. Destructor Estelar imperial, moviéndose a estribor.

Booster dio unos pasos adelante a lo largo de la pasarela de comando, mirando afuera por el ventanal, un mal presentimiento le retorcía las entrañas. El Destructor Estelar había aparecido alrededor del costado de estribor de la base y se había puesto cruzando el vector del *Ventura Errante*.

Y aun mientras miraba, se detuvo allí, entre ellos y la base. Flotando en el espacio delante de ellos, como si los desafiara a pasar…

—El ID de la nave indica que es el *Implacable* —llamó alguien más—. El Capitán Dorja está listado como comandante.

El mal presentimiento de Booster repentinamente empeoró. El *Implacable*… *¿no era esa la nave que siempre aparecía en los rumores acerca del Gran Almirante Thrawn?*

Bel Iblis se había puesto de nuevo al lado de Booster.

—¿General…? —murmuró Booster.

—Lo sé —dijo Bel Iblis, la calma apenas se dobló—. Pero correr ahora sólo nos haría parecer culpables. Todo lo que podemos hacer es seguir el juego.

—Transmisión del *Implacable*, General —llamó el oficial de comunicaciones—. Piden hablar con el Capitán Nalgol.

Booster miró a Bel Iblis.

—Todo lo que podemos hacer es seguir el juego —repitió Bel Iblis—. Adelante, hagamos el intento.

—Seguro —Respirando profundo, Booster captó la atención del oficial de comunicaciones y asintió. El hombre accionó un interruptor y asintió en respuesta—… Este es el Comandante Raymeuz, temporalmente a cargo del Destructor Estelar Imperial *Tiránico* —dijo en su mejor imitación del habla demasiado tiesa de un típico imperial—. El Capitán Nalgol ha sido seriamente herido en el último ataque y está siendo sometido a un tratamiento de emergencia.

Hubo una baja risita de los altavoces del puente.

—En serio —dijo una voz tranquila. Una voz firme; una voz refinada; una voz que asustó a Booster hasta las botas—. Éste es el Gran Almirante Thrawn. Me decepciona, General Bel Iblis.

Booster miró a Bel Iblis. El general todavía estaba mirando fijamente afuera por el ventanal, su cara no traicionaba emoción alguna.

—Realmente no tiene ningún sentido intentar mantener esta charada —dijo Thrawn—. Pero quizás necesite una demostración más convincente.

Era como si alguien detrás de Booster de repente le hubiera quitado una alfombra de bajo sus pies. De repente estaba cayendo hacia adelante, con los brazos moviéndose locamente mientras luchaba para recobrar el equilibrio. A su alrededor venían los sonidos

de consternación del resto de la tripulación del puente; de alguna parte más allá de eso vino el sonido ominoso del metal crujiendo.

—Una pequeña demostración, como le dije —continuó Thrawn, su tono casi en broma—. Su Destructor Estelar está ahora totalmente indefenso, atrapado en el lugar por aproximadamente cincuenta de nuestros rayos tractores de carga pesada.

Booster reprimió una maldición que quería salir desesperadamente. ¿De cualquier modo, *qué tenía esta nave con los rayos tractores*?

Empezó cuando Bel Iblis le tocó el brazo. El general lo estaba mirando fijo, haciendo señas con impaciencia hacia la estación de comunicaciones. Booster le devolvió la mirada, respiró profundo.

—Almirante Thrawn, señor, ¿qué está haciendo? —llamó, intentando mezclar respeto y miedo descarriado en su tono. La última parte no le hizo falta actuarla en absoluto—. Señor, tenemos oficiales y tripulantes heridos a bordo…

—Es suficiente —lo cortó fríamente Thrawn. El intento de parecer casual aparentemente había sido demasiado para el mestizo de ojos rojos; había vuelto a ser dominador—. Respeto su coraje por este esfuerzo, pero el juego ha terminado. ¿Debo ordenar que las baterías turboláser comiencen a despedazar la nave?

Bel Iblis exhaló suavemente.

—No hace falta hacer eso, Almirante —llamó—. Éste es el General Bel Iblis.

—Ah… General —dijo Thrawn. Una vez más había cambiado de tono, notó Booster, esta vez de la fría amenaza a la casi cordial camaradería tácita entre colegas profesionales. El hombre sí que era versátil—. Lo felicito, señor, por su intento, aunque haya resultado fútil.

—Gracias, Almirante —dijo Bel Iblis—. Sin embargo, sugiero que el éxito o el fracaso de la operación todavía tienen que ser determinados.

—En serio —dijo Thrawn—. Bueno, entonces, hagamos que sea oficial. Por este acto le pido que suspenda su distracción y rinda su nave.

Bel Iblis miró a Booster.

—¿Y si me niego?

—Como le sugerí antes, General, está yaciendo indefenso ante mí —dijo Thrawn, su voz con una fuerte amenaza—. A mi orden, su nave será destruida sistemáticamente.

Por un largo momento el puente se quedó en silencio. Booster miró a Bel Iblis; Bel Iblis, a su vez, estaba mirando fijamente al Destructor Estelar que se interponía en su camino.

—Necesito discutir esto con mis oficiales —dijo por fin.

—Por supuesto —dijo fácilmente Thrawn—. Tómese su tiempo. Sólo le sugiero que no se tome demasiado tiempo. Su fuerza de distracción, aunque ineficazmente, está luchando valientemente pero mi paciencia hacia ellos no durará para siempre. Los Cruceros Interdictores ya se están poniendo en posición para atraparlos allí, y varios comandantes de cazas están rogando que les sea permitido lanzar sus TIEs y Aves de Presa.

—Entendido —dijo Bel Iblis—. Le entregaré mi respuesta tan rápidamente como sea posible.

Le hizo señas al oficial de comunicaciones para que cortara la transmisión.

—¿Qué va a hacer ahora? —demandó Booster. La idea de que el *Ventura Errante* terminara de nuevo en manos imperiales…

—Como le prometí, voy a entregar mi respuesta —dijo fríamente Bel Iblis.

—Tanneris, Bodwae, ¿de dónde se están originando ésos rayos tractores? ¿De la base o del perímetro de defensa?

—Estoy captando treinta y ocho de los emplazamientos en el perímetro —reportó el oficial de sensores de Bel Iblis.

—Quijnce májs vienen de la base mijsma —agregó Bodwae—. Tejngo sus lojcalizajciones majrcadas.

—Gracias —dijo Bel Iblis—. Simons, ¿tenemos alguna libertad de movimiento en absoluto?

—No realmente, señor —dijo el timonel—. Estamos fijados bastante sólidamente en el lugar.

—¿Qué hay de la rotacional? ¿Podemos girar alrededor de un eje vertical?

—Ah… sí señor, en realidad creo que podemos —dijo el otro, frunciéndole el ceño a sus pantallas—. Aunque probablemente no más de un cuarto de vuelta.

—Ni de lejos suficiente para darnos la vuelta e irnos llameando de aquí —murmuró Booster.

—Salir no es la meta —le recordó Bel Iblis—. Simons, háganos girar noventa grados a babor, o tan cerca de eso como pueda. Turboláseres y tubos de torpedos de protones de babor, prepárense para disparar al perímetro de defensa a mi orden, apunten a los emplazamientos de rayo tractor que nos sostienen aquí. Armas de estribor, lo mismo, sólo que apuntando a los emplazamientos de la base.

Hubo un coro de asentimientos. Booster miró fijamente a la base y al Destructor Estelar listo delante de ella; y mientras miraba, empezaron a moverse a la derecha. Lenta y ponderosamente, pero estaban moviéndose.

Dio un paso más cerca a Bel Iblis.

—Comprendes, por supuesto, que no vas a engañar a nadie con esto —advirtió—. Mucho menos a alguien como Thrawn. Él va a vernos apuntando a los rayos tractores y comenzará a cortar la nave en pedazos por debajo de nosotros.

Bel Iblis agitó la cabeza.

—No lo creo. No todavía, por lo menos. Toda la evidencia indica que está intentando reconstruir el Imperio, y un montón de chatarra no le ayudará a hacer eso. Lo que realmente quiere de nosotros es unos cuantos prisioneros de alto-rango de la Nueva República que pueda desfilar delante de los potenciales conversos a su causa.

—Para no mencionar recoger un Destructor Estelar adicional que usar contra cualquiera que no sea tan fácilmente convertido…

—Eso también —concedió Bel Iblis—. Conclusión: no va a empezar a disparar hasta que casi estemos libres. Quizá ni siquiera entonces.

Booster hizo una mueca. No, Thrawn no tendría prisa. No con el *Ventura Errante* en el lado malo de todo ese poder de fuego que esperaba en el perímetro.

—¿Entonces cómo estás planeando hacernos salir?

Bel Iblis agitó la cabeza.

—No estoy intentando hacernos salir. Ya te dije eso. Tenemos un trabajo que hacer; y ese trabajo nos está esperando allí —Señaló con la cabeza hacia la base Ubictorado en el ventanal.

—¿Con Thrawn y un Destructor Estelar interponiéndose entre nosotros y ella? —resopló Booster—. No te lo tomes personalmente, General, y estoy seguro de que eres una excelente mente militar y todo eso. Pero si intentas aporrear a Thrawn todos seremos dewback asado.

—Lo sé —dijo Bel Iblis, su voz de repente muy mortal—. Es por eso que no vamos a enfrentarlo. Por lo menos, no de la forma que él espera que lo hagamos.

Booster lo miró cautelosamente. Había algo sobre la cara y la voz del otro que estaban empezando a enviar escalofríos a través de él.

—¿De qué estás hablando?

—Tenemos que pasar más allá del *Implacable*, Terrik —dijo en voz baja Bel Iblis, mirando fijamente por el ventanal—. Y tenemos que en el proceso desactivarlo lo suficiente para que no pueda derribar del cielo a nuestros expertos en computadoras antes de que puedan llegar a la extensión de computadora y abrirse camino.

—¿Qué hay de las propias armas de la base?

—Y tenemos que hacerlo lo suficientemente rápido para que el propio armamento de la base no tenga tiempo para volverse contra nosotros —acordó Bel Iblis—. Súmalo todo, y sólo hay una forma posible de hacerlo.

Todavía mirando fijamente por el ventanal, pareció tomar fuerza.

—En cuanto podamos liberarnos de los rayos tractores, vamos a girar y avanzar tan fuerte como podamos directamente hacia el *Implacable*.

—Y vamos a embestirlo.

Booster sintió que se le iba el aire.

—No hablas en serio —jadeó.

Bel Iblis se volvió, mirándolo directo a los ojos.

—Lo siento, Booster. Lo siento acerca de tu nave; lo siento acerca de que tú y tu tripulación vinieran a bordo en primer lugar.

—¿General? —llamó el timonel—. Ya tenemos un desplazamiento de setentinueve grados. Es lo máximo que vamos a conseguir.

Por otro segundo, Bel Iblis sostuvo la mirada de Booster. Entonces, apartando los ojos, pasó por delante de él.

—Será suficiente —dijo—. Todas las armas: comiencen a disparar a los emplazamientos de rayo tractor.

Abruptamente, afuera del ventanal, hizo erupción una tormenta de fuego turboláser, lanceando hacia afuera del casco anguloso en ambas direcciones.

—Y timón y motores sublumínicos —agregó serenamente el general—, preparen toda la energía de emergencia.

• • •

—Allí está —dijo Elegos, señalando—. Por allí, un poco a estribor.

—Ya lo veo —dijo Han. Por un minuto había perdido el carguero de Carib en la neblina revuelta de la cola del cometa—. ¿Ves alguno de los mineros sobre los que estaba hablando?

—Todavía no —dijo Elegos—. Quizás estaba equivocado.

—No es probable —gruñó Han, los vellos de su nuca le empezaban a picar. Él podía no estar de acuerdo con que Carib pudiera identificar a los imperiales sólo por su estilo de vuelo; pero no dudaba que el tipo podía notar la diferencia entre los cubos de minerales y el espacio vacío—. ¿Me pregunto adónde pudieron meterse?

—Quizás están enmascarados por la cola —sugirió Elegos—. Pueden estar trabajando en el cuarto trasero de la superficie del cometa.

—Los mineros nunca trabajan allí atrás —dijo Han, agitando la cabeza—. El polvo y el hielo interfieren con los amortiguadores aluviales algo horrible.

—¿Entonces dónde están?

—No lo sé —dijo gravemente Han—. Pero estoy empezando a tener un muy mal presentimiento al respecto. Ponme una transmisión al carguero de Carib, ¿quieres?

Elegos tecleó el comunicador.

—Listo.

—¿Carib? —llamó Han—. ¿Ves algo?

—Nada —regresó la voz del otro—. Pero estaban aquí, Solo.

—Te creo —dijo Han, arrojando una rápida mirada al tablero de armas del *Halcón*. Los quads estaban listos, enlazados remotamente aquí bajo su control—. Creo que quizá es tiempo para una mirada desde realmente cerca de la superficie. Para ver lo que podría haber escondido allí fuera de la vista.

—De acuerdo —dijo Carib—. ¿Quieres que bajemos primero?

—¿Ese carguero tuyo está armado?

Hubo sólo la más breve de las vacilaciones.

—No, en realidad no.

—Entonces será mejor que yo tome la punta —dijo Han, arrojando más energía a los motores sublumínicos—. Quédate atrás y déjame pasarte.

—Como digas.

—¿Quieres que yo vaya a una de las bahías de armas? —preguntó en voz baja Elegos.

Han le dio una rápida mirada.

—Pensé que los caamasi odiaban matar.

—Lo odiamos —dijo seriamente Elegos—. Pero también aceptamos que hay veces que matar a algunos es necesario para un bien mayor. Ésta bien podría ser una de esas veces.

—Quizá —gruñó Han, bajando de nuevo la velocidad cuando el *Halcón* pasó disparado más allá del Acción II. Ahora estaban empezando a acercarse al cometa, y no quería chocar con algún pedazo de roca suelta que pudiera decidir desprenderse de repente en su camino—. No te preocupes… cualquier cosa que tengan escondida allí abajo, debo poder arreglármelas bien solo. No se puede meter mucho poder de fuego en uno de esos cubos minerales…

Y justo en el medio de su frase, justo delante de sus ojos, el cometa y las estrellas más allá de él abruptamente se desvanecieron.

Y en su lugar, con sus luces brillando maliciosamente en la negrura total a su alrededor, estaba la forma oscura de un Destructor Estelar Imperial.

—¡Han! —jadeó Elegos—. ¿Qué?

—¡Destructor Estelar encubierto! —exclamó en respuesta Han, girando violentamente el volante del timón, todo el plan de repente se volvió claro. Esa batalla allí atrás encima de Bothawui, *todas esas naves volviéndose chatarra entre sí*, con un Destructor Estelar esperando escondido aquí, preparado para rematarlos a todos y quizás incinerar Bothawui en el camino. Ningún sobreviviente, ningún testigo, sólo una batalla de la que todos en la Nueva República culparían a todos los demás.

Y la guerra civil que esa única batalla desataría podría no terminar nunca.

—Prepárate en el comunicador —le dijo a Elegos mientras el *Halcón* viraba abruptamente hacia el borde indetectable del escudo invisible—. En el mismo segundo que hayamos salido…

La orden quedó ahogada cuando fue arrojado violenta y abruptamente contra sus correas. Por debajo de él, el *Halcón* se agitó al costado como un animal herido, el rugido de los motores sublumínicos se mezclaba con el crujido de uniones y estructuras forzadas.

—¿Qué sucede? —jadeó Elegos.

Han tragó saliva, sus manos apretaban inútilmente el volante.

—Es un rayo tractor —le dijo al caamasi, arrojando una mirada desesperada a la pantalla de sensores. Si lo habían agarrado del borde, de forma marginal o tenue, debería poder arrancarse.

Pero no. Lo tenían. Lo tenían sólidamente.

Alzó de nuevo la vista cuando un movimiento captó su mirada: El carguero de Carib, ahora adentro del escudo invisible con él, retorciéndose inútilmente en el mismo asimiento invisible.

—Nos tienen, Elegos —suspiró, con el sabor amargo de la derrota en la boca.

—Nos tienen a ambos.

CAPÍTULO 38

Encontraron dos más de las redes de Conner enmascaradas por el camino, las dos veces Mara insistió en hacerlas saltar y desactivarlas. Luke no estaba convencido de que fuera necesario; pero por otro lado tampoco veía que pudiera ser malo. Si la primera red no había activado ninguna alarma, y no había habido ninguna indicación de que lo hubiera hecho, entonces derribar otras dos probablemente tampoco haría nada. Y por lo menos les daba a los droides de servicio insectoides algo que hacer para que quedaran fuera de su camino.

El zumbido de fondo también se había incrementado mientras avanzaban por el túnel, alcanzando un volumen en el que Luke podía notar que definitivamente venía de arriba. Indudablemente era el enorme generador de energía de la fortaleza, sellado a salvo más allá de su alcance dentro de la roca maciza.

Y eventualmente, después de quizás cien metros, el túnel terminó en una habitación grande y bien iluminada.

—Tenía razón —murmuró Mara al costado de Luke cuando se pararon juntos en el arco de entrada—. Sabía que él tendría escondido un lugar así. Incluso en su propia fortaleza, escondido lejos de su propia gente. Lo sabía.

Luke asintió en silencio, mirando fijamente la cámara. Era aproximadamente redonda, con techo en forma de domo, de unos sesenta metros en la base, y una buena decena de altura en el centro, toda tallada en la roca maciza. Un anillo de piso embaldosado de tres metros de ancho corría alrededor del borde exterior al nivel del túnel, cayendo entonces un metro más abajo al piso principal que también estaba embaldosado. A cinco metros de altura a los lados, detrás de una baranda protectora, unos balcones profundamente excavados en la roca recorrían dos terceras partes del camino alrededor del cuarto, sus paredes internas delineadas con equipo electrónico.

En el piso principal lejos a su derecha había una versión más modesta del centro de comando que habían encontrado en el piso superior de la Mano de Thrawn. Éste era de sólo un único anillo de consolas, centrado no en un holo galáctico sino en el ancho y bajo cilindro de una base de información librería/computadora de superalmacenamiento. De nuevo, como en la fortaleza de arriba, un manojo de luces resplandecientes indicaba que el equipo estaba aguardando pacientemente en modo de espera. El resto del piso principal estaba vacío excepto por una fila de muebles alineados contra un borde de la pasarela elevada debajo de una lámina de plástico.

Pero todo eso era *sólo el contexto*, cosas a ser notadas periféricamente y archivadas en su mente para una evaluación futura. Desde el primer momento que él y Mara habían entrado al cuarto, toda la atención de Luke se había enfocado en el profundo nicho que se proyectaba del cuarto principal a su izquierda. Sellado detrás de una sólida pared de transpariacero había un aparato de clonación completo: un cilindro Spaarti envuelto en

tubos nutrientes y cables de aprendizaje flash, rodeados por equipo de apoyo, y todo unido a un zumbante generador de fusión.

Y flotando tranquilamente en el centro del cilindro, dormido o quizás todavía ni siquiera verdaderamente vivo, había un humanoide adulto de piel azul. Un humanoide con una cara excepcionalmente familiar.

El Gran Almirante Thrawn.

—Diez años —dijo en voz baja Luke—. Como dijiste. Exactamente como lo dedujiste. Les dijo que volvería en diez años.

—El viejo fraude —murmuró Mara, las palabras en cortante contraste con la renuente sorpresa que Luke podía sentir en ella. Podía comprenderla; el nicho y su ocupante eran intimidantes en su grandeza sutil, y en su amenaza igualmente silenciosa—. Probablemente tenía el ciclo puesto en diez años y simplemente lo volvía a poner de vuelta a cero cada vez que venía de visita.

—Probablemente —convino Luke, apartando la mirada de la imagen casi hipnótica del clon flotante y examinando el anillo de consolas del otro extremo del cuarto—. Erredós, ve allí y encuentra un enchufe de computadora en el que puedas conectarte. Comienza a bajar todo lo que puedas encontrar acerca del área de las Regiones Desconocidas que abrió Thrawn.

El pequeño droide trinó en reconocimiento y lo pasó rodando hacia una de la media-docena de rampas que llevaban del anillo exterior al piso principal de abajo. Bajó por la rampa sin tropezar y se dirigió hacia el anillo de consolas, sus ruedas resonaban rítmicamente en las pequeñas juntas entre las baldosas mientras avanzaba. Se detuvo al lado de una de las consolas, silbó una confirmación, entonces extendió su enchufe de computadora y se conectó.

—Está adentro —dijo Luke, volviendo a girar hacia el tanque de clonación—. Vamos, quiero ver esto más de cerca.

Juntos, él y Mara rodearon el cuarto hasta la pared de transpariacero.

—No la toques —advirtió Mara cuando él se inclinó para acercarse—. Probablemente está conectada a la alarma.

—No iba a hacerlo —le aseguró Luke, asomándose adentro. De este ángulo podía ver algo que no había estado visible desde el arco de entrada—. ¿Ves qué más tiene allí adentro con él?

—Un par de ysalamiri —asintió Mara—. Sólo en caso de que un par de Jedi errantes pasara por casualidad.

—Thrawn era del tipo que pensaba en todo.

—Claro que sí —convino Mara—. Excepto quizá en ese lago de allí afuera.

Luke frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Por allí —dijo Mara, volviéndose a medias y señalando al otro lado del cuarto.

Luke se volvió para mirar. Allí estaba la pared de roca, y los muebles debajo de la lámina de plástico, y el balcón superior de equipo que corría por encima alrededor del domo.

—¿A qué exactamente estoy mirando? —preguntó.

—El daño por el agua —dijo, señalando de nuevo—. En la pared enfrente de la boca del túnel. ¿Ves?

—Ahora lo veo —dijo Luke, asintiendo. La pared de allí estaba sutil pero definitivamente descolorida, una mancha marcaba con múltiples líneas verticales adonde el agua se había rezumado a través de la roca y había chorreado. De hecho, ahora que le prestaba atención, podía ver el agua rezumando lentamente a través de la roca en una docena de lugares—. Niño De Los Vientos dijo que el lago se había estado extendiendo —dijo—. Parece que encontró un camino de entrada a través de las cavernas.

Volvió a darse vuelta.

—Yo diría que nuestro clon alcanzó su marca de diez años justo a tiempo.

—¿Cómo crees que será? —preguntó Mara, con una voz extraña—. ¿Quiero decir, qué tan cerca estará del Thrawn original?

Luke agitó la cabeza.

—Ése es un argumento que ha sido discutido durante décadas —dijo—. Con la misma estructura genética más un patrón de aprendizaje flash tomado directamente del molde, un clon debería ser teóricamente completamente idéntico a la persona original. Pero a pesar de eso, nunca son exactamente el mismo. Quizá algunas de las sutilezas mentales se pierden en la transición, o quizá hay algo único dentro de nosotros que un lector de aprendizaje flash no puede captar.

Señaló al clon con la cabeza.

—Éste probablemente tendrá todos los recuerdos de Thrawn. ¿Pero tendrá su genio, o su liderazgo, o determinación? No lo sé.

Miró a Mara.

—Lo que supongo que nos lleva a la pregunta de qué hacemos con él.

—Es curioso que lo preguntes —dijo pensativamente Mara—. Hace diez años, habría dicho sin dudarlo que nos abramos camino y nos deshagamos de él. Quizá incluso hace cinco años. Pero ahora… ya no es tan simple.

Luke estudió su perfil, intentando ordenar la mezcla de emociones que se arremolinaban a través de él.

—¿Realmente te asustó toda esa charla acerca de las amenazas distantes, no?

Para su ligera sorpresa, ella no se ofendió.

—Fel, y Parck están preocupados al respecto —le recordó—. ¿Estás dispuesto a apostar que los dos están equivocados?

—No realmente —concedió Luke, mirando de nuevo al clon—. Sólo estoy intentando imaginar qué le haría a la Nueva República tener a Thrawn apareciendo de repente. Un pánico generalizado sería mi suposición, con Coruscant apresurándose a encontrar suficientes naves para hacer un golpe preventivo contra lo que queda del Imperio.

—¿No crees que escucharían lo que tenga que decir?

—Por la forma en que Thrawn se abrió camino a través de la Nueva República la última vez —Luke agitó la cabeza—… No confiarían en él ni por un minuto.

—Tienes razón —dijo Mara—. Parck dijo que había rumores de que había regresado, aunque cómo puede empezar un rumor así, no lo sé. Pero no mencionó cuál había sido la reacción.

—Y los rumores son muy diferentes a que si realmente entrara por la puerta —señaló Luke.

Por un minuto se quedaron allí en silencio. Entonces Luke respiró profundo.

—Supongo que es realmente una discusión académica, cuando lo piensas —dijo—. A pesar de cualquier cosa que el Thrawn original pueda haber hecho, *este ser en particular* no ha hecho nada malo. Ciertamente nada que merezca una ejecución sumaria.

—Cierto —acordó Mara—. Aunque me imagino que tendrías problemas en convencer a alguna gente de eso. Entonces, siguiente pregunta: ¿lo dejamos aquí para que se despierte normalmente y se una a nuestros amigos de arriba? Teniendo presente que no están demasiado contentos con nosotros ni con la Nueva República en este momento… ¿O vemos si podemos acelerar el proceso de crecimiento y llevarlo a Coruscant?

Luke silbó suavemente por lo bajo.

—¿Tú sí que sabes encontrar las preguntas difíciles, no?

—Nunca he tenido que encontrar una pregunta difícil en mi vida —contrapuso ásperamente—. Ellas siempre me han encontrado primero.

Luke sonrió.

—Conozco la sensación.

—Preferiría que conocieras la respuesta —dijo ella—. La pregunta principal es: ¿podría Coruscant manejar esto?

Del otro lado del cuarto vino una súbita agitación de trinos. Luke se volvió, para ver a Erredós rebotando excitado de un lado al otro sobre sus gruesas patas.

—¿Qué sucede? —llamó—. ¿Encontraste los datos de las Regiones Desconocidas?

El droide gorjeó con impaciencia.

—Está bien, está bien, ya voy —lo tranquilizó Luke, dirigiéndose hacia la rampa más cercana que bajaba al piso principal. Empezó a pasar los muebles cubiertos por la lámina…

Y se detuvo, mirando la colección. Allí abajo había media docena de sillas de varios tipos, más una cama, una mesa, y un par de cosas que parecían mesas de luz.

—¿Para qué supones que es todo esto? —dijo atrás hacia Mara.

—Parece como lo que necesitará para hacer de este lugar un pequeño y cómodo departamento una vez que haya salido —sugirió Mara, saltando abajo al piso principal y alcanzándolo—. Querrá pasar algún tiempo recuperándose, quizá para ponerse al día con lo que estuvo pasando allí afuera en los últimos diez años. De hecho, te apuesto diez a uno que ese anillo de consolas está alimentado directamente por cualquier enlace de datos/noticias que tengan arriba.

—¿Sí, pero por qué está todo amontonado aquí en lugar de acomodado esperándolo? —preguntó Luke—. No es como si Thrawn no hubiera sabido cómo le gustaría ordenar las cosas a su clon.

—Un punto interesante —convino Mara, su voz repentinamente intranquila.

Luke le arrojó una mirada.

—¿Qué sucede?

—No lo sé —dijo ella lentamente, echando una mirada a su alrededor—. Sólo que hay algo que de repente se siente mal.

Luke también echó una mirada alrededor del cuarto. Nada parecía amenazante… pero él también de repente estaba sintiéndolo.

—Quizá debamos agarrar a Erredós e irnos de aquí —sugirió en voz baja—. Sólo tomemos cualquier cosa que haya conseguido y vayámonos.

—Primero veamos cuánto es lo que consiguió —dijo Mara. Volvió a girarse hacia el droide y dio un paso…

—*¿Quién osa perturbar el sueño del Síndico Mitth'raw'nuruodo?* —tronó una voz profunda desde arriba.

Luke se agachó a medias, levantando por reflejo el sable de luz por encima de él. Levantó la vista…

A un espectáculo extraordinario. Por encima de la baranda y el balcón de equipo del segundo nivel, una sección del gran techo ovoidal de piedra estaba ondulando como alguna especie de fluido rocoso. Aun mientras la miraba, lentamente tomó la forma de una cara gigantesca que los miraba hacia abajo.

—¿Quién osa perturbar el sueño del Síndico Mitth'raw'nuruodo? —repitió la voz.

—Ése sí es un buen truco —murmuró Mara—. Bueno, adelante: respóndele.

Luke respiró cuidadosamente.

—Somos amigos —dijo Luke—. No queremos hacerle ningún daño al Síndico Mitth'raw'nuruodo.

Los ojos fluidos parecieron enfocarse en él.

—¿Quién osa perturbar el sueño del Síndico Mitth'raw'nuruodo?

Luke miró a Mara.

—¿Una grabación?

—Así parece —convino estrechamente—. ¿Pero para qué sirve una grabación…? ¡cuidado!

Pero Luke ya estaba girando, con el sable de luz apareciendo con un destello en una posición defensiva delante de él, cuando sus propios sentidos le dieron la advertencia.

Había dos, parados allí en la sección superior del suelo: un par de corpulentos y grandes droides centinela, sobre bases con orugas, cada uno con un bláster pesado agarrado en su mano derecha.

—¡Ponte detrás de mí! —exclamó Luke hacia Mara, dando un corto paso adelante de ella.

Justo a tiempo. Aun mientras se estiraba a la Fuerza, ambos centinelas abrieron fuego.

—Estúpida, estúpida, estúpida —oyó que Mara gruñía desde atrás de él—. Una gran y gorda distracción… el truco más viejo en la lista. Y yo caí en ella como algún tonto niño granjero.

—Cuida tu lenguaje —advirtió Luke. Los centinelas eran buenos, esparciendo un patrón de puntería sistemático que habría acabado rápidamente con la mayoría de los oponentes. Sin embargo, hasta ahora, él seguía fácilmente delante de ellos—. ¿Puedes hacer algo acerca de ellos?

Su respuesta fue una andanada de fuego bláster por encima de su hombro que cayó sobre las articulaciones y los ojos resplandecientes de los centinelas. Pero no tuvo ningún efecto.

—Es inútil… el blindaje es demasiado grueso para mi bláster —dijo ella—. Déjame intentar…

—Cuidado… se está moviendo —la cortó Luke. El centinela de la izquierda había comenzado de repente a rodar sobre sus orugas a lo largo del anillo de piso levantado del lado lejano del cuarto, mientras su bláster todavía disparaba. Luke apretó los dientes, estirándose más fuerte a la Fuerza, sintiendo que le brotaba sudor en la frente. Con la fuente de los rayos de bláster viniendo ahora de dos direcciones diferentes, y con la separación entre ellas creciendo cada vez más, se estaba volviendo cada vez más y más difícil mover físicamente la hoja del sable de luz lo suficientemente rápido para bloquear los tiros. Detrás de él, oyó un chasquido-siseo cuando Mara encendió su propio sable de luz…

Seguido por un súbito quejido y un golpe ahogado.

—¿Qué pasó? —exclamó Luke, sin atreverse a desviar su atención de los centinelas.

—No intentes caminar —le advirtió Mara, su voz venía inexplicablemente del suelo debajo de él—. Thrawn dejó otra sorpresa para los invitados no deseados.

Luke frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Por el rabillo del ojo, vio como la hoja azul-blanca del sable de luz de ella interceptaba uno de los tiros del centinela más distante, ahora del lado lejano del cuarto.

—Está bien, tengo a este —dijo—. Si puedes distraerte un segundo, echa una mirada al suelo.

Dejando que la Fuerza guiara sus manos, Luke se arriesgó a dar una mirada rápida abajo a sus pies.

Una mirada fue todo lo que necesitó. Del suelo habían brotado unos lazos de cuerda verdinegra que se habían formado en una masa enredada alrededor de sus pies.

—Parece que salieron de las rendijas de entre las baldosas —continuó Mara—. Al primer paso que di mi pie intentó atrapar uno de los lazos.

—Inteligente —convino tensamente Luke—. Supongo que eso descarta cualquier oportunidad de salir corriendo.

—Por lo menos ahora sabemos por qué todos los muebles estaban amontonados al costado —agregó Mara—. No quieres llenar tu campo de tiro con muchas cosas detrás de

las cuales las víctimas podrían esconderse. Luke, este otro centinela todavía está viniendo.

Luke se arriesgó a mirar. El segundo centinela había pasado el final lejano del cuarto y seguía rodando velozmente alrededor del otro lado.

Y quizá en diez segundos alcanzaría un punto directamente enfrente de Mara.

—Rápido… antes de que se acerque más —le dijo, deslizándose un poco a la izquierda para poder defender de nuevo contra ambos centinelas—. Usa tu sable de luz en él.

—Correcto —dijo Mara, y a través de su neblina de concentración, él pudo sentir su punzada emocional por el recuerdo de su manejo menos perfecto del arma en la cámara donde habían derribado juntos todas las estalactitas y estalagmitas.

Pero el momento pasó; y cuando él volvió a concentrarse en el esfuerzo de bloquear la lluvia de tiros vio la llamarada del sable de luz de ella dando vueltas a través del cuarto hacia el centinela. Se clavó limpiamente en la intersección entre la cabeza y el cuerpo…

Y entonces, abruptamente, la hoja blanquiazul se desvaneció.

—¿Qué pasó? —demandó Luke.

—¡Rayos! —gruñó Mara. Por el rabillo del ojo Luke vio como la hoja reaparecía, giraba hacia el centinela, y se desvanecía de nuevo—. Les puso una capa de mineral cortosis debajo de la armadura.

—Entonces usa el bláster —dijo Luke.

—Correcto.

La hoja blanquiazul salió chirriando de nuevo, hubo un crujido de metal y plástico roto, y de repente ese punto de peligro se desvaneció de la mente de Luke.

—Buen trabajo —le dijo a Mara, cambiando toda su atención al centinela delante de él—. Ahora ven aquí y haz lo mismo con este…

Se dio la vuelta de nuevo, haciendo girar la hoja de su sable de luz justo a tiempo. De repente el centinela del lado de Mara había empezado a disparar de nuevo…

—Cuidado —exclamó Mara en una advertencia tardía—. Tenía otro bláster enfundado para su mano izquierda… oh, shavit.

—¿Qué…? No importa —gruñó Luke. En respuesta al ataque de Mara, ahora el centinela que lo enfrentaba había sacado un segundo bláster de su escondite con la mano izquierda.

—También tiene un segundo bláster para la derecha…

—Lo tengo, lo tengo —la cortó Luke, concentrándose aún más fuerte en su defensa. Con dos veces más tiros viniendo ahora de cada uno de los centinelas, estaban en peor forma que antes. Una saeta de bláster perdida chirrió dolorosamente por la parte superior de su hombro izquierdo…

—Lo siento —dijo Mara, ahora con la espalda apretada contra la suya, y el zumbido de su sable de luz como un insecto enfadado detrás de él—. ¿Qué hacemos ahora?

Luke hizo una mueca. La fila de chiss equipados con ysalamiri que él había enfrentado arriba en la fortaleza había sido lo suficientemente complicada; pero por lo

menos allí habían tenido la opción de dispararle a sus oponentes si la defensa se ponía demasiado difícil. Aquí, atrapados en el medio de un cuarto abierto, atrapados en el fuego cruzado de dos droides incansables que no podían ser matados, con cuerdas que se enredaban alrededor de sus pies y les impedían cualquier oportunidad de escape rápido…

—¿Luke? —llamó de nuevo Mara por encima del sonido y furia—. ¿Me oíste?

—Te oí, te oí —exclamó él en respuesta.

—¿Entonces qué hacemos?

Luke tragó saliva.

—No tengo idea.

• • •

Debajo de Leia, la gran masa del *Predominancia* se estremeció cuando otro torpedo de protones pasó a través de las defensas ishori, su violenta explosión arrancó otro pedazo del casco. Visto por el dosel principal del puente, el cielo era una maraña de rayos turboláser salpicando sus escudos u ocasionalmente atravesándolos para vaporizar capas de metal o transpariacero.

Pero en ese súbito momento que le detuvo el corazón, nada de eso importaba; ni la batalla, ni su propia vida, ni siquiera la terrible amenaza de la guerra civil. Con ese parpadeo de emoción distante, ese súbito temblor en la Fuerza, sólo una cosa se había vuelto de arrolladora importancia para ella.

En alguna parte allí afuera, *Han estaba en peligro mortal.*

—¡Capitán Av'muru! —gritó por encima del fragor del puente, cruzando rápidamente hacia la consola de comando. Dos guardias alzaron sus blásteres amenazadoramente; sin pensarlo, Leia se estiró con la Fuerza para apartar las armas mientras pasaba—. Capitán, debo hablar con usted inmediatamente.

—Estoy ocupado, Consejera —gruñó el capitán ishori, ni siquiera molestándose en mirarla.

—Estará más ocupado de lo que quiere si no me escucha —dijo Leia entre dientes, esforzándose con todo su vigor hacia la sensación tenue e incierta que era Han. Las emociones de él todavía estaban hirviendo de peligro, amenaza y furia impotente; pero por más que lo intentaba, no podía penetrar a través de la emoción y la distancia hasta sus pensamientos subyacentes.

Pero había una cosa que estaba muy clara.

—Hay una nueva amenaza esperando allí afuera —le contó a Av'muru—. Una de la que no sabe en absoluto.

—¡Las otras amenazas no tienen importancia! —casi gritó Av'muru—. No puede haber ninguna otra preocupación más que los atacantes diamalanos alrededor de nosotros.

—Capitán…

Se interrumpió por un toque plumoso en su brazo.

—Es inútil, Consejera —dijo Gavrisom, con su larga cara estrecha y casi amarga—. No puede y no pensará a tan largo plazo. No con su nave bajo ataque inmediato. ¿Puedes decirme lo que es esa amenaza?

Leia miró por el ventanal, intentando atravesar el deslumbrante y letal espectáculo de luces de afuera.

—Han está en peligro —dijo.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—No lo sé —dijo, su estómago se retorció con su propia sensación de impotencia—. No puedo captar sus pensamientos con la suficiente claridad.

—¿Quién más podría saberlo? —preguntó Gavrisom.

Leia respiró profundo, forzando su mente a la calma. Gavrisom tenía razón: lo que Han necesitaba era que ella apartara sus emociones y pensara claramente.

—Elegos estaba con él en el *Halcón* —dijo ella, estirándose de nuevo con la Fuerza. Pero no había nada—. Ni siquiera puedo sentirlo.

—¿Quién más podría saberlo? —persistió Gavrisom—. ¿Alguien más al alcance de la mano?

Leia miró de nuevo a la batalla, un súbito y tentativo destello de esperanza vaciló en ella.

—Lando. Han le podría haber dicho algo a Lando.

—Entonces debemos hablar con él —dijo firmemente Gavrisom—. Iré a hablar con el capitán acerca de atravesar el bloqueo de comunicaciones diamalano. Entretanto, ¿hay algo que tus habilidades de Jedi puedan hacer al respecto?

Leia respiró profundo.

—No lo sé —dijo—. Déjame intentarlo.

• • •

—Le digo que esto no puede esperar —insistió Lando, arrojando toda la urgencia e intimidación que podía a su voz—. Tengo que hablar con la Alta Consejera Organa Solo de inmediato. Todo el destino de la Nueva República podría bien estar en peligro. Para no mencionar sus propias vidas.

—En serio —dijo el Senador Miatamia, su voz helada y calma. Los diamalas, sabía Lando, eran notablemente difíciles de leer, pero era abundantemente claro que el Senador no estaba impresionado—. ¿Y cuál es la naturaleza de esta amenaza?

—Mi amigo Han salió a echar un vistazo a ese cometa de allí afuera —dijo Lando—. Yo estaba mirándolo con los macrobinoculares… y acaba de desvanecerse.

Las mejillas de Miatamia se arrugaron.

—¿Quiere decir que chocó?

—Quiero decir que se desvaneció —insistió Lando—. Justo en medio del espacio abierto.

—¿Sin embargo, qué tan verdaderamente abierta es la región alrededor de un cometa? —señaló el diamala, agitando una oreja—. Puede haber virado hacia los gases de la cola, o usted puede haberlo perdido de vista brevemente por el reflejo del sol en la superficie.

Lando hizo una mueca. No sólo Miatamia no estaba convencido, ni siquiera iba a escucharlo de forma justa.

Pero Lando *sabía* lo que había visto.

—Está bien, entonces —dijo entre dientes apretados—. En ese caso, se lo pido por el favor que me debe.

Ambas orejas se agitaron esta vez.

—¿Qué favor es ese?

—Le di un viaje de Cilpar a Coruscant, ¿recuerda? —le recordó Lando—. Usted nunca me ha pagado por eso.

—Usted declaró en ese momento que no requeriría ningún pago mas que nuestra conversación.

—Mentí —dijo Lando en igual tono—. Y quiero mi favor ahora.

Miatamia lo miró oscuramente.

—Estamos en una situación de combate.

—Esto no hará peligrar eso —Lando hizo señas hacia el puente, más allá de la pared de transpariacero de la cubierta de observación en la que él y Miatamia estaban parados—. Todo lo que quiero es que el bloqueo de comunicaciones al *Predominancia* sea levantado, sólo en la frecuencia del comunicador personal de la Consejera Organa Solo. Sólo esa única frecuencia… eso es todo.

El diamala agitó la cabeza.

—Yo no puedo apostar a que una acción semejante no crearía un peligro adicional para las vidas y bienes diamalanos.

Se dio la vuelta, enfrentando de nuevo la batalla. Lando se tragó una maldición, mirando más allá de él y la nave ishori sitiada, al cometa que brillaba con una serenidad tan engañosa más allá de la lucha. Han le había pedido ayuda. Había confiado en él.

Y él *sabía* lo que había visto.

—Está bien —dijo, poniéndose de nuevo directamente adelante de Miatamia. Era hora de poner su dinero adonde contaba—. ¿Una *apuesta*, dice usted? Está bien: apostemos.

Señaló por el ventanal a la nave ishori.

—Aquí está la apuesta. Usted me deja hablar con Leia ahora mismo; y si la amenaza resulta no ser tan seria como digo, usted y los diamalas se quedan con mi operación de minería y casino en Varn.

Las orejas del Senador se agitaron.

—¿Habla en serio?

—Mortalmente en serio —dijo Lando—. Mi amigo está en peligro, y soy el único que puede ayudarlo.

Por un largo momento el diamala lo miró fijamente.

—Muy bien —dijo por fin—. Sólo la frecuencia de comunicador privada de la Alta Consejera Organa Solo. Y por no más de dos minutos.

—Hecho —Lando asintió—. ¿Qué tan rápido puede arreglarlo?

Miatamia se volvió rápidamente hacia el intercomunicador de la cubierta de observación y habló rápidamente en el idioma diamalano. Le contestaron del mismo modo. Hubo otro rápido intercambio más…

—Está hecho —dijo, volviendo a girarse hacia Lando—. Sus dos minutos están corriendo.

Lando ya tenía su comunicador afuera y sintonizado.

—¿Leia?

—¡Lando! —regresó al instante la voz aliviada de ella—. Esperaba poder hablar contigo. Han está en problemas.

—Lo sé —dijo Lando—. Fue con Carib a revisar el cometa y me pidió que lo mirara con los macrobinoculares. Se acercaron a la superficie, y entonces simplemente desaparecieron.

—¿Qué quiere decir que desaparecieron? —preguntó ansiosamente Leia—. ¿Como si hubieran chocado?

—No —dijo gravemente Lando—. Como si se hubieran zambullido dentro de un escudo invisible.

Oyó la abrupta inhalación de aire.

—Lando, tenemos que llegar allí enseguida. Si hay una nave imperial escondida allí afuera…

—Eh, no lo discuto —dijo Lando—. Pero yo ya usé todos mis favores para poder hacer esta llamada.

—Está bien —dijo Leia, su voz repentinamente oscura—. Entonces depende de mí.

—¿Qué vas hacer? —preguntó Lando.

—Voy a ayudar a Han —dijo ella, su voz más fría que lo que él la había oído nunca—. No te metas… no quieres involucrarte en esto.

La transmisión se apagó con un clic.

—Ya es demasiado tarde para eso, Leia —murmuró hacia el comunicador apagado—. Años y años demasiado tarde.

• • •

Otra andanada de fuego turboláser lanceó desde la más cercana de las dos plataformas de armas Golan, la dispersión apuntaba al grupo de cazas estelares que acosaban su flanco.

Wedge giró su Ala-X seguramente por entre los tiros e hizo un rápido chequeo del resto de su escuadrón. Como en la última y las cuatro o cinco salvas anteriores como esta, ninguno había sufrido daño alguno.

Tampoco, hasta donde sabía, lo había hecho nadie más en la flota de ataque. Hasta ahora la estrategia de Bel Iblis de simplemente quedarse al borde de la zona de muerte de las Golans había funcionado.

Pero esa estrategia *estaba a punto de cambiar*.

—A todas las alas de cazas, éste es Perris —vino tensamente la voz del comandante de cazas del *Peregrino* por su auricular—. El Capitán Tre-na ha confirmado que el General Bel Iblis está definitivamente en problemas allí adentro.

Wedge hizo una mueca, preguntándose *qué cosa* acerca de la situación había necesitado confirmación en primer lugar. Nariz a nariz con otro Destructor Estelar Imperial, atrapado en el lugar por probablemente cada rayo tractor pesado que la base del Ubictorado podía usar…

—Mira… están disparando —exclamó Pícaro Cinco—. Parece que con todo lo que tienen.

—Lo veo —dijo Wedge, mirando a través de la distancia que lo separaba a la llamarada de fuego turboláser que destellaba desde el *Ventura Errante*, su última leve esperanza de que Bel Iblis todavía pudiera intentar salir de esto hablando, se evaporó como la neblina matinal a la salida del sol. Si había abierto fuego contra la base, significaba que la fanfarronada había fallado.

También significaba que se le estaba acabando el tiempo. Ese segundo Destructor Estelar, para no mencionar al comandante de la base del Ubictorado, no iba simplemente a quedarse sin hacer nada mientras Bel Iblis vaporizaba sus emplazamientos tractores y escapaba.

Tre-na y el resto del personal de comando de la flota a bordo del *Peregrino* claramente habían llegado a la misma conclusión.

—Está bien, cazas —dijo Perris—. La flota va a entrar, y va a entrar con todo. Su trabajo es distraer los disparos de las naves principales, ayuden dondequiera que puedan a perforar un agujero en el perímetro de defensa, y estén listos para hacer una pantalla cuando los imperiales finalmente lancen sus propios cazas. Todas las alas, respondan y prepárense.

—Líder Pícaro, recibido —dijo Wedge, entonces cambió a la frecuencia privada del escuadrón—. Bueno, Pícaros, todos han dado una mirada al perímetro. ¿Alguna idea de cuáles son los puntos débiles?

—Quizás —dijo Pícaro Doce—. Me parece que los turboláseres del lado de estribor de esa segunda Golan tienen una ligera oscilación.

—¿Estás seguro? —preguntó Pícaro Tres—. Yo no noté nada.

—Es pequeña, pero está allí —dijo Pícaro Doce—. Puede ser lo suficiente para dejar un hueco pequeño entre…

—¿General Antilles? —cortó una nueva voz.

Wedge frunció el ceño. Era una voz familiar, pero no una de su escuadrón.

—Éste es Antilles —confirmó cautelosamente.

—Éste es Talon Karrde. ¿Cómo están las cosas?

Le tomó a Wedge un segundo encontrar su voz.

—Karrde, ¿qué llamas estás haciendo aquí? —demandó.

—Para ser perfectamente honesto, intentando pasar más allá de sus fuerzas —dijo Karrde—. ¿Está el Comandante Horn allí contigo?

—Aquí estoy —dijo Pícaro Nueve—. ¿Qué quieres?

—Quiero pedirte un favor que me debes —dijo Karrde—. Del que discutimos la última vez que estuvimos juntos en el *Ventura Errante*, ¿recuerdas?

Hubo un sonido que sonó exasperado en el auricular de Wedge.

—¿Karrde, estás loco? Aquí estamos en el medio de una batalla.

—Precisamente la razón por la que necesito el favor ahora —dijo Karrde—. Necesito que me escoltes a través de las líneas de la Nueva República.

—¿Hasta dónde? —replicó Pícaro Nueve—. En caso de que no lo hayas notado, del otro lado de nuestras líneas hay una base del Ubictorado Imperial.

—La que convenientemente, da la casualidad que es mi destino —le dijo Karrde.

Wedge resopló suavemente.

—El *Salvaje Karrde* debe estar mucho mejor blindado de lo que pensé.

—Los imperiales no serán un problema —dijo Karrde—. Tengo un código de alto nivel para pasar sus líneas. Mi problema son las suyas.

—Mira, Karrde, no sé lo que estás tramando —dijo Pícaro Nueve—. Y francamente, ahora mismo realmente no me importa. Pero tenemos un trabajo que hacer aquí.

—Quizás yo pueda hacer que ese trabajo sea innecesario —dijo Karrde, con una súbita advertencia en la voz—. Déjame pasar, y yo podría detener completamente esta batalla.

—En serio —dijo Pícaro Dos, su voz repentinamente sospechosa—. ¿Puedo preguntar cómo exactamente planeas hacer eso?

Hubo una ligera pausa, y Wedge pudo imaginarse a Karrde sonriendo en esa mueca misteriosa a la que era tan aficionado.

—Simplemente digamos que tengo la máxima ficha de intercambio —dijo suavemente.

—¿Y eso sería…?

—Todas las alas, éste es Perris —vino la voz del comandante de cazas—. Pónganse en formación; vamos a entrar.

Wedge respiró profundo. Ahora estaban bajo órdenes oficiales, sin espacio para maniobrar o hacer tiempo o ninguna otra cosa.

Pero la vida del General Bel Iblis estaba en juego aquí…

—Karrde, éste es Antilles —dijo—. ¿Dónde estás?

—Acercándome arriba y detrás del *Peregrino* —le contó Karrde—. ¿Están ustedes empezando un ataque?

—Algo así —dijo Wedge, mirando su escáner trasero. Sí, el *Salvaje Karrde* estaba allí, esperando a una respetuosa distancia de la línea de centinelas de la Nueva República—. Quédate ahí… ya iremos allí. Pícaros; vamos.

Giró abruptamente el Ala-X y se dirigió hacia la parte de atrás. Hubo un clic en su auricular cuando alguien tecleó su frecuencia personal…

—Wedge, ¿qué estamos haciendo? —demandó Pícaro Nueve—. Estamos bajo órdenes. ¿Mira, si esto es acerca de este supuesto favor que le debo?

—Ahora mismo no me preocupan los favores, Corran —le aseguró Wedge—. Pero oíste lo que dijo Karrde. Tiene un código imperial para atravesar el perímetro.

—Sí, lo recuerdo. Pero que él tenga un código de acceso no nos servirá de nada.

—Ordinariamente, no —convino Wedge, esbozando una estrecha sonrisa—. Pero también recuerda lo que dijo Pícaro Doce sobre esa oscilación del turboláser. Si guiamos a Karrde bajo ese banco en particular… y si entonces nos quedamos apretados muy cerca detrás de él…

Pícaro Nueve siseó pensativamente.

—Eso podría funcionar.

—Por lo menos vale la pena el intento —Wedge dijo. Porque si podían pasar detrás del perímetro, tendrían una oportunidad mucho mejor de acabar con los emplazamientos tractores que mantenían cautivo al *Ventura Errante*.

Y cuanto más rápidamente acabaran con esos emplazamientos, más pronto podría Bel Iblis dar vuelta su nave y correr hacia la seguridad.

—¿Wedge? —dijo Pícaro Nueve, su voz sonaba rara—. No crees realmente que Karrde pueda detener la batalla, ¿no?

Wedge comenzó a agitar su cabeza; hizo una pausa. El que hacía la pregunta era Corran Horn, Jedi.

—No realmente —dijo cautelosamente—. Los imperiales quieren a Bel-Iblis, eso es seguro. La única razón por la que puedo pensar que lo dejarían ir es si consiguen algo que quieran aún más.

—Eso es lo que yo también estaba pensando —dijo Pícaro Nueve, su voz todavía extraña—. ¿Entonces, por qué también estoy pensando que Karrde realmente tiene una oportunidad en esto?

Wedge sintió que un escalofrío le hormigueaba en la nuca.

—No lo sé —dijo gravemente—. Todo lo que sé es que es nuestra mejor oportunidad de sacar vivos a Bel Iblis y a Booster de allí. Ahora mismo eso es todo lo que me importa.

Ya habían alcanzado al *Salvaje Karrde*, y Wedge hizo girar a su caza en una curva abrupta a una posición de escolta delantera.

—Está bien, Karrde, aquí vamos —dijo, verificando por segunda vez que el resto del escuadrón estaba en posición—. Quédate cerca, y sígueme.

CAPÍTULO 39

El droide centinela continuó con su ataque, enviando sistemáticamente sus ardientes saetas de muerte en dirección a Mara. Su sable de luz brincaba e interceptaba cada una, sus manos se retorcían y giraban y esgrimían el arma guiadas por la Fuerza.

Ella sabía que sus manos se estaban moviendo, al igual que sabía que sus dientes estaban apretados firmemente y que había gotas de sudor rodando por su cara. Pero no podía sentirlas. No podía sentir nada de eso. Tan enfocada estaba su mente, tan fija en el terrible forcejeo por la supervivencia, que no había nada más en el universo que pareciera capaz de penetrar en su conciencia. Ni el resto de la cámara, ni la silueta del centinela apenas visible detrás de la luz deslumbrante de los rayos de bláster, ni siquiera su propio cuerpo. Nada más que los blásteres y su sable de luz.

Y Luke.

Era una sensación extraña, notó la pequeña parte de su mente que todavía estaba libre para preguntarse por tales cosas. Parados espalda contra espalda, estirados tan profundamente juntos a la Fuerza, era como si sus mentes se hubieran literalmente fundido para volverse una *única entidad*. Podía sentir la tensión mental y física de él mientras mantenía su propia defensa; podía sentir su confianza en la Fuerza, y su búsqueda desesperada de un plan para sacarlos de esto, y su profunda preocupación por la mujer parada allí con él.

De alguna manera era casi como una extensión lógica de los breves contactos emocionales que habían tenido a lo largo de este viaje. Pero de otra manera era algo completamente nuevo, como nada que ella hubiera experimentado nunca antes.

Porque dentro de la profundidad de esa relación mental, ella de repente y totalmente conoció a Luke Skywalker. Conoció *todo* acerca de él: sus esperanzas y miedos; sus éxitos y fracasos; sus fuerzas y debilidades; sus mayores alegrías y sus más profundas y privadas aflicciones. Vio en su más profundo espíritu, hasta las profundidades de su corazón, hasta el mismo centro de su ser.

Y supo que así como él yacía abierto ante sus ojos, así también su corazón y su espíritu estaban abiertos ante los suyos.

Sin embargo no era atemorizante ni humillante como podría haberlo esperado. Como habría esperado. Era en cambio algo completamente satisfactorio. Nunca antes había experimentado semejante profundidad y cercanía con otra persona, una persona que la entendiera tan íntimamente como ella lo entendía a él. Nunca había sabido que semejante relación ni siquiera pudiera existir.

Y nunca antes había comprendido cuánto anhelaba semejante relación.

Y esa era a su modo la parte más sorprendente de todo: comprender de repente después de tantos años cuánto su determinación de cerrarse a los demás había terminado lastimándola. Había atrofiado su propio crecimiento y su vida, así como su terca negativa a aceptar la responsabilidad de sus habilidades de Jedi había limitado su crecimiento.

Era una visión asombrosa, particularmente viniendo como lo hizo en medio del fuego y el calor de una batalla. Sólo podía lamentar que la comprensión no hubiera llegado antes, en lugar de *ahora*.

Ahora que estaba a punto de morir.

Porque su muerte estaba de hecho muy cerca, de una manera u otra. Ya podía sentir que sus músculos se cansaban ante el asalto del centinela, y sabía que no podría mantener su defensa por más que a lo sumo unos pocos minutos. Tenía que actuar ahora, mientras todavía tenía la fuerza para hacerlo, o Luke también moriría.

Porque mientras que el plan que había ideado podría, *podría*, eliminar la amenaza del centinela delante de ella, no había ninguna forma de que ella pudiera encargarse de sus dos blásteres lo suficientemente rápido para impedir que un tiro mortal la alcanzara. Fugazmente, pensó en Corran Horn y en su habilidad para absorber y disipar energía; pero ése nunca había sido uno de sus talentos, y ciertamente ahora no había tiempo para que aprendiera la técnica. No, arrojaría su sable de luz a su blanco escogido, y el centinela le dispararía, y moriría. Todo lo que podía esperar era aferrarse a la vida el tiempo suficiente para terminar con lo que tenía que hacerse.

No, Mara. ¡No!, ¿Fue ese su pensamiento? se preguntó. ¿O era de Luke?

Tengo que hacerlo, Luke. Ese era suyo. A través de sus propios miedos y pesares podía sentir la súbita oleada de emoción desesperada mientras él intentaba idear una forma en la que ella no tuviera que morir.

Pero no había ninguna. Mara ya había considerado cada posibilidad, y simplemente no había ninguna forma que Luke pudiera rechazar cuatro blásteres por sí mismo cuando dos de ellos estaban disparando de esa forma a su espalda. Pero si ella tan sólo pudiera vivir lo suficiente para llevar a cabo esto, usando su cuerpo para escudarlo hasta que el centinela que la enfrentaba pudiera ser eliminado…

Mientras todavía tengo las fuerzas, se recordó. Y ahora era el momento. Respiró profundo…

¡No!, la emoción penetró a través de su negra determinación. *Espera. Mira.*

Ella no tenía ninguna atención que distraer para mirar a ninguna parte más que al centinela y sus blásteres. Pero no tuvo que hacerlo. Luke ya había visto el nuevo factor crítico, y ahora la imagen fluyó a su mente a través de la Fuerza.

A su derecha, con su pequeño soldador de arco eléctrico extendido delante de él como un arma, Erredós estaba rodando determinadamente a lo largo del anillo del piso superior hacia su atacante.

Su primer pensamiento fue preguntarse porqué llamas le había tomado al pequeño droide tanto tiempo traer su trasero de metal para ayudar, sólo entonces comprendió lo poco que realmente había pasado desde que la batalla comenzó. Su segundo pensamiento algo irreverente fue notar que Erredós había escogido a su centinela para atacar en lugar del de Luke, y preguntarse si se le había pegado la tendencia hacia la sobreprotección de Skywalker.

Su tercer pensamiento fue que Luke tenía razón. Éste podría ser el resquicio que necesitaba, la abertura para que su plan tuviera éxito sin que ella tuviera que morir en el proceso.

Quizás.

Ahora Erredós ya casi había alcanzado al centinela, con una chispa azulada que se arqueaba entre los contactos del soldador. El centinela, por supuesto, estaba perfectamente consciente de él; la única pregunta era qué haría al respecto…

Y entonces una imagen apareció en la mente de Mara. Una imagen de ella y Luke yaciendo en el suelo en medio del enredo de cordones para tropezar de allí abajo.

Se sintió suspirar. ¿Era esa una visión del futuro, de ellos yaciendo muertos juntos? ¿Estaba su plan condenado al fracaso?

¿No lo ves?, La emoción de Luke penetró sobre el miedo súbito. *¿No lo entiendes?*

Y entonces la imagen se aclaró, y de hecho vio lo que él quería decir. No una visión de muerte, sino una esperanza de vida: La contribución de último segundo de Luke a su plan.

Lo tengo, envió su comprensión en respuesta.

Prepárate…

Sintió que sus dientes se apretaban aún más fuerte, con su sable de luz todavía destellando contra los ataques del centinela, se preparó. Erredós ya casi estaba sobre el centinela, su arco soldador todavía chispeaba…

Y con una facilidad casual y despectiva, el centinela giró su brazo izquierdo, puso el costado del bláster en esa mano contra el domo de Erredós, y derribó al pequeño droide de un empujón haciéndolo aterrizar sobre su espalda.

Y durante ese medio segundo, uno solo de sus blásteres estaba disparando.

¡Ahora!

Mara reaccionó al instante, dejando que su pierna derecha bajara debajo de su cuerpo para enviarla cayendo hacia su lado derecho. Luke cayó junto a ella, con la espalda apretada contra la suya todo el camino abajo. Golpearon el suelo, probablemente hubo una punzada de dolor en su hombro por el impacto, pero Mara no la sintió, y Luke giró sobre su espalda para enfrentar hacia arriba al techo.

Y con ese único movimiento de repente ya no había dos ataques viniendo de direcciones totalmente opuestas. Ahora, eran meramente dos ataques que venían de un par de oponentes ampliamente espaciados, los dos de los cuales estaban efectivamente delante de él.

Y eso era algo que él podía manejar.

¡Ahora!, El comando de él vino mientras el verde y blanco de su sable de luz pasaba brillando por encima de su cabeza, desviando un tiro de su cara. Mara no necesitaba el pedido; su sable de luz ya estaba girando en camino hacia el centinela. Una cuchillada rápida, y el bláster en su mano derecha había sido destrozado a la inutilidad. Su otra mano ya estaba girando de vuelta hacia ella; el sable de luz cambió de dirección y acuchilló de nuevo, y el segundo bláster del centinela se había ido de igual modo.

Hubo un corto rugido retumbante del gran droide, aparentemente tenía la suficiente conciencia para estar molesto por haber sido burlado de esta forma. Pero también tenía la inteligencia suficiente para saber que la desventaja era sólo temporal, que el sable de luz no podía dañarlo directamente, por lo menos no lo suficientemente rápido para que fuera efectivo.

Y sus diseñadores claramente también lo habían preparado para semejante eventualidad. Se habían abierto dos compartimientos más a lo largo de los costados de su parte baja, y las manos del centinela ya estaban buscando otro juego de armas de reemplazo.

Pero con suerte, nunca tendría la oportunidad de usarlas. Mara ya había hecho a su sable de luz dar la vuelta alrededor adelante del centinela, girándolo para apuntar de hoja hacia el gran droide. Ahora, gruñendo con el esfuerzo, lo empujó hacia adelante.

No inútilmente hacia el centinela y su coraza de mineral cortosis, pero pasándolo directamente, enterrando la hoja blanquiazul en la pared manchada de agua detrás de él.

El chorro de agua que salió alrededor de la empuñadura fue instantáneo y violento, algunas salpicaduras alcanzaron hasta donde ella y Luke yacían en el suelo a treinta metros. Mara sintió una súbita punzada de inquietud por la fuerza del flujo; pero ahora ya era demasiado tarde para detenerse. Sosteniendo el arma contra la presión, la giró alrededor de un círculo de diez centímetros de diámetro, la empuñadura más de una vez casi se perdió de vista detrás del chorro de agua que se ensanchaba al salir a través del tajo que estaba cortando. El centinela volvió la cabeza para ver lo que estaba sucediendo; alzó sus blásteres hacia el sable de luz…

Y con un último esfuerzo, Mara terminó el corte.

El tapón de piedra salió disparado de la pared con la velocidad de un torpedo de protones, estrellándose directamente contra el grueso torso del centinela con una fuerza que aplastaba blindajes y derribando al gran droide que no pudo hacer nada, lo arrojó del anillo superior hacia el piso principal. Mara vislumbró un metal retorcido; vio que el chorro de agua que había empujado el tapón ahora pasaba disparado a través del cuarto por encima de su cabeza…

Y repentinamente una ola coronada de espuma la golpeó y pasó sobre ella desde la dirección opuesta.

Con su mente todavía en la visión de túnel del modo de defensa Jedi, la ola la agarró completamente fuera de guardia. Se sintió siendo levantada y arrojada por el salvaje oleaje cuando sus pies de algún modo fueron arrancados de los cordones para tropezar, y buscó locamente algo de lo que colgarse. Su mano izquierda agarró otro manojo de los cordones, y aguantó con todas sus fuerzas, intentando orientarse. Otra ola pasó por encima de ella, haciéndola perder su asimiento, y una vez más se encontró dando vueltas en la turbulencia. Alcanzó arañando la superficie, tomó una inspiración que pareció ser mitad aire y mitad espuma, se sacudió el agua de los ojos para ver otra ola surgiendo hacia ella…

Y entonces un par de manos la tomaron bajo los brazos, y con un tirón que se sintió como si fuera a partirla por la mitad, de repente estaba subiendo en arco a través del aire. Hubo una sacudida cuando su espalda se estrelló contra a algo duro… una de las dos manos sosteniéndola se apartó mientras la otra la asía más firmemente…

—Aquí… sostente —gritó Luke en su oreja.

Se giró a medias asida por esa única mano de él, vio la baranda del balcón de equipo superior allí a su lado, y se agarró a ella.

—La tengo.

—Aguanta, voy a volver por Erredós —Soltando la baranda, él se dejó caer de vuelta al agua.

Con algo de esfuerzo, Mara se subió a la baranda y por encima de ella hacia el piso del balcón. Abajo, podía ver, el cuarto se había vuelto una furiosa masa de agua espumosa.

Y estaba subiendo llenando el lugar rápidamente. Mucho más rápido de lo que debería, comprendió inquieta.

Y de repente vio por qué. El pequeño y prolijo agujero que había cortado en la pared ya no era tan pequeño, ni tan prolijo. Cuatro o cinco metros cuadrados de la sección manchada de agua habían cedido a su alrededor, y el Lago de los Pececitos estaba entrando a través de la abertura. Ya estaba medio camino subiendo la pared hacia el saliente donde estaba ella…

Un movimiento al otro lado del cuarto atrajo su mirada: Luke, colgado de algún saliente en la pared, le agitaba la mano.

—Aquí estoy —le gritó encima del rugido del agua—. ¿Qué necesitas?

En respuesta, la parte superior del domo de Erredós se elevó unos centímetros por encima de las olas. Concentrándose, Mara se estiró con la Fuerza y alzó al droide hacia ella.

Era más difícil de lo que había esperado. Mucho más difícil de lo que debería haber sido. El droide se elevó encima del agua con una lentitud agónica, y dos veces durante el procedimiento casi perdió completamente su asimiento. Claramente, la batalla contra los droides centinela la había agotado más de lo que se había dado cuenta.

Pero finalmente lo hizo, y el droide bajó a su lado con un borboteo pensativo. Había sido arrastrado por el agua y había perdido el datapad que le habían aparejado para traducir, pero aparte de eso parecía estar bien. Volvió a mirar hacia abajo, buscando a Luke…

Una mano palmoteó arriba agarrando la barra inferior.

—¿Pudiste subir a Erredós? —jadeó Luke, trepando laboriosamente a la baranda.

—Está justo aquí —confirmó Mara, estirándose sobre la baranda para darle una mano—. ¿Tú estás bien?

—Bien —resolló mientras pasaba por encima de la baranda y se derrumbaba hacia el balcón junto a ella—. Lección número uno —agregó entre jadeos—. Un Jedi necesita aire para funcionar de manera apropiada.

—Tomaré nota —dijo Mara, asomándose abajo de nuevo a través de la baranda—. ¿Qué hay de ese segundo centinela?

—Ya me encargué de él —dijo Luke. Ya estaba respirando mejor—. Aquí está tu sable de luz —agregó, sacando ambas armas del interior de su túnica y entregándole a ella la suya—. A propósito, buen trabajo con la pared.

—Ah, claro: un trabajo genial —replicó Mara—. No hay nada tan brillante como un plan que casi termina ahogándote. ¿Hablando de lo cual, no deberíamos estar saliendo de aquí antes de que se vuelva aún más profundo?

Hubo una breve pausa.

—Bueno, en realidad…

Lo miró, una súbita punzada de miedo le tocó el corazón.

—¿Cuál es el problema?

Él se extendió y le tomó la mano.

—Lo siento, Mara —dijo—. El agua ya está encima del nivel del túnel. Ya está llenando ese cuarto subterráneo allí atrás.

Mara lo miró fijamente… no había tenido ninguna idea de que el agua estuviera viniendo tan rápido.

—Está bien —dijo, forzando su voz a mantener la calma. Forzando su mente a mantener la calma—. Está bien. Así que el cuarto se está llenando. ¿Si podemos llegar hasta la escalera, por lo menos podremos subir hasta el interior de la fortaleza, correcto?

Un músculo en la mejilla de él se crispó.

—No lo entiendes —dijo—. Ya está encima del nivel del túnel. Eso significa viajar todos esos cientos de metros sin aire, además de probablemente también tener que atravesar todo el cuarto subterráneo.

—¿Qué hay de un trance de hibernación? —sugirió Mara—. ¿Como el que usaste para pasar a camisa fría desde la base pirata hasta el *Hielo Estrellado*?

Luke agitó la cabeza.

—Con el cuarto subterráneo llenándose, o quizá ya casi completamente lleno, el agua no fluirá a través del túnel lo suficientemente rápido para empujarnos a tiempo.

Y era seguro que no podrían nadar mientras estaban en un trance. Mara se apartó un mechón de cabello húmedo de la cara, intentando pensar.

Al costado de Luke, Erredós dio un súbito graznido nervioso.

—Ya lo noté —le dijo Luke.

—¿Qué notaste? —preguntó Mara.

—El nivel del agua está empezando a subir de nuevo —dijo renuentemente—. Eso significa que el cuarto subterráneo debe estar lleno. El único desagüe que tenemos es a través de los dos agujeros que cortamos, el del área de la escalera y el de allá en las cavernas.

Mara tragó saliva.

—Agujeros pequeños.

—Demasiado pequeños para manejar la cantidad que entra —convino sobriamente Luke—. Me temo que…

Se interrumpió. Mara miró abajo al agua que subía, ahora lo suficientemente alto para esconder la entrada a través del agujero que ella había cortado. Pero todavía estaba entrando; la continua ondulación en la superficie era suficiente para mostrar eso.

—Poco después de que llegaste aquí —dijo ella—, te dije que si querías podías regresar a Coruscant y dejar que los qom jha y yo nos ocupáramos de la fortaleza por nosotros mismos. Dijiste que no, que tenías que estar aquí, y dijiste que no preguntáramos por qué.

Él respiró profundo.

—Tuve una visión acerca de ti en Tierfon —dijo en voz baja—. Antes de que supiera que habías desaparecido. Te vi yaciendo en el agua, rodeada de rocas escarpadas —Titubeó—. Y parecías…

—¿Muerta?

Él suspiró.

—Sí.

Por un largo momento se quedaron sentados allí juntos, el rumor del agua era el único sonido.

—Bueno, supongo que entonces eso es todo —dijo Mara por fin—. Por lo menos tengo la satisfacción menor de saber que me lo hice a mí misma.

—No te rindas aún —dijo Luke. Pero no había ninguna esperanza particular que pudiera notar en su voz—. Tiene que haber una salida de esto.

—También una lástima —dijo Mara. Lo miró, siguiendo con la mirada el contorno de su cara—. No te enteraste, pero después de lo de la base pirata, Faughn me dijo que tú y yo hacíamos un buen equipo. Ella tenía razón. Realmente lo hicimos.

—Realmente lo hacemos —la corrigió Luke, mirándola casi nerviosamente a los ojos—. Sabes, cuando estábamos luchando contra esos centinelas allí abajo, me pasó algo. *Nos pasó algo.* Estuvimos tan cerca en la Fuerza que era como si nos hubiéramos vuelto una sola persona. Fue… fue algo muy especial.

Ella alzó una ceja, una pizca de diversión se coló incluso a través de la gravedad mortal de la situación. Había un afán tan extrañamente torpe en su expresión.

—¿En serio? —dijo—. ¿Qué tan especial?

Él hizo una mueca.

—No vas a hacérmelo fácil, ¿no? —gruñó.

—Oh, vamos —dijo, acusando en broma—. ¿Cuándo te he hecho algo fácil alguna vez?

—No muy a menudo —concedió él. Visiblemente tomando fuerzas, se extendió y volvió a tomarle las manos—. ¿Mara… quieres casarte conmigo?

—¿Quieres decir si salimos vivos de aquí?

Luke agitó la cabeza.

—Quiero decir de cualquier modo.

Bajo otras circunstancias, ella sabía, probablemente habría considerado que su honor le exigía hacerlo sudar, al menos un poco. Pero con el agua todavía subiendo debajo de ellos, tales juegos parecían bastante vanos. Además, no había ninguna razón para que los viejos patrones defensivos entraran en juego. *No ahora. No con él.*

—Sí —dijo—. Quiero.

CAPÍTULO 40

Un rayo de fuego turboláser pasó disparado, quemando una línea chamuscada en el ventanal del puente del *Predominancia*. Fue como un presagio, pensó oscuramente Leia mientras pasaba el anillo exterior de monitores y entraba al racimo de control central: un presagio de su propia caída inminente. Lo que estaba a punto de hacer, sabía ella, probablemente sería el final de su carrera política. Posiblemente podría enviarla a una colonia penal. Incluso podría costarle la vida.

Pero la vida de Han estaba del otro lado de la balanza. Contra eso, nada más importaba.

Se detuvo detrás del ishori en la estación del timón y miró sobre su hombro a su tablero de control. Por supuesto, los indicadores y controles estaban marcados en ishori, pero el tablero en sí mismo era un diseño directo de Kuat Drive Yards y ella conocía la distribución. Respirando profundo, se estiró a la Fuerza y empujó la palanca del motor sublumínico.

El mismo timonel fue el primero en notar que algo estaba mal. Murmurando algo por lo bajo, tiró de la palanca poniéndola en su posición original. Leia la empujó adelante de nuevo, esta vez también trazando un nuevo vector para la nave hacia el cometa que llameaba en la distancia. El timonel murmuró de nuevo, más ruidosamente esta vez, y de nuevo agarró la palanca.

Excepto que esta vez no se movió. Leia la sostuvo firme contra sus forcejeos; y cuando se detuvo, confundido, aprovechó la oportunidad para empujarla todavía más adelante. El timonel giró en su asiento para mirar al Capitán Av'muru…

Y por el rabillo del ojo descubrió a Leia parada detrás de él.

—¿Qué está haciendo aquí? —gritó, girándose más para mirarla—. ¡Guardias!

Leia se volvió. Dos guardias estaban marchando hacia ella, con blásteres en las manos. Estirándose de nuevo a la Fuerza, les quitó los blásteres y estrelló las armas directo contra la cubierta tan fuerte que se rompieron.

—¡Consejera! —gritó Av'muru, saltando de su asiento para ponerse de pie—. ¿Qué está usted haciendo?

Leia no contestó, pero se estiró de nuevo al control de velocidad.

—¡No! —gritó el timonel, brincando de su asiento con las manos estiradas hacia la garganta de ella.

Los dedos que intentaban agarrarla nunca llegaron allí. Leia lo atrapó en medio del aire en un asimiento de la Fuerza, cambiando la dirección de su salto para enviarlo volando en cambio por encima del anillo de monitores y aterrizar desparramado y confundido en el fondo del puente.

—¡Guardias! —gritó Av'muru—. ¡Todos los guardias!

Leia se volvió de nuevo al timón, otra vez incrementando la velocidad de la nave. Sus sentidos resplandecieron de advertencia, y sacó su sable de luz al mismo tiempo que otros

dos guardias del lado lejano del cuarto sacaban sus blásteres. Dispararon, sus rayos de aturdir fueron esparcidos inútilmente por su hoja resplandeciente. De nuevo les arrebató las armas, esta vez trayéndolas volando a través del puente hacia ella y partiéndolas limpiamente por la mitad con su sable de luz.

—Deténgase de inmediato —gruñó Av'muru, acercándose con un paso firme y deliberado hacia ella—. De lo contrario, declararé que existe un estado de guerra entre el Conferendo Ishori y la Nueva República.

—Todo este sistema está en peligro mortal —dijo Leia en voz fuerte—. Usted se ha negado a tomar los pasos para oponerse a este peligro. Yo por consiguiente lo he hecho en su lugar.

—Se está arriesgando a una guerra entre Isht y Coruscant —gritó Av'muru, todavía viniendo hacia ella—. Tiene tiempo hasta que llegue hasta usted para cesar esta acción y devolverme el mando de este navío.

Por el rabillo del ojo, Leia vio a Gavrisom trotando para ponerse al lado de Av'muru… y ahora sólo le quedaba exactamente una carta por jugar.

—No hay necesidad o razón para involucrar a la Nueva República —le dijo al ishori—. Por este acto, renuncio al Alto Consejo, al Senado, y a la Presidencia. Ya no soy nada más que una ciudadana privada.

—Entonces también renuncia a todos sus privilegios diplomáticos —exclamó Av'muru. Gavrisom ya había alcanzado su lado, adelantándose ligeramente al ishori mientras los dos de ellos continuaban hacia Leia. Por el paso de Gavrisom, Leia sabía que estaba intentando llegar a ella primero. Probablemente esperando poder detenerla él mismo, teniendo cuidado de minimizar el daño político hacia la Nueva República que ella acababa de causar.

Pero era demasiado tarde para eso, y Gavrisom seguramente lo sabía.

—Está a bordo de un navío de guerra ishori —continuó Av'muru—. La pena por motín a bordo de tal navío es la muerte.

Leia sintió que su garganta se apretaba. Y eso, comprendió funestamente, era todo. El capitán había dicho la palabra «motín», automáticamente invocando el nivel más alto de la ley marcial ishori. Si ella no cedía antes de que Av'muru la alcanzara, él no tendría ninguna opción mas que traer todo el poderío de su nave de guerra contra ella.

¿Podrían detenerla? Probablemente no. Ciertamente no antes de que alcanzaran el cometa.

¿Pero a qué costo? Aunque ella podría detenerlos, casi ciertamente no podría hacerlo sin un eventual derramamiento de sangre. Y si sus acciones llevaban a la muerte, incluso a muertes por tiros por el rebote de sus propias armas, su destino estaría sellado. El estricto código de justicia militar ishori demandaría a cambio su muerte.

Y por el bien de la unidad dentro de la Nueva República, tendría que someterse. Av'muru y Gavrisom ya casi la habían alcanzado…

Y entonces, para asombro de Leia, Gavrisom se puso de costado y se detuvo abruptamente, su largo flanco se estiró cruzando el pasillo entre dos consolas, bloqueando el camino de Av'muru.

—Creo que no, Capitán —dijo serenamente—. Declaro que este navío de guerra está bajo el comando directo de la Nueva República.

—¿Así que también es traición de la Presidencia de la Nueva República? —gritó Av'muru, intentando empujar el cuerpo de Gavrisom fuera de su camino—. Muévase a un lado o muera junto a ella.

—No hay ninguna traición involucrada —dijo Gavrisom. Su voz todavía era tranquila, pero no se había movido ni un milímetro—. A menos que se busque ese cargo para usted mismo negándose a una requisición oficial de emergencia de la Nueva República sobre su navío según la Sección 45-2 de los Tratados de Fidelidad.

Abruptamente Av'muru dejó de empujar.

—Eso no tiene sentido —dijo, gritando ahora con toda la capacidad de sus pulmones—. No ha habido ninguna requisición oficial.

—Los Tratados son bastante vagos acerca de cómo debe ser hecha semejante requisición —dijo fríamente Gavrisom—. Lo son deliberadamente, porque una situación de emergencia debido a su misma naturaleza requiere de flexibilidad.

Indicó a Leia con un ala.

—En este caso, la petición comenzó cuándo la Alta Consejera Organa Solo…

—¡Ella ya no es Alta Consejera, por su propia declaración!

—Cuando la *Alta Consejera Organa Solo* —repitió Gavrisom, enfatizando cada palabra—, empezó a mover este navío hacia una fuente de peligro percibida.

Av'muru miró intensamente a Gavrisom, transfirió la mirada a Leia y regresó a Gavrisom.

—No puede creer seriamente que el Conferendo aceptará una demanda tan absurda —bramó.

—Lo que aceptará o no es un asunto para una discusión futura —señaló Gavrisom—. Lamentablemente, el bloqueo diamalano ha eliminado cualquier oportunidad de que usted se comunique con su gobierno para pedir consejo.

Sacudió su melena.

—Es su decisión, Capitán. Debe basarla en los requisitos de la ley, mi posición como Presidente de la Nueva República, y la palabra de una Caballero Jedi de que su nave está en peligro mortal.

Av'muru estaba temblando por la emoción, sus ojos pasaban de un lado al otro entre Gavrisom, Leia, y la vista afuera del ventanal. Leia también robó una mirada allí afuera, y confirmó que el *Predominancia* estaba de hecho acercándose al cometa.

—¿Timonel? —gritó Av'muru.

—Aquí estoy, mi capitán —contestó el otro, caminando vacilantemente adelante.

—Reasuma su puesto —ordenó Av'muru, su voz empezando a tranquilizarse—. Continúe en el curso en el que nos ha puesto la Caballero Jedi Organa Solo —Hizo una pausa—. E incremente a velocidad de flanqueo.

—Sí, mi capitán —dijo el timonel, rozando cautelosamente a Gavrisom al pasar mientras el calibop se apartaba al costado. Leia también se hizo a un lado, y él se sentó cautelosamente de nuevo en su asiento—. Curso y velocidad como usted ordenó, mi capitán.

—Venga, Consejera —dijo Gavrisom, haciéndole señas a Leia con la punta de una de las alas—. Volvamos a salir de su camino.

Juntos, se retiraron de nuevo detrás del anillo de monitores.

—Gracias —dijo Leia en voz baja.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo —dijo Gavrisom—. A menudo he oído decir que los calibops somos largos en las palabras y cortos en las acciones.

Rizó su melena.

—A veces, sin embargo, son las palabras las que deben venir primero.

—Sí —murmuró Leia, mirando fijamente afuera de la carlinga al cometa. Sólo podía esperar que las acciones que vendrían a continuación llegaran a tiempo.

• • •

—Los tenemos a ambos, Capitán —avisó el oficial de rayo tractor de estribor arriba a la pasarela de comando—. Dos cargueros corellianos: un YT-1300 y un Acción II.

—Muy bien —dijo Nalgol, todavía furioso por el inesperado cambio no anunciado en su itinerario cuidadosamente preciso. El equipo de asalto en la superficie, se prometió ominosamente, tendría algunas explicaciones serias que dar cuando todo esto hubiera terminado.

Pero entretanto, el *Tiránico* estaba listo para hacer cualquier cosa que fuera necesaria. Y el primer trabajo en esa lista sería encargarse de esos espías de allí afuera.

—Tráigalos más cerca, Teniente —llamó—. Asegúrese de que no se escapen.

—No lo harán, señor —prometió el oficial de tractor.

Nalgol sintió un movimiento a su lado.

—¿Me hizo llamar, Capitán? —dijo Oissan.

—Esa lista de prioridad/amenaza que le pedí —dijo brevemente Nalgol—. ¿Dónde está?

—La lista preliminar ha sido reportada —dijo Oissan, sonando un poco nervioso—. Estábamos esperando tener más tiempo para completarla.

—Bueno, no lo tuvieron, ¿no? —dijo entre dientes Nalgol, completamente disgustado. Primero el equipo de asalto, ahora Oissan—. Vuelva al trabajo. Todavía tenemos una hora o dos antes de que la batalla allí afuera llegue al punto adonde entraremos.

—Sí señor —dijo tiesamente Oissan—. ¿Quiere a mi equipo para interrogar a los prisioneros?

—¿Qué prisioneros?

—¿Qué? —titubeó Oissan—. Las tripulaciones de esos cargueros de allí afuera.

Nalgol agitó la cabeza.

—No habrá ningún prisionero.

—Pero usted dijo…

—Dije que los trajeran más cerca, eso es todo —lo cortó ásperamente Nalgol—. No quiero que ningún escombro salga flotando del escudo invisible adonde alguien podría notarlo.

Miró de nuevo por el ventanal. El YT-1300 se estaba retorciendo locamente en el asimiento del rayo tractor, todavía intentando escapar, el más grande Acción II curiosamente quieto.

—Otro minuto o dos —agregó—, y nos encargaremos de ellos. Permanentemente.

• • •

—¡Allí! —exclamó Lando, señalando afuera por el ventanal del *Pensamientos Industriosos*—. ¿No se lo dije? Los ishori han reconocido el peligro y se están dirigiendo a echar una mirada.

—Meramente están corriendo en un intento de salvar sus pellejos —contrapuso serenamente el Senador Miatamia—. O si no, sienten que la mayor maniobrabilidad disponible en el espacio profundo les será útil para su defensa.

—Muy bien —dijo Lando—. De cualquier modo, no puede simplemente dejarlos ir.

—Los diamalas no buscan ninguna venganza contra nadie —dijo el Senador—. Hemos frustrado su ataque sin provocación contra Bothawui. Eso es suficiente por ahora.

—¿Pero qué hay acerca de la amenaza sobre la que le advertí? —demandó Lando—. ¿Apostamos sobre ella, recuerda?

—Si tal amenaza existe, y si los ishori están de hecho buscándola, seguramente la descubrirán por sí mismos —dijo tranquilamente Miatamia—. No hay ninguna razón para que ninguna nave diamalana se exponga al peligro.

Lando miró afuera por el ventanal a la nave que se alejaba. De cualquier forma que lo hubiera hecho, Leia había conseguido que el *Predominancia* se moviera contra el cometa y cualquier sorpresa que los imperiales hubieran escondido allí afuera.

Pero con Thrawn tirando de los hilos, la sorpresa sería probablemente una memorable. Casi con seguridad demasiado grande para que un solo crucero de guerra ishori la manejara por sí mismo…

—Ya veo —dijo, esforzándose por mantener su voz casual, el tono de una parte desinteresada que no tiene nada que ganar con una cosa o la otra—. Estoy seguro de que los ishori también están igual de felices de alejarse de ustedes.

—¿Qué importa cómo vean las cosas los ishori? —dijo Miatamia.

—Oh, nada —dijo Lando con un encogimiento de hombros—. Simplemente estaba pensando que si decidieran que quieren pelear de verdad, necesitarían pedir refuerzos. Y por supuesto, una vez que estén fuera del rango de su bloqueo, serán capaces de hacer eso.

Las orejas de Miatamia se rizaron.

—Seguramente no harían tal cosa.

—¿Por qué no? —dijo Lando—. Recuerda, creen que toda la especie bothan debe pagar por su parte en la destrucción de Caamas. Si yo estuviera en su lugar, me figuraría que el espacio encima de Bothawui sería el punto perfecto para zanjar sus diferencias con los diamalas.

Volvió a señalar con la cabeza en dirección al planeta debajo de ellos.

—Especialmente con parte del escudo planetario caído así como está. Cualquier escombro de la batalla que caiga en ese agujero es sólo un bono por lo que les concierne.

Miatamia ya estaba en el intercomunicador, hablando urgentemente en él. Lando miró afuera por el ventanal, conteniendo la respiración…

Y entonces, a estribor y babor, vio que otras dos naves diamalanas giraban ponderosamente hacia el crucero de guerra ishori que se alejaba y empezaban a perseguirlo. Un momento más tarde, sintió el ligero empujón de aceleración cuando el *Pensamientos Industriosos* los siguió.

—Los mantendremos en silencio hasta que el generador de escudos de Drev'starn sea reparado —dijo Miatamia, reuniéndose con Lando—. Pero cuando eso esté hecho, serán libres de irse si lo desean.

—Es suficiente —dijo Lando—. ¿Está llevando sólo a estas tres naves?

Miatamia miró por el ventanal.

—Le he sugerido al capitán que todas las naves diamalanas también sean convocadas a nuestro lado.

—¿Sólo en caso de que yo tenga razón después de todo?

Las orejas del Senador se agitaron.

—Como le he dicho antes, a veces puede suceder lo inesperado —dijo lentamente—. Los diamalas creemos en estar preparados para tal eventualidad.

• • •

—Agárrate —rechinó Han, arrojando al *Halcón* primero abruptamente hacia estribor y entonces a babor. No sirvió de nada; el rayo tractor todavía los tenía asidos sólidamente. Estirándose al tablero de armas, cambió el objetivo del quad láser superior, que ahora disparaba continuamente hacia el Destructor Estelar. Como la maniobra de giro, todo el poder de fuego tampoco estaba sirviendo de nada.

—El estabilizador de babor está fluctuando de nuevo —anunció Elegos, mirando las pantallas de monitores—. Puedes dañarlo seriamente si continúas de este modo.

Han se tragó una maldición. Sí, podía volar los estabilizadores. También podía quemar una sección del motor sublumínico, o fundir los quads, o incluso fracturar el casco.

Pero no tenía ninguna opción mas que hacer cualquier cosa que fuera necesaria para zafarse, aun cuando tuviera que arrancarle la vida al *Halcón* para hacerlo. Un Destructor Estelar encubierto significaba una emboscada… y lo último que un imperial emboscado querría, sería dejar testigos atrás.

Elegos, sin embargo, todavía no se había dado cuenta de eso.

—Quizás debamos intentar rendirnos —sugirió el caamasi.

—¿Sí? —gruñó Han—. ¿Por qué?

—Para prevenir nuestra destrucción, por supuesto —dijo Elegos—. Además, Carib y su grupo ya parecen haber hecho eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Han, frunciendo el ceño cuando miró al cielo. Preocupado por su propia parte de la lucha, había perdido completamente el rastro del Acción II.

—Quiero decir que no están luchando contra el rayo tractor —explicó Elegos, señalando por el ventanal.

Tenía razón. Allí estaba el carguero de Carib, un poco a estribor y considerablemente más cerca al casco oscuro de lo que el *Halcón* estaba. Sin hacer ningún intento en absoluto por escapar.

Pero eso no tenía ningún sentido. Seguramente Carib sabía aún mejor que él que aquí no iba a haber ninguna cosa como la rendición. ¿Ya los habrían matado a él y a los demás?

¿O su recientemente profesada lealtad a Leia y a la Nueva República nunca había sido nada más que un truco?

—¿Solo? —crujió una voz por el altavoz—. Éste es Carib. Prepárate.

—¿Prepararme para qué?

—¿Qué te parece? —replicó Carib—. Y mira; si no salimos de esta, quiero que ustedes se encarguen de cuidar a nuestras familias. ¿Es un trato?

Han le arrojó un ceño a Elegos. *¿Qué espacios…?*

—Trato hecho —dijo Elegos por el comunicador, viéndose tan confundido como Han se sentía pero aparentemente dispuesto a seguirle el juego—. No te preocupes.

—Está bien. Ha sido un placer conocerlos.

El comunicador se apagó con un clic. Han miró fijamente al carguero, y una súbita premonición le envió un escalofrío por la espalda…

Y entonces, de repente, el Acción II explotó.

A su lado, oyó que Elegos jadeaba.

—¿Qué…?

—Sólo mira —lo cortó Han, agarrando el volante del timón—. Y como dijo el hombre, prepárate —El fogonazo y el polvo de la explosión se disiparon, volados por el aire que se expandía desde adentro o tirados por el rayo tractor…

Y de repente, de la nube de escombros, salió una docena de Interceptores TIE.

No les tomó a los imperiales más de cinco segundos reaccionar a esta nueva y completamente inesperada amenaza. Pero en este caso, cinco segundos fueron por lejos demasiado tiempo. Los TIEs hormiguearon juntos por todo el casco, esquivando a través del frenético fuego turboláser con una facilidad casual, destruyendo sistemáticamente los emplazamientos de rayo tractor.

Han miró fascinado, le volvieron recuerdos de la legendaria habilidad de vuelo del Barón Fel. Sólo que esta vez, había una docena de Barones Fel haciendo interferencia para él.

Y con una sacudida que le hizo apretarse los dientes, el *Halcón* estuvo libre.

—¡Agárrate! —exclamó, haciendo que la nave describiera un círculo cerrado y enviando energía al motor sublumínico. Los turboláseres del Destructor Estelar estaban empezando a abrir fuego detrás de él cuando vieron que su presa escapaba, y arrojó al *Halcón* en una maniobra evasiva en tirabuzón mientras se esforzaba hacia el borde indetectable del escudo invisible—. ¿Todavía tienes el comunicador listo para transmitir a esos idiotas encima de Bothawui? —agregó, mirando cautelosamente el indicador del deflector trasero. Si los escudos caían antes de que pudieran salir, los imperiales todavía podrían ganar.

—Estoy listo —dijo Elegos—. En cuanto…

Se interrumpió con un jadeo. Han giró la cabeza al costado cuando la forma familiar de un Interceptor TIE apareció de repente a su lado. Por reflejo, fue al tablero de armas…

Y se relajó justo a tiempo. Blasonado en los paneles solares del TIE estaba la insignia de la Nueva República. Más allá del TIE el resto de la unidad de Carib se estaba formando en su flanco…

Y de repente la oscuridad alrededor de ellos se desvaneció, y de nuevo estuvieron rodeados por estrellas.

—Eso es —dijo—. Ponte a trabajar con el comunicador.

Elegos se aclaró la garganta.

—No creo —dijo—, que eso sea necesario.

Confundido, Han se volvió para mirar.

Y contuvo la respiración. Avanzando resueltas hacia ellos desde la dirección de Bothawui había un grupo de más de una docena de naves de guerra pesadas.

El comunicador crujió.

—¿Han? —vino la voz de Lando.

—Sí, Lando —respondió Han—. Tengan cuidado: hay un Destructor Estelar Imperial debajo de ese escudo invisible.

—Entendido —dijo Lando—. ¿Esos interceptores TIE están contigo?

Han sonrió siniestramente.

—Apuesta a que sí. ¿Puedes silbar para llamar un poco más de ayuda?

—Capitán Solo, éste es el Senador Miatamia —dijo una nueva voz—. Estamos transmitiendo su advertencia a todas las naves aliadas de los diamalas y pidiendo su ayuda.

—Genial —dijo Han—. Sugiero que también inviten a los ishori a esta fiesta. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir.

—¿Han? —Cortó la voz de Leia, sonando aliviada, sin aliento y tensa al mismo tiempo—. ¿Han, estás bien?

—Estoy bien, cariño —le aseguró—. ¿Todavía estás con los ishori?

—Sí —dijo ella—. El capitán todavía no está seguro…

Se interrumpió abruptamente.

—¿Leia? —ladró Han.

—No importa —dijo ella, con un súbito tono grave en la voz—. No creo que todavía siga teniendo alguna duda.

Han frunció el ceño, girando el *Halcón* alrededor en un círculo cerrado y mirando atrás. El Destructor Estelar, ahora con su emboscada frustrada, había dejado caer su escudo invisible.

Sólo que no era sólo un único Destructor Estelar alejándose del cometa hacia la flota que se acercaba. Eran tres.

Respiró profundo.

—Está bien —dijo—. Ahora es una lucha.

CAPÍTULO 41

—Reporte del Comando de la Base, Almirante —llamó el oficial de comunicaciones desde la trinchera de tripulación de babor—. El Destructor Estelar enemigo ha desactivado dos más de los emplazamientos de rayo tractor.

—Haga que las reparaciones comiencen inmediatamente en esos emplazamientos, Teniente —dijo fríamente Thrawn—. Y ordene al Comando de la Base que fije tres rayos más en el blanco.

Parada un poco apartada a la izquierda de Disra, justo a popa de la pasarela de comando, Paloma D'asima le murmuró algo por lo bajo a Karoly D'ulin.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Disra, dando un paso hacia las dos Mistryl.

La mujer mayor señaló con la cabeza hacia Thrawn.

—Le estaba diciendo a Karoly que esto no me gusta nada —dijo en tono disgustado—. Está jugando con ellos. ¿Por qué no sólo destruirlos y terminar con todo esto?

—El gran Almirante Thrawn es un hombre muy sutil —dijo Disra, esperando que la altanería de su tono la intimidara a que no hiciera más preguntas que no podía contestar. De hecho, *él tampoco* entendía lo que Tierce tenía en mente con esto. Pero el mayor estaba de pie firme y alto al costado de Thrawn, exactamente como un buen ayudante debería, así que probablemente todo seguía yendo según el plan.

Thrawn debió haber alcanzado a oír el comentario. Le murmuró algo a Tierce, tuvo una inclinación de asentimiento, y el mayor se volvió y caminó de vuelta hasta donde Disra y las dos Mistryl estaban parados.

—El Almirante Thrawn oyó su pregunta y me pidió que viniera a explicarles su razonamiento —dijo, poniéndose al lado de D'asima adonde pudiera hablar con ellas mientras todavía mantenía un ojo en los intentos de Bel Iblis por zafarse de la trampa—. Él no está interesado en destruir al General Bel Iblis, comprenden. Al contrario, quiere que el general se rinda con su nave y tripulación intactas.

Hizo señas hacia los múltiples disparos turboláser.

—Pero como también pueden ver, Bel Iblis es un hombre terco y orgulloso. Primero tiene que ser convencido de que no tiene ninguna oportunidad contra los recursos de esta base. Por consiguiente, el Almirante Thrawn está dándole una oportunidad de hacer su mejor intento contra nosotros.

—Mostrándole la futilidad de la resistencia —dijo D'asima. Todavía no sonaba precisamente complacida, pero por lo menos ya no había disgusto evidente en su tono—. Y agregando sal a la herida incrementando el número de rayos tractores cada vez que Bel Iblis inhabilita uno.

—Exactamente —dijo Tierce, sonriendo—. El Almirante Thrawn siempre se ha caracterizado por tratar incluso a sus enemigos con respeto.

—Aunque *naturalmente* trata mucho mejor a sus aliados —agregó Disra. No estaba de más recordarle a D'asima por qué ella estaba aquí en primer lugar.

—¿Almirante? —llamó de nuevo el oficial de comunicaciones—. Estamos recibiendo una transmisión directa del coordinador de defensa del perímetro. Pide su ayuda urgente para tratar con los Ala-X que han penetrado a través de su línea.

Disra le arrojó una mirada sobresaltada a Tierce detrás de la cabeza de D'asima.

—¿Ala-X? —demandó.

—No lo sé —contestó Tierce con voz tensa. Empezó a apresurarse de vuelta al lado de Thrawn, se detuvo justo a tiempo por una rápida mirada intensa de advertencia de Disra. No estaría bien, el Moff ya les había advertido a ambos, que Tierce no debía parecer demasiado vital en la operación. El timador de allí sabía cómo traerlo de vuelta si lo necesitaba.

Pero por lo menos, por el momento, su Gran Almirante parecía tenerlo todo bajo control.

—¿Qué Ala-X son estos, Teniente? —preguntó, su voz calma pero amenazante.

—Dice que le reportó la penetración al General Hestiv hace más de diez minutos —dijo el oficial de comunicaciones, sonando confundido—. Aparentemente entraron furtivamente detrás de uno de nuestros cargueros.

—¿Uno de nuestros cargueros? —preguntó Thrawn.

—Un carguero imperial, señor —se corrigió apresuradamente el oficial—. De la línea de suministros, probablemente. El coordinador reporta que estaba usando todos los códigos de acceso apropiados.

—Estoy seguro que sí —dijo Thrawn, sus ojos brillantes destellaron—. Y el General Hestiv sólo se olvidó por casualidad de pasarnos esta información, ¿no?

Su mirada giró a su alrededor y cayó en Tierce.

—¿Mayor Tierce?

—Sí señor —dijo Tierce, caminando adelante enérgicamente a su llamado—. ¿Debo localizarle ese carguero?

—Por favor —dijo gravemente Thrawn, comprendiendo a su vez la indirecta.

Y entonces, todavía mirando atrás en su dirección, de repente los ojos resplandecientes se ensancharon. Disra frunció el ceño…

—No se preocupe, Mayor —llamó una voz familiar desde atrás de Disra—. El carguero en cuestión está actualmente atracado en su bahía hangar número siete.

Lentamente, incrédulamente, Disra se dio la vuelta. *No podía ser. No podía.*

Pero lo era. Allí estaba, en el centro del arco de entrada que llevaba al puente a popa.

El Almirante Pellaeon.

• • •

El elemento sorpresa se había perdido, la batalla fratricida sobre Bothawui probablemente se había cortado antes de lo que los imperiales habían esperado. Incluso ahora, Leia vio que los últimos tiros que quedaban de ese conflicto estaban menguando a medida que los varios combatientes se enteraban del mayor peligro en su flanco.

Pero incluso en su brevedad la lucha había pasado factura, comprendió ella mientras estudiaba la pantalla táctica del *Predominancia*. De las casi doscientas naves que habían estado luchando, menos de ciento diez se estaban formando para luchar contra los tres Destructores Estelares que ahora se acercaban a ellas.

—Nos superan en poder de fuego, ¿no? —dijo en voz baja Gavrisom desde su lado.

—Me temo que sí —concedió Leia—. E incluso todas las naves que todavía pueden luchar han sufrido algún daño. Esos Destructores Estelares están frescos y descansados.

—Y puede que no todas nuestras naves se queden realmente con nosotros una vez que computen las posibilidades para sí mismas —dijo Gavrisom, agitando las alas—. Incluso con mis convocatorias generales bajo la Sección 45-2, el hecho es que todavía estamos pidiéndoles que luchen en defensa de Bothawui y del pueblo bothan.

Leia asintió gravemente.

—Algo que por lo menos la mitad de ellos no está realmente interesada en hacer.

—¿Leia?

Ella levantó su comunicador.

—Aquí estoy, Han —dijo—. ¿Estás bien?

—Oh, claro —dijo, desestimando casualmente el peligro—. Dejaron de dispararnos hace mucho tiempo. Mira, Elegos ha estado contando las naves que tienen allí, y ninguno de nosotros está muy contento con los números que está obteniendo.

—Tampoco ninguno del resto de nosotros —dijo Leia—. Gavrisom ha hecho un llamado a cualquier fuerza de la Nueva República en las cercanías, pero hasta ahora no ha habido ninguna respuesta.

—Sí, bueno, quizá yo pueda agregar algo —dijo Han, en tono estudiadamente casual—. ¿Sabes si Fey'lya está en Bothawui en este momento?

Leia frunció el ceño.

—En realidad, creo que sí. ¿Por qué?

—¿Sabes cómo llamarlo?

—Su frecuencia de comunicador privada está en la computadora del *Halcón*, listada bajo su nombre —dijo Leia—. ¿Por qué?

—Voy a intentar un poco de diplomacia —le dijo—. Fíjate si puedes retrasar un poco a esos Destructores Estelares.

Cortó la comunicación.

—Correcto —Leia murmuró para sí misma—. Retrasarlos un poco.

A su lado, Gavrisom agitó la melena.

—Hay otra cuestión de preocupación inmediata, Leia —dijo—. Esta flota está compuesta por seres que, en conjunto, no confían entre sí. Necesitamos a alguien en quien todos estén dispuestos a confiar, o por lo menos a tolerar al mando.

—Yo debería poder resolver eso —dijo Leia, volviendo a encender su comunicador—. ¿Lando?

—¿Sí, Leia?

—Lando, a pedido del Presidente Gavrisom, me gustaría que aceptaras la reintegración inmediata al ejército de la Nueva República —dijo ella—. Necesitamos que tomes el mando de esta fuerza de defensa.

Hubo una corta pausa.

—Estás bromeando —dijo él.

—De ninguna manera, General —le aseguró Gavrisom—. Como un héroe de Taanab y Endor, usted es precisamente al que necesitamos.

Hubo un suspiro apenas audible.

—Discutiría si pensara que serviría de algo —dijo renuentemente Lando—. Está bien, lo haré. Aunque habría sido mejor si pudieras darme una flota más grande con la que trabajar.

—Eh, no hay problema, compañero —se entrometió la voz de Han—. Ya nos ocupamos de todo. Echa una mirada detrás de ti.

Leia miró a la pantalla de visión de popa del puente y quedó boquiabierta. Subiendo rápidamente desde la superficie de Bothawui había más de cien naves, de todo desde Cazadores de Cabezas Z-95 a Skipray Blastboats hasta incluso algunas naves capitales de guerra pequeñas. Y todavía más estaban subiendo a través de la atmósfera.

—¡Han! —jadeó ella—. ¿Qué mundos hiciste?

—Como te dije, un poco de diplomacia —dijo Han—. Conseguí recordar que Thrawn nos sugirió a Lando y a mí que Fey'lya tenía escondido un pequeño ejército privado. Tenía sentido para mí, así que llamé a la pequeña bola de pelo y le señalé que cualquier bothan que ayudara a salvar a Bothawui realmente podría sacar ventaja cuando esto hubiera terminado.

—¿Y Fey'lya pudo traer todo eso? —preguntó Leia, todavía sin creerlo.

—No exactamente —dijo astutamente Han—. Resulta que hubo muchas pérdidas de señal en mi transmisión. Daños por la batalla, probablemente. Me figuro que medio planeta debe haber oído lo que le dije.

Y finalmente, Leia comprendió.

—Y por supuesto que ninguno quería que Fey'lya acaparara toda la gloria para sí mismo —dijo, esbozando una estrecha sonrisa—. ¿Te he dicho últimamente que eres brillante?

—No —dijo—. Pero está bien, has estado ocupada. ¿Estamos listos?

—Estamos listos —dijo Leia, asintiendo—. General Calrissian: su flota espera sus órdenes.

• • •

Por un largo minuto el puente pareció haberse quedado suspendido en el tiempo y el espacio. El Moff Disra se quedó de pie firme adonde estaba, a un par de pasos de las dos mujeres civiles, con la cara torcida de incredulidad y odio, y quizás incluso con un toque de miedo. El Mayor Tierce también se había detenido, a medio camino de la pasarela de comando, mirando atrás a Pellaeon con una expresión ilegible en la cara. El Capitán Dorja y los oficiales en las consolas laterales estaban mirándolo fijamente, e incluso los hombres abajo en las trincheras de tripulación de algún modo habían sentido que algo estaba mal y habían bajado sus voces a susurros.

—Almirante Pellaeon —rompió el silencio la voz suavemente modulada de Thrawn. Pellaeon en parte había esperado que él fuera el primero en hablar—. Bienvenido a bordo del *Implacable*. Me temo que de algún modo nos perdimos las noticias de su llegada.

—Como de algún modo yo me perdí las noticias de su retorno —contrapuso Pellaeon. Como Tierce, la expresión detrás de esos ojos rojos resplandecientes era ilegible—. Una omisión involuntaria, estoy seguro.

—¿Está cuestionando las decisiones del Gran Almirante? —gruñó Disra.

—Al contrario —le aseguró Pellaeon—. Yo siempre he tenido el más alto respeto hacia el Gran Almirante Thrawn.

—¿Entonces por qué se mete furtivamente a bordo de esta forma? —demandó Tierce, regresando por la pasarela y deteniéndose al lado de la más joven de las dos mujeres—. ¿Tiene algo que esconder? ¿O alguna misión de traición tenebrosa que llevar a cabo?

Deliberadamente, Pellaeon cambió su mirada del mayor a las mujeres a su lado.

—Me temo que no hemos sido presentados de manera apropiada —dijo, inclinando la cabeza en un saludo—. Soy el Almirante Pellaeon, Comandante Supremo de las Fuerzas Imperiales.

—*Ya no lo es* —gruñó Disra—. Ahora el gran Almirante Thrawn está al mando.

—En serio —dijo Pellaeon, mirándolo fríamente—. No estaba informado de ningún cambio de mando. ¿Otra omisión involuntaria?

—Con cuidado, Almirante —advirtió en voz baja Tierce—. Está caminando por suelo muy resbaladizo.

Pellaeon agitó la cabeza.

—Se equivoca, Mayor —dijo—. Cualquier suelo resbaladizo que exista aquí está debajo de sus pies —Miró a Disra—. Y de los suyos, Su Excelencia.

Llevó su mirada al hombre en el uniforme blanco de Gran Almirante.

—Y de los suyos… *Flim*.

La cabeza de Disra se agitó como si hubiera tocado un cable energizado.

—¿De qué está hablando? —demandó. Pero había un nuevo temblor en la voz del Moff, y sus ojos eran aquellos de un hombre que veía la súbita destrucción viniendo inexorablemente hacia él.

—Estoy hablando de un muy talentoso artista del timo y el disfraz —dijo Pellaeon, levantando la voz para que todo el puente pudiera oírlo—. Aquí tengo la bastante

colorida historia de su vida —agregó, sacando una datacard de su túnica y sosteniéndola en alto—. Incluyendo holos detallados y un perfil genético completo.

Miró al otro lado a Flim.

—¿Le importaría acompañarme a la estación médica más cercana para hacer un examen?

—Pero verificamos su perfil genético, señor —objetó el Capitán Dorja, apartándose de la consola lateral adonde había estado parado—. El Capitán Nalgol le tomó una muestra de piel y la comparó con los archivos oficiales de Thrawn.

—Los archivos pueden alterarse, Capitán —le recordó Pellaeon—. Incluso los archivos oficiales, si los códigos de acceso han sido violados. Cuando volvamos a Bastión, podrá comparar los archivos genéticos con aquellos en esta datacard.

—Las mentiras pueden crearse aún más fácilmente en las datacards —dijo Tierce. Su voz era tranquila, pero había un indicio de algo vicioso por debajo—. Esto no es nada más que un último lastimoso intento de minar la autoridad del Gran Almirante Thrawn, provocado por el celoso miedo de Pellaeon de perder su posición y prestigio.

Se volvió a medias.

—Lo ve, Capitán Dorja, ¿no? —llamó—. Thrawn vino a usted en lugar de a Pellaeon… eso es lo que él no puede digerir. Vino a usted, a Nalgol y a los demás y no a él.

Los ojos de Dorja encontraron a los de Pellaeon, su cara estaba alterada por la confusión.

—Almirante, siempre he confiado en su palabra y en su juicio —dijo—. Pero en este caso…

—Hay otro registro de interés en esta datacard —dijo Pellaeon, mirando de nuevo a Tierce—. De nuevo, de la misma fuente. Es el registro e historia de la vida de un cierto Mayor Imperial Grodin Tierce.

Lentamente, Tierce volvió a girar para enfrentarlo. Y esta vez no había forma de confundir su mirada asesina.

—¿Y qué dice ese registro? —preguntó suavemente.

—Dice que el Mayor Tierce fue uno de los mejores soldados de asalto de combate que sirvieron al Imperio —le contó Pellaeon—. Que sus éxitos lo elevaron al rango de comando mucho más rápidamente que incluso la norma de los soldados de asalto. Que a la edad de veinticuatro fue seleccionado para servir al Emperador como uno de la Guardia Real de élite. Que su férrea lealtad al Nuevo Orden de Palpatine no era segunda a ninguna.

Pellaeon alzó las cejas ligeramente.

—Y que, como parte de una unidad de tropas de asalto involucrada en la campaña de Thrawn contra Generis, murió en combate. Hace diez años.

Una vez más, el puente quedó en silencio. Pero esta vez no era el silencio de la sorpresa. Era el silencio del espanto total.

—Usted es un clon —Las palabras habían venido de Disra, pero la voz estaba tan distorsionada que era casi irreconocible—. Es sólo un clon.

Lentamente, Tierce volvió su mirada venenosa de Pellaeon a Disra. Y entonces, abruptamente, ladró una risa corta que sonó torturada.

—Sólo un clon —repitió burlonamente—. Sólo un clon… ¿eso es lo que dijo, Disra? ¿Sólo un clon? No tienen ni idea.

Echó una mirada alrededor del cuarto.

—Ninguno de ustedes la tiene. Yo no era sólo un clon… era algo muy especial. Algo especial y glorioso.

—Por qué no nos cuenta eso —lo invitó en voz baja Pellaeon.

Tierce giró para volver a enfrentarlo.

—Yo fui el primero de una nueva casta —dijo entre dientes—. El primero de lo que iba a ser una clase de señores de la guerra como la galaxia nunca había visto antes. Señores de la guerra que combinaban la fuerza de combate y la lealtad de un soldado de asalto con el genio táctico del propio Thrawn. Nosotros habríamos sido los líderes, y habríamos conquistado, y nadie podría habernos enfrentado.

Se dio la vuelta, sus movimientos se volvieron casi espasmódicos en su agitación.

—¿No lo ven? —gritó, sus ojos se lanzaron a cada uno de los oficiales y tripulantes que lo miraban en fascinación o revulsión—. Thrawn tomó a Tierce y lo clonó, pero puso algo de él mismo en el proceso. Agregó parte de su propio genio táctico al aprendizaje-flash usual, combinándolo con la mente del propio Tierce.

Giró para enfrentar de nuevo a Disra.

—Usted lo ha visto, Disra. Lo haya reconocido o no, lo ha visto. He estado manipulándolo desde el mismo principio… ¿no lo ve? Fui yo, desde el mismo minuto que logré hacerme su ayudante. Todos aquellos ataques piratas, los tratos de los Aves de Presa, ése fui yo. Todo yo. Usted nunca lo vio, ni siquiera lo supuso, pero fui el que le hice las sugerencias en voz baja y le di la información correcta en el orden correcto para conseguir que hiciera lo que yo quería.

—Y todo el resto de ustedes también lo ha visto —gritó, girando de nuevo—. Yo he estado manejando las tácticas aquí. No Flim… no ese títere de ojos rojos. Yo. Siempre he sido yo. Y soy bueno en eso… es lo que Thrawn me hizo ser. Yo puedo hacerlo.

Atrapó de nuevo la mirada de Disra.

—Usted hablaba acerca de la Mano de Thrawn, su última arma primordial —dijo, con voz casi suplicante—. Yo podría ser esa Mano de Thrawn. Yo podría ser el propio Thrawn. Yo puedo derrotar a la Nueva República… *Lo sé.*

—No, Mayor —dijo Pellaeon—. La guerra ha terminado.

Tierce giró para enfrentarlo de nuevo.

—No —gruñó—. No ha terminado. No todavía. No hasta que hayamos aplastado Coruscant. No hasta que hayamos tenido nuestra venganza contra los Rebeldes.

Pellaeon lo miró fijamente, con lástima y revulsión arremolinándose dentro de él.

—No lo entiende en absoluto —dijo tristemente—. Thrawn nunca estuvo interesado en la venganza. Su meta era el orden, y la estabilidad, y la fuerza que viene de la unidad y el propósito común.

—¿Y cómo sabría usted en lo que Thrawn estaba interesado? —sonrió con desprecio Tierce—. ¿Tiene parte de su mente dentro de usted? ¿Bueno? ¿La tiene?

Pellaeon suspiró.

—Dice que fue el primero de estos nuevos señores de la guerra. ¿Sabe por qué no hubo ningún otro?

Los ojos de Tierce parecieron volverse hacia su interior.

—No tuvo tiempo —dijo—. Murió en Bilbringi. Usted lo dejó morir en Bilbringi.

—No —Pellaeon alzó ligeramente la datacard—. Usted fue creado dos meses antes de su muerte, hubo tiempo suficiente para haber hecho otros. El hecho es que no hubo ningún otro porque el experimento fue un fracaso.

—Imposible —jadeó Tierce—. Yo no fui un fracaso. Míreme… míreme. Yo soy exactamente lo que quería.

Pellaeon agitó la cabeza.

—Lo que él quería era un líder tácticamente brillante —dijo suavemente—. Lo que consiguió fue un soldado de asalto tácticamente brillante. Usted no es un líder, Mayor. Por su propia declaración no es nada más que un manipulador. No tiene visión, sólo sed de venganza.

Los ojos de Tierce se lanzaron alrededor del puente, como si buscara apoyo.

—Eso no importa —dijo llanamente—. Lo que importa es que puedo hacer el trabajo. Puedo derrotar a los Rebeldes. Sólo deme un poco más de tiempo.

—No hay más tiempo —dijo en voz baja y con finalidad Pellaeon—. La guerra ha terminado —Miró a Ardiff—. Capitán Ardiff, por favor llame un destacamento de seguridad al puente —Empezó a girarse…

Y en ese instante, Tierce explotó a la acción.

La mujer joven parada a su lado fue su primera víctima, doblándose sobre sí misma en agonía cuando Tierce arrojó viciosamente su puño abajo y atrás a su estómago. En el mismo movimiento le arrebató el bláster que había aparecido de repente en su mano, torciéndolo para disparar un tiro a la mujer mayor mientras que la más joven se derrumbaba hacia la cubierta. Se retorció hacia atrás, levantando el bláster para apuntar a Pellaeon. Hubo un parpadeo de movimiento por el rabillo del ojo de Pellaeon…

Y Tierce se sacudió atrás, gritando de rabia y dolor cuando su mano del arma fue apartada de un golpe, el disparo salió apartado, el mismo bláster salió volando inútilmente de su asimiento para irse rebotando por la cubierta y caer en la trinchera de tripulación de estribor.

Y del escondite alrededor del costado del arco de entrada detrás de Pellaeon, deslizándose silenciosamente a través de la cubierta, vino Shada D'ukal.

Tierce ni siquiera se molestó en arrancar la aguja zenji laqueada que ahora se agitaba sangrante del dorso de su mano del arma. Gritando incoherentemente, arqueó los dedos como garras de depredador y cargó.

Por reflejo, Pellaeon dio un paso atrás. Pero no necesitaba haberse molestado. Shada ya estaba allí, encontrándose con Tierce a mitad de camino.

Y con una borrosa agitación de manos y brazos, *todo* había terminado.

—Capitán Dorja, llame un equipo médico al puente —ordenó Pellaeon mientras Shada caminaba por encima del cuerpo destrozado de Tierce, y se apresuraba para arrodillarse al lado de la mujer herida—. Entonces ordene que todas las fuerzas imperiales cesen el fuego inmediatamente.

—Sí señor —dijo vacilantemente Dorja—. Sin embargo…

Flim alzó una mano de piel azul.

—Lo que él está intentando encontrar palabras para decir, Almirante, es que ellos esperan que una orden semejante venga del Gran Almirante Thrawn —dijo. Su voz había cambiado, sutil pero perceptiblemente; y cuando Pellaeon miró alrededor del puente, vio que finalmente habían reconocido la verdad—. Si me lo permite…

Pellaeon le hizo señas.

—Prosiga.

Flim se volvió hacia el oficial de comunicaciones y asintió.

—Éste es el Gran Almirante Thrawn —llamó, una vez más en esa voz exquisitamente perfecta—. Todas las unidades, alto el fuego, repito, alto el fuego. General Bel Iblis, por favor instruya a sus fuerzas a hacer lo mismo, entonces espere por una transmisión del Almirante Pellaeon.

Respiró hondo y exhaló; y cuando lo hizo, el aura de mando y liderazgo cayó sutilmente de él. De nuevo era sólo un hombre, un hombre con maquillaje azul y uniforme blanco.

Y una vez más el Gran Almirante Thrawn se había ido.

—Y si me permite decirlo, Almirante —agregó mientras retrocedía a lo largo de la pasarela de comando—, no sabe lo aliviado que estoy de que usted esté aquí. Todo esto ha sido una pesadilla para mí. Una pesadilla absoluta.

—Por supuesto —dijo seriamente Pellaeon—. Tendremos que hacernos tiempo más tarde para que me cuente su tragedia.

Flim se inclinó a medias.

—Estaré esperando eso, señor.

—Sí —dijo Pellaeon, mirando a Disra—. Yo también.

CAPÍTULO 42

El fuerte sonido del torrente había menguado ahora a un suave oleaje mientras el agua continuaba trepando lenta pero ineludiblemente por los costados del cuarto. Un sonido de oleaje que era puntuado rítmicamente por los chapoteos que hacían los pedazos de roca mientras el sable de luz de Luke tallaba un hoyo cónico cada vez más profundo en la cima del domo.

—Creo que estás perdiendo el tiempo —dijo Mara cuando el chapoteo que hizo al zambullirse un pedazo particularmente grande hizo eco a través del cuarto—. No hay nada más que roca sólida allí.

—Creo que tienes razón —concedió Luke, moviendo su brazo a un nuevo punto alrededor de sus hombros e intentando sostenerla un poco más cerca. Completamente empapados, los dos se estaban estremeciendo en el fresco aire húmedo—. Estaba esperando que pudiéramos llegar hasta el área del generador de energía principal. Pero supongo que si todavía no lo hemos encontrado, no está allí.

—Está probablemente veinte metros detrás de nosotros —dijo ella, sus dientes tiritaban ligeramente—. Nunca podremos abrirnos camino hasta él a tiempo. ¿Te empiezan a doler los oídos?

—Un poco —dijo Luke, renuentemente apagando su sable de luz y haciéndolo volver a su mano. Cortar a través del techo había sido su última mejor idea—. El aire aquí se está comprimiendo. La presión adicional debería ayudar a retrasar un poco la entrada de agua.

—Además de ponernos los ojos saltones —Mara señaló con la cabeza hacia la pared lejana—. ¿Crees que hay alguna oportunidad de que la cima del cuarto esté por encima del nivel del lago? Si es así, deberíamos poder excavar un camino horizontalmente.

—Y si no lo está, nos ahogaríamos a nosotros mismos mucho más rápido —señaló Luke—. De cualquier modo, no creo realmente que estemos lo suficientemente alto.

—Yo tampoco lo creo —convino lamentándose Mara, inclinándose adelante para mirar más allá de Luke a Erredós—. Que lástima que hayamos perdido el datapad, podríamos pedirle a Erredós que tomara algunas lecturas de sensores. Todavía podríamos pedírselo, por supuesto, pero no podríamos entender la respuesta.

—Espera un minuto —dijo Luke, otra idea lo golpeó de repente—. ¿Qué hay de ese pasadizo por donde entramos primero? Podríamos enviar a Erredós allí con mi sable de luz para agrandarlo.

—No sirve —Mara sacudió la cabeza, el movimiento hizo que unos mechones de cabello húmedo palmotearan suavemente en la mejilla de Luke—. Toda esa sección es mineral cortosis sólido. Lo verifiqué la primera vez que la atravesamos.

Luke hizo una mueca.

—Pensé que sonaba demasiado fácil.

—No lo hace siempre —dijo Mara, el ligero sarcasmo sonó raro como si viniera a través de dientes castañeteantes—. Que lástima que no tengamos a mano un Jedi Oscuro que podamos matar. ¿Recuerdas esa gran explosión cuando C'baoth murió?

—Sí —dijo mecánicamente Luke, mirando a la nada. El Jedi clon demente Joruus C'baoth, reclutado para luchar contra la Nueva República por el Gran Almirante Thrawn.

Thrawn. Clon…

—Mara, me dijiste que el mineral cortosis no era estructuralmente muy fuerte. ¿Qué tan débil es?

—Se estaba dividiendo en hojuelas bajo nuestras botas mientras atravesábamos el pasaje —dijo, arrojándole una mirada confundida—. Aparte de eso, no tengo la más remota idea. ¿Por qué?

Luke señaló con la cabeza a la gran inundación debajo de ellos.

—Tenemos mucha agua aquí, y el agua no se comprime como el aire. Si pudiéramos crear una sacudida lo suficientemente fuerte aquí en este cuarto, la onda de presión debería viajar todo el camino por el túnel hasta el pasadizo. Si es lo suficientemente fuerte, quizá podamos derrumbar toda esa área.

—Suena genial —convino Mara—. Sólo hay un problema: ¿cómo exactamente creamos esta gigantesca sacudida tuya?

Luke tomó fuerzas.

—Cortamos a través de esa barrera de transpariacero e inundamos el nicho de clonación.

—Oh, estrellas mías —murmuró Mara; e incluso a través de su agotamiento mental Luke pudo sentir su oleada de aprehensión aturdida—. Luke ese de ahí es un generador de fusión Braxxon-Fipps 590. Si lo inundas de agua vas a tener más sacudida que con la que sepas qué hacer.

—Ya sé que es arriesgado —dijo Luke—. Pero creo que es nuestra única oportunidad —Soltándola, haciendo una mueca de dolor cuando la ropa húmeda de ella le raspó la piel, se puso de pie—. Espera aquí; Volveré en seguida.

Ella suspiró.

—No —dijo, poniéndose de pie a su lado y tomándolo del brazo—. Yo lo haré.

—Qué llamas te crees —Luke gruñó—. Es mi idea loca. Yo lo haré.

—Está bien —dijo ella, cruzando los brazos—. Dime cómo se hace un corte en cruz de Paparak.

Él parpadeó.

—¿Un qué?

—Un corte en cruz de Paparak —repitió—. Es una técnica para debilitar una pared bajo presión para que colapse un minuto o algo así después de que estés a salvo fuera de la cercanía. Palpatine me la enseñó como parte de mi entrenamiento de sabotaje.

—Está bien —dijo Luke—. Entonces dame un curso rápido.

—¿Qué, como un curso rápido para volverse un Jedi? —contrapuso ella con desdén—. No es tan fácil.

—¿Mara?

—Además —agregó ella en voz baja—, cuando cualquiera de nosotros baje y vuelva a subir, el otro va a tener que levantarlo de vuelta aquí fuera del camino de la explosión. No creo que yo pueda alzarte tan lejos ni tan rápido —Sus labios se apretaron brevemente—. Y francamente, no quiero sentarme aquí a ver como fallo.

Luke le dio una mirada intensa. Pero ella tenía razón, y ambos lo sabían.

—Esto es chantaje, sabes.

—Es sentido común —lo corrigió ella—. La persona correcta para el trabajo, ¿recuerdas? —Sonrió ligeramente—. ¿O necesitas otro sermón sobre ese tema?

—Paso —dijo él con un suspiro, pasando las yemas de los dedos por la mejilla de ella—. Está bien, te llevaré allí. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—No te preocupes —dijo ella, respirando profundo y sacando su sable de luz del cinturón—. Lista.

Estirándose a la Fuerza, la alzó por encima de la baranda y a través del cuarto hasta la pared de transpariacero. La mente de ella tocó la suya, sus pensamientos indicaban que estaba lista, y la bajó al agua. Ella tomó unas cuantas respiraciones profundas más, entonces se dobló por la cintura y metió la cabeza debajo de la superficie. Y con una sola patada de sus piernas, se había ido.

Al otro lado del balcón, Erredós gimió nervioso.

—Ella estará bien —le aseguró Luke, agarrando la barra de arriba mientras miraba ansiosamente al agua agitada.

Podía sentir los pensamientos de Mara mientras ella maniobraba su camino de un lado al otro contra la pared, haciendo cortes cortos y deliberados con su sable de luz. Estirándose más fuerte, podía sentir el cambio en el flujo contra su piel cuando el agua empezó a rezumarse a través de las rendijas.

Y si el nivel del agua allí adentro subía lo suficientemente alto para alcanzar el generador antes de que ella hubiera terminado…

—Vamos, Mara, vamos —murmuró por lo bajo—. Ya es suficiente… vámonos.

Sintió su pensamiento negativo; todavía no estaba conforme con los cortes en la pared. Luke reprimió su impaciencia y temor, las caras de Callista y Gaeriel flotaron ante él. Hace sólo una semana se había dicho firmemente que nunca se podría permitir amar a Mara, que tal intimidad y compromiso la pondrían inevitablemente en peligro.

Y ahora había renegado a esa determinación. Y efectivamente, como a todas las otras, sus acciones o inacciones la habían puesto en peligro mortal. Sintió un parpadeo en sus emociones, mezclándose con el miedo y el temor que se alzaban estranguladoramente dentro de él…

Y de repente la cabeza de ella atravesó la superficie.

—Todo listo —jadeó.

Él la tenía en movimiento incluso antes de que la segunda palabra hubiera salido de su boca, tirándola hacia él con toda la velocidad que pudo. La hizo pasar por encima de la

baranda y la bajó sobre su estómago al piso del balcón, estirándose protectoramente encima de ella cuando aterrizó.

—¿Qué tan pronto? —preguntó, extendiéndose a la Fuerza para intentar crear un escudo de bajo nivel que pudiera proveer por lo menos una mínima barrera contra la explosión inminente.

—Podría ser en cualquier momento —contestó Mara, con la voz ahogada por la pared de roca que estaba enfrentando—. Y a propósito, sólo para referencia futura, nunca le seas indiferente a alguien sólo porque tienes miedo de que pueda salir lastimada en el proceso. Especialmente no a mí. ¿Entendiste?

Luke hizo una mueca de vergüenza.

—No se suponía que oyeras eso —Detrás de él, oyó el súbito crujido y el rugir del agua cuando la pared de transpariacero se derrumbó…

Y con una brillante llamarada que pudo ver incluso con los ojos cerrados y apretados, el generador explotó.

El sonido de la propia explosión fue casi ahogado; pero el rugido de la ola que se abalanzó por encima de ellos más que lo compensó. El agua corrió y se revolvió por todo a su alrededor, levantándolos fácilmente y sacudiéndolos de un lado a otro entre la pared, el balcón, y la baranda. Luke se aferró fuerte a Mara, deseando tardíamente que hubiera pensado en atar de alguna forma a Erredós.

Y entonces, tan de repente como los había golpeado, el agua revuelta se escurrió, dejándolos machucados y mojados pero aparte de eso ilesos. Sacudiéndose el agua de los ojos, Luke se levantó apoyándose en un brazo y miró a la cámara.

Y contuvo la respiración. Sólo uno de los paneles de luz del cuarto había sobrevivido a la explosión; pero a su débil luz podía distinguir que el nivel del agua estaba bajando rápidamente.

—Mara, mira. Funcionó.

—¡Qué me manden a las minas de Kessel! —dijo, escupiendo un poco de agua—. ¿Ahora qué? ¿Nos metemos y seguimos la corriente?

Luke se inclinó sobre la baranda, intentando ver el túnel de salida. Si todavía no estaba lleno hasta el techo…

Pero lo estaba.

—En realidad no es tan simple —le dijo a Mara—. Sí, la corriente debería llevarnos de vuelta a las cavernas, pero todavía está el asunto de atravesar el túnel y el cuarto subterráneo.

—¿Por qué simplemente no esperamos hasta que el nivel baje lo suficiente?

—No podemos —dijo Luke—. No sé por qué.

—Corazonada Jedi —dijo Mara—. Entonces regresamos a los trances de hibernación. ¿Qué tan rápido puedes ponerme en uno?

—Bastante rápido —le dijo—. Respira profundo, y dime qué frase quieres usar para despertarte.

—Una frase, claro —dijo ella, inhalando profundamente, con un ánimo extrañamente cauto pasando por su mente—. Está bien. A ver si puedes manejar esta…

Ella se la dijo, y él sonrió.

—Lo tengo —dijo, y se estiró con la Fuerza.

Un minuto más tarde estaba rápidamente dormida en sus brazos.

—Ve primero, Erredós —Luke dijo al droide, alzándolo con la Fuerza y pasándolo por encima de la baranda—. Estaremos justo detrás de ti.

El droide trinó; y entonces estaba en el agua, su domo se agitaba encima de las olas mientras él barría hacia el túnel. Envolviendo protectoramente los brazos alrededor de Mara, Luke saltó detrás de él. La corriente los agarró, empujándolos detrás del droide que se agitaba flotando mientras Luke se esforzaba por mantener sus cabezas encima del agua. La pared y el techo del arco de entrada del túnel se cernían por delante; y justo antes de que lo alcanzaran, Luke inhaló una respiración profunda y los lanzó a ambos bajo la superficie.

El resto del viaje fue una confusión de velocidad aturdida, sacudidas incesantes del agua, casi colisiones con las paredes lisas y la piedra áspera, ojos y pulmones adoloridos. A través de su medio trance Luke fue vagamente consciente de dónde dejaron el túnel y entraron en el cuarto subterráneo; fue más agudamente consciente de dónde atravesaron de golpe el hueco recientemente agrandado en la pared y la barrera protectora de mineral cortosis mientras que la turbulencia los arrojaba de un lado al otro contra la roca. El torrente los arrastró, retorciéndose y girando, a través de las cavernas y túneles por las que habían encontrado su camino tan laboriosamente hacía unos días con Niño De Los Vientos y los qom jha. A través de su lenta asfixia, Luke decidió vagamente que había estado muy bien que al acercarse hubieran cortado tantas de las estalactitas y estalagmitas como lo habían hecho…

Abruptamente, se despertó completamente, medio sumergido en el agua, con la cabeza y el pecho apoyados precariamente sobre una roca resbaladiza, y con los gorjeos frenéticos de Erredós en los oídos.

—Está bien, correcto —se las arregló para decir, agitando la cabeza para aclararla.

Y de repente se puso rígido. Mara se había ido.

Agitó la cabeza de nuevo, sacando con dedos entumecidos y medio congelados su barra luminosa, mientras buscaba adonde pararse. Lo encontró inmediatamente; el agua en la que estaba resultó llegarle sólo hasta la cintura. Finalmente sacó torpemente la barra luminosa y la encendió.

Estaba de pie en un estanque justo al borde del último de los ríos subterráneos que él y Mara habían pasado durante su viaje a través de las cavernas. Cinco metros a su izquierda, el torrente que los había traído aquí se había desvanecido, dejando sólo un río que ondulaba sereno por su camino.

Y dos metros a su derecha, mecida suavemente por las olas en el estanque mientras flotaba junto a las rocas escarpadas, estaba Mara. Con los ojos cerrados, y los brazos y piernas flácidos. Como en la muerte.

La imagen precisa que había visto de ella en esa visión Jedi en Tierfon.

Y entonces estaba a su lado, levantándole la cabeza fuera del agua, mirándola fijamente a la cara en súbito miedo. Si el trance *no la había* mantenido viva… si hubiera golpeado contra algo duro lo suficientemente fuerte para matarla después de que se le había soltado…

Detrás de él, Erredós silbó con impaciencia.

—Correcto —convino Luke, cortando su súbito pánico. Todo lo que tenía que hacer para sacarla del trance era decir la frase clave que ella había escogido, la frase que se había preguntado en voz alta si él podía manejar. Casi como si hubiera temido que no pudiera…

Respiró profundo.

—Te amo, Mara.

Sus ojos se abrieron parpadeando, parpadeó de nuevo para sacudirles el agua.

—Hola —dijo, respirando pesadamente mientras lo agarraba del brazo para ponerse de pie—. Veo que lo logramos.

—Sí —dijo Luke, tomándola en sus brazos y abrazándola fuerte, su tensión y miedo se evaporaron en una neblina de calma y alivio absolutos. La visión había pasado, y Mara la había sobrevivido.

Y estaban juntos de nuevo. Para siempre.

—Sí —murmuró Mara—. Para siempre.

Aflojaron su asimiento mutuo, sólo ligeramente… y parados juntos en el agua fría, sus labios se juntaron en un beso.

Pareció pasar un tiempo muy largo antes de que Mara se apartara suavemente del abrazo.

—No es que quiera desalentar esto —dijo—, pero ambos estamos temblando de frío, y todavía estamos a un largo camino de casa. Por cierto, ¿dónde estamos?

—De nuevo en nuestro río subterráneo —le dijo Luke, renuentemente devolviendo su mente a los asuntos prácticos.

—Ah —Ella miró hacia el arroyo—. ¿Qué pasó con nuestra inundación personal?

—Parece haber terminado —dijo Luke—. O vaciamos completamente el lago…

—Lo que es realmente improbable.

—Correcto —dijo Luke—. O si no se ha detenido de nuevo de algún modo.

—Probablemente más de la pared de la cámara se derrumbó —dijo Mara, usando la mano para tirar atrás algo del cabello que se le había quedado pegado a la mejilla—. O si no está bloqueado por lo que queda del equipo de clonación.

Luke asintió, ayudándola a apartar fuera del camino el resto de su cabello.

—Que bueno que no esperamos más para hacer nuestra salida.

—Claro que sí —convino Mara—. Esas corazonadas Jedi son prácticas. Tendrás que enseñarme cómo tenerlas.

—Trabajaremos en ello —prometió Luke, vadeando hacia el borde del estanque—. Creo que los qom jha dijeron que este río desembocaba en una pequeña cascada.

—Suena bien —dijo Mara—. Vamos a encontrarla.

• • •

Otra oleada de Skipray Blastboats pasó disparada, aporreando al *Tiránico* con fuego láser. Detrás de ellos, dos de los cruceros de guerra ishori se habían metido en la zona de muerte y estaban esparciendo un deslumbrante patrón de más poderosos rayos turboláser por la cresta.

—Dos turboláseres de estribor destruidos más —llamó tenso el oficial de control de fuego—. Se ha abierto una brecha en la cresta delantera; la tripulación la está sellando.

—Entendido —dijo Nalgol, oyendo que su voz temblaba con una furia frustrada y totalmente impotente. Era impensable, *impensable*, que una flota de tres Destructores Estelares Imperiales se encontrara luchando por su supervivencia contra semejante chusma lastimosa de alienígenas y amantes de alienígenas.

Pero eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Simplemente había demasiados de ellos para seguirles el rastro. Demasiados para luchar.

Y a pesar de todo el orgullo que tenía en su nave y su tripulación y su Imperio, Nalgol era lo suficientemente realista como para saber cuando la lucha se había vuelto desesperada.

—Contacte al *Obliterador* y al *Mano de Hierro* —ordenó entre dientes apretados—. Retrocedan y retírense. Repito: retroceder y retirada.

—Entendido, Capitán —contestó el oficial de comunicaciones.

—¿En qué dirección, señor? —llamó el timonel.

—Un salto corto en cualquier dirección —Nalgol miró intensamente por el ventanal—. Y después de eso, pongan curso directamente hacia Bastión. El Gran Almirante Thrawn necesita oír de esto.

Y claro que oiría de esto, se prometió silenciosamente Nalgol. *Claro que sí. Oiría todo acerca de esto.*

• • •

La salida de la cascada era considerablemente menos apretada de lo que Luke había esperado, el agujero posiblemente había sido agrandado por la inundación que acababa de haber sido forzada a través de él. No había ningún apoyo para los pies junto a la boca, pero a la débil luz de las estrellas Mara descubrió un saliente que podría servir a unos cinco metros a la izquierda. Usando la Fuerza, Luke alzó primero a Mara y entonces a Erredós por encima del vacío. Entonces, un poco más tentativamente, Mara lo trajo para unirse con ellos.

—¿Alguna idea de qué lado de la fortaleza estamos? —preguntó ella, echando una mirada alrededor al paisaje oscuro—. ¿O de cuánto falta para el amanecer?

—No, a ambas preguntas —dijo Luke, estirándose con la Fuerza. No había peligro cercano que pudiera detectar—. Probablemente del lado lejano; y probablemente no más de un par de horas.

—Será mejor que usemos el tiempo para ponernos a cubierto —sugirió ella, mirando el acantilado encima de ellos—. No queremos estar afuera al aire libre cuando Parck mande sus patrullas de búsqueda.

—Sólo espero que no encuentre la nave que tomamos prestada —dijo Luke—. Aparte de devolverle su acceso rápido a Bastión, nos haría perder nuestra única forma de salir de aquí juntos.

—Bueno, si lo hace, tú y Erredós sólo tendrán que tomar tu Ala-X e ir por ayuda —dijo Mara.

—Quieres decir que tú y Erredós irán —firmemente dijo Luke—. Y hablo en serio, Mara. Esta vez no habrá discusión…

¿Jedi Caminante Del Cielo?

Luke alzó la vista. Aleteando para aterrizar en una gran roca encima de ellos había una docena de formas oscuras.

Y el tono y la mente de uno de ellos parecía muy familiar.

—Sí —dijo—. ¿Eres tú, Cazador De Los Vientos?

Soy yo, confirmó el qom qae. *Mi hijo, Niño De Los Vientos, informó a todas las nidadas cercanas de tus hazañas esta noche. Hemos estado vigilando por tu regreso.*

—Gracias —dijo Luke—. Apreciamos muchísimo sus esfuerzos. ¿Pueden mostrarnos el camino a un lugar de refugio cercano? Necesitamos escondernos de aquellos en la Torre Alta hasta que podamos volver a nuestra nave.

Cazador De Los Vientos rizó las alas.

No hay necesidad de refugio, Jedi Caminante Del Cielo, dijo. *Nosotros te llevaremos a tu máquina voladora, como mi hijo y sus compañeros lo hicieron antes esta noche.*

Luke frunció el ceño. Después de la forma rápida y altiva en que Cazador De Los Vientos los había desautorizado a él y a su misión cuando él y Erredós aterrizaron en primer lugar, tal magnanimidad parecía sospechosamente fuera de personaje.

—Eres muy amable —dijo cuidadosamente—. ¿Puedo preguntar por qué estás dispuesto a tomar tales riesgos por nosotros?

Cazador De Los Vientos rizó las alas.

He hablado con el Regateador de esta nidada de qom jha, dijo. *Comedor De Rastreras De Fuego ha estado de acuerdo en liberarte de tu promesa de ayudarnos contra los Amenazadores, con tal de que dejes inmediatamente nuestro mundo.*

Luke sintió que le subía el calor a la cara.

—¿En otras palabras, nuestra presencia aquí se ha vuelto un riesgo para ustedes?

Niño De Los Vientos ha dicho que los Amenazadores no nos dañarán si no los molestamos, dijo ásperamente Cazador De Los Vientos. *Es con ese fin que les pedimos que se vayan.*

—No hay nada como ser apreciados… —murmuró Mara.

—Está bien —dijo Luke, tocándole tranquilizadoramente la mano y la mente. Recordándole que, apartando lo embarazoso e incluso el insulto velado, éste era de hecho el resultado que ella había dicho que quería. Parck y los chiss ahora serían dejados solos, sin ser acosados por los qom jha y qom qae, y libres para enfocar todas sus energías en su trabajo en las Regiones Desconocidas.

—Muy bien —dijo, y Luke pudo sentir su resentida aceptación—. Pero él ya no es Niño De Los Vientos. Después de por lo que ha pasado, merece tener su propio nombre.

¿En serio?, dijo Cazador De Los Vientos, dándole una larga y pensativa mirada. *¿Y qué nombre sugieres para él?*

—El que se ha ganado —dijo suavemente ella—. «Amigo De Los Jedi».

Cazador De Los Vientos rizó de nuevo las alas.

Lo consideraré. Pero ahora, partamos. La noche envejece, y desearán haberse ido antes de la salida del sol.

• • •

—Lo estaré esperando —estaba diciendo Flim cuando Karrde rodeó el arco de entrada hacia el puente del *Implacable*.

—Sí —dijo Pellaeon—. Yo también.

El Almirante se volvió mientras Karrde caminaba hasta su lado.

—Llega tarde —dijo suavemente Pellaeon.

—Estaba vigilando el turboascensor —explicó Karrde—. Pensé que Flim y sus socios podrían intentar traer una escuadra de tropas de asalto para ayudar en su lado de la disputa.

—Podrían haberlo hecho —dijo Pellaeon—. Gracias.

—No hay problema —le aseguró Karrde, echando una mirada alrededor del puente. El clon del Mayor Tierce yacía inmóvil en la cubierta, Shada estaba del otro lado con las otras dos Mistryl, el timador Flim estaba esperando con estudiada despreocupación justo detrás de la pasarela de comando, y el Moff Disra estaba un poco a un lado, parado tan apartado, frío y digno como un hombre que enfrentaba su propia destrucción podía estarlo—. Además, no parece que mi presencia fuera realmente necesaria.

—No, no para esta parte —convino Pellaeon—. Su amiga Shada es bastante impresionante. Supongo que no estaría interesada en un trabajo.

—Bueno, ella está buscando una causa más alta a la que servir —le dijo Karrde—. Sin embargo, para ser perfectamente honesto, no creo que el Imperio la sea.

Pellaeon asintió.

—Quizás podamos cambiar eso.

—¿Almirante Pellaeon? —llamó una voz desde las trincheras de tripulación—. Tengo al General Bel Iblis listo para hablar con usted ahora.

—Gracias —Pellaeon miró a Karrde—. No se escape… Quiero que hable con usted después.

—Claro.

El Almirante avanzó por la pasarela de comando, pasando a Flim sin darle una segunda mirada. Arrojando una última mirada a Disra, Karrde cruzó hasta donde Shada y la otra Mistryl joven estaban ayudando a la mujer mayor a sentarse.

—¿Cómo está? —preguntó.

—No tan mal como pensábamos —dijo Shada, palpando cautelosamente la túnica chamuscada—. Casi pudo girarse fuera del camino del tiro.

—Reflejos bien afinados —Asintió Karrde—. Una vez una Mistryl, siempre una Mistryl, supongo.

La mujer mayor lo miró ominosamente.

—Está muy bien informado —gruñó.

—Acerca de muchas cosas —convino serenamente Karrde—. Entre ellas, el hecho de que Shada de algún modo parece haberse ganado su disgusto.

—¿Y qué, usted cree que esto lo compensa? —exclamó desdeñosamente la mujer.

—¿No lo hace? —contrapuso Karrde—. Si ella no hubiera detenido a Tierce cuando lo hizo, ustedes dos habrían sido las siguientes en morir después de Pellaeon. Eran las amenazas más inmediatas para él.

Ella resopló.

—Soy una Mistryl, Talon Karrde. Mi vida es dada gustosamente al servicio de mi pueblo.

—En serio —Karrde miró a la mujer más joven—. ¿Tú también consideras que tu vida no vale un poco de gratitud?

—Deja a Karoly fuera de esto —dijo entre dientes la mujer mayor—. Ella no tiene nada que decir en el asunto.

—Ah —dijo Karrde—. Soldados sin voz ni opinión. Notablemente similar a la filosofía de las tropas de asalto imperiales.

—Karoly le permitió a Shada escapar una vez antes —dijo la mujer, mirándola ceñuda—. Es afortunada de no haber sido castigada por eso.

—Oh, sí —murmuró Karrde—. Que afortunada.

Los ojos de la mujer destellaron.

—Si ya ha terminado…

—No lo he hecho —dijo Karrde—. Claramente, usted no considera que las vidas Mistryl valen nada. ¿Qué hay de las reputaciones Mistryl?

Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué quiere decir?

Karrde ondeó la mano hacia Flim.

—Usted estaba a punto de hacer una alianza con esta gente. Estaba a punto de ser embaucada por nada más que charla mañosa, aire revuelto, y un timador que se arrastraba

por la suciedad del bajo mundo. Y no se moleste en negarlo; una miembro de las Once no viaja fuera de Emberlene sólo para hacer ejercicio.

Los ojos de la mujer se apartaron de su mirada.

—El asunto todavía estaba bajo discusión —murmuró.

—Me alegra oírlo —dijo Karrde—. Porque incluso si su reputación no le importa, considere lo que ligar a las Mistryl con un hombre vengativo como el Moff Disra habría significado. ¿Cuánto tiempo cree que hubiera pasado antes de que se volvieran sus Comandos de la Muerte privados?

—Eso nunca hubiera pasado —interpuso enfáticamente Karoly—. Nunca nos habríamos hundido tan bajo, ni siquiera bajo un tratado.

Shada se revolvió.

—¿Qué fue lo que intentaste impedirme hacer en el tejado del Complejo Resinem? —preguntó en voz baja.

—Eso fue diferente —protestó Karoly.

Shada agitó la cabeza.

—No. Perdonar y cooperar con el asesinato no es nada diferente a cometerlo tú misma.

—Ella tiene razón —dijo Karrde—. Y una vez que empezaran por ese camino, habría significado el final de las Mistryl. Habrían quemado detrás de ustedes sus arcos-celestes a cada otro cliente potencial; y cuando la burbuja de jabón de Flim se reventara, como inevitablemente lo haría, no habría quedado nada para ustedes.

—Y con el fin de las Mistryl habría venido el final definitivo de Emberlene.

Cruzó los brazos y esperó… y después de unos segundos la mujer mayor hizo una mueca.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que los equipos cazadores Mistryl dejen de perseguir a Shada —dijo—. Que cualquiera que sea su alegado crimen contra ustedes, sea perdonado y la marca de muerte levantada.

La boca de la mujer se retorció.

—Pide mucho.

—Hemos dado mucho —le recordó Karrde—. ¿Es un trato?

Ella titubeó, entonces asintió renuentemente.

—Muy bien. Pero no será reintegrada entre las Mistryl; *ni ahora, ni nunca*. Y Emberlene siempre estará cerrado para ella.

Volvió sus ojos ardientes hacia Shada.

—Desde ahora en adelante es una mujer sin hogar.

Karrde miró a Shada. Su cara estaba tensa, sus labios firmemente apretados. Pero le devolvió la mirada firmemente y asintió.

—Está bien —dijo—. Sólo tendremos que ocuparnos de encontrarle un nuevo hogar.

—¿Con usted? —Resopló la mujer—. ¿Con un contrabandista y vendedor de información? Cuénteme de nuevo qué tan bajo puede caer una Mistryl.

No había ninguna respuesta a eso. Pero afortunadamente, Karrde no tuvo que dar una. Hubo un súbito bullicio a su lado, y entonces fue suave pero firmemente empujado a un lado por el equipo médico mientras se reunían alrededor de la mujer herida. Se apartó de su camino, cambiando su atención al equipo de seguridad que había llegado al mismo tiempo. Con eficiencia profesional escanearon a Flim y a Disra en busca de armas ocultas, les pusieron grilletes a ambos, y los escoltaron al turboascensor del puente de popa.

Otro grupo, que los seguía por detrás, estaba llevándose el cuerpo de Tierce.

—¿Karrde?

Se volvió para ver a Pellaeon volviendo a lo largo de la pasarela de comando hacia él.

—Tengo que cruzar al *Ventura Errante* y hablar con el General Bel Iblis —dijo el Almirante cuando lo alcanzó—. Pero antes de irme, quería discutir el precio de la información acerca de Flim y de Tierce que usted me trajo.

Karrde se encogió de hombros.

—Por una vez en mi vida, Almirante, no estoy seguro de qué decir —admitió—. La datacard me fue entregada como un regalo. Me parece un poco deshonesto darla vuelta y cobrarle por ella.

—Ah —Pellaeon lo miró especulativamente—. ¿Un regalo de esos alienígenas cuya nave les hizo perder el relleno del susto a mis oficiales de sensores en Bastión?

—De un asociado suyo —dijo Karrde—. Realmente no estoy en libertad de discutir los detalles.

—Lo entiendo —dijo Pellaeon—. Sin embargo, dejando a un lado su ética, que incidentalmente encuentro encomiable, me gustaría encontrar una forma de agradecerle con algo más concreto que sólo palabras.

—Veré lo que se me ocurre —Karrde gesticuló hacia el Destructor Estelar visible por el ventanal—. Entretanto, ¿puedo preguntar qué es lo que va a discutir con el General Bel Iblis?

Los ojos de Pellaeon se estrecharon ligeramente. Pero entonces se encogió de hombros.

—Todavía es altamente confidencial, por supuesto —dijo—. Pero conociéndolo, probablemente usted lo sabrá bastante pronto de cualquier forma. Estoy proponiendo un tratado de paz entre el Imperio y la Nueva República. Es tiempo de que esta larga guerra finalmente acabe.

Karrde agitó la cabeza.

—Las cosas que pasan cuando yo estoy fuera de contacto en los bordes del espacio conocido —dijo filosóficamente—. Si sirve de algo, Almirante, coincido de todo corazón con su meta. Y le deseo suerte.

—Gracias —dijo Pellaeon—. Siéntase libre de irse en cualquier momento que quiera, o permita que su tripulación use cualquiera de las instalaciones del *Implacable* que quiera. Y de nuevo, gracias.

Se alejó hacia el turboascensor. Karrde lo miró irse, entonces miró de nuevo a Shada. El equipo médico había terminado su trabajo preliminar y estaban ayudando a la mujer herida a subir a una camilla. Shada las estaba mirando a unos pasos de distancia, con una expresión de dolor privado en la cara. Como alguien que veía al último miembro de su familia irse de la casa.

Y entonces, sin anunciarse, una idea vino flotando a la mente de Karrde. *Algo más grande que ella misma*, le había dicho a Car'das. *Algo a lo que ella pudiera aferrarse, servir y creer. Algo más honorable y noble que la vida de un contrabandista del bajo mundo.*

Algo que hiciera una diferencia…

—¿Almirante Pellaeon? —llamó, apresurándose de nuevo hacia el puente de popa—. ¿Almirante?

Pellaeon se había detenido en la puerta abierta del turboascensor.

—¿Sí?

—Déjeme acompañarlo al *Ventura Errante*, si me lo permite —dijo Karrde, poniéndose a su lado—. Tengo una modesta propuesta que me gustaría hacerle.

• • •

El miedo final de Luke habías sido que las armas de las torres de la Mano de Thrawn los descubrieran cuando levantaran su nave prestada de su escondite, forzando que su partida de la superficie de Nirauan fuera otra loca carrera contra la muerte más. Pero aparentemente los chiss todavía estaban tratando con las consecuencias de la destrucción del hangar, sin que les quedara nada de atención para dirigir hacia afuera.

Y así subieron al espacio sin ningún desafío; y con el toque de Mara en la palanca del hiperimpulsor las estrellas se volvieron líneas estelares y se desvanecieron en el moteado del hiperespacio.

Y por fin, estaban camino a casa.

—Próxima parada, Coruscant —dijo Luke con un suspiro, reclinándose cansado en el asiento del copiloto.

—Próxima parada, la base de la Nueva República más cercana o uno de los puestos de Karrde —dijo Mara—. No sé tú, pero yo quiero una ducha, un poco de ropa limpia, y algo que comer que no sean barras de raciones.

—Tienes razón —dijo Luke—. ¿Tú siempre fuiste la práctica, no?

—Y tú siempre fuiste el idealista —dijo ella—. Debe ser por eso que trabajamos tan bien juntos. ¿Hablando de práctico, recuerdas allá en la cámara de clonación cuando Erredós se puso a chirriar?

—¿Quieres decir justo antes de que los droides centinela aparecieran?

—Correcto. Nunca averiguamos qué fue lo que lo hizo reaccionar de esa forma.

—Bueno, averigüémoslo ahora —dijo Luke, levantándose de su asiento y volviendo al nicho del droide adonde habían enchufado a Erredós a la computadora de la nave—. Bueno, Erredós, ya oíste a la dama. ¿Qué fue lo que encontraste acerca de las Regiones Desconocidas que te hizo excitarte tanto?

Erredós trinó, y sus palabras aparecieron en la pantalla de la computadora.

—Dice que no tenía nada que ver con las Regiones Desconocidas —reportó Luke—. De las que, a propósito, dice que no consiguió más que una apreciación general.

—No pensé que hubiera tenido mucho tiempo —dijo lamentándose Mara—. No estuvo conectado a la computadora ni cerca del tiempo suficiente para descargarlo todo.

—Bueno, seguro que no vamos a volver a conseguir el resto ahora —dijo Luke, recorriendo las palabras que se desplazaban—. Pero hubo algo con lo que tropezó en uno de los demás archivos…

Mara debió haber notado su súbita perplejidad.

—¿Qué sucede? —preguntó agudamente.

—No puedo creerlo —murmuró, todavía leyendo—. Mara, la encontró. *La encontró.*

—Maravilloso. ¿Qué encontró?

—¿Qué más? —Luke alzó la vista hacia ella—. La copia de Thrawn del Documento de Caamas.

CAPÍTULO 43

Quince días más tarde, en la sala de comando secundaria del Destructor Estelar Imperial *Quimera*, los convenios de paz entre el Imperio y la Nueva República fueron firmados.

—Todavía opino que tú deberías haber sido la de allí —se quejó Han mientras él y Leia miraban desde el fondo del cuarto mientras Pellaeon y Gavrisom realizaban la ceremonia en medio de la muchedumbre de dignatarios congregados—. Hiciste mucho más que él en esto.

—Está bien, Han —dijo Leia, limpiándose disimuladamente una lágrima de la comisura del ojo.

Paz. Después de todos estos años, después de todo el sacrificio, destrucción y muerte. Finalmente, tenían paz.

—¿Sí? —Contrapuso Han sospechosamente—. ¿Entonces porqué estás llorando?

Ella le sonrió.

—Recuerdos —dijo—. Sólo recuerdos.

Él encontró su mano y la tomó reconfortantemente.

—¿Alderaan? —le preguntó en voz baja.

—Alderaan, las Estrellas de la Muerte… —Le apretó la mano—. Y tú.

—Al menos, es bueno saber que estoy entre los mayores tres —dijo, echando una mirada alrededor del cuarto—. Hablando de viejos recuerdos, ¿dónde está Lando? Creí que iba a estar aquí.

—Cambió de idea —dijo Leia—. Supongo que Tendra no estaba muy contenta con él por haberse ido a Bastión contigo sin ni siquiera contarle al respecto. La ha llevado a comprar arte en Celanon para hacer las paces con ella.

Han agitó la cabeza.

—Mujeres fuertes —dijo con tristeza burlona—. Nunca te dejan tranquilo.

—Cuidado con eso —advirtió Leia, clavándole el codo en el costado—. Siempre te han gustado las mujeres fuertes. Admítelo.

—Bueno, no siempre —dijo Han—. Ow… está bien, está bien. Me gustan las mujeres fuertes.

—¿Qué es eso acerca de las mujeres fuertes? —Preguntó la voz de Karrde desde el otro lado de Han.

—Sólo una discusión familiar amistosa —le aseguró Han—. Que bueno verte de nuevo, Karrde. ¿Cómo es que no estás allí con el resto de la gente de alta jerarquía?

—Probablemente por la misma razón que tú —dijo Karrde—. No encajo exactamente en esa clase de grupo.

—Eso cambiará pronto —le aseguró Leia—. Particularmente ahora que eres respetable y todo eso. ¿Cómo mundos convenciste a Gavrisom y a Bel Iblis acerca de esta idea de un servicio de Inteligencia conjunto?

—Del mismo modo que convencí a Pellaeon —dijo Karrde—. En realidad, simplemente señalé que la clave para una paz estable y tranquila es que ambos lados sepan que el otro no está tramando ningún tipo de movimiento en su contra. Bastión no confía en su red de Inteligencia, y Coruscant definitivamente no confía en la suya.

Se encogió de hombros.

—Ahí es adonde entra una tercera parte neutral, *nosotros*, que no se compromete con ninguno de los regímenes y ya está equipada para recolectar y manejar información. Simplemente ahora estaremos proporcionándola a sus dos gobiernos en lugar de a los compradores privados.

—Podría funcionar, supongo —convino cautelosamente Han—. La Agencia de Naves y Servicios ha estado operando independientemente durante años sin volverse política, ni bajo el Imperio ni bajo la Nueva República. Podrías ser capaz de hacerlo funcionar.

—Me gusta el hecho de que vayamos a recibir la misma información sobre nuestros propios sistemas que le estarán dando a Bastión —dijo Leia—. Complementará los datos que los Observadores nos están enviando y nos ayudará a seguir el rastro de qué están tramando los varios sistemas y gobiernos de sectores. Eso debería ayudarnos a descubrir problemas antes de que se vuelvan demasiado grandes para manejarlos.

—Sí —dijo oscuramente Han—. Sólo porque el Documento de Caamas que Luke y Mara trajeron detuvo muchas de las guerras de roces no significa que no empezarán de nuevo.

—Sin embargo, sospecho que ver lo fácilmente que sus viejas rivalidades fueron manipuladas por Disra y Flim, los ha hecho más cautelosos —señaló Leia—. Sé de por lo menos ocho conflictos adonde ahora los participantes han solicitado mediación de Coruscant.

—También puede depender un poco de cómo vaya el juicio —dijo Karrde—. Me sorprendió un poco que tantos de los culpables todavía estuvieran vivos.

—Los bothans tienden a ser longevos —dijo Leia—. Estoy seguro de que el grupo se está lamentando de ese hecho.

Al otro lado del cuarto, Leia ahora podía ver a Bel Iblis y a Ghent hablando con Pellaeon, Ghent se veía extremadamente incómodo por su inclusión en lo que, a su mente, era compañía tan exaltada. Un poco detrás de ellos, Chewbacca estaba actuando pacientemente de pastor de Jacen, Jaina, y Anakin mientras los niños les contaban excitados a Barkhimkh y a otros dos noghri acerca de sus aventuras en esta última visita a Kashyyyk.

—¿A propósito, te dijo Luke adónde encontró esa copia del documento? —preguntó Karrde—. Yo no pude sacarle nada a Mara.

—No, ambos él y Mara han estado muy callados al respecto —dijo Leia—. Luke dijo que tenían que pensar un poco antes de darnos ningún detalle. Casi seguro que tiene algo que ver con esa extraña nave espacial en la que regresaron.

—Me imagino que hay una historia interesante detrás de todo eso —sugirió Karrde.

Leia asintió.

—Estoy segura de que la oiremos eventualmente.

Han se aclaró la garganta.

—Hablando de Luke —dijo—, y hablando de mujeres fuertes —agregó, arrojándole una mueca a Leia— ¿cómo va a hacer tu organización para arreglárselas sin Mara?

—Tendremos algunos problemas —concedió Karrde—. Después de todo, ella estaba manejando una buena parte de la organización. Pero nos ajustaremos.

—Además, ya consiguió a alguien nueva para tomar su lugar —Leia no pudo resistirse a agregar—. Shada se le ha unido oficialmente… ¿lo habías oído?

—Sí, lo hice —dijo Han, dándole a Karrde una mirada altamente especulativa—. Sabes, te pregunté una vez qué haría falta para conseguir que te unieras a la Nueva República. ¿Recuerdas? Me preguntaste qué había hecho falta para que yo me uniera…

—Sí, lo recuerdo —lo interrumpió Karrde, con una atípica nota de turbación coloreándole la voz—. Por favor ten en mente que no me he unido a la Nueva República. Y mi relación con Shada no es nada por el estilo.

—Tampoco lo fue la mía —dijo engreído Han, poniendo el brazo alrededor de Leia—. Está bien. Dale tiempo.

—No va a suceder —insistió Karrde.

—Sí —dijo Han—. Lo sé.

• • •

En los planos de la nave, el cuarto se llamaba sitio de triangulación visual delantero, y se usaba para las armas de puntería por línea visual en caso de que algún enemigo se las arreglara para desactivar el equipo principal de sensores.

Pero por esta noche, por lo menos, se había vuelto una galería de observación privada.

Mara se apoyó contra el fresco ventanal de transpariacero, mirando fijamente a las estrellas. Pensando en el abrupto giro que su vida acababa de tomar.

—Comprendes, por supuesto —comentó Luke cuando se acercó detrás de ella con sus bebidas—, que probablemente todos se están preguntando adonde estamos.

—Déjalos que se pregunten —dijo Mara, olfateando apreciativamente el aire encima del jarro que él le entregaba. Los cortesanos de la corte de Palpatine siempre habían sido abiertamente despectivos del chocolate caliente, considerándolo por debajo de la dignidad de una élite como ellos. Karrde y su gente, como los buenos contrabandistas que eran, en general le giraban sus narices a todas las bebidas sin alcohol.

Pero la bebida encajaba perfectamente con el pasado de chico granjero de Luke. Le daba un sentimiento de calidez, evocando una sensación de comodidad, estabilidad y seguridad. Simples necesidades de las que ella se había perdido tanto a lo largo de la mayor parte de su vida.

Tomó un sorbo. Y además de eso, esto simplemente tenía buen sabor.

—¿Te ha hablado Leia acerca de la boda? —preguntó Luke, sorbiendo de su propio jarro mientras se apoyaba contra el ventanal enfrentándola.

—Todavía no —dijo Mara, haciendo una cara—. Supongo que va a querer alguna gran ceremonia ostentosa en estilo Alderaaniano Alto.

Luke sonrió abiertamente.

—Que lo quiera es probable. Que lo espere, no.

—Que bien —dijo Mara—. Yo preferiría tener algo tranquilo, privado y digno. Sobre todo digno —enmendó—. Con los dignatarios de la Nueva República de un lado y los contrabandistas de Karrde del otro, probablemente necesitaremos revisar en busca de armas en la puerta.

Luke se rió entre dientes.

—Pensaremos en algo.

Ella lo miró por encima del borde de su jarro.

—¿Hablando de pensar en las cosas, ya has decidido qué vas a hacer acerca de la academia?

Él volvió la cabeza para mirar afuera por el ventanal.

—No puedo simplemente abandonar a los estudiantes que tengo allí —dijo—. Eso es seguro. Estaba pensando que quizá podría convertirla lentamente en… oh, digamos una escuela de pre-Jedi. Un lugar adonde los estudiantes que empiezan puedan obtener los fundamentos, quizá aprendiendo de los estudiantes mayores, y hacer un poco de práctica entre sí. Una vez que hayan pasado esa fase, tú y yo y otros instructores podríamos completar su entrenamiento. Quizá de un modo más personal, de la forma en que Ben y el Maestro Yoda me entrenaron a mí.

Volvió a mirarla.

—Eso es, asumiendo que tú quieras estar involucrada en absoluto con el entrenamiento.

Ella se encogió de hombros.

—No estoy completamente cómoda con la idea —admitió—. Pero ahora soy una Jedi, por lo menos, asumo que lo soy, y hasta que podamos incrementar las líneas de los instructores supongo que enseñar va a ser parte de mi trabajo —Lo pensó un poco—. Por lo menos, lo será una vez que tenga un poco más de mi propio entrenamiento bajo el cinturón.

—Entrenamiento privado, por supuesto…

—Debería esperarlo —dijo ella—. Sin embargo, antes de que pueda hacer eso, necesitaré tiempo para desligarme con gracia de la organización de Karrde. Tengo responsabilidades que debo transferir a otras personas, y no puedo simplemente abandonarlas —Sonrió—. Responsabilidad y compromiso, sabes.

Hubo un parpadeo en las emociones de él.

—Sí —murmuró.

—Aunque incluso cuando esté lista para empezar a enseñar creo que no querré quedarme en Yavin para hacerlo —continuó, estudiándolo cuidadosamente—. Quizá los

dos podríamos viajar alrededor de la Nueva República con los estudiantes más avanzados, enseñándoles por el camino. De esa forma estaríamos disponibles para mediar y conciliar en conflictos de emergencia y todas esas cosas que se supone que los Jedi hacen, mientras al mismo tiempo le damos a los estudiantes una probada de las situaciones de la vida real.

—Eso sería muy útil —dijo Luke—. Sé que a mí mismo me podría haber servido algo de eso.

—Bueno —Ella lo miró pensativamente—. Ahora dime lo que te está molestando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él cautelosamente, sus pensamientos se cerraron sobre sí mismos.

—Oh, vamos, Luke —dijo suavemente—. He estado dentro de tu cabeza y de tu corazón. Ya no puedes mantener secretos conmigo. Algo te golpeó cuando mencioné responsabilidad y compromiso hace un minuto. ¿Qué fue?

Él suspiró, y ella pudo sentirlo rendirse.

—Supongo que todavía me quedan algunas dudas sobre por qué querrías casarte conmigo —dijo vacilantemente—. Quiero decir, sé por qué yo te amo y quiero casarme contigo. Es sólo que no parece como si tú estuvieras ganando tanto de esto como yo.

Mara miró fijamente al líquido oscuro en su jarro.

—Podría señalar que el matrimonio no es un juego de pérdidas y ganancias —dijo—. Pero supongo que eso sólo sería desviar la pregunta.

Ella respiró profundo.

—El hecho es, Luke, que hasta esa unión mental y emocional que tuvimos durante la batalla en la cámara de clonación de Thrawn, ni siquiera yo misma sabía qué era lo que quería. Claro, tenía amigos y asociados; pero me cortaba tan completamente de cualquier atadura emocional real que ni siquiera me di cuenta de la parte de la vida que me estaba perdiendo.

Agitó la cabeza.

—Quiero decir, mira, lloré cuando el *Fuego de Jade* se estrelló. Una nave… una cosa; y sin embargo lloré por ella. ¿Qué dice eso acerca de mis prioridades?

—Aunque no era sólo una cosa —murmuró Luke—. Era tu *libertad*.

—Claro —dijo Mara—. Pero eso es parte del punto. Representaba la libertad, pero era la libertad de escapar de las otras personas si decidía que quería irme.

Ella miró afuera a las estrellas.

—De muchas formas, todavía estoy toda cerrada emocionalmente. Tú, por otro lado, a veces eres emocionalmente tan abierto que me vuelve loca. Eso es lo que necesito aprender; y tú eres de quien quiero aprenderlo.

Se acercó a él y le tomó la mano.

—Pero ése sólo es otra vez el juego de pérdidas y ganancias. El simple hecho final es que éste es el camino correcto para nosotros. Como ese proverbio qom jha que Constructor Con Enredaderas nos citó en las cavernas, el de acerca de que muchas enredaderas entretejidas son más fuertes que el mismo número usado por separado. Nos

complementamos perfectamente, Luke, completamente. De muchas formas, somos dos mitades de un único ser.

—Ya sabía eso —dijo—. Supongo que sólo no estaba seguro de que tú también lo supieras.

—Ahora sé prácticamente todo lo que tú sabes —le recordó Mara—. Faughn tenía razón… hacemos un buen equipo. Y sólo podemos mejorar en ello. Danos unos años, y los enemigos de la Nueva República estarán corriendo a esconderse como locos.

—Y esos enemigos definitivamente estarán allí —dijo Luke, serenándose mientras se volvía para mirar de nuevo a las estrellas distantes por el ventanal—. Ése es nuestro futuro, Mara… allí afuera en las Regiones Desconocidas. Nuestras esperanzas y sueños; promesas y oportunidades; peligros y enemigos. Y por el momento, nosotros somos los que tienen la clave.

Mara asintió, acercándose a su lado y poniendo el brazo alrededor de él.

—Tendremos que decidir qué hacer con esa apreciación general que Erredós copió. Quizá enviar naves sonda a echar una mirada a algunos de los mundos que Thrawn tenía listados, sólo para ver lo que hay allí.

—Suena razonable —dijo Luke—. O por nosotros mismos o bajo el auspicio de la Nueva República. Y también tenemos que decidir qué hacer acerca de la Mano de Thrawn.

—Mi voto es que los dejemos fuera de esto —dijo Mara—. Si no están interesados en hablar con nosotros, lo último que queremos hacer es intentar forzar el asunto.

—¿Qué sucede si Parck decide en cambio hablar con Bastión? —preguntó Luke.

Mara agitó la cabeza.

—No creo que lo haga. Si todavía no los ha contactado, debe significar que oyó los reportes de noticias de que los avistamientos de Thrawn eran una farsa y decidió volver a su perfil bajo.

—También podría estar planeando cómo venir tras de ti por lo que le hiciste a su hangar y a sus naves —advirtió Luke.

—No estoy preocupada al respecto —dijo Mara—. Las naves mismas indudablemente puede reemplazarlas, y debería estar agradecido que lo detuve de darle la Mano de Thrawn a Disra y a Flim.

Se encogió de hombros.

—Además, Fel me invitó a que les diera mi mejor golpe.

Luke sonrió.

—Dudo que eso haya sido exactamente lo que tenía en mente.

—No soy responsable de lo que el Barón Fel tenga en mente —le recordó Mara—. En serio, creo que si hacen algo será intentar reclutarme de nuevo.

—Y, por supuesto, esperar a que Thrawn regrese.

Mara pensó en el clon muerto flotando en la cámara inundada.

—Eso podría tomar tiempo.

—Cierto —dijo Luke—. Sin embargo, supongo que aun si se cansan de esperar y contactan con Bastión, ahora tenemos un tratado con el Imperio. Quizá finalmente todos nos dirigiremos a desarrollar esas regiones juntos.

Mara asintió.

—Y a enfrentar cualquier cosa que esté allí afuera. Eso podría ser interesante.

Luke asintió en respuesta, y durante algunos minutos permanecieron tomados de los brazos mirando a las estrellas. Una casi-visión flotó ante los ojos de Mara, una visión del futuro, *del futuro de los dos*, y de lo que enfrentarían juntos. Desafíos, hijos, amigos, enemigos, aliados, peligros, alegrías, pesares… todo arremolinado en una especie de mosaico viviente que se desvanecía en la distancia. Una visión como ella nunca había visto antes.

Pero claro, nunca había sido una Jedi antes. Seguro que habría desafíos interesantes por delante.

—Pero ése es el futuro —murmuró Luke, con su cálido aliento en el costado de su cara—. Éste es el presente.

Mara se apartó un poco de él.

—Y como cabeza de la Academia Jedi y hermano de la Alta Consejera Organa Solo deberías por lo menos hacer una aparición en la ceremonia… —le sugirió.

Él le dio una mirada torcida.

—Sí, eso es justo lo que iba a decir —reconoció—. Veo que va a tomar algún tiempo acostumbrarse a esto.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte —señaló ella.

Él le dio un cálido beso.

—No hay ninguna posibilidad —dijo—. Te veré más tarde.

Apoyando su jarro, se dirigió hacia la puerta.

—Espera un minuto —dijo Mara, apartándose del ventanal y de su breve y atormentante visión del futuro. Como había dicho Luke, éste era el presente. El futuro se ocuparía de sí mismo.

—Te acompaño.